

RAFAEL PALMERO RAMOS

CUM IPSO. CON ÉL

ESCRITOS PASTORALES



RAFAEL PALMERO RAMOS

CUM IPSO. CON ÉL

ESCRITOS PASTORALES

PRESENTACIÓN

RESEÑA BIOGRÁFICA

TABLA DE ABREVIATURAS

I. AQUÍ ESTOY, SEÑOR, PARA HACER TU VOLUNTAD

II. LLAMADOS POR EL SEÑOR

III. EL DON DEL SACERDOCIO

IV. EL MINISTERIO DEL DIÁCONO

V. CAMINOS DE CONSAGRACIÓN

VI. LOS LAICOS, IGLESIA EN EL MUNDO

VII. UNA PALABRA PARA NUESTRO TIEMPO

VIII. CELEBRAR EL MISTERIO DE JESUCRISTO

IX. DE LA MANO DE SANTA MARÍA SIEMPRE

X. EN COMUNIÓN CON LOS SANTOS

CUM IPSO. CON ÉL

Escritos pastorales

RAFAEL PALMERO RAMOS

CUM IPSO. CON ÉL

*Con Jesús niño, gozoso y confiado,
alegre en brazos de la Madre*

Escritos pastorales

ALICANTE 2013

Título: *CUM IPSO. CON ÉL. Escritos Pastorales*

1ª Edición: Alicante, Febrero de 2013

© De cada uno de los artículos: Mons. Rafael PALMERO RAMOS

© De la totalidad de la obra: OBISPADO DE ORIHUELA-ALICANTE

Edita: Servicio de Publicaciones del Obispado de Orihuela-Alicante.
C/ Marco Oliver, 5,
03009 Alicante (España)
www.diocesisoa.org

Diseño: Rafael de Vera Gomis

Ilustración de cubierta: Cuadro del pintor Joaquin Pérez-Marsá obsequio de los sacerdotes de Orihuela-Alicante en la Misa de acción de gracias (23/9/12)

Imprime: RGVPRINT. Servicios gráficos (info@rgvprint.es)

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier reproducción, por medios re-
prográficos o digitales, y transformación de esta obra sin contar con la autorización del autor
o del editor. Se permite su uso y reproducción únicamente con fines pastorales.*

PRESENTACIÓN

En el ministerio episcopal es constitutivo el servicio de enseñar. Es parte esencial de la tarea de servir a la Iglesia confiada al Obispo, y de su misión como sucesor de los Apóstoles en medio del mundo. Así lo ha vivido D. Rafael Palmero Ramos, desde aquel lejano 24 de enero de 1988 en Toledo, ahora se cumplen 25 años, en el que fue ordenado Obispo. Este libro deja constancia de ello, pues en él se ofrece una selección de los escritos pastorales de D. Rafael, recogiendo sobre todo aquellos que resultan más representativos de su ministerio en la Diócesis de Orihuela–Alicante.

La primera sección resulta muy significativa, porque contiene y expresa los sentimientos y actitudes con los que D. Rafael asumió el ministerio episcopal, y con las que se situó en los momentos más importantes de su trayectoria ministerial. «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad», se titula. En esta sección se habla de servicio y comunión. La homilía de despedida como Obispo diocesano de Orihuela–Alicante lleva este significativo título: «Servir y servir, por amor y con amor».

Las siguientes secciones recogen el magisterio de D. Rafael contenido en homilías, conferencias y escritos. Se han ordenado de manera temática, para facilitar la lectura y consulta de los mismos. Un primer grupo de escritos giran en torno a la vocación y su concreción en el sacerdocio, el diaconado, la vida religiosa y el laicado. En la sección «Una palabra para nuestro tiempo» se aúnan principalmente escritos sobre diversos temas actuales. Las tres últimas secciones contienen especialmente las homilías en las principales celebraciones del Señor, la Virgen María y los Santos.

Como es muy normal en la tarea de enseñar de todo Obispo, en las homilías y escritos de D. Rafael se encuentran claros reflejos de la vida de su Iglesia Diocesana, ecos de lo que ha sido la vida de la Diócesis de Orihuela–Alicante durante los seis años que fue su Pastor, como las referencias al Congreso Diocesano de Laicos o a las Capillas de Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento.

En su enseñanza son constantes, también, las referencias al Magisterio de los Papas, que sigue constantemente, y a los Padres de la Iglesia, especialmente a San Agustín, de quien es buen conocedor. También contiene enseñanzas sobre dos grandes figuras de santidad del siglo XX, ligados a la tierra e Iglesia palentina, desde donde vino a nuestra Diócesis: el Beato Manuel González (1899–1940) y San Rafael Arnáiz (1911–1938).

Estos escritos que presentamos, quiero destacar, que no son sólo algo del pasado, parte de nuestra historia, sino que siguen siendo luz para nuestro presente. El magisterio episcopal de D. Rafael –que agradecemos– es rico y puede seguir enriqueciendo a nuestra Iglesia de Orihuela–Alicante.

Finalmente, deseo expresar nuestra más sincera gratitud al trabajo de D. Francisco Conesa Ferrer, que ha hecho posible la recopilación y edición de los textos.

Sea este libro, asimismo, en su publicación, gesto de reconocimiento de la Diócesis de Orihuela–Alicante hacia D. Rafael, en la celebración de las Bodas de Plata Episcopales, y expresión de comunión y afecto hacia quien ha sido su pastor en estos últimos años.

Alicante, 6 de enero de 2013.
Año de la Fe.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela–Alicante



Ilustración 1:

Ordenación Episcopal de Mons. Rafael Palmero Ramos

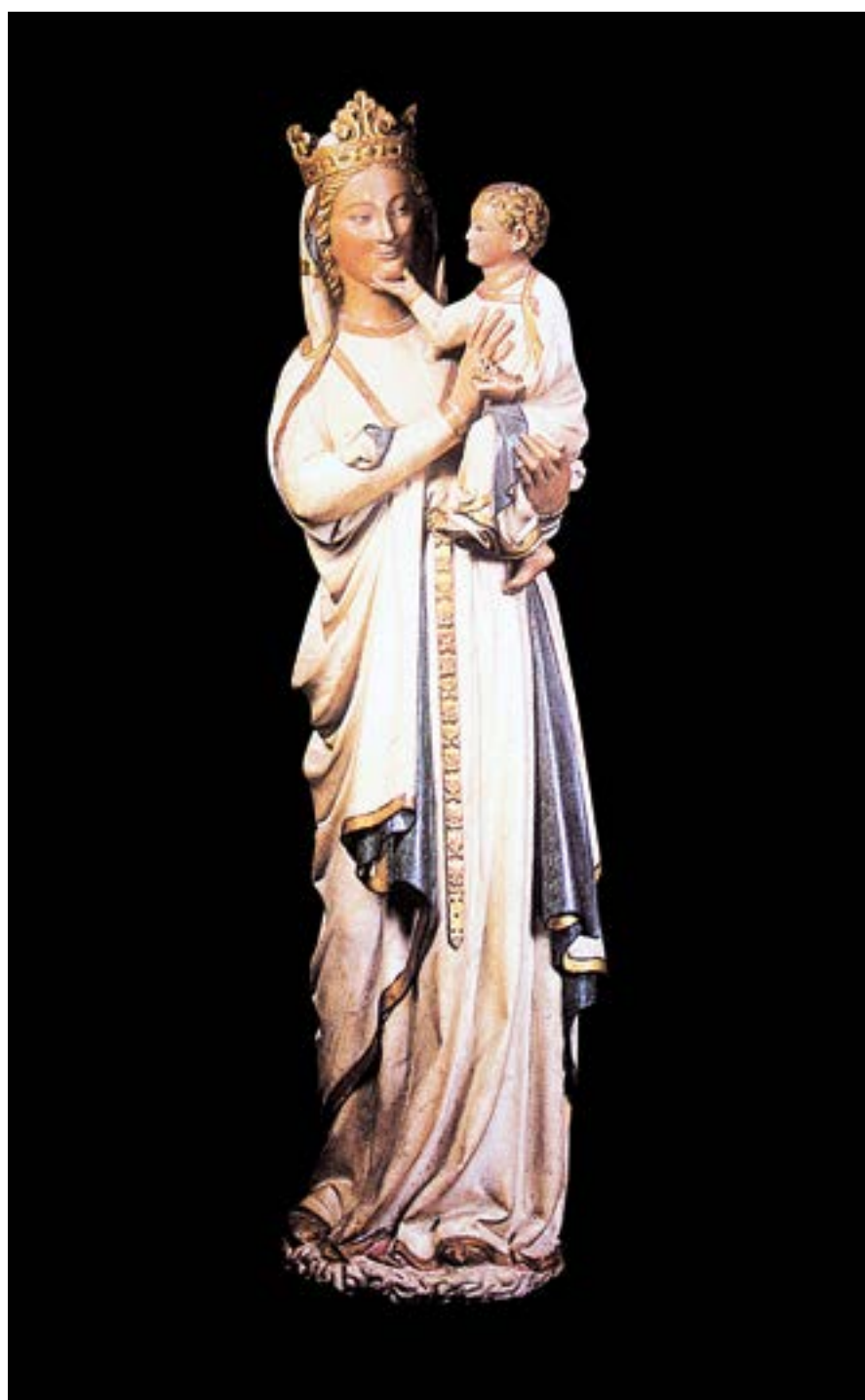


Ilustración 2:

Virgen Blanca, S.I. Catedral Primada de Toledo

Elemento central del escudo episcopal de Mons. Rafael Palmero Ramos

RESEÑA BIOGRÁFICA

El día 24 de enero de 1988 recibía Don Rafael Palmero Ramos en la Catedral Primada, la ordenación episcopal tras su nombramiento como Obispo Auxiliar de Toledo, por el Beato Juan Pablo II. Fue consagrante principal el Cardenal Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo, al que tan unido estuvo D. Rafael durante toda su vida. Le acompañaban Mons. Antonio Briva Mirabent, Obispo de Astorga, y Mons. Rafael Torija de la Fuente, Obispo de Ciudad Real, con otro grupo numeroso de Obispos. Su oración repetida en aquellos momentos y siempre ha sido esta: «Que te sea grato, Señor, por la mansedumbre y dulzura de corazón, ofreciendo mi vida en sacrificio, por medio de tu Hijo Jesucristo –CUM IPSO, CON ÉL–, por quien recibes la gloria, el poder y el honor, con el Espíritu Santo, en la Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén».

Don Rafael había nacido en Morales del Rey, Provincia de Zamora y Diócesis de Astorga, el 27 de julio de 1936, en una familia sencilla, siendo el segundo de seis hermanos. Hizo sus primeros estudios, en el pueblo, con otros 114 muchachos, bajo la dirección de Don Domingo Vicente, maestro nacional. Llamado por el Señor al sacerdocio, cursó Humanidades, Filosofía y dos años de Teología en el Seminario Conciliar de Astorga. Pasó luego a Roma, como alumno del Colegio Español de San José y completó su formación en la Pontificia Universidad Gregoriana, donde se doctoró en Sagrada Teología con una tesis titulada «*Ecclesia Mater* en San Agustín» (1968). En el «*Angelicum*», Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, obtuvo la licenciatura en Ciencias Sociales (1962). Cursó estudios también en el Centro Internacional para la Formación Social del Clero de Roma en dependencia directa de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, y allí recibió el título de Diplomado en Sociología Pastoral (1961).

Ordenado sacerdote el 13 de septiembre de 1959, en el Seminario Mayor en Astorga, allí desempeñó, de 1961 a 1965, el cargo de Secretario de Estudios y Profesor de Teología Fundamental y de Doctrina Social de la Iglesia, conciliando su actividad docente con la labor de Vicedelegado primero (1962–1963) y Delegado

Episcopal después de Caritas Diocesana (1963–1968). Ministerio pastoral directo ejerció en la Parroquia de San Pedro de Rectivía (1967–1968).

Más tarde, Don Marcelo González Martín, Arzobispo de Barcelona, lo llamó a la Ciudad Condal y lo vinculó a su Secretaría Particular (1968–1972). Allí formó también parte del Consejo Diocesano de Caritas de la Ciudad Condal, como Subdirector del Departamento de Comunicación Cristiana de Bienes (1968–1972), y presidió el Patronato Diocesano de la Obra Benéfico–Social del Niño Dios (1969–1972). Ministerio parroquial directo ejerció en la Parroquia de Nuestra Señora de Belén, de las Ramblas (1970–1972).

Con Don Marcelo fue después a Toledo en enero de 1972. El 3 de octubre del mismo año se incorporó al Claustro de Profesores del «Estudio Teológico San Ildefonso», para explicar Teología de la Acción Pastoral (1972–1996), Doctrina del Vaticano II y Catequesis del Papa (1972–1974). El 14 de diciembre de 1972 fue nombrado Vicario General del Arzobispado de Toledo, y en diciembre de 1974 Arcediano de la Santa Iglesia Catedral.

El 24 noviembre 1987 fue nombrado Auxiliar de Toledo y Titular de Peneda. Don Rafael desarrolló su ministerio episcopal durante nueve años como Auxiliar de la Sede Primada.

El 9 de enero de 1996 el Santo Padre le nombró Obispo de Palencia, tomando posesión de la Sede palentina el 17 de febrero de ese mismo año. En la Diócesis de Palencia, Don Rafael recorrió todas las parroquias, administrando en ellas el sacramento de la Confirmación y realizando la visita pastoral. Llevó a buen puerto proyectos ya en marcha (Casa de la Iglesia, acondicionamiento del Museo Diocesano...) y realizó otros nuevos (restauración de la Catedral, de otros templos, reforma del Seminario Mayor y del Obispado, refuerzo e impulso a diversas delegaciones diocesanas de pastoral, creación de nuevas parroquias y construcción de sus Iglesias). Importantes en el desarrollo de los cursos pastorales fueron las cartas de adviento que cada año fue dirigiendo a sus diocesanos. Celebró 10 peregrinaciones con jóvenes a la Trapa «Tras las huellas del Hermano Rafael» y reformó, adaptándola a la legislación vigente, la Residencia de «San Bernabé y San Antolín», de Patronato Diocesano.

Con fecha 26 de noviembre de 2005 fue nombrado por el Santo Padre Benedicto XVI Obispo de Orihuela–Alicante. Tomó posesión de la sede el día 21 de enero de 2006. Momentos significativos de su ministerio episcopal en esta Diócesis han sido las inauguraciones de la nueva Sede del Obispado en Alicante (marzo 2007) y la del Museo Diocesano de Arte Sacro (febrero 2011) siguiendo la

estela de su predecesor, Monseñor Victorio Oliver. Otros hitos, la apertura de las cinco Capillas de Adoración Perpetua (2009–2012), una por vicaría, la puesta en marcha de la nueva residencia de ancianos «Virgen del Remedio» (Alicante, octubre 2010), la celebración del Primer Congreso Diocesano de Laicos (noviembre 2010), la reapertura de la «Casita de Reposo» en Elche (octubre 2009), la celebración del V Centenario de la Catedral de Orihuela (2010–2011), el comienzo de la revista de estudios teológicos «Facies Domini» (2009) y los acuerdos para poner en marcha la Universidad Católica de Alicante (marzo 2012). Muy implicado con la promoción de vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al apostolado seglar en Orihuela–Alicante, Monseñor Palmero ha iniciado e impulsado distintos procesos de canonización y ha llamado y abierto las puertas de la Diócesis a movimientos nuevos y congregaciones diversas.

Con fecha 27 de julio de 2012, el Santo Padre aceptó la renuncia presentada por razones de edad un año antes. Elegido Administrador Diocesano por el Colegio de Consultores, rigió la Diócesis de Orihuela–Alicante hasta la toma de posesión de su sucesor, Mons. Jesús Murgui Soriano, el 29 de septiembre de 2012.

En la Conferencia Episcopal, ha formado parte de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, de Enseñanza y Catequesis, de Doctrina de la Fe, de Relaciones Interconfesionales y de Pastoral, siendo responsable del Departamento de Pastoral de la Salud. Ha sido también miembro del Consejo de Economía de la Conferencia Episcopal Española. Desde el 5 de Enero de 2011, es consultor Pontificio del Consejo para la Pastoral de la Salud.

En la actualidad y desde hace años, Don Rafael es el tercer Presidente de CLAUNE (Claustros necesitados), Instituto Pontificio erigido por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica el 15 de octubre de 1971 en favor de la Vida Contemplativa.

Don Rafael ha publicado libros y artículos sobre temas de índole teológica, social y pastoral. Entre otros los siguientes libros: «*Ecclesia Mater* en San Agustín» (Madrid 1970), «El sacerdocio de los laicos» (Madrid 1971), «Ana Lapini y su obra» (Barcelona 1971), «San José, del sindicato de la madera» (Bilbao 1974 y Burgos 1990, en colaboración), «Don Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo. Diez años de servicio en la Diócesis Primada» (Toledo 1981), «M. María de Jesús Guízar, Fundadora de las Siervas Guadalupanas de Cristo Sacerdote» (Ávila 1986), «Iglesia, misterio de fe, hogar de hermanos y comunidad de vida» (Ávila 1987, en colaboración), «Santidad es alegría» (Burgos 1990), «Testigo con trece años. San Pelayo, mártir» (Ávila 1990), «El hombre más feliz de la tierra» (Burgos), «Los dones del Don de Dios» (Burgos 1998), «Con Cristo al

tercer milenio» (Madrid 1999), «Una Diócesis con suerte ¡Palencia tiene Trapa!» (Burgos 1999), «Teología del dolor y de la enfermedad» (Burgos 2000), «Camino abierto. Tras las huellas de Don Manuel González, Obispo de la Eucaristía» (Burgos 2000), «Una serena alegría. Con el H. Rafael Arnaiz» (Burgos 2000), «D. Manuel González. El Obispo de la Eucaristía» (Burgos 2000), «Don Ángel Rico, Padre conciliar y Obispo del Vaticano II» (Burgos 2002), «15 días con el hermano Rafael» (Ciudad Nueva 2003), «15 días con Don Manuel González» (Ciudad Nueva 2003), «Eucaristía, misterio, vida y fraternidad, el Obispo del Sagrario» (Madrid 2004), «Tras las huellas del Hermano Rafael» (Burgos 2005), «15 días con la Madre Maravillas» (Ciudad Nueva 2005), «10 Claves del Hno. Rafael para vivir el evangelio» (Burgos 2009), «San José ayer y hoy» (Burgos 2010), «La Fuente de San José» (Burgos 2011); «Memorias de una amistad. Entrevista de Mons. Palmero al Padre Damián Yáñez sobre San Rafael Arnáiz Barón» (Universidad Católica de San Antonio de Murcia, 2012). No son pocos los párrafos con que ha alentado o facilitado otras publicaciones. Por ejemplo: «A Dios el honor, y al hombre la Misericordia, por María y no en María», Presentación a San Bernardo, *La alabanza de María y otros escritos escogidos*, Ciudad Nueva, 1998, pp. 5–12.

Entre sus artículos destacan, «A la familia por la interioridad. A la interioridad por la conversión», en *Revista agustiniana* 33 (1992) 847–868; «Anuncio gozoso de la salvación. Pregón de Semana Santa». Zamora en Madrid, 1992, 39 pp.; «Catedral de Palencia, Alma de la ciudad, acogedora y bella», en *Le cattedrali segni delle radici cristiane in Europa*, Atti del I e del II convegno, opera del Duomo di Ovviato 2010, pp. 137–152; «La Iglesia Nuestra Madre. San Agustín en San Pablo», en Centro Teológico San Agustín, *XII Jornadas Agustinianas*, Madrid 2009, pp. 253–300; «Muerte que da vida, la de Jesús», pregón de la Semana Santa (Astorga 2009); «Vivir en parroquia, vivir en familia: la aportación de la liturgia», en Comisión episcopal de liturgia, *Liturgia y parroquia hoy*, EDICE Madrid 2009, pp. 7–13; «La Iglesia, madre que da vida», en *Facies Domini* 1 (2009) 169–192; «Podemos soñar despiertos». Pregón de la Semana Santa en Benidorm, 2010; «La conversión del corazón en San Agustín», en *Facies Domini* 2 (2010) 433–450; «Vivir la Pascua con San Rafael Arnáiz», en *Tabor* 13 (2011) 187–192; «Dios es bueno y misericordioso. Acercar a Dios al mundo de hoy», en *Facies Domini* 4 (2012) 307–339; «Cirineo también Don Julián», en Mons. Julián Barrio, *Confiado en tu palabra, Señor, Cartas pastorales para el Día del Enfermo 1997–2012*, Santiago 2012, pp. 9–19.

TABLA DE ABREVIATURAS

AA	CONCILIO VATICANO II, Decreto <i>Apostolicam Actuositatem</i>
CD	CONCILIO VATICANO II, Decreto <i>Christus Dominus</i>
CDSI	PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, Compendio de doctrina social de la Iglesia, Editorial Vaticana, 2004
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica (11/10/1992).
ChL	JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica <i>Christifideles Laici</i> (30/12/1998)
CinV	BENEDICTO XVI, Carta Encíclica <i>Caritas in Veritate</i> (29/6/2009)
DCE	BENEDICTO XVI, Carta Encíclica <i>Deus Caritas est</i> (25/12/2005)
EE	JUAN PABLO II, Carta Encíclica <i>Ecclesia de Eucharistia</i> (17/4/2003)
LE	JUAN PABLO II, Encíclica <i>Laborem Exercens</i> (14/9/1981)
LG	CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática <i>Lumen Gentium</i>
NMI	JUAN PABLO II, Carta Apostólica <i>Novo Millennio Ineunte</i> (6/1/2001)
NVPNE	OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS, Nuevas vocaciones para una nueva Europa (6/1/1998)
PDV	JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica <i>Pastores dabo Vobis</i> (25/3/1992)
PO	CONCILIO VATICANO II, Decreto <i>Presbyterorum Ordinis</i>
RMt	JUAN PABLO II, Encíclica <i>Redemptoris Mater</i> (25/3/1987)
SCa	BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica <i>Sacramentum Caritatis</i> (22/2/2007)
SS	BENEDICTO XVI, Carta Encíclica <i>Spe Salvi</i> (30/11/2007)
TMA	JUAN PABLO II, Carta Apostólica <i>Tertio Millennio Adveniente</i> (10/10/1994)

I. AQUÍ ESTOY, SEÑOR, PARA HACER TU VOLUNTAD

1. CUM IPSO. CON ÉL

*Alocución al término de la solemne
Misa de ordenación episcopal
S.I. Catedral
Toledo, 24 de enero de 1988*

«¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios del consuelo! Él nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios» (2 Cor 1, 3–4).

Reflejan bien estas palabras del Apóstol Pablo mi estado de ánimo –mi interioridad, mi alma– en este momento importante de mi vida sacerdotal. Sacerdotalmente he vivido desde mi ordenación en el año 59: mis discípulos queridos de Astorga, que hoy me acompañan lo saben, y otros hermanos de Barcelona y Toledo, Ávila y Palencia, Valladolid y Burgos, Huelva y Orense, Cuenca y Cáceres, Orihuela y Madrid, Guadalajara y Zamora, Méjico, Colombia, Puerto Rico e Italia, también son testigos. Y sacerdotalmente quiero seguir trabajando en la Iglesia y por la Iglesia. Con la plenitud, desde esta tarde, de la gracia ministerial, recibida por la oración consecratoria e imposición de manos de otros Obispos.

Hemos participado juntos en una celebración hermosa. El Sr. Cardenal y el Cabildo de esta Catedral, así como otros sacerdotes, religiosas y seglares, han puesto el máximo interés en preparar bien, con detallado esmero, el encuentro. Dios os lo pague, queridos hermanos capitulares, tan ejemplarmente entregados al servicio de la Diócesis en todo momento. Y la liturgia solemne, participada y

vivida, nos ha introducido a todos en el misterio de esa providencia divina que continuamente rodea de misericordia a sus hijos; que descubre suavemente sus dones a los humildes y sencillos; y que, en ocasiones como ésta, llama a uno de ellos, como ha llamado a otros para Plasencia y Ciudad Rodrigo, a colaborar en el pastoreo de la grey. En nuestro caso, con un Obispo ejemplar, «ya no escaso en años y servicios», como él ha dicho de sí mismo. Le llama a ser «maestro fiel de la verdad, sacerdote de los sagrados misterios, y ministro del servicio santo».

Con estas palabras del Ritual de Órdenes hemos pedido al eterno Pastor de los fieles, que dirige y gobierna con providencia y amor a su Iglesia, un verdadero regalo, un don de su Espíritu para esta querida comunidad diocesana de Toledo. Al concederlo por el ministerio de la Iglesia, se ha puesto de manifiesto la solicitud amorosa del Padre por el cuidado de su familia. «Recíbidle, ahora que va a ser Obispo conmigo y para vosotros –pide Don Marcelo–, con sentimientos de fraterna amistad, de obediente colaboración y de común anhelo por la causa del Evangelio y de la Iglesia. Pero también advierto yo, Obispo Auxiliar de nuestro Cardenal Arzobispo, en estas frases rituales, la actitud interior con que debo iniciar «viajero nuevo, camino nuevo, cántico nuevo»... con todos vosotros, mi nueva andadura eclesial.

«Es realmente sublime, comenta San Agustín en un ambiente eucarístico como el que nos ha congregado, el banquete donde se sirve como alimento el mismo Señor que invita al banquete. Nadie, en efecto, invita de sí mismo a los que invita, pero el Señor Jesucristo ha hecho precisamente esto: él, que es quien invita, se da a sí mismo como comida y bebida...» Y explica el santo: «Sólo los mártires, entendiendo bien lo que habían comido y bebido, devolvieron al Señor lo mismo que de él habían recibido»¹. A nosotros, que avanzamos día a día en el camino de la fe y de la esperanza, se nos garantiza la posibilidad de experimentar el gozo de la ayuda del Señor, siempre que repartamos con los hermanos el gozo que de Dios mismo recibimos... Mi palabra, por tanto, hoy es palabra que brota del alma, como estrofa repetida de gratitud y de aliento. Y, como el agradecimiento es, ante todo, «una emoción con la que la persona humana, de manera significativa, sale espontáneamente al paso de algo previamente dado a ella y captado en su sentido» (B. Schwarz), mi voz agradecida se eleva a Dios Padre, «pastor soberano» (1 Pe 5,4) «que estableció convocar a quienes creen en Cristo en la Santa Iglesia»². Y a su Hijo, nuestro Salvador. En él hemos sido enriquecidos todos (Cf. 1 Cor 5).

A la Iglesia Madre, que consta de niños, vírgenes y casados; que sabe can-

¹ S. AGUSTÍN, *Sermón* 329, 1–2.

² LG 2.

tar la misericordia de su Fundador y Cabeza; y que constituye la «congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz»³.

Al Santo Padre Juan Pablo II, pequeño en sí, como Pedro, pero grande en el Señor, Papa de la evangelización siempre renovada y apóstol incansable por todas las rutas del mundo. Él está hoy con nosotros, en la persona de Mons. Mario Tagliaferri, Nuncio Apostólico en España.

Idéntica gratitud manifiesto a nuestro Cardenal Primado, Don Marcelo González Martín, padre y maestro, hermano mayor y amigo, pregonero incansable, como Pablo, de Cristo Jesús, pastor amante de su pueblo, modelo de dedicación y entrega.

Trabajaremos juntos, Sr. Cardenal, y muy a gusto, «con espíritu de fe y confianza en Dios y en la Iglesia». Con confianza grande también suya y mía –éste es su deseo– en vosotros queridos sacerdotes, religiosos y fieles diocesanos. Juntos «vamos a seguir el camino emprendido de fidelidad y de renovación para mejor atender a lo que nuestro tiempo nos pide, en conformidad con lo que el Magisterio va señalando bajo la acción del Espíritu»⁴.

Gratitud muy sincera a los Obispos consagrantes; lo han sido todos los Obispos que han concelebrado, aunque de manera particular pedí que lo fuera el Obispo de Astorga por serlo de mi Diócesis de origen y el de Ciudad Real, amigo querido desde los años de Roma y perteneciente a esta Provincia Eclesiástica; a los demás miembros del Episcopado Español y al Sr. Arzobispo de Paderborn (Alemania Federal), representado por su Vicario General, Mons. Kresing y otros dos hermanos que le acompañan. Gratitud también a los Prelados que, por enfermedad o razones pastorales –pienso en Don Irineo– participan unidos en la oración y afecto colegial. Sentimos que no haya podido viajar a España Mons. Szendi, Obispo de Veszprem. Hablando precisamente al Episcopado de Hungría, recordaba recientemente el Santo Padre: «La unidad entre los pastores, será núcleo y raíz de la perfecta comunión eclesial que abrazará a todos en Cristo: Obispos, sacerdotes, religiosos y pueblo fiel»⁵.

Gratitud al numeroso coro de sacerdotes de nuestro presbiterio y de otras Diócesis. Al P. Abad de la Trapa del H. Rafael y a los religiosos y religiosas, tanto de vida activa como contemplativa. A los diáconos, seminaristas mayores y pequeños. Con vuestro ejemplo –el de todos– me ayudáis a buscar en cada momento no las cosas propias, sino las de Jesucristo, nuestro Maestro.

³ LG 9.

⁴ MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Comunicado sobre el nuevo Obispo Auxiliar*, 6.

⁵ JUAN PABLO II, *A los Obispos de la Conferencia episcopal húngara* (13/9/1987).

Gratitud a los seglares, hombres y mujeres, de Toledo y de lugares muy diversos de la geografía. Por la benevolencia divina tenéis como hermano a Cristo... y tenéis también por hermano a los que, constituidos en el sagrado ministerio, enseñando, santificando y gobernando con la autoridad de Cristo, apacentamos a la familia de Dios, de suerte que sea cumplido por todos el mandamiento nuevo de la caridad⁶.

Gratitud a mis Seminarios y a Cáritas Diocesana de Astorga. A la parroquia maragata de San Pedro de Rectivía y al Patronato de la Obra Benéfico Social del Niño de Dios de Barcelona. Al Colegio Español de San José de Roma y al Conventorio sacerdotal de Montserrat. A las Universidades Gregorianas y de Santo Tomás de Aquino. Gratitud a las Autoridades y representaciones locales de Toledo y de Astorga, provinciales de Toledo y Zamora, y regionales de Castilla La Mancha, lo mismo que a los Magistrados y Jefes Militares que nos acompañan. Al Ayuntamiento y pueblo de Morales del Rey, mi pequeño y querido rincón de origen. Pienso en mi maestro, Don Domingo y en los de la Escuela Preparatoria del Seminario, que están presentes. Y pienso en todas las familias del pueblo. Estáis aquí, apiñados, con nuestro Párroco y con los hijos sacerdotes del lugar. ¡No podía ser de otra manera! ...

Gratitud finalmente a vosotros, mi madre y mis hermanos, mi familia, amplia y acogedora. Bendecida siempre por Dios. Y con vosotros a Don Santiago, y a Angelita, y a las Hermanas de casa, que formáis mi segunda familia. De unos y de otros he recibido mucho... ¡Gracias, muy de corazón, a todos, hermanos y hermanas! En el Señor y en la Señora. En la Iglesia Madre. «Este tiempo nuestro, a pesar de sus ambigüedades, advierte el Santo Padre, es también tiempo de salvación (LG 48)... En nuestro caminar de Pueblo de Dios, (pensad en el Sínodo diocesano que venimos preparando juntos), no podemos olvidar a Aquella que es el instrumento elegido para alumbrar la plenitud de los tiempos. María, llena de gracia, es la plenitud anticipada de la humanidad redimida y, por lo mismo, modelo y figura de la Iglesia»⁷, en cuyo corazón ha de introducimos en este Año Mariano.

Muchos de vosotros, al felicitar me estos días y encomendarme en vuestra oración, habéis pedido que sea un buen Obispo. Ayudadme siempre a serio, conscientes, vosotros y yo, de que «el pastor de almas sirve a la Iglesia, cuando sirve, en la Iglesia, a los miembros de Cristo, prodigándose con solicitud tanto

⁶ Cf. LG 32.

⁷ *L'Osservatore Romano* (6/12/1987).

mayor cuanto ellos son más débiles y necesitados»⁸. Seré buen Obispo y Obispo bueno –quiero serlo– si, teniendo predilección por estos hermanos más pequeños, logro que mi vida esté en consonancia con el oficio que indica el nombre de Obispo.

«¿De qué le aprovecha a un desgraciado llamarse Félix (Feliz)? –pregunta San Agustín– Si acoges en tu casa a un mendigo lleno de miserias, de nombre Félix, y le dices: Félix, ven acá; Félix, vete allá; Félix, levántate; Félix, siéntate, él, a pesar de la múltiple repetición de este nombre, seguirá siendo un infeliz. Semejante a éste es quien se llama Obispo y no lo es»⁹.

San Agustín vivió hace siglos. Más recientemente, uno de vosotros, seglar comprometido y padre de familia numerosa y feliz, me escribía:

«Que te prepares bien para la efusión del Espíritu Santo que vendrá a ti el día 24. Todos tus amigos estaremos contigo, para pedir que esa nueva *effusio* suscite en ti la respuesta debida en el servicio del Señor, y que centre una vez más, todos tus esfuerzos en lo único que importa, que es, en definitiva, *que Dios sea glorificado al máximo en todos y en cada uno de nosotros*.

Lo demás es secundario, circunstancial, pasajero. Con el paso de los años, llega uno a confirmarse en que ahí está el punto central: *Dios y su gloria*».

Mi propósito, formulado ante el altar y junto a vosotros, hermanos y hermanas, es mi oración con vosotros de despedida esta tarde. La que ya hemos dicho y que yo repetiré frecuentemente, con palabras o en silencio:

«Que te sea grato, Señor, por la mansedumbre y dulzura de corazón, ofreciendo mi vida en sacrificio, por medio de tu Hijo Jesucristo –CUM IPSO, CON ÉL–, por quien recibes la gloria, el poder y el honor, con el Espíritu Santo, en la Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén»

Texto del recordatorio de la ordenación episcopal:

Decid mi nombre al Señor y a la Señora
y ayudadme cuanto podáis, hoy y siempre,
a ejercer el ministerio episcopal CUM IPSO, con Él.
Con Jesús niño, gozoso y confiado, alegre en brazos de la Madre.
Con el Papa de la evangelización siempre renovada,

⁸ M. PELLEGRINO, *Verus sacerdos: el sacerdocio en la experiencia y en el pensamiento de san Agustín*, Madrid 1966, p. 63.

⁹ S. AGUSTÍN, *Sermón 340 A*, 4.

que me incorpora en este Año Mariano
 al Colegio de sucesores de los Apóstoles.
 Y con nuestro Cardenal Arzobispo de Toledo Don Marcelo,
 del que soy colaborador y que ahora me llama hermano.
 La gracia que como a cristiano se me ha dado es para mi bien,
 precisa San Agustín; la dignidad de Obispo que ahora se me otorga,
 es para vuestra salud... Camino nuevo, viajero nuevo, cántico nuevo...
 Si nos mantenemos unidos a Cristo
 –garantiza el Pastor de Hipona, experimentado como pocos–,
 estamos seguros y somos el regocijo de la Iglesia Madre,
 porque en la unidad que formamos con Él en el Espíritu
 está la caridad, está la paz, está la salvación.

2. VENGO A SER VUESTRO SERVIDOR

*Homilía en la toma de posesión
 de la Diócesis de Palencia
 S.I. Catedral
 Palencia, 17 de febrero de 1996*

1. De Toledo a Palencia

De Toledo, pasando por Madrid y Valladolid, llegó a Palencia el año 1580, Santa Teresa de Jesús, dispuesta a hacer su 14ª fundación. El Obispo, D. Álvaro de Mendoza, que había admitido y favorecido en su momento el primer Convento de la reforma, San José de Ávila, trasladado a Palencia en 1577, invitó a la Santa a fundar también en su nueva Diócesis. Hasta lograrlo, hubo de vencer dificultades no pequeñas. «No sé –confiesa la Madre Teresa– si era el mucho mal y la flaqueza que me había quedado (tras su enfermedad en Valladolid), o el demonio que quería estorbar el bien que se ha hecho después...». «Todo se me hacía imposible, y si entonces acertara con alguna persona que me animara, hiciérame mucho provecho... Porque o el demonio o, como he dicho, la enfermedad me tenía atada».

Quedó todo solucionado, cuando un día, acabando de comulgar, le dijo Nuestro Señor a modo de reprensión elevadora: «¿Qué tienes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido, soy ahora; no dejes de hacer estas dos fundaciones» (la de Palencia y la de Burgos).

Figuran otros datos de interés en el *Libro de las Fundaciones*, que recojo escuetamente: «Así quedé determinada y animada, que todo el mundo no bastara a poner contradicción. Y comencé luego a tratar de ello, y comenzó Nuestro Se-

ñor a darme medios...». «El mismo Señor, como se ha visto en las demás fundaciones, toma en cada parte quien le ayude, que ya ve Su Majestad lo poco que yo puedo hacer...». «Habían mostrado algunas personas principales voluntad, y el Obispo la tenía grande...». «El frío era mucho, y el día antes de la instalación con cinco monjas y una compañera, que ha días que andaba conmigo, freila... (la Beata Ana de San Bartolomé), había sido trabajoso, con una gran niebla, que casi no nos veíamos». «El demonio lo turba todo, aunque él no puede salir con nada; más inquieta». «El –el Obispo– fue allá con una caridad grande, que siempre la ha tenido con nosotras».

Hasta asumir todo el proceso en este párrafo notarial, constitutivo, fehaciente: «Fue tanto el contento, que nos mostró el pueblo tan general, que fue cosa muy particular, porque ninguna persona hubo que le pareciese mal. Mucho ayudó saber que lo quería el Obispo, por ser allí muy amado. Mas toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto, y cada día me alegro más de haber fundado allí»¹⁰.

2. Antes, de Palencia a Toledo

Antes, a mediados del siglo V, época, por tanto, visigótica, el Obispo Pastor, palentino, acuñó la fórmula *Filioque*, que se incorporó más tarde a los símbolos de fe de los Concilios de Toledo. En el último tercio del siglo XII, un Arcediano ilustre de Palencia, Martín López de Pisuerga, elegido Arzobispo de Toledo, fue el primero en recibir el título de Canciller Mayor del Reino de Castilla, que conservan sus sucesores. Él propuso y ordenó Obispo de Cuenca, a San Julián, hasta ese momento Arcediano de Toledo. Y él regaló, según parece, a la Catedral Primada la primera imagen románica de Santa María de Toledo, que todavía hoy se conserva en la Catedral y es motivo de admiración y de piedad. De la sede palentina fue llamado a ocupar la de Toledo D. Sancho de Rojas (1415–1422), que edificó la Capilla de San Pedro en la Catedral. Y en este siglo gobernó la Diócesis de Toledo, de 1921 a 1922, el cardenal D. Enrique Almaraz y Santos, después de ser Arzobispo de Sevilla y, anteriormente, Obispo de Palencia en los años 1893–1907, caracterizado por su entrañable devoción a Santa Teresa, en cuya Capilla de la Catedral de Toledo esperan la resurrección sus restos. «*Doctrinam et virtutem verbo semper et exemplo docuit*», se lee en su epitafio. Hubo coherencia, por tanto, en su vida.

Más recientemente, en 1970, viajó a Palencia D. Anastasio Granados, de feliz memoria, Obispo del Concilio Vaticano II, humilde y sencillo, acogedor y padre. El rigió esta Diócesis palentina hasta 1978. Aquí dejó pruebas palpables

¹⁰ S. TERESA DE JESUS, *Libro de las Fundaciones*, cap. 29, n.º 2–11.

de su bondad en la Residencia 77, plasmación de su interés y solicitud por nuestros mayores. Y aquí está sepultado.

3. Otros Prelados

De otros lugares de la geografía hispana han llegado también a Palencia, en esta época, otros Prelados. Sus huellas se advierten hoy todavía, y su espíritu se mantiene vivo en nuestra comunidad diocesana:

- D. Manuel González García, el Obispo del Sagrario Abandonado, empeñado como pocos en amar a Cristo, presente en la Eucaristía y ofrecido en alimento. Y en enseñar a los hombres a amarle. Su afán por extender la devoción a la Eucaristía aún reverbera en nuestras gentes palentinas.
- D. Javier Lauzurica, tan dedicado a mejorar nuestros seminarios, que hizo de ellos su principal preocupación pastoral, y cosechó tantos frutos en la formación del clero, convencido de que ése era –y sigue siendo– el secreto para implantar y extender el reino de Cristo en el mundo.
- Fue su sucesor, D. José Souto Vizoso, que se ocupó de transmitir a esta Diócesis palentina el espíritu del Concilio Vaticano II, en el que él había participado en todas sus etapas.
- A continuación, sucediendo a D. Anastasio Granados, ejerció su ministerio episcopal aquí el religioso agustino P. Nicolás Castellanos, empeñado con noble afán en llegar a todos, especialmente a los alejados y a los pobres. Hoy sigue misionando, con talante joven y espíritu abierto, en la Sierra de Santa Cruz, de Bolivia.
- De 1992 a 1995, ha sido D. Ricardo Blázquez, el Obispo que nos ha dejado lo mejor de su vida en servicio de la Iglesia, aquí en Palencia. Desde el pasado mes de octubre rige la Diócesis de Bilbao con el mismo amor e ilusión con que se entregó a ésta. Nos alegra tenerle hoy con nosotros.
- Lo mismo que a D. Santiago Martínez Acebes, Arzobispo Metropolitano, que os ha pastoreado unos meses.

4. Ahora vengo yo a ser vuestro servidor

Hoy, enviado por el Santo Padre y dispuesto a prolongar entre vosotros, juntamente con él y bajo su autoridad, la obra de Cristo, Pastor eterno¹¹, llego yo. Con escaso bagaje, a pesar de que Toledo impacta siempre y enriquece a todos.

¹¹ Cf. CD 1.

¡Gracias, Toledo! (Sr. Arzobispo, sacerdotes, religiosas y religiosos, seminaristas y seglares). Allí he tenido a lo largo de 24 años buen modelo de pastor, D. Marcelo. Vengo dispuesto a ser Maestro en la fe, Administrador de la gracia del supremo sacerdocio, y Pastor vuestro.

Llego como servidor. Porque «el que preside a un pueblo –tengo a la vista la severa advertencia de San Agustín– debe tener presente, ante todo, que es siervo de muchos... Somos vuestros siervos; siervos vuestros; pero, a la vez, siervos con vosotros. Somos siervos vuestros –aclara desde su profunda convicción y vivencia–, pero todos tenemos un único Señor... Siervos vuestros; pero en Jesús», presente, de manera especial, en los hermanos pequeños, enfermos y necesitados¹².

De ahí que quiera y deba entregarme a todos, sin distinción alguna ni preferencia injustificada. Con amor siempre creciente. «Quien ama, camina»¹³. Peregrinamos, ya desde ahora, juntos; y juntos, hermanados, hemos de llegar a la meta: «Nadie llega; sino quien está en el camino; mas no todo el que está en el camino, llega... Quienes ya están en él, no deben sentirse todavía seguros, no sea que retenidos por los encantos del camino mismo, no tengan suficiente amor para sentirse arrastrados hacia aquella patria, la única en que existe el descanso. Nuestros pasos en él son el amor de Dios y del prójimo. Quien ama, corre; y cuanto más intensamente ama uno, tanto más velozmente corre»¹⁴.

Os invito, pues, con confianza y con empeño a compartir responsabilidades, ya que nos alimentamos todos con el mismo Pan. «Os sirvo de lo mismo que yo vivo: del tesoro del Señor, del banquete de aquel padre de familia que, "siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que nos enriqueciésemos con su pobreza" (2 Cor. 8,9). Si os sirviera pan, habría que partirlo; cada uno tomaría un pedazo; y, por mucho que sirviese, no llegaría más que una mínima porción a cada uno. En cambio, lo que digo, lo tienen todos todo y cada uno en particular»¹⁵. «El Evangelio me asusta –vuelvo a mentar a San Agustín–. En efecto, nadie me superaría en ansias de vivir en esa seguridad plena de la contemplación, libre de preocupaciones temporales. Nada mejor, nada más dulce que escrutar el divino tesoro sin ruido alguno; es cosa dulce y buena. En cambio, el predicar, argüir, corregir, edificar, el preocuparse de cada uno, es una gran carga, un gran peso, y una gran fatiga...»¹⁶.

¹² S. AGUSTIN, *Sermón 340 A*, 1 y 3.

¹³ S. AGUSTIN, *Sermón 306 B*, 1.

¹⁴ S. AGUSTIN, *Sermón 346 B*, 2.

¹⁵ S. AGUSTIN, *Sermón 339*, 4.

¹⁶ *Ibidem*.

Pero «así debe ser el Obispo; y, si no es así, no es Obispo»¹⁷, aunque se le dé ese nombre. «Escuchemos juntos, como condiscípulos en la única escuela del único maestro, Cristo; su Cátedra está en el cielo, precisamente porque antes lo fue su cruz en la tierra»¹⁸. «Aligerad, pues, hermanos; aligerad mi carga, ayudándome a llevarla: vivid bien»¹⁹. Vivamos todos bien la única vida. Es temporal aquí, y será eterna en el cielo. «Quien se abre por la fe y el amor a la vida del Espíritu de Cristo, está compartiendo ya ahora, aunque de forma todavía imperfecta, la vida del Resucitado»²⁰.

5. El Evangelio de hoy

Este es el sentido auténtico de las palabras con que Jesús propone, en el Evangelio de hoy, una verdadera moral revolucionaria. Así la califica el P. Cantalamessa. Frente al «ama al que te quiera bien y saluda al que te saluda», el Maestro pide una caridad sobrenatural, divina, sin posible aliciente exterior; pero que tiene en Cristo mismo su razón de ser: «Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores» (Mt 5, 44–45).

¿Qué mejor invitación, hermanos y hermanas, a la unidad perfecta? Es este amor sin discriminación y sin pausa el que construye la unidad y nos hace templos de Dios: a todos y a cada uno. «¿No sabéis –recuerda San Pablo en la 2ª lectura– que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (2 Cor 3, 16). Templo de Dios. Mejor: «santuario de Dios», que es la parte más interior del templo, el lugar en que habita Dios. Con Cristo, su Hijo, como Cabeza nuestra, formamos un Cuerpo «sublime, divino, misterioso»²¹. Esta «unidad del Cuerpo de Cristo, nos ha recordado el Papa, se funda en la acción del Espíritu Santo, está garantizada por el ministerio apostólico y sostenida por el amor recíproco» (Cf. 1 Cor 13, 1–18)²².

La Trapa del Hermano Rafael, que está en nuestra Diócesis, y la enriquece espiritualmente, es un reclamo perpetuo a la interioridad, a la elevación, al recogimiento. El Beato Rafael, desde el silencio elocuente de su Trapa, pregona

¹⁷ S. AGUSTIN, *Sermón 340 A*, 4

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ S. AGUSTIN, *Sermón 339 A*, 4

²⁰ COMISION EPISCOPAL DE LA DOCTRINA DE LA FE de la CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna*, 26/10/1995.

²¹ S. AGUSTIN, *Contra Faustum*, 21,8.

²² TMA 47.

sin intermitencia alguna, la necesidad de Dios. El tiene que ser un eficaz aliado en esta tarea de evangelización nueva. Nos encontraremos allí, jóvenes, más de una vez para algún retiro, con la anuencia del querido P. Abad. Tengo a la vista un centenar de alumnos de las Agustinas y trescientos jóvenes de Talavera que rezan en Fátima por nosotros, por la Diócesis de Palencia y por la Iglesia universal. «Hermanos, ¿qué seguridad es la ofrecida por mí o por vosotros, si no escuchamos con atención y preocupación los mandatos del Señor, y esperamos fielmente sus promesas? En todas estas fatigas, en que nos encontramos en cuanto hombres, imploremos su ayuda y gimamos ante Él»²³.

«Es cosa fácil pensar en grandezas, fácil disfrutar de los honores, fácil prestar oído a los lisonjeros y aduladores. Soportar la afrenta, escuchar pacientemente un insulto, orar por quien te injuria... ; éste es el cáliz del Señor, éste es su banquete»²⁴. En esta Eucaristía estamos participando ahora, hermanos venidos de lejos y hermanos de casa: palentinos, toledanos, astorganos, zamoranos... De mi pueblo y de mi Diócesis de origen, de Barcelona, de Roma y de Toledo, donde he ejercido el ministerio. De Paderborn (Alemania) y de Hispanoamérica. Obispos, sacerdotes, religiosos y seglares. Seminaristas y jóvenes de movimientos de espiritualidad y de grupos de apostolado. Religiosas de vida contemplativa –espiritualmente unidas–, y religiosas de vida activa... siempre hermanas.

Queridos todos: la lección de esta tarde es elocuente, comprometedora, entusiasmante. Aprendámosla bien y obremos en consecuencia. Otro día, queridos palentinos, con cariño y con amor –¿qué sería de mí si no os amara?– reflexionaremos más detenidamente sobre los objetivos de la programación pastoral en marcha, que hemos de mantener, con el 25 Sínodo Diocesano al fondo: conciencia de responsabilidad eclesial, desde la que se potencie una mayor integración y participación de los laicos en la Iglesia, y formación permanente de laicos y sacerdotes. Que todos nuestros trabajos por el Reino nazcan de la vivencia profunda del Evangelio y estén en consonancia con la Iglesia Madre, que nos guía y alienta.

Así, pues, trataremos de poner en práctica con las Diócesis hermanas de la región del Duero, el programa pastoral que el Papa Juan Pablo II ha trazado para todas las Diócesis del mundo en esta etapa final del año 2000 (1997–1999), reflexionando sobre Cristo, Verbo del Padre, «único Salvador del mundo ayer, hoy y siempre» (cf. Hb 13, 8); sobre el Espíritu Santo y su presencia santificadora dentro de nosotros; y sobre el «Padre Celestial, (desde Cristo y por Cristo, en el Espíritu Santo al Padre)». Y más adelante, en la celebración jubilar propiamente

²³ S. AGUSTIN, *Sermón* 339, 9.

²⁴ S. AGUSTIN, *Sermón* 340, A, 5.

dicha, que actualiza, y al mismo tiempo anticipa la meta y el cumplimiento de la vida del cristiano y de la Iglesia en Dios Uno y Trino»²⁵.

6. Una mirada al futuro

Permitidme, sin embargo, que, muy brevemente, haga una referencia sencilla a diversos aspectos, que no debo –ni puedo– silenciar:

Me refiero a esa riqueza proverbial de nuestras familias castellanas. Ricas en hijos, han sabido ofrecer a Dios lo que Él les dio. Familias cristianas, que habéis sabido amasar la fe en Jesucristo con los mejores valores humanos. Habéis entregado a Dios tantos hijos, que han podido esparcirse por la geografía mundial. Actualmente se acercan a 1.000 los misioneros y misioneras que, salidos de vuestros hogares, forman parte de las más diversas familias religiosas y están entregando al Señor lo mejor de sus vidas. De la Pernía y de la Valdavia, de la Ojeda y de la Vega y Loma de Saldaña. De la Tierra de Campos y del Cerrato han sido legión los hijos de esta tierra que han escuchado la invitación: «Sígueme», y han seguido al Maestro con una entrega ejemplar. De la Valdavia procedía el P. Anselmo Polanco, Obispo mártir de Teruel, recientemente beatificado por S.S. Juan Pablo II. Merecéis este elogio pero tenéis que seguir ofreciendo al Señor los que Él elija; con generosidad, porque también generosamente habéis de recibirlos antes de su amorosa Providencia.

Jóvenes seminaristas, novicios, novicias y postulantes de las familias religiosas, estad a la altura de una historia llena de generosidad y de correspondencia. Sin olvidar que en vuestras manos, familias cristianas palentinas, está el secreto de que Dios llame y vuestros hijos respondan. No es verdad que el mal ambiente secularizador sea un monstruo insuperable. Estad firmes en la fe; y contad con la gracia de Dios para vencer toda dificultad. Está positivamente reconocida y elogiada la calidad de la formación, que históricamente se ha impartido en nuestro Seminario de Palencia. Es mi segunda observación. Ni podemos vivir de recuerdos, ni hemos de resignarnos a pensar que la crisis que hoy padecemos, crisis generalizada, tenga que ser duradera. Quiero hacer una llamada, con especial cariño y fundada esperanza, a los queridos sacerdotes del presbiterio palentino; de vosotros depende, en buena medida, que podamos contar con muchos y buenos seminaristas. Con el ejercicio del ministerio sacerdotal, lleno de vida interior y de vibración apostólica, tenéis que lograr que nuestros jóvenes sientan la fuerza contagiosa de vuestra vida sacerdotal. No os resignéis, pensando que son otras las causas principales o condicionamientos únicos de dicha crisis.

²⁵ TMA 55.

Finalmente, queridos sacerdotes religiosos, religiosas y fieles seglares, afrontad con ilusión la nueva evangelización, a la que el Santo Padre nos invita y nos urge. Entregaos a esta causa con noble afán, buscando en nuestro Patrono San Antolín, un ejemplo ardoroso, hasta darlo todo por el Evangelio. No os contentéis con cumplir. Suspirad por una permanente formación teológica y pastoral. Luchad sinceramente por ser santos. Solo así superaremos todas las dificultades. Vivid muy unidos al Romano Pontífice, en una efectiva colaboración con vuestro Obispo. Y ayudémonos a superar cualquier división y medianía.

He aquí algunas tareas, que deben ser acariciadas y potenciadas por todos. «Una cosa es cierta –precisa el Santo Padre–: cada uno es invitado a hacer cuanto esté en su mano, para que no se desaproveche el gran reto del año 2000, al que está seguramente unida una particular gracia del Señor para la Iglesia y para la humanidad entera»²⁶.

7. Agradecimiento y súplica

No quiero cansar –repito– sobre todo a los hermanos y hermanas que han venido de lejos, y que tienen que regresar a sus casas. Mil gracias por vuestra presencia, que es apoyo, estímulo y compañía. Unos y otros, los de cerca y los de lejos, recordad que: «Si somos buenos, somos siervos. Si somos malos, somos siervos; pero si somos buenos, somos servidores fieles, servidores de verdad... Así, pues, que el Señor me conceda, con la ayuda de vuestras oraciones, ser y perseverar, siendo hasta el fin lo que queréis que sea todos los que me queréis bien; y lo que quiere que sea quien me llamó y me mandó»²⁷.

La Madre del Redentor y Madre nuestra, la Virgen Blanca y de la Calle –«La Morenilla»–, sea la Estrella que en el cielo abierto de Castilla, en estos Campos Góticos, guíe los pasos de todos al encuentro del Señor, Con Él, siempre con Él ... Si nos mantenemos unidos a Cristo, estamos seguros, y somos el regocijo de la Iglesia Madre. Porque en la unidad, que formamos con Él en el Espíritu Santo, está la caridad, está la paz, está la salvación.

²⁶ TMA 55.

²⁷ S. AGUSTÍN, *Sermón* 340 A, 9.

3. ADIÓS EN EL SEÑOR

Homilía en la despedida
S.I. Catedral de Palencia
15 de enero de 2006

1. En varias ocasiones he comentado con vosotros un texto de san Agustín, en que nos invita a todos a poner nuestro pasado, presente y futuro en las manos de Dios. ¿Cómo? Viviendo las virtudes teologales, es decir, aquellas que nos relacionan directamente con Dios.

«Teniendo una seguridad plena en las promesas de Dios, dice el Santo:

- *Praeterita credamus* – fe
- *Praesentia cognoscamus* – amor
- *Futura speremus* – esperanza»²⁸.

2. Nuestro querido don Manuel González, Obispo de la Eucaristía, hizo una oración confiada, que hoy repito con vosotros en alta voz:

«Padre nuestro... te pedimos perdón por nuestro ayer, –perdón–
te consagramos nuestro hoy –entrega–
y te confiamos nuestro mañana –confianza–»²⁹.

Poco más tendría yo que añadir en este momento.

Elevado a una escalera de diez peldaños, os veo a vosotros desde este balcón y con vosotros rezo: Autoridades, sacerdotes, curia, catedral, parroquias, seminarios, diácono permanente, vida religiosa, seglares, a todos.

- Gracias, Señor.
- Gracias, María.
- Gracias, Iglesia Madre.

Por tantas cosas. Por tantas ayudas. Por tan buenos hermanos y hermanas. Nos hemos enriquecido todos en estos años y seguiremos todos ayudándonos. Más cerca antes, y ahora más lejos, pero formando parte siempre de la misma familia grande de hijos de Dios.

Gracias es la palabra, es la oración de este momento.

3. Me han preguntado algunos que cómo es el lugar donde voy –donde me envía el Santo Padre–, y si me recibirán bien los levantinos.

²⁸ S. AGUSTÍN, *Ena.in Ps* 88,2,14.

²⁹ B. MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA, *Mi jaculatoria de hoy*, Palencia, p. 422.

Conocéis mucho mejor que yo Orihuela, Alicante y sus costas, porque pasáis allí días de invierno o de verano. Seguiremos viéndonos allí en algún momento. Para consuelo de todos y fortaleza mía, os leo una carta, significativa, como otras que he recibido en estos días. La escriben los Formadores y alumnos del Seminario Mayor:

«Alicante, diciembre de 2005.

Estimado D. Rafael: Hace unas semanas que el Papa le ha encargado el cuidado de esta Iglesia de Orihuela–Alicante. Precisamente el día en que se iniciaba el Adviento. El Señor, que esperamos en este tiempo de oración intensa, también se hará presente entre nosotros en su ministerio pastoral. Pedimos al Señor que le asista en esta tarea de presidir en la caridad a esta Iglesia Diocesana. Con seguridad que también para usted este Adviento es especial. En él, el Señor se acerca de nuevo a su vida con una nueva llamada en su ministerio.

En este año en el que la Iglesia de Orihuela–Alicante trabaja por escuchar la llamada del Señor, su respuesta a esta nueva llamada nos alienta para ser fieles en la vocación recibida. Se presentaba como un humilde trabajador en la viña del Señor. En su ya próximo trabajo en esta parcela de la viña, no le faltará la colaboración de los sacerdotes de esta Diócesis, como tampoco la cercanía y el afecto de los seminaristas, que se preparan para configurarse con Cristo Buen Pastor.

En su carta de saludo, nos decía que ya nos consideraba como algo suyo... porque el Señor, por medio de la Iglesia, le había encomendado ocuparse de esta Diócesis. También nosotros lo sabemos ya nuestro pastor. Esperamos que pronto pueda conocer personalmente a cada uno de estos jóvenes que son esperanza de esta Iglesia para el futuro próximo.

Le deseamos que estos días entrañables de Navidad, la última que comparte con su Iglesia de Palencia, sean un tiempo de sereno encuentro con el Señor que viene en cada nuevo acontecimiento y, en cada ocasión, tiene una palabra nueva que ofrecer a aquellos que son fieles en la escucha. Pidiendo al Señor que llene de gozo y frutos su ministerio.

Los formadores y seminaristas del Teologado le desean una feliz Navidad».

Otro sacerdote, palentino de origen, pero incardinado allí, me escribía más recientemente:

«D. Rafael, supongo que dejar esa Diócesis palentina –a la que tanto debo personalmente– después de diez años de intenso pastoreo, supondrá un desgarramiento importante. Es el Señor por medio de la Iglesia quien le envía a Orihuela–Alicante y seguro que, dentro de muy poco, también usted podrá decir aquello de que *me*

encanta mi heredad. Alentar y acompañar a una comunidad de católicos que viven la fe en una sociedad muy plural y secularizada es una tarea difícil pero muy apasionante. Y sabe que cuenta con la colaboración y el cariño de todos nosotros».

¿No hemos de repetir: *praesentia cognoscamus, futura speramus?* (presente en el amor, futuro en la esperanza).

Sí, porque también vosotros tendréis pronto un nuevo Obispo, que os querrá y al que querréis. Será el Pastor que el Señor os envíe. Recibidlo bien y colaborad con él sin reserva alguna. Que aquí está el secreto del acierto apostólico. En la unidad.

Agradezco la presencia a D. Manuel, Obispo de Mondoñedo-Ferrol y le felicito, lo mismo que a Javier del Río, nombrado Obispo de Tarija (Bolivia).

4. Termino, porque no es momento de consideraciones largas. Sigamos adelante, viviendo siempre en comunión con el Señor y con todos los hermanos.

«Escuchad al Obispo para que Dios os escuche a vosotros, escribe san Ignacio de Antioquía... Deseo que estéis siempre bien, viviendo en unión de Jesucristo, nuestro Dios; permaneced en Él, en la unidad y bajo la vigilancia de Dios».

Esta es la esperanza fundada que seguimos compartiendo en el amo.

«Aun admitiendo, asegura Benedicto XVI, que son muchas las cosas hechas en vano, también debe saberse que hay siempre semillas que llegan a sazón, que crecen, a través y a despecho de todos los impedimentos, hasta dar fruto, y que merecen una y cien veces las fatigas que se les han dedicado».

«Vimos..., y hemos venido. Esta es toda la historia gloriosa del viaje heroico de los Reyes magos. ¡Ver el signo de Dios y seguirlo sin titubeos ni miramientos! Corazón de mi Jesús, que esas dos palabras sean también la historia de mi vida: ver la señal de tu voluntad y salir andando»³⁰.

¡Hasta siempre, hermanos y hermanas, en el Señor! Nos encontraremos cada mañana o cada tarde en el altar!

³⁰ *Ibidem*, p. 676.

4. ¡ADIÓS, PALENCIA, HASTA SIEMPRE!

*Carta a los diocesanos
Publicada en «Iglesia en Palencia»
Enero de 2006*

Por La Trapa entré en Palencia, una mañana fría de febrero, va a hacer diez años, para tomar posesión de la Diócesis. Y por La Trapa saldré hacia Orihuela–Alicante, otro día no más cálido de enero, para incorporarme a esta poblada Iglesia particular de Levante.

Contento vine entonces y contento me voy ahora. Haciendo míos, en aquel momento y en éste, los sentimientos de D. Manuel González, Obispo de la Eucaristía, al tener noticia de su cambio, sólo que invirtiendo los términos: «hoy he recibido la noticia de mi traslado a Palencia. Con pena por la separación de Málaga, con miedo a una vida nueva...». Eso sí, agarrándome, como él se agarró entonces a la columna más firme: «soy tuyo y confío en Ti. Por Ti, contigo, y según Tú, corazón de mi Jesús. Hágase tu voluntad... y perdónalos».

El Beato Rafael, que hubo de desprenderse también en más de una ocasión de los suyos, para seguir el proyecto de Dios sobre su vida de monje trapense, escribió un día: «Tampoco mi carta es de despedida; los cristianos no se despiden nunca». ¿Por qué? Porque lo bueno que hemos recibido hay que conservarlo. Nos ha enriquecido y nos ayuda a madurar en la vida. Y lo que adquirimos en el nuevo destino está llamado a ayudarnos para ser perfectos imitadores de Jesucristo.

Charles Péguy llegó a matizar en cierta ocasión hablando de los misterios de los Santos Inocentes:

«Cuando el peregrino, el huésped o el viajero se han arrastrado mucho tiempo por el barro de los caminos, antes de atravesar el umbral de la Iglesia, antes de entrar, se limpian los pies con esmero, porque ese umbral está limpio. El barro de los caminos no debe manchar las baldosas de la Iglesia.

Pero una vez que lo ha hecho, cuando se ha limpiado los pies antes de entrar, una vez que ha entrado, ya no sigue pensando en sus pies, ya no sigue mirando si sus pies están limpios. Ya no tiene corazón, ni mirada, ni voz sino para ese altar donde el Cuerpo de Jesús y el recuerdo y la estera del Cuerpo de Jesús brilla eternamente».

Quedémonos, pues, si os parece con esta frase feliz: el altar del Cuerpo de Jesús, el altar del sacrificio diario de la Eucaristía, donde os voy a recordar cada día y donde vosotros, con alguna frecuencia, podáis repetir mi nombre y ofrecer

al Señor mis trabajos y fatigas. Mi nombre, sí, el del arcángel, medicina de Dios que tan familiar os ha resultado estos años.

De esta forma nos enriqueceremos todos, ya que seguimos siendo amigos y hermanos, y resultará fácil que sigamos encontrándonos: aquí, en Orihuela-Alicante o en el camino.

Es cierto, también llega a precisar el hermano Rafael –escribo esta carta en su Trapa el último día del año 2005– que, cuando amamos a Dios, «ni hay camino... ni cumbre, ni valle, todo desaparece». Más fácil, pues, como véis.

Este monje, que ojalá llegue muy pronto a los altares, recuerda a todos y cada uno: «tu camino es la veredica y no necesitas hacer grandes cosas». Ánimo, pues, hermanos y hermanas, y adelante siempre. En el único camino: amar a Dios y a los hermanos. Puede ser que también por estos sacrificios el camino de la santidad cada vez sea más sencillo.

Con mi bendición, y mi abrazo cordialísimos.

5. CON ÉL. FE Y CONFIANZA EN JESUCRISTO

*Homilía en la toma de posesión
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 21 de enero de 2006*

1. *Convertíos y creed la Buena Noticia*

Resuena en estas palabras del evangelio de hoy, el mensaje inicial del misterio mesiánico de Jesucristo. San Marcos nos ofrece el contenido esencial de la predicación de Jesús: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed la Buena Noticia». Sintética proclama que condensa la primera llamada de Jesús a todos nosotros.

«Se ha cumplido el plazo», es decir, con la irrupción de Jesús en la historia se inaugura el tiempo nuevo de la realización de las antiguas promesas. Él aparece ante nosotros como el Mesías esperado, el Ungido del Padre, el Salvador. Y lo primero que anuncia es que «el Reino de Dios está cerca». Mejor, ha llegado ya, porque se hace presente en el mismo Jesucristo. Ha comenzado ya la novedad de los últimos tiempos con la resurrección del Señor. Tiempos que durarán hasta que Él mismo vuelva en gloria y majestad en la Parusía, en su última venida.

San Pablo matiza en la primera carta a los Corintios proclamada en la segunda lectura: el momento es apremiante; urge, pues, redimirlo, relativizar lo que no es importante, vivir la Buena Noticia de la salvación, que inaugura el Reino proclamado por el Mesías.

Este Reino de Dios exige la conversión, un cambio radical del corazón: «Convertíos». Es la primera gran llamada de Jesús, que persigue la voz profética ininterrumpida a lo largo del Antiguo Testamento:

La primera lectura de hoy, del hermoso libro de Jonás, es un ejemplo de la multiseccular llamada divina a la conversión de los hombres. Dios elige a Jonás para comunicar la voluntad divina a la ciudad pagana de Nínive y preparar así su conversión. Jonás obedece y cumple el encargo, tal como había mandado el Señor. Los ninivitas «creyeron y se convirtieron». Esta dinámica salvífica se repetirá en innumerables acontecimientos de la historia santa, entretrejida por las manos de Dios y de los hombres. La lección de este libro sapiencial habla también de la misericordia del Señor con quienes buscan la conversión, sean judíos o paganos. El Reino de Dios no excluye a nadie; acoge a todos. Esta conversión lleva a la fe: «Creed en la Buena Noticia». Jesús pide, por la adhesión a su palabra, la confianza en Él y en su mensaje. Él es la Verdad. El hombre responde a la palabra revelada por la fe. De ahí la insistencia constante en toda la enseñanza pública: «Creed. Convertíos».

Tras el anuncio del Reino, llega la respuesta de los primeros discípulos de Jesús. La descripción es concisa, pero rica de contenido. Jesús ve a los hermanos Simón y Andrés, Santiago y Juan, trabajando junto al lago, y los llama por su nombre: «Venid conmigo». Ellos, dejando familia y trabajo, «se marcharon con Él y lo siguieron». Es la lógica de toda vocación apostólica generosamente correspondida. Jesús llama a colaborar con Él en el anuncio y en la extensión del Reino de Dios, y el discípulo responde dejando todo para seguirle entregándose a su servicio, sin condición alguna y a pecho descubierto.

2. Pastor de la Iglesia de Orihuela–Alicante

Hermanos y hermanas: en su designio salvífico, Dios ha querido que sea yo en este momento el Pastor de esta Diócesis grande de Orihuela–Alicante: Él me llama a prolongar su misión salvífica en la sucesión apostólica con Pedro y bajo Pedro, con los Obispos presentes –muchas gracias por acompañarme, Sres. Cardenales, Arzobispos y Obispos–, y con todos los demás hermanos del Colegio episcopal. El Santo Padre, nuestro querido Papa Benedicto XVI, al que reitero mi adhesión plena y cordial por medio del Sr. Nuncio Apostólico, que nos preside, pronuncia mi nombre en el momento en que, con D. Victorio al timón de la nave, se redondea una etapa importante de la vida diocesana. Y yo respondo con toda sencillez: Aquí estoy, Señor.

Habéis tenido a la vista en los últimos años a Jesucristo, Buena Noticia, y con Él, con Cristo Jesús, habéis vivido momentos personales y comunitarios comprometidos, orientados, por lo mismo, a la salvación. Ahondaremos en el

nuevo curso pastoral en la respuesta a la propia vocación. Respuesta que, nacida en el bautismo, tiende a lograr, por medio de la llamada, una sintonía perfecta y definitiva con Dios nuestro Padre.

La reflexión compartida y el esfuerzo de todos por lograr este objetivo, nos enriquecerán y nos van a ayudar, os lo aseguro, a vivir la verdadera alegría. «Si el Amado, el Amor, el mayor don de mi vida, está cerca de mí, garantiza Benedicto XVI, si estoy convencido de que Aquel que me ama está cerca de mí, incluso en las situaciones de tribulación, en lo hondo del corazón reina una alegría que es mayor que todos los sufrimientos»³¹. Nos están ayudando, desde la retaguardia orante, los Obispos eméritos queridos, D. Pablo Barrachina, el Cardenal Álvarez Martínez y D. Victorio Oliver, que tan fraternalmente me viene ayudando a tomar el relevo.

3. Con todos vosotros

No es éste el mejor día para marcar programas pastorales ni hacer declaraciones bien intencionadas. Trato de saludaros a todos y de compartir con vosotros el deseo íntimo de servir al Señor y vivir el Evangelio con las Autoridades nacionales, autonómicas, provinciales y locales que nos acompañan –mil gracias a todos, en particular al Sr. Alcalde de Orihuela– y con el pueblo de esta amada Iglesia de Orihuela–Alicante.

Para lograr esta aspiración, quiero contar con vosotros, queridos sacerdotes del presbiterio diocesano, pródigos cooperadores del orden episcopal, llamados a representar a Jesucristo, Pastor, Sacerdote y Maestro, y a prolongar sus gestos y palabras salvadores en aquellos que se os confían y en cuantos buscan la salvación de Dios ofrecida en Jesucristo. Puede afectarnos, a veces, en el momento que vivimos, la desilusión y la angustia ante la dificultad o la incomprensión de muchos. Pero hemos de escuchar con atención la voz del Señor que repite, como dijo en su día a los apóstoles: No temáis, no tengáis miedo, «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Confíemos en Él y seamos testigos de esperanza para este mundo nuestro. Somos los primeros en creer lo que predicamos. Sobre la lámpara pobre de nuestra debilidad seguirá luciendo siempre la luz de la gracia divina; gracia de Dios que bate y supera toda desgracia.

A vosotros, queridos seminaristas, que tratáis de responder con generosidad a la llamada del Señor, os invito a vivir con pasión vuestra entrega al Evangelio. La alergia al compromiso duradero, tan típica de las sociedades postmodernas, está llamada a estrellarse con la verdadera alegría por la entrega libre y

³¹ BENEDICTO XVI, *Discurso apertura Sínodo de los Obispos* (3/10/1995).

total a Jesucristo en la vida que os espera. «Lo esencial y fundamental para este ministerio sacerdotal es un profundo lazo personal con Cristo, escribía el Cardenal Ratzinger. De esto depende y a esto debe conducir el meollo de toda preparación al sacerdocio y de cualquier ulterior formación en él. Sólo esta gozosa comunión con Cristo puede dar alegría también al servicio y hacerlo fructuoso»³².

Queridos presbíteros y seminaristas, escuchad la llamada que hoy nos hace el Señor: Convertíos y creed la Buena noticia.

Y vosotros, queridos religiosos y religiosas, llamados a ser testimonio radical del amor de Cristo a los hombres, más si son pobres, marginados o excluidos, sed fermento de amor en este rincón tan poblado de nuestro suelo hispano. Vivid la perfecta caridad al estilo del buen samaritano elogiado por Jesús en el Evangelio. Y las hermanas que viven y oran en el silencio de la clausura –las saludo con especial afecto– que sigan adelante con esperanza fundada. Son un foco de luz evangelizadora y nos enseñan a todos que la lógica del Reino de Dios no es el activismo ni la eficacia, sino la vida entregada y oculta que proporciona alas para volar muy alto.

En este día de la *Infancia misionera*, no puedo olvidar tampoco a los niños, ni a los jóvenes con edades que muchos hemos tenido. Tampoco a los misioneros de esta Iglesia particular que sirven en otras latitudes de la tierra. Para todos ellos, mi saludo, mi aliento y mi oración en su tarea de anunciar a Jesucristo que «necesita siempre pescadores de hombres, es decir, personas de conciencia y bien preparadas, que pongan su competencia profesional al servicio del bien, es decir, en último término del reino de Dios»³³.

Queridos religiosos, religiosas, jóvenes y niños, escuchad hoy la voz del Señor: convertíos y creed en el Evangelio.

Saludo y distingo con cordial afecto a todos los seglares llamados a ser fermento de vida evangélica en el mundo. El Señor quiere contar con vosotros para mejorar la convivencia y para cambiar el entorno, viviendo la fe con todas sus exigencias en la normalidad de una sociedad con frecuencia distanciada de la Buena Noticia del Evangelio. Sed testigos del amor de Jesucristo a todos los hombres, pregonado por el testimonio de la vida y de la palabra³⁴.

Y una palabra de aliento para las familias cristianas, comprometidas en ser mutuamente y para sus hijos, testigos de la fe y del amor que Dios les regala. Sea servicio de amor también en vuestro caso, nos pide a todos san Agustín:

³² J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, Madrid 1005, pp. 118–119.

³³ BENEDICTO XVI, *Discurso en la Universidad del Sagrado Corazón* (25/11/2005).

³⁴ LG 35.

apacentar la grey del Señor³⁵. Quien da buen ejemplo, ayuda a orientar y encauza la vida de sus hermanos. Preparemos con ilusión, ya desde ahora, la venida del Santo Padre a Valencia. Será muy provechosa para los españoles y para miles de familias del mundo entero.

Pienso también en los enfermos, en los pobres, en los parados, en los inmigrantes, en los excluidos, en los sin techo que, aceptando y ofreciendo al Señor su sufrimiento, completan de alguna manera lo que falta a la pasión de Cristo. Vengo dedicando energías desde hace años a este campo de la pastoral y cuando, con anterioridad he visitado esta tierra, lo hice como Obispo responsable de la Pastoral de la Salud.

Queridos fieles laicos, convertíos también vosotros y creed en Jesucristo.

«Juntos andamos, Señor», rezaba un día santa Teresa; «por donde fuéreis, tengo de ir; por donde pasáreis, tengo que pasar»³⁶. Cuantos formáis parte de otras Iglesias cristianas o pertenecéis a Confesiones diversas, sabed que pedimos como pide Jesús al Padre «que todos sean uno para que el mundo crea» (Jn 17,21), trabajaremos por lograr la comunión plena, utilizando el lenguaje de la caridad y sintiéndonos hijos del único Creador.

La defensa y promoción de Cáritas, dentro y fuera de las fronteras de nuestra comunidad, será objeto en todo momento de nuestra preocupación y desvelo. Teniendo a la vista siempre que la verdadera vida cristiana emana de la contemplación, condición ésta necesaria para una buena acción sociocaritativa.

Trabajaremos juntos, repito, con esta perspectiva por delante. Me siento ya con vosotros en casa. Levante será tu casa, me habéis asegurado. Sí, ya lo es, porque hemos empezado a compartir lo que nos preocupa, nos inquieta y nos llena, a su vez, de esperanza. «Un hombre de Dios», escribió hace siglos un místico alemán, «se siente en casa en todos los lugares del mundo».

4. En comunión de oraciones. Cum ipso. Con Él. Déu sobre tot

Vengo de Palencia y aquí están mis hermanos y familiares cercanos. Hay palentinos, astorganos, toledanos, zamoranos, barceloneses. Están la Alcaldesa y algunos amigos de mi pueblo, Morales del Rey, y de otros lugares. Agradezco a todos el sacrificio que supone un viaje largo. Tendréis que regresar pronto a vuestro lugar de origen. Id en paz y no dejéis de pedir por mí y por esta Diócesis, familiar desde hoy también para vosotros.

³⁵ Cf. S. AGUSTÍN, *Tratado del Evangelio de San Juan*, 123,5.

³⁶ S. TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección*, 26,6.

Termino con una confidencia íntima. En Palencia fui sucesor, aunque no inmediato, de D. Manuel González, el Obispo de la Eucaristía y Obispo del Sagrario abandonado. Que aquellos pasos suyos se conozcan también en Orihuela–Alicante. «Ahí está Jesús, ahí está, no dejadlo abandonado». Que sepamos eucaristizar como él nuestra vida. Allí queda también el Beato Rafael, monje trapense, que nos invita a «seguir, seguir, seguir, sin otra luz ni guía que amor, amor, amor»³⁷. Sé que ha palpitado aquí, con idénticos latidos, otro corazón que amaba, el del P. Diego Hernández, enamorado de la Iglesia universal. Su proceso de canonización está en marcha. Trabajaremos por acelerarlo. Suya es esta advertencia: «el Señor está empeñado en mejorar el mundo, le fallamos los instrumentos; vida entregada, por tanto, la nuestra, vida de servicio». Déu sobre tot.

Hermanos todos, oramos juntos al Señor, unidos a María, tan querida y venerada en Orihuela y Alicante, en sus advocaciones de Madre de Monserrate y del Remei. Lo hacemos con versos bellos de Miguel Hernández, como gesto de cariño, apertura y comunión, y con frases sencillas de la estampa–recuerdo de este día:

«¡Oh Elegida! por Dios antes que nada;
Reina del Ala; Propia del zafiro,
Nieta de Adán, creada en el retiro
de la Virginidad siempre increada!...
Privilegió Judea con tu vista
Dios, y eligió la brisa y el ambiente
en que debía abrirse tu capullo»³⁸.

Contigo, Señor,
que me llamas a apacentar la grey de Orihuela–Alicante,
en este momento,
tan abierto a la esperanza.
Contigo, Señor,
que dices mi nombre
y me invitas a caminar a tu lado,
llevando también a los hermanos.
Y con María, la de San José,
Madre tuya y Madre nuestra,
que nos quiere a todos de verdad.
Unidos a Cristo,

³⁷ HERMANO RAFAEL, *Obras completas*, Burgos 1988, (ES (107).443).

³⁸ MIGUEL HERNÁNDEZ, «Poemas publicados en el Gallo Crisis», n.2. *Obra completa*, Madrid 1992

caminaremos con seguridad
 y seremos el regocijo de la Iglesia Madre;
 porque en la unidad,
 que formamos CON ÉL en el Espíritu,
 está la caridad,
 está la paz,
 está la salvación.

6. SERVIR Y SERVIR, CON AMOR Y POR AMOR

*Homilía en la Misa de acción de gracias
 S.I. Concatedral de San Nicolás
 23 de septiembre de 2012*

1. En el Evangelio que hemos escuchado, nos recuerda san Marcos que no cabía en la mente de algunos discípulos que seguían al Maestro, la idea de un Mesías que tuviera que padecer, para llegar un día a la gloria, pasando por la humillación de la kénosis y la muerte. Y discutían entre sí, como en tantas ocasiones, sobre los honores de la primacía dentro del grupo.

Jesús traza en ese momento una norma de vida, orientadora para sus seguidores de todos los tiempos: quien sirva más y mejor, es decir, con más amor, ése será el primero. Todo discípulo de Jesús ha de cuidar, por tanto, con esmero, a ejemplo del Maestro, de los débiles, de los enfermos, de los pobres, de los excluidos. De todos, sí, pero con especial cuidado de quienes más lo necesiten. Y en este propósito, sí que puede haber grados...

Quedémonos, por tanto hoy, con este mensaje, que actualiza nuestro Papa Benedicto XVI, con una formulación nueva:

«Necesitamos el sol y la lluvia, la serenidad y la dificultad, las fases de purificación y de prueba, y también los tiempos de camino alegre con el Evangelio. Volviendo la mirada atrás, podemos dar gracias a Dios por ambas cosas: por las dificultades y las alegrías, por las horas oscuras y por aquellas felices. En las dos reconocemos la constante presencia de su amor, que nos lleva y nos sostiene siempre de nuevo»³⁹.

2. En más de una ocasión, algún hermano o hermana me ha dicho en los años que hemos vivido juntos: ¡Qué frase tan provechosa de san Agustín nos ha ofrecido en su homilía! Así es, les he respondido, provechosa, porque tiene rique-

³⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Solemnidad de San Pedro y San Pablo* (29/6/2011).

za de contenido y porque sabemos que el Santo Obispo de Hipona ha vivido lo que en esta frase se dice.

Fiel a esta tradición, que también a mí me ha enriquecido, en esta Misa de Acción de gracias –queremos que sea Misa de acción de gracias, más que de despedida, puesto que seguiremos viéndonos–, comparto con todos vosotros, dos frases más de san Agustín, modelo de Obispos santos.

Esta es la primera: «Oh, Dios, que eres siempre el mismo; conózcame a mí y conózcate a ti» (Sal 2,1.1). ¿Por qué dice esto? Porque es siempre incompleto el conocimiento que cada uno tiene de sí mismo, y mucho más el que nosotros tenemos de Dios. De ahí la invitación a seguir mejorando, con esfuerzo y sacrificio y con luces de lo alto. Rezamos en el Oficio de Santa María Virgen: *María, pureza en vuelo, / Virgen de Vírgenes, danos / la gracia de ser humanos / sin olvidarnos del cielo*. Es bueno, por tanto, que sigamos pidiendo al Señor este favor, unos para los otros y cada cual para sí mismo. Seguimos unidos de esta manera en el camino, y estaremos juntos un día en el logro. Es decir, caminaremos unidos en la tierra que pisamos, y nos encontraremos en la patria definitiva, por la que hoy soñamos. Con esta precisión a la vista, que señala el propio san Agustín: «Ninguna cosa buena se conoce perfectamente, que no sea perfectamente amada»⁴⁰.

Segunda afirmación de san Agustín. Refiriéndose a las obligaciones del Obispo y a las oraciones de los fieles en su favor, hablando a su pueblo, precisa el de Hipona: «El Obispo se sienta con la obligación de corregir a los inquietos, consolar a los pusilánimes, atender a los enfermos, corregir a los impugnadores, evitar a los insidiosos, enseñar a los ignorantes, animar a los perezosos, cohibir a los discutidores, reprimir a los soberbios, pacificar a los litigantes, ayudar a los pobres, liberar a los oprimidos, probar a los buenos, tolerar a los malos y amar a todos»⁴¹.

Puedo aseguraros, hermanos y hermanas, que sin haber estado pendiente en cada momento de estos objetivos, sí he tratado de moverme por esas vías, paralelas todas ellas como las del ferrocarril, y he querido servir y ayudar siempre a todos del mejor modo posible. También he palpado, cómo no, vuestra oración y vuestra obediencia, por lo que estoy contento en este momento. Y doy gracias a Dios con vosotros. Haberos servido así, con amor y por amor, ha sido más provechoso, sin duda alguna, que el haberos presidido. Presidimos, si servimos.

3. Termino con una confidencia: materia apta para el sacrificio de la Eucaristía que celebramos es el pan y el vino. También lo es el ofrecimiento de nuestras vidas, regalo de Dios, con la colaboración de nuestros padres. Pues bien, con

⁴⁰ S. AGUSTÍN, *De div. quest.* 83,35.2.

⁴¹ S. AGUSTÍN, *Sermón* 340.

el Obispo don Marcelo González, que me impuso las manos hace 24 años en la Catedral de Toledo, repito en este momento en nombre y a favor de todos, las frases con que él rezaba en sus años de merecido descanso, es decir, estando ya jubilado:

«Oh, Jesús, Amado Jesús, Hijo de Dios, hermano de los hombres, Redentor de la humanidad. Estoy contento de haberte ofrecido mi vida porque tú me llamaste... Recíbela en tus manos como fruto de la humilde tierra, como si fuera un poco del pan y del vino de la Misa; y preséntala al Padre, para que Él la bendiga y la haga digna de habitar junto a tu infinita belleza, perdonando mis faltas y pecados, cantando eternamente tu alabanza, lleno mi ser del gozo inefable de tu Espíritu».

Seguiré repitiendo esta oración cada día, hasta que Dios quiera. A vosotros os pido que digáis mi nombre a la Señora –para la que nada hay difícil– y me ayudéis con palabras de estímulo, de empuje, de ayuda, de sintonía espiritual. La fe que nos une en este momento, la caridad y la esperanza que compartimos seguirán estrechándonos siempre. Es la fe que brota del amor de Cristo, pan vivo y verdadero, pan partido y compartido en la Eucaristía de cada día.

4. Nada más hoy. Mi gratitud sincera a todos: Autoridades y pueblo. Sacerdotes, vida consagrada y fieles seculares. Os llevo en el corazón. Aquí y donde el Señor quiera que esté. Os encomiendo y encomendaré, con fraternal afecto y con profunda devoción a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra. Quered al nuevo Obispo tanto como me habéis querido a mí y, si es posible, más todavía.

Virgen del Remedio, ruega por todos y cada uno de los que estamos aquí y por todos los diocesanos.

7. «DOY GRACIAS A DIOS CADA VEZ QUE OS RECUERDO»

Carta de obligada gratitud a todos

Carta a los diocesanos

Publicada en «Noticias Diocesanas» n. 341

Septiembre de 2012

«Doy gracias a Dios cada vez que os recuerdo. Siempre que rezo por vosotros lo hago con gran alegría. Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy» (Flp 1,3-5). Estas palabras de san Pablo a los cristianos de la Iglesia de Filipos expresan el espíritu de mi recuerdo y de mi oración en estos días. Es imposible recordarlo todo en un momento. Pero tened por seguro que lo que queda en la intimidad del silencio es tan importante como lo que aflora a la luz de las palabras. Os escribo estas palabras para pedir os que os unáis a mi acción de gracias a Dios por lo que hemos vivido en esta Iglesia Diocesana en los últimos años.

El Señor nos ha concedido compartir el Año Sacerdotal, bajo el patrocinio del santo Cura de Ars, y la visita de las reliquias de san Juan de Ávila, con ocasión de su próximo Doctorado. En estos días, le doy gracias por tantos momentos junto a vosotros, queridos sacerdotes, no sólo en ocasiones solemnes, como la Misa Crismal o las Ordenaciones, sino también en tiempo de oración sosegada, como los retiros y los Ejercicios Espirituales o las peregrinaciones a Ars y Tierra Santa. Al recordaros ante el Señor, pido que sea siempre verdad en vosotros lo que el patrono del clero español pedía ya en su tiempo: «que tengan experiencia que Dios oye sus oraciones y les da lo que piden, y tengan tanta familiaridad con él»⁴². Sabe el Señor que, desde que os he ido conociendo, le daba gracias por vuestra entrega que hace que os multipliquéis para atender además de las parroquias a los numerosos encargos recibidos. Trabajáis mucho y bien. Y no falta en vuestras tareas pastorales la del acompañamiento espiritual. Esa que puede ser reconocida en las luminosas palabras de San Ambrosio sobre la amistad: «Abre tu corazón a un amigo para que te sea fiel y bebas en él el encanto de la vida: "Pues un amigo fiel es una medicina para la vida", de cara a la inmortalidad»⁴³.

Ha sido un don de Dios poder vivir en esta Iglesia los primeros encuentros de religiosas contemplativas. Junto a vosotras, es fácil comprobar que las comunidades cristianas pueden llegar a «ser auténticas escuelas de oración donde el encuentro con Cristo no se exprese sólo en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afec-

⁴² S. JUAN DE ÁVILA, «Pláticas a los sacerdotes», en *Escritos Sacerdotales* 1,196-198, BAC, Madrid 1970, p. 373.

⁴³ S. AMBROSIO, *Sobre los deberes*, III, 22.

to hasta el arrebató del corazón»⁴⁴. Recordarlo es también ocasión para agradecer la presencia y la labor de tantas congregaciones religiosas, institutos seculares, asociaciones de vida consagrada, que acercan el amor del Señor a los pobres, a los enfermos, a los ancianos, a los niños y jóvenes que necesitan que la educación no sea sólo enseñanza, sino también transmisión de valores y motivos para la esperanza.

Un momento de gracia inolvidable fue el I Congreso Diocesano de Laicos. Llevabais tiempo preparándolo. Lo vivimos juntos con intensidad. Aún resuena el eco de aquellos días en el nuevo Plan Diocesano de Pastoral. Vuestra vocación la vivís con gozo en el corazón del mundo. Y he sido testigo, además, de cómo muchos de vosotros dedicáis vuestro tiempo y vuestras energías a enseñar el evangelio en la catequesis, a visitar a los enfermos, a atender a los más pobres en Cáritas. Lo hacéis con una gratuidad que es testimonio. Ofrecéis tanto sin pedir nada a cambio. Se os puede definir con aquellas palabras atribuidas a San Lorenzo: «Se le preguntó que dónde estaban los tesoros que había prometido. Él señaló a los pobres diciendo: "Estos son los tesoros de la Iglesia"»⁴⁵.

A lo largo de este año, hemos ido respondiendo juntos a una llamada que el Señor nos hacía: orar sin cesar en su presencia. Por eso, poco a poco, con esfuerzo, pero con ilusión, hemos sembrado el suelo de la Diócesis de capillas de adoración perpetua. Sois una legión de cristianos de todas las vocaciones los que perpetuáis la presencia de la Iglesia ante el Señor en la Eucaristía. Cada vez que visito la capilla de Alicante, en la que yo mismo estoy inscrito, os recuerdo con alegría ante el Buen Pastor. Como san Pablo a los cristianos de Filipos os manifiesto lo que pido cada día por vosotros. «Esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo. Así llegaréis al Día de Cristo cargados de frutos de justicia, para gloria y alabanza de Dios» (Flp 1,9–11). Cuento con vuestra oración. Contad con la mía.

Y, a partir de ahora mantened todos idéntica actitud de colaboración y ayuda a D. Jesús, nuevo pastor. Ningún Obispo puede apacentar bien su grey si los suyos –lo son porque el Señor se los ha dado– no sintonizan espiritualmente con él. Moveos, pues, al ritmo que él os marque.

⁴⁴ NMI 33.

⁴⁵ S. AMBROSIO, *Sobre los deberes* III, 28.

II. LLAMADOS POR EL SEÑOR

1. LA PROPUESTA VOCACIONAL, TAREA PASTORAL PRIORITARIA

*Conferencia al Clero Diocesano
Alicante, 3 de diciembre de 2009*

Nuestra Diócesis ha de tener entre los primeros y más importantes objetivos de su vida y misión seguir haciendo la propuesta vocacional a niños y jóvenes de nuestro tiempo. En efecto, la pastoral vocacional, la llamada o propuesta de Dios, ha de ocupar el corazón mismo de toda la pastoral diocesana. Con estas palabras nos recordaba el documento *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*: «La vocación es el corazón mismo de la nueva evangelización en los umbrales del tercer milenio, es la llamada de Dios para un tiempo nuevo»¹. Lo recordaba igualmente el Papa Juan Pablo II el pasado año 1997: «La actual situación histórica y cultural, que ha cambiado bastante, exige que la pastoral de las vocaciones sea considerada como uno de los objetivos primarios de toda la comunidad cristiana»². Se nos ha dicho con más fuerza todavía que «la vocación es problema grave de la pastoral actual»³. Y nuestro Papa Benedicto XVI reafirma que «para cada Diócesis, la atención a las vocaciones constituye una de las prioridades pastorales, que asume más valor aún en el contexto del Año sacerdotal recién iniciado»⁴.

Es la comunidad eclesial, por tanto, la que debe comprometerse más vigorosamente en la pastoral vocacional, ya que no es elemento accesorio, algo sectorial o parcial, sino una dimensión prioritaria, esencial y connatural de la vida de la Iglesia.

¹ NVPNE 12.

² JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Congreso Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, en *L'Osservatore Romano* (11/5/1997) 107.

³ NVPNE 26.

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el Congreso Europeo de Pastoral Vocacional* (4/7/2009).

«La pastoral vocacional exige ser acogida, sobre todo hoy, con nuevo, vigoroso y más decidido compromiso por parte de todos los miembros de la Iglesia, con la conciencia de que no es un elemento secundario o accesorio, ni un aspecto aislado o sectorial, como si fuera sólo algo parcial, aunque importante de la pastoral global de la Iglesia... La dimensión vocacional es esencial y connatural en la pastoral de la Iglesia. La razón se encuentra en el hecho de que la vocación define, en cierto sentido, el ser profundo de la Iglesia, incluso antes de su actuar»⁵.

«Es muy urgente, sobre todo hoy, que se defienda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tiene la responsabilidad de cuidar las vocaciones», nos recordaba el Papa de la nueva evangelización⁶. El tema de la propuesta vocacional no debe ser considerado como tarea específica del Obispo, ni ser confiado a unos «encargados» o «responsables» que colaboran con el Obispo, sino que, al tratarse de un problema vital que está en el corazón de la Iglesia, debe hallarse en el centro del amor que todo cristiano tiene a la misma⁷.

«En este mismo sentido –pedía Pablo VI a los Obispos de la región central de Francia, en 1977– es necesario que trabajemos todos. ¿Medís el riesgo de dudas, de titubeos paralizantes, de abandonos que pueden producir o aumentar el volver a poner sobre el tapete públicamente la cuestión del celibato, incluso simplemente como un deseo? ¿Creéis de veras que sería esa la solución? El problema esencial, el que destruye a los jóvenes la vocación ¿no es, ante todo, el de una crisis de fe y, más todavía, el miedo a un compromiso definitivo, muy extendido entre los jóvenes? Ahora bien, ¿no veis que dicho problema se ha hecho más agudo por la falta de cohesión, de claridad, de firmeza, sobre la identidad del sacerdote de mañana, ya que esta última ni ha cambiado ni puede cambiar? Los jóvenes –es normal– quieren saber adónde van y qué género de vida será el suyo... Proponer la misión del sacerdote en toda su grandeza y su urgencia, con todas sus exigencias, he ahí, a nuestro parecer, el problema primordial»⁸.

El tema de esta reflexión voy a articularlo, si os parece, en cuatro grandes apartados. Hablaré, en primer lugar, de la vocación en sí, como propuesta de Dios al hombre y respuesta del hombre a Dios. En un segundo momento, voy a señalar algunas limitaciones que se dan en nuestra propuesta vocacional hoy y que han de servirnos a todos para corregir tales deficiencias. Seguidamente

⁵ PDV 34.

⁶ PDV 41.

⁷ Cf. PDV 41.

⁸ PABLO VI, *Discurso a los Obispos de la región central de Francia (22/3/1977)*, en *Insegnamenti di Paolo VI*, XV, 1977, p. 277.

ofreceré algunos elementos que hacen nuestra propuesta vocacional más decidida, buscando más calidad en la misma. Finalmente, algunas consideraciones de carácter práctico que ayuden a definir y concretar nuestra tarea en la pastoral vocacional.

1. La vocación: una propuesta de Dios⁹

El grito del hombre por Dios

«Una sima grita a otra sima con voz de cascada» (Sal 41,8). El hombre de todos los tiempos y de todas las latitudes ha constatado en lo más íntimo de su corazón un grito a modo de urgente llamada que pone de manifiesto su deseo hondísimo y totalizante de plenitud. La sima del corazón humano, del ser humano, clama y exige esa plenitud. Con murmullo ensordecedor, imposible de acallar. «Con voz de cascadas». Y dice con «gemidos inefables» que viene de Otro y a Otro reclaman: «Ven, Señor Jesús».

La llamada de Dios al hombre

«Una sima grita a otra sima». Lo más estremecedor de nuestro Dios y Señor no es sólo que haya sido Él quien ha dejado esa urgente necesidad en nuestro corazón sino que Él viene a responderla, a cubrirla, a saciarla. La otra sima responde al llanto y deseo del hombre también con «voz de cascadas»: «Ven y sígueme» (Mt 9,9)¹⁰.

Amor y requerimiento mutuo

Sobre este amor y reclamo mutuo del hombre a Dios y de Dios al hombre se cimienta la vocación, la llamada a dejarlo todo y seguir a Jesús de cerca. La llamada a conocerle en la intimidad y a un seguimiento total de por vida. Cuando el hombre dice: «Ven, Señor Jesús», hace posible la escucha nítida y clara de la invitación: «Ven y sígueme», que lleva al hombre a salir de su tierra, a entrar en el desierto, a peregrinar en comunidad siendo Iglesia..., a ser todo de Dios preanunciando la Tierra Prometida, la Nueva Jerusalén, el Paraíso en que habrá un encuentro definitivo y total.

«He ahí el misterio de mi vocación –confiesa Santa Teresa del Niño Jesús– y sobre todo, el misterio de los privilegios que Jesús ha querido dispensar a mi alma... Él no llama a los que son dignos, sino a los que Él quiere. Dice San Pablo: "¡Tendrá misericordia de quien quiera y me apiadaré de quien me plazca. No es,

⁹ El tema fue objeto de una carta pastoral que publiqué en la Diócesis de Palencia, con este título: «Las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, desafío a nuestra esperanza», Adviento 1996, 65 páginas.

¹⁰ *Ibidem*, p. 5.

pues, cosa del que quiera o del que se afana, sino de Dios que es misericordia" (Rom 9,15-16)»¹¹.

«El monje, según San Benito, es el hombre que deja todas las cosas para "buscar a Dios" (Reg 58,7). Mas –es necesario que quede bien claro–, la iniciativa no es suya. Su busca a Dios es porque primero Dios lo ha buscado a él»¹².

La vocación es un misterio

Es cierto que la vocación es siempre un misterio, como don de Dios al hombre, misterio de predilección y gratuidad absoluta, pero se entiende el lenguaje de la bondad divina con que se nos otorga y la necesidad grande que experimentamos los hombres cuando la pedimos. La vocación, como toda semilla llamada a germinar y producir fruto, puede madurar más fácilmente cuando encuentra un terreno fértil.

La vocación es un proceso

Todo proceso vocacional tiene sus pasos. Sucesivos, diferenciados, en ocasiones intermitentes, otras veces continuados, siempre abiertos a la esperanza.

Toda vocación al sacerdocio, afirma el Papa Juan Pablo II, tiene una historia personal relacionada con momentos muy concretos de la vida de cada uno y puede pasar por etapas de ofuscación, que es tanto como decir de oscuridad y confusión.

«Desde hace dos mil años, Él continúa dirigiendo la misma invitación a muchos hombres, particularmente a los jóvenes. A veces llama también de manera insólita, aunque nunca se trata de una llamada totalmente inesperada. La invitación de Cristo a seguirlo viene normalmente preparado a lo largo de los años. Presente ya en la conciencia del chico, aunque ofuscado luego por la indecisión y el atractivo a seguir otros caminos, cuando la invitación vuelve a hacerse sentir no constituye una sorpresa. Entonces uno no se extraña, de que esta vocación haya prevalecido sobre las demás, y el joven pueda emprender el camino indicado por Cristo: deja la familia e inicia la preparación específica al sacerdocio»¹³.

Responder a la vocación siendo joven o menos joven

La vocación sacerdotal, como cualquier otra vocación que Dios regala a un hombre o a una mujer para acercarlos más estrechamente a Él, está íntimamente

¹¹ TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, Burgos 1995, p. 26.

¹² Benedictinos, en: *Simposium Monjes y Monasterios Españoles*, Programa, San Lorenzo de El Escorial, 15 de septiembre de 1995, p. 82.

¹³ JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo de 1996*, 3.

relacionada con la «juventud» y también con la «vejez». Veámoslo en dos casos bien distintos.

En primer lugar tenemos a Juan evangelista y a Andrés. Eran discípulos del Bautista. Y, por consiguiente, pertenecían al Antiguo Testamento, cuya entraña más profunda es la esperanza de un Mesías que iba a llegar.

«Un día estaba Juan Bautista con dos discípulos (que eran Juan y Andrés) y fijando la vista en Jesús que pasaba dijo: —Ese es el Cordero de Dios.

Al oír estas palabras, los dos discípulos se fueron detrás de Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: —¿Qué buscáis?

Le contestaron: —Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?

Y les dijo: —Venid y lo veréis. Lo acompañaron, vieron donde vivía y se quedaron aquel día con él; serían las cuatro de la tarde» (Jn 1, 35–42).

Después de pasar todo el día con Jesús, la esperanza del Antiguo Testamento se hizo logro, presencia, vida, porque en Jesús descubrieron Juan y Andrés al Salvador.

Dicha esperanza, que también era nostalgia, se convierte, al encontrar a Jesús, en fuente de alegría y de juventud, y lleva consigo la necesidad de comunicarlo a otras personas: «Uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro; el primero que se encontró fue a un primo hermano Simón y le dijo: hemos encontrado al Mesías» (Jn 1, 40–41).

Después de este encuentro, pasando Jesús junto al lago de Galilea vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando el copo en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban también en la barca repasando las redes y en seguida los llamó; dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con él» (Mc 1, 17–20).

Desde ese momento la alegría juvenil se apoderó del corazón. La nostalgia se convirtió en el gozo de la sintonía de la elección divina con la aceptación humana. El amor fue correspondido.

Donde hay verdadero amor, hay juventud, ilusión de vivir, y valor para morir por la persona amada. Nada ni nadie pudo apartarlos del amor de Cristo, ni las dificultades ni los tropiezos, ni las luchas ni los logros, ni la vida ni la muerte...

El otro caso de auténtica madurez, es paradójicamente el del joven rico:

«Estaba Jesús saliendo al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: —Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna. Jesús le contestó: —¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno más que uno, Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre. Él replicó: —Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven. A esto, Jesús le miró fijamente, le tomó cariño y le dijo: —Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes, dáselo a los pobres, que tendrás un tesoro en el cielo; y anda, vente conmigo. A estas palabras el otro frunció el ceño y se marchó entristecido, porque poseía una gran fortuna» (Mc 10, 17–22).

Este joven, de haber aceptado y correspondido a la llamada del Señor, se hubiera establecido para siempre en la juventud, como quienes dicen sí a la vocación. Hoy, después de veinte siglos, seguiría siendo joven y estimulando con su sí juvenil a la llamada con que Jesús sigue invitando a su seguimiento. Pero se sumergió para siempre en la vejez propia de su gran fortuna y de todos los demás bienes de este mundo. Sin duda alguna, recordaría hasta el día de su muerte, la hora de aquel encuentro con el Maestro en el que malogró su aspiración noble... «Pues ¿qué provecho puede sacar uno si gana el mundo entero, pero echa a perder su vida?» (Mt 16,26).

2. Limitaciones de nuestra invitación vocacional

Estamos todos preocupados por la escasez de vocaciones, y esta situación nos lleva en el momento presente a preguntarnos sobre nuestra propuesta vocacional hoy. Un análisis sereno de la mano de los estudiosos del tema, nos ayudará a reconocer algunas limitaciones en el modo de hacer la propuesta vocacional¹⁴.

Una propuesta reducida

Comencemos apuntando que nuestra propuesta peca de ser reducida. La invitación general que deberían recibir todos los muchachos sobre el evangelio y la vida y que brota del mismo evangelio de Jesús, generalmente no se hace en nuestras catequesis y, si se hace, pasa con frecuencia desapercibida. La propuesta general sobre la vocación se silencia. Tampoco se hace la propuesta particular a aquellos jóvenes que consideramos más aptos para el sacerdocio o la vida consagrada. Sin embargo, consideramos que un joven cristiano debería interrogarse al menos una vez en su vida si el Señor lo llama a dejarlo todo y seguirle de cerca. Somos nosotros, los sacerdotes, quienes debemos plantear este interrogante,

¹⁴ Nos servimos para este apartado del lúcido y detallado análisis de Monseñor Juan María Uriarte, en la conferencia pronunciada en el Seminario de Ávila: *Un presbiterio ante la pastoral vocacional hoy*, con motivo del 50 aniversario del mismo, 4 de octubre de 2005.

provocar esta inquietud y hacer esta propuesta. Son muy pocos los jóvenes que reciben esta propuesta, la gran mayoría no la reciben nunca ni de parte de nadie.

Propuesta tardía

Otra limitación es que la propuesta general y particular a la vocación suele ser tardía. Nos dejamos llevar con frecuencia por el prejuicio de que con nuestra propuesta podemos influir excesivamente en la mente y en el corazón de un niño, de un adolescente o de un joven y forzamos de alguna manera su decisión. Dicha influencia suele ser pobre. Por el contrario, hacer a los jóvenes una óptima propuesta general o particular de la vocación es abrir en ellos un espacio para una mayor libertad. Una buena propuesta les ofrece la ocasión de ejercer su libertad de cara a la elección de una opción de vida que no se había considerado con anterioridad. Con una propuesta así, ayudamos a los jóvenes a pensar en algo diferente, algo que reclama romper con la lógica imperante, con la influencia determinante del ambiente y esto, repito, les ayuda a ser libres. Frente a los condicionamientos externos del ambiente, el candidato necesita fortalecer su «yo» con nuestro apoyo, con nuestra propuesta vocacional decidida, valiente y persuasiva.

Propuesta pusilánime, insegura

Nuestra propuesta suele ser también en muchas ocasiones pusilánime, es decir, insegura. Como es lógico, los temores sobre la propuesta vocacional que a veces llevamos dentro de nosotros se reflejan a la hora de hacerla y plantearla. Tenemos miedo a que los jóvenes, al escuchar nuestra sugerencia o planteamiento vocacional, «desconecten». Ante esta respuesta desentendida del joven, sentimos la tentación de la pusilanimidad, de hablar inseguros, descafeinando el mensaje vocacional, reduciéndolo a una vocación de servicio social, la oferta de una ONG. Nos cuesta plantear la vocación sacerdotal a secas, como seguimiento radical de Jesús en orden a implantar el Reino, sin maquillaje ni añadiduras. No podemos diluir la propuesta, sino que hemos de pensar: «Aquí hay chicos de diferente sensibilidad; algunos pueden estar conectando, vale la pena mantener e intensificar la propuesta».

Propuesta poco interpeladora

Otro fallo que se da, según el estudio de Monseñor Uriarte, es que nuestra propuesta vocacional suele ser poco interpeladora. Exagerando un poco la expresión, se podría formular así: «Mira si te interesa esto de ir al Seminario; actúa con toda libertad; no tengas miedo a decir que no te interesa; yo comprendo que esto no es atractivo y que es difícil». Una propuesta así, delata una gran inseguridad en el que propone. En el fondo, lo que hay es una confusión entre el

respeto que debemos siempre a la decisión de una persona y el carácter concreto, interpelador, singular y decisorio que tiene la llamada del Señor. El «Ven y síguese» es resuelto y es, debe ser, interpelador siempre. Hay que saber armonizar la interpelación que viene del Señor con el respeto que debemos al interlocutor.

En definitiva, tenemos que ser menos interpeladores a la hora de prejuzgar la decisión. Pero hemos de ser decididamente interpeladores a la hora de invitarles a plantearlo, al menos una vez en la vida. Proponer la vocación pertenece a la esencia de la vida cristiana. Pensemos que el Señor nos ha llamado, no sólo a ser cristianos de modo genérico, sino a seguirlo de un modo determinado. Así nuestra vocación cristiana se torna vocación particular. «Cada uno ha de ser ayudado para acoger el don que se la ha dado a él en particular, como persona única e irrepetible»¹⁵.

Algunos de nuestros jóvenes son llamados por Dios a ser en concreto, sacerdotes. Ayudarles a descubrir su vocación particular preguntándoles si el Señor no les ha llamado al presbiterado es una tarea que tiene ver con la teología de la vocación.

3. Propuesta vocacional más decidida

Ser conscientes de lo que somos

El punto de partida de una buena propuesta vocacional ha de arrancar de nosotros mismos. Es decir, seamos conscientes de lo que somos, valoremos el don de Dios que nos ha sido otorgado, vivamos con alegría y con fe, con ilusión y esperanza, nuestro sacerdocio y nuestra entrega, que con frecuencia escasean las vocaciones porque muchos carecen de una referencia auténtica, estimuladora, contagiosa, que en el mejor sentido es sinónimo de extensiva y multiplicadora.

Antes de ponernos a trabajar, seamos conscientes de lo que somos. «Los que han recibido la vocación deben saber dar ejemplo de cómo se debe seguir»¹⁶. Conscientes siempre de que ha llegado la hora de trabajar más y mejor por las vocaciones al ministerio sacerdotal. La pastoral vocacional tiene que dejar de ser ya una «asignatura pendiente» para convertirse en empeño prioritario de nuestras comunidades eclesiales. Ante las limitaciones y dificultades que acabamos de enunciar, hemos de reaccionar con esperanza, oración constante y trabajo tenaz, con ilusión compartida y con audacia evangélica. Decía el Papa Juan Pablo II: «Hoy, frente a los desafíos del mundo moderno, se necesita un suplemento de audacia evangélica para realizar el compromiso vocacional según la invitación el Señor a pedir insistentemente obreros para la difusión del Reino

¹⁵ PDV 40.

¹⁶ JUAN PABLO II, *Las vocaciones al sacerdocio*, Audiencia general (29/9/1993).

de Dios». (Cf. Mt 9, 37–38)¹⁷. Y hemos de ayudar a despertar a nuestras comunidades, que tienen con frecuencia una conciencia adormecida ante el tema de las vocaciones, porque cuando advierten que pueden quedarse sin sacerdotes, reclaman la presencia de alguno más en sus ambientes. En consecuencia: urge un cambio cuantitativo y cualitativo en este punto.

a) Rezar y trabajar más

Rezar más por las vocaciones

Hemos de rezar más por las vocaciones. Es la primera tarea, en el campo de la pastoral vocacional, para responder al imperativo del Señor: «Rogad al dueño de la mies». Es preciso reconocerlo. En estos últimos años, cuando más lo necesitamos, estamos rogando poco por las vocaciones y lo hacemos con cierta desconfianza, como si Dios Padre todopoderoso no pudiera regalarnos vocaciones al sacerdocio. Como si estuviera atado de pies y manos, por la escasa natalidad y el ambiente secularizado y secularizante. Oremos insistentemente y con confianza ilimitada, oremos con toda la comunidad parroquial, con el movimiento apostólico o la asociación católica en que vivimos nuestra fe y veremos que Dios sigue haciendo maravillas en su Iglesia, esposa fiel, madre solícita, evangelizada y misionera.

Testimonio vigoroso de la vocación

Demos un testimonio más vigoroso e inteligible de la vivencia gozosa de nuestra vocación, los sacerdotes, mayores, de mediana edad y jóvenes. No hemos de vivir ocultándonos de los demás, como avergonzados en una sociedad religiosamente fría. Nuestro estilo de vida, austero y sencillo, nuestra entrega al servicio de Dios y de los hermanos, generosa y feliz, ha de seguir interpelando a muchos jóvenes, ha de suscitar en ellos el deseo de entregar su vida y sus energías por una causa tan noble como la que nosotros abrazamos.

Dedicar tiempo al acompañamiento y a la dirección

Hoy, más que nunca, quien se plantea de verdad su vocación necesita orientación, acompañamiento personal y dirección espiritual, por parte de sacerdotes y religiosos. ¿Estamos dispuestos a dedicar tiempo y energías a esta tarea? La experiencia dice que esta inversión es rentable. Y nuestros adolescentes y jóvenes necesitan también, la experiencia lo confirma, el apoyo de grupos formados por otros jóvenes con ganas de responder a la invitación. ¿Cómo promover,

¹⁷ JUAN PABLO II, *Mensaje para la XXXIII Jornada de oración por las vocaciones 1996*, en *Boletín oficial del Obispado. Palencia* (marzo–abril 1996) 147.

por otra parte, grupos vocacionales y cómo conectar unos con otros? He aquí otra cuestión abierta.

El trabajo por las vocaciones no es tarea de un día o de un par de años, sino un esfuerzo constante y progresivo, que hemos de ir perfeccionando todos día a día. ¿Cómo? Tratando de ver y asimilar lo que resulta eficaz a nuestro lado, en nuestro entorno, o en ambientes que conocemos con muy buenos resultados.

b) Trabajar mejor

Una catequesis sobre la vida como don recibido que tiende a darse

También este logro se va descubriendo: es preciso otro estilo, otro tono vital. Convencidos de que la promoción vocacional no equivale al reclutamiento de épocas pasadas, hemos de buscar las vocaciones y no esperar solamente a que se presenten en nuestros Seminarios niños y jóvenes que alguien haya podido enviar. Hemos de buscar las vocaciones allí donde el Señor quiera suscitarlas, no donde a nosotros nos gustaría que florecieran. La promoción vocacional no es alistamiento selectivo de una especie privilegiada; tampoco es apartada formación de héroes. El Señor no se fija normalmente en el que se considera mejor, sino que elige a los que Él quiere. Y nuestra colaboración ha de ser la catequesis esencial sobre el sentido y el valor de la vida, que por su propia naturaleza tiende ineludible y decididamente a comunicarse y a donarse.

Urge, por tanto, una animación vocacional de nuevo cuño, animación vocacional que, con palabras de Amedeo Cencini, sea evocadora, provocadora y convocadora¹⁸.

Animación vocacional evocadora

Una buena animación vocacional no se conforma con presentar un valor, por atractivo que sea, pensando que alguien se va a decidir sin más a conquistarlo. El auténtico animador vocacional trata siempre de ayudar respetuosamente al joven a plantear correctamente el problema de su identidad y la respuesta a la llamada que el Señor le hace, con el testimonio de quien ha hecho ya su propio recorrido. En ciertos casos, deberá suscitar él el problema, venciendo así la presunción juvenil de que ya lo sabe todo por sí mismo. El animador inteligente es el que ayuda a «despertar» en el adolescente y en el joven la necesidad de que Dios le descubra el sentido de la vida y el puesto que debe ocupar en ella, como condición para el paso de una sabiduría presuntuosa y humana a la sabiduría que viene de lo alto.

¹⁸ Cf. A. CENCINI, *Vocaciones. De la nostalgia a la profecía*, Madrid 1994, pp. 153–164.

La animación vocacional lleva consigo también una educación para la oración. Porque es ahí donde descubrirá el joven a Dios como el que mejor puede ayudarle a conocerse y a conocer su propia vocación. Orar es buscar y encontrar a Dios, o mejor, buscarse y encontrarse a sí mismo en Dios, y reconocer el propio rostro en el rostro del Padre. Educar para la oración exige firmeza y paciencia. El joven ha de llegar a descubrir la distancia infinita entre sus deseos y los de Dios; ha de aprender a sufrir en ocasiones el silencio de Dios, dispuesto a renunciar incluso a la experiencia de Dios, dejando que sea Dios quien haga experiencia de él (=le ponga a prueba). Así conocerá a un Dios que arranca al hombre, a veces violentamente, de la mezquindad y estrechez de sus proyectos, de sus falsas seguridades y que despierta en él grandes deseos, a la medida de los proyectos divinos y de su misma libertad. Oración, pues, como sorpresa y gratitud, pero también como lucha y tensión. Y, sobre todo, oración como ámbito natural del descubrimiento de la propia vocación. Oración confiada, serena, con sosiego. La paz es fruto del Espíritu Santo.

Animación vocacional provocadora

«Es necesario –precisa el Papa Juan Pablo II– una predicación directa sobre el misterio de la vocación en la Iglesia, sobre el valor del ministerio presbiteral, sobre su urgente necesidad para el Pueblo de Dios. Una catequesis orgánica y difundida a todos los niveles en la Iglesia, además de disipar dudas y contrastar ideas unilaterales o desviadas sobre el ministerio sacerdotal, abre los corazones de los creyentes a la espera del don y crea condiciones favorables para el nacimiento de nuevas vocaciones. Ha llegado el tiempo de hablar valientemente de la vida sacerdotal como de un valor inestimable y una forma espléndida y privilegiada de vida cristiana. Los educadores, especialmente los sacerdotes, no han de tener miedo a proponer de modo explícito y firme la vocación al presbiterado como una posibilidad real para aquellos jóvenes que muestran tener los dones y las cualidades necesarias para ello. No hay que tener ningún miedo a condicionarles o limitar su libertad; al contrario, una propuesta concreta, hecha en el momento oportuno, puede ser decisiva para provocar en los jóvenes una respuesta libre y auténtica»¹⁹.

En el origen de la crisis de vocaciones se encuentran múltiples causas, pero la principal es de orden doctrinal, afirma el jesuita Andrés Manaranche en un libro que ha conmocionado a la Iglesia francesa²⁰. Vivimos un debilitamiento teológico que afecta tanto a la naturaleza de la fe cristiana como a la identidad

¹⁹ PDV 39.

²⁰ A. MANARANCHE, *Querer y formar sacerdotes*, Madrid 1995 (original francés de 1994).

específica del sacerdote. Hay cuatro cosas que molestan del sacerdote, afirma Manaranche:

1. La naturaleza distinta de su sacerdocio respecto al de los laicos, y por eso se busca disolver al sacerdote dentro de la masa de los fieles, insistiendo unilateralmente en el sacerdocio bautismal y en los ministerios en general.
2. La consagración del sacerdote mediante el sacramento del orden, y por eso se quiere concebir su tarea de modo puramente funcional, olvidando que con la ordenación, no sólo recibe un encargo jurídico o un mandato administrativo, sino que es toda su persona la que queda consagrada al Señor para el servicio de los hombres.
3. Molesta también su disponibilidad al servicio permanente y se busca desmovilizarle, negando que la ordenación le convierta en una persona entregada al Señor de un modo total e indiviso.
4. Finalmente se pretende desmitificar la figura del sacerdote para dar espacio a los laicos y se le reduce al papel de celebrar Misas, sin ningún contacto directo y continuado con su gente porque molesta que sea al mismo tiempo e indivisiblemente evangelizador, santificador y pastor del Pueblo de Dios.

Nuestra pastoral vocacional ha de ser provocadora. Y provocar significa etimológicamente «llamar a fuera, hacer salir». Y es sinónimo de aguijonear, espolear, estimular, incitar, mover, suscitar. La animación vocacional será provocadora si logra sacar al adolescente y al joven de su modorra y le impulsa hacia un proyecto de superación, lanzándoles hacia adelante, no siempre en la dirección de una lógica humana que busca seguridad y es inevitablemente limitadora, sino a la medida de un Dios amigo y exigente. La animación vocacional provocadora se articula en dos momentos estrechamente unidos entre sí:

- La lógica del don. El punto de partida debe ser descubrir la vida como don; descubrimiento que no se puede dar por supuesto. No sólo, pero es precisamente de aquí de donde arranca la posibilidad de entender la vida como vocación. El animador vocacional inteligente trata de personalizar, en la medida de lo posible, dicha verdad, impulsando al joven a verificarla en el contexto de su propia historia. El joven «debe llegar a verse a sí mismo, en lo que tiene y en lo que es, en sus cualidades y en sus realizaciones, como un grande y maravilloso don, enteramente gratuito. Deberían surgir entonces algunas actitudes, como consecuencia lógica de este descubrimiento: la gratuidad ante tal benevolencia; la alegría por los bienes que posee, que son tantos, y por todo lo que le

rodea; la sensación, de modo particular, de que no es dueño ni propietario, sino sólo beneficiario, de un don tan grande como inmerecido; y sobre todo, la decisión de querer vivir acogiendo la llamada que la existencia, concebida como don, deja oír y que no se percibe claramente en su origen y en las implicaciones que tendrá para el sujeto. Querer vivir es entregarse con plena disponibilidad a este misterio que nos supera, aceptando una razón y una lógica que se nos escapan, pero que están en la vida misma y de las que depende la plena realización del yo»²¹.

- El modelo de la entrega. En este momento es cuando se puede hacer la propuesta vocacional específica. La propia vida, bien recibido, puede convertirse en bien entregado a Dios y a los demás. Frente a lo mucho que Dios le ha dado y ha obrado en él, lo lógico y coherente es que el joven responda con la entrega de lo poco que es y tiene. La animación vocacional, basada en el modelo de la entrega, es discreta, sencilla, apoyada no en la excepcionalidad de un proyecto, accesible a pocos, sino en la realidad de un don y de un amor que todos han recibido.

«Por eso una pastoral vocacional auténtica no se cansará jamás de educar a los niños, adolescentes y jóvenes al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la donación incondicionada de sí mismo. En este sentido, se manifiesta particularmente útil la experiencia del voluntariado, hacia el cual está creciendo la sensibilidad de tantos jóvenes. En efecto, se trata de un voluntariado motivado evangélicamente, capaz de educar al discernimiento de las necesidades, vivido con entrega y fidelidad cada día, abierto a la posibilidad de un compromiso definitivo en la vida consagrada, alimentado por la oración; dicho voluntariado podrá ayudar a sostener una vida desinteresada y gratuita, y al que lo practica lo hará sensible a la voz de Dios que lo puede llamar al sacerdocio»²².

Pero el voluntariado no debe eclipsar la vocación. Dedicar generosamente algún tiempo de la propia vida a causas sociales y humanas muy dignas puede y debe disponer a la entrega a Dios en favor del hombre en sus necesidades materiales y espirituales, temporales y eternas, en totalidad y definitivamente. Esto es lo que significa la vocación. A la vocación, libremente aceptada, siguen lógicamente el ofrecimiento, la dedicación y la unción.

²¹ A. CENCINI, «La pastorale giovanile é pastorale vocazionale?», en *Vocazioni* 1 (1986) 17.

²² PDV 40.

Animación vocacional convocadora

La animación vocacional va dirigida a la totalidad del joven, no a una parte de su psiquismo. No privilegia el aspecto sentimental e intimista, reduciendo el proyecto de vida a una cuestión de atracción instintiva (me va, no me va). Ni se dirige únicamente a la voluntad, generando la ilusión y el equívoco de que, para elegir una vocación es suficiente tener determinadas cualidades psicológicas o morales. Tampoco se reduce a un mensaje puramente intelectual, como si la opción de vida fuese fruto de argumentos puramente racionales que debieran cancelar toda duda y ofrecer en absoluto garantías y seguridades desde el momento en que se da el paso definitivo.

La vocación es una llamada que pretende llegar a la vez al corazón, a la mente, a la voluntad, al centro más personal del joven. Es por esto una propuesta dirigida a la inteligencia y a su sed de verdad, ofreciendo no sólo exhortaciones e invitaciones, sino contenidos concretos, datos objetivos, modelos de comportamiento, fundados en la Palabra y en el carisma, en los que el sujeto pueda encontrar y construir su verdad subjetiva. Propuesta que se dirige, al mismo tiempo, a la voluntad y a sus exigencias de experimentar y vivir; por esto es fundamental que la animación vocacional no consista sólo en doctrina e ideas, sino que sea a la vez experiencia concreta, vivida en la propia piel. Finalmente, el mensaje debe llegar al corazón, ha de tener relevancia afectiva: sólo una relación de calidad del animador vocacional con su propia vocación, reconocerse, sentirse a gusto en su propio ministerio, puede hacer que su convocación llegue de verdad al corazón del joven y tenga auténtica tonalidad afectiva. Únicamente en ese caso puede ser presentado un proyecto de vida con convencimiento y con calor.

Nos encontramos hoy con una juventud nueva que ofrece rasgos negativos, pero también positivos de cara a la vocación de especial consagración. A muchos les falta, en efecto, formación cultural profunda y suficiente armazón humana. Con frecuencia les falta también un sólido enraizamiento eclesial. No pocas veces confunden lo importante con lo accesorio y dan muestras de moverse por apetencias inmediatas, sin haber conseguido suficiente madurez afectiva. Pero también es cierto que las nuevas generaciones están preocupadas por mostrar el carácter sagrado de la acción de la Iglesia, temen que el uso de expresiones muy próximas a la cultura común comporte la banalización del cristianismo, valoran el sacramento del orden, atisban la identidad sacerdotal y redescubren la parroquia como lugar de encuentro, catequesis, celebración de la fe y atención a los necesitados.

Dicho proceso vocacional exige un acompañamiento individual. Descubrir el misterio de la propia identidad no es ciertamente algo a realizar en grupo; sólo

en el contexto de la libertad y gratuidad interpersonales, unidas a una aptitud específica, es posible un examen serio de las experiencias y vivencias personales más profundas, indispensables para un discernimiento vocacional. Se ha dicho, con razón, que la crisis de vocaciones es crisis de dirección espiritual²³.

De ahí la actualidad de una recomendación siempre atendible: «Hacen falta urgentemente confesores y directores de conciencia, también estos últimos, hombres y mujeres que, en conformidad con la misión recibida de la Iglesia, ayuden a tantos jóvenes a comprender y vivir prácticamente que el Espíritu Santo actúa en la Iglesia, no sólo inspirando movimientos comunitarios, sino pidiendo a cada uno, como a María, a la sierva del Señor, una docilidad siempre en aumento para responder por sí mismo a una invitación cada vez más fuerte a mayores entregas y oblaciones»²⁴.

4. Tareas más urgentes para nuestra invitación vocacional

1. La vocación es un inefable diálogo entre Dios y el ser humano. Dios no falla, sigue llamando; nosotros sí podemos hacer oídos sordos a su llamada. La falta de vocaciones no se debe a que Dios no llame, sino a que los llamados no respondemos.
2. La vocación no viene impuesta desde fuera, ni se conquista de uno u otro modo. Es el don que Dios nos hace de nuestra identidad personal. Se trata, pues, de descubrirlo, agradecerlo y hacerlo cada vez más nuestro. Sólo acogiendo el don de la vocación seremos felices.
3. Todas las vocaciones han de ser apreciadas como regalo de Dios, necesarias e iguales en dignidad. Todas se necesitan y completan. Es preciso reconocer, sin embargo, que hoy necesitamos con más urgencia vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada, y a la misión *ad gentes*. También –¿Por qué no?– a la vida contemplativa, en comunidades de vieja cristiandad y en tierras de misión. «La vida contemplativa pertenece a la plenitud de la presencia de la Iglesia» en el mundo²⁵. Y, por supuesto, a la militancia seglar...
4. Es necesario sensibilizar a la comunidad parroquial en el tema de las vocaciones sacerdotales. La predicación puede ser un momento idóneo. Organizar jornadas de oración por las vocaciones en las parro-

²³ Cf. PDV 40.

²⁴ «Santa Teresa de Jesús: Intimidad con Cristo y plenitud cristiana», Carta Pastoral, t. VI de las OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZALEZ, Toledo 1990, p. 216. Cf. Rafael Palmero, *Las vocaciones*, 15–22.

²⁵ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, 18.

quias puede ser igualmente útil. También será importante que en las reuniones de los Consejos pastorales parroquiales se trate el tema de cómo proponer la vocación en la parroquia.

5. La pastoral juvenil no sería completa si no aborda la dimensión vocacional en la vida de los jóvenes, chicos y chicas.
6. La pastoral vocacional, especialmente al sacerdocio, aunque muy unida a la pastoral juvenil, merece una especialísima atención en el momento que vive nuestra Iglesia de Orihuela–Alicante. Quiere y debe seguir siendo misionera.
7. La familia, verdadera «Iglesia doméstica», es el primer lugar de encuentro con Cristo y de iniciación en la fe, por eso debe ser el lugar donde se descubre y se madura la vocación, como el «primer Seminario». En este sentido, es muy necesario mantener un contacto directo con las familias, sobre todo con las de aquellos niños y jóvenes que vemos más inclinados a la vocación. Nuestra relación con los padres puede ayudarles a respetar la inclinación vocacional que muestra el muchacho, animándoles a asumir la responsabilidad que tienen, como padres, de respetar la libertad del hijo para que asuma su vocación. Este contacto con los padres nos puede dar también confianza para desechar en ellos, con delicadeza y respeto, los instintos de protección y de posesión que muchas veces inducen a que sus hijos desistan de su inclinación vocacional.
8. Cada vez vemos más necesario que la propuesta vocacional se incluya en las catequesis de Iniciación a la vida cristiana. Si la catequesis es una educación y apertura a la vida cristiana, no debería faltar la invitación a la vocación, ya en el mismo período catequético del niño y del joven. Hace falta para ello que los catequistas conozcan el modo de intervenir en la motivación vocacional en las diferentes edades. Será interesante también ofrecer a los catequistas una formación a este respecto y algunos materiales para facilitar esta intervención vocacional.
9. Parece fundamental descubrir hoy las diversas vocaciones eclesiales encarnadas en personas concretas, que viven con entusiasmo su consagración y sirven de referencia a los más jóvenes.
10. Seminarios, parroquias y Secretariado diocesano de vocaciones trabajen más conjuntados con el Secretariado de pastoral juvenil y el Secretariado de pastoral universitaria, en vivir este programa que, con amplia visión eclesial y sentido de adaptación práctica, señala la ex-

hortación postsinodal *Pastores dabo vobis*:

- a. La oración y la liturgia, momentos eclesiales y primarios de la pastoral vocacional²⁶.
 - b. La predicación y la catequesis deben manifestar su intrínseca dimensión vocacional²⁷.
11. El «acompañamiento personal» (dirección espiritual), realizado por personas dedicadas que acojan, escuchen, propongan e inviten a los jóvenes a buscar el camino concreto de seguir a Jesús, se revela hoy como uno de los medios más necesarios para fomentar las vocaciones al ministerio sacerdotal.
 12. Los sacerdotes somos en la pastoral vocacional (no sólo por razones estrictamente teológicas sino también por razones pastorales e incluso sociológicas) actores imprescindibles, aunque no únicos. Tenemos que practicar y ayudar a practicar la pastoral vocacional.

Programas orgánicos y proyectos audaces pedía el Papa Juan Pablo II a nuestra solicitud de pastores. El problema de las «vocaciones afecta a la vida misma de la Iglesia». Y subrayaba como elementos que se han de tener presentes en todo proyecto de pastoral vocacional:

«La pastoral vocacional requiere, en primer lugar, un testimonio de fe auténtica, de gozosa esperanza y de caridad operante. Requiere comunidades eclesiales que se esfuercen de verdad por vivir la comunión fraterna, fruto de la participación eucarística, perseverantes en la oración, asiduas en la escucha de la Palabra y en el ejercicio de la caridad. En efecto, el testimonio sigue siendo la fuerza de atracción más convincente de que disponen los discípulos de Cristo.

No debe faltar en las Diócesis, parroquias y comunidades de vida consagrada, la oración frecuente y explícita por las vocaciones. Promoved comunidades cristianas asiduas en la plegaria, conscientes de que ellas mismas, no podrán nunca con sus solas fuerzas darse las vocaciones que necesitan y, por consiguiente, siempre dispuestas a acogerlas, acompañarlas y sostenerlas como un verdadero don que viene de lo alto.

La pastoral vocacional presupone y necesita también un cuidadoso y concreto seguimiento de las vocaciones. Esto requiere personas preparadas espiritual, teológica y pedagógicamente, que se dediquen a esta importante misión eclesial; espacios diversificados y eficientes de acogida y apoyo; itinerarios adecuados y or-

²⁶ PDV 38.

²⁷ PDV 39.

gánicos de formación cristiana, de discernimiento y acompañamiento vocacional; colaboración sincera y leal entre los diversos responsables de la pastoral vocacional en los varios ambientes y en los diferentes niveles eclesiales»²⁸.

A la hora de discernir los carismas, son los sacerdotes, «destinados a apacentar la Iglesia por la palabra y gracia de Dios en nombre de Cristo»²⁹, los que, normalmente orientan, encauzan y acompañan las distintas vocaciones.

«La teología del ministerio afirma, con nitidez cada día mayor, que el ministerio ordenado es el carisma para guiar a la Iglesia. Los ordenados reciben, según San Hipólito, "espíritu de gobierno y de consejo".

Esta capacidad de conducir aglutinando, estimulando, orientando, debe ser objeto de un discernimiento más afinado, sobre todo en los candidatos al presbiterado diocesano. No se trata de que cada presbítero deba ser "líder nato" lleno de iniciativa, de fuerza decisoria, de encanto personal y de capacidad integradora. Pero las personas, por tantos conceptos excelentes, que no den una talla mínima en estas cualidades deberían ser orientadas hacia otras vocaciones y ministerios eclesiales laudables y saludables para la comunidad y para la sociedad»³⁰.

13. El Seminario en familia, implantado en nuestra Diócesis, está dando los resultados. Apoyémoslo y tratemos de perfeccionarlo todos.
14. Plantear explícitamente una pastoral vocacional al ministerio presbiteral que sensibilice a los preadolescentes, adolescentes y jóvenes y llame expresamente a los más dispuestos. Este planteamiento explícito hágase extensivo a los ámbitos de la familia, catequesis, grupos parroquiales, movimientos y centro de enseñanza.
15. Para cerrar esta reflexión, recuerdo un texto del Papa Juan Pablo II en que recuerda que «a nadie le lícito cambiar lo que Cristo ha querido para su Iglesia. Ella está íntimamente ligada a su Fundador y Cabeza, que es el único que le da –a través del poder del Espíritu Santo– ministros al servicio de sus fieles. Al Cristo que llama, consagra y envía a través de sus legítimos Pastores, no puede sustraerse ninguna comunidad ni siquiera en situaciones de particular necesidad, situaciones en las que quisiera darse sus propios sacerdotes de modo diverso a

²⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje al I Congreso latinoamericano de vocaciones*, en *L'Osservatore Romano* (23/5/1994).

²⁹ LG 11.

³⁰ J. M^a. URIARTE, en *Iglesia en Castilla*, XVI Encuentro de Arciprestes. Pastoral Vocacional, 53.

las disposiciones de la Iglesia. La respuesta para resolver los casos de necesidad es la oración de Jesús: "Rogad al dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies" (Mt 9, 38). Si a esta oración –hecha con fe– se une la vida de caridad intensa de la comunidad, entonces tendremos la seguridad de que el Señor no dejará de enviar pastores según su corazón (cf. Jer 3, 15)»³¹.

Conclusión

«El dueño de la mies, que llama y envía a los operarios, que deben trabajar en su campo (cf. Mt 9, 38), ha prometido con fidelidad eterna: "os daré pastores según mi corazón" (Jer 3, 15). La esperanza de recibir abundantes y santas vocaciones sacerdotales, ya constatable en varios países, así como la certeza de que el Señor no permitirá que falte a su Iglesia la luz necesaria para afrontar la apasionante aventura de arrojar las redes al lago, están basadas sobre la fidelidad divina, siempre viva y operante en la Iglesia»³².

Pidamos pues, confiadamente, en «sintonía particular y profunda con Cristo, el Buen Pastor, el único protagonista principal de cada acción pastoral»³³, nuevas y abundantes vocaciones. Para nuestra parcela diocesana y para la Iglesia universal. Que «es la misma madre católica y el pastor que mora en ella quienes buscan a los descarriados, fortalecen a los débiles, curan a los enfermos y vendan a los heridos, por medio de diversos pastores, aunque unos y otros no se conozcan entre sí. Pero ella sí que los conoce a todos, puesto que con todos está identificada... ¿Pero es que llegará a haber y se podrá encontrar pastores que no busquen su propio interés, sino el de Cristo? Los habrá sin duda, se los encontrará con seguridad, ni faltan ni faltarán»³⁴.

«El amor del Esposo, mejor dicho, el Esposo que es amor, sólo quiere a cambio amor y fidelidad»³⁵. Estamos en el año sacerdotal, que tiene como lema «fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote».

³¹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, Città del Vaticano 1994, 18.

³² CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, Città del Vaticano 1994, 98.

³³ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, Città del Vaticano 1994, 38.

³⁴ S. AGUSTÍN, *Sermón* 46, 18–19.

³⁵ S. BERNARDO, *Sermón* 83, 5.

2. «POR CRISTO Y POR LOS DEMÁS»

*Carta para el Día del Seminario
Marzo de 2006*

He aquí el lema del día del Seminario 2006: «Por Cristo y por los demás: hazte cura». Lema sugestivo e invitador. Me mueve a dar gracias con vosotros por el don del sacerdocio que algunos hemos recibido a favor de todos.

Tenemos motivos para estar agradecidos. En primer lugar, la sensibilidad vocacional que compartimos. Así se recoge en nuestro Plan Pastoral Diocesano. Sentimos la urgencia de encontrarnos con Cristo en la llamada. Por estar bautizados, somos llamados. Todo cristiano ha experimentado el amor de Dios, manifestado en la invitación a ser sus hijos.

Este amor es gracia que nos hace hijos en el Hijo. Cuando la vida cristiana se percibe como gracia, se vive como respuesta a este don de Dios. Doy gracias a Dios en segundo lugar con vosotros por el amor que los sacerdotes tenéis al Seminario. Veo que las puertas del mismo están abiertas siempre para acogeros. Me alegra que sea nuestra Casa Grande, el lugar en que nos encontramos para hacer fiesta sintiéndonos hermanos. El Seminario, lugar evocador como pocos, nos recuerda siempre nuestra vocación. Amar la vocación sacerdotal, seguir estimando el lugar en que se escuchó y se respondió a la llamada del Señor, es gratificante para todos. Vuelve así a pasar por nuestro corazón dicha llamada, así hacemos memoria y actualizamos el sí inicial, gozosamente comprometido y comprometedor.

Quiero dar gracias a Dios, en tercer lugar, por nuestros seminaristas. Los 46 alumnos menores y los 34 mayores son un verdadero regalo del cielo y constituyen la esperanza de nuestra Iglesia. En ellos se evidencia que Dios sigue llamando a jóvenes de nuestra tierra y que cumple su promesa de darnos pastores según su corazón.

Comparto también con toda la Iglesia Diocesana la alegría de ver fructificar la llamada del Señor en muchos corazones. De ahí, queridos seminaristas, que os pida manteneros fieles siempre y en todo a Cristo Jesús. «Ser fiel a Cristo –recordaba Juan Pablo II en el mensaje de su primera visita a España– es amarlo, con toda el alma y con todo el corazón, de forma que ese amor sea la norma y el motor de todas vuestras acciones». Amad de esta manera y entregaros totalmente a Cristo, para que, configurados con Él, podáis anunciarlo en su Iglesia y en el mundo. Aquí está el secreto de vuestra formación. Gracias, porque por Cristo y por los demás, queréis ser sacerdotes.

Hazte cura

Con esta acción de gracias, compartida con vosotros, he de manifestaros una preocupación que lo es de toda la Iglesia: ¡Necesitamos sacerdotes! El crecimiento demográfico de nuestras ciudades, la soledad y marginación que sufren muchos conciudadanos nuestros son realidades que no han de dejarnos indiferentes. Son muchas las personas que no conocen todavía la Buena Noticia de Cristo. Por ello, el Señor nos llama a la oración y a cuidar con mimo la pastoral vocacional.

El mismo Jesús quiere que compartamos tan noble anhelo. Él, más que nadie, siente compasión de los que están cansados y abatidos y de quienes viven desorientados como ovejas sin pastor. Él nos repite: «La mies, ciertamente es mucha, pero los obreros, pocos. Pedid, por tanto, al dueño de la mies que mande obreros a su mies» (Mt 9,37). El Buen Pastor siente lástima de la gente. Los abandonados a su suerte, los olvidados, los enfermos y los que están cansados... acuden a Él con confianza. Y Él se compadece de ellos, se implica en sus vidas, se detiene en su camino. Nadie le es extraño, hace a todos prójimos, cercanos. El ruego de Jesús brota de un corazón que ama al hombre con entrañas de misericordia y de perdón. En el Maestro, más que simple sensibilidad, es la reacción de la misericordia divina, que, cuando invade un corazón humano, es «tristeza virtuosa que se introduce en nuestro corazón, impulsándolo a desear librar a nuestro prójimo del mal que le aflige», precisa el P. Manuel Iglesias, comentando a San Francisco de Sales.

Oración, pues, confiada y ferviente por las vocaciones. No tanto porque seamos pocos, sino porque nos duele que muchos hermanos vivan sin conocer a Jesús, Buena Noticia para el hombre. Cuando nos acercamos a las personas que sufren y pasan dificultad, si los queremos y experimentamos la impotencia para ayudarles, nuestro corazón se abre al Padre y dicha actitud se convierte en oración, pidiendo pastores para el rebaño. Queremos sacerdotes porque amamos a los hombres y mujeres de nuestra tierra. He aquí una tarea prioritaria que hemos de compartir juntos.

La oración, nacida de un corazón misericordioso y solidario, fundamenta sólidamente la pastoral vocacional. Conmoviendo el corazón del hombre, logramos que éste pregunte: Señor, ¿qué quieres de mí? A qué me llamas. Por esta razón precisa, la pastoral vocacional es eje transversal que unifica toda la pastoral diocesana y, es a la vez, deudora de otras pastorales con las que se relaciona. La pastoral de la infancia y juventud, por ejemplo, asume la pastoral vocacional, si logra que Jesucristo ocupe el verdadero proyecto de vida. También son estrechos los lazos de la pastoral vocacional y la pastoral familiar. El niño crece en y con su

familia. En la Iglesia doméstica los padres son los primeros animadores y educadores de sus hijos. De ahí la necesidad de una bien trabada colaboración de estas pastorales con la pastoral vocacional: de la vitalidad de aquéllas dependerá el vigor y la fuerza de ésta.

¿Sigue llamando el Señor?

Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6), sigue llamando, continúa saliendo a nuestro encuentro y nos invita a seguirlo. La crisis no es de llamadas, sino de respuestas. Juntos hemos de propiciar las condiciones que permitan, tanto la escucha de la voz del Señor, como la respuesta de parte nuestra. En este sentido, los objetivos pastorales de los últimos años en nuestra Diócesis están siendo medio eficaz para encontrarnos con Cristo y escuchar su voz. La atención a la Palabra de Dios, los Sacramentos convenientemente recibidos, los espacios de oración y la acogida del pobre y del inmigrante, favorecen una cultura vocacional nueva en la mayor parte de las comunidades parroquiales. Un modo eficaz de que estos medios fructifiquen es el acompañamiento espiritual, siempre enriquecedor.

Sin vocación no puede haber proyecto de futuro. La tarea es responsabilidad de todos, sacerdotes, padres, catequistas, profesores..., para ello también hemos sido llamados. Tenemos responsabilidad, como miembros de la Iglesia, en el nacimiento y la maduración de las vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y a la militancia seglar.

Termino pensando en vosotros, niños, especialmente en los monaguillos que estáis cerca del Señor en el altar y que colaboráis estrechamente con el sacerdote. En vosotros, adolescentes y jóvenes, que vivís la vida como búsqueda, y que, con frecuencia, tratáis de beberla a sorbos. Sed generosos a la hora de elegir vuestro futuro. Sed valientes y no tengáis miedo de responder al proyecto que Dios tiene sobre vosotros. Sólo de esta manera seréis felices y os realizaréis plenamente. Fijaos, si queréis tener a la vista un modelo de comportamiento, en San Francisco Javier, joven como vosotros. Tras oír repetidas veces a San Ignacio: «De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma», respondió: «Aquí estoy, Señor. ¿Qué debo hacer? Envíame adonde Tú quieras».

A María Inmaculada, madre nuestra y modelo de toda vocación, patrona del Seminario, encomendamos los trabajos de esta Campaña. Ella nos repite: «Cualquier cosa que (Él) os diga, hacedla» (Jn 2,1).

3. LAICOS, SED CONSCIENTES DE VUESTRA VOCACIÓN

*A los movimientos y asociaciones de apostolado seglar
Publicado en «Noticias Diocesanas» n. 206
Mayo de 2006*

De nuevo quiero saldaros con las mismas palabras que pronuncié en el inicio de mi ministerio episcopal: «El Señor quiere contar con vosotros para mejorar la convivencia y para cambiar el entorno, viviendo la fe con todas sus exigencias en la normalidad de una sociedad con frecuencia distanciada de la Buena Noticia del Evangelio».

Paso a paso y día a día os voy conociendo en vuestras parroquias, asociaciones y movimientos. Advierto que, en muchos casos al menos, sois maduros y adultos en la fe. Conscientes de que también vosotros habéis recibido el mandato de Jesús: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio» (Mc 16,15). Esto me llena de esperanza y doy gracias a Dios por vosotros.

Escribo esta carta cuando acabamos de celebrar el día del Seminario y aún resuenan en nuestros oídos las palabras del Señor: «Rogad por tanto al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38). La escasez de sacerdotes no os deja indiferentes y me satisface el pensar que sois conscientes de esta necesidad. Por ello, me alegré al saber que en el último Consejo Diocesano de Pastoral reflexionasteis sobre los laicos y las vocaciones sacerdotales. La vivencia plena de la propia vocación, sea ministerial, religiosa o laical, suscita vocaciones porque ayuda a los demás a descubrir y a responder a la llamada del Señor. Por esta razón, el Documento final del Congreso Europeo sobre las vocaciones afirma que «la promoción vocacional se debería dirigir cada vez más a la promoción de todas las vocaciones, porque en la Iglesia de Dios o se crece juntos o no crece ninguno»³⁶.

Cuando se vive la vocación laical como una escucha atenta de lo que el Señor quiere, se sabe lo que se tiene que hacer y se está en disposición de ayudar a los demás a reconocer las llamadas que el Señor les dirige. Esta tarea es responsabilidad de todos.

Dejadme que os pregunte, ¿cuántos seminaristas han salido de los movimientos y asociaciones? La presencia de vocaciones sacerdotales es un indicador, entre otros, de la vivencia cristiana de los movimientos y asociaciones. Sois llamados a la misión y el misionero es fiel a su misión convocando, llamando... No tengáis miedo en proponer a los jóvenes de vuestros movimientos y asociaciones la vocación sacerdotal. Si no hay propuesta, seguro que no habrá respuesta. Os

³⁶ NVPNE 13c.

invito, por tanto, a trabajar en estrecha colaboración con la pastoral vocacional que se encuentra ante la exigencia de un cambio radical, de un «salto cualitativo». Nuestra tarea es comprender la orientación que Dios, Señor de la historia, está dando a nuestra historia en esta encrucijada eclesial³⁷.

Quien vive como propia la necesidad de las vocaciones sacerdotales es consciente de su vocación laical. ¡Sois laicos por la gracia de Dios! La vocación, en un primer momento, no es opción, sino gracia. Sólo en un segundo momento es opción por responder a la gracia de la llamada del Señor. La vocación laical supone reconocer que la llamada viene del Señor y afirmar que no se trata tanto de seguir las propias inclinaciones como de descubrir lo que el Señor quiere de nosotros.

Los planes formativos de los distintos movimientos y asociaciones, puestos al servicio de la vivencia plena de la dignidad de la vocación laical, han de concluir formulando la siguiente pregunta: «Señor, ¿qué quieres de mí?» (Hch 22,10). Cuando un laico contesta: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad» (Sal 40,8), es consciente de su vocación laical porque la vive como gracia. Entonces su existencia se radicaliza y su vida asume como propio el proyecto de Dios.

¡Sed conscientes de vuestra vocación laical que es un don del Señor resucitado! Para ello tenéis que estar atentos a las llamadas que el Señor os hace en la lectura de su Palabra, en la celebración de los sacramentos, especialmente en la Eucaristía y en la Penitencia, en la oración asidua, en el encuentro con la comunidad creyente, en la historia de vuestras vidas, en las necesidades de los demás hombres, en los más pobres.

En este primer encuentro con todos vosotros, deseo comunicaros que tenemos que trabajar juntos. Trabajando juntos convertimos la comunión eclesial en tarea y la coordinación entre los movimientos y asociaciones en una exigencia.

La comunión es en la misión. El camino de la comunión es lento, algunas veces pesado, pero es el más eclesial porque responde al mismo ser de la Iglesia y respeta las peculiaridades de cada uno de los movimientos y asociaciones. Los criterios de eclesialidad que indica *Christifideles laici*³⁸ favorecen la comunión en la misión y son una llamada permanente a la conversión para que el apostolado asociado sea un «signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo»³⁹.

La coordinación entre los distintos movimientos y asociaciones anima la comunión en la misión. En este sentido el Secretariado de movimientos y asocia-

³⁷ Cf. NVPNE 13c

³⁸ ChL 30; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (19/11/1991), 94.

³⁹ AA 18.

ciones es el espacio idóneo para hacer realidad la necesaria coordinación⁴⁰. Alabo sus trabajos y bendigo sus proyectos. Os animo a no desfallecer. No es tarea fácil, pero el Señor nos irá indicando el camino de una mayor coordinación para ser fieles a nuestra misión.

Una sólida formación es imprescindible para vivir la comunión y conseguir la coordinación. En el diálogo entre Dios que llama y la persona que responde se fundamenta la necesidad de una formación integral y permanente de todos vosotros⁴¹. Esta formación tiene como «objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en cumplimiento de la propia misión»⁴². Para responder a la necesidad de formación la Diócesis os ofrece la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral y el Instituto Superior de Ciencias Religiosas. Entre todos hemos de impulsar estas instituciones que son verdaderos espacios de formación para vosotros.

La Iglesia Diocesana, a la cual amáis, espera que seáis fieles a vuestra misión. La fidelidad a la misión brota de la fidelidad a la vocación. Sois llamados para «buscar el reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios»⁴³. Ésta es vuestra tarea específica en la pastoral diocesana. Vuestro lugar es el mundo, allí habéis sido llamados y enviados: es el ámbito y el medio de vuestra vocación cristiana⁴⁴. En este sentido, permitidme que os recuerde dos cosas. En primer lugar que no podéis abdicar de participar en la vida pública⁴⁵. Posibilitar una auténtica presencia de todos vosotros en la vida pública es una tarea urgente para nuestra Iglesia Diocesana. Y en segundo lugar, que estáis llamados a la santidad. «Todos los fieles –nos dice el Concilio– están invitados y deben tender a la santidad y a la perfección en el propio estado»⁴⁶. Ésta no es una exhortación moral, «sino una insuprimible exigencia del misterio de la Iglesia»⁴⁷. La llamada a la santidad brota del bautismo y está ligada íntimamente a la misión⁴⁸, por esto tiene que ser nuestro mejor programa pastoral⁴⁹. Es posible

⁴⁰ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (19/11/1991).

⁴¹ ChL 57.

⁴² ChL 58.

⁴³ LG 31.

⁴⁴ Cf. ChL 15.

⁴⁵ Cf. ChL 42.

⁴⁶ LG 42.

⁴⁷ Cf. ChL 16.

⁴⁸ Cf. ChL 17.

⁴⁹ Cf. NMI 30.

ser santo. Imitad la vida de todos aquellos laicos que la Iglesia os ofrece como modelos para llegar a la santidad.

Aunque son muchos los problemas que en nuestro mundo presagian tormentas, es ahí donde ha de brillar la esperanza cristiana. No estamos solos. Cristo se ha querido quedar con nosotros en la Eucaristía «grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor»⁵⁰. Cristo, presente en la Eucaristía, transforma vuestra vida y os hace partícipes de sus mismos sentimientos para que podáis mirar a los hombres y al mundo con su misma mirada. De esta manera, desde dentro, como fermento, contribuiréis a santificar el mundo⁵¹. La participación asidua en la Eucaristía os une íntimamente con Cristo y así daréis fruto para la vida del mundo.

⁵⁰ EE 20.

⁵¹ LG 31.

III. EL DON DEL SACERDOCIO

1. FIDELIDAD Y PACIENCIA EN TIEMPOS RECIOS

Nuestra espiritualidad presbiteral a la intemperie

*Palabras al Consejo Presbiteral
Palencia, 4 de diciembre de 2000*

Una característica importante de nuestra sociedad desarrollada es la inapetencia religiosa que afecta incluso al creyente y a la comunidad cristiana. Pero, sorprendentemente, se mantiene, al mismo tiempo, la demanda de ritos sagrados. Gentes de fe debilitada o nula exigen bautismos, bodas, exequias... Piensan que es algo que pertenece al «servicio público» y que tienen derecho al mismo por el impuesto religioso que pagan. Por tanto, no se les puede negar. Nuestra oferta, en cambio, de sacramentos como encuentro personal con Cristo y como gestos comunitarios que suponen la fe, la enriquecen y comprometen a vivirla, interesa poco a la mayoría de nuestros fieles. De ahí que muchos hermanos presbíteros sufran seriamente por este desajuste entre la demanda y la oferta. Nos ha tocado ser curas en un tiempo en que la gente valora escasamente nuestro servicio y nuestras ofertas pastorales cosechan precisamente un éxito muy escaso. A pesar de todo, hemos de reafirmar nuestra confianza y nuestra fidelidad. Nos toca ser sembradores y forjar la unidad con un tono profético que hable más con los gestos que con las palabras. «El ministerio sacerdotal es una empresa fascinante, pero ardua, siempre expuesta a la incomprensión y a la marginación; sobre todo, hoy día, el sacerdote sufre con frecuencia la fatiga, la desconfianza, el aislamiento y la soledad»¹.

Ahora bien, sabemos que la confianza que necesitamos ha de nacer, no de nuestro temperamento optimista o pesimista, ni de un análisis social y eclesial

¹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n° 37.

risueño, ni siquiera de un voluntarismo cegato que se empeña obstinadamente en lo imposible. La confianza que necesitamos es hija de la esperanza que sabe afianzarse contra toda esperanza, que lucha contra corriente, y que se apoya en una fe firme. La que nos da un «conocimiento interno» y sapiencial de Jesucristo, Maestro, Verdad y Vida haciéndonos capaces de reconocer las huellas del Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestro entorno, por pequeñas que sean estas huellas. Desde la fe vivimos persuadidos de que nuestro afán no resultará definitivamente estéril y nos movemos confiando plenamente en Dios y poniendo en sus manos con serenidad nuestro propio futuro, el de la Iglesia y el del mundo. «Al fijar nuestra esperanza en lo alto, explicaba un día san Agustín, hemos como clavado el ancla en lugar sólido, para resistir cualquier clase de olas de este mundo; no por nosotros mismos, sino por aquel en quien está clavada nuestra ancla, nuestra esperanza, puesto que quien nos dio la esperanza no nos engañará y a cambio de la esperanza nos dará la realidad»².

Quizá hoy más que nunca los presbíteros necesitamos recuperar alegría e ilusión, por dentro y por fuera, en nuestro ser y en nuestro quehacer, en el corazón de cada uno y en la convivencia fraterna. Conscientes de que el gozo de mayor calidad no es el que procede de un golpe de fortuna, sino del logro de algo ardientemente deseado y muy trabajado. Nuestro gozo brota del don de Dios y del esfuerzo de conversión que este don nos exige. Nada profundo se hace en la Iglesia sin una conversión sincera.

Nuestra condición secular nos pide vivir, de alguna manera, a la intemperie, allí donde se dan los problemas de la vida cívica y eclesial. Pero en la intemperie los constipados, las gripes y las neumonías son más frecuentes y más intensos. Y ocurre que la intemperie en la mayoría de los sacerdotes es excesiva y se manifiesta en no pocas carencias. La espiritualidad presbiteral ha sido sometida en los años postconciliares al despojo de una constelación de prácticas y medios que, con mayor o menor fortuna, venían alimentándola: el examen de la noche, el examen particular, el rosario, las jaculatorias durante el día, la lectura espiritual, la meditación diaria, etc. Ha habido algo así como una «caída de la hoja». Y en este despojo no todos los medios descuidados han sido tratados con igual justicia. Muchos de ellos, debidamente reorientados y jerarquizados, siguen teniendo su lugar en la vida espiritual del presbítero. Recuperar algunos de ellos e imprimirles la orientación nacida de la teología del ministerio, resulta hoy a todas luces necesario. Pongo por ejemplo: reanudar la oración mental diaria, fomentar las actitudes auténticas en las celebraciones, aficionarnos al estudio de la Palabra de Dios, y hacer al final del día una lectura creyente de la jornada... Todo esto es devolver el «lenguaje» a nuestra espiritualidad.

² S. AGUSTÍN, *Sermón* 359 A, 1.

Todo lo que es interior, valioso y delicado requiere ser contrastado ante un testigo cercano y respetuoso para que él nos ayude a esclarecer nuestras oscuridades y objetivar nuestro subjetivismo. En una palabra: para que nos ayude a discernir. Este contraste discernidor se practica en el sacramento de la Penitencia y en la dirección espiritual. Muchos curas lo celebramos en el contexto de la relación personal y confidencial con un compañero. Pero sería deseable un contraste más amplio. «Toda la existencia sacerdotal –escribía Juan Pablo II en la exhortación postsinodal *Reconciliatio et Paenitentia*– sufre un inexorable decaimiento, si viene a faltarle por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico, inspirado por auténtica fe y devoción, al sacramento de la Penitencia. En un sacerdote que no se confesara más o se confesara mal, su ser sacerdotal y su hacer sacerdotal se resentirían muy rápidamente, y también la comunidad, de la cual es pastor, se daría cuenta»³. La dirección espiritual, por otra parte, es hoy poco frecuentada. ¿Por qué? La oración, la penitencia, la dirección espiritual, etc., no son simples medios santificadores, sino la forma y la hondura –la tercera dimensión, el relieve– de un ejercicio ministerial que toma la vida íntegra y no solamente parte de ella. La espiritualidad como estilo se va configurando en el ejercicio de todas las dimensiones espirituales empezando por la inserción en los sentimientos de Cristo Pastor; se constata, no en los momentos «profesionales» y públicos, sino en los momentos «descuidados», en la vacación de las obligaciones⁴.

«Para contribuir al mejoramiento de su propia vida espiritual, es necesario que los presbíteros practiquen ellos mismos la dirección espiritual. Al poner la formación de sus almas en las manos de un hermano sabio, madurarán –desde los primeros pasos de su ministerio– la conciencia de la importancia de no caminar solos por el camino de la vida espiritual y del empeño pastoral. Para el uso de este eficaz medio de este eficaz medio de formación tan experimentado en la Iglesia, los presbíteros tendrán plena libertad en la elección de la persona a la que confiarán la dirección de la propia vida espiritual»⁵.

La verdadera caridad pastoral

El deseo de renovar y mejorar la calidad del servicio a los fieles es señal y fruto de la caridad pastoral. Pero el amor a la comunidad concreta, si es genuino

³ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Paenitentia*, 31.

⁴ Cf. L. TRUJILLO, "Aproximación valorativa a la espiritualidad de los sacerdotes diocesanos" en CEC, *La formación espiritual de los sacerdotes según la Pastores dabo vobis*, Edice, Madrid 1995, pp. 9–74 aquí pp. 56–57.

⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n° 54.

y maduro, no es exclusivo ni posesivo. La comunidad a la que sirvo es célula de un organismo más amplio: la Iglesia diocesana y la Iglesia universal. El presbítero es ordenado en la Iglesia particular para la Iglesia universal. El Concilio ofrece un criterio para verificar el amor pastoral del presbítero a su comunidad: la fidelidad a la Iglesia, expresada en un trabajo en comunión con el Obispo y con los demás presbíteros.

Dice san Juan de Ávila: «El pastoreo de fortalecer lo débil, sanar lo enfermo, atar lo quebrado, reducir lo desechado y buscar lo perdido es «el arte de las artes» como dice san Gregorio Magno. Menester es mucha prudencia para saber llevar a tanta diversidad de gente y aplicar a cada uno su medicina, menester es mucha paciencia para sufrir importunidades de ovejas sabias y no sabias, menester es mucha fortaleza para no doblegarse ante amenazas»⁶.

La dura situación religiosa actual reclama, repito, fidelidad. Las cualidades del amor pastoral son, como las del Buen Pastor, ternura y fidelidad. La ternura proporciona entrañas para que cuando nos encontremos con la miseria, física o psíquica, cultural o social, moral o espiritual, el amor se torne misericordia. La fidelidad confiere solidez y estabilidad al comportamiento y a la propia vida. Sin ternura la relación es fría, sin fidelidad no resiste los vaivenes del afecto. El presbítero ha de reflejar la misericordia del Padre por todos los poros de su ministerio: la acogida, el interés –no la curiosidad– por la situación concreta de sus fieles, la comprensión de sus debilidades, el aliento de las dificultades, la paciencia para escucharlos y acompañarlos, el respeto de su conciencia, la búsqueda delicada de los lejanos. Al fin de la vida, seremos misericordiosamente examinados sobre nuestra misericordia pastoral. Enseña Juan Pablo II:

«En cuanto representa a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, el sacerdote está no sólo en la Iglesia, sino al frente de la Iglesia. Por tanto está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia Esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo esponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de "celo" divino (cf. 2 Cor 11,2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de los "dolores de parto" hasta que "Cristo sea formado en los fieles"(cf. Gal 4,19)»⁷.

⁶ J. DE ÁVILA, «Tratado del sacerdocio», en *Escritos sacerdotales*, BAC, Madrid 1969, p. 174.

⁷ PDV 22.

La fidelidad entendida como acreditación ante Dios nos obliga a crecer en nuestra condición de discípulos de Cristo para poder ser apóstoles. Sólo «estando con Cristo» y permaneciendo en Él, podemos luego ser enviados a proclamar la Buena Noticia. Nuestra condición de pastores nos obliga a acompañar a los hombres en sus caminos, sustentándolos en su marcha y alentándolos en la aproximación gozosa de la meta. Pero ese sustento y ese aliento no lo encontramos más que en la presencia amorosa del Padre en medio de la historia, perseverantemente buscada y constantemente descubierta. Nuestro ministerio reclama de nosotros un estilo de vida contemplativo capaz de descubrir cómo el Espíritu introduce a la humanidad en el misterio de Cristo Jesús con el que se inaugura la creación nueva. En la contemplación se superan los miedos y los celos que paralizan frecuentemente nuestra tarea evangelizadora.

La dimensión misionera de nuestro ministerio nos ha de llevar a abandonar igualmente la seguridad que proporciona la instalación religiosa, cultural, familiar, sociológica... y salir en busca de aquellos que no han vivido la experiencia del amar y sentirse amados. «A quien quisiere ser padre –de almas– le conviene un corazón tierno y muy de carne para tener compasión de los hijos, lo que supone un gran martirio», nos recuerda san Juan de Ávila. La vida del presbítero está marcada, pues, por el riesgo y el compromiso a favor de los pobres y desheredados de este mundo, incluyendo la pobreza mayor que es el pecado. El ministerio sacerdotal ha de inspirarse también en el ministerio apostólico, afirmando nuestra condición de testigos. Y al testigo se le exige presencia, autenticidad, transparencia y continuidad. El presbítero no puede entenderse como un francotirador, sino formando un presbiterio, presidido por el Obispo, sucesor de los apóstoles, y al servicio de todo el Pueblo de Dios.

Invitación a la paciencia

De ahí que el ejercicio del ministerio sacerdotal requiera, hoy, más paciencia que nunca. La paciencia no es timidez, ni debilidad, ni impotencia o resignación, sino virilidad, fuerza de ánimo, resistencia, perseverancia, temple, carácter. Santo Tomás, que define la paciencia como *pars quasi potentialis fortitudinis*⁸ subordina la *patientia* a la *fortitudo*, la paciencia es para él una forma especial de la fortaleza y de la fuerza. Y dice que es más meritorio sufrir por largo tiempo lo que contraría vivamente nuestra naturaleza que arremeter contra el adversario en un momento de cólera⁹. Para el mundo clásico grecolatino la paciencia es la perseverancia, la tenacidad, la incondicionalidad, la resistencia activa, el valor para reaccionar u osar. Tener paciencia significa conservar la cabeza, oponerse a

⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, 136, 4c.

⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.123, a.6,1.

aceptar ciegamente el destino, el abuso, así como al dolor y al cansancio, sin por ello comprometer la propia dignidad.

El impaciente quiere las cosas inmediatamente y con poco esfuerzo, por eso se considera la impaciencia un rasgo propio del niño. La ansiedad anula la paciencia. El impaciente no puede, o no sabe, o no quiere soportar, de ahí que su antídoto sea saber esperar, aguantar, tener calma en medio del agobio y mantener la serenidad en la tormenta. Los logros importantes nunca se consiguen sino a largo plazo y a costa de repetidos esfuerzos, a veces monótonos y fatigosos. Aun los buenos improvisadores suelen ser en realidad luchadores cuyos esfuerzos se prolongan durante toda la vida. La mayor parte de los fracasos sobreviene por tratar de adelantar los éxitos.

La paciencia es la virtud del sembrador:

«Hoy siembras un extenso trigal en el campo. Vuelves a la semana siguiente y no se ve nada: parece que el trigo murió debajo de la tierra. Vuelves a las dos semanas y todo sigue igual: el trigo sigue sepultado en el silencio de la muerte. Retornas a las cuatro semanas y observarás con emoción que el trigal, verde y tierno, emergió tímidamente sobre la tierra. Llega el invierno y caen toneladas de nieve sobre el trigal recién nacido, que aplastado por el enorme peso, sobrevive, persevera. Vienen las terribles heladas, capaces de quemar toda vida. El trigal no puede crecer, ni siquiera respirar. Simplemente se agarra obstinadamente a la vida entre vientos y tempestades, para sobrevivir. Asoma la primavera y el trigal comienza a respirar, más tarde comienza a escalar la vida lenta pero firmemente. Apenas se nota diferencia entre un mes y otro; parece que no crece. Cuando vuelves unos meses más tarde, con tus asombrados ojos te encontrarás con el espectáculo conmovedor de un inmenso trigal dorado, ondulado suavemente por la brisa»¹⁰.

La impaciencia, en cambio, es fruto del orgullo. «Inquietarse y perder la paciencia –dice san Francisco de Sales en su *Introducción a la Vida Devota*– es cosa que todo el mundo hace, pero es cosa mala porque en esta especie de inquietud y de enfado es el amor propio el que tiene la mayor parte. Porque, aunque es razonable sentir disgusto y pesar por haber cometido algunas faltas, este disgusto no debe ser amargo ni enfadoso, ni despechado, ni colérico; por eso es un gran defecto el de quienes, al impacientarse, se enfadan de su mismo enfado, y mantienen de esta forma el corazón como anegado en cólera. Aunque parezca que el segundo enfado destruye al primero, es al revés, pues se deja la puerta abierta para un nuevo enfado en cuanto se presenta la primera ocasión. Aparte de que además la cólera, el enfado y la amargura contra sí mismo dan paso al orgullo y

¹⁰ I. LARRAÑAGA, *Trasfiguración*, México 1998, pp. 29–30.

nacen del amor propio, que se resiente e inquieta al ver que no somos perfectos».

Pensemos que, a pesar de nuestras faltas y debilidades, el Señor quiere seguir contando con nosotros. Como si nos necesitara... Termino recordando las palabras dirigidas a los presbíteros en el Mensaje Final del II Sínodo de Europa:

«A vosotros, presbíteros de nuestras Iglesias de Europa, que con admirable dedicación vivís el ministerio que os ha sido confiado, os dirigimos con gratitud y confianza nuestra palabra: no perdáis los ánimos y no os dejéis abatir por el cansancio; en total comunión con nosotros los Obispos, en alegre hermandad con los demás presbíteros, en cordial corresponsabilidad con los consagrados y todos los fieles laicos, continuad con vuestra valiosa e insustituible obra» (nº 4).

2. EL BEATO MANUEL GONZÁLEZ, MAESTRO DE VIDA SACERDOTAL

*Conferencia en las Jornadas de Espiritualidad Sacerdotal
organizadas por las Misioneras Eucarísticas de Nazaret-UNER
Valencia, 27 de febrero de 2007*

1. Don Manuel, sacerdote cabal

Aspiración de don Manuel desde muy niño: Ser sacerdote

Manolito anhelaba desde pequeño ser sacerdote. Y se ingenió para que lo admitieran en el seminario sin que se enteraran en casa. De forma que un día, contento y gozoso, presentó a sus padres la papeleta con el examen de ingreso aprobado, diciéndoles:

«—¡Vengo del seminario y ésta es la papeleta del examen de ingreso y estoy aprobado!... Sí, ya está todo arreglado. Mamá, ahora tiene usted que ver al señor cura de San Bartolomé y darle el dinero de los papeles que he tenido que presentar...»

Así de sencillo y así de seguro fue su primer paso. En el curso de 1889-1890, este pequeño Seise sevillano ya era seminarista...

*Su vida en el seminario:
piedad, estudio y devoción a la Virgen y a la Eucaristía*

Uno de sus profesores, don Anselmo Bracho, certifica de Manolo:

«Lo conocí siendo un niño. Fue discípulo mío en el Seminario de Sevilla. Desde sus primeros años de seminarista se distinguió por su acendrada piedad y amor al estudio, singularmente por una ardiente devoción a la sagrada Eucaristía y a

la Inmaculada, ¡amores que durante toda su vida brotaron siempre juntos de sus labios y de su pluma!»¹¹.

Y don José Campos Giles, su biógrafo, ha llegado a decir:

«Todos cuantos lo conocieron íntimamente durante sus años de seminarista, afirman su amor a la vocación y su firmeza y decisión a ser sacerdote, sin que jamás la menor sombra de duda o titubeo asomase a su alma. Diríase que Dios le regaló un alma sacerdotal. ¡Cuántas veces le oyeron repetir: *Si mil veces volviera a nacer, mil veces volvería a ser sacerdote!*»¹².

En la *Positio* para su Causa de Canonización se recoge este testimonio:

«Su bondad natural y su caridad para con los demás los manifestó desde que era seminarista, respetuoso con los superiores y cariñoso y afable con los compañeros, dispuesto a ayudarles en las clases con sus apuntes y explicaciones».

¿Cómo «entendió» y acarició don Manuel el sacerdocio?

Resultó fácil a este joven seminarista calar en lo que es el sacerdote, porque vivió desde el principio el auténtico ideal sacerdotal, según doctrina y enseñanza de la Iglesia.

«Jesús de mi sacerdocio –escribe don Manuel en su *Diario espiritual*–, que yo me ocupe y llene ofreciéndome constantemente y sin mentira como *la hostia de alabanza y la alabanza a la Hostia*. Que estén en concordancia en mí la vida con la alabanza y la Hostia. Que lleguen a identificarse ambas alabanzas»¹³.

Y en otros momentos, desahogándose consigo mismo y animando a los hermanos:

«El sacerdote *no tiene horas de sacerdocio* como el empleado las tiene de oficina. Es sacerdote de día y de noche; en su casa y en la calle; en sus bromas y en sus seriedades; entre sus feligreses y entre sus amigos; entre sus negocios y en sus obras de celo. En una palabra, no es un hombre y un sacerdote, es esto sólo: un sacerdote»¹⁴.

¹¹ Boletín «Las Marías», n 330, Santander.

¹² J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 6ª ed., p. 19; «El Granito de Arena», Madrid 2000.

¹³ *Diario espiritual*, abril 1934, n. 98.

¹⁴ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II: *Un sueño pastoral*, n. 2238, p. 471; ed. Monte Carmelo y El Granito de Arena, Burgos 1999.

El texto que sigue, de *Un sueño pastoral*, su sueño acariciado, parece redactado en nuestros días, cuando percibimos los efectos de una fuerte secularización y ocultamiento de todo lo religioso o trascendente. Realidad a la que no somos ajenos los sacerdotes:

«¡Cuánto se ha trabajado y se trabaja por convertir al sacerdote en un hombre cualquiera! Un sacerdote para un pueblo cristiano y para unas gentes que piensen y sientan como cristianos, es un hombre superior. Un hombre, sí, pero, que por ser *consagrado* con consagración oficial y solemne, merece el respeto y la veneración que se da a las cosas sagradas. Y de igual respeto y veneración participan no sólo su ministerio y persona, sino su palabra, su acción, su influencia y su representación social... Pero vino la ola secularizadora a borrar y a raer de la haz de la tierra el nombre de Cristo y hasta el olor y el color y el sabor de la vida sobrenatural que Él nos ganó, y no ha dejado de arreciar sobre esa representación social, sobre ese honor superior del sacerdote, para tirarlo del alto pedestal, en que la consagración de Dios, el ministerio de la Iglesia y la caridad y veneración del pueblo cristiano, lo colocaron, y ponerlo al nivel de cualquier *funcionario* o *empleado*... Sacerdotes, hermanos míos, sabed que cada vez que vestís de *hombre*, habláis como *hombre*, aspiráis y ambicionáis como *hombre*, miráis a vuestros hermanos y a vuestros superiores como *hombre* y os conducís en la sociedad como *hombre* y no como *sacerdote*, la revolución secularizadora se apunta un triunfo y el espíritu cristiano una derrota. No olvidéis que en *ser y vivir como sacerdote* está todo vuestro honor, vuestra fuerza y la fecundidad de la misión que Dios y la Iglesia os han confiado... ¡Hay que hacer sacerdotes! Y sacerdotes de tal espíritu que *uno* valga por *diez*. Sacerdotes que vayan sin vacilaciones a esos pueblos que no tienen fe ni culto para Jesucristo, ni pan, ni cariño ni respeto para sus sacerdotes. Dispuestos aun a ganarse la vida con el trabajo de sus manos, como san Pablo, y a no cejar mientras no vean llenas y rebosantes las casas del Señor y las almas de sus vecinos anegadas en paz y gracia de Dios. ¡Sacerdotes apóstoles! Son los que hacen falta y los *únicos* que pueden salvar a esos pueblos»¹⁵.

El Concilio Vaticano II ratificó, en su momento, este planteamiento y esta forma de encarnar y vivir el sacerdocio de Cristo, al explicar en el *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros*:

«El mismo Señor, con el fin de que los fieles formaran un solo cuerpo, en el que *no todos los miembros desempeñan la misma función* (Rom 12, 4), de entre los fieles instituyó a algunos por ministros, que en la sociedad de los creyentes poseyeran

¹⁵ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II: *Un sueño pastoral*, nn. 1942, 1944 y 1962, pp. 287–289 y 301.

la sagrada potestad del Orden para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados¹⁶, y desempeñan públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo... Por la unción del Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo Sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo Cabeza»¹⁷.

Y precisa más adelante este decreto conciliar:

«Los presbíteros conseguirán de manera propia la santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo... como ministros sagrados, señaladamente en el sacrificio de la Misa, los presbíteros representan a Cristo, que se ofreció a sí mismo como víctima por la santificación de los hombres»¹⁸.

Cada sacerdote, al celebrar la santa Misa, ejerce una doble representación. Representa a Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, y hace presente ante el altar a la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Don Manuel así lo entendió y así lo vivió en sus días:

«El sacerdote, por su ordenación sacerdotal, ejerce en el Altar una doble representación: la de Jesús, sacerdote sumo, de cuyo sacerdocio eterno participa, y la del pueblo cristiano, que es la Iglesia. Jesús, sacerdote sumo, es el principal oferente, pero *invisible*, de la santa Misa; la Iglesia o Cuerpo Místico de Jesús, es la principal oferente *visible* de la Misa; pero Jesús y la Iglesia ofrecen su Cuerpo físico inmoldado y su Cuerpo místico por medio del sacerdote.

Por razón de esa doble representación, el sacerdote habla y obra en su Misa unas veces como Jesús y otras como la Iglesia formada por santos y por pecadores.

Como representante de Jesús, consagra y ofrece el Cuerpo de Jesús con las mismas palabras de Él diciendo: "Éste es mi cuerpo" y no "Éste es el Cuerpo de Jesús".

Como representante de la Iglesia, ofrece al eterno Padre el Cuerpo Místico de Jesús, esto es, se ofrece a sí mismo y a todos los hombres unidos a él por la fe de su Bautismo y por la obediencia a la Iglesia»¹⁹.

Estos y otros comentarios sobre el sacerdocio, entitativamente considerado y operativamente vivido en el ministerio, llevaron a don Manuel a ser siempre y en todo sacerdote.

¹⁶ Cf. CONC. TRID., Ses. 23, c. I y can. I: DENZ. 957 y 961 (1764 y 1771).

¹⁷ PO 2.

¹⁸ PO 13.

¹⁹ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo III, *Arte y liturgia*, n. 5245, p. 850.

Su obsesión: sacerdote siempre y siempre víctima

«Víctima y sacerdote a la vez y como Él (como Jesús) *siempre sacerdote y siempre víctima*, y por tanto siempre haciendo bien y no esperando nunca nada en pago... He ahí toda la ocupación de la Iglesia y de la vida del sacerdote, de su inteligencia, de su corazón, de su sensibilidad, de sus manos, de sus pies, de sus sentidos, de sus días y de sus noches, de su influencia, de todo lo suyo...»²⁰.

Como sacerdote, instrumento pobre en manos de Dios, reconoce también él, como todos y cada uno de los fieles de su pueblo, que tiene que pedir perdón por sus faltas y pecados:

«Visto el sacerdote a la luz de esa múltiple y compleja representación, ya no extraña el lenguaje con que se expresa en la gran función de su sacerdocio, que es su Misa; lenguaje en el que alterna la palabra del imperio omnipotente, *a lo Dios*, con la palabra y el gesto de súplica, *a lo mendigo*, y de contrición humillada, *a lo pecador* más rebajado y encenagado.

Por mi parte os aseguro que a veces me siento conmovido en mi Misa cuando oigo mi palabra de Jesús diciendo: "Éste es mi Cuerpo" entre estas dos: "Te ofrezco, Padre Santo, esta inmaculada Hostia por los *innumerables pecados, ofensas y negligencias mías*"; que digo en el Ofertorio; y "líbrame por este sacrosanto Cuerpo y Sangre de todas las *iniquidades mías* y de todos los males", que rezo momentos antes de comulgar a Jesús.

Y ¡cuántas, cuántas veces en el decurso de su Misa el recuerdo de los pecados propios y del pueblo cristiano asalta la memoria del sacerdote, y la pena de haberlos cometido entristece y aflige su corazón y humilla su acento y su postura!»²¹.

En pocas palabras, llevadas frecuentemente a la oración, don Manuel condensa así este anhelo y esta aspiración:

«Corazón de Jesús, que el gozo sobre todo gozo de mi vida, capaz de endulzar todas mis amarguras y hacer llevaderas y hasta alegres todas mis cruces, sea esto sólo: Pensar y saborear que ¡soy sacerdote!»²².

Tres pinceladas nuevas que, a mi juicio, redondean el retrato sacerdotal que aparece ante nuestros ojos, en la figura de don Manuel:

²⁰ *Ibidem*, nn. 2318–2319, p. 521.

²¹ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo III, *Arte y liturgia*, n. 5247, p. 851.

²² *Ibidem*, *El Rosario sacerdotal*, n. 2426, p. 581.

Sacerdote, obediente a su Prelado

Ordenado sacerdote, el 21 de septiembre de 1901 por el Beato don Marcelo Spínola y Maestra, Cardenal Arzobispo de Sevilla, don Manuel se puso a su disposición. Y fue nombrado capellán del Asilo de las Hermanitas de los Pobres en Sevilla. Años más tarde, el propio Cardenal Spínola le propuso su traslado a Huelva como arcipreste. Por tratarse de un campo apostólico difícil y comprometido, con mucha prudencia el Cardenal Spínola se limitó a preguntarle si quería ir. Respuesta de don Manuel, nada dubitativa: «Yo voy volando a donde me mande mi Prelado».

Por pura obediencia, don Manuel inició su paciente siembra en Huelva, trabajó cuanto pudo y palpó hasta cosechar abundantes logros apostólicos en aquella ciudad descristianizada. Basta leer sus libros para convencerse de ello. De esos años es *Lo que puede un cura hoy*, cuyo subtítulo reza: *¿A qué trabajar tanto, si se consigue tan poco?*²³.

Sacerdote: «telegrafista» divino

Con el modo tan peculiar y tan propio, don Manuel aporta un dato nuevo, quizá inédito, para entender al sacerdote. Es una manera original de acercar a todos el concepto, la realidad, la vivencia del sacerdocio:

«El Corazón de Jesús, en lo alto del Calvario, ¿no es una gran estación telegráfica que, sin hilos de ninguna clase, envía sus ondas de amor y de luz, no sólo a través del espacio, sino del tiempo?... ¿Y qué otra cosa son los sacerdotes, sino los telegrafistas de este Telégrafo divino?»²⁴.

Sacerdote, apóstol de la caridad

Abrazado a su amor al Señor, toda la vida sacerdotal de este apóstol tan alegre como incansable fue un constante amor a los demás, volcándose en su servicio espiritual y humano. Vivió las obras de misericordia espirituales y corporales, montó escuelas, acudió a solucionar las necesidades del prójimo, por ejemplo riadas, catástrofes, montaje de comedores para necesitados, visita a enfermos, encarcelados; él mismo salía a pedir para los pobres, él esperaba personalmente a los heridos que llegaban desde Melilla en los barcos. Y así hasta su última predicación a los presos en la cárcel de Palencia en la fiesta de la Virgen de la Merced del año 1939, meses antes de su tránsito.

Escribió incansablemente para combatir la ignorancia, se preocupó de lle-

²³ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, nn. 1610–1911, pp. 5–257.

²⁴ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *Lo que puede un cura hoy*, n. 1897, p. 246.

var consuelo a los afligidos e indefensos, fundó escuelas, visitaba enfermos y, sobre todo, acompañó a los encarcelados y recibió prófugos, tanto en Huelva como en Palencia, durante el período de la guerra. Los monjes de San Isidro de Dueñas, la abadía del Hermano Rafael, saben muy bien cómo se preocupó de los sacerdotes vascos que allí pasaron algún tiempo...

«El tesoro de un Obispo –según don Manuel– son sus pobres, y el cuidado de ellos, su negocio preferente. El Padre celestial se los ha confiado»²⁵. Hasta poder suspirar un día: «Me gustaría morir o a la puerta de un Sagrario o junto a la puerta de un pobre»²⁶.

2. Don Manuel, sacerdote en plenitud: Obispo

Obispo, ante todo, de la Eucaristía

Don Manuel, arcipreste de Huelva, fue preconizado Obispo titular de Olimpo y auxiliar de Málaga por el Papa Benedicto XV el 6 de diciembre de 1915. Su consagración episcopal tuvo lugar el 16 de enero de 1916, por la imposición de manos del Cardenal Almaraz, en la catedral de Sevilla. Escogió don Manuel esa fecha por cumplirse en ella el segundo aniversario de la muerte de su santa madre y por ser el onomástico del difunto Cardenal, don Marcelo Spínola. Éste le había ordenado sacerdote y le tenía veneración, afecto y casi devoción.

«¿Jesús se ha hecho en el Sagrario *Evangelio vivo*? ¿Se reproducen en su vida eucarística las enseñanzas y los milagros de su vida mortal? Pues ved aquí la que queremos que sea *primera* ocupación de nuestro ministerio: *predicar el Evangelio de la Eucaristía* y predicarlo no sólo con la lengua, sino con la pluma, el ejemplo y de todos los modos que pueda ser predicado»²⁷.

«Negaría mi historia de sacerdote y de Obispo del Corazón Eucarístico de Jesús, cerraría los ojos a la evidencia, si... yo no colocara como el más eficaz en sus resultados... el *apostolado por medio de la Eucaristía*»²⁸.

Con una doble partitura, precisa el P. Tomás Álvarez, carmelita descalzo y quizá el mejor teresianista, vivió don Manuel los años de su servicio episcopal, la mitad de su vida:

²⁵ OC, Tomo III, *Artes para ser apóstol*, n. 4831, p.544.

²⁶ M. DOLORES DÍAZ, *Libro de Declaraciones*, Huelva, p. 62.

²⁷ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo III, *Artes para ser apóstol*, n. 4813, p. 529.

²⁸ *Ibidem*, n. 4790, p. 517.

«Primero, Obispo de la Iglesia de Málaga, *esposa* de la que se vio desgarradamente despojado y a la que siguió fiel toda su vida. Luego, Obispo de Palencia, remanso de paz y de consumación. *Málaga* era una Diócesis con historia gloriosa y dramática... Menos azarosa, pero no menos intensa, su jornada de *Palencia*. Fueron cinco años de soleada paz interior, enmarcados en el horror de la guerra civil y en la penuria de la posguerra»²⁹.

Tanto en Sevilla y en Huelva, siendo sacerdote, como después en Málaga y Palencia, ya Obispo, «una línea pastoral, siempre la misma, recta como su trayectoria personal, bien orientada y fecunda, marcó el buen hacer de este Pastor. He aquí su declaración de principios:

«La *práctica pastoral* se estudia oficialmente en un curso de teología. El *espíritu pastoral* se inculca y se vive en todos los años. El *gran principio pastoral*, a saber: que el mejor, más hábil, más fecundo, más querido y más útil pastor, será *el que más y mejor ame a las almas por Dios*. Puede trocarse la palabra de san Agustín: *Ama a Dios y haz lo que quieras*, en esta otra: *ama a las almas y haz lo que quieras*. A san Pedro no se da el supremo Pastorado sino después de la triple profesión de amor más que los demás»³⁰.

Dios, el cura y las almas son tres agentes que han de conjuntar generosidad y esfuerzo. Dios es el dueño de la sementera; las almas, su arada. El sacerdote, el labrador, el pastor, el pescador:

«*Pescador, pastor, sembrador de almas*, eso es el cura por voluntad de su divino Maestro. Y el pescador *tiene que trabajar* en preparar sus redes, su cebo y su barquichuelo; en surcar las aguas a fuerza de remo y de vela; echar sus redes y esperar a veces noches enteras, y cuando los peces caigan, cargar con ellos y prepararlos para la venta, es decir, *tiene que hacerlo él todo menos el que caigan los peces*.

El pastor (*el buen pastor*) *tiene que trabajar* en buscar buenos pastos, en vigilar su ganado, ahuyentar los lobos y en correr a veces en busca de la oveja perdida.

El sembrador (*arrojó la semilla*) también *tiene que trabajar* en preparar su tierra, escoger su semilla, arrojársela al surco, defenderla contra las aves del cielo y las malas hierbas, y cuando crezca, recoger el fruto y guardarlo en sus graneros.

²⁹ T. ÁLVAREZ, «Introducción» a *Don Manuel González, Obras completas*, Burgos 1998, p. 21*.

³⁰ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *Un sueño pastoral*, n. 2236, pp. 470-471.

Pues ése es precisamente el trabajo del cura»³¹, que va siempre delante, abriendo camino: «El pastor debe ir delante de sus ovejas, sobre todo en las horas de peligro y del más duro camino, y porque no quiero que falte a vuestros deseos y empeños el estímulo de mi ejemplo, aquí me tenéis confiado en Aquél en quien lo puede todo, dispuesto a poner de mi parte, cuéstemelo que me cueste, duélame lo que me duela, sin detenerme ni descansar mientras a mi alma le quede un aliento y a mi caja una peseta o a mi persona una cosa que la valga»³².

Movido por un celo pastoral exquisito, celo de pastor en cruz. Es:

«el amor, que la piedad encendió y alimentó, que explota y que esparce los conocimientos, y amores y atracciones e invitaciones y lealtades de Jesús y de su Iglesia que se guardaban dentro...Celo que es floración, incendio, inundación y contagio santo, que, como el del Corazón de Jesús que lo despierta y agita, tiene un punto de partida, el olvido de sí propio y otro de llegada, el buscar almas para Él; celo de pastor bueno que deja las noventa y nueve ovejas seguras y los intereses y medros y comodidades propios para buscar la que hace ciento que se fue y extravió; celo que no pregunta cuánto ha de ganar más, sino cómo se ha de dar más, ni se inquieta por la suerte propia, sino por la desgracia de los demás, ni espera a que vengan, sino que va, siempre va... Celo de pastor en cruz que sólo dice ¡basta! cuando entrega la propia vida por sus ovejas»³³.

Empeñado siempre en una tarea noble y elevada, que es ocupación de cada día y que no espera recompensa humana:

«Desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana, en público y en privado, en el interior de su Iglesia y en medio de las plazas, de sus manos, de sus pies, de su boca, de su corazón y de su cabeza: *Hacer el bien sin esperar nada*. Hacer todo el bien que le permitan sus fuerzas naturales y sobrenaturales, sin esperar nada en recompensa de los beneficios por su acción. ¿No es esto lo que cada segundo del día hace con cada alma el *Pastor callado* del Sagrario?»^{34,35}.

Los Obispos, según el Concilio Vaticano II

«Los Obispos, en cuanto sucesores de los Apóstoles, reciben del Señor, a quien

³¹ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *Lo que puede un cura hoy*, n. 1653, p. 37.

³² D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *Un sueño pastoral*, n. 1985, pp. 316–317.

³³ *Ibidem*, n. 2316, p. 520.

³⁴ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo III, *Arte y liturgia*, n. 5213, p. 827.

³⁵ Cf. R. PALMERO RAMOS, «Don Manuel González García. Obispo de Palencia (1935–1940)», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses* 72 (2001) 182–184.

ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra, la misión de enseñar a todas las gentes y de predicar el Evangelio a toda criatura, a fin de que todos los hombres consigan la salvación por medio de la fe, del bautismo y del cumplimiento de los mandamientos... Entre los principales oficios religiosos de los Obispos destaca la predicación del Evangelio...»³⁶.

El ministerio episcopal del Obispo es descrito, certeramente y con precisión, por don Manuel como vaciamiento total de sí mismo para llenarse enteramente de Jesucristo y actuar en consecuencia:

«El Sagrario de un Obispo es: 1º El *Altar de su Sacrificio diario*. Es decir, el *Calvario* en donde cada mañana se pone en cruz y muere a sí mismo con Jesucristo también en cruz y el *Sepulcro* desde donde resucita con la vida divina que Cristo resucitado le ganó y sacramentado le aplica...; y ¿quién como el Obispo necesita practicar el *muero cada día* y el *mi vida es Cristo* de san Pablo? Oblata del pan y vino de la Misa del Obispo, con vuestra *transubstanciación* en el Cuerpo y Sangre de Cristo, ¡qué bien predicáis al Obispo el deber esencial, la ocupación única, la razón del ser y del poder de su episcopado, a saber, *vaciararse totalmente de sí y llenarse enteramente de Jesucristo!*»³⁷.

Un Obispo para el siglo XXI

El Papa Juan Pablo II, marcó después del Concilio algunos trazos sobre la identidad del Obispo de hoy. Lo hizo en el primer Sínodo de Obispos del tercer milenio (30 septiembre–27 octubre, 2001), dedicado a *El Obispo, servidor del Evangelio para la esperanza del mundo*.

En la mente del Papa, ¿no estaría la figura de don Manuel González, beatificado por él el 29 de abril de 2001?

«Quiero ser pastor –confesaba don Manuel–, no mercenario, ni lobo, ni ladrón. Pastor bueno, hazme buen Pastor»³⁸.

Reveladora es la semblanza escrita que la sobrina, María de la Concepción González, hace de su tío Obispo:

«Centró su vida en su verdadero centro, en Jesucristo, y en lo más *céntrico* de Jesucristo, que es su Corazón, y como Él está viviente en la Eucaristía, en Ella lo encontró y de Ella y para Ella vivió.

³⁶ LG 24–25.

³⁷ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo III, *Arte y liturgia*, n. 5198, p. 814.

³⁸ *Diario íntimo*, abril 1934.

¿Hasta qué punto eran naturales en él la sonrisa, la afabilidad, la paciencia, la alegría, la buena cara...? Algunos creían al verlo con cara siempre de satisfacción, y además como era grueso, que era lo que vulgarmente llamamos pastorón, bonachón, flemático, pesado en sus movimientos, etc., de esos temperamentos que por nada se alteran. Nada de eso; sí es verdad que era su carácter alegre y jovial, que le gustaba reírse y alegrar a otros, pero esto no era *solamente natural* en él, sino muy sobrenatural también; a costa de muchos y grandes vencimientos tenía que mantener su sonrisa y su buena cara; en sus últimos tiempos, cuando andaba fuera de su Diócesis y estaba tan tentado de tristeza y con tantos motivos, hacía esfuerzos heroicos por no perder su alegría, se la pedía al Señor: "Corazón de mi Jesús, dame luz, fortaleza y alegría", era su jaculatoria de aquellos tiempos. En un viaje a Roma le tomó mucha devoción a San Gabriel de la Dolorosa, como abogado de la alegría, y a él se encomendaba todos los días y llevaba su reliquia para que se la concediera. Es más, aparte de esas causas externas de su persecución y demás, él, por carácter, también si se hubiera dejado llevar de sus sentimientos, hubiera sido muy propenso a la tristeza (quizá por ser tan sensible) ya física ya moral, y quizás a la depresión. Yo no entiendo ni sé clasificar los temperamentos y caracteres, pero diría que el suyo era nervioso, en buen sentido, no como vulgarmente se dice; alguna vez le oí decir que era "ultrasensible", por eso sufría mucho por todo y por todos, sin que se le notara egoísmo. Los sufrimientos le afectaban no sólo moral o espiritualmente, sino también físicamente. Por eso creo que en lo que sufrió con su salida de Málaga y todo lo que alrededor de esto padeció y lo que sufrió en Málaga durante su pontificado, por muchas causas, contribuyó a quebrantar su salud y acabar tan pronto su vida. A un sacerdote de Málaga, le dijo a poco de estar allí: "En seis días que llevo en Málaga, he sufrido más que en todos los días de mi vida". Y, ¡hay que ver lo que también había sufrido en Huelva! Su vida era una constante reacción contra esa tendencia que parece una antinomia, pues por otra parte era alegre... Una psicología especial y digna de estudio. Por eso, su alegría era mayormente sobrenatural»³⁹.

3. Don Manuel, maestro de sacerdotes

Maestro y formador de sacerdotes

Según el *Diccionario de la Lengua Española*, maestro es «el que enseña una ciencia, arte u oficio, o tiene título para hacerlo. También el que es práctico en una materia».

Don Manuel fue maestro, porque conoció y supo enseñar el camino que conduce a la Eucaristía. Camino que él recorrió y que quiso que lo frecuentaran otros, el camino del Sagrario abandonado, de la Eucaristía abandonada. Fue

³⁹ *Positio*, p. 96 ss.

maestro en su vida como sacerdote y, más tarde, como Obispo. Y supo ser maestro, sobre todo, de los sacerdotes. Les enseñó, les mostró pautas, les abrió horizontes, los impulsó a vivir su sacerdocio a tope y con todas las consecuencias.

«Le preocupaba sobremanera la formación del clero. Por eso pensó, desde el primer momento de su episcopado, en el nuevo seminario (de Málaga). Y lo levantó. Pero lo que absorbía la atención no era el edificio, sino el alma, el espíritu, la atmósfera del seminario. Era instrumento para un fin: el modelar desde los primeros estudios hasta la ordenación, el alma, el cuerpo y el corazón de los nuevos sacerdotes»⁴⁰.

«No olvidéis –llegó a decir un día–, que el seminario no es otra cosa que eso: un *semillero* en donde se siembra un niño y de donde sale un sacerdote. Y si no sembráis, ¿qué vais a sacar? Y si sembráis semilla enfermiza de cuerpo y con torcidas y perversas inclinaciones en el alma, ¿qué sacerdotes vais a sacar?»⁴¹.

Hondamente preocupado en su momento, como lo estamos nosotros en el nuestro, por la escasez de vocaciones, problema acuciante entonces y hoy, don Manuel apunta al buen ejemplo de los sacerdotes como solución a dicha crisis:

«Un clero digno es el mejor y más eficaz poblador de un seminario. Un clero aseglarado y olvidado de su dignidad, está condenado por Dios, por la lógica y por el sentido moral, a la esterilidad más afrentosa... He aquí los proveedores naturales e insustituibles de las semillas que ha de cultivar el seminario. La familia cristiana, como fruto maduro que se abre, *produciendo* la semilla, el clero digno recogiénndola con cuidado, dándole los primeros cultivos y trasplantándola al *surco grande*, que es el seminario»⁴².

Actualísima su mención a la familia cristiana –recordemos las alentadoras palabras del papa Benedicto XVI, en Valencia, durante el V Encuentro Mundial de las Familias–. Llamadas a ser fecundas en lo que toca a las vocaciones consagradas, en ocasiones encontramos «familias cristianas» que se cierran a ese don de Dios. Lo advertía con realismo don Manuel:

«¿Cómo van a dar esas familias lo que no tienen? ¿Cómo van a sentir el noble deseo de ofrecer a Dios un hijo...? ¡Un hijo cura! ¡Qué sarcasmo, qué mal gusto, qué desgracia, qué disparate! ¡Antes muerto!»⁴³.

⁴⁰ J.L. GUTIÉRREZ GARCÍA, *Una vida para la Eucaristía*, ed. El Granito de Arena, Madrid 1989, p. 247.

⁴¹ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *Un sueño pastoral*, n. 1982, p. 315.

⁴² *Ibidem*, nn. 1974–1975, pp. 310–311.

⁴³ *Ibidem*, nn. 1939–1940, pp. 285–286.

Es, por tanto, precioso y necesario el testimonio sincero y coherente de cada sacerdote:

«He aquí nuestra parte, amadísimos sacerdotes, colaboradores en el santo ministerio, he aquí nuestro encargo para todos los tiempos: Llevar y dar a los fieles a Jesús, vestido con la doble vestidura con que ha querido quedarse entre nosotros: vestido de hojas de Evangelio y de accidentes sacramentales. Evangelio vivido en el Sagrario. Sagrario iluminado y revelado por el Evangelio ¿El modo más eficaz? Vivir nosotros el Evangelio tan *fielmente, tan evidentemente*, que con sólo vernos los fieles, vean, sientan y entiendan a Jesús Sacramentado»⁴⁴.

«El sacerdocio no es profesión –afirma José Luis Gutiérrez García, seglar cualificado–. Es misión. Requiere la entrega total, la plena dedicación al ministerio o servicio de las almas. No es un camino profano. Su campo es el de lo sagrado y su secreto el de la locura de la cruz»⁴⁵.

Con sencillas palabras, sintetiza don Manuel: «El sacerdote no es un sucesor de Jesús, es su ministro. Con Él y por Él ofrece y se ofrece»⁴⁶. Y en otro momento, en 1935, siendo ya Obispo de Palencia: «Ése es el apóstol: el hombre que sabe y se sabe a Jesucristo, y no cuenta con sitio, ni tiempo, ni ganas para saber más»⁴⁷.

Sacerdotes dignos, siempre y en todo

El sacerdote «podrá no ser un orador elocuente, ni un escritor brillante, ni una inteligencia de primer orden, ni un prodigio de cosas extraordinarias. No importa. Le bastará que viva y se presente a su pueblo como cumple a un sacerdote. Manso y afable en el trato. Respetuoso con los de arriba sin vilezas. Asequible a los de abajo sin encanallamiento. Siempre hallado cuando se le busque en su Iglesia, en la cabecera de sus enfermos... En suma, *hecho todo para todos*, para ganar a todos para Jesucristo. Éste es el secreto, y si me lo dejáis decir, el *gran secreto* de las atracciones al sacerdocio»⁴⁸.

«¿Cuánto debe gozar el corazón del sacerdote en vivir sólo para dar a Jesús y darse con Él a las almas! Por la consagración sacerdotal el sacerdote ha dejado

⁴⁴ *El Obispo de Olímpe, Málaga (Beato Manuel González)*, «El Granito de Arena», 20/2/1920, pp. 108–109.

⁴⁵ J.L. GUTIÉRREZ GARCÍA, *ob.cit.*, p. 248.

⁴⁶ *El Granito de Arena*, 20 de noviembre de 1939.

⁴⁷ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo I, *Así ama Él*, n. 268, p. 259.

⁴⁸ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *Un sueño pastoral*, n. 1972, p. 309.

místicamente de ser un hombre para empezar a ser un Jesús. Una especie de transubstanciación se ha operado en él: las apariencias son del hombre, la substancia es de Jesús. Tiene lengua, ojos, manos, pies, corazón como los demás hombres; pero, desde que ha sido consagrado, todos esos órganos e instrumentos no son del hombre, sino de Jesús»⁴⁹.

Consejos prácticos a los sacerdotes

En un escrito que tituló *Consejos a los sacerdotes*, don Manuel enfatizaba:

«¡Sacerdotes, sed cada vez más sacerdotes!

1º. En vuestro *corazón*, sumergiéndolo muchas veces al día en el fuego del Sagrario, dejándolo arder y comer por el fuego de la *oración* cada vez más confiada y filial y por el celo creciente e ingenioso.

2º. En vuestra *cabeza*, apoyándola cada vez más fuertemente en la fe viva en la Hostia de nuestra Misa y de nuestro Sagrario, en el Evangelio eterno de Jesús y en la Iglesia inmortal e indefectible de Jesús.

3º. En vuestra *lengua*, moviéndola cada día más y por medios adaptados a las necesidades de cada día, para predicar, perdonar, atraer, defender, confesar, alentar y confundir en nombre y por la gracia del Corazón de Jesús.

4º. En vuestras *manos*, abriéndolas cada vez más para llamar a los que se van, abrazar a los que vuelven, socorrer de vuestra pobreza a los mismos que quemaron vuestras casas y os dejaron en la miseria.

5º. Y, en todo vuestro *exterior e interior*, sonando cada día más a *eco de Evangelio y oliendo más a Hostia consagrada*»⁵⁰.

Mas no sólo consejos, ahí está su ejemplo, el de un Pastor que se desvivía por sus sacerdotes y, con ellos, por los fieles a ellos encomendados:

«Todo se le iba de las manos cuando se hallaba ante alguna necesidad –declara un testigo en su Proceso de Beatificación–, y no tiene escrúpulos en salir él mismo para ir de casa en casa pidiendo limosna para los accidentados en el incendio de la Aduana, los que quedaban sin hogar por las riadas o sin trabajo a causa de las huelgas. Con suma delicadeza atendía también a los sacerdotes necesitados.

Cuando recibía dinero, decía que le quemaba en las manos si no lo entregaba a sus sacerdotes necesitados.

⁴⁹ *Ibidem*, *El Rosario sacerdotal*, n. 2448, p. 593.

⁵⁰ *Consejos a los sacerdotes*, «El Granito de Arena», 20 de julio de 1931.

Los años que vivió desterrado de Málaga, todos los meses devolvía su asignación como Obispo, para que fuese repartida entre sus sacerdotes pobres»⁵¹.

No menos elocuente fue el testimonio de su paciencia y afabilidad en el trato con los demás y en momentos de intimidad con el Señor:

«Lo veíamos trabajar constantemente por mantener (la paciencia), a costa de vencerse, esforzarse en poner buena cara cuando algo le molestaba o cuando tenía un dolor (algo como santa Teresita). La igualdad de carácter y la buena cara habitual que tanto recomendaba, la vivió él a la perfección.

La paciencia también le costaba mucho vencimiento; algunas veces lo hemos visto volver de la audiencia, cuando se sentaba a la mesa, que tenía las manos con las uñas señaladas de habérselas estado clavando para aguantarse y vencerse en soportar una conversación y palabras molestas...

Como no era nada flemático, sino muy vivo, cuando tenía que soportar a personas que lo eran, se ardía por dentro, sentía ganas de impacientarse, él más bien tenía que contener su viveza natural; su obesidad no le impedía ser muy ligero en sus movimientos, andares, etc., menos en sus últimos años que su enfermedad no se lo permitía, y las personas pesadas le probaban la paciencia.

Y lo mismo puede decirse de su amor; se esforzaba por ser afectuoso y tierno con Jesús, porque su razón y su fe le decían que así tenía que ser, que así se lo merecía Él. No era un sentimental; era sí, un gran corazón, pero sabía de sequedades y de oscuridades y de luchas interiores; y mientras más sequedad, más se esforzaba en manifestar con afecto su amor al Corazón de Jesús y quizá de esos días serán sus jaculatorias más tiernas»⁵².

En síntesis: gozo de ser sacerdote de Cristo por María

«Que el gozo sobre todo gozo de mi vida, capaz de endulzar todas mis amarguras y hacer llevaderas y hasta alegres todas mis cruces, sea esto sólo: pensar y saborear que ¡soy sacerdote!»⁵³.

«Madre sacerdotal, consigue del Espíritu Santo que todos tus hijos los sacerdotes desalentados, vacilantes, perseguidos, despojados de sus bienes *sepan saborear su sacerdocio y contentarse con él*»⁵⁴.

⁵¹ *Positio*, p. 96–ss.

⁵² *Ibidem*

⁵³ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *El Rosario sacerdotal*, n. 2426, p. 581.

⁵⁴ *Ibidem*, n. 2591, p. 664.

Este gozo, gozo personal y gozo compartido, se hace palpable cuando el sacerdote celebra bien la Eucaristía. Son abundantes los testigos que manifiestan el amor con que don Manuel la celebraba. Qué buen ejemplo para los sacerdotes de su presbiterio, y para los de todos los tiempos y lugares:

«A la Misa se preparaba con exquisito cuidado diciendo a su capellán, cuando era Obispo, que le advirtiese sobre los defectos involuntarios que pudiese cometer en su celebración. La acción de gracias también era devota y a veces larga»⁵⁵.

«La Misa constituía su obsesión, considerándola como la ocupación más importante del día. Estaba inquieto hasta que no celebraba; celebraba con muchísima devoción, sobre todo se le notaba desde el *Sanctus* al *Pater noster* y comunión ese fervor. Esos momentos eran de la mayor intimidad con el Señor, y se le veía con tal recogimiento que a muchas personas les oí decir lo mismo. Su ideal era ser hostia de la patena de su Misa, y de esa manera vivir su Misa todo el día. Se preparaba con mucho esmero, con su rato de oración, con el rezo de los salmos, etc. Sentía sus enfermedades sólo por no perder la Misa. En los viajes buscaba muchas combinaciones para no omitir su Misa. En una ocasión se sintió enfermo en un viaje y pidió al Señor que le diera la enfermedad por trozos o etapas para no dejar su Misa»⁵⁶.

«Decía la santa Misa con tal devoción, y de un modo especial se le veía endiosado desde el Prefacio. Su Misa era siempre algo especial como si tocase o viese al Señor en las sagradas especies»⁵⁷.

«La Misa la decía –habla un seglar– con extraordinario fervor; lo sé por haberle ayudado muchas veces»⁵⁸.

«Dos veces tuve la dicha de oír su Misa –certifica una Esclava del Sagrado Corazón–. Una muy cerca, en un altar lateral de la Iglesia de los Paúles y pude observar atentamente todos sus movimientos; la decía con sumo fervor, sin nada que llamara la atención, pero recuerdo cómo miraba la sagrada Hostia acabada de consagrar, con una mirada tan tierna, tan candorosa que me impresionó; después lo comenté con él y me dijo: Es que *ya he perdido la fe* y veo a Jesucristo como es»⁵⁹.

⁵⁵ *Positio*, testimonio de su hermana María Antonia.

⁵⁶ *Ibidem*, testimonio de su sobrina María de la Concepción.

⁵⁷ *Ibidem*, testimonio de la Hna. María Concepción Gutiérrez, m.e.n.

⁵⁸ *Ibidem*, testimonio de Domingo Gómez Flery, seglar.

⁵⁹ *Ibidem*, testimonio de M. María del Rosario Dosal, religiosa esclava del Sagrado Corazón.

4. Su secreto: Sacerdocio y Eucaristía

- Su lema: no hay otra solución que ir al Sagrario.
- Su Seminario, molino, flor de harina: sacerdotes–hostias.
- Cada día quiero más a mis sacerdotes.
- Mis mejores ratos: las visitas al Santísimo y las conversaciones con los sacerdotes.

Sin sacerdocio no puede haber Eucaristía

«La Eucaristía es, si cabe decirlo así, *el Jesucristo nuestro* o en el estado en que más nos conviene, tan necesario a nuestra vida como el aire a los pulmones.

Y aquí es donde la figura del sacerdote adquiere proporciones más que gigantescas y su acción como tal sacerdote traspasa los límites de lo incomprensible y de lo inefable.

Jesucristo no ha querido hacerse Eucaristía, ni darse ni ofrecerse, ni reservarse, ni presentarse en la Eucaristía, sino por el sacerdote.

De modo que, si la sagrada Eucaristía es necesaria en la presente economía al hombre, el sacerdote, por un misterio y un milagro de dignación infinita, es necesario a la sagrada Eucaristía. Sin el uno no existe ni se da la otra»⁶⁰.

La Eucaristía para don Manuel: sacrificio, comunión y presencia permanente

El sello que marcó hondamente la vida de don Manuel y, en consecuencia, su personalidad, fue la Eucaristía, como ya se ha dicho. La Eucaristía dio razón y sentido a su vida. El término «Sagrario», tan utilizado en los escritos de don Manuel, pronto se hizo sinónimo de Eucaristía en su triple manifestación de: *Misa, Comunión y Presencia real*. Lo explica certeramente el P. Tomás Álvarez, citado en otro momento:

«Quizá al teólogo del postconcilio le resulte endeble esa preferencia de don Manuel por la Real Presencia, aparentemente primando sobre el aspecto sacrificial de la Eucaristía, sin duda, dogmática y litúrgicamente más fundamental. Sólo me permito advertir que don Manuel funda y afirma su fe en la Real Presencia como prolongación y continuidad del acto sacrificial.

Y lo afirma especialmente por su coextensión con la normal vida cristiana, y por coherencia con la religiosidad popular de su tiempo, pero –notémoslo bien– don Manuel es igualmente un apóstol de la Misa. Basa en ella la espiritualidad sa-

⁶⁰ *Ibidem*, *Un sueño pastoral*, nn.2160–2161, p. 435.

cerdotal, y acerca de ella escribe más de un libro. Es interesante el opúsculo *Si viviéramos nuestras Misas*, inconcluso por haber sido truncada su redacción con la muerte del autor. O el exquisito *Mi comunión de María – Hostia por hostia* (con seis ediciones en vida del autor). Y no menos interesante el titulado *Arte y liturgia*⁶¹.

Cuanto tocaba don Manuel, lo «eucaristizaba»

«Este seminarista, sacerdote, Obispo, vivió imantado por la Eucaristía. Toda su vida giró alrededor de la Misa. Se dejó *fascinar* por el Sacramento de la unidad. No supo ni quiso salir de su órbita eucarística. Cuanto tocaba, lo *eucaristizaba*, según expresión que a él mismo le gustaba utilizar»⁶².

«Fue inconmensurable su personalidad como Obispo, como fundador, como catequista, como escritor, como heraldo y misionero de la Eucaristía. De ahí arranca precisamente su título más glorioso: Apóstol de la Eucaristía.

Hablar de don Manuel González García, es hablar necesariamente de la Eucaristía y hablar del Evangelio: la Eucaristía profundamente entendida a través del Evangelio. El Evangelio plenamente vivido a través de la Eucaristía. Éste es el anverso y reverso de su medalla»⁶³.

Así quiso «definirse» don Manuel

«Yo no quiero ser el Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos. Yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado... A eso voy a Málaga y a dondequiera que me manden, a ser el Obispo de los consuelos para dos grandes desconsolados: el Sagrario y el pueblo. El Sagrario desolado porque se ha quedado sin pueblo, y el pueblo desolado porque se ha quedado sin Sagrario conocido, amado y frecuentado»⁶⁴.

Ofrecimiento e inmolación, por tanto, en un sacrificio que permanece en la tierra y sigue eternamente en el cielo:

⁶¹ T. ÁLVAREZ, «Don Manuel, el Obispo de la Eucaristía», en *Teología del Sacerdocio – Figuras sacerdotales en España en el siglo XX*, Facultad de Teología del Norte de España –sede en Burgos–, Instituto Juan de Ávila, XXV.

⁶² R. PALMERO RAMOS, *Beato Manuel González, apóstol de la Eucaristía*; conferencia en Toledo: 22 de mayo de 2001.

⁶³ R. PALMERO RAMOS, *Camino abierto, Tras las huellas de don Manuel González, Obispo de la Eucaristía*. Carta Pastoral de Adviento, Palencia 2000, 23.

⁶⁴ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo I, *Aunque todos, yo no*, nn. 120–121, pp. 120–121; cf. también «El Granito de Arena», 20 de diciembre de 1915.

«Una vez que Cristo fue inmolado y muerto en el Calvario, Jesucristo ya no muere; pero aunque glorioso e impasible, su sacrificio sigue eternamente en el cielo en donde como tal sacrificado está alabando al Padre y siendo sus delicias. Y la oblación real de ese Sacrificio se está repitiendo centenares de veces, cada segundo, en las santas Misas de la tierra.

Jesús sigue ofreciéndose a su Eterno Padre diciendo constantemente: "Recibe, ¡oh Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno esta hostia inmaculada...!". Es el eternamente inmolado.

Pues si yo me incorporo a un cuerpo sacrificado, si lo hago mío y Él me hace suyo, yo en justa lógica debo ser también un sacrificado con Él. Si en el Bautismo he sido incorporado a su Cuerpo, en cada Misa en que Jesús por ministerio del sacerdote ofrece su cuerpo físico y místico en sacrificio, yo como miembro de ese cuerpo místico, soy ofrecido y me ofrezco en sacrificio»⁶⁵.

La Misa del día entero⁶⁶ y toda la vida una Misa. Su sacrificio, su oblación y su alabanza:

«Como Jesucristo que es sacerdote y Hostia que ofrece y se ofrece por el ministerio visible del sacerdote, en cierto modo, yo lo ofrezco y me ofrezco con Él. Somos cristianos, como dice san Pedro, un sacerdocio real.

Se calcula que en cada segundo se dicen trescientas Misas; en esas trescientas Misas yo, sin darme cuenta, por el mero hecho de ser cristiano, estoy ofreciendo y ofreciéndome. Podemos decir que constantemente estamos diciendo Misa; ofreciéndonos como hostia de alabanza, de amor, de gracias, de propiciación y de impetración.

Mientras yo haga más mía mi Misa, más incorporado estoy al sacrificio del Jesús de mi sacrificio, yo, sacerdote que la digo, tú, fiel que la oyes o la encargas. Mientras yo más ponga de mí, más digo Misa; más todavía, no solamente estoy diciendo Misa, sino que yo soy Misa»⁶⁷.

Centro y culmen de la vida de don Manuel, la Eucaristía

El actual Arzobispo de Sevilla, Cardenal Carlos Amigo Vallejo, escribió en una Carta Pastoral, firmada en febrero de 2001, sobre don Manuel González, cura de la Iglesia de Sevilla. Se lee en ella:

⁶⁵ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo III, *¡Si viviéramos nuestras Misas!*, n. 5298, pp. 895–896.

⁶⁶ Título del libro de F. SOPEÑA, *La Misa del día entero*, Madrid 1953, 238 pp.

⁶⁷ *Ibidem*, n. 5299, p. 896.

«Fuente, centro y culmen de la vida de don Manuel fue la Eucaristía. Él será conocido como Apóstol de la Eucaristía. *No tengo más sitio que la patena en que me ofrezco y el ara en que me sacrifico con Él*, pudo decir en alguna ocasión. La Eucaristía que unía todas y cada una de sus acciones sacerdotales, evangelizadoras, que celebrar como memoria del Señor, adora fervientemente y que vive en cada uno de los momentos de su existencia»⁶⁸.

«¿*Reservo mi mayor prisa, la única prisa de mi vida sacerdotal para ofrecerme –se preguntaba el propio don Manuel– como oblata con el pan y el vino ofrecidos en mi Misa? O en otra forma: ¿doy a mis actos, planes, deseos y aspiraciones esta sola dirección, la patena de mi Misa? Si yo, como sacerdote, debo hacer mío el muero un poco cada día de san Pablo, muriéndome a mí mismo en la consagración de mi Misa, ¿me pongo yo y todo lo mío, lo bueno y lo malo, sobre la patena de mi Misa ofreciéndome gustoso a la muerte?*»⁶⁹.

«Si por la Misa que he dicho, mi carne y mi alma y mi actividad toda han sido ofrecidas en sacrificio con Jesús inmolado y, si por la Misa que voy a decir mañana mi carne, mi alma y mi actividad toda han de volver a ser *oblata y hostia* del sacrificio de Jesús, ¿me miro y me tengo más por *hostia del copón o de la patena* que por persona independiente que tiene el empleo de *ocupar media hora* diciendo Misa?»⁷⁰.

Apasionado por la Eucaristía.

Así define el Papa Juan Pablo II a don Manuel

En la Misa de su Beatificación, celebrada el 29 de abril de 2001, en la Plaza de san Pedro, respondía el Papa del *Totus tuus*:

«El pasaje evangélico, al presentarnos a Jesús que *se acerca, toma el pan y se lo da* (Jn 21, 13), nos señala cómo y cuándo podemos encontrarnos con Cristo resucitado: en la Eucaristía, donde Jesús está realmente presente bajo las especies de pan y de vino. Sería triste que esa presencia amorosa del Salvador, después de tanto tiempo, fuera aún desconocida para la humanidad. Esa fue la gran pasión del nuevo Beato Manuel González García, Obispo de Málaga y después de Palencia»⁷¹.

Y al día siguiente, en la Sala Pablo VI, el mismo Juan Pablo II dirigiéndose a los peregrinos de diversas naciones:

⁶⁸ C. AMIGO VALLEJO, *El Venerable (Beato) Manuel González, cura de la Iglesia de Sevilla*. Boletín Oficial del Arzobispado de Sevilla, febrero de 2001.

⁶⁹ D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras Completas*, Tomo II, *El Rosario Sacerdotal*, n. 2464, p. 600.

⁷⁰ *Ibidem*, n. 2466, p. 601.

⁷¹ JUAN PABLO II, Roma, 29 y 30 de abril de 2001.

«Saludo con afecto a los Obispos y peregrinos españoles que habéis participado con gozo en la beatificación de monseñor Manuel González García, conocido como *El Obispo de los Sagrarios abandonados*, fundador de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret y de diversas Obras para propagar la devoción eucarística, tan importante para la espiritualidad cristiana... Os aliento, pues, a todos a imitar al nuevo Beato en su trato asiduo con el Señor sacramentado, presentándole los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de la humanidad actual (cf. GS, 1)...»⁷².

Palabras preciosas y precisas, que autentican y sellan el verdadero rostro de un maestro, un amigo y un hermano, nuestro querido don Manuel.

3. CON EL ADVIENTO, UN NUEVO AÑO

*Retiro espiritual a los sacerdotes
Adviento 2011*

1. «Arraigados y edificados en Cristo... firmes en la fe» (cf. Col 2,7)

«Quiero que sepáis el duro combate que sostengo por vosotros y por los de Laodicea, y por todos los que no me conocen personalmente; para que se llenen de ánimo sus corazones y, estrechamente unidos en el amor mutuo, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y el perfecto conocimiento del misterio de Dios, que es Cristo. En él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Lo digo para que nadie os engañe con argumentos capciosos, pues aunque corporalmente estoy ausente, mi espíritu está con vosotros, alegrándome de veros en vuestro puesto, y firmes en vuestra fe en Cristo. Por tanto, ya que habéis aceptado a Cristo Jesús, el Señor, proceded unidos a él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe que os enseñaron y rebosando agradecimiento» (Col 2,1-7).

«Te doy poder para arrancar y arrasar, destruir y demoler, para reedificar y plantar» (Jer 1,10)

a. Arraigados –comentaba el Papa– evoca el árbol y las raíces que lo alimentan

- Jesús nos resumió en el Sermón del Monte, las consecuencias de estar bien arraigados en la fe y en el amor: «Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, todo árbol sano da frutos buenos, pero el árbol dañado da frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos

⁷² *Ibidem.*

buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, que por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,16–20).

- El autor del salmo 1 nos ofrece la clave para dar los buenos frutos que nacen de estar hondamente arraigados en Dios:

«Dichoso el hombre que medita día y noche la ley del Señor. Será como un árbol plantado al borde de la acequia. Da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas... y cuanto emprende tiene buen fin» (Sal,2–3).

b. Edificados se refiere a la construcción

- Jesús nos invitó a construir de modo consistente poniendo cimientos sólidos e inamovibles: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca» (Mt 7,24).
- Y San Pablo nos recuerda que no hay otro cimiento que el propio Cristo y que, sobre él tenemos que construir con proyecto y con lo mejor de lo que disponemos: «Conforme a la gracia que Dios me ha dado, yo, como hábil arquitecto, puse el cimiento, mientras que otro levanta el edificio. Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo. Y si uno construye sobre el cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, hierba, paja, la obra de cada cual quedará patente, la mostrará el día, porque se revelará con fuego. Y probará la calidad de la obra de cada cual» (1 Cor 3,10–13).

c. Firmes alude al crecimiento de la fuerza física o moral

- El Señor también pidió a los apóstoles que permanecieran firmes en la vocación recibida. Del mismo modo, nos lo pide a nosotros: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor» (Jn 15,9).
- Y oró para que pudiésemos permanecer en el amor y en la vocación recibidos: «Padre Santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado» (Jn 17,11).

2. «Arraigados y edificados en el amor» (Ef 3,17), divisa pastoral del Cardenal Malula

El Cardenal Malula, Arzobispo de Kinshasa (Congo), figura representativa de la Iglesia africana, reflexionaba en alta voz en 1979 sobre los 20 años de episcopado, teniendo a la vista el «arraigados y edificados en el amor» (Ef 3,17), su

divisa pastoral, para decir, impulsado por la caridad, consigo mismo y con los demás, lo que él ha vivido.

El texto al que hace referencia su divisa pastoral es Efesios 3,17: «Doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento» (Ef 3,14–19).

Reflexionando sobre este texto, expresaba su experiencia: «Soy consciente –decía– de la indignidad y la debilidad del hombre ante la eminente tarea pastoral que el Señor hace pesar sobre nuestras espaldas... tarea que ha de reavivar nuestro sentido de la responsabilidad ante Dios y ante los hombres»⁷³.

La experiencia del Cardenal Malula es una experiencia de todo pastor desde los tiempos apostólicos.

- San Pablo confesaba a los Corintios: «Encargados de este ministerio por la misericordia obtenida, no nos acobardamos, al contrario, hemos renunciado a la clandestinidad vergonzante [...]. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos de Jesús [...]. Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Cor 4,1–7).
- Y San Pedro (Jn 21,1–24) recibió el encargo de Pastor de todo el Pueblo de Dios, tras un diálogo sereno y sanador con el Señor sobre lo esencial del ministerio pastoral: el amor al Señor que se convierte en caridad pastoral, en amor al pueblo que Dios nos encomienda. Es bueno que, al comenzar este año litúrgico, dejemos que el Señor nos pregunte por la calidad de nuestro amor a Él: «¿Me amas? ¿Me amas más que los demás?». Para que nos haga conscientes de que el motor de nuestra nuestros trabajos pastorales es la caridad pastoral. Si realmente me amas, cada vez más, entonces, te ocuparás con dedicación de mi pueblo.

El Cardenal Malula desgrana su propósito en tres partes:

- El Obispo y su misión.
- El servicio del Obispo africano, hoy y mañana.
- Lo que los africanos esperan de sus Obispos.

⁷³ Card. JOSEPH-ALBERT MALULA, «El Obispo africano hoy y mañana», en Revista *Omnis Terra*–Pontificia Unión Misional (mayo 2011) 181–196.

3. Premisas para reflexionar juntos sobre el nuevo curso pastoral –ya iniciado– y el año nuevo litúrgico

1. El Adviento es el cimiento de la vida litúrgica y espiritual. De aquí deriva la importancia de este tiempo. De cómo lo vivamos, depende, en cierto modo, cómo viviremos el resto del año litúrgico.
2. Este año es uno más de los que hemos vivido... pero es, a la vez, un año único, cada año es distinto. Conviene que estemos atentos a la novedad que el Señor prepara para cada uno de nosotros en nuestra historia de salvación. Es la advertencia que hacía el profeta Isaías al pueblo de Dios en el destierro: «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43,18). El Adviento es el tiempo en que el Señor hace obras nuevas en nuestro interior, en nuestra vida de fe, en nuestro trabajo pastoral.
3. Este tiempo de preparación y Adviento, lo agradecemos a Dios, nuestro Padre.
4. Conscientes de que «servimos a los demás de tal modo que nos avergüence dominar y dominamos de modo que nos agrade servir»⁷⁴ (Undécimo consejo de San Agustín a los jóvenes). Es un estilo evangélico, nacido de la Cena del Señor, que se alimenta a diario en la celebración consciente de la Eucaristía: «Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,12–15).
5. Tratando de imitar la paciencia de Dios, sin ser descuidados en corregir, formándoles debidamente, rogando por ellos, utilizando todos los medios a nuestro alcance⁷⁵. Sin olvidar en ningún momento que «haga Dios lo que haga... es Padre, es benigno y es misericordioso».
6. Inculcando siempre que la justificación no es cosa nuestra, «de gracia habéis sido hechos salvos por la fe y esto no viene de vosotros; es don de Dios y no efecto de las obras» (Ef 2,8–9). «No... no es la gracia hija del mérito, sino el mérito, de la gracia»⁷⁶

⁷⁴ EDUARDO FORMENT, *¡A vosotros, jóvenes! San Agustín y Santo Tomás de Aquino os hablan hoy*, San Pablo 2011, p. 61

⁷⁵ S. AGUSTÍN, *Sermón* 113, 12.

⁷⁶ S. AGUSTÍN, *Sermón* 184, 3.

7. Con unas prioridades a la vista y con un orden en la vida. Prioridades, porque no podemos llegar a todos, ni podemos hacer todo a la vez. Prioridades que, cuando son compartidas, son bendecidas por Dios. Y, con un orden que nos garantiza la paz: conmigo mismo, con Dios, con el prójimo. Es decir, en paz, «el gran bien»⁷⁷.
8. Usando las correcciones como medio eficaz de ayuda. «¿Quién hay más piadoso –preguntaba San Agustín–, que un médico armado con el bisturí? Es cruel con la herida para sanar al hombre, porque, si a la herida se le guardan consideraciones, el hombre está perdido»⁷⁸.
9. Siendo –dice el Cardenal Malula– hombres libres de espíritu. «En efecto, Cristo nos ha liberado. Esta libertad de Cristo la entiendo también como el desprendimiento y el despliegue máximo de todas las energías que Dios ha donado al hombre para ponerlas al servicio de su comunidad eclesial y nacional –habla de los Obispos africanos, pero su posicionamiento es aplicable también a los sacerdotes– o su inteligencia, su voluntad, su afectividad, su cuerpo y su alma, todos su ser «arraigado y edificado en el amor de Cristo», se abre, ama sin cesar y tiende hacia lo que es bueno, bello, verdadero»⁷⁹
10. El Obispo es un hombre entre los hombres⁸⁰. También el presbítero: «"Todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios" (Heb 5,1). La carta a los Hebreos subraya claramente la "humanidad" del ministro de Dios: pues procede de los hombres y está al servicio de los hombres, imitando a Jesucristo "probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Heb 4,15). Dios llama siempre a sus sacerdotes desde determinados contextos humanos y eclesiales, que inevitablemente los caracterizan y a los cuales son enviados para el servicio del evangelio de Cristo»⁸¹.
11. Los Obispos africanos de hoy, afirma el Cardenal Malula, como fundadores de una Iglesia africana, que no deja de ser romana –es la misma– han de ser, dice:
 - Hombres fundamentalmente convertidos a Cristo. La conversión a Cristo es una conversión de la mente y del corazón, pero tam-

⁷⁷ S. AGUSTÍN, *Sermón* 357, 2.

⁷⁸ S. AGUSTÍN, *Sermón* 83, 8.

⁷⁹ Card. J. MALULA, «El Obispo africano...», p. 185.

⁸⁰ *Ibidem*, pp. 185–186.

⁸¹ PDV 5.

bién es una conversión pastoral. Así lo proponen los *lineamenta* del próximo sínodo de Obispos sobre la Nueva Evangelización (p. 25): «Es tiempo de que la propia Iglesia llame a las propias comunidades cristianas a una conversión pastoral, en sentido misionero, de sus acciones y de sus estructuras».

— Hombres apasionados por África. Benedicto XVI, en su reciente Carta *Porta Fidei*, 15, recuerda que «el mundo necesita hoy de manera especial el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera». Es una clara concreción del apasionamiento del apóstol y el pastor por la vida concreta de cada persona.

12. ¿Y nosotros, Obispo y sacerdotes de la vieja Europa, pregunto yo? También si queremos ser fieles: Uniendo la prudencia con el coraje y la audacia.

«El nuevo reglamento para el nombramiento de los Obispos introduce alguna precisión nueva en la lista de cualidades requeridas de un candidato al episcopado. Al lado de las virtudes y cualidades tradicionales relativas a su vida espiritual, sus conocimientos teológicos, el equilibrio de su carácter y la rectitud de su juicio, se indica también que debe considerarse también su sentido social, su aptitud al diálogo y a la colaboración, su comprensión de los signos de los tiempos y su preocupación por la imparcialidad. Esto vale para todos los candidatos al episcopado, de todos los tiempos y de todas las latitudes».

Pregunto: ¿si se buscan estas cualidades en los candidatos, no se espera que las tengan? Ellos y los demás sacerdotes.

«Para el ministerio episcopal actual sólo los mejores sacerdotes hijos del propio país son buenos. Nuestro clero debe saber que si se puede tener vocación para el sacerdocio, no se puede jamás, en el mismo sentido, tener vocación al episcopado. Si entre el clero, el episcopado se convierte en un objeto de codicia y competitividad, esto significa que se percibe ante todo como un honor y no como una carga. Es un signo evidente de la bajada de nivel no solamente en la vida espiritual, sino también en la vida intelectual. El episcopado es, efectivamente y ante todo, una carga que nos supera ampliamente. Convencidos de nuestra indignidad, debemos llevar a cabo esta labor con gran humildad. Por ejemplo, sería totalmente contrario a la verdad el creerse predestinado al episcopado porque se posee un título académico de tal o cual universidad. Si el diploma puede significar algo, no predestina de

ningún modo a nadie de forma automática al episcopado, pues el sentido de las responsabilidades, por ejemplo, que aparece como una cosa capital en un Obispo, y la competencia real no se aprueba más que con el trabajo, son dos cosas que no se han dado a nadie cuando se le concede un título académico».

13. Sentido de responsabilidad y amor por el bien pide este Cardenal Africano a los Obispos hoy.

- Sentido de responsabilidad. Una sola cosa es necesaria: el Reino de Dios, que no identifica totalmente con la Iglesia. «Vuestra parroquia, decía el Cardenal Mercier, será lo que vuestra santidad haga de ella».
- Soledad, que da profundidad a nuestra vida, nos ayuda a vivir la unión con Dios y la hace fecunda en frutos espirituales que permanecen.
- Soledad para ver, reflexionar, estudiar, rezar y sufrir con Cristo Crucificado. El Padre nos ha redimido por medio de Cristo muerto en la cruz. Si queremos ser suyos, con nuestra cruz a cuestas hemos de vivir y movernos. Si alguien quiere ser mi discípulo.... Amor por el bien, venga de donde venga.

14. Benedicto XVI, en *Porta Fidei*, habla en repetidas ocasiones de la necesidad de reflexionar sobre la fe. En un doble sentido: reflexión sobre los contenidos de la fe y sobre los procesos de la fe. Este trabajo puede ser el nuestro en este tiempo de Adviento, para abrir a nuestras comunidades el camino claro de la fe y ofrecer juntos a nuestra sociedad las puertas abiertas de la de la fe, como camino claro para la nueva evangelización.

4. En conclusión

Pastores del rebaño, no supercristianos, presentes en el rebaño. Hombres, con las miserias y debilidades propias de la condición humana. Organizadores de los sacramentos y de los bienes materiales, sí, pero siempre pastores, presentes en medio del pueblo. Cristianos auténticos, ejercitando y percibiendo, en todo, huellas de caridad evangélica. Tratando de tener, siempre y en todo los sentimientos de Cristo (Flp 2,5) hasta poder decir: «Vivo yo, pero ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20).

Este estilo del Pastor lo podemos ir interiorizando a lo largo de estos días de Adviento, mediante la meditación de estos tres textos bíblicos que inspiran nuestra espiritualidad de pastores en medio del pueblo de Dios:

- Ser pastores que ponen toda su persona en la búsqueda de las personas que forman su pueblo y que están atentos a las necesidades concretas de cada persona para darle la respuesta y la atención y el cuidado que necesita en este momento concreto. Pastores que convocan a un pueblo disperso y desorientado en tiempo de nubarrones: «Esto dice el Señor: «Yo mismo buscaré a mi rebaño y lo cuidaré. Como cuida un pastor de su grey dispersa, así cuidaré yo de mi rebaño y lo libraré, sacándolo de los lugares por donde se ha dispersado un día de oscuros nubarrones. Sacaré a mis ovejas de en medio de los pueblos, las reuniré de entre las naciones, las llevaré a su tierra y las apacentaré [...]. Buscaré la oveja perdida, recogeré a la descarriada; vendaré a las heridas; fortaleceré a la enferma; pero a la que está fuerte y robusta la guardaré: la apacentaré con justicia» (Ez 34, 11–16).
- Ser pastores como Jesús, el Buen Pastor, que conoce personalmente a sus ovejas, que reconoce su voz, y que da la vida por ellas: «El Buen Pastor da su vida por las ovejas [...]. Yo soy el Buen Pastor que conozco a mis ovejas y las mías me conocen» (Jn 10,11.14).
- Pastores que guían de buena gana, con gratuidad, y llegan a convertirse en forma del pueblo de Dios encomendado por el Señor: «A los presbíteros entre vosotros, yo presbítero con ellos, [...] os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él [...] de buena gana, como Dios quiere [...] con entrega generosa [...] convirtiéndoos en modelo del rebaño» (1 Pe 5,1–3).

Cada uno de nosotros somos en parte santos y en parte pecadores. Dejemos la proporción al juicio de Dios. Sin caer nunca en la rutina, la tibieza y la mediocridad.

4. LLAMADOS A CELEBRAR, ENSEÑAR Y SERVIR

*Ordenación de sacerdotes
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 7 de julio de 2007*

1. Heraldos de una buena noticia para los que sufren

Hoy es un día especial para los que se van a ordenar, y también para nuestra Iglesia Diocesana. Así es, en realidad. «Nacen» hoy para la Iglesia nuevos mensajeros cualificados de la Buena Nueva. Serán enviados a una misión grande; pero antes, el Señor que los ha llamado a dejarlo todo y a vivir en intimidad con Él, os va a regalar la fuerza del Espíritu Santo, para que podáis perdonar

pecados, hacerlo presente a Él entre los hermanos y, con sus sacramentos, formar, consolar, fortalecer y vendar corazones desgarrados.

Jesucristo es el Sumo Sacerdote de la nueva alianza. Él es el Ungido, el pregonero de la buena noticia, el liberador de esclavitudes, el consolador de los afligidos... Hoy, estos hermanos nuestros son llamados a configurarse para siempre con este Jesús, sacerdote único de la Nueva Alianza. Sacerdote, Víctima y Altar. Una configuración que no sólo afectará a vuestra actividad, sino también a lo más profundo de vuestro ser. Todos, por el bautismo, nos asemejamos a Cristo Jesús, el hombre nuevo. Pero, por este sacramento del Orden, vais a ser configurados de manera nueva con Jesucristo, Cabeza de la Iglesia y Pastor del Rebaño.

En el momento central de la plegaria de ordenación, pediremos confiadamente a Dios, nuestro Padre:

«Te pedimos, Padre todopoderoso,
que confieras a estos siervos tuyos
la dignidad del presbiterado;
renueva en sus corazones el espíritu de santidad;
reciban de ti el segundo grado
del ministerio sacerdotal
y sean, con su conducta, ejemplo de vida...»

- Recibiréis, por tanto, una dignidad: la del presbiterado, segundo grado del ministerio...
- Con un estilo propio: la santidad.
- Seréis pastores del pueblo, asumiendo una tarea primordial: ser ejemplo de vida para los demás hermanos y hermanas.

2. «Nosotros **no nos predicamos a nosotros mismos**, predicamos que Cristo es Señor, y nosotros siervos vuestros por Jesús... Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Co 4,5.7).

La llamada que estos jóvenes escucharon un día llegó a sus corazones y ha ido madurando con los años de formación en el Seminario y los meses últimos en las parroquias donde han estado como diáconos. Hoy, esta llamada se hace definitiva por la elección que la Iglesia hace de vosotros, a través del ministerio del Obispo.

¿A qué os llama el Señor Jesús? Meditad conmigo vosotros, vuestros familiares y vuestros amigos.

- A celebrar la Eucaristía en favor de todo el pueblo sacerdotal. Ofrecidla con devoción y haced lo posible para que dicha celebración sea diaria. Aunque, en alguna ocasión, no pudieran participar los fieles.
- A perdonar los pecados en el sacramento de la penitencia, dispensado únicamente como pide nuestra Madre, la Iglesia.
- A orar sin interrupción, cumpliendo con toda fidelidad con el deber solemne que adquiristeis en el diaconado de recitar la Liturgia de las Horas, como oración pública, en favor de toda la Iglesia.
- A dispensar los demás sacramentos que vuestra condición de presbíteros os va a pedir.
- A ser padres y hermanos para los hermanos y hermanas que os sean encomendados. Sin acepción alguna de personas. Con predilección para los más pobres y necesitados.
- En una palabra: a desempeñar los ministerios que la Iglesia os pida para mayor gloria de Dios y bien de los hombres, a lo largo de vuestra vida.

Ministerium communitatis. «Por el sufrimiento y en obediencia perfecta, precisa un comentarista, Cristo ejerció su mediación sacerdotal entre el Padre y nosotros durante su existencia». No será, por tanto, el discípulo superior al Maestro.

3. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando... No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure» (Jn 15,13.16).

Como elegidos de Dios para ser imagen de su Hijo, los sacerdotes hemos de permanecer siempre en amor de caridad, distinto, en san Juan, del amor de amistad. Los amigos se eligen mutuamente. Jesús, más grande que nosotros, nos llama, explica el P. Manuel Iglesias, amigos suyos, nunca se llama a sí mismo amigo nuestro... Con amor unido siempre a la fe. Sólo así el fruto de nuestro trabajo será duradero. Releed y medita la encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*.

Resumo, con palabras del Siervo de Dios Juan Pablo II, en su exhortación *Ecclesia in Europa*, el programa que os espera y que tratamos de vivir sacerdotes y Obispos:

«En virtud de su ministerio, los sacerdotes están llamados a celebrar, enseñar y servir de modo especial el Evangelio de la esperanza. Por el sacramento del Or-

den, que los configura a Cristo Cabeza y Pastor, los Obispos y sacerdotes tienen que conformar toda su vida y su acción con Jesús; por la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la guía de la comunidad cristiana, hacen presente el misterio de Cristo y, por el ejercicio de su ministerio, están "llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado" (PDV 15).

Estando "en" el mundo, pero sin ser "del" mundo (cf. Jn 17,15-16), en la actual situación cultural y espiritual del Continente europeo, se les pide que sean signo de contradicción y esperanza para una sociedad aquejada de horizontalismo y necesitada de abrirse al Transcendente»⁸².

En otro momento, enero de 2002, el mismo Juan Pablo II advertía y recomendaba:

«Conscientes de vuestra misión, tended a la santidad y difundid por doquier el amor de Cristo. Sed también fieles a la Iglesia y trabajad en ella siempre en comunión con vuestros Obispos.

En efecto, el sacerdote no es hombre de iniciativas aisladas e independientes; es el ministro del Evangelio en nombre de la Iglesia. Toda su obra apostólica parte de la Iglesia y vuelve a la Iglesia.

Si a veces esta misión puede pareceros difícil, ¡no temáis!... Aprended a remar mar adentro con las velas desplegadas al viento del Espíritu Santo. Así seréis felices por todo lo que el Señor realizará por medio de vosotros y experimentaréis, aun en medio de las pruebas y dificultades, la grandeza y la alegría de vuestra misión»⁸³.

Benedicto XVI, el Papa de la palabra, evocando el día de su ordenación sacerdotal, confesaba lleno de emoción, este mismo año:

«¡Qué confianza nos infundían las palabras de Jesús, que después, durante la liturgia de la ordenación, pudimos escuchar de los labios del Obispo: "Ya no os llamo siervos, sino amigos". He experimentado profundamente que Él, el Señor, no es sólo el Señor, sino también un amigo. Ha puesto su mano sobre mí, y no me abandonará. Estas palabras se pronunciaban entonces en el contexto de la concesión de la facultad de administrar el sacramento de la Reconciliación y así, en

⁸² JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Ecclesia in Europa* (28/6/2003), n. 34.

⁸³ JUAN PABLO II, *Discurso a los superiores y alumnos del Almo Colegio Capranica* (19/2/2002).

nombre de Cristo, de perdonar los pecados... El Espíritu de Jesucristo es fuerza de perdón. Es fuerza de la Misericordia divina. Da la posibilidad de volver a comenzar siempre de nuevo. La amistad de Jesucristo es amistad de Aquél que hace de nosotros personas que perdonan, de Aquél que nos perdona también a nosotros, que nos levanta continuamente de nuestra debilidad y precisamente así nos educa, nos infunde la conciencia del deber interior del amor, del deber de corresponder a su confianza con nuestra fidelidad»⁸⁴.

Con ocasión de unas ordenaciones sacerdotales, el Santo Padre explicaba, meses después, en su homilía:

«Cristo es el verdadero buen Pastor que dio su vida por las ovejas –por nosotros–, inmoldándose en la cruz. Conoce a sus ovejas y sus ovejas lo conocen a Él... Se trata de un conocimiento del corazón, propio de quien ama y de quien es amado; de quien es fiel y de quien sabe que, a su vez, puede fiarse; un conocimiento de amor...

Queridos ordenandos, que la certeza de que Cristo no nos abandona y de que ningún obstáculo podrá impedir la realización de su designio universal de salvación sea para vosotros motivo de constante consuelo –incluso en las dificultades– y de inquebrantable esperanza. La bondad del Señor está siempre con vosotros, y es fuerte...

Para ser dignos ministros suyos debéis alimentaros incesantemente de la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana. Al acercaros al altar... para renovar el sacrificio de la cruz, descubriréis cada vez más la riqueza y la ternura del amor del divino Maestro, que hoy os llama a una amistad más íntima con Él. Si lo escucháis dócilmente, si lo seguís fielmente, aprenderéis a traducir a la vida y al ministerio pastoral su amor y su pasión por la salvación de las almas. Cada uno de vosotros, queridos ordenandos, llegará a ser con la ayuda de Jesús un buen pastor, dispuesto a dar también la vida por Él, si fuera necesario»⁸⁵.

Cada uno de estos jóvenes, a los que vamos a imponer las manos, pueden decirnos a todos, nos lo dicen con su silencio, lo que recoge san León Magno:

«Pedid a nuestro buen Dios que fortalezca la fe, incremente el amor y aumente la paz en nuestros días. Que me haga a mí, su humilde siervo, idóneo para su tarea y útil para vuestra edificación, y me conceda prestar un servicio tal que, junto con el tiempo que se me conceda, crezca mi entrega. Amén».

⁸⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía en el domingo de la Divina Misericordia* (15/4/2007).

⁸⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en las ordenaciones sacerdotales* (29/4/2007).

5. AMIGOS DE JESÚS, EL BUEN PASTOR

*Ordenación de sacerdotes
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 5 de julio de 2008*

1. Queridos ordenandos, **vais a ser sacerdotes**. Los presbíteros que están aquí os acogen como hermanos y os acogen los religiosos y seglares del Pueblo de Dios que peregrina con su Obispo, que es también el vuestro. En la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, nuestro añorado Juan Pablo II hacía hincapié en el aspecto esencialmente relacional de la identidad del presbítero:

«Mediante el sacerdocio, que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo»⁸⁶.

Nuestra identidad sacerdotal estriba, pues, en ser «imagen viva y transparente de Cristo sacerdote»⁸⁷. Más concretamente, «el presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser:

- una derivación,
- una participación específica y
- una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva y eterna alianza»⁸⁸.

De ahí que el sacerdote quede configurado, en virtud de su ordenación, en representación sacramental de Cristo, Cabeza y Pastor:

«Todo sacerdote, a su modo, representa a la persona del mismo Cristo. Por eso también recibe abundantemente una gracia especial para que pueda servir a los fieles que le han sido confiados y a todo el Pueblo de Dios, y así tender mejor a la perfección de Aquél a quien representa»⁸⁹.

2. **En el orden operativo**, es decir, en la actuación y el comportamiento que hoy estrenáis, daréis la vida por aquéllos que os serán encomendados. Por ellos y por muchos, es decir, por todos, como expresa el lenguaje bíblico.

⁸⁶ PDV 12.

⁸⁷ *Ibidem*.

⁸⁸ *Ibidem*.

⁸⁹ PO 12.

En el **rito de la ordenación** vais a escuchar, cada uno de vosotros:

- Considera lo que realizas.
- Imita lo que conmemoras.
- Conformas tu vida en el misterio de la cruz del Señor.

No es sencilla la misión que la Iglesia os confía, consciente de que la mies es abundante, la labranza extensa y los jornaleros escasos. Pero tened confianza. El Vaticano II os dice con amplitud de miras:

«Para conseguir sus fines pastorales de renovación interna de la Iglesia, difusión del Evangelio en todo el mundo y diálogo con el mundo moderno, (este sacrosanto Concilio) exhorta vehementemente a todos los sacerdotes a que, empleando los medios recomendados por la Iglesia, se esfuercen en alcanzar una santidad cada día mayor, que los haga instrumentos cada vez más aptos al servicio de todo el Pueblo de Dios»⁹⁰.

Para dejaros transformar y conformar a imagen y semejanza de Cristo, la Iglesia os ofrece los medios que pone al alcance de todos sus hijos e hijas. Pero os regala también, a partir de este momento, «el ministerio de la salvación que puede ejercerse en la Diócesis»⁹¹. Con una condición previa para asegurar el éxito: que seáis dóciles para dejaros modelar por las manos de Dios.

«Los presbíteros disponen del ejercicio consciente de su ministerio. Pero tienen también los medios... que el Espíritu Santo nunca ha dejado de suscitar en el Pueblo de Dios... Entre todos los medios espirituales sobresalen aquellos actos en los que los fieles se alimentan con la palabra de Dios en la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía. A nadie se le oculta la importancia que tiene para la propia santificación de los presbíteros el participar frecuentemente en ellas...

Los ministros de la gracia sacramental se unen íntimamente a Cristo... por medio de la recepción, tan eficaz, de los sacramentos, sobre todo con la acción sacramental de la penitencia... En la Santísima Virgen María encuentran siempre un maravilloso ejemplo de esta docilidad... Los presbíteros han de venerar y amar con devoción y culto filial a la Madre... Deben amar de corazón el diálogo diario con Cristo el Señor en las visitas y en el culto personal de la sagrada Eucaristía...»⁹².

La imposición de manos del Obispo, precisa Benedicto XVI, es el «gesto central del rito de la ordenación... Es un signo inseparable de la oración, de la

⁹⁰ PO 12.

⁹¹ cf. CD 23.

⁹² PO 18.

que constituye una prolongación silenciosa. Sin decir palabra, el Obispo consagrante y los demás sacerdotes tras él imponen las manos sobre la cabeza de los ordenandos, expresando así la invocación a Dios para que derrame su Espíritu sobre ellos y los transforme haciéndolos partícipes del sacerdocio de Cristo. Se trata de pocos segundos, de un tiempo brevísimo, pero colmado de extraordinaria densidad espiritual. Queridos ordenandos: En lo futuro, deberéis volver siempre a este momento, a este gesto que nada tiene de mágico y sin embargo es tan rico en misterio, pues en él está el origen de vuestra nueva misión»⁹³.

3. Conmigo, os van a imponer también sus manos los sacerdotes aquí presentes, que son muchos. Ellos os invitaron un día a ir al Seminario, os han acompañado después en los años de vuestra formación y gozan con vuestros padres, hermanos, familiares y amigos.

¡Cuántos buenos ejemplos! ¡Cuántas horas de dedicación y de entrega generosísimas! ¡Cuántos desvelos, agradecidos a veces o no siempre valorados! ¡Dios lo conoce todo! Juan Pablo II, en una de sus cartas a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, afirmaba:

«El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor.

Debido a esa vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote un inmenso campo de servicio... que debe inspirarse totalmente en el amor a las almas, a ejemplo del Señor que entrega su vida por ellas... "El sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de las almas", acostumbraba a decir el Cura de Ars. "Él no es para sí mismo, sino para vosotros".

El sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados... Ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios, la Palabra, el perdón y el Pan de Vida, para reunirles en su cuerpo y ayudarles a formarse interiormente, para vivir y actuar según el designio salvífico de Dios... Los intentos de laicización del sacerdote son perjudiciales para la Iglesia. Esto, sin embargo, no quiere decir que el sacerdote pueda mantenerse alejado de las preocupaciones humanas de los seglares; por el contrario, ha de estar muy cerca de ellos, como Juan María Vianney, pero como sacerdote, mirando siempre a su salvación y al progreso del Reino de Dios... Es

⁹³ BENEDICTO XVI, *Homilía en las ordenaciones sacerdotales* (27/4/2008).

algo esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada, con su dimensión vertical. La vida y la personalidad del Cura de Ars son, a este respecto, un ejemplo luminoso y atrayente»⁹⁴.

4. Una recomendación final ¿Qué más puedo decir en este momento? Que cuantos estamos aquí, Obispo, presbiterio diocesano, religiosos y religiosas y fieles seculares de muy diversos lugares, os queremos –por eso hemos venido– y, porque os queremos, vamos a seguir encomendándoos. Pedid también por nosotros. Con la seguridad plena de que el Señor y la Señora tienen sus oídos abiertos, en este día y siempre, para escucharos.

He tenido a la vista, como habéis oído, en las consideraciones anteriores, el Magisterio del Vaticano II. No habíais nacido vosotros cuando se celebró este Concilio. Desde su clausura, el 8 de diciembre de 1965, siendo Papa en aquel momento Pablo VI, sus documentos han venido orientando la buena marcha de la Iglesia. Y continúa haciéndolo en este momento.

Ahora es nuestro Papa Benedicto XVI, otra bendición de Dios para la Iglesia y para el mundo. Dijo el pasado 19 de abril en Nueva York a los jóvenes y seminaristas, reunidos en el Seminario de San José:

«El Pueblo de Dios espera de vosotros que seáis sacerdotes santos, caminando cotidianamente hacia la conversión, inculcando en los demás el deseo de entrar más profundamente en la vida eclesial de creyentes. Os exhorto a profundizar vuestra amistad con Jesús, el Buen Pastor. Hablad con Él de corazón a corazón. Rechazad toda tentación de ostentación, de hacer carrera o de vanidad. Tended hacia un estilo de vida caracterizado auténticamente por la caridad, la castidad y la humildad, imitando a Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote, del que debéis llegar a ser imágenes vivas... Recordad que lo que cuenta ante el Señor es permanecer en su amor e irradiar su amor por los demás»⁹⁵.

Queridos ordenandos, sed testigos y servidores de la alegría, llevad el Evangelio de la alegría a los lugares donde seáis enviados y no os canséis de dar la cara por Jesucristo. Él nunca os fallará, será vuestro Amigo, siempre cercano, siempre contradicho y siempre fiel. Vuelve a regalarnos su palabra Benedicto XVI:

«¿Acaso puede concebirse algo más hermoso que esto? ¿Algo más grande, más entusiasmante que cooperar en difundir en el mundo la palabra de vida, que comunicar el agua viva del Espíritu Santo? Anunciar y testimoniar la alegría. Éste

⁹⁴ JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes en el Jueves Santo* (16/3/1986).

⁹⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso a los jóvenes en el Seminario de Nueva York* (19/4/2008).

es el núcleo central de vuestra misión... El apóstol Pablo llama a los ministros del Evangelio "servidores de la alegría"... Para contribuir al gozo de los demás, en un mundo a menudo triste y negativo, es preciso que el fuego del Evangelio arda en vuestro interior, que os habite la alegría del Señor. Sólo así podréis ser mensajeros y multiplicadores de esa alegría y transmitirla a todos, particularmente a cuantos están tristes y descorazonados... Que os acompañe en esta misión y os proteja siempre la Virgen María... Madre y Estrella de vuestro sacerdocio. Amén»⁹⁶.

6. OCHO SACERDOTES NUEVOS: QUÉ BENDICIÓN DE DIOS

*Ordenación de sacerdotes
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 4 de julio de 2009*

1. Vais a ser sacerdotes de Jesucristo. ¿Cabe un título superior para una criatura humana? ¿Qué encierra este nombre? Benedicto XVI se refiere a los sacerdotes como hombres de oración y de servicio en el mundo, sin ser mundanos. En la ordenación de un grupo de diáconos, el Papa les explicaba:

«Ser sacerdote en la Iglesia significa entrar en esta entrega de Cristo, mediante el sacramento del Orden, y entrar con todo su ser. Jesús dio la vida por todos, pero de modo particular se consagró por aquellos que el Padre le había dado, para que fueran consagrados en la verdad, es decir, en Él, y pudieran hablar y actuar en su nombre, representarlo, prolongar sus gestos salvíficos: partir el Pan de la vida y perdonar los pecados. Así, el buen Pastor dio su vida por todas las ovejas, pero la dio y la da de modo especial a aquéllas que Él mismo, "con afecto de predilección", ha llamado y llama a seguirlo por el camino del servicio pastoral»⁹⁷.

Esa entrega que define el ministerio sacerdotal se concreta, siguiendo el ejemplo de Jesús, en una profunda y sincera experiencia de oración. No una oración intimista o cerrada en sí misma, pues el sacerdote, cuando abre con sus manos el breviario, tiene en su mente y su corazón las necesidades del pueblo que le ha sido confiado. Su oración no es sólo alimento para reponer las propias fuerzas, sino servicio en favor de los bautizados, es intercesión y súplica por los que no tienen voz para comunicar a Dios sus anhelos y preocupaciones. Como hombre de oración el sacerdote es, por lo mismo, hombre eucarístico:

⁹⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía en las ordenaciones sacerdotales* (27/4/2008).

⁹⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la ordenación sacerdotal de diecinueve diáconos* (3/5/2009).

«La celebración eucarística es el acto de oración más grande y más elevado, y constituye el centro y la fuente de la que reciben su «savia» también las otras formas: la liturgia de las Horas, la adoración eucarística, la *lectio divina*, el santo rosario y la meditación [...] El sacerdote que ora mucho, y que ora bien, se va desprendiendo progresivamente de sí mismo y se une cada vez más a Jesús, buen Pastor y Servidor de los hermanos. Al igual que Él, también el sacerdote "da su vida" por las ovejas que le han sido encomendadas»⁹⁸.

2. Sacerdotes en el Año Sacerdotal: más fieles y más santos. ¿Qué quiere el Papa que sea este año y para qué? Como él mismo explica en su *Carta para la convocación de un año sacerdotal*, se pretende «promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo»⁹⁹. Esta renovación de la vida y ministerio sacerdotales consiste en alcanzar una mayor identificación con los pensamientos, deseos, sentimientos y estilo de vida de Cristo. La fidelidad al don de la vocación ha de suscitar, a su vez, en los fieles cristianos un sincero agradecimiento a Dios, que no cesa de enviar trabajadores a su mies:

«El Sacerdocio es el amor del corazón de Jesús», repetía con frecuencia el Santo Cura de Ars. Esta conmovedora expresión nos da pie para reconocer con devoción y admiración el inmenso don que suponen los sacerdotes, no sólo para la Iglesia, sino también para la humanidad misma... ¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, su servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprensiones, perseveran en su vocación de "amigos de Cristo", llamados personalmente, elegidos y enviados por Él? Todavía conservo en el corazón el recuerdo del primer párroco con el que comencé mi ministerio como joven sacerdote: fue para mí un ejemplo de entrega sin reservas al propio ministerio pastoral, llegando a morir cuando llevaba el viático a un enfermo grave»¹⁰⁰.

Benedicto XVI subraya la nítida relación que existe entre ministerio y santidad del presbítero. Los sacerdotes que hoy estamos aquí, recordamos cómo en el Seminario nos enseñaron que la gracia sacramental actúa *ex opere operato*, es decir, el sacramento despliega su eficacia salvífica con independencia de que el sacerdote sea más o menos santo. Pese a todo,

⁹⁸ *Ibidem*.

⁹⁹ BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un año sacerdotal* (16/6/2009).

¹⁰⁰ *Ibidem*.

«tampoco se puede dejar de lado la extraordinaria fecundidad que se deriva de la confluencia de la santidad objetiva del ministerio con la subjetiva del ministro. El Cura de Ars emprendió en seguida esta humilde y paciente tarea de armonizar su vida como ministro con la santidad del ministerio confiado, "viviendo" incluso materialmente en su Iglesia parroquial: "En cuanto llegó, consideró la Iglesia como su casa... Entraba en la Iglesia antes de la aurora y no salía hasta después del *Ángelus* de la tarde. Si alguno tenía necesidad de él, allí lo podía encontrar", se lee en su primera biografía»¹⁰¹.

¡Preferimos todos confesarnos con sacerdotes santos!

3. Tenéis y tenemos todos, en este momento, un peligro serio: dejarnos llevar «por una mentalidad, una manera de pensar y de vivir que pueda contaminar incluso a la Iglesia y de hecho la contamina; por eso (esta realidad) requiere vigilancia y purificación constante. Estamos "en" el mundo y corremos el riesgo de ser también "del" mundo, mundo en el sentido de esta mentalidad»¹⁰².

Benedicto XVI reconoce «que han cambiado las condiciones históricas y sociales en las cuales se encontró el cura de Ars y es justo preguntarse cómo pueden los sacerdotes imitarlo en la identificación con su ministerio en las actuales sociedades globalizadas. En un mundo en el que la visión común de la vida comprende cada vez menos lo sagrado, en cuyo lugar lo "funcional" se convierte en la única categoría decisiva, la concepción católica del sacerdocio podría correr el riesgo de perder su consideración natural, a veces incluso dentro de la conciencia eclesial»¹⁰³.

Frente a una sociedad que valora en exceso la utilidad, la eficacia, las cosas que se ven y se tocan, hemos de anunciar a los cuatro vientos la importancia y necesidad de que siga habiendo jóvenes dispuestos a entregar su vida entera por amor a Jesús de Nazaret, sirviendo a la Iglesia y a todos los hombres y mujeres, especialmente a los más necesitados. Por eso mismo, estamos llamados a impulsar «la tensión de todo presbítero hacia la perfección espiritual de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio, y ayudar ante todo a los sacerdotes, y con ellos a todo el pueblo de Dios, a redescubrir y fortalecer más la conciencia del extraordinario e indispensable don de gracia que el ministerio ordenado representa para quien lo ha recibido, para la Iglesia entera y para el mundo, que sin la presencia real de Cristo estaría perdido»¹⁰⁴.

¹⁰¹ *Ibidem*.

¹⁰² BENEDICTO XVI, *Homilía en la ordenación sacerdotal de diecinueve diáconos* (3/5/2009).

¹⁰³ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (24/6/2009).

¹⁰⁴ *Ibidem*.

4. Para lograr lo anterior, el diácono que da el paso que vais a dar vosotros, el aspirante al sacerdocio debe estar dispuesto a **dejarse conquistar por Cristo**. Éste fue el itinerario que guió el caminar del Apóstol de los gentiles, cuyo año jubilar clausuramos el pasado 28 de junio, y éste fue el emblema que marcó la existencia sacerdotal del santo cura de Ars:

«Que éste sea también el objetivo principal de cada uno de nosotros. Para ser ministros al servicio del Evangelio es ciertamente útil y necesario el estudio, con una esmerada y permanente formación teológica y pastoral, pero más necesaria aún es la "ciencia del amor", que sólo se aprende de "corazón a corazón" con Cristo. Él nos llama a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar al rebaño en su nombre. Precisamente por este motivo no debemos alejarnos nunca del manantial del Amor que es su Corazón traspasado en la cruz.

Sólo así podremos cooperar eficazmente al misterioso "designio del Padre", que consiste en "hacer de Cristo el corazón del mundo"... Las "promesas sacerdotales", que pronunciamos el día de nuestra ordenación y que renovamos cada año, el Jueves santo, en la Misa Crismal, nos vuelven a recordar este constante compromiso»¹⁰⁵.

San Ignacio, Obispo de Antioquía del año 70 al 107, nos recuerda en su *Carta a los Romanos* que «lo que necesita el cristianismo, cuando es odiado por el mundo –y éste es uno de esos momentos– no son palabras persuasivas, sino grandeza de alma»¹⁰⁶. ¡Magnanimidad!

5. El testimonio del santo cura de Ars, de don Diego y de otros sacerdotes santos. El Papa ha querido poner a nuestra vista y consideración la figura de san Juan María Vianney, párroco de una pequeña comunidad de apenas 200 habitantes y que ejerció su ministerio sacerdotal desde la sencillez de un pobre cura rural, prácticamente desconocido en su tiempo y en su propio país. En este sentido,

«la enseñanza y el ejemplo de san Juan María Vianney pueden ofrecer un punto de referencia significativo. El Cura de Ars era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente: "Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina"... Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: "Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién

¹⁰⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la inauguración del año sacerdotal* (19/6/2009).

¹⁰⁶ *Liturgia de las Horas*, III, 268.

la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo". Estas afirmaciones, nacidas del corazón sacerdotal del santo párroco, pueden parecer exageradas. Sin embargo, revelan la altísima consideración en que tenía el sacramento del sacerdocio»¹⁰⁷.

También tenemos la suerte, en nuestra Diócesis, de contar con el testimonio magnífico de un sacerdote cuyo proceso de beatificación está en marcha: el Siervo de Dios, Diego Hernández. He aquí algunas frases que me parecen reveladoras de su honda experiencia y madurez sacerdotal:

«Cristo mira con mis ojos, habla con mi lengua, ama con mi corazón. Cristo opera en mí. Soy instrumento de Cristo. Es el ministro principal. ¡Qué abnegación y limpieza pide todo esto! ¡Qué vigilancia, para que el yo no oculte, suplante o desfigure a Jesús en mí! ¡Qué vida interior se requiere para que Jesús tenga siempre relieve en mí y no borre sus aristas mi olvido, mi falta de oración y de presencia de Dios!».

«El apostolado es un desbordamiento del amor de Dios y del sacrificio hasta la cruz. No es andar, ni correr, ni saber cosas, ni hablar bien, no es simpatía ni halago, el apostolado es obra del Espíritu Santo que actúa por medio de un instrumento pobre y débil a sus propios ojos, que se tiene por nada y se deja pisar por todos, que ama mucho a Jesús y se abraza a su cruz para morir por Él y con Él en el desprecio de todos».

Hermanos consagrados y seglares: «A los sacerdotes es preciso ayudar actuando o padeciendo, con palabras o con sólo oraciones, mientras nos quede un suspiro de vida».

Esta aspiración noble ha de verse apoyada por la colaboración de los fieles. Sin ellos, sin vosotros, poco se puede hacer. Por eso, permitid que os diga, queridos neopresbíteros –vais a serlo enseguida–, que, con la ayuda del Señor y la oración y el apoyo de vuestras comunidades, seréis verdaderos amigos de Cristo y, por lo mismo, «mensajeros de esperanza, reconciliación y paz»¹⁰⁸.

Enhorabuena a vosotros, a vuestras familias y parroquias –a una de ellas por partida doble–, al Seminario, a la Diócesis, y a la Iglesia Madre. Sois estupendos. ¡Que vuestro ejemplo cunda!

¹⁰⁷ BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un año sacerdotal* (16/6/2009).

¹⁰⁸ *Ibidem*.

7. SACERDOTES SEGÚN EL CORAZÓN DE CRISTO

*Ordenación de sacerdotes
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 3 de julio de 2010*

1. El sacerdocio, un don que llevamos en vasijas de barro. Han transcurrido tres semanas desde que nuestro Papa Benedicto XVI clausurara el Año Sacerdotal en Roma. Allí estábamos un grupo de sacerdotes de nuestra Diócesis que concelebramos la Eucaristía con él, juntamente con otros 15.000 Obispos y sacerdotes del mundo entero. Sus palabras nos ayudaron a «comprender de nuevo la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal». Tengámoslas a la vista. Éstas y otras pronunciadas en el Año Sacerdotal.

Jesucristo, señalaba el Papa, ha querido contar con personas débiles y limitadas para continuar su misión evangelizadora. En efecto, «el sacerdocio no es un simple "oficio", sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra "sacerdocio"»¹⁰⁹.

Una vez ordenados, vais a ser enviados por la Iglesia para hacer presente a Jesucristo en vuestras comunidades parroquiales, también en otros ámbitos donde ejerceréis el ministerio. El sacramento que vais a recibir al imponeros las manos y pronunciar la Plegaria de Ordenación, no debe ser considerado medio para detentar un poder o gozar de un cierto prestigio social. Por el contrario, quien «aspira al sacerdocio para aumentar su prestigio personal y su poder, entiende mal en su raíz el sentido de este ministerio. Quien quiere sobre todo realizar una ambición propia, alcanzar el éxito personal, siempre será esclavo de sí mismo y de la opinión pública. Para ser tenido en consideración deberá adular; deberá decir lo que agrada a la gente; deberá adaptarse al cambio de las modas y de las opiniones y, así, se privará de la relación vital con la verdad, reduciéndose a condenar mañana aquello que había alabado hoy»¹¹⁰.

No olvidemos, por tanto, que este don del sacerdocio es un motivo para dar gracias al Señor, que sigue ofreciendo la salvación sirviéndose de ministros tan necesitados, ellos mismos, de conversión y purificación.

2. La identidad del sacerdote: configuración con Cristo. Vuestro Rector

¹⁰⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la clausura del Año Sacerdotal* (11/6/2010).

¹¹⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía en la ordenación de catorce sacerdotes* (20/6/2010).

ha hecho un artículo sobre los frutos y del eco que ha tenido el Año Sacerdotal entre nosotros¹¹¹. Está muy bien estructurado y resume el magisterio reciente de nuestro querido Papa Benedicto XVI sobre el sacerdocio. Tengo a la vista su síntesis para ofrecérsela a todos, sacerdotes, ordenandos, seminaristas, religiosos, religiosas y fieles seculares:

- Nuestra identidad.
- Nuestra misión.
- Nuestra espiritualidad.

«El sacerdocio es el amor del corazón de Cristo», repetía con frecuencia el santo Cura de Ars. Descubrimos aquí que la identidad sacerdotal, en cuanto sacramento, conduce de modo directo y estrecho a la misma persona de Cristo. Del propio sacramento brota la identidad presbiteral como una realidad «mística», esto es, como participación y unión con Jesucristo. Benedicto XVI medita en esta configuración sacerdotal con Cristo en sus homilías para la Misa Crismal. Fijémonos en tres ideas: el gesto de la imposición de manos; la consagración en la verdad; y el revestirse de Cristo.

- a. Imposición de manos.** La ordenación confiere una identidad personal nueva al candidato. El rito de la imposición de las manos es el gesto sacramental por el que Jesucristo toma posesión de la persona del presbítero. «Con ese gesto –recuerda el Papa– también me dijo: Tú quedas custodiado en el hueco de mis manos y precisamente así te encuentras dentro de la inmensidad de mi amor. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas»¹¹². Resume todo un itinerario existencial este signo sacramental, es un camino vital que hunde sus raíces en aquella primera invitación de Jesús a ser sus amigos (cf. Jn 15,15): «Ya no os llamo siervos, sino amigos: en estas palabras se podría ver incluso la institución del sacerdocio. El Señor nos hace sus amigos: nos encomienda todo; nos encomienda a sí mismo, de forma que podamos hablar con su "yo", *in persona Christi capitis*. ¡Qué confianza! Verdaderamente se ha puesto en nuestras manos... Ya no os llamo siervos, sino amigos. Éste es el significado profundo del ser sacerdote: llegar a ser amigo de Jesucristo. Por esta amistad debemos comprometernos cada día de nuevo»¹¹³.

¹¹¹ Cf. P. L. VIVES PÉREZ, «Ecos del año sacerdotal: hacia una mística sacerdotal», en *Surge* 68 (2010) 368–386.

¹¹² BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa Crismal* (13/4/2006).

¹¹³ *Ibidem*.

- b. «**Conságralos en la verdad**» (Jn 17,17). Con esta súplica, explica Benedicto XVI, Jesucristo está incluyendo en su acto sacerdotal de entrega al Padre a sus apóstoles, está instituyendo un nuevo sacerdocio. Pero esta consagración y unión a Cristo «supone renuncia. Comporta que no queramos imponer nuestro rumbo y nuestra voluntad; que no deseamos llegar a ser esto o lo otro, sino que nos abandonamos a Él, donde sea y del modo que Él quiera servirse de nosotros... En el "sí" de la Ordenación sacerdotal hemos hecho esta renuncia fundamental al deseo de ser autónomos, a la "autorrealización". Pero hace cumplir día tras día este gran "sí" en los muchos pequeños "sí" y en las pequeñas renunciaciones. Este "sí" de los pequeños pasos... sólo se podrá realizar sin amargura y autocompasión si Cristo es verdaderamente el centro de nuestra vida»¹¹⁴.
- c. **Revestirse de Cristo**. Para el Papa, la identidad personal del sacerdote con Cristo comienza a diseñarse ya en el bautismo, entendido éste como una comunión existencial con el Señor: «Eso es precisamente lo que ocurre en el bautismo: nos revestimos de Cristo; Él nos da sus vestidos, que no son algo externo. Significa que entramos en una comunión existencial con Él, que su ser y el nuestro confluyen, se compenetrán mutuamente»¹¹⁵.

A partir de esta imagen, viene la explicación de la fórmula *in persona Christi*: «En el momento de la ordenación sacerdotal, la Iglesia hace visible y palpable, incluso externamente, esta realidad de los "vestidos nuevos" al revestirnos con los ornamentos litúrgicos. Con este gesto externo quiere poner de manifiesto el acontecimiento interior y la tarea que de él deriva: revestirnos de Cristo, entregarnos a Él como Él se entregó a nosotros»¹¹⁶. Como dice san Pablo: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20).

3. La misión del sacerdote: actuar *in persona Christi*. La vida pastoral no es un añadido al ser del presbítero, pues el sacerdote hace lo que es. «La consagración es para la misión», escribió Juan Pablo II en su exhortación *Pastores dabo vobis*¹¹⁷. La acción pastoral del sacerdote es acción eficaz del sacramento recibido; es, por tanto, acción personal del propio Cristo en cuanto que el presbítero es instrumento suyo, actúa *in persona Christi*. La fuente de nuestra fecundidad apostólica depende, por consiguiente, de nuestra fidelidad a Cristo, permaneciendo

¹¹⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa Crismal* (9/4/ 2009).

¹¹⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa Crismal* (5/4/2007).

¹¹⁶ *Ibidem*.

¹¹⁷ PDV 24.

en Él como el sarmiento unido a la vid.

Al comienzo del Año Sacerdotal, Benedicto XVI pedía al Señor la gracia de aprender y regalar el método pastoral del santo Cura de Ars. Revisemos, decía, nuestra propia acción pastoral, a veces viciada por la rutina y el hastío del activismo o por la inoperancia falsamente piadosa. No cabe duda de que la oración ha de ocupar un puesto importantísimo en nuestra pastoral: «El Santo Cura de Ars enseñaba a sus parroquianos sobre todo con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a orar, acudiendo con gusto al sagrario para hacer una visita a Jesús Eucaristía»¹¹⁸. No puede haber acción ministerial si no es animada e impulsada por la oración, pues «el tiempo que dedicamos a esto es realmente un tiempo de actividad pastoral, de actividad auténticamente pastoral. El sacerdote debe ser, sobre todo, un hombre de oración... Ser amigo de Jesús, ser sacerdote significa, por tanto, ser hombre de oración»¹¹⁹.

Y, junto a la oración, la celebración de la Eucaristía y la Reconciliación son dos pilares que sostienen esta acción pastoral del sacerdote, orientada a prolongar el misterio de la redención en medio de nuestro mundo. En efecto, el amor de Cristo ofrecido en el sacrificio eucarístico es reclamo de conversión y penitencia, y, por otra parte, el perdón y la reconciliación conducen al banquete del amor. De este modo, el sacerdote se convierte en mediador que facilita el diálogo de salvación entre Dios y su pueblo, debiendo experimentar él mismo, como cualquier otro bautizado, ese amor misericordioso de Dios. Como recordaba el Papa, «las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el "alto precio" de la redención»¹²⁰.

4. Finalmente, la espiritualidad del sacerdote, alma de toda la pastoral.

Nuestro querido Papa nos recuerda, también a vosotros, que estrenáis esta andadura, larga ya en otros hermanos, que la espiritualidad es el fundamento y el alma de toda la pastoral. Ya en su encíclica *Deus caritas est* quiso «reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo»¹²¹, y en la *Spe salvi* puso la oración en el primer puesto entre «los lugares de aprendizaje y de ejercicio de la esperanza»¹²². «En una época –reconoce el Santo Padre– en que la influencia de la secularización es cada vez más fuerte y, por otra parte, se nota una necesidad generalizada de encontrar a Dios, no debe faltar la posibilidad de ofrecer espacios de intensa

¹¹⁸ BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un Año Sacerdotal* (16/6/2009).

¹¹⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa Crismal* (13 /4/2006).

¹²⁰ BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un Año Sacerdotal* (16/6/2009).

¹²¹ DCE 37.

¹²² SS 32–34.

escucha de su Palabra en el silencio y en la oración»¹²³. Pensemos en las capillas de adoración eucarística permanente, abiertas ya o que abriremos pronto.

Queridos neopresbíteros –vais a serlo enseguida–, con la ayuda del Señor, la oración, el apoyo y la correspondencia de vuestras comunidades, seréis verdaderos amigos de Cristo y, por lo mismo, «mensajeros de esperanza, reconciliación y paz»¹²⁴. Así lo esperamos, con la ayuda de Santa María. Enhorabuena a vosotros, a vuestras familias y parroquias, al Seminario, a la Diócesis y a la Iglesia Madre. Tened confianza. «La victoria de la verdad –precisa san Agustín– es el amor»¹²⁵.

8. OS DARÉ SACERDOTES SEGÚN MI CORAZÓN

*Ordenación de un presbítero y un diácono
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 2 de julio de 2011*

1. Una iniciativa misteriosa de Dios. Han transcurrido dos meses desde la beatificación, en la plaza de San Pedro de Roma, del gran Papa Juan Pablo II. Allí estábamos algunos sacerdotes de la Diócesis, deseosos de participar en un acontecimiento verdaderamente histórico y profundamente eclesial. En efecto, el recuerdo de aquel Papa «venido de un país lejano», como él mismo dijo tras ser elegido en el cónclave, continúa siendo un recuerdo nítido, diáfano y cercano a quienes hemos sido aleccionados con su magisterio, tan prolífico, y estimulados con su actividad pastoral, tan profética en ocasiones.

De su doctrina tan rica cabe destacar la exhortación *Pastores dabo vobis*. Publicada el año 1992, se ha consolidado como texto de referencia en los Seminarios para orientar la formación de los nuevos presbíteros y también como documento ilustrativo para todos los sacerdotes, de toda edad y condición. *Pastores dabo vobis* puso de manifiesto la preocupación y el interés que el beato Juan Pablo II tuvo siempre por las vocaciones sacerdotales.

Él mismo había relatado la historia de su vocación, subrayando la misteriosa intervención, incluso en los más nimios detalles, de la mano divina. Así lo hacía notar a un grupo de diáconos que, hace treinta años, fueron ordenados sacerdotes por el Santo Padre:

¹²³ BENEDICTO XVI, *Discurso a la XXIII Asamblea General de la Federación Italiana de Ejercicios Espirituales* (9/2/2008).

¹²⁴ BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un año sacerdotal* (16/6/2009).

¹²⁵ S. AGUSTÍN, *Sermón* 358, 1.

«En la raíz de toda vocación sacerdotal no se da una iniciativa humana y personal, con sus inevitables limitaciones humanas, sino una *iniciativa misteriosa por parte de Dios*. La Carta a los Hebreos nos dice sobre el sacerdocio de Cristo: "Cristo no se exaltó a Sí mismo, haciéndose Pontífice, sino el que le dijo: Hijo mío eres Tú" (Heb 5,5). Esto es verdad no sólo de Cristo, sino también de cuantos participan en su sacerdocio.

Todo sacerdote puede decir: "El Señor me ha ungido". El Señor me ha ungido, ante todo, *desde la eternidad*, aun antes de que yo existiera, cuando Él dijo mi nombre. "Yavé me llamó desde el seno materno", dice Isaías, "desde las entrañas de mi madre me llamó por mi nombre" (Is 49,1). Una comprensión completa de lo que es la vocación sacerdotal requiere necesariamente hacer referencia a esta unción por parte del amor singular de Dios para con una persona determinada, incluso antes de su existencia, y a la llamada que Dios dirige a dicha persona a causa de ese mismo amor»¹²⁶.

2. Una historia de amor de un Dios que llama y un corazón que responde. En esto precisamente consiste la vocación, en ser llamados, responder y ser consagrados. Toda llamada pide necesariamente una respuesta. Respuesta que ha de ser generosa. Cada uno en particular podrá rememorar después la historia de su vocación y, aunque haya puntos en común de unos con otros, nunca dejará de ser una historia de amor personal, propia, exclusiva, irrepetible. En la homilía citada, el beato Juan Pablo II lo explica:

«No siempre es fácil precisar este momento e identificar el acontecimiento que dio origen a la llamada: ¿el ejemplo de un sacerdote o de un amigo?, ¿la experiencia de un vacío que únicamente puede llenarse mediante un total servicio de Dios?, ¿un deseo de responder de manera perfecta y eficaz al sufrimiento material, moral o espiritual? Pero, en cualquier circunstancia, es Dios quien ha llamado. Le sea posible o no al sacerdote fijar el día en que señaló rumbo a su vida, respondiendo a la sugerencia del Señor —lo que el Profeta Jeremías llama la seducción del Señor (cf. Jer 20,7)—, lo cierto es que será consciente de que Dios le ha llamado»¹²⁷.

Leemos en el libro que el Papa Wojtila nos ofreció en sus bodas de oro sacerdotales, *Don y Misterio*: En los comienzos... ¡el misterio! Y añade:

«¿Cuál es la historia de mi vocación sacerdotal? La conoce sobre todo Dios. En su dimensión más profunda, toda vocación sacerdotal es un gran misterio, es un don que supera infinitamente al hombre. Cada uno de nosotros sacerdotes lo experi-

¹²⁶ JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa de ordenación sacerdotal* (25/2/1981).

¹²⁷ *Ibidem*.

menta claramente durante toda la vida. Ante la grandeza de este don sentimos cuán indignos somos de ello»¹²⁸.

Ésta es la realidad pura. Jesucristo, precisa igualmente Benedicto XVI, ha querido contar con personas débiles y limitadas para continuar su misión evangelizadora. De hecho, «el sacerdocio no es un simple "oficio", sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra "sacerdocio"»¹²⁹.

Ninguna duda, por tanto. Toda vocación está envuelta en el misterio de la elección divina: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16):

«Por eso –continúa sincerándose Juan Pablo II–, cuando en las más diversas circunstancias hablamos del sacerdocio y damos testimonio del mismo, debemos hacerlo con gran humildad, conscientes de que Dios "nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia" (2 Tim 1,9). Al mismo tiempo, nos damos cuenta de que las palabras humanas no son capaces de abarcar la magnitud del misterio que el sacerdocio tiene en sí mismo»¹³⁰.

3. Jamás permitas que me separe de ti, Señor. El secreto de la vocación, el fundamento sobre el que se sostiene y se asegura la fidelidad del sacerdote se halla en su permanente cercanía y contacto con Aquél que le ha dicho: Sígueme.

Antes de comulgar, el sacerdote pronuncia en voz baja esta oración: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti».

Es absolutamente necesario que, si hemos de ser antorchas encendidas que iluminen a los hombres con el fulgor del Evangelio, se mantengan siempre alimentadas con el aceite vigoroso del Espíritu Santo, para que Cristo sea, en

¹²⁸ JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, B.A.C., Madrid 1996, p. 17.

¹²⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la clausura del Año Sacerdotal* (11/6/2010).

¹³⁰ JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, pp. 17–18.

verdad, Luz del mundo. «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14), son palabras que el Señor proclama en el sermón de la montaña:

«Los Apóstoles debieron quedarse asustados al oírlos. Lo mismo les ha ocurrido a miles de personas desde entonces. Y el Señor sabe que dice estas palabras a personas humanas, limitadas y pecadoras. Pero sabe también que deben ser luz, no por sus propias fuerzas, sino *reflejando y comunicando la luz recibida de Él...*

Todo sacerdote advierte que puede iluminar a los que están en tinieblas únicamente en la medida que él mismo ha aceptado la luz del Maestro, Jesucristo. Sin embargo, se halla rodeado de peligrosa oscuridad y ya no es capaz de iluminar a otros cuando se aparta del único manantial de toda luz verdadera. Por tanto, queridos hijos, tenéis que *permanecer siempre unidos a Cristo Sacerdote*, escuchando asiduamente su palabra, celebrando sus misterios en la Eucaristía y mediante una profunda y constante amistad con Él. La gente reconocerá vuestra comunión con Cristo en vuestra capacidad de ser luz verdadera para un mundo que con demasiada frecuencia se siente todo él en tinieblas»¹³¹.

4. Firmes en la fe. Queridos ordenandos, con la ayuda del Señor, la oración, el apoyo y la correspondencia de vuestras comunidades, seréis verdaderos amigos de Cristo y, por lo mismo, «mensajeros de esperanza, reconciliación y paz»¹³². Ambos fuisteis llamados en lugares y circunstancias diferentes de vuestra vida, pero tenéis en común el haber formado parte de la comunidad del Seminario en Orihuela y Alicante, cada uno en etapas diferentes. Con el tiempo, la llamada fue concretándose por medio del diálogo personal y confiado con el Señor y con otros sacerdotes de mayor experiencia.

El lema de la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid, pide a los jóvenes que permanezcan «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe». Y Juan Pablo II, en el libro que publicó con motivo del 45º aniversario de ordenación episcopal y 25º aniversario de pontificado, también nos invitaba a ser fuertes en la fe, pues:

«No se puede dar la espalda a la verdad, dejar de anunciarla, esconderla, aunque se trate de una verdad difícil, cuya revelación lleve consigo un gran dolor: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn 8,32). ¡Ésta es nuestra tarea y, al mismo tiempo, nuestro apoyo! No hay sitio para compromisos ni para un oportunista recurso a la diplomacia humana, hay que dar testimonio de la verdad...

¹³¹ JUAN PABLO II, *Homilía* (21/2/ 1981).

¹³² BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un año sacerdotal* (16/6/2009).

Seguramente nos encontraremos con dificultades. Nada tiene de extraordinario. Forma parte de la vida de la fe. A veces, las pruebas son leves, otras son difíciles e incluso dramáticas. En la prueba podemos sentirnos solos, pero la gracia divina, la gracia de una fe victoriosa, nunca nos abandona. Por eso podemos esperar la superación victoriosa de cualquier prueba, hasta la más difícil»¹³³.

Así lo esperamos, con la ayuda de Santa María.

9. EL GRAN REGALO DEL SACERDOCIO

*Ordenación de presbíteros
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 18 de marzo de 2012*

1. «Este es el criado fiel y solícito a quien el Señor ha puesto al frente de su familia» (antífona de entrada).

Llenos de alegría celebramos hoy, como un oasis en medio del desierto cuaresmal, la solemnidad de San José. En tiempos difíciles para la Iglesia, el Papa Pío IX, queriendo ponerla bajo la especial protección del santo patriarca, lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica». El Pontífice sabía que no se trataba de un gesto peregrino, pues, a causa de la excelente dignidad concedida por Dios a este su siervo fiel, «la Iglesia, después de la Virgen Santa, su esposa, tuvo siempre en gran honor y colmó de alabanzas al bienaventurado José, y a él recurrió sin cesar en las angustias»¹³⁴.

«Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial Patrono de la Iglesia, y por las que a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nos dirá León XIII, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre adoptivo de Jesús [...]. José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia [...]. Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo»¹³⁵.

Como vosotros, queridos ordenandos, San José ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús; de este modo, él

¹³³ JUAN PABLO II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Plaza&Janés, Barcelona 2004, pp. 164–165.

¹³⁴ PÍO IX, Sac. Rituum Congr. Decr. *Quemadmodum Deus* (8/12/1870).

¹³⁵ LEÓN XIII, Carta Encícl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): *Leonis XIII P. M. Acta*, IX (1890), pp. 175–182.

coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente «ministro de la salvación», «al haber hecho de su vida un obsequio, don total de sí y de su trabajo; de su corazón y de toda capacidad, en el amor puesto al servicio del Mesías, que crece en su casa»¹³⁶. Apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza. (Rom 4, 13.16–18.22).

Una entrega radical y sin condiciones que encuentra sentido en su insondable vida interior, de la que le llegan mandatos y consuelos singularísimos, y de donde surge para él la lógica y la fuerza para las grandes decisiones.

Como José, vuestra entrega sólo será total y generosa si se nutre de una sólida vida interior, firmemente arraigada en Jesucristo. Y es que, el verdadero y hasta único sentido de la vida del sacerdote, la base de su existencia, la tierra de su vida y de su promisión, como reza el Salmo 15, es el Señor. Él es «el lote de mi heredad y mi copa». Dios es el fundamento externo e interno de su vida. Dios mismo es la «parte» de su tierra y el premio, la meta de su peregrinar.

«Si en una vida sacerdotal –afirmaba textualmente Benedicto XVI– se pierde esta centralidad de Dios, se vacía también progresivamente el celo de su actividad». Si en el exceso de las cosas y acciones externas falta el centro que da sentido a todo y lo reconduce a la unidad, le falta entonces el verdadero fundamento de la vida, la «tierra» sobre la cual todo esto permanece y prospera.

Desde esta centralidad del Señor en la vida del sacerdote, se entiende y se sublima el celibato ministerial, que no es tanto una supuesta conveniencia práctica y funcional, sino que es expresión de amor en consagración a Dios y en ofrenda a los hombres. El celibato no significa permanecer privado de amor. Todo lo contrario: es dejarse prender por la pasión por Dios y los demás. Testimonio de la fe en Dios que es amor perfecto y que se traduce en una forma de vida esponsal y fecunda.

Refiriéndose a esta íntima unión del sacerdote con Jesucristo, nos recuerda el Papa Benedicto XVI:

«El sacerdote no inventa, no crea ni proclama ideas propias en cuanto que la doctrina que anuncia no es suya, sino de Cristo. El sacerdote que anuncia la palabra de Cristo, la fe de la Iglesia y no sus propias ideas, debe decir también: yo no vivo de mí y para mí sino que vivo con Cristo y de Cristo, y por ello lo que Cristo nos ha dicho se convierte en mi palabra aunque no es mía. La vida del sacerdote debe identificarse con Cristo y, de esta forma, la palabra no propia se convierte, sin embargo, en una palabra profundamente personal. San Agustín, sobre este tema, hablando de los sacerdotes, dijo: "Y nosotros ¿qué somos? Ministros (de Cristo),

¹³⁶ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Redemptoris Custos* (15/8/1989).

sus servidores; porque lo que os distribuimos no es nuestro, sino que lo sacamos de su despensa. Y también nosotros vivimos de ella, porque somos siervos como vosotros" (*Discurso 229/E, 4*)¹³⁷.

Tenéis que ser maestros y ministros de la Palabra:

«La enseñanza que el sacerdote está llamado a ofrecer, las verdades de la fe, deben ser interiorizadas y vividas en un intenso camino espiritual personal, para que así realmente el sacerdote entre en una profunda, interior comunión con Cristo mismo. El sacerdote cree, acoge e intenta vivir, ante todo como propio, lo que el Señor ha enseñado y la Iglesia ha transmitido, en ese recorrido de ensimismamiento con el propio ministerio»¹³⁸.

Para San Gregorio Nacianceno, el sacerdocio se convierte en «el arte de las artes».

«El sacerdote está llamado a arrancar las almas al mundo y reconducirlas a Dios; a conservar en ellas la imagen divina, si ya está en ellas, a defenderla si está en peligro, a repararla si se ha arruinado. Está destinado a introducir a Cristo en la morada del corazón por medio del Espíritu Santo y, en pocas palabras, divinizar al hombre, creado para la eternidad, procurándole la bienaventuranza celestial». La responsabilidad del sacerdote consiste en purificarse primero para después purificar, dejarse instruir por la sabiduría y después instruir; convertirse en luz y después iluminar, acercarse primero a Dios y después conducir a Él a los demás, ser santo y después santificar»¹³⁹.

2. Beato Manuel González, sacerdote de Jesucristo

Como María y José, han sido muchos los que en la historia y vida de la Iglesia, se han abandonado al proyecto misterioso y extraordinario de Dios. Vosotros, como nuevos sacerdotes del Pueblo Santo habéis de experimentar esta misma confianza en quien sabemos nunca defrauda. Un ejemplo de singular belleza sacerdotal es el testimonio cercano a nosotros en el tiempo y ministerio del Beato Manuel González, a quien bien conocéis y del que ya tenéis en posesión una pequeña parte que, espero os acompañe durante mucho tiempo en el desempeño de vuestro ejercicio pastoral. Su vida, propuesta por la Iglesia como modelo para el pueblo cristiano tiene especial significación para los que como él queremos vivir con pasión el ministerio sacerdotal a ejemplo de Cristo, el Buen Pastor.

¹³⁷ BENEDICTO XVI, *Meditación sobre el ministerio del sacerdote* (4/4/2010).

¹³⁸ BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un año sacerdotal* (16/6/2009).

¹³⁹ S. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio II* (PG 35, 479).

¿Cómo entendió don Manuel el sacerdocio? ¿Qué entendía él por ser sacerdote? A don Manuel le fue fácil calar en lo que era un sacerdote, porque vivió desde el principio el auténtico ideal sacerdotal. Así lo dejó escrito de su pluma:

«Jesús de mi sacerdocio, que yo me ocupe y llene ofreciéndome constantemente y sin mentira como la hostia de alabanza y la alabanza a la Hostia. Que estén en concordancia en mí la vida con la alabanza y la Hostia. Que lleguen a identificarse ambas alabanzas»¹⁴⁰.

«El sacerdote no tiene horas de sacerdocio como el empleado las tiene de oficina. Es sacerdote de día y de noche; en su casa y en la calle; en sus bromas y en sus seriedades; entre sus feligreses y entre sus amigos; entre sus negocios y en sus obras de celo. En una palabra, no es un hombre y un sacerdote, es esto solo: un sacerdote».

Su obsesión: sacerdotes siempre y siempre víctimas. «Víctima y sacerdote a la vez como Él siempre sacerdote y siempre víctima, y por tanto, siempre haciendo el bien y no esperando nunca nada en pago... He aquí toda la ocupación de la Iglesia y de la vida del sacerdote, de su inteligencia, de su corazón, de su sensibilidad, de sus manos, de sus pies, de sus sentidos, de sus días y de sus noches, de su influencia, de todo lo suyo...»

Y como resumen de su anhelo por ser sacerdote cabal, dejó escrito:

«Corazón de Jesús, que el gozo sobre todo gozo de mi vida, capaz de endulzar todas mis amarguras y hacer llevaderas y hasta alegres todas mis cruces, sea esto sólo: pensar y saborear que ¡soy sacerdote!».

3. El sacerdocio, gran regalo de Cristo a su Iglesia

Queridos ordenandos: ¿Sois conscientes del gran don que Cristo os ofrece? Decía San Juan María Vianney:

«¡Oh! Ser sacerdote es algo verdaderamente extraordinario [...] Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor [...] El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra [...] ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; él es el ecónomo del Buen Dios, el administrador de sus bienes [...] El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para los demás [...]»¹⁴¹.

¹⁴⁰ OBISPO MANUEL GONZÁLEZ, *Diario espiritual*, abril 1934, n. 98.

¹⁴¹ JEAN-MARIE VIANNEY, *Sa Pensée, Son Cœur*, Présentés par B. NODET, Les Éditions du Cerf, Paris 2009, pp. 100-102.

Y continúa diciendo el patrono de los sacerdotes del mundo:

«Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos a Nuestro Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir, ¿quién la resucitará? ¿Quién le dará el descanso y la paz? También el sacerdote»¹⁴².

San Juan de Ávila, patrón del clero secular español y pronto, si Dios quiere, Doctor de la Iglesia, dice así refiriéndose al sacerdote:

«¡Oh venerada dignidad de los sacerdotes, en cuyas manos se encarna, el Hijo de Dios! ¡Oh sagrado y celestial misterio, que por medio del sacerdote, Padre, Hijo y Espíritu Santo actúas! En un instante, el mismo Dios que impera en el cielo, se pone en manos del sacerdote en el Sacramento. Queda atónito el cielo, se admira la tierra, tiembla el hombre, se horroriza el infierno, se espanta el diablo y lo adoran los altos coros de los ángeles»¹⁴³.

Queridos ordenandos: el Señor os confía el tesoro de sus sacramentos. En su nombre podréis decir: «esto es mi Cuerpo», «esta es mi Sangre». Dejaos atraer siempre de nuevo a la santa Eucaristía, a la comunión de vida con Cristo. Considerad como centro de toda jornada el poder celebrarla de modo digno. Conducid siempre de nuevo a los hombres a este misterio. A partir de ella, ayudadles a llevar la paz de Cristo al mundo.

4. Os encargo de manera especial a los jóvenes, vosotros lo sois

Con palabras pronunciadas por el Papa en la JMJ de Madrid a la que acudisteis os recuerdo: «Es urgente ayudar a los jóvenes discípulos de Jesús a mantenerse firmes en la fe y asumir la bella aventura de anunciarla y testimoniarla abiertamente con su propia vida»¹⁴⁴.

Desgraciadamente, «se les acosa queriendo apartarlos de Él, privándolos de los signos de su presencia en la vida pública, y silenciando hasta su santo Nombre. Pero yo vuelvo a decir a los jóvenes, con todas las fuerzas de mi corazón: que nada ni nadie os quite la paz; no os avergoncéis del Señor»¹⁴⁵.

¹⁴² *Ibidem*. pp. 100–102.

¹⁴³ S. JUAN DE ÁVILA, *Tratado sobre el sacerdocio*, 3.

¹⁴⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de bienvenida JMJ Madrid (18/8/2012)*.

¹⁴⁵ *Ibidem*.

Queridos jóvenes: hoy sois muchos los que habéis venido de toda la Diócesis, incluso de fuera de ella acompañando a estos cinco hermanos nuestros, vuestros amigos. El Señor ha querido también servirse del testimonio de sus vidas entregadas para hablaros al corazón. Quizá, alguno de vosotros sienta en este día el impulso decisivo del Espíritu para responder a Dios con generosidad. Por este motivo, permitidme que con el Santo Padre os diga:

«¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera... Él no quita nada, y lo da todo.

Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo.

Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida»¹⁴⁶.

Termino, dándoos a todos la enhorabuena. A los nuevos sacerdotes, a sus familias, sus comunidades, y especialmente a vosotros, sacerdotes. Felicidades y gracias. Este año ha vuelto a florecer la vara de San José. Sentíos conmigo felices por este regalo de cinco nuevos hermanos para nuestro presbiterio. A partir de hoy, sus manos se unen a las nuestras bien cogidas en las redes del Reino. Gracias, por compartir camino a mi lado en los senderos hermosos y no siempre fáciles del evangelio. Gracias, por vuestra vida entregada y la ilusión con la que cada día ofrecéis a Dios y su Iglesia el regalo de vuestro ministerio.

A la protección de la Virgen Santa María, Madre de la Iglesia y de los sacerdotes y a la de su esposo San José os encomiendo a todos. Que el Señor nos conceda por intercesión de la Señora y de su siervo justo, fiel y obediente, vivir siempre consagrados en justicia y santidad.

¹⁴⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía en el inicio del pontificado* (24/4/2005).

10. EL SACERDOCIO, TESTIMONIO DE FIDELIDAD Y AMOR

*Misa Crismal
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 6 de abril de 2009*

1. El sacerdote da a Jesucristo y se da a Jesucristo. Etimológicamente, «sacerdote» hace referencia a aquella persona cuya función es ofrecer al pueblo lo que es sagrado, lo santo. Y para nosotros el Santo por excelencia, el tres veces santo es solo Dios, que se ha hecho uno de nosotros en la persona de Jesús nazareno. En una sociedad plagada de ofertas y solicitudes, de llamadas y anuncios que buscan acaparar nuestra atención, el sacerdote es la persona enviada con la única e insustituible misión de dar al mundo lo más valioso que la Iglesia posee: a Jesucristo.

Cierto que en no pocas ocasiones habremos de dedicar tiempo a preparar actividades de animación juvenil o infantil... pero no somos animadores socio-culturales. Es verdad que tendremos que abrir nuestras puertas a las necesidades materiales muchas veces acuciantes de quienes acudan a nosotros... pero no somos ONG's. Es muy posible que las obras y las restauraciones emprendidas en nuestros templos nos quiten gran parte de nuestro tiempo... pero no olvidemos que no pertenecemos al ramo de la construcción. Y aun teniendo que gastar nuestras energías en estas y otras mil actividades, hemos de tener siempre a la vista que nuestro ministerio, nuestro servicio no es otro que el de ofrecer a nuestros fieles lo único que verdaderamente necesitan: a Jesucristo y su Palabra de salvación.

Configurado con Cristo, el sacerdote sabe que su vida consiste no sólo en «dar a Jesucristo» sino también «darse a Jesucristo». Porque el Señor no quiere sacrificios ni víctimas expiatorias; no se conforma con las migajas de nuestro tiempo libre; no le agrada ser el segundo plato de nadie; Él nos ha llamado a ser sus discípulos cercanos, sus confidentes y amigos, y por eso nos pide el ciento por uno. El Señor nos dijo el día de nuestra ordenación presbiteral:

«Necesito tus manos para seguir bendiciendo,
necesito tus labios para seguir hablando,
necesito tu cuerpo para seguir sufriendo,
necesito tu corazón para seguir amando,
te necesito para seguir salvando:
continúa conmigo, hijo»¹⁴⁷.

¹⁴⁷ MICHEL QUOIST, *Oraciones para rezar por la calle*, 86.

Nuestra respuesta, entonces, ha de ser la del salmista: «He aquí que me has dado un cuerpo. Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Sal 2), para seguir tus pasos junto a Ti, detrás de Ti, cerca de Ti, hasta donde me quieras llevar.

2. El sacerdote, ordenado para edificar y pontificar. Un conocido teólogo formuló esta luminosa y acertadísima afirmación: «La Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía». La Eucaristía, *sacramentum caritatis*, es decir, sacramento del amor, es la argamasa que une a los bautizados entre sí y a éstos con su Cabeza, Jesucristo. De este modo, la Iglesia se va consolidando, continúa creciendo y va echando raíces «hasta los confines del mundo». El Señor ha confiado una tarea muy hermosa a los sacerdotes: edificar la porción de Iglesia que les ha sido confiada por medio de los sacramentos, y de modo muy especial por medio de la celebración eucarística. Para ello, la Eucaristía ha de ser el centro y el núcleo de la vida espiritual sacerdotal. Porque somos conscientes de que no podemos construir sobre cimientos blandos, sobre arenas movedizas. Hemos de levantar el edificio de la Iglesia sobre una roca fuerte: Cristo es la piedra angular sobre la que apoyamos nuestro sacerdocio ministerial. No hay otro fundamento más fiable y duradero.

Puesto entre los hombres y Dios, el sacerdote no sólo «edifica la Iglesia» sino también «pontifica en la Iglesia», es decir, es pontífice, constructor de puentes entre Dios y los hombres. El sacerdote, «hombre de comunión».

11. «TÚ ERES SACERDOTE ETERNO»

Misa Crismal
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 29 de marzo de 2010

1. Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote. Queridos hermanos sacerdotes, celebramos esta Misa Crismal en el contexto del Año Jubilar Sacerdotal, cuyo lema incide en la unión que existe entre la fidelidad de Cristo y la fidelidad de cada uno de los sacerdotes. Tengamos, pues, a la vista lo que dijo el Santo Padre el Jueves Santo del año pasado, en la Basílica de San Pedro, al recordar que nuestro sacerdocio está enraizado en el único sacerdocio de Jesucristo:

«En último término hay *un único* sacerdote de la Nueva Alianza, Jesucristo mismo. Por tanto, el sacerdocio de los discípulos sólo puede ser participación en el sacerdocio de Jesús. Así, pues, nuestro ser sacerdotes no es más que un nuevo y radical modo de unión con Cristo... Unirse a Cristo supone la renuncia. Comporta que no queremos imponer nuestro rumbo y nuestra voluntad... que nos aban-

donamos a Él, donde sea y del modo que Él quiera servirse de nosotros... En el "sí" de la Ordenación sacerdotal hemos hecho esta renuncia fundamental... Pero hace falta cumplir día tras día este gran "sí" en los muchos pequeños "sí" y en las pequeñas renunciaciones... Entonces experimentamos en medio de las renunciaciones, que en un primer momento pueden causar dolor, la alegría creciente de la amistad con Él»¹⁴⁸.

Amistad, comunión, fidelidad a Cristo, son palabras que podrían resumirse en la siguiente frase pronunciada por el Señor la noche en que iba a ser entregado, cuando estaba en el Cenáculo con los apóstoles: «Conságralos en la verdad» (Jn 17,19). Éste es el ruego que el Hijo dirige al Padre: que nos consagre en la verdad. Expresado de otro modo, que estemos inmersos en la Verdad, en Cristo, por medio de la oración,

«en la que nos ejercitamos en la amistad con Él y también aprendemos a conocerlo: en su modo de ser, pensar, actuar. Orar es un caminar en comunión personal con Cristo, exponiendo ante Él nuestra vida cotidiana, nuestros logros y fracasos, nuestras dificultades y alegrías: es un sencillo presentarnos a nosotros mismos delante de Él... Celebrar la Eucaristía quiere decir orar. Celebramos correctamente la Eucaristía cuando entramos con nuestro pensamiento y nuestro ser en las palabras que la Iglesia nos propone... Y, como sacerdotes, en la celebración eucarística somos aquellos que, con su oración, abren paso a la plegaria de los fieles de hoy»¹⁴⁹.

2. Es necesario volver al confesonario. En su carta de convocatoria para el Año Sacerdotal, Benedicto XVI ponía en el centro a san Juan María Vianney como ejemplo y modelo para los sacerdotes. Afirmo el Papa que el santo cura de Ars, del que celebramos el 150º aniversario de su *dies natalis*, «ejerció de manera heroica y fecunda el ministerio de la Reconciliación». De este gran santo los sacerdotes podemos aprender «no sólo una confianza inagotable en el Sacramento de la Penitencia, que nos anima a colocarlo en el centro de nuestras preocupaciones pastorales, sino también el método del "diálogo de salvación" que en él se debe desarrollar»¹⁵⁰.

El pasado 11 de marzo, en una Audiencia a los participantes de un curso de la Penitenciaría Apostólica, Benedicto XVI les recordaba la necesidad que tiene esta sociedad en que vivimos de encontrar administradores de la misericordia divina. En efecto:

¹⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa Crismal* (9/4/2009).

¹⁴⁹ *Ibidem*.

¹⁵⁰ BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un año sacerdotal* (16/6/2009).

«Vivimos en un contexto cultural marcado por la mentalidad hedonista y relativista, que tiende a eliminar a Dios del horizonte de la vida, no favorece la adquisición de un marco claro de valores de referencia y no ayuda a discernir el bien del mal y a madurar un sentido correcto del pecado... Si nos fijamos en el contexto cultural en el que vivió san Juan María Vianney, vemos que, en varios aspectos, no era muy distinto del nuestro. De hecho, también en su tiempo existía una mentalidad hostil a la fe... En esas circunstancias, el santo cura de Ars... vivió con radicalidad el espíritu de oración, la relación personal e íntima con Cristo, la celebración de la santa Misa, la adoración eucarística y la pobreza evangélica; así fue para sus contemporáneos un signo tan evidente de la presencia de Dios, que impulsó a numerosos penitentes a acercarse a su confesonario»¹⁵¹.

Las palabras del Papa se convierten en súplica y anhelo dirigidos a elevar nuestro aprecio por este sacramento, en el que se derrama el amor perdonador del Padre. Benedicto XVI insiste, por lo mismo, en que «es necesario volver al confesonario... para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la Misericordia Divina, junto a la Presencia real en la Eucaristía»¹⁵². Frente a la profunda crisis que afecta a este sacramento, el Papa nos pide a los sacerdotes que nos dejemos interpelar y descubramos en qué hemos de cambiar, en qué aspecto debemos convertirnos para recolocar el sacramento de la Reconciliación en el lugar que le corresponde:

«Queridos sacerdotes, ¡qué extraordinario ministerio nos ha confiado el Señor! Así como en la celebración eucarística Él se pone en manos del sacerdote para seguir estando presente en medio de su pueblo, de forma análoga en el sacramento de la Reconciliación se confía al sacerdote para que los hombres experimenten el abrazo con el que el padre acoge al hijo pródigo, restituyéndole la dignidad filial y la herencia (cf. Lc 15,11–32)»¹⁵³.

3. «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec». El autor de la carta a los Hebreos, único libro de la Sagrada Escritura que utiliza el término sacerdote referido a Jesucristo, cita un versículo del salmo 110. De este modo, el autor trata de hacernos caer en la cuenta de que Cristo es el verdadero Hijo de Dios, según la promesa expresada en el salmo 2,7, pero también Él es el Sacerdote de la nueva Alianza, el que intercede y ruega por nosotros al Padre, colocán-

¹⁵¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el curso sobre el Fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica* (11/3/2010).

¹⁵² *Ibidem*.

¹⁵³ *Ibidem*.

dose como mediador entre Dios y la Humanidad. Ésta es la misión fundamental que también se nos reclama a los presbíteros del tercer milenio:

«Para ser realmente mediador entre Dios y el hombre, el sacerdote debe ser hombre. Esto es fundamental y el Hijo de Dios se hizo hombre precisamente para ser sacerdote, para poder realizar la misión del sacerdote. Debe ser hombre, pero por sí mismo no puede hacerse mediador hacia Dios. El sacerdote necesita una autorización, una institución divina, y sólo perteneciendo a las dos esferas –la de Dios y la del hombre– puede ser mediador, puede ser "puente". Esta es la misión del sacerdote: combinar, conectar estas dos realidades aparentemente tan separadas, es decir, el mundo de Dios –lejano a nosotros, a menudo desconocido para el hombre– y nuestro mundo humano. La misión del sacerdocio es ser mediador, puente que enlaza, y así llevar al hombre a Dios, a su redención, a su verdadera luz, a su verdadera vida»¹⁵⁴.

Configurado con Cristo, el sacerdote sabe que injertado en el Buen Pastor como el sarmiento a la cepa de la viña, puede hacer de su vida consagrada una verdadera alabanza a Dios y un servicio fecundo al Pueblo que se le ha confiado. En efecto, «un sacerdote debe ser realmente un hombre de Dios, debe conocer a Dios de cerca, y lo conoce en comunión con Cristo. Por lo tanto, debemos vivir esta comunión; y la celebración de la santa Misa, la oración del Breviario, toda la oración personal, son elementos del estar con Dios, del ser hombres de Dios. Nuestro ser, nuestra vida, nuestro corazón deben estar fijos en Dios, en este punto del cual no debemos salir, y esto se realiza, se refuerza día a día, también con breves oraciones en las cuales nos unimos de nuevo a Dios y nos hacemos cada vez más hombres de Dios, que viven en su comunión y así pueden hablar de Dios y guiar hacia Dios»¹⁵⁵.

Puesto entre los hombres y Dios, el sacerdote no sólo «edifica la Iglesia» sino también «pontifica en la Iglesia», es decir, es pontífice, constructor de puentes entre Dios y los hombres. El sacerdote es «hombre de comunión» y uno de los aspectos en que ejerce esta comunión es compartiendo, en las circunstancias difíciles y graves que nos toca vivir, el sufrimiento y el dolor de tantos hermanos nuestros:

«La carta a los Hebreos subraya nuestra humanidad de un modo que nos sorprende, porque dice: debe ser una persona con "compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza" (5,2)... Un elemento esencial de nuestro ser hombre es la compasión, el sufrir con los demás: ésta es la

¹⁵⁴ BENEDICTO XVI, *Encuentro con el clero de la Diócesis de Roma* (18/2/2010).

¹⁵⁵ *Ibidem*.

verdadera humanidad. No es el pecado, porque el pecado nunca es solidaridad, sino que siempre es falta de solidaridad, es vivir la vida para sí mismo, en lugar de darla. La verdadera humanidad es participar realmente en el sufrimiento del ser humano, significa ser un hombre de compasión, es decir, estar en el centro de la pasión humana, llevar realmente con los demás sus sufrimientos, las tentaciones de este tiempo...

El sacerdote, como Cristo, debe entrar en la miseria humana, llevarla consigo, visitar a las personas que sufren, ocuparse de ellas, y no sólo exteriormente, sino tomando sobre sí mismo interiormente, recogiendo en sí mismo, la "pasión" de su tiempo, de su parroquia, de las personas que le han sido encomendadas. Así mostró Cristo el verdadero humanismo... Los sacerdotes no podemos retirarnos en un Elíseo, sino que estamos inmersos en la pasión de este mundo y, con la ayuda de Cristo y en comunión con Él, debemos intentar transformarlo, llevarlo hacia Dios»¹⁵⁶.

12. CON ALEGRÍA PERMANENTE: SOMOS SERVIDORES

*Homilía en las bodas de oro sacerdotales de
D. Rafael Palmero y discípulos
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 30 de julio de 2009*

1. Gratitud muy sincera a vosotros, hermanos y hermanas, que sintonizáis espiritualmente con nosotros, sacerdotes unos de nuestro Presbiterio, de Toledo, de Palencia, miembros de la Vida religiosa otros, y fieles seglares los más. Somos sacerdotes para vosotros y a vosotros seguiremos entregados.

2. Nuestra Eucaristía de hoy se enmarca en el **Año Sacerdotal**, convocado por el Papa Benedicto XVI en el 150º aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, «verdadero ejemplo de Pastor al servicio del rebaño de Cristo» y «faro» de este nuevo itinerario espiritual.

Tiene como lema el año: «Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote» y trata de señalar con ello la primacía absoluta de la gracia. «Nosotros amamos porque Él nos amó primero» (1 Jn 4,19) y, al mismo tiempo, la indispensable y cordial adhesión de la libertad que sabe amar y que recuerda que el amor es también «fidelidad», veracidad, lealtad.

¹⁵⁶ *Ibidem.*

Unidos a vosotros, queridos concelebrantes, y a todos los sacerdotes del mundo, dirijo a la Madre de los sacerdotes, en nombre y a favor de todos los del mundo, una bella oración que compuso el Siervo de Dios don Ángel Riesco, nuestro Vicario General de Astorga y más tarde Obispo, Fundador de las Misioneras Apostólicas de la Caridad:

«Cuidad, Señor, a los sacerdotes, cuyas vidas se consumen ante Vuestro Altar, porque son Vuestros.

Protegedlos, porque están en el mundo, aunque no pertenezcan al mundo.

Cuando les tienten y les seduzcan los placeres terrenos, acogedlos en Vuestro Corazón.

Confortadlos en las horas de tristeza y de soledad, cuando toda su vida de sacrificio por las almas les parezca inútil.

Cuidadlos y acordaos, ¡oh Señor!, de que no tienen más que a Vos, y de que sus corazones son humanos y frágiles.

Guardadlos tan puros como la Hostia que diariamente acarician.

Dignaos, Señor, bendecir todos sus pensamientos, palabras y acciones.

Virgen María, Reina y Madre de los sacerdotes, tutelad su vida y rogad por ellos.

Madre de los sacerdotes, ¡Rogad por ellos!».

Pronto, si Dios quiere, podré ofreceros esta oración como recuerdo de este momento.

3. Mis condiscípulos y yo fuimos ordenados en el año 1959, ellos en junio y yo en septiembre, ante **la Inmaculada de nuestro querido Seminario de Astorga, Patrona igualmente del de Orihuela**, siendo Papa Juan XXIII, de feliz memoria. Él quiso y procuró, con la convocatoria y la celebración del Concilio Vaticano II, el *aggiornamento*, es decir, la puesta al día de la Iglesia Madre en su relación con el mundo, tendente a que el sagrado depósito de la doctrina católica fuera custodiado y enseñado de modo más eficaz. Buena encomienda la que hizo a los sacerdotes venerables, a los de mediana edad y a los más jóvenes. Pronto, muy pronto, pudimos compartir con los hermanos el fruto gozoso y también el dolor por las interpretaciones abusivas del Concilio y del *aggiornamento* inspirado en él...

4. No es momento de hacer balance alguno, ni pienso que debamos hacerlo nosotros. Sí, en cambio, ocasión propicia para levantar las manos y, con las manos, la mente y el corazón al cielo. Comparto, pues, con todos vosotros:

- La **acción de gracias** comunitaria al Señor y a la Señora, acción de gracias que brota de los más profundo de nuestro ser.
- Nuestra **petición de perdón** por las faltas, debilidades y pecados. Petición que nos mueve a repetir las palabras del Salmo 25: «Lavo mis manos en prueba de mi inocencia y ando en torno a tu altar, Señor, para prorrumpir públicamente en himnos de alabanza y pregonar todas tus maravillas» (vv. 6 y 7). Se resume en estos versos la disposición con que hemos de acercarnos cada día a ofrecer a Dios el sacrificio. Por eso se recitan en el momento del lavado, poco antes del canon.
- Y la conveniencia de **reavivar el don de Dios**, que está en nosotros por la imposición de las manos; pues «Dios no nos dio espíritu de cobardía, sino de fortaleza y de templanza» (cf. 2 Tim 1.6–7).

Recordad, dice a este respecto el querido P. Manuel Iglesias, jesuita, exégeta excelente, que «reavivar» es atizar, espabilar un fuego medio apagado. El Concilio de Trento recogió estos versos al definir el dogma de fe que el Sacramento del Orden no es un simple rito, sino «verdadera y propiamente uno de los siete sacramentos de la santa Iglesia»¹⁵⁷.

5. En quinto lugar –lo piensa un hermano sacerdote, y con él subo a su carro–, es éste un momento propicio para reafirmar el **compromiso de seguir trabajando en la Viña del Señor** hasta que Él quiera. El número 40, explica San Agustín, en contexto casi siempre de ayuno y cuaresma, además de significar la totalidad de la vida presente, invita a no adherirse a este mundo. Si a este tiempo presente de fatiga y de espera, se le añade el 10, denario de recompensa, se significa con el 50 la vida eterna. «Simboliza la vida futura, donde se alabará a Dios por siempre. La plenitud y la felicidad perfecta consiste en una inteligencia ágil y en una vida santa; en caso de no poder contar con ambas cosas, es preferible la vida santa a la ágil inteligencia»¹⁵⁸. Encomendamos a los cuatro condiscípulos que ya nos han dejado, y que hoy son intercesores y abogados ante el Señor.

Pedro Núñez, que no ha podido acompañarnos, me escribe diciendo:

«Uno mi oración a la vuestra por esos queridos condiscípulos que ya partieron a la casa del Padre; y, recordando una antífona de después de la comunión de una de las Misas de difuntos, que a mí me gusta mucho, rezo así: "Tú, Señor, que eres el descanso después del trabajo, Tú que eres la vida después de la muerte, concede a Faustino, a Teodoro, a Serafín y a Bernardo el descanso y la vida eterna".

¹⁵⁷ DS 1766; 1773.

¹⁵⁸ S. AGUSTÍN, *Sermón* 252, 12.

Recordemos también a nuestros enfermos, que no pueden asistir: Miguel, Quintiliano, Bienve, Jesús, Vicente... ¡Les queremos, aunque quizá debamos manifestárselo con más frecuencia y detalles!».

Sigamos, pues, recorriendo juntos el tramo final de nuestra vida, con la recomendación a la vista de San Pablo: «Ahora quedan estas tres cosas: fe, esperanza y caridad ¡pero la más grande de ellas es la caridad!» (1 Cor 13,13).

Vamos camino del cielo, sí, somos conscientes de ello. Estamos más cerca de Dios que nunca. Allí arriba no hará falta la fe, porque veremos cara a cara a Dios y a los hermanos. Tampoco la esperanza, ya que poseeremos al Todo, al Absoluto, sin riesgo alguno. Permanecerá el amor de caridad. Llamo caridad, dice San Agustín, el movimiento del alma que nos conduce a gozar de Dios por Él mismo, y de nosotros y del prójimo por Dios. Y siempre a la vista este santo Obispo tan querido, matiza: la caridad nos hace humildes servidores. Más aún: «todo lo espantoso y cruel, el amor lo hace absolutamente fácil».

Nuestro querido Papa Benedicto XVI, en su reciente encíclica *Caritas in veritate*, recuerda y recomienda:

«La fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios. La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como tarea solidaria y gozosa»¹⁵⁹.

Amén. Así sea.

¹⁵⁹ CinV 78.

IV. EL MINISTERIO DEL DIÁCONO

1. CRISTO SE HA HECHO «DIÁCONO», SERVIDOR DE TODOS

*Ordenación de tres diáconos permanentes
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 26 de diciembre de 2007*

Bienvenidos todos, hermanos y hermanas, a esta Catedral de «El Salvador», que ha venido a redimirnos. Bienvenidos, sí, en esta fiesta de san Esteban, protomártir y protodiácono de la Iglesia. «Ayer celebramos el nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos el triunfal martirio de su soldado»¹.

1. El Diaconado es el primer grado del Sacramento del Orden

Cuando la constitución *Lumen Gentium*, del Concilio Vaticano II, explica los grados del sacramento del Orden, precisa: «El ministerio eclesiástico, de institución divina, es ejercido en diversos órdenes por aquellos que, ya desde antiguo, reciben los nombres de Obispos, presbíteros y diáconos»². En efecto, «la doctrina católica, expresada en la liturgia, el magisterio y la práctica constante de la Iglesia, reconocen que existen dos grados de participación ministerial en el sacerdocio de Cristo: el episcopado y el presbiterado»³. En el grado inferior de la jerarquía están los diáconos, que reciben la imposición de las manos, «no en orden al sacerdocio, sino en orden al ministerio»⁴. De ahí que el término *sacerdos* designe «a los Obispos y a los presbíteros, pero no a los diáconos. Sin embargo, la doctrina católica enseña que los grados de participación sacerdotal (episcopado y presbiterado) y el grado de servicio (diaconado) se confieren los tres por un acto sacramental llamado "ordenación", es decir, por el sacramento del Orden»⁵.

¹ S. FULGENCIO DE RUSPE, *Sermón* 3,1.

² LG 28.

³ CEC n. 1554.

⁴ LG 29.

⁵ CEC n. 1554.

Hoy es un día memorable para nuestra Diócesis. Por primera vez van a ser ordenados diáconos permanentes tres varones casados que, tras un atento proceso de discernimiento vocacional y de formación teológica, espiritual y pastoral, serán enviados, en su momento, como los demás trabajadores de la Viña del Señor, a atender y cuidar las parcelas que se les encomienden. Os recibimos con afecto sincero y entrañable, queridos ordenandos. Y os acogemos con las manos tendidas y nuestros corazones abiertos.

Hago mías, en este momento, las palabras de aquel gran Obispo que fue martirizado el año 107 d.C., san Ignacio de Antioquía, y que escribió en una de sus cartas: «Que todos reverencien a los diáconos como a Jesucristo, como también al Obispo, que es imagen del Padre, y a los presbíteros como al senado de Dios y como a la asamblea de los apóstoles: sin ellos no se puede hablar de Iglesia»⁶.

2. Diáconos permanentes y diáconos que se preparan al presbiterado

En el Concilio Vaticano II, la Iglesia latina restableció el diaconado «como un grado particular dentro de la jerarquía»⁷. Este diaconado permanente, que puede ser conferido a hombres casados, constituye un enriquecimiento importante para la misión de la Iglesia. Por ello, es muy conveniente que aquéllos que son invitados a ejercer este servicio y responden a la llamada del Señor «sean fortalecidos por la imposición de las manos transmitida ya desde los Apóstoles y se unan más estrechamente al servicio del altar, para que cumplan con mayor eficacia su ministerio por la gracia sacramental del diaconado»⁸.

El diaconado permanente, repito, no es algo nuevo en la Iglesia. La inspiración de llamar a algunos cristianos a cuidar de las necesidades materiales de los hermanos pobres de la comunidad nació en la Iglesia primitiva, como relata el libro de los Hechos de los Apóstoles (6,1-7). El Concilio Vaticano II quiso restaurar el diaconado permanente con la voluntad y el deseo, compartidos, de hacer a la Iglesia más presente en lo que hoy llamamos «nuevas pobrezas».

El diácono no es ni un «mini-presbítero» ni un «super-laico». El diácono tiene su puesto, como ministro ordenado, en la misión de vivir los tres ámbitos de la diaconía, unido siempre a su Obispo y los presbíteros:

- El servicio de la Liturgia.
- El servicio de la Palabra.
- El servicio de la Caridad.

⁶ S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Tralianos*, 3,1.

⁷ LG 29.

⁸ AG 16.

Los diáconos permanentes son hombres casados, insertados en su mundo profesional. Su ministerio es vivido cotidianamente en contacto con los demás, a quienes ofrecen un testimonio de solicitud y atención. Están presentes entre los pobres, los enfermos, los marginados, los desfavorecidos de todo orden. Ellos hacen resonar el clamor del pobre en el interior de la comunidad cristiana, invitando a la caridad y ejerciéndola en nombre de todos. Por su presencia en los diversos ámbitos de la vida social, los diáconos permanentes pueden aproximarse también a los que viven en las fronteras de la evangelización, a los alejados de la Iglesia.

La diaconía es entrega, es consagración al servicio ministerial, del Señor y de los hermanos. De todos los hermanos, en especial de los más pobres. Nuestra Diócesis contará desde ahora con los primeros diáconos permanentes, que atenderán aspectos muy diversos de la tarea pastoral. «Los diáconos –explica Mons. Maziers– son dados por Dios a su pueblo como un sacramento, para que ellos vengan a ser un pueblo de servidores y devuelvan al mundo el sabor del servicio».

3. Vida de oración: recitación de Laudes y Vísperas

A tenor de las normas de la Conferencia Episcopal Española, «los diáconos permanentes celebran la Liturgia de las Horas por la que se unen a toda la Iglesia en la alabanza a Dios y en la oración por la salvación del mundo»⁹. Así pues, queridos ordenandos, vuestro día a día quedará enmarcado, sostenido y elevado por dos momentos principales en vuestro ministerio: la recitación de Laudes y de Vísperas. Ojalá lleguéis a hacerlo, en ocasiones al menos, con vuestras familias y con vuestras comunidades de fieles.

¿Razón de este compromiso? Tras la imposición de manos y la oración consecratoria, entráis a formar parte del orden clerical. Por eso, os obligáis en vuestra propia conducta a buscar la santidad por una razón peculiar, ya que, consagrados a Dios por la recepción de este sacramento, sois administradores de los misterios del Señor en servicio de su pueblo¹⁰.

Como se lee en la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, «los laudes matutinos están dirigidos y ordenados a santificar la mañana... Esta Hora, que se tiene con la primera luz del día, trae, además, a la memoria el recuerdo de la resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres (cf. Jn 1,9) y "el sol de la justicia" (Mt 3,20), "que nace de lo alto"

⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Primer decreto general sobre las normas complementarias al Código de derecho canónico* (26/11/1983), art. 1,3.

¹⁰ Cf. *Código de Derecho Canónico*, c. 276 §1.

(Lc 1,78)»¹¹. En cuanto a las Vísperas, se celebran por la tarde, cuando ya declina el día, «en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto»¹². También hacemos memoria de la redención por medio de la oración que elevamos «como el incienso en presencia del Señor», y en la cual «el alzar de nuestras manos» es «como ofrenda de la tarde» (*Salmo 140,2*)»¹³.

Sé que cada uno de vosotros, a quienes vamos a imponer las manos, podéis y queréis decirnos con vuestro silencio y vuestra actitud humilde: «Pedid a nuestro buen Dios que fortalezca la fe, incremente el amor y aumente la paz en nuestros días. Que me haga a mí, su humilde siervo, idóneo para su tarea y útil para vuestra edificación, y me conceda prestar un servicio tal que, junto con el tiempo que se me conceda, crezca mi entrega. Amén». Es una oración bellísima de san León Magno.

Quiera el Señor, hermanos, que estos primeros diáconos permanentes, ordenados para las tareas del servicio en nuestra Diócesis, y los que sigan sus pasos –algunos otros se están preparando ya–, realicen con alegría interior de parte suya, con gozo compartido por nuestras comunidades, y, cómo no, con provecho espiritual para todos, un servicio grande y provechoso en el ministerio de la palabra, del culto divino, del cuidado pastoral y de la atención a la caridad.

Agradezco el esfuerzo y la colaboración de quienes, día a día y con tesón, han dado los primeros pasos en orden a implantar el diaconado permanente en nuestra Diócesis de Orihuela–Alicante. Mi enhorabuena cordialísima a ellos, y con ellos a sus esposas e hijos, que en clima familiar han descubierto esta vocación y han querido acompañar a los ordenandos. ¡Que el Señor os lleve siempre de su mano, a vosotros y a todos los vuestros! Y vuestros serán en adelante los que el Señor ponga a vuestro cuidado.

¹¹ *Ordenación general de la liturgia de las horas*, n. 38.

¹² S. BASILIO EL GRANDE, *Regulæ fusius tractatæ* (PG 31, 1015).

¹³ *Ordenación general de la liturgia de las horas*, n. 39.

2. DIÁCONOS PARA SERVIR

*Ordenación de diáconos
Colegio de Santo Domingo
Orihuela, 6 de octubre de 2007*

1. Al congregarnos hoy en este hermoso templo de Santo Domingo, canteira de vocaciones, nuestro corazón se eleva a la Trinidad Beatísima y a la Virgen del Rosario por el don del diaconado que van a recibir estos hermanos, Franciscanos de María 3 de ellos, alumnos otros 6 de nuestro Seminario. Diocesanos todos de Orihuela–Alicante.

Cumple el Señor, como veis, la palabra dada a su Iglesia el día de la Ascensión: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt 28–10). He aquí la profunda realidad sobrenatural y divina que el Espíritu Santo pone ante nuestros ojos: la presencia misteriosa de Cristo en su Iglesia, la fuerza de la condescendencia de Dios Padre con nosotros, «elige a algunos – como reza el prefacio de la Misa de Órdenes– para hacerlos partícipes, por la imposición de las manos, de su ministerio santo, y para que, en su nombre, sirvan a sus hijos el banquete pascual, sostengan a su pueblo en el amor y lo alimenten con su palabra».

Enhorabuena cordialísima, queridos, valientes y decididos jóvenes. Enhorabuena a vosotros y a todos los vuestros.

Al recibir el sacramento del orden, seréis constituidos por Jesucristo diáconos, ministros suyos, y seréis dotados de potestad suficiente para desempeñar en nombre de la Iglesia, las funciones específicas que se os asignen. De ahí que pidamos juntos: «Te rogamos, Señor, les concedas disponibilidad para la acción y que en el ejercicio humilde de su ministerio perseveren siempre en la plegaria»¹⁴.

2. «Tomados de entre los hombres, vais a ser constituidos a favor de los hombres para las cosas que miran al servicio de Dios» (Heb 5,1–2). De tal modo que, a través de vuestro ministerio –de vuestra diakonía– Cristo mismo aplicará su obra redentora a favor de todos los hombres, y va a seguir edificando su Iglesia. Con profundo realismo nuestro querido Papa Benedicto XVI recoge en su libro *Jesús de Nazaret* una frase memorable del jesuita alemán Alfred Delp, que fue ejecutado por los nacional socialistas: «El pan es importante, la libertad es más importante, pero lo más importante de todo es la fidelidad constante y la adoración jamás traicionada»¹⁵.

¹⁴ *Colecta de la Misa.*

¹⁵ J. RATZINGER–BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Esfera de los libros, Madrid 2007, p. 57.

Así, con alma sacerdotal habéis vivido la llamada dirigida a los seculares por el Concilio Vaticano II: «Los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo»¹⁶.

Con alma sacerdotal, es decir, con una disposición que lleva a convertir todas y cada una de las circunstancias ordinarias de la vida en ofrenda de adoración y de acción de gracias a Dios, en ofrenda de reparación por los pecados propios y ajenos, estáis esta mañana aquí.

Con alma sacerdotal, es decir, con el empeño de vivir constantemente unidos a Dios por la plegaria, y con un celo ardiente continuo por la salvación de las almas, vais a ser consagrados y enviados.

El Sacramento que os disponéis a recibir, reforzará esta orientación fundamental de vuestra dedicación al servicio de Dios y de los hermanos. Pero esta nueva llamada del Señor supone la coronación de vuestra vocación. Para ser santos, para conseguir la plenitud de la vida cristiana, el Señor ha dispuesto los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía: todos los fieles estamos llamados a ser santos y a vivir con radicalidad el Evangelio. Al recibir el orden sagrado no vais a ser, por lo mismo, más cristianos, pero sí que os sentiréis configurados de un nuevo modo con Cristo Jesús. El diaconado –y pronto el presbiterado– otorgarán un nuevo título –sacramental– a vuestro compromiso de entrega; y, al configuraros como ministros de Cristo Cabeza abrirá horizontes nuevos a vuestro servicio a la Iglesia.z

3. Con la ordenación diaconal, la Iglesia Madre os llama y os capacita para la específica misión de servicio que los Apóstoles confiaron a los siete varones escogidos, como auxiliares en el ministerio de la caridad. «Los diáconos –enseña el Concilio Vaticano II– reciben la imposición de las manos "no en orden al sacerdocio, sino en orden al ministerio". Y así confortados con la gracia sacramental, en comunión con el Obispo y su presbiterio, sirven al pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad»¹⁷.

Ved, pues, que vais a ejercitar diversas funciones en torno al Altar y en la administración de los sacramentos:

- Predicaréis la palabra de Dios. Meditadla y vividla previamente.
- Os esforzaréis por atender celosamente a los más necesitados e indigentes en el cuerpo y en el alma. Hacedlo con toda caridad.
- Recitaréis diariamente, en nombre de la Iglesia, la Liturgia de las Horas, haciéndoos portavoces ante Dios de los anhelos y súplicas de to-

¹⁶ LG 34.

¹⁷ LG 29.

dos los hombres. Vuestro ministerio público se hará patente a todos mediante el uso del traje sacerdotal, también como expresión de vuestra actitud –indeclinable deber– de servicio permanente a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

- Finalmente, la promesa del celibato pondrá hoy un gozoso resello a vuestra entrega, «como signo y estímulo al mismo tiempo de la caridad pastoral y fuente particular de fecundidad espiritual en el mundo»¹⁸. Veréis que os hará más libres.

Os encarezco, en consecuencia, que seáis administradores fieles y responsables de los tesoros de gracia que la Iglesia pone en vuestras manos: sed dignos ministros del Señor, abnegados en el servicio a los demás, ejemplares en vuestra conducta, comprensivos y misericordiosos con todos, y, a la vez, firmes y celosos en la trasmisión y custodia del depósito de la fe y de la moral católica. Sentid sobre vuestras espaldas el peso –«suave y ligero» (Mt 11,30)– de la Iglesia entera, y amad cada día más a esta Esposa de Jesucristo, nuestra santa Madre Iglesia, necesitada en todo momento de hijos fieles. Ahora, en el tercer milenio de su historia y siempre.

4. El ministerio que vais a recibir tiene su centro y su raíz en la Eucaristía. Seréis ministros de la comunión eucarística y os disponéis a ser sacerdotes, para renovar *in Persona Christi Capitis* el Sacrificio del Calvario. ¡Con qué fuerza se nos invita a ser corredentores, a vivir *Cum Ipso*! Juan Pablo II, de feliz memoria, nos decía:

«Si Juan al pie de la cruz representa en cierto sentido a todos los hombres, a cada uno y a cada una, sobre los cuales se extiende espiritualmente la maternidad de la Madre de Dios, ¡cuánto más no será válido esto para cada uno de nosotros, llamados sacramentalmente al servicio sacerdotal de la Eucaristía en la Iglesia!»¹⁹.

Seréis, queridos ordenandos, «sal de la tierra y luz del mundo» (Mt 5,13) si vivís, con obras y en verdad, cimentados en la roca firme de Pedro, a quien Cristo mismo confió como Cabeza del Colegio Apostólico, el encargo de confirmarnos a todos en la fe (Lc 22,32) y de mantenernos unidos en el amor (Jn 21,15).

No quiero terminar sin dirigir una palabra de gratitud sincera a vuestros formadores, a vuestros padres y familiares, que hoy os acompañan, y a los hermanos que, por descansar ya en el Señor, están especialmente cercanos a nosotros en esta mañana. ¡Que Dios bendiga a todos! La Iglesia os debe gratitud.

¹⁸ PO 16.

¹⁹ JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes en el Jueves Santo (1988)*.

Habéis sido instrumentos en las manos de Dios para preparar en estos jóvenes el camino del sacerdocio, y habéis merecido que el Señor se parara en vuestros hogares para suscitar nuevos ministros de la Iglesia. Queridos padres, hermanos y amigos de los ordenandos, vuestra labor no ha terminado: seguid acompañando a estos hijos vuestros con cariño y, sobre todo, con la oración. Para que sean siempre y en todo fieles dispensadores de los misterios de Dios.

A la Virgen del Rosario, Omnipotencia Suplicante, encomendamos hoy a estos hermanos nuestros, Franciscanos de María, Seminaristas de la Inmaculada. Le pedimos que sepamos vivir con ellos, en profundidad, la vocación cristiana a la santidad. ¡Qué gran regalo del cielo! María, Madre, *Virgo Fidelis*, le decimos, ayúdanos a ser fieles a la llamada de tu Hijo; que cada uno pueda y sepa repetir contigo una y mil veces: «Hágase en mí, según tu palabra» (Lc 1,38). ¿Cabe mejor respuesta, más personal y comprometida, al amor entrañable que la Madre del cielo nos tiene? Con el Rosario en la mano. «El Rosario nos enseña –aseguraba el Papa Pablo VI– a vivir la vida de Jesús, no sólo con sino como María. Ella es la que mejor ha pensado en Él, lo ha amado y vivido».

3. «RECIBE EL EVANGELIO DE CRISTO, DEL QUE ERES HERALDO»

*Ordenación de diáconos y un diácono permanente
Parroquia de San Martín
Callosa de Segura, 4 de octubre de 2008*

1. El diaconado es el primer grado del Sacramento del Orden:

- Diaconado.
- Presbiterado.
- Episcopado.

Según el *Catecismo de la Iglesia Católica*,

«el ministerio eclesial, instituido por Dios, está ejercido en diversos órdenes que ya desde antiguo reciben los nombres de Obispos, presbíteros y diáconos. La doctrina católica, expresada en la liturgia, el magisterio y la práctica constante de la Iglesia, reconoce que existen dos grados de participación ministerial en el sacerdocio de Cristo: el episcopado y el presbiterado. El diaconado está destinado a ayudarles y a servirles. Por eso, el término *sacerdos* designa, en el uso actual, a los Obispos y a los presbíteros, pero no a los diáconos. Sin embargo, la doctrina católica enseña que los grados de participación sacerdotal [episcopado y presbiterado] y el grado de servicio [diaconado] son los tres conferidos por un acto sacramental llamado *ordenación*, es decir, por el sacramento del Orden:

Que todos reverencien a los diáconos como a Jesucristo, como también al Obispo, que es imagen del Padre, y a los presbíteros como al senado de Dios y como a la asamblea de los apóstoles: sin ellos no se puede hablar de Iglesia (San Ignacio de Antioquía)»²⁰.

2. La entrada en la viña del Señor, para trabajar en ella con dedicación es nobilísima. Se entra en ella con invitación previa. Invitación que se hace también a los pobres y a los sencillos, no sólo a los doctores, los sabios, los inteligentes. La Iglesia es de todos y para todos. La formamos todos los bautizados con Jesucristo a la cabeza. El Papa Benedicto XVI, con motivo de la *Jornada de Oración por las vocaciones*, decía:

«Para responder a la llamada de Dios y ponernos en camino, no es necesario ser ya perfectos. Sabemos que la conciencia del propio pecado permitió al hijo pródigo emprender el camino del retorno y experimentar así el gozo de la reconciliación con el Padre. La fragilidad y las limitaciones humanas no son obstáculo, con tal de que ayuden a hacernos cada vez más conscientes de que tenemos necesidad de la gracia redentora de Cristo. Ésta es la experiencia de san Pablo, que declaraba: "Muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo" (2 Co 12,9)... El poder divino del amor cambia el corazón del hombre, haciéndole capaz de comunicar el amor de Dios a los hermanos. A lo largo de los siglos muchísimos hombres y mujeres, transformados por el amor divino, han consagrado la propia existencia a la causa del Reino. Ya a orillas del mar de Galilea, muchos se dejaron conquistar por Jesús... Otros fueron escogidos personalmente por Él y llegaron a ser sus apóstoles»²¹.

Estad, pues, atentos a lo que pide la Iglesia para que deis una respuesta libre, total, definitiva. Se trata de la entrega de vuestra persona, de vuestra vida. Sé que, cuando hay que elegir, cuesta dejar todo lo demás porque se prefiere lo elegido a lo que dejamos. Pero por eso precisamente nuestra elección es responsable y es meritosa. Enumero:

- Elección de parte de Dios. Recordad las mediaciones, los momentos, las personas.
- Respuesta personal a dicha invitación/elección. Con dudas y vacilaciones, quizá, pero con decisión y valentía también.
- Compartiendo la fraternidad en un género de vida reservado a muy pocos.

²⁰ CEC n. 1554.

²¹ BENEDICTO XVI, *Regina Coeli* (7/5/2006).

- Colaborando en la misión de todos y haciendo posible, con vuestro ejemplo y vuestra ayuda, la respuesta personal de los demás.
- Sirviendo (*diaconía*) a la Palabra (Evangelio), al altar (Sacramentos), en la caridad (Amor).
- Mostrad siempre con vuestras obras la Palabra que proclamaréis...

Tenéis a dos pasos el sacerdocio –ya casi lo tocáis con las manos–, y seréis ministros, servidores, durante toda vuestra vida. Si la caridad no es genuina, no es auténtica, no es verdadera caridad.

En el atardecer de nuestra vida seremos examinados por el Amor acerca del amor. «Nadie te dirá –escribe san Agustín– al final de los tiempos: haz esto o lo otro. Es ahora el momento de merecer, de redimir el tiempo, de vivir la vida, como el Maestro, haciendo el bien». Viviendo el celibato por el reino de los cielos. «No hay que amar la perpetua castidad –precisa el santo Obispo de Hipona– por las ventajas que reporta a la vida de este siglo, sino mirando a la vida futura que se nos promete en el reino de los cielos»²². Y en otro pasaje: «No os es lícito amar tibiamente a aquél por quien habéis renunciado a amar hasta lo que os es lícito»²³.

3. Diáconos permanentes y diáconos que se preparan al presbiterado

«Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia latina ha restablecido el diaconado "como un grado particular dentro de la jerarquía", mientras que las Iglesias de Oriente lo habían mantenido siempre. Este diaconado permanente, que puede ser conferido a hombres casados, constituye un enriquecimiento importante para la misión de la Iglesia. En efecto, es apropiado y útil que hombres que realizan en la Iglesia un ministerio verdaderamente diaconal, ya en la vida litúrgica y pastoral, ya en las obras sociales y caritativas, "sean fortalecidos por la imposición de las manos transmitida ya desde los Apóstoles y se unan más estrechamente al servicio del altar, para que cumplan con mayor eficacia su ministerio por la gracia sacramental del diaconado"»²⁴.

El diaconado permanente, repito, no es algo nuevo en la Iglesia. La inspiración de llamar a algunos cristianos a cuidar de las necesidades materiales de los hermanos pobres de la comunidad nació en la Iglesia primitiva (cf. Hch 6,1–7). Los diáconos permanentes están insertados en su mundo profesional. Su ministerio es vivido cotidianamente en contacto con los demás, a quienes ofre-

²² S. AGUSTÍN, *Sobre la virginidad*, 22,22.

²³ *Ibidem*, 55,56.

²⁴ CEC n. 1571.

cen un testimonio de solicitud y atención. Están en medio de los pobres, con los enfermos, los marginados, los desfavorecidos de todo orden. Ellos, haciendo resonar el clamor del pobre en el interior de la comunidad cristiana, invitan a la caridad y la ejercen en nombre de la parroquia o de la Diócesis. Ésta es una de las tareas que se les encomiendan. Por su presencia en los diversos ámbitos de la vida social, los diáconos permanentes pueden aproximarse también a los que viven en las fronteras de la evangelización, a los alejados de la Iglesia, e invitarles a formar parte del mundo reconciliado con Dios, que es la Iglesia²⁵.

4. Termino mentando a nuestro querido Papa Juan Pablo II, que en una celebración eucarística decía a los nuevos diáconos:

«Para vosotros, diáconos, hay un mensaje particular esta mañana. Por vuestra sagrada ordenación habéis sido vinculados de modo especial al Evangelio de Cristo resucitado. Se os ha encargado prestar un tipo especial de servicio, diaconía, en el nombre del Señor resucitado. En la ceremonia de ordenación el Obispo dice a cada uno de vosotros: "Recibe el Evangelio de Cristo, del que ahora eres heraldo. Cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas"... Como los Apóstoles, también vosotros os debéis sentir impulsados a proclamar la resurrección del Señor Jesús de palabra y con obras. También vosotros debéis experimentar la urgencia de hacer el bien, de rendir servicio en el nombre de Jesús crucificado y resucitado, de llevar la Palabra de Dios a la vida de su pueblo santo.

Vuestro discipulado tendrá estas dos características: obediencia y gozo. Vuestra capacidad para comunicar el Evangelio dependerá de vuestra adhesión a la fe de los Apóstoles. La eficiencia de vuestra diaconía se medirá por la fidelidad de vuestra obediencia al mandato de la Iglesia... Estad seguros de que la misma potencia del Evangelio que proclamáis os colmará de la alegría más sublime posible.

Queridos diáconos: Os hablo como a hijos, hermanos y amigos. Hoy es día de gozo especial. *Pues que sea asimismo día de resoluciones especiales... renovad otra vez vuestra consagración eclesial a Jesucristo.* Y sabed que con inmenso amor os repito a vosotros y a vuestros hermanos diáconos de toda la Iglesia, las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura"²⁶.

²⁵ Cf. S. AGUSTÍN, *Sermón* 96,8.

²⁶ JUAN PABLO II, *Celebración eucarística con un grupo de nuevos diáconos* (21/4/1979).

Y Benedicto XVI, a los diáconos permanentes de Roma, en el año 2006:

«Vuestro ministerio esté siempre al servicio de la edificación de la Iglesia como comunión. En vuestro trabajo os sostiene el afecto y la oración de vuestras familias. Vuestra vocación es una gracia particular para vuestra vida familiar, que de este modo está llamada a abrirse cada vez más a la aceptación de la voluntad del Señor y a las necesidades de la Iglesia. El Señor recompense la disponibilidad con la que vuestras esposas y vuestros hijos os acompañan en vuestro servicio a toda la comunidad eclesial»²⁷.

4. SED FIELES A CRISTO Y A SU IGLESIA

*Ordenación de diáconos y un diácono permanente
Parroquia de El Salvador
Muchamiel, 3 de octubre de 2009*

1. Obediencia fiel y gozo compartido

Son dos aspectos de la misma realidad, dos caras de la misma moneda. El que escucha la llamada de Jesucristo y la sigue con obediencia pronta y alegre, hallará sin duda alguna la verdadera felicidad, el tesoro escondido en el campo. Y, al revés, el discípulo fiel sólo puede gozarse y alegrarse cumpliendo en su vida cotidiana la voluntad del Señor. «Mi alimento es cumplir la voluntad del que me ha enviado», son palabras que san Juan recoge en su evangelio (4,34).

Queridos ordenandos, vuestra diaconía ha de tener en cuenta estas dos características, estos dos pilares de vuestro ministerio ordenado: la obediencia y el gozo. En efecto,

«Vuestra capacidad para comunicar el Evangelio dependerá de vuestra adhesión a la fe de los Apóstoles. La eficiencia de vuestra *diaconía* se medirá por la fidelidad de vuestra obediencia al mandato de la Iglesia. Es Cristo resucitado quien os ha llamado y es su Iglesia la que os envía a proclamar el mensaje transmitido por los Apóstoles. Y es la Iglesia la que autentica vuestro ministerio. Estad seguros de que la misma fuerza del Evangelio que proclamáis os colmará de la alegría más sublime posible: alegría de sacrificio, sí, pero alegría transformante por estar íntimamente asociados a Cristo resucitado... Obediencia y gozo son, por tanto, expresiones auténticas de vuestro discipulado. Pero son también condición de la eficiencia de vuestro ministerio»²⁸.

²⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso* (18/2/2006).

²⁸ JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa con los nuevos diáconos* (21/4/1979).

2. *Servidores del Evangelio, heraldos de la alegría*

Hoy la Iglesia os va a confiar, según establece el ritual de la ordenación, el libro de los Evangelios. Uno de vuestros servicios como diáconos será precisamente el de proclamar la Buena Noticia de Jesucristo, y hacerlo no sólo con vuestros labios sino, sobre todo, con vuestra vida y vuestro corazón. Por vuestra sagrada ordenación diaconal quedaréis vinculados de modo especial al Evangelio de Cristo resucitado. Se os encarga prestar un tipo especial de servicio (*diakonía*), en el nombre del Señor resucitado. Dentro de unos minutos, el Obispo dice a cada uno de vosotros: «Recibe el Evangelio de Cristo, del que ahora eres heraldo. Cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas». Como los Apóstoles, también vosotros os debéis sentir impulsados a proclamar la resurrección del Señor Jesús, a tiempo y a destiempo. También vosotros debéis experimentar la urgencia de hacer el bien, de rendir servicio en el nombre de Jesús crucificado y resucitado, de llevar la Palabra de Dios a la vida de su pueblo, de la Iglesia.

Queridos diáconos, «vuestra misión consiste en abrazar el Evangelio, profundizar con fe en su mensaje, amarlo y testimoniarlo con palabras y con obras. La tarea de la nueva evangelización necesita vuestra contribución, dada con coherencia y entrega, con valentía y generosidad, en el servicio diario de la liturgia, de la palabra y de la caridad. Vosotros, diáconos llamados con el celibato a una existencia totalmente consagrada a Dios y a su reino, vivid vuestra misión con alegría y fidelidad. Vividla también vosotros, diáconos casados; Cristo os pide que seáis modelos de verdadero amor dentro de la vida familiar. A unos y otros el Señor os ha elegido como colaboradores suyos en la obra de la salvación»²⁹.

3. «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*»

Los que hemos recibido el hermoso regalo de la vocación somos plenamente conscientes de nuestras limitaciones. Pero es que Jesús ha preferido llamar a los pequeños y sencillos, a los que no pueden apoyarse en sus propios méritos, porque la vocación no es algo merecido, no es un derecho, ni una recompensa o premio. El Señor manifiesta su poder por medio de nuestra debilidad; habla con palabras de vida y de verdad utilizando nuestros labios temblorosos y torpes; sigue curando las almas de tantos heridos por el pecado recurriendo a unos hombres que no son más que sanadores heridos ellos también.

Ésta es la tremenda paradoja que vosotros, queridos diáconos, habréis de sobrellevar en vuestro ministerio, desde esta mañana hasta el último día de vuestra vida. Partiendo del conocimiento de nuestras limitaciones, el Señor nos invita a vivir nuestra consagración con humildad pero, al mismo tiempo, con sincero

²⁹ JUAN PABLO II, *Ángelus* (20/2/2000).

celo apostólico:

«Necesitamos a la vez celo y humildad, es decir, reconocer nuestros límites. Por una parte, celo: si realmente nos encontramos continuamente con Cristo, no podemos guardarlo para nosotros mismos. Nos sentiremos impulsados a ir a los pobres, a los ancianos, a los débiles, a los niños, a los jóvenes, a las personas que están en la plenitud de su vida; nos sentiremos impulsados a ser "heraldos", apóstoles de Cristo.

Pero para que este celo no quede estéril y no nos desgaste, debe ir acompañado de la humildad, de la moderación, de la aceptación de nuestros límites... Creo que la humildad de aceptar esto –"hasta aquí llegan mis fuerzas; el resto te lo dejo a ti, Señor"– es decisiva. Pero también hay que tener confianza: Él me dará también colaboradores que me ayuden y hagan lo que yo no logro hacer... Sólo podemos servir a los demás, sólo podemos dar, si personalmente también recibimos, si nosotros mismos no quedamos vacíos»³⁰.

4. Recibís la ordenación en el recién estrenado Año Sacerdotal

El lema que preside este acontecimiento eclesial reza así: «Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote». Nuestro sacerdocio es el mismo sacerdocio de Cristo. Por tanto, su fidelidad al Padre y su entrega a los hermanos han de ser también nuestra propia fidelidad y entrega. Y su santidad ha de encontrar eco en nuestro sacerdocio, vivido con ilusión como si cada día fuese el primer día de nuestra ordenación.

Vivamos todos, pues, queridos sacerdotes, seminaristas, consagrados y fieles seglares, con intensidad este Año Sacerdotal. Que sea un año de oración de los sacerdotes, con los sacerdotes y por los sacerdotes. Somos importantes y necesarios, no sólo por lo que hacemos, sino por lo que somos: «Cuando veáis al sacerdote –decía San Juan María Vianney–, pensad en Nuestro Señor Jesucristo». Y si tú, joven, adolescente o niño, sientes al conocer la vida de este santo sacerdote, la llamada del Señor a dejarlo todo y seguirle de cerca, confía plenamente en Él, no tengas miedo y da el paso. Valientemente, decididamente, fervorosamente.

El mismo Jesucristo nos advierte de que no nos cansemos de pedir a Dios que envíe vocaciones a su Iglesia, que no nos falten jóvenes generosos para trabajar en la Viña del Señor. Estas palabras del Evangelio de san Mateo –«Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros» (9,38)–, nos hacen caer en la cuenta de que

³⁰ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes y diáconos permanentes* (14/9/2006).

«no podemos "producir" vocaciones; deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada, por decirlo así, mediante estrategias adecuadas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre. Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración. Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa ante todo orar por ello, sacudir su corazón, diciéndole: "Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Haz que comprendan que este es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe transmitirlo".

Pero no sólo se ora a Dios mediante las palabras de la oración; también es preciso que las palabras se transformen en acción, a fin de que de nuestro corazón brote luego la chispa de la alegría en Dios, de la alegría por el Evangelio, y suscite en otros corazones la disponibilidad a dar su "sí". Como personas de oración, llenas de su luz, llegamos a los demás e, implicándolos en nuestra oración, los hacemos entrar en el radio de la presencia de Dios, el cual hará después su parte»³¹.

Queridos ordenandos, que en breves instantes vais a recibir el sacramento del diaconado, «Dios os llama a ser santos... la santidad es el secreto del auténtico éxito de vuestro ministerio... Ya desde ahora la santidad debe constituir el objetivo de vuestra opción y decisión. Encomendad este deseo y este compromiso diario a María», Madre de los sacerdotes, Reina de los apóstoles. Iniciad ya desde hoy vuestro ministerio «con el alma abierta a la verdad, a la transparencia, al diálogo con quienes os dirigen; esto os permitirá responder de modo sencillo y humilde a Aquél que os llama, liberándoos del peligro de realizar un proyecto sólo personal». Mi enhorabuena y felicitación cordialísima a vosotros, a vuestros familiares y amigos, y a las comunidades parroquiales que esta mañana os acompañan, así como a las que seréis enviados como diáconos. Y enhorabuena a la comunidad parroquial de Muchamiel, que nos acoge en este templo parroquial, tan bellamente repristinado.

Hoy celebramos, además, la memoria de san Francisco de Borja, caballero de la Emperatriz Isabel, que decidió no servir a quien pueda morir, entrando en la Compañía de Jesús, de la que llegó a ser Superior General. Al celebrar su fiesta, «enseñanos, Señor y Dios nuestro, a comprender que nada hay en el mundo comparable a la alegría de gastar la vida en tu servicio»³².

³¹ *Ibidem.*

³² Oración colecta en la memoria de san Francisco de Borja.

5. «ROGAD AL DUEÑO DE LA MIES»

Ordenación de diáconos y un diácono permanente

S.I. Catedral de El Salvador

Orihuela, 2 de octubre de 2010

1. *Hoy es un día de fiesta para la Iglesia*

La celebración que esta mañana nos ha congregado en la Catedral está llena de un riquísimo significado. Nos hemos reunido en la Iglesia Madre de la Diócesis, en la Catedral de Orihuela, cuyo quinto centenario estamos celebrando con un Año Jubilar. En este templo se halla la Cátedra, es decir, la Silla desde donde el Obispo, Pastor de la Diócesis, enseña a su pueblo, predica la Palabra, administra los sacramentos y reza en comunión con sus presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, y fieles todos.

Este jubileo que iniciamos el pasado mes de mayo, como no podía ser de otro modo, está imbuido de alegría, gratitud y alabanza al Padre por su inmenso amor, por el don de su Hijo Jesucristo, por los frutos de santidad que ha producido el Espíritu Santo en esta Iglesia de Orihuela–Alicante a lo largo de sus 500 años de existencia. Y éste ha de ser el clima que impregne todas las celebraciones jubilares que se lleven a cabo hasta la clausura del Año Jubilar. Como escribió Juan Pablo II con motivo del Jubileo del año 2000:

«El término jubileo expresa alegría; no sólo alegría interior, sino un júbilo que se manifiesta exteriormente, ya que la venida de Dios es también un suceso exterior, visible, audible y tangible... La Iglesia se alegra por la salvación, invita a todos a la alegría y se esfuerza por crear las condiciones para que las energías salvíficas puedan ser comunicadas a cada uno»³³.

2. *Rogad al Dueño de la mies*

En varias ocasiones en que me he reunido con vosotros os he recordado la importancia de pedir al Señor que envíe operarios a su sementera, que los sacerdotes y diáconos no surgen de la nada ni caen del cielo como una lluvia benéfica. Si así fuera, no haría falta que rezáramos. Pero es Jesucristo quien nos advierte que no nos cansemos de rogar a Dios que envíe vocaciones a su Iglesia, porque la mies es mucha y, sin embargo, son pocos los que escuchan la llamada al sacerdocio. No es que Dios haya dejado de llamar, es que el ruido de esta sociedad y la actual jerarquía de valores han taponado los oídos de nuestros niños y jóvenes. ¿Cómo podrán escuchar esta llamada a anunciar al Evangelio en medio de tantas ofertas aparentemente más apetecibles, pero insuficientes para

³³ TMA 16.

alcanzar la felicidad? ¿Cómo podrán apreciar la grandeza y hermosura de esta vocación si los que hemos recibido ese mismo regalo lo soportamos como una carga que nos agobia, nos aburre, nos entristece? En verdad que un cura triste es un triste cura.

En un encuentro con sacerdotes y diáconos permanentes, Benedicto XVI reflexionaba sobre esta necesidad de pedir trabajadores para la Viña del Señor y les decía:

«Dios necesita hombres. Necesita personas que digan:

"Sí, estoy dispuesto a ser tu obrero en esta mies, estoy dispuesto a ayudar para que esta mies que ya está madurando en el corazón de los hombres pueda entrar realmente en los graneros de la eternidad y se transforme en perenne comunión divina de alegría y amor".

"Rogad, pues, al Dueño de la mies" quiere decir también: no podemos "producir" vocaciones; deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada, por decirlo así, mediante estrategias adecuadas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre.

Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración. Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa ante todo orar por ello, sacudir su corazón, diciéndole: "Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Haz que comprendan que este es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe transmitirlo"»³⁴.

3. *Servidores del Evangelio de Jesucristo*

Queridos ordenandos. Hoy la Iglesia os va a confiar, según establece el ritual de la ordenación, el libro de los Evangelios. Uno de vuestros servicios como diáconos será precisamente el de proclamar la Buena Noticia de Jesucristo, y hacerlo no sólo con vuestros labios sino, sobre todo, con vuestra vida y vuestro corazón. Por vuestra sagrada ordenación diaconal quedaréis vinculados de modo especial al Evangelio de Cristo resucitado. Se os encarga prestar un tipo especial de servicio (*diakonía*), en el nombre del Señor resucitado.

³⁴ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes y diáconos permanentes* (14/9/2006).

4. Servir a la comunidad por medio de la oración

«"Todo lo puedo en Aquél que me conforta", escribe san Pablo (Flp 4,13). Vuestro servicio a la Iglesia ha de brotar y estar sostenido por la oración, en la que se pone de manifiesto que la mies no es nuestra, sino de Dios, y que todas las tareas que realicemos en su viña se han de llevar a cabo en su nombre y con la mirada puesta solamente en Dios. Y "para que vuestra fe sea fuerte y vigorosa, hace falta alimentarla con una oración constante. Por tanto, sed modelos de oración, convertíos en maestros de oración. Que vuestras jornadas estén marcadas por los tiempos de oración... Sé que no es fácil mantenerse fieles a estas citas diarias con el Señor, sobre todo hoy que el ritmo de la vida se ha vuelto frenético y las ocupaciones son cada vez más absorbentes"»³⁵.

No obstante, pese a las múltiples ocupaciones que puedan requerir nuestra dedicación, «orar es el primer servicio que es preciso prestar a la comunidad. Por eso, los momentos de oración deben tener una verdadera prioridad en nuestra vida. Pero si no estamos interiormente en comunión con Dios, no podemos dar nada tampoco a los demás. Por eso, Dios es la primera prioridad. Siempre debemos reservar el tiempo necesario para estar en comunión de oración con nuestro Señor»³⁶.

Queridos ordenandos, que en breves instantes vais a recibir el sacramento del diaconado, «Dios os llama a ser santos... la santidad es el secreto del auténtico éxito de vuestro ministerio... Ya desde ahora la santidad debe constituir el objetivo de vuestra opción y decisión. Encomendad este deseo y este compromiso diario a María», Madre de los sacerdotes, Reina de los apóstoles. Iniciad ya desde hoy vuestro ministerio «con el alma abierta a la verdad, a la transparencia, al diálogo con quienes os dirigen; esto os permitirá responder de modo sencillo y humilde a Aquél que os llama, liberándoos del peligro de realizar un proyecto sólo personal». Mi enhorabuena y felicitación cordialísima a vosotros, a vuestros familiares y amigos, y a las comunidades parroquiales que esta mañana os acompañan, así como a las que seréis enviados como diáconos.

³⁵ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes, diáconos y seminaristas* (15/6/2008).

³⁶ *Ibidem*.

6. DIÁCONOS, ARRAIGADOS EN CRISTO

*Ordenación de diáconos
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 1 de octubre de 2011*

1. Sois los diáconos de la JMJ 2011.

- Arraigados, con fuertes raíces en la tierra que pisamos y en el Señor que os ha llamado.
- Edificados sobre Cristo Jesús en su Iglesia (fuera de ella, nada).
- Firmes, con una fortaleza física y moral, que dice relación con la fe.

2. Hoy, dáis un paso más, en el camino que venimos recorriendo juntos. El Obispo, el Seminario y la Diócesis os acompañan.

Habéis saboreado las mieles de ser lectores de la Palabra de Dios, ministros de la Eucaristía, como acólitos y, seréis servidores ahora, de la Iglesia y en la Iglesia siempre. Acabamos de escuchar en el Rito de la ordenación cómo la Iglesia pide, para su servicio, vuestra ordenación como diáconos.

«Con el auxilio de Dios y de Jesucristo, nuestro Salvador, elegimos a estos hermanos nuestros para el Orden de los diáconos».

3. Ved la confianza que el mismo Señor pone en vosotros y agradeced a la Iglesia Madre su delicadeza y su ternura. Pensad:

- ¿Sois los mejores jóvenes de la Diócesis?
- ¿Los más preparados?
- ¿Los que ofrecéis todas las garantías de perseverancia?
- Los que os presentan, ¿pueden garantizar que acertamos con vuestra admisión?

Dice S. Agustín:

«Camina continuamente, avanza sin parar; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. El que se para, no avanza. El que añora el pasado vuelve la espalda a la meta. El que se desvía pierde la esperanza de llegar. Es mejor ser un cojo en el camino que un buen corredor fuera de él»³⁷.

4. Conscientes siempre de que todos seguimos a Cristo Crucificado y vivo –lleva en sus manos las llagas de su Pasión– y de que también vosotros, nosotros,

³⁷ S. AGUSTÍN, *Sermón* 169, 18.

todos, hemos de movernos en la ida con nuestra cruz sobre la espalda, vamos a seguir y seguir.

Después de ser ordenado sacerdote D. Ángel Rúa, primer sucesor de Don Bosco, encontró en su buhardilla una carta del Fundador de los Salesianos en que le decía:

«Tú verás mejor que yo la Obra Salesiana que supera los confines de Italia y se establece en muchas partes del mundo. Tendrás mucho que trabajar y mucho que sufrir; pero sabes muy bien que sólo a través del Mar Rojo y del desierto se llega a la Tierra Prometida. Sufre con valentía; y tampoco aquí abajo te faltarán los consuelos y las ayudas del Señor».

Sufrid, pues, con valentía. Es decir, ofreced al Señor vuestros trabajos y fatigas, vuestras dificultades y agobios, vuestras alegrías y satisfacciones.

Y tened a la vista, siempre, no sólo en los días de vuestro servicio diaconal a la Iglesia, vuestro servicio de caridad, servicio técnico, sí, pero también espiritual, dice Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*:

La elección de los siete varones fue el principio del ministerio diaconal (Hch 6,5–6).

«Pero este grupo tampoco debía limitarse a un servicio meramente técnico de distribución: debían ser hombres "llenos de Espíritu y de sabiduría" (cf. Hch 6,1–6). Lo cual significa que el servicio social que desempeñaban era absolutamente concreto, pero sin duda también espiritual al mismo tiempo; por tanto, era un verdadero oficio espiritual el suyo, que realizaba un cometido esencial de la Iglesia, precisamente el del amor bien ordenado al prójimo. Con la formación de este grupo de los Siete, la "diaconía" –el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico– quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma»³⁸.

5. Consideraciones para cuantos estamos aquí

Un cojo en el camino. El cojo tiene necesidad de ayuda para seguir moviéndose, para avanzar hacia la meta y, sobre todo, para seguir el ritmo de la comitiva. Es una de las imágenes más bellas de la peregrinación por la vida. El cojo camina con dificultad, pero aliena, estimula y empuja con la actitud y con su palabra. ¡Cómo y cuánto nos ayudan los hermanos, cuando nos dejamos alentar por ellos!

Tratando de seguir de cerca, siempre y en todo, a Cristo Jesús, Camino,

³⁸ DCE 21.

Verdad y Vida, el Papa Benedicto XVI decía en su Mensaje para la JMJ 2011:

«Dios es vida, y cada criatura tiende a la vida; en un modo único y especial, la persona humana, hecha a imagen de Dios, aspira al amor, a la alegría y a la paz. Entonces comprendemos que es un contrasentido pretender eliminar a Dios para que el hombre viva. Dios es la fuente de la vida; eliminarlo equivale a separarse de esta fuente e, inevitablemente, privarse de la plenitud y la alegría»³⁹.

«Queridos jóvenes, permitidme que, como Sucesor de Pedro, os invite a fortalecer esta fe que se nos ha transmitido desde los Apóstoles, a poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de vuestra vida. Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir "por su cuenta" o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él»⁴⁰.

6. Consideraciones para vosotros, nuevos diáconos

- Servid a todos, dice S. Agustín, de tal modo que os avergüence el dominar, y dominad de modo que os agrade servir.
- Tened siempre a la vista que cada una de las personas es fin en sí misma, nunca medio para obtener otros fines.
- Servís al Pueblo de Dios⁴¹ en el ministerio de la Liturgia, de la palabra y de la caridad.
- Y, para que este servicio sea eficaz y provechoso, cultivad vuestra vida de oración, privada y pública, porque la Iglesia Madre os pide celebrar, cada día, la Liturgia de las Horas. Oración pública, en favor de todo el pueblo.

Queridos amigos:

Ha llegado el momento en el que bajo la atenta mirada de María, la Virgen del Remedio, la humilde esclava de Señor, el Espíritu Santo va a ser derramado sobre vosotros constituyéndoos diáconos de la Iglesia. A él le pedimos os conceda manteneros siempre fieles en el desempeño de este ministerio. Desde hoy, siempre seréis diáconos. Que el Señor os otorgue manteneros fieles en el servicio de Dios y los hombres a imitación de Jesucristo, nuestro Señor, que aun siendo Dios, se hizo servidor de todos.

³⁹ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud 2011*, 1

⁴⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa de Clausura de la JMJ (21/8/2011)*.

⁴¹ Cf. LG 29.

V. CAMINOS DE CONSAGRACIÓN

1. VIDA CONSAGRADA Y FAMILIA

*Carta para la Jornada Mundial
de la Vida Consagrada
2 de febrero de 2007*

Queridos diocesanos:

«Pertener totalmente a Cristo, explica nuestro querido Papa Benedicto XVI, quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza: nuestra pequeñez se le ofrece como sacrificio de suave fragancia a fin de que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de quedar ebrio por la riqueza de su gracia. Pertener al Señor: ésta es la misión de los hombres y mujeres que han optado por seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y se salve»¹.

1. Los consagrados, expertos en santidad

La vida consagrada nace de una experiencia de Dios, cuyo ámbito más adecuado es la insatisfacción. «Todo es nada y pasa en breve», asegura Santa Teresa de Jesús. El insatisfecho de todo se torna buscador y necesitado de un «no sé qué», según San Juan de la Cruz. Un no sé qué que da sentido a la existencia personal. El pensador puede llegar a colegir que si existe algo, puede ser amor. El consagrado es testigo fehaciente de que existe Alguien y que este Alguien es Amor. Amor personal que se entrega y que puede pedir la totalidad del corazón humano.

Dicha experiencia se tiene como irrupción del Dios Amor en la vida concreta del ser humano. Juan Pablo II presentaba en su exhortación *Vita Consecrata*

¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia con la Congregación para la vida consagrada* (22/5/2006).

el icono de la transfiguración del Señor como prototipo de la experiencia de la santidad de Dios. Infinito, eterno y misericordioso.

«Sabor del bien que es finito
lo más que puede llegar
es saciar el apetito
y estragar el paladar».

La precisión es de San Juan de la Cruz, maestro de espiritualidad. Cuando el paladar está estragado de gustar la tierra, ya no distingue los sabores. Dios se presenta como el Sumo Bien, todo Bondad y Hermosura. Tiene sabor de Infinito. Y Cristo, nuestro hermano, aparece como el incomparable. «Nadie se te puede comparar» (Sal 39,6). El Hijo de Dios es «el más bello de los hombres» (Sal 44). Los santos hablan de esta irrupción imparable de Dios en nuestra vida, como aproximación a la esencia divina.

«¡Oh, Hermosura que excedéis a todas las hermosuras!», cantaba Santa Teresa de Jesús. La Hermosura, cuando lo es en verdad, pasa a ser personal. Seduce, porque tiene corazón. «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir» (Jer 20,7). Dios toma nuestro corazón. Y su Santidad es la belleza que cautiva. San Pablo, experto en descubrir la belleza de Dios, «lo tiene todo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarse a Él» (Fil 3,8). San Juan de la Cruz poéticamente repetía:

«Por toda la hermosura
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura».

La cercanía de Dios llega a desbancar todo otro atractivo y deja plasmado al Indefinible en el alma, como «un no sé qué» inconfundible, cuyos «ojos deseados tengo en mis entrañas dibujados». Volvemos a San Juan de la Cruz.

A partir de ese momento uno sabe por experiencia lo que busca y lo que quiere. El «no sé qué» toma rostro y se personaliza en Jesucristo hasta hacernos capaces de arriesgar la vida por Él. Todo consagrado es, pues, un enamorado de la belleza de Dios, que lo ha intuito en el interior de sí mismo. Y lo es por «ventura», es decir, por don inmerecido. De esta manera resulta fácil entender que la consagración es dedicación y entrega, cuando se ha experimentado la santidad de Dios. De aquí que la Vida Consagrada exija santidad en sus miembros: «seréis santos porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo» (Lc 11,22). Y «divino ha de ser el que trata con la divinidad», escribía el Maestro Ávila.

El más bello de los hombres tiene una hermosura peculiar, única, según un

canon misterioso del amor. Su rostro es un rostro ensangrentado. Su hermosura, la del amor crucificado. Amor que no es intuido sólo genéricamente, sino que hay que personalizarlo. «Me amó y se entregó por mí» (Gal 2, 20). El atractivo de Jesucristo es la belleza de la vida que se entrega, que sigue estando cerca. Cristo crucificado, resucitado y vivo, permanece en la Eucaristía, por todos y cada uno de nosotros. «El amor me ha elegido a mí aunque soy poca cosa», repetía Santa Teresa de Lisieux.

2. Muchos consagrados vivís en familia

No basta ser del Señor. La vida consagrada se percibe generalmente, salvo el particular carisma de la soledad, como una llamada a la vida comunitaria. Y el paradigma es Dios mismo, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3, 15). El Dios en quien creemos vive en familia. Las relaciones de amor entre las tres personas divinas son el prototipo de toda familia. La Trinidad es la primera Familia Sagrada. Del amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo brota el proyecto de Dios de que todo ser humano nazca y crezca en familia. El mismo Hijo de Dios recorrió ese itinerario en su Encarnación. Los nombres de Padre e Hijo son nombres que nos remiten a esta realidad familiar.

Quizá por eso quiso el Señor que sus seguidores formen también grupo familiar. «Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea...» decía Jesús (Mt 28, 9). El verdadero vínculo de unidad es Él mismo, y objetivo comunitario de los consagrados es amar juntos a Jesús, «muy amado individualmente a través de la Historia con mucha perfección. Pero amarle juntos es un reto que sigue teniendo la vida consagrada», repetía una Carmelita Descalza, cercana a nosotros, María Isabel del Amor Misericordioso. Por eso la vida en común es un gozo, una suerte, cuando se tiene un único corazón que late en todos los individuos que forman la comunidad. «Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos» (Sal 132).

Cada familia religiosa, cada comunidad de vida consagrada es, en consecuencia, un hogar, en el que se comparte el pan, y también el ideal común que es Jesucristo. En Él confluyen nuestras miradas: «no miremos a otra parte sino a la gloria de Dios, y ésta busquemos y de ésta seamos pregoneros» (San Juan de Ávila). Así lo proclama y lo evidencia con fuerza y fecundidad la auténtica vida fraterna. Sin olvidar que la gloria de Dios conlleva, al menos en ocasiones, ocultar y perder la propia vida.

3. Los consagrados, expertos en humanidad

Cuidar de las ovejas de Cristo, ocuparse de los hermanos más pequeños, sólo es posible teniendo los ojos del Buen Pastor. Mientras el egoísmo engendra

miopía ante las necesidades de los demás, la caridad de Cristo regala visibilidad: «Cuando Dios entra en el alma, la ensancha de tal manera que nadie se encuentra estrecho allí». Esta frase de San Vicente de Paúl, evidencia que la preocupación por los demás nace de la presencia de Dios en el alma y se proyecta en los hermanos, que llegan a ser sus santuarios, sobre todo en el caso de quienes por experimentar más fuertemente la sensación de ausencia de Dios. También en los que padecen carencia de los más elementales medios de subsistencia.

Desde el carisma fundacional de consagrados, contemplativos o activos, se experimenta el fuerte deseo y compromiso serio de ir a los demás, con modos muy diversos. Unos y otros plantan de hecho sus casas en el entorno de la pobreza lacerante, hermanando sus vidas con los desfavorecidos de la tierra, haciéndose Iglesia samaritana y ofreciendo la evangelización que su pobreza provoca en el consagrado. La pobreza hace pobre al heraldo del Evangelio pero también sobrio, austero y generoso. Los pobres desinstalan nuestras vidas y nos sitúan en la dinámica de lo provisional. Los consagrados palpan cada día las limitaciones del hombre y sus fracasos por reflotar sus vidas, sus desconciertos y desesperanzas. Hay consagrados al lado de quienes viven problemas de siempre y junto a las nuevas situaciones o retos de la humanidad. Están los consagrados cerca y lejos, porque viven en el seno de la misma Iglesia. En la educación de los niños y de los jóvenes, junto a los enfermos y ancianos, en los barrios y en las misiones. Los consagrados saben de los sinsabores de las familias y de los fracasos del ser humano. El paso por la historia del hombre les hace expertos en humanidad. Por su experiencia de Dios y porque son expertos en humanidad, los consagrados son los mejores hijos de la Iglesia. Constituyen el corazón mismo de tan buena Madre. La Vida Consagrada en nuestra Iglesia Diocesana cuenta con 12 comunidades que moran en Monasterios de vida contemplativa y con 91 familias de religiosos, institutos seculares, sociedades de vida apostólica y vírgenes consagradas seglares. Una hermosa realidad abierta a la invitación que el Señor sigue haciendo, sobre todo a los jóvenes. Él sigue confiando, cómo no, como confiamos muchos, en abundantes respuestas generosas. Os necesitamos mucho.

Haciendo más las palabras del Santo Padre, nuestro querido Papa Benedicto XVI, en voz alta y en tono oracional os digo:

«Queridos hermanos y hermanas, os agradezco el servicio que prestáis al Evangelio, vuestro amor a los pobres y a los que sufren, vuestro esfuerzo en el campo de la educación y la cultura, la incesante oración que se eleva desde los Monasterios y la multiforme actividad que lleváis a cabo»².

² BENEDICTO XVI, *Discurso a las personas consagradas de la Diócesis de Roma* (10/12/05).

2. DÓCILES SIEMPRE AL ESPÍRTU

*Carta para la Jornada Mundial
de la Vida Consagrada
2 de febrero de 2011*

1. Hermanos y hermanas consagrados: Hoy, 2 de febrero, fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, es vuestro día. Enhorabuena.

«La caridad, el amor me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltar el más necesario y el más noble de todos los órganos. Comprendí que también ella tenía un corazón, y que éste debía estar abrasado en amor. Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo. Entonces, en el exceso de mi delirante gozo, exclamé: ¡Oh Jesús, amor mío, mi vocación es el amor! Sí, he encontrado mi puesto en el seno de la Iglesia, y este puesto, Dios mío, Vos me lo distéis, en el corazón de la Iglesia mi Madre, yo seré el amor».

Con estas palabras, santa Teresa del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia al igual que su santa Madre, Teresa, la Grande, nos ayuda a valorar en su justa medida la importancia de la vida contemplativa dentro de la Iglesia. Se consideraba ella pequeña e insignificante. Más aún, se veía con escasas fuerzas para realizar empresas que otros santos habían llevado, con anterioridad a ella, a buen puerto.

Pero ardía su corazón en amor a la Iglesia Madre, «amor profundo» que le animó a confesar con generosa valentía: «En el corazón de la Iglesia mi Madre..., yo seré el amor».

2. Corazón de la Iglesia, sí

Al hacer entrega de los cirios que se encienden y lucen con viva luz, el 2 de febrero, en Roma, el Papa Pablo VI, dirigiéndose a las comunidades de hombres y mujeres de vida escondida en sus monasterios, pedía con lenguaje profético:

«Queremos que estas islas de soledad, penitencia y meditación sepan, por este gesto simbólico, que lejos de estar olvidados y alejados de la comunión de la Iglesia de Dios, constituyen su corazón, alimentan su riqueza espiritual, subliman su oración, sostienen su caridad, comparten sus sufrimientos, sus fatigas, su apostolado, sus esperanzas y acrecientan sus méritos».

Reto éste de suma transcendencia, puesto que sigue creciendo también hoy, en la Iglesia, a pesar de las dificultades del momento, el deseo de vivir solo para Dios, en fraternidad y dando respuesta a nuevos signos que interrogan a todos. De aquí que, aunque parezca que la vida consagrada en ocasiones se ve

sumergida en una balsa de aguas borrascosas, que amenazan su continuidad, sin embargo, hemos de mantener una fe salvadora, ante el pesimismo de algunos y la desesperanza de otros.

La historia que conocemos y la realidad que percibimos, sostienen la fe de nuestro pueblo y mantienen el tesoro profético de la Alianza. Estos hermanos y hermanas viven con la fuerza del Espíritu y nadie como ellos son capaces de vivir y ofrecer lo mejor del misterio, que tantas veces preocupa e interroga a muchos.

3. ¿Dónde está su secreto?

En el año 1992 el Siervo de Dios Juan Pablo II, recordaba que la vida común esconde la vocación de ser, en la Iglesia Madre, «signo visible de aquel amor dinámico y difusivo que intercambian las Tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad». Hasta tal punto, que «toda la fecundidad de la vida consagrada depende de la caridad fraterna de la vida común, y será tanto más significativa, cuanto más logre construir comunidades fraternas».

En la Concatedral latina de Jerusalén, recientemente, nuestro Papa Benedicto XVI, agradecía a los consagrados su «particular aprecio por el apostolado oculto de las personas de vida contemplativa... y su generosa entrega a una vida de oración y abnegación. Agradezco en particular –añadía– las oraciones que ofrecéis por mi ministerio universal y os pido que sigáis encomendando al Señor mi servicio al pueblo de Dios en todo el mundo».

Os repito hoy, queridos Hermanos y Hermanas, algo que ya he dicho en esta misma fecha del 2 de febrero: el nacimiento de nuevas culturas, símbolos y estilos renovadores exige quizá respuestas también nuevas. No se trata de borrar el pasado, olvidando la originalidad de los carismas. Vuestra vida no es fruto de un profeta inspirado. Su razón insustituible es Cristo, y Cristo, ni puede negarse a sí mismo ni os deja jamás solos en el camino.

Animados por esta razón convincente, no temáis aterrizajes que exigen conversión y docilidad al Espíritu. Puestos, más bien, en actitud de discernimiento, redescubrid la experiencia vital de vuestros Fundadores. Abiertos al Espíritu, avanzad siempre en obediencia, teniendo a la vista un horizonte nuevo, inmenso, inédito.

Es el abandono de la madurez evangélica. Como tantos que os han precedido, también vosotros encontraréis en la Fracción del Pan y en el diálogo fraterno la luz de la sabiduría que orienta a los discípulos de Emaús. Es un fuego que abraza el corazón.

Enhorabuena cordial por este día, es vuestra Jornada y sigamos adelante en unión de oraciones y preocupaciones por el Reino. Vuestra aportación a la

vida de la Iglesia es grande y somos muchos los que valoramos de corazón esta ayuda. El Dueño de la mies os recompense con nuevas vocaciones. Santa María, la de san José, siga también a vuestro lado. En momentos de prueba y dificultad y en las horas de bonanza. Sé que muchos de vosotros pensáis con el H. Rafael, san Rafael, monje Trapense: «Tengo... ganas de encerrarme en mi monasterio, para que allí, en el silencio... pueda lanzar a Dios esos gritos que llevo dentro».

3. CAMINOS DE CONSAGRACIÓN

*Fiesta de la Presentación del Señor
Jornada Mundial de la Vida Consagrada
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 2 de febrero de 2010*

1. «Lo llevaron para presentarlo al Señor»

A los cuarenta días de la Navidad celebramos la presentación del Niño Jesús en el Templo. Llevado por sus padres, María y José, como hacían todas las familias judías con su primogénito, es ofrecido a Dios y luego «rescatado» dejando en su lugar «un par de tórtolas o dos pichones», la ofrenda de los pobres. En el Templo, los ancianos Simeón y Ana, llenos de fe y del Espíritu Santo, incansables caminantes al encuentro de Dios, reconocen en aquel niño al Mesías, Luz y salvación de la humanidad.

En la primera lectura, el profeta Malaquías anuncia que Dios enviará un mensajero suyo, que «entrará en el santuario» como «mensajero de la alianza». Esta profecía se cumple en Jesucristo, que entra por primera vez, en brazos de su Madre, en el Templo de Jerusalén. Treinta años más tarde, Jesús volverá a entrar con autoridad y, entonces, será «como un fuego de fundidor que refina la plata».

La carta a los Hebreos presenta a Jesús como el verdadero Sacerdote y Mediador entre Dios y la humanidad. Leemos que Cristo «tenía que parecerse en todo a sus hermanos», tenía que ser «de la misma carne y sangre». Él ha tomado nuestra carne con todas las consecuencias, para salvarnos desde dentro. Jesús es el mediador auténtico porque es verdadero Dios y verdadero hombre; y «como él ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella».

2. «Esperaban el consuelo de Israel»

Lucas relata, en esta página evangélica, el significativo «encuentro» del Hijo de Dios con unos fieles que «esperaban el consuelo de Israel». Simeón ve en este niño el cumplimiento de todo el Antiguo Testamento, y exclama gozoso:

«Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz». Ana «daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel». María, la madre, es la mujer experta en dolor, como el anciano Simeón le advierte, porque su Hijo será un signo de contradicción para este mundo.

La fiesta de hoy nos ayuda a comprender la sencillez y cercanía de Jesús hacia su pueblo, hacia nosotros. Dios anuncia los tiempos mesiánicos con un signo entrañable: un niño pequeño que entra en el Templo en brazos de sus padres, gente humilde y sencilla. Este Niño es el mismo que, años más tarde, recorrerá nuestro camino, un Camino de consagración a la voluntad del Padre.

3. «Todo primogénito varón será consagrado al Señor»

Jesús inaugura un culto nuevo, pues la ofrenda que agrada a Dios es la de nuestra voluntad, una vida al servicio de los demás, con amor y por amor. Dios prefiere «la misericordia al sacrificio», «la obediencia a los holocaustos»; en definitiva, Dios quiere el «sacrificio» de nuestro amor.

Hoy nosotros, como Simeón y Ana, como María y José, «salimos, llenos de alegría, al encuentro del Salvador» (prefacio) y reconocemos en Cristo la Luz de las naciones, deseando que nos ilumine también a nosotros (por eso, hemos comenzado la Misa entrando en procesión con candelas encendidas en nuestras manos y cantando alabanzas al Señor). Queremos renovar nuestra consagración a Dios, con la misma actitud de entrega generosa con la que Jesús dedicó su vida a establecer el Reino de Dios. En esta Jornada Mundial de la Vida Consagrada, los religiosos y religiosas, los contemplativos y contemplativas, los miembros de las Sociedades de Vida Apostólica y de los Institutos Seculares, y los que pertenecen a las nuevas formas de consagración en la Iglesia, agradecen a Dios el don de la vida consagrada y renuevan su compromiso de seguir a Cristo en su camino de entrega por los demás, intentando ser signos cada vez más luminosos del evangelio de Jesús para el mundo.

Como cristianos, hemos empezado nuestro camino con Jesús el día de nuestro bautismo, nos hemos consagrado a Él y cada día renovamos nuestra entrega, cada uno en su género de vida. Y esperamos terminarlo, en la hora de nuestra muerte, con la luz de la fe y la caridad siempre encendida, hasta que seamos «presentados» en el Templo del cielo.

4. Custodios de estelas

Éste es el título que encabeza la carta de Mons. Jesús Sanz Montes, Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada. Teniendo en su pensamiento la imagen de los innumerables peregrinos que encaminan sus pasos al

sepulcro del apóstol Santiago, especialmente en este Año Jacobeo, D. Jesús Sanz escribe:

«La vida consagrada es también una peregrinación, que pone en marcha nuestra mejor pertenencia hacia el Tú que a cada uno ha convocado el Señor cuando pronunció con sus labios divinos nuestro nombre, diciéndonos: ¡ven!... (Los santos fundadores) son estelas que recuerdan palabras o gestos de Jesús, y que se confían a una familia religiosa como custodios de ese memorial evangélico. Los hombres y mujeres de una generación necesitan estas señales que representan los carismas de la vida consagrada. Somos caminantes y peregrinos, y recorriendo las sendas de la vida el Señor nos constituye en portavoces de una santa tensión, por la que, teniéndolo a Él como origen y como destino de nuestra andadura, recordamos a los hermanos que este camino tiene meta».

Termino con un fragmento del *Discurso* que Benedicto XVI dirigió a las personas consagradas que estaban presentes en Roma:

«Ante el avance del hedonismo, se os pide el testimonio valiente de la castidad como expresión de un corazón que conoce la belleza y el precio del amor de Dios. Ante la sed de dinero, que hoy domina casi por doquier, vuestra vida sobria y consagrada al servicio de los más necesitados recuerda que Dios es la riqueza verdadera que no perece. Ante el individualismo y el relativismo, que inducen a las personas a ser norma única para sí mismas, vuestra vida fraterna, capaz de dejarse coordinar y por tanto capaz de obediencia, confirma que ponéis en Dios vuestra realización. No se puede por menos de desear que la cultura de los consejos evangélicos, que es la cultura de las Bienaventuranzas, crezca en la Iglesia, para sostener la vida y el testimonio del pueblo cristiano»³.

³ BENEDICTO XVI, *Discurso a las personas consagradas de la Diócesis de Roma* (10/12/05).

4. EL ENCUENTRO CON DIOS ES LA FELICIDAD

*Homilía en la profesión simple de varias jóvenes
y profesión perpetua de dos jóvenes
en el Instituto Ignis Ardens
Maigó, 2 de enero de 2011*

1. «La búsqueda de Dios, es la búsqueda de la felicidad. El encuentro con Dios es la felicidad misma». En este breve texto de san Agustín se barajan tres sustantivos comunes: búsqueda, encuentro y felicidad. También un cuarto con nombre propio: Dios.

El primero de ellos, **búsqueda**, es sinónimo de averiguación, demanda, indagación, rastreo, exploración, pesquisa... y, en ocasiones, hasta lucha.

San Agustín lo experimentó en su vida y en un sermón al pueblo, predicado en Hipona, explica:

«Cosa admirable hermanos: siendo malos, tenemos un padre bueno... Si siendo malos tenemos un padre bueno, es para que no permanezcamos siempre en la maldad...

Hacer de un hombre malo uno bueno, es obra de aquél que siempre es bueno, pues el hombre solo por su propia voluntad no puede sanarse. No buscas al médico para herirte, pero una vez que te has herido, buscas quien te sane...

Hay, pues, un bien que hace al hombre bueno y hay un bien con el que haces el bien. El bien que hace al hombre bueno es Dios. Nadie hace al hombre bueno sino aquél que siempre es bueno. Invoca, por tanto, a Dios para ser bueno...

Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los niega. La consecución de algo largamente esperado es más dulce; lo que se nos da de inmediato, se envilece. Pide, busca, insiste. Pidiendo y buscando obtienes el crecimiento necesario para recibir el don. Dios te reserva lo que no te quiere dar de inmediato para que aprendas a desear vivamente las cosas grandes»⁴.

Precede, como veis, el hambre a la saciedad. La gradación en la búsqueda ha de ser progresiva. Lo ha sido también en vuestro caso: sigamos pidiendo, busquemos, llamemos...

2. Viene luego, la palabra **encuentro**, tras el hallazgo. Con el descubrimiento. Mirando a Dios cara a cara y dejándonos mirar por Él. Sin otra riqueza de

⁴ S. AGUSTÍN, *Sermón* 61,1.2.3.6.

parte nuestra que la vida, que también es regalo suyo. «El patrimonio del pobre es la salud», enseña el mismo san Agustín⁵.

Por uno de estos senderos se realiza el encuentro:

- O el de la oveja descarriada, el hijo pródigo, la dracma perdida, que en el encuentro cae en la cuenta de que Dios es Padre y Madre, y que evidencia el gozo que ambos experimentan y comparten.
- O el de las noventa y nueve ovejas del redil, que también son hijas de Dios, y se sienten «amadas en amor». La otra oveja, la descarriada, es «amada en esperanza». Es decir, su hallazgo contribuye a coronar una esperanza divina. No sabemos nosotros cómo es esta esperanza de Dios, dice un autor, pero sí podemos atisbar y hasta intuir que depende de no querer sin respetar la libertad del hombre...

Es este encuentro personalísimo gozoso, transformante, elevador. Mientras se prepara y cuando se realiza tiene en cuenta también a los hermanos, que comparten esta alegría.

«Si Dios nos hizo mendigos suyos y nos aconsejó, nos exhortó y ordenó que pidamos, busquemos y llamemos, pensemos también en quienes nos piden a nosotros...

Pedimos al Dios bueno; pedimos nosotros, hombres malos; pedimos, sin embargo, la justicia que nos hará buenos...

La dicha se hallará en la saciedad, no en el hambre»⁶.

3. Esta dicha gozosa, y no otra, es la **felicidad**, objetivo final.

«Toda alma busca el descanso y la felicidad»⁷. «La razón y la misma verdad prueban que aquí nadie puede ser feliz; me refiero a la felicidad tal como la considera la sabiduría»⁸.

«Qué feliz soy, escribía el Hno. Rafael, con solo Dios y mi cruz»⁹.

Podemos decir, en consecuencia, con toda propiedad, que es feliz quien posee a Dios. En la oscuridad de la fe, ya en esta vida. Plena, y definitivamente

⁵ S. AGUSTÍN, *Sermón* 359 A, 6.

⁶ S. AGUSTÍN, *Sermón* 61, 7.

⁷ S. AGUSTÍN, *Sermón* 344 B, 2.

⁸ S. AGUSTÍN, *Sermón* 359 A, 6.

⁹ NC 217-1122.

«excelente visión, feliz contemplación»¹⁰, en la Jerusalén celeste, patria de los santos, Jerusalén de arriba, madre de todos... «Madre cual si fuera la metrópoli, pues "metrópoli" significa ciudad madre»¹¹. «La vida feliz es la recompensa de los buenos; la bondad es la tarea, la felicidad es la recompensa. Dios asigna la tarea y presenta la recompensa»¹².

«Pasaré el trabajo y llegará el descanso; pero al descanso no se llega sino a través del trabajo. Pasa la nave y llega a la patria, pero a la patria no se llega si no es con la nave. Si consideramos las olas y las tempestades de este mundo, nuestra vida es un viaje por mar. Y no dudo que no nos hundimos, porque somos transportados por el leño de la cruz»¹³.

«¿Qué hay para mí en el cielo?», preguntaba un día san Agustín en la basílica Restituta, la mayor de Cartago, donde se guardan los restos de las santas Perpetua y Felicidad; y responde saboreando el manjar: «La vida eterna, la incorruptibilidad, el reino con Cristo, la compañía de los ángeles; allí careceré de toda molestia, de toda ignorancia, de todo peligro, de toda tentación; allí tendré una seguridad verdadera, cierta y permanente»¹⁴. Se llama felicidad.

4. Santa Teresa de Jesús, después de un día como éste, escribió:

«No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión y la gran determinación y contento con que la hice y el desposorio que hice con Vos (5 de noviembre de 1537, con 22 años). Esto no lo puedo decir sin lágrimas; y habían de ser de sangre y quebrárseme el corazón, y no era mucho sentimiento para lo que después os ofendí... Mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién Vos sois, Esposo mío, y quién soy yo. Que en verdad, cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias»¹⁵.

«Mirad, mis hijas, los juicios de Dios y la obligación que tenemos de servir las que nos ha dejado perseverar hasta hacer profesión y quedar para siempre en la casa de Dios y por hijas de la Virgen...Y en ninguna manera se consienta en nada

¹⁰ S. AGUSTÍN, *Sermón* 104, 7.

¹¹ S. AGUSTÍN, *Sermón* 346 B, 1.

¹² S. AGUSTÍN, *Sermón* 150, 4.

¹³ S. AGUSTÍN, *Sermón* 104, 7.

¹⁴ S. AGUSTÍN, *Sermón* 19, 5.

¹⁵ S. TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 4, 3.

relajación. Mirad que de muy pocas cosas se abre puerta para muy grandes, y que, sin sentirlo, se os irá entrando el mundo»¹⁶.

«Ya hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar: ¿qué tales habremos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho, y ayuda mucho tener altos pensamientos para que nos esforcemos a que lo sean las obras. Pues con que procuremos guardar cumplidamente nuestra Regla y Constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y a lo que estamos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho»¹⁷.

5. Consagración es dedicación, plena y total, definitiva, en cuerpo y alma, a sólo Dios. Podáis seguir otros senderos, también seguros, pero habéis preferido éste, estrecho, rectilíneo, entrañable. Os felicitamos todos y veis que estamos aquí para apoyar vuestra decisión y acompañaros en el empeño. Vuestra vida se entrega hoy al Señor de forma solemne –por nosotros y por muchos, es decir, por todos, como rezamos en la liturgia eucarística–. Se consagra, por tanto. Os consagraís, unas temporalmente, otras definitivamente.

Os entregáis en la Iglesia Madre, en el mejor de los ámbitos, Iglesia santa y necesitada de purificación. Con buenos y malos en su seno, mientras peregrinamos en la tierra. Los bienaventurados ya son todos santos, y desde allí interceden por nosotros.

Lo hacéis queriendo vivir según las normas de vida de vuestros Estatutos. Y siguiendo el ejemplo de vuestra Fundadora, de vuestra Directora General, y de las demás consagradas del Instituto.

Demos gracias al Señor, por lo que habéis vivido hasta aquí; por vuestros padres y hermanos –en su familia, que es la vuestra, habéis nacido y crecido–; por el Instituto Ignis Ardens, que os ha acogido; y por la Iglesia Madre, a la que pertenecemos todos.

¹⁶ S. TERESA DE JESÚS, *Libro de las Fundaciones*, 27, 10–11.

¹⁷ S. TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, 5, 1.

5. «ME CASARÉ CONTIGO EN FIDELIDAD»

*Consagración en el Orden de las vírgenes
Parroquia de San Pablo
Alicante, 17 de febrero de 2007*

1. Llamada a la virginidad: De este modo se ha de comprender este estado de vida, como una vocación, como una llamada que Dios hace. La *oración colecta* resume a la perfección lo que hoy celebramos: «Concede, Señor, a esta hija tuya, a quien has llamado a la virginidad, perseverar hasta el fin en su propósito, para que, consagrándote hoy su vida, alcance la plenitud de lo que desea».

Es Dios quien toma la iniciativa, tal y como escuchamos en la profecía de Oseas: «Yo la cortejaré, me la llevaré al desierto, le hablaré al corazón... Me casaré contigo en fidelidad, y te penetrarás del Señor». Dios invita a la virgen consagrada a celebrar «desposorios místicos» con Jesucristo y, por lo mismo, a entregarse al servicio de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo.

En la solemne oración consecratoria escucharemos estas palabras: «Mira, Señor, a esta hija tuya que, poniendo en tus manos su deseo de continencia, te ofrece aquella virginidad que Tú mismo le hiciste desear».

2. Respuesta del alma enamorada: La respuesta de la virgen consagrada no puede ser otra que la expresada en nuestro canto de entrada: «Salen cantando a tu encuentro / doncellas con ramos verdes / y lámparas que guardaron / copioso y claro el aceite / ...y está el corazón velando, / mientras los ojos se duermen». Desde el instante de su consagración, la consagrada sólo puede tener ojos, mente y corazón para su Esposo, Jesucristo, y para la Iglesia, su Cuerpo Místico. Sólo desde este amor incondicional ella comprenderá y experimentará que Jesucristo es «el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin» de toda su existencia. «Por Cristo, con Él y en Él» entregará su vida en sacrificio de alabanza a Dios Padre por el Espíritu Santo.

El amor verdadero no duerme, no reposa, no cae en la rutina ni el desaliento... El amor, como las ascuas encendidas del Espíritu, vela y ora, porque no sabe el día ni la hora en que el Esposo cruzará el umbral de la casa. El amor, en fin, tiene aceite de sobra para llenar de luz a los que están cerca, pues esa luz es el testimonio de vida de la cristiana que consagra su virginidad a Jesucristo, pobre, casto y obediente.

3. La virginidad, al servicio de Dios y de la Iglesia: No es la tuya una virginidad hueca o estéril. Es una virginidad que se hace fecunda, plena, llena de frutos de amor cuando se pone al servicio de Dios y de la Iglesia (*escrutinio*). De este

modo, la virgen consagrada, «renunciando al gozo de la maternidad por amor a Cristo, será madre espiritual por el fiel cumplimiento de la voluntad divina, cooperando con Dios por el amor» (homilía del *Ritual de Vírgenes Consagradas*).

Es una virginidad impregnada de los consejos evangélicos. Éstos son, sin duda, la sal que condimenta y que dan buen sabor y aroma a tu vida consagrada, para que «sea ante el mundo un claro testimonio de amor y un signo manifiesto del reino futuro» (*escrutinio*).

4. La virgen consagrada, luz que recibe a Jesucristo–Luz: Todos los cristianos hemos de ser espejos donde se refleje el Santo Rostro, la Santa Faz del Resucitado. Somos «signos» de Dios en medio de nuestro mundo. Como virgen consagrada, eres también señal, aviso, advertencia de la presencia de Dios en medio de nosotros. Para ello, recibirás tres signos bien elocuentes: el velo, «signo de tu consagración a Cristo, el Señor, y de tu dedicación al servicio de la Iglesia»; el anillo, «signo de tu desposorio con Cristo» y de fidelidad plena a Él; el libro de la Liturgia de las Horas, «con él cantarás siempre las alabanzas del Padre y orarás a Dios por el bien del mundo entero».

5. ¡Que llega el Esposo, salid a recibirlo!: La virgen consagrada no sólo debe estar despierta, como el centinela, a la espera del Señor que viene; también ha de mantenernos despiertos a los demás por medio de su testimonio de vida y su compromiso de entrega nupcial a Jesucristo. Por ello, pedimos a Dios «que no la sorprenda nunca adormecida... Que brille en ella, Señor, por el don de tu Espíritu, una modestia prudente, una afabilidad juiciosa, una dulzura grave, una libertad casta; que sea ferviente en el amor y nada ame fuera de Ti» (*oración consecratoria*).

6. «Velad, porque no sabéis el día ni la hora»: Esta advertencia va dirigida a nosotros también, que vamos adelante en nuestra historia, se supone que atentos a la presencia del Señor Resucitado –el Novio– en nuestra vida, preparándonos al encuentro definitivo con Él. Que no falte aceite en nuestra lámpara. Como el conductor que controla el aceite y la gasolina del coche antes del viaje. Como el encargado de la economía a la hora de hacer sus presupuestos. Se trata de estar alerta y ser conscientes de la cercanía del Señor en nuestras vidas.

La fiesta de boda a la que estamos invitados sucede cada día, en los pequeños encuentros con el Señor, en las continuas ocasiones que nos proporciona de saberlo descubrir en los sacramentos, las personas, los signos de los tiempos...

Al final, Jesús nos dirá qué clase de aceite debíamos tener: si hemos amado, si hemos dado de comer, si hemos visitado al enfermo. El aceite de la fe, del

amor y de las buenas obras. La Eucaristía nos provee de esa luz y esa fuerza que necesitamos para el camino hacia el Señor, «mientras esperamos su venida gloriosa».

7. Que tú seas su honor, su gozo, su deseo: Es lo que pedimos al Señor que conceda. Te rogamos, oh Dios, «que ella encuentre en Ti descanso en la aflicción; consejo en la duda; fuerza en la debilidad; paciencia en la tribulación; abundancia en la pobreza; alimento en el ayuno; remedio en la enfermedad. Que en Ti, Señor, lo encuentre todo y sepa preferirte sobre todas las cosas» (*oración consecratoria*). Amén.

6. UN SILENCIO ELOCUENTE

*Carta para la Jornada pro orantibus
3 de junio de 2007*

Cuando uno entra en clausura, lo que más llama la atención a los «de fuera» y así se comenta con frecuencia, es que allí se percibe, se respira y hasta se oye el silencio que envuelve, el oasis de reposo, la tranquilidad y el descanso tan diferentes del mundanal ruido al que estamos tan acostumbrados.

¿Qué contemplativo hay que en aquel silencio no tenga una jugosa «experiencia» de Dios? ¿Hay alguien al que no se la haya regalado el Señor? Difícilmente encontraremos un hombre o una mujer que no haya experimentado esta vivencia. Todos los moradores de los monasterios hablan de su propia vivencia, refiriéndose a lo que han gustado, al menos en algún momento de su vida entregada a Dios en la oración.

Es bueno que, en la Jornada *pro orantibus* y sabiendo, como dice Amós, que «Yahvé no hace nada sin "consultar" con sus profetas», es bueno, digo, que para ayudarnos y estimularnos a vivir nuestro día a día, nos hablen estos hermanos y hermanas del alcance de dicho silencio, misterioso en ocasiones.

1. ¿Qué dice Dios en su silencio o con su silencio contemplativo?

Por toda respuesta, expresando con toda sencillez sus propias vivencias, responden los contemplativos, con su vida, más que con sus palabras.

Qué paz y qué sosiego, de qué amor goza el alma en la contemplación, ¡qué noticia de Dios y qué cercanía la Suya!

No puede darse, no existe en el mundo ninguna comunicación tan rica, ni tan profunda en formas y modos, tan plena, tan íntima, tan continua, tan amplia, como la que Dios tiene con el alma contemplativa.

Y, cuando Él se comunica de forma más intensa, más particular y más plena, sacándonos de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, nos sumerge en el más profundo silencio, adentrándonos en Él. Desde este silencio interior y exterior, Dios se comunica. Es algo que nos excede totalmente. El alma queda del todo enamorada y anonadada, unida a Dios, arrebatada en Él, que nos regala su propio Ser: su amor, su plenitud, su gozo y su paz. Ningún acontecimiento de este mundo es capaz de alterarnos, mientras permanecemos en aquel estado de unión. Dios se entrega generosamente, revela sus misterios, transforma el alma en Sí mismo. Sólo Él puede ofrecer algo que trasciende y supera del todo los límites de la naturaleza humana. En ese clima la Beata Isabel de la Santísima Trinidad, en cuyo Centenario nos encontramos, escribe: «Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad inconmensurable, Inmensidad donde me pierdo». El contemplativo es como una esponja en el océano divino.

Los momentos, las horas de soledad del alma en la oración son el mejor regalo y descanso del día. Nadie, a no ser un contemplativo, puede comprender lo que supone el «si conocieras el don de Dios». La vocación contemplativa es, por tanto, un regalo grande de Dios que nunca podrá entenderse ni se agradecerá del todo.

Son ellos, los contemplativos, depositarios de los secretos de Dios. En medio de su soledad y silencio, reciben la infusión secreta de la elevación. En ésta se comunica y revela el mismo ser de Dios. «No es pequeño principio del conocimiento de Dios, escribió San Agustín, el conocer ya lo que Dios no es, antes de que podamos saber lo que es».

En ocasiones viene a la memoria una necesidad particular que se ha de encomendar: una persona conocida o desconocida, el Papa, un Obispo, la Diócesis, un sacerdote, un pueblo, una nación, un determinado grupo, alguien que está para partir de este mundo a la eternidad. Si el contemplativo vive habitualmente unido a Dios, tal como corresponde, y tiene su pensamiento, su corazón y su conversación en el cielo, esto lo vive, no sólo en los momentos de intensa contemplación infusa, sino en cualquier instante del día, también en medio de una ocupación. Fiel es el Señor que, por el bien de sus elegidos, a nadie deja sin la intercesión de los contemplativos.

2. Y ¿qué dice el contemplativo a Dios?

Presenta todas las intenciones que quiere recomendar. Y las de sus hermanos, los hombres, sean bienhechores, personas cercanas o necesitados de ayudas especiales.

El contemplativo pasa el día y la noche en ese trato asiduo con el Señor en la oración, en el silencio del amor, perdido en Él. En su misericordia y bondad

infinitas Él regala a veces al contemplativo una viva experiencia fuerte cuando le pide «inclinarse su oído» y escuchar su oración. Esto inunda de alegría grande, da un fuerte empuje sobrenatural, al tiempo que compromete a mucho. De ahí que procure, por todos los medios, no distraerse, y mantener la presencia de Dios, sin hablar. Y llega a estremecerse ante tanta misericordia y condescendencia divinas. Más aún, agradece y aprovecha esta intercesión y amor con que Dios le trata e intenta alcanzarla para todos sus hermanos los hombres. Esto es lo que da al alma del contemplativo una alegría y empuje sobrenaturales, maravillosos.

Es verdad que «nadie puede ver a Dios y seguir con vida» y que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman». Pero, si alguien tiene experiencia de ese ver y ese oír y de ese cielo que nos espera, si alguien «sabe» que Dios existe y que existe el cielo, es sin duda el contemplativo, que tantas veces ya en esta vida mortal, ha gustado y experimentado qué bueno y qué suave es el Señor.

El lenguaje del contemplativo es, por tanto, su propia experiencia de Dios. Nadie se lo ha contado, sino que él la ha gustado y no una, sino muchas veces; cada vez que el Señor se la regala.

El silencio del contemplativo nos habla, también, del sentido de nuestra existencia, de nuestra vocación. Nos explica quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, cuál es nuestra meta y nuestro galardón. Su silencio nos habla de que en Dios vivimos, nos movemos y existimos. Silencio, que es experiencia del Infinito que nos rodea. Estamos, por lo mismo, inmersos en Él.

Un silencio llama a otro «silencio», cuando, «con voz de aguas caudalosas», irrumpe en él y lo deja sumergido en su propio Ser. El silencio del contemplativo habla del eterno y de la eternidad, del cielo y de la suprema felicidad, que Dios ha preparado para todos y que nos dará de hecho. Importa, pues, que sepamos gozar de ella.

Hay, en todo ello, cierta participación angélica. Son pasos sucesivos hacia «la ascensión a la incorruptibilidad perpetua en la carne corruptible». Es el lenguaje del santo Obispo de Hipona. Es puro regalo de Dios. «Grandísima merced me hace el Señor –confesaba la Madre Teresa de Jesús– cuando tiene atado el entendimiento... en perfecta contemplación».

7. EL ESPÍRITU DE CRISTO CLAMA EN NOSOTROS: ¡ABBA! PADRE

*Carta en la Jornada pro orantibus
7 de junio de 2009*

El domingo de la Santísima Trinidad celebramos la Jornada *pro orantibus*, es decir, el día de los que moran en los monasterios de vida contemplativa, con la mirada puesta en sólo Dios.

Estos religiosos y religiosas han recibido el don de la vocación divina para una vida de especial consagración: viviendo el Evangelio, están dedicados de un modo total y exclusivo a Dios, sumamente amado, en la contemplación y oblación de sí. Por eso, su unión personal con Cristo es silenciosa fecundidad que impulsa en el Espíritu Santo el palpar del corazón de la Iglesia y el mundo. Como dice el Concilio Vaticano II, sus vidas «enriquecen al pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad, arrastran con su ejemplo y dilatan las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa»¹⁸.

Hemos de agradecer a Dios en este día el don de sus vidas y rezar por ellos y por ellas, que incansablemente oran por nosotros. Nos recuerdan, a su vez, la necesidad de dar prioridad a la oración. Porque cuando nuestra oración es superficial o no encuentra espacio en la jornada, corremos el riesgo de movernos sin sentido. Dice Jesús: «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

1. ¿Cómo rezar? Deja al Espíritu Santo que ore en ti

En el libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, se recoge que preguntaron un día al querido Papa Juan Pablo II: ¿Cómo reza el Papa? Su respuesta puede parecer sorprendente: «¡Habría que preguntárselo al Espíritu Santo!». A continuación explica: «El Papa reza tal como el Espíritu Santo le permite rezar... Basta que el hombre no ponga obstáculos».

Aquí está proclamada la «buena noticia» de la oración cristiana: «Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!» (Gal 4,6).

En diversos momentos, los evangelios presentan a Jesús orando. ¿Cómo rezaba? ¿Qué hace y qué dice Jesús en la oración? Como Hijo, trata íntimamente con el Padre, en un balbuceo amoroso de ternura infantil, para conocer y hacer en todo su voluntad: «¡Abba! Padre... no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú» (Mt 14,36). Cuando los discípulos le ven rezar quieren aprender de Él: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1 ss.). Jesús les responde: «Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en el cielo...».

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae Caritatis*, 7.

San Pablo, cuyo Año Paulino estamos finalizando, tiene experiencia de que el Espíritu Santo habita en él (cf. Rom 8,9; 1 Cor 3,16) y ora en nosotros con gemidos inenarrables (cf. Rom 8,26). Tocado por la Misericordia, quiere dejarse guiar por el Espíritu de Dios para no vivir como esclavo y con temor, sabe que por el bautismo hemos «recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: «¡Abba!, Padre» (cf. Rom 8, 14–16). Es el «Espíritu de Jesucristo» (Flp 1,19) que le inspira esta contestación: «para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21).

La oración cristiana produce en nosotros una configuración progresiva con Jesucristo que, como don de Dios, nos une en alianza de amor, en comunión filial de vida trinitaria. La persona humana, a impulsos del Espíritu Santo, se hace capaz de dirigirse a Dios con la misma palabra que Jesús, Hijo de Dios, decía a su Padre: *Abba*. Audacia filial que se abandona en el corazón del Padre con total y absoluta confianza.

Y como el amor tiene la cualidad de unir siempre, por el Espíritu se logra una unión con Cristo que está orando en nosotros al Padre. Nos vamos transformando de esta manera en su misma imagen, «así es como actúa el Señor, que es Espíritu» (2 Cor 3,18). Vamos siendo más cristianos, es decir «Cristo». Hasta poder decir con toda verdad: «El Señor nuestro Jesucristo, Hijo de Dios, escribe San Agustín, es aquél que reza con nosotros, que reza en nosotros y que es invocado por nosotros»¹⁹.

«Contempladlo y quedaréis radiantes» (Sal 34,6). Al contemplar el rostro de Cristo nuestra vida transparenta cada vez más su luz de amor y verdad. Deja ver a Cristo en la debilidad humana del orante, pero por el que actúa, con eficacia salvadora, la gracia de Dios y su Espíritu que da vida en abundancia.

La Persona divina, Dios y don de Dios, que es el Espíritu Santo, nos sitúa en el dinamismo del amor trinitario: «la esperanza no falla, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,5). Somos empapados en el amor de Dios para hacernos vivir de Amor. Así se entiende que San Pablo, dominado por el Espíritu Santo, viva urgido por el amor (cf. 2 Cor 5,14). Por eso podemos vivir el mandamiento de Jesús: «Amaos como yo os he amado» (cf. Jn 13, 34). Al dejar que el Espíritu Santo ore en nosotros, se hace presente en el mundo el Amor misericordioso de Dios. Nuestro pensar y querer están en sintonía con Dios que nos mueve a amar a los hermanos como Jesús nos ha amado. «El que se une al Señor, es un espíritu con Él» (1 Cor 6,17). Y ama entrañablemente como nos ama Dios.

Una auténtica oración en el Espíritu produce la creciente caridad, y por tanto, es el verdadero medio para la unidad. Nos abre hacia la práctica de un

¹⁹ S. AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos* 85,1.

amor activo y concreto con cada ser humano. El clamor interior: «¡Abba, Padre!» nos hace vivir en fraternidad. Incluso, cuando vienen los momentos de oscuridad o aridez espiritual, el Espíritu Santo es fuerza, luz y calor de nuestra oración «débil». De este modo, la «oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre»²⁰.

Aquí radica la verdadera vida contemplativa de los monjes y monjas, que es posible para todos. Se funda en el dominio del Espíritu Santo que nos une a Cristo para vivir activa y amorosamente como hijos del Padre. Con un corazón enamorado que vive en el Dios Amor Trinidad, buscando en todo cómo agradarle, cómo hacer su voluntad y cómo actuar en la presencia de Dios las veinticuatro horas del día. Dejemos, pues, que el Espíritu Santo nos mueva, nos guíe, nos domine, purifique nuestro amor de todo otro amor que no sea el Suyo.

2. Una vida de amor

En la vida de los contemplativos por definición la oración tiene importancia grande: es el centro de su vida. Una oración que es vida en el Espíritu Santo, es por tanto una vida de enamorados, es decir de vivir en amor, vivir en Dios Amor. «Me has seducido, Señor, y me dejé seducir» (Jer 20,7).

Cada monasterio de vida contemplativa, como dice el Papa Benedicto XVI, es como «un oasis espiritual, señala al mundo de hoy lo que es más importante, en definitiva, la única cosa decisiva: existe una razón última por la que vale la pena vivir, es decir, Dios y su Amor».

Varias veces al día se reúnen para adorar y alabar a Dios en nombre de la Iglesia y a favor del mundo. Mientras, el Espíritu Santo transforma sus vidas en constante ofrenda permanente con Cristo que ora en un amor incesantemente: «¡Abba, Padre!».

Perseverando en la oración con María, la Madre de Jesús, invocan la perenne efusión del Espíritu (cf. Hch 1, 14). Y con el gozo de la fraternidad, reviven y continúan en la Iglesia la obra de María, Virgen y Madre, que se abandonó a la acción del Espíritu Santo y le dejó hacer su obra de Amor: Jesús para el mundo. Su entrega es total y su docilidad plena. Las palabras de María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí» (Lc 1,38), la transformaron a Ella en total entrega de amor en servicio a los demás, la convirtieron en colaboradora del misterio de la Redención.

²⁰ NMI 33.

Vida de oración que irradia vida de amor. Es el clamor del Espíritu en el testimonio de la vida consagrada contemplativa.

Apreciemos estas comunidades religiosas y ayudemos para que se mantengan fieles al don de Dios recibido. Supliquemos al Señor que les conceda abundantes vocaciones, que descubran, como ellos y ellas, la felicidad esponsal de una vida «escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3).

Finalmente, permitidme que os invite a acercaros a estos lugares de paz y silencio lleno de Dios. En ellos se aprende el arte de la oración, el arte de amar. Y así, al beber en el manantial de Dios Trinidad, podremos todos seguir nuestro camino, dejando huellas de amor, guiados por el espíritu de Cristo que clama en nosotros: «¡Abba, Padre!».

¡Cuántas son las lecciones que nos dan los contemplativos! «Quisiera volar por el mundo –escribía un día frío de diciembre el H. Rafael, pronto San Rafael– gritando a todos sus moradores... ¡Dios!... Sólo Él. ¿Qué buscáis? ¿Qué miráis?... Pobre mundo dormido que no conoce las maravillas de Dios!»

8. ¡VENID, ADORADORES!

LA VIDA CONTEMPLATIVA, CENÁCULO EUCARÍSTICO

*Carta en la Jornada pro orantibus
Mayo de 2010*

La solemnidad de la Santísima Trinidad nos evoca, un año más, la Jornada *pro orantibus*, en la que toda la Iglesia agradece a Dios, Uno y Trino, el don de la Vida Consagrada Contemplativa. En este día nuestro recuerdo se traslada al silencio de los claustros, donde Monjas y Monjes ofrecen a Dios su existencia escondida y radicalmente atraída hacia el misterio de amor que los sedujo. Ellos y ellas nos piden también oración. A cada uno los presentamos ante el Padre, por Jesús, en el Espíritu... ¡Bendícelos, Señor, para tu gloria!

Con el lema: «¡Venid adoradores! La vida contemplativa, cenáculo eucarístico» se presenta este año la Jornada *pro orantibus*. La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana, fuente y cumbre de la vida contemplativa. Es en la celebración eucarística donde la Monja, unida a Cristo, se ofrece al Padre por la salvación de los hombres. Pero más allá del momento puntual de la Santa Misa, la Eucaristía permanece en el sagrario del Monasterio, en un acto de amor inabarcable. Desde ahí su presencia callada acompaña cada segundo del contemplativo, de día y de noche, siendo el centro de su vida, y esperando con indecible anhelo los tiempos de adoración en los que los corazones de Cristo y de la Monja se aúnan en íntimo coloquio de amor.

La divina compañía que la Monja siente en sí: Cristo, presente en el sagrario, hace brotar desde lo más profundo de su espíritu la adoración. Adorar es para ella la expresión más auténtica ante su Dios, su Señor, su Padre, su Esposo, su Amigo... Adorar es orar postrada, en espíritu y también con el cuerpo, ante la Hostia de fuego que, Quieta y Humilde, revela así su Omnipotencia y Señorío.

¡Venid adoradores! Adoradores contemplativos, sumergidos en el silencio que emana de la Eucaristía, silencio donde la Monja aprende a escuchar el lenguaje del amor de Cristo, entregado hasta el extremo de la cruz. Atraída hacia la Presencia eucarística que adora, la Monja se abre en docilidad al querer del Señor, que la hace una consigo, comunicándole su misma vida, su misma oración ante el Padre por el Espíritu Santo. Adoración que necesariamente vacía a la Monja de sí misma, para dar cabida en ella al Amor que le comunica el Divino Sacramento, para que, a su vez, ella también ame a sus hermanas, en quienes contempla un sacramento de Jesús. Vacío purificador y doloroso que la Eucaristía colma cada día, llena de vida, de ilusión, de renovado vigor, de alas de eternidad, de sueños de entrega... Adoración y silencio ante Él, que es el Todo ante la nada de su criatura, feliz de saberse tan dependiente, menesterosa y pobre. Los contemplativos adoran..., callan, desaparecen... los contemplativos aman.

Los contemplativos adoran la Presencia eucarística en nombre de todos sus hermanos, los hombres. Su «estar» ante la Eucaristía lo es incluso por aquellos que no saben o no quieren hacerlo. Adoración, intercesión vicaria que arranca misericordia a Dios, en favor de los pecadores, los extraviados... Hasta el silencio y la soledad del contemplativo llega el clamor de los últimos, de aquéllos a quienes nadie recuerda, pero que tan presentes están en el corazón de Dios. Y el corazón misericordioso del Padre se vuelca, por así decir, en el corazón del contemplativo, para que interceda, ore, adore, ame en nombre de su hermano y pueda éste así volver al seno de la gran familia de los hijos de Dios.

No hay llaga humana que quede fuera de la oración contemplativa. Ésta se transforma como en un abrazo de ternura que quiere devolver a los hombres fe, esperanza, amor, fortaleza en la lucha contra el mal, alegría... todo aquello que los hace vivir a semejanza del Dios Amor que los ha creado y los ha redimido.

La vida contemplativa, cenáculo eucarístico, vida de familia, donde percibir entre los hermanos o las hermanas la presencia de Cristo vivo y resucitado. Vida de cenáculo es también vida de intimidad fraterna, esforzándose cada día por erradicar pecados y debilidades que oscurecen la vida de comunión, que es propia del cenáculo eucarístico. Para ello, cada miembro, consciente de vivir en cenáculo, quiere ante todo vivir pendiente de quien les comunica unidad: Jesús. Permanecer en vida comunitaria de cenáculo queriendo al hermano y a la hermana como un don que el Señor me entrega, para que, juntos, hagamos

el camino hacia Él. El contemplativo necesita muchas horas de adoración eucarística, mucho contemplar a Jesús en el escondimiento y anonadamiento del sacramento, mucho dejarse abrasar por la caridad de la Eucaristía, para que su vida en comunidad sea una verdadera comunión con el hermano o la hermana. Comulgar a Cristo Eucaristía es comulgar unos de otros, es también dejarse partir y dejarse comer; es prolongar la adoración ante el Santísimo, amando el rostro de Cristo en el hermano. Sólo de la Eucaristía nace la verdadera comunión fraterna. El contemplativo la pide humildemente, como un don en su prolongada adoración eucarística, hasta que, de tanto contemplar la hostia blanca, sólo vea en sus hermanos y hermanas el Rostro del Amado.

La vida de cenáculo evoca, ¡cómo no!, la presencia de Santa María, la Madre del Señor, en la espera del Espíritu, junto a los apóstoles. La Monja contemplativa revive este misterio en sí. María es, en todo, modelo, estrella, guía... Dos grandes amores se funden en la adoración: la Eucaristía y María. Adorar a Dios presente en el sacramento y adorarlo por medio de María, con María, en María... dejándose vivir por María. Así quiere ser el alma contemplativa. Alma virgen. Alma madre, imitando, por la gracia de Dios, la vida de María. El silencio, el retiro, el recogimiento, la clausura, la penitencia... les son necesarios a la contemplativa para crear dentro y fuera de sí la conciencia de que su vida ha sido sumergida en un ámbito sagrado, es toda de Dios. Como la Virgen, y, con humildad, la contemplativa repite cada día: «Aquí está la esclava... proclama mi alma la grandeza del Señor».

Al final de este año sacerdotal, que pronto vamos a clausurar, la presencia de la Virgen Madre nos recuerda la intensa vinculación entre la vida contemplativa y la jerarquía de la Iglesia: sacerdotes para la Eucaristía: adoradores de la Eucaristía. La contemplación es como la savia que recorre el ministerio ordenado, una savia que comunica vida y vida en abundancia, porque la recibe de quien es la Vida: Jesucristo. ¡Qué hermoso es en verdad el misterio de la Iglesia!, por más que algunos se empeñen en ver y hacer ver sólo sus fealdades.

La vida contemplativa en adoración perpetua, en vida de cenáculo eucarístico es un destello de esta belleza, que deja sabor a eternidad ya aquí en el tiempo. En nuestra Diócesis, en trece comunidades.

En esta jornada *pro orantibus* elevamos nuestra oración por todas las Órdenes e Institutos de vida contemplativa. Pedimos por su permanencia y fidelidad. Damos gracias por la riqueza de espíritu que han recibido de sus fundadores, y que hoy hacen presente para gloria del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... Y de ti, María.

VI. LOS LAICOS, IGLESIA EN EL MUNDO

1. LOS LAICOS SOIS IGLESIA EN EL MUNDO

*Congreso Diocesano de Laicos
Vigilia de Pentecostés
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 22 de mayo de 2010*

«Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo» (1 Cor 12,13). En la Vigilia de Pentecostés recordamos y agradecemos esta acción del Espíritu Santo, que enriquece la Iglesia con diversidad de carismas y ministerios. La diversidad de vocaciones y de estados de vida en la Iglesia es un reflejo de la inmensa riqueza del misterio de Cristo. Laicos, ministros sagrados y vida consagrada son vocaciones necesarias e indisolublemente complementarias. En el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, todos sus miembros son activos.

1. Los laicos, en la Iglesia, no sois un lujo, sino una necesidad

En el contexto de preparación del Congreso de Laicos recordamos el papel insustituible que los laicos tienen en la Iglesia. La Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado maduro¹. Los laicos no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia –como los sarmientos unidos a la vid (Jn 15,1–8; Mt 20,1–16)–, por eso la entera Iglesia y cada una de las Iglesias particulares, no está plenamente constituida si, junto a los Obispos, sacerdotes y religiosos, no existe un laicado adulto y responsable, exigencia de la comunión eclesial². La razón de su necesidad: porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el pueblo sin la presencia activa de los seculares³.

¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, 21.

² Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (19/11/1991), 24.

³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, 21.

Debemos tener en cuenta dos principios teológicos necesarios⁴:

- a. Hay en verdad laicos en la Iglesia, no hay cristianos de segundo orden.
- b. Están ubicados y constituidos en el mundo. Por consiguiente, dedíquense apasionadamente a la misma teología del mundo y de las realidades terrenas.

2. Los laicos sois Iglesia en el mundo

Para comprender quién es el laico dentro de la Iglesia hemos de contemplar a ésta como misterio de comunión; sólo dentro de ella se revela cuál es su última identidad. Y sólo dentro de esta dignidad se puede definir la vocación y misión del laico en la Iglesia y en el mundo⁵. Los laicos, partícipes por el bautismo de la función profética, sacerdotal y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el Pueblo de Cristo en la parte que a ellos corresponde⁶: proclaman gozosamente con el testimonio de su vida y sus palabras el Evangelio, ofrecen su vida como hostia agradable a Dios, y reinan mediante el servicio de caridad hacia sí mismos y hacia el prójimo y el mundo⁷. «Precisamente porque deriva *de* la comunión eclesial, la participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo exige ser vivida y actuada *en* la comunión y *para* acrecentar esta comunión»⁸.

La común dignidad bautismal asume en el fiel laico una modalidad que lo distingue, sin separarlo, del resto del Pueblo de Dios. «Los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, junto con la Eucaristía, centro y cumbre de la vida cristiana, son la fuente permanente del ser y el actuar del laico en la Iglesia y en el mundo»⁹. Ellos son la principal base teológica y dogmática de la condición laical.

3. Ser y actuar en el mundo

«La condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su índole secular»¹⁰. El carácter secular pertenece a toda la Iglesia y atañe a todos sus miembros aunque de for-

⁴ A. VIVO ANDÚJAR, *Intervenciones en la preparación y celebración del Concilio Vaticano II*, Pablo Barrachina y Estevan, Alicante 2010, p. 65.

⁵ Cf. ChL 8.

⁶ Cf. LG 31.

⁷ Cf. ChL 14.

⁸ ChL 14.

⁹ CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, II, introducción.

¹⁰ ChL 15.

mas diversas¹¹; pero la índole secular es propia y peculiar de los laicos y califica su modo de estar presente en la vida y misión salvífica de la Iglesia. «Son llamados por Dios para contribuir desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas»¹². «A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando las realidades temporales según Dios»¹³, según el Espíritu de Cristo y de su Evangelio, siendo sal y luz salvadoras de la tierra y de la comunidad humana¹⁴. Ellos están «en el corazón del mundo».

El ser y el actuar en el mundo –dice la Exhortación apostólica *Christifideles laici*– son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teologal y eclesial: los cristianos laicos son Iglesia en el mundo¹⁵. De este modo el mundo se convierte para los fieles laicos en el ámbito y el medio de su vocación cristiana a la santidad en la caridad perfecta¹⁶. La vocación a la santidad en el laico está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad del mismo en la Iglesia y en el mundo. Esta santidad constituye la primera y fundamental edificación de la Iglesia en cuanto «comunidad de los santos»; es más, constituye un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia¹⁷.

La corresponsabilidad de los laicos comprende la edificación de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil. La participación de los laicos en la vida de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil no son responsabilidades paralelas y acciones separables ni contrapuestas¹⁸. Por consiguiente su tarea primera e inmediata –aunque no única– es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas en el campo de la realidad social, en el mundo de la economía, de la vida pública, de las instituciones intermedias –de las cuales la familia es la primera– que vertebran la sociedad, de la cultura, las ciencias, el arte, la vida internacional y la paz, los medios de comunicación social, y otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de niños y adolescentes, el trabajo profesional, el

¹¹ Cf. AA 5.

¹² LG 31.

¹³ LG 31.

¹⁴ Cf. Mt 5, 13–16; ChL 15.

¹⁵ ChL 15.

¹⁶ Cf. AA 4; LG 40.42; ChL 16–17.

¹⁷ Cf. ChL 17.

¹⁸ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (19/11/1991), 27–28.

sufrimiento¹⁹. Ha dicho Benedicto XVI: «Todos los ambientes, las circunstancias y las actividades en los que se espera que resplandezca la unidad entre la fe y la vida están encomendados a la responsabilidad de los fieles laicos, movidos por el deseo de comunicar el don del encuentro con Cristo y la certeza de la dignidad de la persona humana»²⁰.

«Como el Padre me ha enviado, así os envío yo» (Jn 20,21). El Espíritu Santo recibido en el bautismo y la confirmación nos capacita para la misión. Es tarea particular de los cristianos laicos impregnar del Evangelio las realidades temporales del mundo laboral, económico, cultural, de la familia, de la vida pública y política, de la paz, pero siempre a través de la conversión de los corazones de las personas concretas. No basta la conversión del corazón, olvidando las realidades del mundo; tampoco basta por sí mismo la transformación de las estructuras que conforman la realidad social; hace falta transformar el mundo con la conversión de los corazones de los hombres y mujeres. Como dice el Documento teológico de nuestro Congreso, los laicos, «han de hacer que la Iglesia esté presente en el mundo y llevar el clamor del mundo hasta el corazón de la Iglesia»²¹.

4. Conclusión

Termino invocando al Espíritu Santo con las palabras de la oración preparatoria de nuestro Congreso Diocesano de Laicos:

Espíritu de amor, de consuelo y de audacia,
que iluminas nuestra mente,
guías nuestros pasos
y haces arder el corazón,
fortalécenos en la fe y en el amor,
impúlsanos a evangelizar con entusiasmo
y haz que seamos en el corazón del mundo
Testigos de la Esperanza.

¹⁹ Cf. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (8/12/1975), 70.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso al Pontificio Consejo de Laicos* (15/11/2008).

²¹ CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, II, 5.

2. LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES LAICOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA

*Congreso Diocesano de Laicos
Vigilia de Preparación
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 12 de Noviembre de 2010*

Acabamos de hacer memoria de nuestro bautismo, renovando las promesas bautismales. Y hemos escuchado al Apóstol decir que por el bautismo todos nosotros hemos sido incorporados a Cristo. El bautismo nos ha abierto a una vida nueva, de manera que nuestro vivir es un «vivir para Dios» (cf. Rom 6,3–11). Y nos ha unido también a una comunidad, la Iglesia, en cuyo seno vivimos nuestra fe. Ciertamente, «el bautismo es la base sacramental primera y decisiva para definir teológicamente al laico»²². La consagración bautismal es lo esencial; la primera y más radical de todas las demás consagraciones futuras y pensables en la Iglesia.

Para entender adecuadamente la misión y responsabilidad del laico hemos de situarlo en la Iglesia, como misterio de comunión. En esta vigilia de oración y preparación de nuestro Congreso de Laicos os invito a meditar sobre la participación de los laicos en la vida de la Iglesia.

1. *Corresponsables en la Iglesia, misterio de comunión*

La Iglesia como comunión de todos los cristianos nace de la comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única vid, que es Cristo²³. Ya el Concilio afirmaba: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano»²⁴.

Se trata de una comunión orgánica, análoga a un cuerpo, en la que se caracteriza por la presencia simultánea de la diversidad y de la complementariedad de carismas, ministerios, vocaciones y responsabilidades. El Espíritu distribuye diversos dones jerárquicos y carismáticos entre todos los bautizados, llamándolos a ser –cada uno a su modo– activos y corresponsables. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico ofrece su propia aportación en la vida y la misión de la Iglesia²⁵. Los carismas, los ministerios, los encargos y servicios del

²² CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, II, 3.

²³ Cf. ChL 18.

²⁴ LG 1.

²⁵ Cf. ChL 20.

fiel laico existen en la comunión y para la comunión, es decir, para la unidad en la diversidad.

Como ha recordado el Papa Benedicto XVI, los fieles laicos no sois colaboradores sino verdaderos «corresponsables» en el ser y actuar de la Iglesia²⁶. Los fieles laicos estáis llamados, como miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación. El apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia²⁷.

2. Participación en la edificación de la Iglesia

Los laicos participan en la edificación de la Iglesia particular. Para poder participar adecuadamente en la vida eclesial es del todo urgente que los fieles laicos posean una visión clara y precisa sobre la relación de la Iglesia particular con la Iglesia universal. La Iglesia universal existe y se manifiesta en las Iglesias particulares o Diócesis²⁸. Sin embargo, el laico está llamado a vivir activamente su pertenencia a la Iglesia particular, asumiendo a la vez una amplitud cada vez más católica, sin perder nunca la perspectiva universal de la Iglesia²⁹. Entre los órganos que vertebran la Iglesia particular podemos destacar la labor del Consejo Diocesano de Pastoral que es, a este respecto, una expresión válida de colaboración y diálogo entre los laicos, los pastores y la vida consagrada.

Un segundo lugar de participación del laico en la edificación de la Iglesia particular encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la Iglesia cercana que vive en las casas de sus hijos y de sus hijas, la fuente de la aldea en expresión de Juan XXIII. Para el laico, su parroquia, constituye el lugar privilegiado para expresar la comunión y corresponsabilidad³⁰. Destacan, dentro de ella, los Consejos parroquiales de pastoral y de economía. En las parroquias, los fieles laicos, «íntimamente unidos con sus sacerdotes»³¹, deben prestar una gran ayuda al crecimiento de una auténtica comunión eclesial y en ser corresponsables con los pastores en dar nueva vida al afán misionero dirigido hacia los no creyentes y hacia los mismos creyentes que han abandonado o limitado la práctica de la vida cristiana³².

²⁶ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la asamblea eclesial de la Diócesis de Roma* (26/5/09).

²⁷ Cf. LG 33; PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 73.

²⁸ Cf. LG 23.

²⁹ Cf. ChL 25.

³⁰ Cf. AA 10; ChL 26–27.

³¹ AA 10.

³² Cf. ChL 26–27; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (19/11/1991), 42.

3. Formas de participación del laico en la vida de la Iglesia

Respecto a las formas esenciales de participación del laico en la vida apostólica de la Iglesia, podemos reducirlas fundamentalmente a dos. El Vaticano II insistió en la absoluta necesidad del apostolado de cada persona singular, como forma primordial y condición insustituible de todo el apostolado de los laicos, junto a otra modalidad: el apostolado asociado³³.

A través del apostolado individual, la irradiación del evangelio puede hacerse extremadamente capilar, llegando a lugares y ambientes insospechados que están ligados por la vida cotidiana de los laicos. Se trata además de una irradiación constante que evita el divorcio entre la fe y la vida (privada y pública); finalmente, es una forma de apostolado particularmente incisiva, llegando al corazón de cada persona con valentía y con gancho evangelizador³⁴.

Pero también existe otra forma asociada de apostolado seglar, particularmente importante en la actualidad eclesial, pero que además tiene raíces de necesidad eclesiológica: la fe tiene una dimensión comunitaria y eclesial. Aun admitiendo su legítima variedad, todas estas asociaciones y movimientos apostólicos tienen una profunda convergencia: participar responsablemente en la misión que tiene la Iglesia de llevar a todos el Evangelio³⁵.

Entre las diversas formas apostólicas de los laicos que tienen una peculiar relación con la jerarquía el Concilio y los Padres del Sínodo sobre los laicos han recordado diversos movimientos y asociaciones de Acción Católica.

Venamos las dificultades para la unidad aún reconociendo la diversidad de movimientos y asociaciones laicales. Hagamos nuestras las palabras del apóstol: «Os conjuro, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que tengáis todos un mismo sentir, y no haya entre vosotros disensiones; antes bien, viváis bien unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir» (1 Cor 1,10). La vida de comunión eclesial será así un signo para que el mundo crea. La comunión se hace así fundamento de la misión de la Iglesia.

³³ Cf. AA 16.

³⁴ Cf. ChL 28.

³⁵ Cf. ChL 29.

3. LA CORRESPONSABILIDAD DE LOS FIELES LAICOS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

*Congreso Diocesano de Laicos
Discurso de Apertura
Paraninfo Universidad de Alicante
13 de noviembre de 2010*

Iniciamos esta mañana un acontecimiento de singular importancia en la vida de nuestra Iglesia particular. Comenzamos la fase final de nuestro Congreso de Laicos, un evento que hemos estado preparando durante el último año y que culmina estos dos días. Agradezco a toda la comisión organizadora el esfuerzo y el trabajo que ha dedicado a preparar este Congreso. También manifiesto mi gratitud a todos los que han colaborado en el mismo, a los voluntarios y, por supuesto, a los ponentes que nos acompañan. Sed bienvenidos todos, queridos laicos que venís de los distintos puntos de la Diócesis, a este Congreso, en el que vosotros sois los protagonistas, pero que nos compromete a toda la Iglesia Diocesana.

«En el corazón del mundo» es el título que hemos dado a nuestro Congreso, porque quiere alentar la presencia de los cristianos laicos en la sociedad secular, para que «la fe sea vivida en el corazón de la vida cotidiana»³⁶.

1. La misión común de anunciar el Evangelio

Los fieles laicos tenéis, como miembros de la Iglesia, la vocación y misión de anunciar el Evangelio³⁷. El apostolado de los seglares verdaderamente «es participación en la misión salvífica de la Iglesia»³⁸. Por vuestro bautismo participáis en el oficio sacerdotal, profético y real de Cristo y sois co-responsables de la misión universal de proclamar a toda la creación la gracia transformadora del Evangelio³⁹.

Ante la indiferencia generalizada de gran parte de nuestros contemporáneos, urge emprender una nueva evangelización y rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Esta nueva evangelización pide la formación de comunidades eclesiales maduras, y en ello los fieles laicos tenéis una parte importante que cumplir, no sólo lo que se refiere a la participación activa y responsable en la vida comunitaria, sino también con la acción misionera entre quienes todavía

³⁶ CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, Introducción.

³⁷ Cf. AA 10.

³⁸ LG 33.

³⁹ Cf. AA 2.

no creen o ya no practican la fe recibida con el bautismo⁴⁰. Con nuestra palabra y nuestra vida debemos testificar cómo la fe cristiana constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas de la vida y de la sociedad.

2. En el corazón del mundo

Los laicos realizáis esta tarea «en el corazón del mundo», «impregnando y perfeccionando el orden temporal con el espíritu evangélico»⁴¹. Sin olvidar la corresponsabilidad que compete a los laicos en la animación de la vida de la comunidad eclesial, resulta urgente y necesario acentuar su compromiso evangelizador en la sociedad civil. «Los laicos no pueden de ninguna manera abdicar de su derecho a estar presentes en el mundo civil. De este modo, con su presencia en la vida pública, hacen presente a la Iglesia en el mundo y animan y transforman la sociedad según el espíritu del Evangelio»⁴².

Ha dicho espléndidamente el Santo Padre:

«Toca a los fieles laicos mostrar concretamente en la vida personal y familiar, en la vida social, cultural y política, que la fe permite leer de una forma nueva y profunda la realidad y transformarla; que la esperanza cristiana ensancha el horizonte limitado del hombre y lo proyecta hacia la verdadera altura de su ser, hacia Dios; que la caridad en la verdad es la fuerza más eficaz capaz de cambiar el mundo; que el Evangelio es garantía de libertad y mensaje de liberación; que los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, como la dignidad de la persona humana, la subsidiariedad y la solidaridad, son de gran actualidad y valor para la promoción de nuevas vías de desarrollo al servicio de todo el hombre y de todos los hombres. Compete también a los fieles laicos participar activamente en la vida política de modo siempre coherente con las enseñanzas de la Iglesia, compartiendo razones bien fundadas y grandes ideales en la dialéctica democrática y en la búsqueda de un amplio consenso con todos aquellos a quienes importa la defensa de la vida y de la libertad, la custodia de la verdad y del bien de la familia, la solidaridad con los necesitados y la búsqueda necesaria del bien común. Los cristianos no buscan la hegemonía política o cultural, sino, dondequiera que se comprometen, les mueve la certeza de que Cristo es la piedra angular de toda construcción humana»⁴³.

⁴⁰ Cf. ChL 34.

⁴¹ Cf. AA 5.

⁴² CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, III, 1.

⁴³ BENEDICTO XVI, *A la Asamblea del Consejo de Laicos* (21/05/2010).

3. *El compromiso en la vida pública*

Para entender, explicar y vivir el compromiso de los laicos en la vida pública, así como las dimensiones eclesiales y pastorales del mismo, conviene tener a la vista el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia⁴⁴.

«Es tarea propia del fiel laico –explica el Compendio– anunciar el Evangelio con el testimonio de una vida ejemplar, enraizada en Cristo y vivida en las realidades temporales: la familia; el compromiso profesional en el ámbito del trabajo, de la cultura, de la ciencia y de la investigación; el ejercicio de las responsabilidades sociales, económicas, políticas. Todas las realidades humanas seculares, personales y sociales, ambientes y situaciones históricas, estructuras e instituciones, son el lugar propio del vivir y actuar de los cristianos laicos»⁴⁵.

El lugar donde el cristiano laico vive su fe es en medio de la vida. Para realizar esta síntesis entre la fe y la vida es precisa una profunda vivencia espiritual. Regenerados como hombres nuevos, los fieles pueden participar con coherencia en la vida social y hacer en ella manifiesto a Cristo con el testimonio de su vida⁴⁶. Se requiere también cuidar la formación, que se refiere tanto a conocimientos como a actitudes que capaciten para la misión. Los laicos están llamados a madurar continuamente, también mediante una formación integral y permanente.

4. *Áreas prioritarias de acción*

El Compendio señala también algunas áreas prioritarias para esta acción⁴⁷.

- El servicio a la dignidad persona humana, fundamento de la igualdad de todos los hombres entre sí y de su participación y solidaridad. El reconocimiento de la dignidad personal de todo ser humano exige respeto, defensa y promoción de los derechos de la persona humana, entre los cuales el primero y fontal, condición de todo el resto, es el derecho inviolable a la vida humana. Aunque esto es tarea de todos, algunos fieles laicos son llamados a ello por un motivo particular: padres, educadores, profesionales de la medicina y de la salud, los que detentan el poder económico y político. Asimismo la defensa y promoción de los derechos humanos, conlleva el reconocimiento de la libertad religiosa y a la libertad de conciencia, tanto de las personas como de la sociedad.

⁴⁴ CDSI.

⁴⁵ CDSI n. 543.

⁴⁶ Cf. CDSI nn. 545–546.

⁴⁷ Cf. CDSI nn. 551–574.

- El servicio en el área de la cultura. La separación entre la fe cristiana y la vida cotidiana es juzgada por el Concilio Vaticano II como uno de los errores más graves de nuestro tiempo. Un campo particular de compromiso de los fieles laicos debe ser la promoción de una cultura social y política inspirada en el Evangelio. Otra prioridad es abrir la cultura a la dimensión ética, sin la cual se convierte fácilmente en instrumento de empobrecimiento de la humanidad. En la promoción de una auténtica cultura, tiene una importancia especial la atención a los medios de comunicación social, atentos siempre de que estén al servicio de la persona humana.
- El servicio en la economía y la política. El compromiso en asuntos económicos y políticos es una concreción del empeño cristiano por servir a los demás. Tenemos la urgencia de armonizar mejor las exigencias de la eficiencia económica y los requisitos de la justicia social. Y de promover un compromiso político riguroso y articulado al servicio del bien común. Esto debe hacerse en el contexto de una «laicidad» entendida como respeto, por parte del cristiano a la autonomía de las realidades naturales y como respeto, por parte del Estado, a las diversas confesiones religiosas.

De esta manera iremos contribuyendo a que se construya una civilización digna del hombre, una sociedad más humana, presidida por el amor, una «civilización del amor».

5. Conclusión

Todos deseamos tener en nuestra Diócesis de Orihuela–Alicante un laicado maduro. Laicos maduros en todas las edades y situaciones por las que pasa un cristiano: niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos⁴⁸, de hombres y mujeres en presencia y colaboración complementaria⁴⁹. Sin olvidar que también los enfermos son apóstoles privilegiados y cualificados⁵⁰. Recordando que la familia constituye el primer lugar privilegiado en donde el cristiano participa en la vida y misión de la Iglesia, llamada a superar los muros del hogar mediante su inclusión en la sociedad y en la Iglesia.

Es la hora de sacar la fe a la calle, de contribuir a la animación cristiana del orden temporal, a poner la fe en Cristo en el corazón de este mundo. Es la hora de los laicos. Deseamos que este Congreso colabore a que en nuestra Diócesis de

⁴⁸ Cf. ChL 45–49.

⁴⁹ Cf. ChL 51–52.

⁵⁰ Cf. ChL 53–54.

Orihuela–Alicante se forme un laicado maduro y corresponsable. Y que brote un compromiso de toda nuestra Iglesia en el estímulo, apoyo y promoción del laicado.

4. JÓVENES, ¿QUÉ BUSCÁIS?

*Carta a los jóvenes
invitando al encuentro diocesano
Marzo de 2006*

Queridos jóvenes:

«¿Qué buscáis?» Dice la invitación a este encuentro. La misma pregunta que Jesús hizo junto al lago a los primeros seguidores suyos. La palabra de Dios está cuajada de buscadores; de respuestas, en consecuencia, de hombres y mujeres deseosos de vivir la vida en plenitud. En la plenitud de los tiempos, precisamente, Dios Padre nos sorprende siempre. Él es el que sale en búsqueda del hombre, de cada hombre, enviándonos a su propio Hijo. Cristo ha sido la Palabra definitiva de un Padre que nos ama con ternura, y que ahora sale a nuestro encuentro para dar respuesta a nuestro deseo más íntimo de felicidad.

«¿Qué buscáis?» Nos dice ahora Jesucristo. Y ésa es la pregunta que yo os hago a vosotros, jóvenes de Alicante. Ojalá respondáis conmigo y con el salmista «Tu rostro buscaré Señor». En Cristo encontramos la respuesta a nuestras aspiraciones más nobles. Sólo Jesús puede dar sentido a nuestra vida. Son muchas las cosas que se nos ofrecen para saciar nuestra sed de felicidad, de plenitud, tratando de llenar el horizonte de nuestras vidas. Son muchas las voces que nos prometen felicidad a corto plazo, pero dejan el corazón y la vida vacíos del todo.

Vuestro Obispo, los sacerdotes, los catequistas, tantos agentes de vida pastoral y toda la Iglesia tratamos de acompañaros a cada uno de vosotros personalmente, hasta que encontréis a Cristo a través de su Palabra. Hasta que tengáis un proyecto personal de vida que responda a lo que Dios quiere de cada uno de vosotros. Un proyecto que tenga como meta, sin complejos, la santidad de nuestra vida. Así lo han hecho tantos jóvenes que a lo largo de la historia han dado todo por Cristo y por los demás. Sólo cuando estamos unidos a Cristo, podemos dar frutos. Sólo con Él logramos transformar nuestra vida y con ella nuestro mundo. Os invito, pues, a buscar respuesta y a escuchar la voz del Señor en el silencio de la oración y en la escucha de la Palabra de Dios que produce su fruto en el corazón. Os invito a sentaros a la mesa del Señor en la Eucaristía, donde cada domingo Él nos explica las Escrituras y parte para nosotros el Pan. Os invito a reconciliaros previamente con Dios en esta Cuaresma. Palparemos el gozo de un

Padre que, siendo rico en misericordia, nos ofrece en el sacramento del perdón, lo mejor que tiene. En este camino encontraremos todos a Cristo en los hermanos, nuestros prójimos, especialmente en los que sufren.

La Palabra del Señor, dice el Salmista, es «luz para el sendero». Más de una vez habéis sido testigos en vuestra propia vida y en la de los demás jóvenes de cómo esta luz ilumina. Y las dudas, el cansancio, las contrariedades de ambientes hostiles y difíciles, se han ido disipando suavemente. No tengáis miedo, queridos jóvenes, merece la pena seguir a Cristo, dando la vida por Él y por el Evangelio Cristo Jesús, recordaba el Santo Padre en Colonia, «no nos quita nada y nos lo da todo».

Os convoco por tanto a vosotros, jóvenes, que buscáis, para que encontremos juntos. El Espíritu Santo quiere llenarnos de su Luz para mirar al mundo con la mirada de Jesús, y ser testigos de la Buena Noticia de Jesucristo. Me llena de esperanza veros en vuestras parroquias, arciprestazgos, colegios, en vuestro centro de estudio y de trabajo, también en vuestros lugares de diversión, construyendo el Reino de Dios con sencillez, con confianza, y superando las dificultades con la mirada puesta en Jesucristo.

Sabéis que cuento con cada uno de vosotros. Vuestro Obispo confía y espera en vosotros, jóvenes de Alicante, porque sois, no sólo la esperanza de nuestra Iglesia, sino el rostro joven de la misma. El Beato Rafael, monje trapense que murió con 27 años, y que sigue siendo modelo de joven alegre con la alegría del que sólo vive para Dios, –del que sueña con María –escribió en cierta ocasión: «Mi vida transcurre con la mayor tranquilidad de espíritu y de cuerpo, procurando siempre ser mejor y mejorar en lo que pueda a los que están a mi alrededor... Yo espero con mi poca experiencia de andar ese camino, llevar por él a mucha gente, pues si nuestro Señor se valió de doce pescadores para convertir el mundo entero, también me ayudará a mí en mi buen deseo».

¿No veis aquí un programa que podemos examinar juntos, tratando de responder con alegría compartida a las cuestiones que esconde y nos espolean?

5. DANDO VIDA, SEMBRANDO ESPERANZA

«Cuida de él... y lo que gastes de más te lo pagaré a mi vuelta» (Lc 10,35)

*Homilía en la Misa para los enfermos
Retransmitida por TVE
Hospital de Cuenca, 9 de mayo de 2010*

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la «Pascua del enfermo». En la Iglesia que peregrina en España, hace veinticinco años que en cada sexto domingo de Pascua se evidencia que los enfermos tienen un lugar de preferencia en la comunidad cristiana, el que tuvieron en la vida de Jesús.

En estos veinticinco años, hemos compartido convicciones mutuas en la vivencia cristiana de la enfermedad: sois el rostro del Señor –Él mismo nos aseguró que en la enfermedad le podemos reconocer a Él–, nuestras comunidades tienen la misión de curar, vosotros nos evangelizáis, con la vivencia cristiana de esta limitación humana que es la enfermedad. Hemos reconocido juntos, en estos años, que la familia también cuenta, que el amor alivia el dolor, que los niños enfermos son nuestros preferidos y que, en la enfermedad, necesitamos orar unos con otros, todos por todos, muy especialmente a María, Salud de los enfermos. Han sido veinticinco años en que hemos vivido, orado y trabajado, «dando vida y sembrando esperanza».

Nos reunimos una vez más esta mañana, con el alcance de convocatoria que tienen los medios de comunicación social, en presencia del Señor Resucitado. Él, que alienta siempre nuestro caminar compartido nos dirige tres palabras. Resuenan las tres en la liturgia eucarística de hoy y de estas semanas pascales.

1. «Os doy la paz» (Jn 14,27). El Señor dirige esta primera palabra a vosotros, queridos hermanos que vivís la enfermedad. Su promesa es para todos, pero hoy os dice a vosotros: «Os doy la paz. Es mi paz. No la penséis con criterios del mundo. Esta paz, el mundo no la puede dar». La paz que el Señor os da –que nos da a todos– quita la inquietud y hace que desaparezca el miedo. Es un modo de salud. Es principio de salud. San Juan narra esta promesa de paz en el cenáculo, durante la larga conversación de Jesús con sus discípulos en la Última Cena. Y volverá a ponerla en boca del Señor resucitado. Nosotros hoy, con toda la Iglesia, la escuchamos en este contexto pascual. El Señor que da la paz es el mismo del que constata San Pedro: «sus heridas nos han curado» (1 Pe 2,24). En estos días de Pascua, hemos contemplado las llagas del Señor resucitado, las vimos junto a Tomás (cf. Jn 20,19–29). No sólo nos han dado la salud. Se ha producido el milagro. Son manifestación de su Gloria, de su Vida, de su Resurrección. Así

es también la enfermedad, vuestra enfermedad, en el cuerpo Místico del Señor, que es la Iglesia. En medio de la debilidad, vuestras dolencias se convierten en manifestación de la fuerza salvadora del Señor. Nosotros mismos lo hemos visto. Somos testigos. En vuestras vidas brilla con fuerza la gloria de la resurrección, cada vez que la limitación de la enfermedad o el dolor, en lugar de convertirse en ocasión de lamento o desaliento, ha sido un testimonio palpable de entrega cristiana, de mediación redentora para toda la humanidad. Ante vosotros, en tantas ocasiones, sólo nos cabe, como a Tomás, una profesión de fe: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28). Es el modo pascual de vivir la enfermedad. Con él, no sólo se completa la pasión del Señor, sino también la resurrección de la Iglesia, que da testimonio de vida ante el mundo. Al ver la fuerza redentora que nace de vosotros, sólo se puede exclamar con san Juan: «Es el Señor» (Jn 21,7).

2. «Cuida de él» (Lc 10,35). Es la segunda palabra de este día. Palabra que el Señor dirige a toda la comunidad. Resuena, en ella, el encargo que el Buen Samaritano hacía al hombre de la posada, al dejar en sus manos a aquel otro hermano dañado por la vida y la injusticia. Hoy el Señor dice a toda la Iglesia: «Cuida de él, cuida de tu hermano enfermo –también de su familia–». Ved que, antes de hacernos este encargo, el Señor ya ha cuidado de vosotros. Lo rezamos en el prefacio eucarístico: «Él nos da salud con el vino de la esperanza, con la Eucaristía, y con el aceite de la unción, que sana y restituye las fuerzas». Al pedirnos que cuidemos de vosotros, el Señor nos recuerda la condición de Casa, de Familia, que define a la Iglesia. Nos pide a todos que invirtamos lo que Él nos ha dado. Lo hemos recibido gratis y es nuestra misión entregarlo gratis. Hemos recibido la capacidad de amar, de entrega, la visión de fe, el aliento de la esperanza... el pan de la Eucaristía. Es para vosotros. El Señor nos pide, además, que gastemos lo que puede parecer nuestro: el tiempo, nuestras prioridades, las energías diarias... es un modo de acelerar su venida: «Cuida de él. Y lo que gastes de más te lo dará a mi vuelta» (Lc 10,35).

Pero esta llamada al cuidado de los demás, el Señor la dirige a toda la Iglesia. También a vosotros, queridos hermanos que vivís en primera persona la enfermedad. Nos comprometemos los sanos a cuidar de vosotros. Pero vosotros, cuidad también de nosotros. Seguid cuidándonos, como ya venís haciéndolo. Sentimos con frecuencia el cuidado de vuestra entrega y de vuestra oración. Lo sabéis por propia experiencia: donde vuestros pies no llegan, llega la fuerza del testimonio, donde vuestras manos no alcanzan, alcanza la fuerza de vuestra oración. Con san Pablo podéis decir que, aunque vuestro cuerpo sufre el peso de las cadenas de la limitación, la palabra de vuestro testimonio y de vuestra oración es libre, con la libertad de Dios. ¡Cómo sostenéis vuestras vidas siendo lo que sois, viviendo como vivís! Todos en la Iglesia queremos cuidar de vosotros. Tenéis

nuestro amor preferente y también el reconocimiento de nuestra gratitud. Seguid cuidando también vosotros de la Iglesia universal, de la Iglesia Madre.

3. «Padre, guárdalos en tu Nombre» (Jn 17,9). El Señor dirige su tercera palabra al Padre. Le pide por vosotros, y por todos nosotros. Es la oración de Jesús, sacerdote de nuestra fe. En este año sacerdotal, toda la Iglesia mira a Jesús, «el sumo sacerdote de la fe que profesamos» (Heb 8,1). Así lo llama el autor de la carta a los Hebreos. Él nos lo presenta ante Dios, en el Santuario del Cielo, ofreciendo su propia vida para salvación de todos los hombres (cf. Heb 9,11–28). Con él, todo lo nuestro, también nuestra enfermedad, nuestras dolencias y privaciones, han llegado a la presencia de Dios, no como una oración lejana pronunciada en la tierra, sino como una presencia viva, concretada en el cuerpo de Jesús. Él fue hecho semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (cf. Heb 2,17). Él conoce nuestras flaquezas y debilidades. Las ha experimentado. Su primera oración, al entrar en el mundo, fue ésta: «Me has dado un cuerpo. Aquí estoy para hacer tu voluntad» (Heb 10,9). Por eso, el Señor resucitado, ante Dios Padre, no cesa de orar por nosotros. Conoce la pobreza de nuestro cuerpo. Por eso, pide el cuidado del Padre. Conoce la grandeza redentora de nuestro cuerpo. Por eso, pide la aceptación de esta ofrenda de la propia vida. «Padre, te necesitan en su debilidad. Fortalécelos. Padre, te ofrecen su debilidad, acéptala como ofrenda agradable que transforma el mundo».

Las tres palabras del Señor nos ayudan en esta celebración a vivir vuestra Pascua, la Pascua del enfermo. Dios sabe que la enfermedad nos alcanza a todos los hombres: personalmente o en la familia, en el cuerpo o en el espíritu, en el presente o como sombra que amenaza el futuro. Y, con la enfermedad, nos asalta la duda y el temor. Por eso, nos llama a pensar, con san Pablo, que, si la debilidad abunda, más abundante es la fuerza de la salud que Él nos ofrece. La salvación se nos da a todos, en cada momento de nuestra vida. Por eso, a la luz de la Pascua, estamos llamados a descubrir que, aunque nuestro cuerpo se vaya desgastando, Dios va haciendo una obra de renovación, día a día, en nuestro interior. Ésta es la fuerza que vamos a recibir con el Pan de la Vida, la que nos ha acompañado a lo largo de estos veinticinco años. Con esta fuerza queremos seguir cumpliendo nuestra misión, queremos seguir «dando vida y sembrando esperanza».

6. «SUS LLAGAS NOS HAN CURADO» (1 Pe 2,24)

*Homilía en la Misa para los enfermos
Retransmitida por TVE
Hospital de León, 29 de mayo de 2011*

«Con sus llagas habéis sido curados» (1 Pe 2,24). Así hablaba el Apóstol Pedro, que había experimentado en sí mismo lo que escribió a toda la comunidad cristiana en su primera carta. Se sentía abatido por haber negado y abandonado al Señor, pero Jesús resucitado sanó las llagas de su corazón destrozado con tres preguntas esenciales: ¿Me amas? ¿Me amas más que antes de padecer por ti? (cf. Jn 21,15–24). Y el Apóstol Pedro pudo advertir cómo las llagas de Jesús en su Pasión le curaban en aquel momento.

Pedro tenía en la memoria, al escribir estas palabras, la historia de un hombre que también nosotros hemos recordado hace poco más de un mes: el Siervo de Dios de Isaías (52,13–53,12). Aquel Siervo de los duros tiempos en que el pueblo de Dios vivía sin tierra, sin templo, sin esperanza... y al que Dios salvó con las llagas de un profeta anónimo. Él entregó su vida para que otros conservaran la suya y alcanzaran la libertad. Los cristianos reconocemos el cumplimiento de aquella pasión salvadora en la de Jesús. Lo ha celebrado toda la Iglesia hace unas semanas.

De la Semana Santa brota, para nosotros, como una luz, esta Pascua del Enfermo. Las palabras de Pedro, llenas de esperanza, se dirigen a cada uno de nosotros: Las llagas del Señor os sanan... como sanaron a Tomás, el Apóstol que necesitó tocar las manos y el costado del Señor para creer. Nos sanan a todos, porque son llagas luminosas. Ya no sangran. Despiden la luz esperanzadora de la Pascua...

Podemos vivir esta sanación que el Señor nos ofrece, meditando juntos, la Palabra de Dios que se ha proclamado. El salmista nos ha dicho: «Venid a escuchar... y os contaré lo que el Señor ha hecho conmigo» (Sal 65,16). Y, al conocer la obra del Señor en él, reconocemos que es la obra que ha hecho en nosotros: «El Señor no rechazó mi súplica ni me retiró su favor» (Sal 65,20). Lo dice un hombre que ha sufrido. Lo decimos también nosotros, en medio de sufrimientos y dolores. Porque se produce en nosotros la triple salvación de la que hablan las lecturas de hoy: nuestra vida se llena de alegría, glorificamos a Dios en nuestros corazones, el Señor no nos ha dejado desamparados.

1. «La ciudad se llenó de alegría al ver lo que Felipe hacía con los enfermos» (Hch 8,5–17). Dice el autor de los Hechos de los Apóstoles que «el gentío escuchaba con aprobación lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los

signos que hacía Felipe... y los estaban viendo: muchos se curaban». Las palabras de Felipe sobre el evangelio son aceptadas porque van acompañadas de signos. Los signos más elocuentes y ricos de contenido son los que hace Jesús con los enfermos. San Juan dice de Él que lo seguía mucha gente porque veían cómo actuaba con los enfermos (cf. Jn 6,2). No está al alcance de nuestra mano curar; no, al menos, curar siempre. Pero nuestro signo evangélico con los enfermos es el cuidado. Curamos cuando podemos, cuidamos siempre... y cumplimos, de esta forma, el evangelio. Nos lo mandó el Señor: «Cuida de él» (Lc 10,35). Poniendo en práctica este mandato suyo, entregamos el evangelio... y construimos la sociedad. San Lucas advierte que «la ciudad se llenó de alegría». ¡Cuántas casas de familias en cuyo seno hay un enfermo se han llenado de alegría por la visita de los agentes de la pastoral de la salud, cuando lleváis el cuidado del Señor a quienes desean recibirlo! ¡Cuántas habitaciones de hospital –como este que hoy nos acoge– se han llenado de alegría con solícitos cuidados de un amor desinteresado! El signo de Felipe sigue estando en vuestras manos, médicos, enfermeras y enfermeros, voluntarios, cuidadores en nombre del Señor de quienes necesitan ser sanados en el cuerpo o en el Espíritu...

2. «Glorificad en vuestros corazones al Señor» (1 Pe 3,15–18). Si la primera lectura habla, principalmente, del milagro que se produce cuando alguien cumple el mandato del Señor de cuidar del enfermo, e invita a repetir sus gestos, la segunda habla de quien vive la enfermedad. Mejor, os habla a quienes la vivís en este momento. El Señor se dirige hoy especialmente a vosotros, queridos hermanos, que de un modo u otro, padecéis y sufrís. En la primera carta, San Pedro nos recuerda que se puede seguir haciendo el bien, incluso en la enfermedad. El que os sana con sus llagas glorificadas asegura que podéis glorificar a Dios, también en la enfermedad, porque el templo donde dais gloria a Dios es vuestro corazón. También esta mañana, en la cama de casa o del hospital, podéis convertirlos, por lo mismo, en los evangelizadores más convincentes. Lo hacéis cada vez que con mansedumbre, paciencia y respeto, con una conciencia buena y reconciliada, ofrecéis a los demás los motivos de vuestra esperanza. Sí, sé que sois muchos los que lo hacéis. Y que, en no pocas ocasiones, descubris en la mirada de quien os visita una pregunta que interroga más a ellos que a vosotros mismos: ¿Se puede tener esperanza en medio de la prueba y la enfermedad? En muchos de vosotros encuentran otros las razones de un cristiano para la esperanza. Vosotros conocéis por experiencia interiorizada lo que todos profesamos en la fe: Cristo que murió en la carne fue devuelto a la vida por el Espíritu. Por eso, muchos encontramos en vosotros la razón de dicha esperanza. Del mismo modo, la enfermedad que vivís en vuestra carne, se convierte en vida del espíritu, honda y esperanzada, para muchos.

3. «No os dejaré desamparados» (Jn 14,18). El Señor dirige hoy su tercera palabra a toda la Iglesia. Podemos decir que a cada persona de buena voluntad que quiera escuchar. «No os dejaré desamparados». Los discípulos que habían vivido con Jesús, especialmente los apóstoles, al oírlo hablar de su despedida, atisbaban una desoladora sensación de tristeza. Sobre todo, de abandono y desamparo. Habían vivido tres años con el Maestro y ahora presentían un horizonte lleno de ausencia. ¿Cómo vivir sin el Señor? Pedro ya le había dicho, tiempo atrás: ¿Cómo vamos a marcharnos, Señor? Sin ti la vida no es vida. Sólo tú tienes palabras de vida eterna. Esta misma situación se repite, con alguna frecuencia. La vivimos las personas –en salud o enfermedad–, la viven los grupos, humanos o eclesiales. Sin la certeza de que Dios está cerca, la vida carece del sentido más auténtico. Pero hoy el Señor nos dirige esta palabra de amistad y confianza: «No os dejaré desamparados». Quizá sintáis mi ausencia. También la sintieron otros amigos. Marta y María, ante la enfermedad de su hermano Lázaro, hubiesen querido tenerme a su lado en el momento del tránsito. Pero no estoy lejos de vosotros. «Volveré... me veréis y eso os hará sentir vivos. Sabréis que yo estoy con el Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros». Es la obra del Espíritu que esperamos y que, como Dios y don de Dios, vendrá a nosotros el domingo de Pentecostés, un Espíritu que conocéis bien... porque vive en vosotros, porque está con vosotros.

Termino. El Espíritu del Señor es el que nos enseña a mirar como Dios, no como miran los hombres. Con su ayuda, en esta Pascua del Enfermo, aprendamos a pensar al modo divino más que con criterios humanos. Su palabra se hará vida en nosotros si trabajamos por encarnar y actualizar lo que nos dice. Con mirada humana, la esperanza se siente amenazada por la enfermedad propia y de alguien querido. Con mirada del Señor, descubrimos que es posible hacer el bien y evangelizar, glorificando a Dios también en medio de la prueba. Con criterios meramente humanos, tratamos, a veces, de anunciar el evangelio sólo con palabras. Sin embargo, con los criterios que vienen del Señor, llegamos a descubrir que el anuncio más convincente del mismo nace de cuidar al enfermo. Así queremos vivir: cuidando siempre a todos en Nombre del Señor. Con el Salmista confesamos: «Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica, ni me retiró su favor» (Sal 69,20). Bendito sea el Señor que, dejándome tocar sus manos glorificadas y descansar en su costado lleno de luz Pascual, «me está curando con sus llagas» (1 Pe 2,24). «Haya siempre junto al que sufre –pedía el Beato Juan Pablo II– un corazón que ame»⁵¹. Y añadía Benedicto XVI al recordarlo: «Pido a todos que hagan suya esta enseñanza». Jóvenes, especialmente vosotros. «Juventud y Salud». Es el lema de nuestra campaña del Enfermo este año.

⁵¹ JUAN PABLO II (8/12/90).

7. EL TRABAJO Y LA FAMILIA

*Jornadas Diocesanas de pastoral obrera
Casa de Espiritualidad «Diego Hernández»
Elche, 26 y 27 de abril de 2008*

1. Revitalizar la comunidad parroquial como familia

Quiero empezar haciendo memoria agradecida del proceso de elaboración del Plan Diocesano de Pastoral presentado en el Encuentro Diocesano de Pastoral del pasado mes de Junio. Yo lo recibí, lo hice mío y lo entregué para su puesta en marcha. La elevada participación en su elaboración fue un verdadero ejercicio de corresponsabilidad, en donde se visibilizó el deseo de asumir la tarea pastoral con «un mismo corazón» (Hech 4,32). Esta participación hunde sus raíces en nuestro ser cristiano. Todos los bautizados, por el mero hecho de serlo, estamos llamados a participar activamente en la vida y misión de la Iglesia.

Nuestro Plan de Pastoral para los cursos 2007–2011 tiene como objetivo: revitalizar las comunidades parroquiales. Se centra este curso 2007–2008 nuestra mirada en la familia; desde ella pretendemos revitalizar nuestras parroquias. Queremos que nuestras comunidades parroquiales sean una verdadera familia, la familia de los hijos de Dios. Somos conscientes de que la Iglesia será una familia, cuando de verdad la familia esté presente en la Iglesia; y viceversa, la familia será Iglesia doméstica, cuando la Iglesia esté presente en la familia. Esta es la finalidad que anima el Directorio de Pastoral Familiar que recientemente he aprobado y en cuya redacción algunos de vosotros habéis participado con aportaciones y sugerencias asumidas.

Una comunidad parroquial, que se reconoce como familia, es acogedora; está abierta a la vida; convoca; es espacio de comunión porque ha nacido del amor de Dios en Cristo; escucha la Palabra de Dios y anuncia la Buena Noticia del Evangelio. En ella, cada uno es querido y reconocido por lo que es; todos se sientan alrededor de la Mesa del Altar para celebrar la presencia del Señor; nadie es extraño, pues todos son hermanos y dan testimonio de amor: los pequeños, los enfermos, los ancianos y los desfavorecidos ocupan un lugar central y son objeto de especial preocupación... Así queremos que sean, con la ayuda del Señor, nuestras parroquias.

2. Entre familia y trabajo existe un vínculo fundamental

El tema de vuestras Jornadas tiene, por tanto, plena cabida en nuestro Plan de Pastoral, dado que entre familia y trabajo existe un vínculo fundamental⁵² y

⁵² Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* (22/11/1981), 23.

mutuamente se condicionan de diversas maneras⁵³. «Familia y trabajo, tan estrechamente interdependientes en la experiencia de la gran mayoría de personas, requieren una consideración más conforme a la realidad, una atención que las abarque conjuntamente, sin las limitaciones de una concepción privatista de la familia y economicista del trabajo»⁵⁴.

En el contexto socio-económico en el que estamos inmersos, el trabajo se mide con frecuencia en razón de la sola productividad⁵⁵. El trabajo, así entendido, «ahoga muchas veces la vida de las personas con exigencias que no tienen en cuenta la realización de la persona y su vida familiar. Se sacrifican muchas cosas a un sistema de producción impersonal, competitivo y tiránico»⁵⁶. En efecto, la familia es la primera que sufre las consecuencias de un trabajo reducido a producto. Se sacrifica el tiempo dedicado a la familia y las relaciones familiares se cuarteán perdiendo su fuerza de cohesión interna. La convivencia familiar se reduce al mínimo; la comunicación y el diálogo desaparecen del ámbito familiar. La vida familiar y la vida laboral aparecen como incompatibles. Los padres adoptan la permisividad como norma de actuación, no acompañan el crecimiento de sus hijos, se ausentan de sus procesos educativos y delegan sus funciones en abuelos, centros educativos y otras instituciones. La familia, por tanto, queda reducida a una «estructura dispersa, proveedora de servicios puntuales, que busca más responder a las necesidades inmediatas y primarias de sus miembros que al mantenimiento y desarrollo de la personalidad inherente en cada uno de ellos»⁵⁷. En esta familia, los valores trascendentales, las preguntas últimas y la apertura al misterio no tienen cabida. Estas situaciones y comportamientos son generadores de una conflictividad social que, aunque larvada y reducida al ámbito familiar, termina por manifestarse socialmente.

3. Criterios de actuación

Nuestra Iglesia Diocesana trata de ver las cosas de otro modo. A la luz de las enseñanzas del Magisterio. Fiel a su misión, se aproxima a la familia y a los trabajadores para hacerles partícipes de la plenitud que brota de los dones del amor de Dios y anunciarles el Evangelio de la vida. Sugiero, a continuación, al

⁵³ Cf. CDSI 249.

⁵⁴ CDSI 294.

⁵⁵ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción pastoral *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (27/4/2001), 19.

⁵⁶ *Ibidem*.

⁵⁷ A. ALCAIDE MAESTRE, (ed.), *El trabajo humano, principio de vida*, CEE, Apostolado Seglar (Pastoral Obrera), Madrid 2007, p. 101.

gunos criterios de actuación para superar la conflictividad social engendrada por las relaciones encontradas entre trabajo y familia.

El trabajo es un bien del hombre

Es necesario afirmar, en primer lugar, con rotundidad que el trabajo es un bien del hombre y para el hombre. León XIII afirmó proféticamente que el trabajo es personal y necesario⁵⁸.

Estas dos notas explican la razón de ser del trabajo. El trabajo es necesario, porque el hombre obtiene por su medio los bienes necesarios para la subsistencia, y es personal porque es constitutivo del hombre: el que trabaja es una persona. Al ser constitutivo del hombre, el trabajo remite a su más íntima vocación.

Trabajando el hombre se perfecciona y llega a ser lo que está llamado a ser. De ahí que el trabajo sea un bien del hombre y de la sociedad «porque, mediante el trabajo, el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a sus propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre; es más, en un cierto sentido, se hace más hombre»⁵⁹. Para que la familia recupere su dimensión humanizadora, socializadora y transmisora de la fe, es preciso afirmar que el trabajo es un bien del hombre. Dicho con otras palabras, el bien de la familia exige afirmar la dignidad del trabajo.

Centralidad de la familia en el ordenamiento laboral

El segundo criterio de actuación nos invita a recuperar la centralidad de la familia en el ordenamiento laboral. La familia es una comunidad que se ha hecho posible merced al trabajo⁶⁰.

Según esto, el trabajo debe estar al servicio del bien de la familia:

«En la familia nace y a la familia está confiado el crecimiento de cada ser humano. La familia es el lugar natural primero en el que la persona es afirmada como persona, querida por sí misma y de manera gratuita. En la familia, por la serie de relaciones interpersonales que la configuran, la persona es valorada en su irrepetibilidad y singularidad»⁶¹.

Confrontar la familia con el trabajo sería un callejón sin salida, tanto para la familia como para el trabajo y, además, fuente de permanentes conflictos. Para

⁵⁸ Cf. LEÓN XIII, Encíclica *Rerum Novarum* (15/5/1891), 32.

⁵⁹ LE 9.

⁶⁰ Cf. LE 10.

⁶¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, n. 237.

superar este planteamiento disyuntivo, es necesario recordar que «la familia constituye uno de los puntos de referencia más importantes, según los cuales debe formarse el orden socio-ético del trabajo humano»⁶². Esta idea está recogida en el art. 10 de la *Carta de los Derechos de la Familia*, presentada por la Santa Sede a todas las personas, instituciones y autoridades interesadas en la misión de la familia en el mundo: «Las familias tienen derecho a un orden social y económico en el que la organización del trabajo permita a sus miembros vivir juntos, y que no sea obstáculo para la unidad, bienestar, salud y estabilidad de la familia, ofreciendo también la posibilidad de un sano esparcimiento».

En consecuencia, entre familia y trabajo ha de existir una relación armónica. En esta relación, la familia se manifiesta como sociedad doméstica en la cual la solidaridad entre sus miembros, que brota de la comunión de vida y amor, se expresa de múltiples formas, y el trabajo se percibe como «la condición que hace posible la fundación de una familia, cuyos medios de subsistencia se adquieren mediante el trabajo»⁶³.

4. Condiciones para una relación armónica entre familia y trabajo

La relación armónica, para que sea duradera y estable, exige, como presupuesto, unas condiciones previas que la faciliten. Sugiero brevemente tres condiciones que son, a mi juicio, básicas.

Compromiso decidido contra el desempleo

En primer lugar, un compromiso decidido por superar la lacra del desempleo. El trabajo es un derecho fundamental que brota de la dignidad innata de todo ser humano. «Cuando la sociedad y los poderes institucionales no hacen lo que pueden y deben, para luchar contra la crisis de trabajo en sus múltiples causas, se conculca un derecho: el derecho a tener un trabajo»⁶⁴. La posibilidad de trabajar no puede depender de la marcha cambiante de la economía. Pertenece a la más íntima dignidad del hombre. Procurar que todas las personas tengan trabajo no es «conceder un favor, sino respetar un derecho inscrito en el designio original del Creador»⁶⁵. «La plena ocupación es, por tanto, un objetivo obligado para todo ordenamiento económico orientado a la justicia y al bien común»⁶⁶.

⁶² LE 10.

⁶³ CDSI 249; cf. LE 10.

⁶⁴ JUAN PABLO II, *Discurso a los trabajadores en Civitá Castellana* (1/5/88).

⁶⁵ JUAN PABLO II, *Discurso al mundo del trabajo en Nápoles* (10/11/90).

⁶⁶ CDSI.

Las implicaciones morales y familiares que conlleva el desempleo hace que éste sea considerado como una «verdadera calamidad social»⁶⁷. «El desempleo –decía Juan Pablo II– constituye, en nuestra época, una de las amenazas más serias para la vida familiar y preocupa justamente a toda la sociedad. Supone un reto para la política de cada estado y un objeto de reflexión para la doctrina social de la Iglesia. Por lo cual, cuán indispensable y urgente es poner remedio a ello con soluciones valientes que miren, más allá de las fronteras nacionales, a tantas familias para las cuales la falta de trabajo lleva a una situación de dramática miseria»⁶⁸.

Salario familiar

En segundo lugar, un salario suficiente para que la familia pueda mantenerse y vivir dignamente. «Cuando el hombre trabaja para la subsistencia de su familia, esto significa que pone en su trabajo toda la fatiga diaria del amor. Pues el amor hace nacer la familia»⁶⁹.

Sobre este tema pensaba Pío XI: «si en las actuales circunstancias esto no fuera posible (el salario familiar), la justicia social postula que se introduzcan lo más rápidamente posible las reformas necesarias para que se fije a todo ciudadano adulto un salario de este tipo»⁷⁰. La *Carta de los Derechos de la Familia* normatiza esta exigencia en su articulado: «La remuneración por el trabajo debe ser suficiente para fundar y mantener dignamente a la familia, sea mediante un salario adecuado, llamado salario familiar, sea mediante otras medidas sociales como subsidios familiares o la remuneración por el trabajo en casa de uno de los padres; y debe ser tal que las madres no se vean obligadas a trabajar fuera de casa en detrimento de la vida familiar y especialmente de la educación de los hijos» (art. 10). El salario familiar debe ir acompañado por un horario laboral que facilite la atención a la familia y el cuidado compartido de las tareas domésticas. De esta manera, se humanizaría el trabajo.

Cultura del trabajo

Estas dos condiciones no serán suficientes si no van acompañados de un cambio de mentalidad y de una cultura del trabajo. El tener y poseer, exponentes de una cultura materialista, de corte utilitarista y dominada por los intereses individuales, se ha impuesto como estilo de vida: su referente último es el consumo. En este contexto cultural, el trabajo es reducido a mercancía y el trabajador

⁶⁷ LE 18.

⁶⁸ JUAN PABLO II, *Carta a las familias* (2/2/1994) 17.

⁶⁹ JUAN PABLO II, *Homilía a los obreros de St. Denis* (31/5/1980).

⁷⁰ PIO XI, Encíclica *Quadragesimo anno* (15/5/1931), n. 71.

reducido a un instrumento de producción⁷¹. El trabajo, por tanto, pierde su sentido específico y el trabajador su dignidad. El trabajador no se reconoce así mismo y desconoce al que trabaja a su lado. Es necesario un cambio de mentalidad, una auténtica conversión, «para liberar del trabajo todo aquello que impide el desarrollo del hombre como imagen de Dios. El trabajo debe siempre elevar a la persona en su dignidad y no degradarla más»⁷².

Juan Pablo II abogó como respuesta a la degradación del trabajo, por una cultura del trabajo que hunde sus raíces en la verdad del hombre. «Una cultura del trabajo, entendida desde el punto de vista cristiano, implica el respeto a la dignidad del trabajador, a sus derechos fundamentales e inalienables, y a los organismos que lo representan y defienden»⁷³. En esta cultura, el hombre no sólo se perfecciona, sino que también crece sobrenaturalmente porque el trabajo se entiende como un bien para los demás y un servicio al prójimo. Y, en consecuencia, el trabajo del hombre se abre a la obra de la Redención: «en Cristo el trabajo asume un valor salvífico, porque se convierte en trabajo con los demás y para los demás»⁷⁴.

Se superará, de este modo, definitivamente la concepción materialista del trabajo y el trabajador, liberado de aquello que impide su desarrollo como imagen de Dios, recuperará su dignidad original. La cultura del trabajo es un remedio muy eficaz para superar la conflictividad social que brota de la concepción mercantilista del trabajo.

5. El trabajo, medio de santificación

El trabajo contribuye al verdadero bien de la sociedad, permitiendo «al hombre individual y socialmente cultivar y realizar su propia vocación»⁷⁵. Para ello, recuerda Benedicto XVI, «es preciso vivir una espiritualidad que ayude a los creyentes a santificarse a través de su trabajo, imitando a San José, que cada día debió proveer con sus manos a las necesidades de la Sagrada Familia»⁷⁶.

Mirar a Nazaret siempre nos llena de esperanza «porque representa el culmen de todo el proceso laboral a lo largo de la historia humana, pues es la única vez que junto a una mesa de trabajo ha trabajado Dios, hecho hombre»⁷⁷.

⁷¹ JUAN PABLO II, *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede* (16/1/1982).

⁷² JUAN PABLO II, *Discurso a los trabajadores en Bogotá* (3/7/1987).

⁷³ JUAN PABLO II, *Discurso a los trabajadores y empresarios en Agrigento* (9/5/1993).

⁷⁴ JUAN PABLO II, *Discurso a los trabajadores en Cremona* (21/6/1992).

⁷⁵ GS 35.

⁷⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la concelebración eucarística* (19/3/2006).

⁷⁷ JUAN PABLO II, *Discurso a los trabajadores en Castellammare* (19/3/1992).

El trabajo, asumido por Cristo, es una realidad redimida y redentora que nos introduce en el misterio de la salvación. En Cristo el trabajo es camino hacia la santidad al ofrecernos la posibilidad de perfeccionarnos, de ayudar a construir la familia como comunidad de amor, de hacer progresar a la sociedad y de imitar a Cristo. La fatiga, el cansancio, las dificultades y problemas que conlleva el trabajo, asumen un sentido nuevo si se consideran participación en la vida y misión de Cristo, si se aceptan como un compromiso de colaborar con Cristo en su obra redentora⁷⁸. El trato asiduo con Cristo en la oración y en los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y de la Penitencia, revela el auténtico y original sentido del trabajo y lo convierte en ofrenda agradable a Dios. «Es indispensable que para nosotros creyentes, el trabajo sea realmente un camino de santificación. Por tanto, siguiendo el ejemplo del carpintero de Nazaret, haced que vuestro trabajo sea una liturgia, un acto de culto con el que ofrezcáis gozosamente a Dios vuestro cansancio, a menudo intenso, conservando una actitud de servicio y de entrega hacia la familia y la sociedad»⁷⁹.

Trabajo del hombre y de la mujer, ya que «Dios confía a la mujer y al hombre, según sus peculiaridades propias, una específica vocación y misión en la Iglesia y en el mundo... Además, es necesario que también la mujer tenga la posibilidad de colaborar en la construcción de la sociedad, valorando su típico genio femenino».

⁷⁸ Cf. LE 27.

⁷⁹ *Ibidem*.

VII. UNA PALABRA PARA NUESTRO TIEMPO

1. SOBRE LA PASTORAL DE LA SALUD. CIRINEO, TAMBIÉN DON JULIÁN¹

Don Julián y yo somos, desde pequeños, muy buenos amigos. Su pueblo y el mío distan 5 kilómetros. Una y otra parroquia, la suya y la mía, son bendecidas por las aguas del Eria, que, en Manganeses, su pueblo, se unen al Órbigo, que pasa también por allí. A pie, en bicicleta y en coche nos encontramos más de una vez, siendo los dos seminaristas, para vernos y charlar juntos.

Años después me estrené yo –él más tarde– como Profesor en el Seminario de Astorga, siendo Obispo don Marcelo, y el primer curso expliqué Eclesiología a don Julián y a sus condiscípulos. Lo recuerdo muy bien.

Son estas razones más que suficientes para que me atreva a presentar la enseñanza y el magisterio del actual Arzobispo de Santiago de Compostela a sus diocesanos sobre Pastoral de la Salud.

Don Julián es un Obispo entrañable, cercano, delicadísimo, que pasó algún día por la enfermería del Seminario de Astorga, que acompañó a su padre y a su hermano en momentos de dura visitación del Señor y que hoy sigue teniendo a su lado a su buena madre, una santa mujer. Enferma, sí, pero a su lado. Una bendición de Dios, Julián.

1. Pastoral de la salud

«Sólo lo que es verdadero, escribió un día el entonces Cardenal Ratzinger, puede, en definitiva, ser pastoral». Y en otro momento: «Donde falta la disposición a sufrir, falta la prueba esencial de la verdad de la que dispone la Iglesia. Su

¹ Publicado en JULIÁN BARRIO BARRIO, *Confiado en tu palabra, Señor. Cartas pastorales para el Día del enfermo (1997–2012)*, Archidiócesis de Santiago, Santiago 2012, pp. 9–19.

lucha sólo puede seguir siendo siempre la lucha de quienes se dejan derramar: la lucha de los mártires».

En esta ausencia total de propiedad se funda, por tanto, nuestra comunión con Jesús, la de todos los bautizados y, de modo especial, la de los pastores. ¿Por qué? Porque también el Hijo de Dios fue y sigue siendo enteramente del Padre, y a Él sigue ofreciéndose hoy por el ministerio de sacerdotes y Obispos. Don Julián es un buen ejemplo para todos. Lo dicen sus diocesanos y miles y miles de peregrinos que se acercan en años jubilares y no jubilares a la tumba del Apóstol Santiago, deseosos de recibir el perdón, la paz, y, también la curación de sus dolencias y enfermedades. No sólo oyen, sino que escuchan al Arzobispo Compostelano, y vuelven a sus lugares de origen renovados, confortados, alentados.

Se recogen aquí homilías en la Pascua del Enfermo de distintos años y cartas pastorales en varias Jornadas del Enfermo, perfectamente hilvanadas para tejer un pequeño tratado sobre la enfermedad y el sufrimiento. «Cuando éste llama a la puerta de nuestra casa personal, la clave para interpretar esta llamada, sabiendo de nuestra debilidad física, es la cruz de Cristo». «Iluminado por la fe, es fuente de esperanza. Unido al de Cristo, se convierte en cauce de salvación». Conscientes todos, mayores, jóvenes y niños de que «la enfermedad, como la muerte, no está aún, y jamás lo estará, del todo derrotada mientras peregrinamos en este mundo». La enfermedad forma parte de nuestra condición humana.

Estar al lado de los hermanos que sufren significa tratar de curarlos, con cuidados de competencia científica y con esperanza, «la mejor tienda de oxígeno para ellos», y, en todo caso, de cuidarlos, y de querer devolverles «la dignidad y la autoestima, porque ellos también nos ayudan a reconocer nuestros límites, nos hacen más humanos y humildes, siendo más lo que dan que lo que reciben. El dolor es parte de nuestra condición humana, es como la trilla que aparta la paja del grano, como el crisol que afina y purifica el oro». Por eso más que preguntarnos por qué sufrimos, el verdadero problema es el sentido del dolor: «La manera de sufrir es el más grande testimonio que un alma da de sí misma». No es nada agradable estar en el Huerto de los Olivos, pero la enfermedad nos lleva a participar más viva y verdaderamente en la pasión de Jesús, fuente primordial de esperanza y alegría. «El sufrimiento no es una plaga para el hombre como tampoco el surco es una plaga para la tierra».

Hemos de rezar, no sólo a su lado, sino con los enfermos. «Casi todos los enfermos del Evangelio fueron curados porque alguien se los presentó a Jesús y le rogó por ellos. La oración más sencilla, y que todos podemos hacer nuestra, es aquella que las hermanas Marta y María dirigieron a Jesús, en la circunstancia de la enfermedad de su hermano Lázaro: ¡Señor, aquel a quien amas está enfermo!»

Una de las características fundamentales del pastor es –en frase de Benedicto XVI– amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo a cuyo servicio está. Esto, que cada Obispo realiza del mejor modo con los suyos, especialmente con los enfermos y los pobres, es un verdadero servicio, diaconía o ministerio, que nos mueve también a todos los Obispos a instruir a los fieles en el amor de todo el Cuerpo místico de Cristo..., promoviendo toda actividad que sea común a toda la Iglesia... y colaborando entre nosotros y con el sucesor de Pedro, «a quien particularmente le ha sido confiado el oficio excelso de propagar el nombre cristiano»².

2. *Cirineos del dolor*

Cirineos del dolor llama don Julián a quienes comparten con los enfermos el pan del dolor porque se ofrecen a entrar en una tierra sagrada..., descalzos de prejuicios y con la preocupación de hacerse cargo de la experiencia del enfermo, ya que no pocas veces la enfermedad le deja a la intemperie en medio del desconcierto y de la soledad, viviendo momentos en que el alma se repliega sobre sí misma, tratando de buscar la fuente de la vida, frecuentemente ocultada por las hojas que van cayendo del árbol de nuestra existencia.

En esta situación, el enfermo es una persona sedienta de palabras y gestos que animen, consuelen y ayuden a descubrir un horizonte nuevo. La actitud pastoral del «cirineo del dolor» es la de acoger a todos sin tener en cuenta la raza, la pertenencia religiosa o su condición social. Como decía san Agustín, la preocupación es que «quien escuche, crea; creyendo, consiga esperanza; y esperando, ame».

Debemos todos inclinarnos ante la debilidad humana y compartir el pan del dolor. Esto conlleva el «ir en compañía del otro» y «participar en los sentimientos del otro». Hacer un camino con el otro y al mismo ritmo. El acompañamiento, servicio de misericordia y de esperanza, de acogida y animación, comporta abrir nuevas puertas cuando al enfermo se le ha cerrado su puerta y tal vez le esté batiendo en sus pensamientos. Acompañar es ayudar a comprender que cuando se poda una rama, el árbol busca con su savia crear otra rama nueva para verla florecer y dar fruto. Un día descubriremos que vale más la compañía con que sostenemos a otros que aquella actitud con la que mendigamos que nos sostengan. Ofrecer la vida implica desprendernos de nosotros mismos para dedicarnos al enfermo, dedicar el tiempo y la energía a confortar a quien está solo, acompañar en silencio a quien está agotado, estar en vela junto a quien se le va debilitando la llama de la vida. El amor de Dios no nos protege de todo sufrimiento pero nos acompaña en todo sufrimiento.

² Cf. LG 23.

Sentirse acompañado en la enfermedad en el nombre del Señor y de la comunidad cristiana constituye alivio y consuelo que alcanza a toda la realidad de la persona. Jesús contemplaba al hombre en su totalidad para curarlo completamente, en el cuerpo, en la psique y en el espíritu. En efecto, la persona humana es una, y sus diversas dimensiones pueden y deben distinguirse, pero no separarse. Así también la Iglesia se propone siempre considerar a las personas como tales, y esta concepción distingue a las instituciones sanitarias católicas, así como el estilo de los agentes sanitarios que trabajan en ellas».

3. Profesionales de la medicina, sanadores heridos

«El médico es "custodio y servidor de la vida humana". En este sentido, la actividad médico-sanitaria se explica en dos dimensiones: la confianza y la conciencia. Quien está enfermo se confía a otra persona que se puede hacer cargo de su situación para curarle. El paciente no es sólo un caso clínico sino una persona enferma para quien el médico adopta una actitud de sincera simpatía sufriendo con ella, mediante una participación personal en las situaciones concretas de cada paciente. Los médicos son "sanadores heridos", desgastados al servicio de los enfermos. Afirmar su propia identidad cristiana es descubrir que su misión de cuidar la vida y sanar la enfermedad hace referencia a Cristo mismo que ha venido a dar la vida y darla en abundancia. El médico es como un buen samaritano que llega al enfermo con su saber, su comprensión, su simpatía, y su caridad. Es la expresión de la caridad terapéutica con Cristo: "Estuve enfermo y me visitaste". Es "un colaborador de Dios en la recuperación de la salud en el cuerpo del enfermo". No podemos olvidar que es parte de la misión de la Iglesia al servicio de los enfermos. El profesional de la salud participa con su ministerio terapéutico en la acción pastoral y evangelizadora de la Iglesia. Esta es la identidad cristiana del médico en su ministerio de la vida y de la salud, haciendo visible a Cristo que sana entre los hombres».

A los que hoy estamos sanos nos recuerda: «Las personas enfermas nos pertenecen y han de formar parte de nuestra vida sin temor a que disturbemos nuestra monotonía en los quehaceres de cada día. Los que seguían a Jesús y no consideraban adecuado que el ciego se acercara a Él, son llamados a llevarle el mensaje: "levántate, que te llama". Solamente cuando le llevan a Jesús, comprenden por fin que el Señor quiere que tengamos tiempo para encontrar al enfermo, escucharle y decirle qué desea y qué necesita».

Abundantes y eficaces son los remedios que en estas páginas se ofrecen en bandeja: numero y destaque como medios eficaces y salvadores:

- La Eucaristía, «verdadera consolación para los enfermos», como luz y fuerza para vivir cristianamente la salud, la enfermedad, la curación,

el dolor y el sufrimiento, el deterioro, la muerte, el duelo y la asistencia pastoral en todas esas realidades; ayudemos a los enfermos a comprender, celebrar y vivir la Eucaristía como fuente de salud y de vida; e intensifiquemos la práctica del Viático, sacramento del tránsito a la vida definitiva y gloriosa.

- La oración: «Señor, escúchanos cuando te gritamos afligidos por el dolor y la enfermedad. Que los que gozan de salud, te den gracias y que puedan servir a los enfermos con disponibilidad y generosidad. Que todos comprendamos que tu providencia amorosa quiere lo mejor para nos, poniéndonos al amparo de la Virgen María, salud de los enfermos. Amén»³.
- La profesionalidad y la dedicación de todos los agentes, médicos, enfermeras, auxiliares, personal de servicio y administración de los centros sanitarios.
- La participación, cada día más numerosa de tantos y tantos seglares, sin los cuales no podría llevarse a feliz término la nueva evangelización.
- La presencia joven y su andadura por «la tierra sagrada de la caridad».
- La cercanía de los propios enfermos, que con todo tipo de dolencia, física o espiritual, aceptada y ofrecida en unión con Cristo nuestro Salvador, se hacen, a su vez, evangelizadores nuestros.

Hay otros aspectos, consideraciones y logros, que merecen igualmente ser resaltados, pero lo nuestro es dar paso a una lectura sosegada, meditada y provechosa de las páginas que vienen a continuación. De su aparición nos felicitamos todos: sí, todos, Agentes de la Pastoral de la Salud, enfermos y sanos.

4. Conclusión

Escribió un día san Agustín: «Oh Dios!, permanecer en Ti es hallarse firme; alejarse de Ti es morir...; volver a Ti es revivir, morar en Ti es vivir». Y nuestro querido Papa Benedicto XVI, quince siglos después advierte: «Lo esencial es escoger a Dios... Por consiguiente, escoger la vida, hacer la opción por la vida es, ante todo, escoger la opción-relación con Dios». En este punto de convergencia nos encontramos todos, nos encontramos todos, «operadores sanitarios», y los amigos de los enfermos y pacientes.

Tanto el Magisterio de los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI sobre la salud y la enfermedad, lo mismo que los documentos de nuestra Comisión Epis-

³ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XXVII Jornada Mundial del enfermo*, 2009, n° 4.

copal Española de Pastoral, de la que forma parte el Departamento de Pastoral de la Salud, han encontrado eco atendible, en la enseñanza ofrecida por el querido Arzobispo Compostelano a los fieles de su Iglesia particular. En dosis bien preparadas y con el mejor estilo sanitario. Mas la publicación de este arsenal, merced al esfuerzo de D^a María Dolores Platas Lavandeira, su Delegada Diocesana de Pastoral de la Salud, ofrece nuevamente agua limpia a otros que quieran acercarse a este caudaloso río.

Gracias, mil gracias, querido don Julián, por lecciones tan sencillas, y, por lo mismo, magistrales.

2. «CANTA A LA VIDA SIN CESAR»⁴

*Publicado en «Noticias Diocesanas» n. 269
Marzo de 2009*

San Agustín entiende y explica que cantar y caminar son conceptos y tareas que se dan la mano. «Canta, dice, como suelen cantar los viandantes; canta, pero camina; consuela con el canto tu trabajo, no ames la pereza: canta y camina. ¿Qué significa camina? Avanza, avanza con el bien... pero avanza en el bien, en la recta fe, en las buenas obras: canta y camina»⁵. «Cantad, pues, con la voz, con el corazón, con los labios, con las costumbres: cantad al Señor un cántico nuevo, repite el Santo Obispo de Hipona con el salmista»⁶.

Cantar es, a su vez, para San Agustín orar. «Cantar, dice, es, propio del que ama»⁷; «nace nuestro canto de la alegría pero si observamos más atentamente, proviene del amor»⁸. Hasta el punto de que nuestro pensamiento pueda y deba ser ya un clamor al Señor⁹. Lo es, cuando nace, orientado hacia él desde el corazón, y termina en Él.

«Es urgente una gran oración por la vida que abarque al mundo entero», pedía Juan Pablo II, en el año 1995¹⁰. La urgencia de aquel momento se hace imperiosa hoy, en nuestros días. De ahí que dicha invitación se renueve y actualice, ahora por parte de los Obispos de la Conferencia Episcopal Española. Percibi-

⁴ SAN AGUSTÍN, *Coment. al Salmo 146*, 2

⁵ SAN AGUSTÍN, *Sermón 256*, 3.

⁶ SAN AGUSTÍN, *Sermón 34*, 6.

⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermón 336*, 1.

⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermón 34*, 1.

⁹ SAN AGUSTÍN, *Coment. al Salmo 141*, 2

¹⁰ JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium vitae* (25/3/1995), 100

mos, a la vista de las anunciadas reformas legislativas en materia de aborto y eutanasia, la apremiante necesidad de promover en todas las Diócesis una gran oración por la vida humana durante todo el año 2009. Y pedimos encarecidamente una súplica apasionada a Dios, Creador y amante de la vida con la intercesión y la ayuda de Santa María:

María, Madre nuestra..., guía por el camino de la vida a las madres que han concebido un hijo; enséñanos a querer a los ancianos, y a cuidar con amor a los enfermos.

Oración personal, familiar y comunitaria, que es el arma principal «para que nos mantengamos en espíritu de conversión». De ahí que con ella pidamos al Señor que nos fortalezca con su auxilio, y que «la austeridad penitencial... nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal»¹¹. Oración, que es el motor del mundo, ya que lo mantiene siempre abierto a la acción de Dios. Oración que prepara y garantiza nuestra apertura, la de cada uno de los hermanos, a todos los demás seres de nuestra familia, en especial a los necesitados. Oración que, con sentido cósmico, nos introduce a todos en el corazón palpitante del universo. Oración, en fin, que hemos de elevar continuamente al Señor, de día y de noche, según los hemisferios,

- desde cada comunidad cristiana,
- desde cada grupo o asociación,
- desde cada familia,
- desde el corazón de cada creyente,
- con formas y en momentos que llenen el día
- con iniciativas extraordinarias y con la oración habitual.

He aquí una fórmula, sencilla y familiar, entrañable, con la que podemos unirnos diariamente a Santa María, para que Ella interceda a favor nuestro, para que Ella venga en nuestro socorro, para que Ella presente nuestras peticiones y nuestros ruegos al Dios de la Vida, al Padre de las misericordias. San Juan en su evangelio nunca llama a María por su nombre. La llama Madre de Jesús. Nosotros, le decimos con confianza filial:

María, Madre nuestra,
tú que recibiste a Jesucristo,
Luz y Vida para el mundo,
guía por el camino de la vida

¹¹ Oración colecta del miércoles de ceniza.

a las madres que han concebido un hijo;
enséñanos a querer a los ancianos,
y a cuidar con amor a los enfermos.
Madre de la Vida y del Amor Hermoso,
ruega por nosotros.

Santa María, bendito el fruto de tu vientre
donde nació Jesús nuestra vida.
Madre de los niños,
enséñanos a cuidar el don de la vida.

3. ANTE EL DRAMA DEL ABORTO

*Publicado en «El Rotativo—edición Alicante»
Noviembre de 2009*

El filósofo Julián Marías señalaba como males mayores de la sociedad occidental en el siglo XX el terrorismo, el consumo masivo de las drogas y la aceptación social del aborto. En los últimos decenios se ha dado el salto en España: hemos pasado de considerar el aborto como un delito penal, despenalizado sólo en casos presuntamente excepcionales, a reivindicarlo como un derecho de la mujer, con el intento legislativo de dejarlo al libre albedrío de la embarazada. ¿Qué dice, al respecto, la doctrina del Tribunal Constitucional? Subyace, en este planteamiento, una actitud profundamente insolidaria: la de dejar a la mujer sola frente a sus circunstancias, abriéndole una puerta aparentemente fácil. Tras ella le espera una sucesión de problemas mucho más serios que lo que el embarazo pudiera suponerle inicialmente. El recurso sistemático a los casos extremos podrá ser motivo de un sentimiento personal a favor del aborto, pero los casos extremos no generan leyes socialmente justas, por las dificultades que comportan.

«No podemos dejar de observar que tal presentación del aborto como un derecho recorta de modo grave la libertad de todos... Declarándolo un derecho, no sólo se desvía la atención de la verdadera cuestión, sino que se imposibilita un diálogo abierto, en el que salgan a la luz las tomas de posición de cada uno y de todos; ya que no se puede poner un derecho en discusión. Es decir, presentando en este modo la legislación sobre el aborto, se está haciendo una grave presión sobre la libertad de pensamiento, así como sobre la libertad de expresión y de educación. Pues no cabe negar los derechos de otros en una sociedad democrática, ni educar a los niños y jóvenes más que en el respeto de los derechos fundamentales. Y riesgo existe también de que vean negada su libertad de conciencia médicos, farmacéuticos, enfermeras, psicólogos y todos los que tengan que ver

con el proceso del aborto. En resumen, la declaración de tal inexistente derecho por quien ostenta el poder político tiende a limitar gravemente la libertad de todos». La advertencia es de D. Alfonso Carrasco, Obispo de Lugo.

1. *¿Grupos representativos?*

Hay un núcleo de personas, frecuente y genéricamente calificado como el «mundo de la cultura y el espectáculo», formado por gentes relacionadas con la cultura y las artes, que se atribuyen la representación de un sector de la sociedad del que sólo son una pequeña parte. Ideológicamente afines, con presencia habitual en los medios, pretenden imponer un paradigma social diametralmente opuesto a los valores que despectivamente tildan de «tradicionales», anatematizando, a veces, sin argumentos a quienes les contradicen. Tales verdades, sin embargo, no son otra cosa que el fundamento irrenunciable de cualquier sociedad humana con afán de supervivencia: matrimonio, familia, respeto incondicional de la vida humana, etc. La influencia de este «mundo de la cultura y el espectáculo», en un contexto social de aceptación acrítica de hechos consumados y repetidos, con valor añadido si los realiza o propone alguien artificialmente ascendido a la categoría de «famoso», es muy perniciosa. La sociedad se construye, hoy y siempre, fortaleciendo valores, no dinamitándolos.

El aborto no sólo perjudica al ser humano abortado. La persona es origen y sujeto de la acción propiamente dicha, pero son, al mismo tiempo, la persona propia y ajena objeto de la acción. La persona queda comprometida, como persona, en todo acto de la voluntad. Por ello, toda determinación de la voluntad es también autodeterminación. La destrucción de otros seres humanos acaba minando la humanidad de los ejecutores y sus cómplices, que ven seriamente comprometido el orden de sus valores, anteponiendo en su lógica interna el interés ideológico, económico o ambos, a cualquier otra consideración.

2. *Cifras que asustan*

Se repite con cierta frecuencia que existe en España un problema social, consistente en un millón de abortos desde su despenalización (11.000 en un año en la Comunidad Valenciana). Gravísimo error de cálculo. Un millón de abortos supone la ejecución de un millón de inocentes; más un millón de madres que han organizado y consentido la ejecución de sus hijos; más la actuación de millones de profesionales sanitarios que han contribuido directamente a acabar con vidas inocentes, pervirtiendo la esencia multiseccular de la profesión que vela por el mayor de los bienes de la persona. Y miles y miles de políticos, jueces y agentes de la autoridad que han mirado hacia otro lado ante el flagrante y repetido incumplimiento de la ley en materia tan delicada.

El cuadro del drama se completa con la expropiación de la condición paterna. En todo este panorama, el padre, elemento indispensable en la génesis, desarrollo armónico y educación del niño, es colocado fuera de escena. Triste paradoja: una sociedad que dice luchar contra el machismo y la violencia de género, considera públicamente al varón, en expresión reciente de una locutora radiofónica, como simple «manguera de semen», permitiéndosele, a lo sumo, sufragar gastos pero sin intervención alguna, al menos directa, en las decisiones sobre su hijo.

3. Un planteamiento nuevo

Vale la pena plantearse de nuevo un cambio de este escenario a otro, donde la sexualidad sea una genuina expresión de amor y no un entretenimiento de fin de semana; donde el niño que viene sea alguien acogido con amor y no visto como fuente de problemas, independientemente de sus características físicas; donde cada persona pueda esperar de la sociedad ayuda para resolver sus dificultades y no un «allá tú», disfrazado de falsa solidaridad. La aceptación del acto de matar intencionadamente a un inocente como solución para un problema, abre el camino a otros problemas para los que puede ser igualmente la solución preferida. Enderezar el rumbo es inexcusable tarea de todos, en la que no nos faltará el decidido auxilio del siervo de Dios Juan Pablo II y de la Beata Teresa de Calcuta, infatigables propagadores del evangelio de la vida.

«Me parece –matiza el Papa de la palabra– que en la raíz de estas legislaciones está, por una parte, cierto egoísmo y, por otra, también una duda sobre el valor de la vida, sobre la belleza de la vida y también una duda sobre el futuro. Y a estas dudas la Iglesia responde sobre todo diciendo: la vida es hermosa, no es algo dudoso, sino un don; incluso en situaciones difíciles la vida sigue siendo siempre un don. Por tanto, es preciso volver a despertar esta conciencia de la belleza del don de la vida»¹².

4. DEFENSA A ULTRANZA DE LA VIDA

*Publicado en «El Rotativo–edición Alicante»
Enero de 2010*

«Es urgente una gran oración por la vida, que abarque al mundo entero. Que desde cada comunidad cristiana, desde cada grupo o asociación, desde cada familia y desde el corazón de cada creyente, con iniciativas extraordinarias y con la oración habitual, se eleve una súplica apasionada a Dios, Creador y amante de

¹² BENEDICTO XVI, *Entrevista durante el vuelo a Brasil (9/5/2007)*.

la vida». El corazón enamorado de Juan Pablo II expresaba así, en la *Evangelium vitae*, la importancia de preparar el terreno, mediante la oración, para seguir proclamando el mensaje de la vida.

La vida, toda vida humana, es una condición anterior previa al derecho. Por este motivo, algunos autores prefieren hablar de defensa de la vida, en vez de derecho a la vida. En el año 1945, se juzgaron en Nuremberg, por primera vez en la historia, hechos considerados crímenes contra la humanidad. Con posterioridad, tratando de evitar la repetición de atrocidades perpetradas por el régimen nazi en el campo de la experimentación médica, se promulgaron sucesivas regulaciones internacionales sobre investigación clínica. Con todo ello, sesenta años más tarde, múltiples conflictos nos mantienen hoy envueltos en un continuo debate sobre prácticas que amenazan la integridad misma de la especie humana. Y se repite, sistemáticamente, la acusación a la Iglesia Católica de oponerse al progreso médico-científico.

Bienes tan serios como la vida, la dignidad y los derechos fundamentales de la persona nunca han de convertirse en mercancía de ningún tipo. Quienes tienen el poder en la sociedad, tienen también la responsabilidad de trabajar por el bien común, sin imponer proyectos ideológicos a ningún precio. Y el recurso a la descalificación, a la etiquetación o al insulto, en lugar de argumentos serios, tampoco son propios de la democracia. Expónganse las cuestiones importantes a debate y con pulcritud, no de forma sesgada o con tergiversaciones.

1. Técnica y ciencia

La técnica, como aplicación práctica de los conocimientos a las personas, ocupa un espacio diferente al de la ciencia, aunque en ocasiones se trate interesadamente de utilizarlas como sinónimos. Especial cuidado ha de tenerse cuando se mezclan técnica e ideología. Dos ejemplos históricos resultan ilustrativos.

2. La teoría de la «vernalización»

En el año 1935 el botánico soviético Trofim Lysenko desveló que su teoría de la «vernalización» coincidía con el materialismo histórico, y denunció «el carácter burgués de la metodología de la genética mendeliana». Y al año siguiente ante la Academia rusa de Ciencias Agrícolas llegó a declarar: «Nos negamos a admitir que existan corpúsculos, moléculas de una sustancia de la herencia». Sin embargo, en 1952 se produjo el fracaso espectacular del Gran Plan de Transformación de la Naturaleza lanzado, en 1949, por el Estado soviético, bajo las directrices de Lysenko. Hambre, carestía cósmica, miseria, muerte y desolación. El campo soviético se volvió incapaz de alimentar a la población, a pesar del denostado esfuerzo de millones de campesinos por implantar las semillas verna-

lizadas. Más tarde, en 1953 Watson y Crick dieron a conocer al mundo su modelo de la estructura del ADN, que asentó la ciencia genética y colapsó las teorías de Lysenko.

3. Las células madre embrionarias

Las células madre embrionarias se han presentado a la opinión pública, ávida, en sana lógica, de encontrar solución a graves enfermedades, como la panacea de las dolencias actualmente conocidas. Ante tan prometedoras perspectivas, y sin reparar en que no hay en la literatura médica resultados positivos, el torrente desbocado de los sentimientos, lleva por delante cualquier juicio racional sobre el modo de obtenerlas. Sin embargo, las células madre adultas, presentadas como simple alternativa, son una realidad que cura, ya desde 1959 enfermos de cáncer y enfermedades metabólicas mediante el trasplante de médula ósea. Su descubridor, E. Donnall Thomas, recibió el premio Nobel el año 1990. Las aplicaciones en distintos campos aumentan progresivamente, con datos contrastados en publicaciones especializadas de primer nivel. Células madre sí, «adultas» o «umbilicales», que se obtienen sin ningún problema ético del cordón umbilical y son bien aceptadas por el organismo de los pacientes, cuando se trasplantan. Pero células embrionarias, cuya obtención comporta la destrucción del embrión, cuya aplicación es peligrosa para los pacientes y no han demostrado ningún resultado, ¡no! Así lo explica Mons. Fisichella, Presidente de la Academia Pontificia por la vida¹³.

La instrucción *Dignitas personae*, cuando habla del valor inviolable del hombre, recuerda que «este valor se aplica indistintamente a todos. Sólo por el hecho de existir, cada hombre ha de ser plenamente respetado. Ha de excluir, por tanto, la introducción de criterios de discriminación de la dignidad humana basados en el desarrollo biológico, psíquico, cultural o en el estado de salud del individuo». Juan Pablo II, superada en apariencia la amenaza bélica de cataclismo nuclear, llegó a expresar su preocupación por los peligros que una revolución genética incontrolada podría encerrar, peligros superiores incluso a los de aquella amenaza...

4. Otros intentos, en ocasiones bien intencionados

La congelación y selección de embriones, los «bebés–medicamento», la clonación, las quimeras hombre–animal, la destrucción de embriones para obtener células madre, la experimentación con embriones y procedimientos similares, por cosificar al hombre concreto tratándolo como medio–para y no reconociéndolo como fin–en–sí–mismo, constituyen igualmente atentados contra la

¹³ RINO FISICHELLA, «Es mejor adultas», en *L'Osservatore Romano* (27/11/2009).

dignidad humana, independientemente de que el proceso de su manipulación esté dirigida por una buena intención.

Tales procedimientos no sólo perjudican al ser humano, objeto de manipulación. Con ellos, la persona es origen y sujeto de la acción propiamente dicha, sin embargo, la persona propia y la ajena son, a la par, objeto de la acción. La persona queda comprometida, como persona, en todo acto de voluntad. Por ello, la determinación acerca de un objeto es siempre también autodeterminación. La manipulación de otros acaba minando la humanidad del manipulador, que ve seriamente comprometido su orden de valores, anteponiendo en su lógica interna el interés a cualquier otra consideración.

Nuestro querido Papa Benedicto XVI resume los problemas en torno a la defensa de la vida, hoy de candente actualidad, en estas palabras: «La fe cristiana es por esencia un grande y radical "Sí"; lo que en ella se presenta como "no" es tan solo defensa del "sí" contra la negación de la vida que se camufla como derecho de la libertad, cuando en realidad es camino de muerte».

5. LA VERDADERA DIGNIDAD DE LA MUERTE

*Publicado en «Noticias Diocesanas» n° 292
Abril de 2010*

El ejercicio de la dignidad va ligado a la vida y radica en la grandeza de espíritu de su protagonista. La muerte es simplemente un hecho, y como tal no puede recibir los calificativos de digno o indigno, propios de los actos humanos. Sin embargo, hay quien, de forma interesadamente sesgada y reduccionista, para favorecer intereses ideológicos –como deja en evidencia la periodista Cristina Losada en su libro *Morfina Roja*–, se empeña en adjudicar la dignidad exclusivamente a las circunstancias externas del suceso. Ninguna vida humana es dispensable o indigna de ser vivida.

En el libro *El debate de la eutanasia*, la periodista Carla Fibla entrevista a varios personajes públicos, inquiriendo su opinión sobre la eutanasia e intentando equilibrar la cantidad de partidarios y detractores de la misma. Todos los partidarios teórica e ideológicamente confiesan sus reticencias ante el inmenso riesgo social que supondría una legislación permisiva en materia tan delicada. El ex ministro socialista Juan Alberto Belloch resalta allí que «el derecho a morir no está regulado constitucionalmente, no existe en la Constitución la disponibilidad de la propia vida como tal». El derecho absoluto sobre la vida conllevaría otros derechos como la posibilidad de vender los propios órganos, de alquilar el cuerpo para experimentación sin límite de riesgo, de comerciar con el espectáculo de

la propia muerte, de aceptar voluntariamente la esclavitud, etc.

La única excepción clara en la obra citada es Salvador Pániker, promotor de la asociación Derecho a Morir Dignamente (DMD), que desde hace años trabaja sin descanso por la liberación de las prácticas eutanásicas. Sus miembros no tuvieron reparo alguno en instrumentalizar la triste situación del tetrapléjico gallego Ramón Sampredo a favor de la causa de la eutanasia. Fue paseado de un extremo a otro del Estado, proclamando sus reivindicaciones. No consta que se le ofrecieran salidas positivas, con las que realizarse como persona dentro de un entorno social verdaderamente acogedor y comprensivo, como hacen día tras día incontables minusválidos, eso sí, anónimos. Una vez producida su inmolación en el momento oportuno, se prestó a los cómplices una de las mejores defensas disponibles en la profesión jurídica española. Luego comenzó el goteo de información en medios afines, con periodicidad e intervalos perfectamente estudiados, para mantener el tema en candelero ante la opinión pública. Cuando el asunto empezó a perder vigencia, se recreó cinematográficamente bajo la dirección de Amenábar, con Javier Bardem como protagonista. Con la presencia de buen número de miembros del gobierno. Así dejaban claro lo que ellos entienden por muerte digna.

Hablan de su respeto por los cuidados paliativos, pero siempre como una opción paralela a la eutanasia, con la que, según ellos, deberían coexistir, no como una alternativa a la misma. Hablan hasta la saciedad de muerte digna, intoxicando a la opinión pública con el falso planteamiento de que una muerte que llega al final de un largo proceso de enfermedad no es digna, sino que, para serlo, ha de ser inducida a voluntad del hombre y fuera de los tiempos marcados por la Naturaleza.

El principio de autonomía forma parte de los fundamentos de la bioética. Subraya la libertad del individuo de decidir frente a las propuestas del entorno. No anula la responsabilidad inherente a dichas decisiones. No es un absoluto en sí mismo; carece de sentido sin las referencias de los demás principios de la bioética y del resto de la comunidad. Es abiertamente contradictorio invocarlo de forma aislada y a fin de obtener el respaldo mayoritario de la sociedad a una acción radicalmente antisocial.

La persona que sufre tiene derecho a esperar de la sociedad en la que vive el soporte necesario para mitigar su padecimiento físico o moral. La solidaridad correctamente entendida consiste en un compromiso radical y personal en el alivio de cada paciente, no en favorecer «que cada uno haga lo que quiera» (postura egoísta en el fondo).

El acto médico se basa en una relación de confianza donde el paciente

pone en manos del médico el cuidado de su salud, aspecto primordial de su vida, de sí mismo. En la relación entre ambos no puede mediar el pacto de una muerte intencionada. La introducción de la vertiente «matar» en la praxis médica (terminología dura pero real, al contrario de lo que sucede con los eufemismos demagógicos en uso), conllevaría la ruptura radical con el concepto de la profesión acrisolado a lo largo de milenios de ejercicio. Los pacientes, actuales o futuros, serían los primeros y más directos perjudicados.

La Declaración *Ética de la sedación en la agonía*, aprobada el 21 de febrero de 2009 por la Asamblea General del Consejo General de Colegios Oficiales de Médicos, señala: en la situación de enfermedad terminal, la ética médica impone también la obligación de acompañar y consolar, que no son tareas delegables o de menor importancia, sino actos médicos de gran relevancia para la calidad asistencial. No tiene cabida hoy, en una medicina verdaderamente humana, la incompetencia terapéutica ante el enfermo terminal, ya tome la forma de tratamientos inadecuados por dosis insuficientes o excesivas, ya del abandono.

«Tiempo atrás, cuando no se había desarrollado la medicina paliativa, la sedación en la agonía pudo haber sido ignorada u objeto de abuso. Hoy, una correcta asistencia implica que se recurra a ella sólo cuando está adecuadamente indicada, es decir, tras haber fracasado todos los tratamientos disponibles para el alivio de los síntomas. La sedación en la agonía representa el último recurso. [...] La sedación no debe instaurarse para aliviar la pena de los familiares o la carga laboral y la angustia de las personas que lo atienden. [...] El inicio de la sedación en la agonía no descarga al médico de su deber de continuidad de los cuidados. Aunque esta sedación pueda durar más de lo previsto, no pueden suspenderse los cuidados básicos e higiénicos exigidos por la dignidad del moribundo, por el cuidado y el aseo del cuerpo».

En resumen, aunque el objetivo primero del médico ante un paciente sea la curación de su dolencia, hay situaciones en las que esto no está a su alcance. El acto médico busca entonces otros objetivos no menos relevantes que la curación, como aliviar los síntomas del enfermo o ayudarlo a bien morir. Los equipos de cuidados paliativos facilitan la presencia del paciente en su domicilio, aportando un beneficio emocional indudable y realzando su dignidad de persona, merecedora de cariño y atención hasta el último momento de su vida. También los que le rodean tienen así ocasión de aprovechar el contacto con realidades cotidianas como la enfermedad o la muerte.

La verdadera alternativa a la eutanasia y al encarnizamiento terapéutico es la humanización de la muerte, es ayudar al enfermo a vivir lo mejor posible el último periodo de la vida. Para ello es fundamental expresar el cariño, mejorar el trato y los cuidados, y mantener el compromiso de no abandonarle, tanto

por parte del equipo asistencial, como por los familiares y el entorno social. La genuina dignidad es la de los que, cada día, sin ruido machacón, asumen las limitaciones de su existencia, y la de los que han optado por acompañarlos en su camino. En San José, que pasó sus últimos momentos en la tierra con el consuelo de Jesús y María, encontramos apoyo seguro para conseguir tan noble objetivo.

6. HACIA LA VERDADERA HUMANIZACIÓN DE LA MUERTE ¿Es necesario legislar sobre el final de la vida?

*Publicado en «Noticias Diocesanas» n. 298
Julio de 2010*

En fechas recientes han surgido proyectos legislativos tendentes a regular aspectos del proceso final de la vida, incluyendo las actuaciones médicas supuestamente pertinentes en tales circunstancias. No les ha faltado eco mediático, sesgado con frecuencia por los personales puntos de vista del cronista de turno, más allá de la objetividad deseable y hasta exigible en materia tan delicada.

Las pautas de atención a los enfermos terminales se han ido consolidando a través de la praxis secular del ejercicio de la profesión médica. Obligado es reconocer que no siempre son suficientemente conocidas ni aplicadas. Sin embargo, el camino correcto quizá sea optimizar su uso. Esperar de las esferas legislativas o judiciales la solución a un problema asistencial puede acabar volviéndose en contra de los pacientes a los que pretende beneficiar. Lo que sí se ha de esperar de la sociedad es el establecimiento de las condiciones que faciliten la mejor asistencia posible a tales pacientes. Benedicto XVI señala al respecto que

«en el campo de la reglamentación laboral normalmente se reconocen los derechos específicos de los familiares en el momento de un nacimiento. Del mismo modo, y especialmente en ciertas circunstancias, deberían reconocerse unos derechos parecidos a los parientes próximos en el momento de la enfermedad terminal de un familiar. Una sociedad solidaria y humanitaria no puede menos de tener en cuenta las difíciles condiciones de las familias que, en ocasiones durante largos períodos, deben cargar con el peso de la asistencia a domicilio de enfermos graves no autosuficientes. Un respeto mayor de la vida humana individual pasa inevitablemente por la solidaridad concreta de todos y de cada uno, constituyendo uno de los desafíos más urgentes de nuestro tiempo.

Como recordé en la encíclica *Spe salvi*, "la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre". Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión

a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana»¹⁴.

Esta llamada a la acción pública en favor de los enfermos graves y quienes los atienden no necesita más comentario que el deseo de verla hecha pronto realidad e inscrita en el elenco de los derechos a proteger habitualmente reconocidos en nuestras sociedades.

1. Datos a tener en cuenta

El objetivo primero del médico ante un paciente es la curación de su dolencia, pero hay situaciones en las que este logro no está a su alcance. El acto médico busca entonces otros objetivos no menos dignos que la curación, como son aliviar los síntomas del enfermo o ayudarle a bien morir.

Es importante precisar el concepto de enfermo terminal, ya que, pese a parecer intuitivo, la práctica demuestra una gran disparidad de criterios a la hora de su aplicación a pacientes concretos.

El diagnóstico de síndrome terminal de enfermedad se produce cuando concurren una enfermedad de evolución progresiva, un pronóstico de supervivencia muy corto, la ineficacia comprobada de los tratamientos disponibles en la situación clínica del enfermo y la pérdida de la esperanza de recuperación.

La medicina paliativa, desde la perspectiva del respeto absoluto que se debe a toda persona y ante los límites terapéuticos de la propia medicina, pasa a controlar los síntomas de la enfermedad terminal, especialmente el dolor, acompañando al enfermo hasta la muerte. Estos cuidados son proporcionados en la actualidad por equipos multidisciplinares de profesionales cualificados.

En muchos casos, los equipos de cuidados paliativos facilitan la presencia del paciente en su domicilio, aportando un beneficio emocional indudable y realizando su dignidad de persona, merecedora de cariño y atención hasta el último momento de su vida. También los que le rodean tienen oportunidad entonces de contactar con realidades cotidianas como la enfermedad o la muerte.

2. Cuidados paliativos. ¿Y sedación terminal?

La Sociedad Española de Cuidados Paliativos (SECPAL) en su introducción a la historia de los Cuidados Paliativos y del movimiento Hospice, define a los mismos como «un tipo especial de cuidados diseñados para proporcionar bienestar o confort y soporte a los pacientes y sus familias en las fases finales de

¹⁴ BENEDICTO XVI. *Discurso a los participantes en el congreso organizado por la Pontificia Academia para la Vida* (25/2/2008), n.38.

una enfermedad terminal. Los cuidados paliativos procuran conseguir que los pacientes dispongan de los días que les resten conscientes y libres de dolor, con los síntomas bajo control, de tal modo que los últimos días puedan discurrir con dignidad, en su casa o en un lugar lo más parecido posible, rodeados de la gente que les quiere».

«Los cuidados paliativos ni aceleran ni detienen el proceso de morir. No prolongan la vida ni tampoco aceleran la muerte. Solamente intentan estar presentes y aportar los conocimientos especializados de cuidados médicos y psicológicos, y el soporte emocional y espiritual durante la fase terminal y en un entorno que incluye el hogar, la familia y los amigos. La atención después del fallecimiento es fundamental para los miembros de la familia y algunos amigos. Los voluntarios juegan un rol importante en el soporte de la familia».

En determinados casos se plantea la administración de sedantes, conocida como sedación terminal. «Se entiende por sedación terminal la administración deliberada de fármacos para producir una disminución suficientemente profunda y previsiblemente irreversible de la conciencia en un paciente cuya muerte se prevé próxima, con la intención de aliviar un sufrimiento físico y/o psicológico inalcanzable con otras medidas y con el consentimiento explícito, implícito o delegado del paciente»¹⁵. El recurrir al consentimiento implícito o delegado, cuando el paciente puede conocer la información, quita al moribundo su derecho a afrontar el acto final de su vida: su propia muerte. La familia y el médico suplantán entonces al enfermo y lo despojan del conocimiento de esta decisión. Salvo circunstancias muy concretas, el verdadero respeto a los derechos del paciente pasa por hacerlo partícipe de las decisiones sobre su cuidado, aunque éstas impliquen una información desagradable. No es coherente, en un contexto social que exalta la autonomía hasta límites claramente antisociales, secuestrar esa autonomía en uno de los momentos más relevantes de la existencia.

«En la situación de enfermedad terminal, la ética médica impone también la obligación de acompañar y consolar, que no son tareas delegables o de menor importancia, sino actos médicos de gran relevancia para la calidad asistencial. No tiene cabida hoy, en una medicina verdaderamente humana, la incompetencia terapéutica ante el enfermo terminal, ya tome la forma de tratamientos inadecuados por dosis insuficientes o excesivas, ya la del atrás, cuando no se había desarrollado la medicina paliativa, la sedación en la agonía pudo haber sido ignorada u objeto

¹⁵ J. PORTA, C. GUINOVART, E. YLLA-CATALÁ, A. ESTIBALEZ, I. GRIMAU, A. LAFUERZA, M. NABAL, C. SALA, A. TUCA, «Definición y opiniones acerca de la sedación terminal: estudio multicéntrico catalano-balear» en *Revista Medicina Paliativa* 6 n. 3 (2005) 108-115.

de abuso. Hoy, una correcta asistencia implica que se recurra a ella sólo cuando está adecuadamente indicada, es decir, tras haber fracasado todos los tratamientos disponibles para el alivio de los síntomas. La sedación en la agonía representa el último recurso [...] La sedación no debe instaurarse para aliviar la pena de los familiares o la carga laboral y la angustia de las personas que lo atienden [...] El inicio de la sedación en la agonía no descarga al médico de su deber de continuidad de los cuidados. Aunque esta sedación pueda durar más de lo previsto, no pueden suspenderse los cuidados básicos e higiénicos exigidos por la dignidad del moribundo, por el cuidado y el aseo de su cuerpo»¹⁶.

3. Nunca encarnizamiento terapéutico

El encarnizamiento terapéutico consiste en la aplicación a un paciente terminal de «tratamientos extraordinarios de los que nadie puede esperar ningún tipo de beneficio para el paciente» (Asociación Médica Mundial, 1983) y constituye una práctica éticamente reprobable. El artículo 28.2 del Código de Ética y Deontología Médica de la Organización Médica Colegial del Estado, dice que «en caso de enfermedad incurable y terminal, el médico debe limitarse a aliviar los dolores físicos y morales del paciente, manteniendo en todo lo posible la calidad de una vida que se agota y evitando emprender o continuar acciones terapéuticas sin esperanza, inútiles u obstinadas. Asistirá al enfermo hasta el final, con el respeto que merece la dignidad del hombre».

La verdadera humanización de la muerte viene por tanto de la mano de la alianza terapéutica entre el enfermo y el equipo asistencial, buscando un adecuado alivio no sólo de los síntomas físicos sino también de los factores que ocasionan todo tipo de sufrimiento. Ayudar al enfermo a vivir lo mejor posible el último periodo de la vida no es tarea primaria de los poderes públicos, que sí han de ejercer su función subsidiaria de apoyo.

¹⁶ Declaración *Ética de la sedación en la agonía*, aprobada el 21 de febrero de 2009 por la Asamblea General del Consejo General de Colegios Oficiales de Médicos.

7. LIBERTAD DE CONCIENCIA ANTE LA VIDA

*Publicado en «El Rotativo—edición Alicante»
Enero de 2011*

El pasado 7 de octubre el Consejo de Europa, reunido en Asamblea Plenaria en Estrasburgo, votó una resolución sobre el informe presentado por la diputada británica Christine McCafferty, sobre la restricción de la objeción de conciencia, principalmente en el campo del aborto.

Pretendía con su Informe McCafferty, según denunció en los días previos a la votación la directora ejecutiva del Observatorio Europeo para la Dignidad, Sophia Kuby, «excluir de la práctica médica a las personas de convicciones sólidas, sean cuales sean, que se separen de la práctica y la ideología dominante».

La Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa rechazó el informe McCafferty. El pleno cambió hasta el título de la proposición que había presentado la Comisión de Asuntos Sociales, Salud y Familia y todos sus artículos. De llamarse «Acceso de las mujeres a la atención médica legal: problema del recurso no reglamentado a la objeción de conciencia», pasó a denominarse «Derecho a la objeción de conciencia en el marco de la atención médica legal».

En su novela *1984*, George Orwell describía una sociedad dominada por el Gran Hermano, su Ministerio de la Verdad, la Policía del Pensamiento y la imposición de la neolengua (basada en que lo que no estaba en su léxico no podía ser pensado). En los años recientes, la actuación reiterada de los políticos que dirigen nuestra sociedad ha hecho presentes los mismos planteamientos, aunque envueltos en eufemismos edulcorantes de la realidad.

La objeción de conciencia se generalizó en los años 60 del pasado siglo como oposición a la guerra y al servicio militar obligatorio. Durante esa etapa gozó de simpatía creciente por parte de la sociedad. Posteriormente, se generalizaron primero y se plantearon más tarde como derechos, conductas abiertamente opuestas a la ley natural (aborto, contracepción, eutanasia, esterilización voluntaria, usurpación del derecho a educar de los padres...). Pasó entonces a ser el refugio legal de todos aquellos que querían ejercer una práctica profesional o simplemente sus derechos como ciudadanos según los dictados de la recta razón y de las normas inscritas desde que el hombre es hombre en su corazón. Empezó así a ser considerado un peligro, por su confrontación con el paradigma ideológico dominante, que acepta las conductas arriba enumeradas de forma acrítica, bajo el paraguas de un supuesto progresismo. No han cesado los intentos legislativos de limitar la objeción de conciencia, hasta buscar vaciarla de contenido como en el caso que nos ocupa. Sin embargo, como ha señalado recientemente la Asociación para el Derecho a la Objeción de Conciencia (ANDOC), «la objeción

de conciencia sanitaria no es una patología de la democracia, sino una muestra patente de su salud».

1. Conciencia rectamente formada

Más allá del terreno sanitario, las materias en las que la recta conciencia choca con la conducta cotidiana aceptada como «normal» en nuestro medio son innumerables. Abarcan prácticamente toda la actividad social y profesional de las personas, pues en mayor o menor medida, cualquier acción requiere un análisis ético previo y esa valoración hace que la elección de una u otra opción no sea indiferente. La correcta formación de la conciencia, siempre atendible a la hora de actuar y comportarnos, constituye una obligación señaladamente grave en nuestros días, con especial atención a los campos que a uno más le atañen en razón de su actividad profesional. Y allí donde no llegue esa formación personal, el consejo de alguien de recto criterio, versado en la materia de la que se trate, ayudará a tomar la decisión más conveniente en cada caso.

Gastos, clientes, precios, inversiones, contraprestaciones, especulación, higiene, normas de seguridad propia y ajena, respeto al medio ambiente, enfermedad, trato con personas discapacitadas, son algunos de los múltiples retos que día tras día interpelan nuestra conciencia en busca de una respuesta más allá del simple ajuste de intereses. El ejercicio continuo en la vida cotidiana de la conciencia rectamente formada constituye una especie de «gimnasia ética» que, de modo casi imperceptible, introduce el hábito del análisis y la reciedumbre en la aplicación de las decisiones de la misma manera que el entrenamiento diario prepara al deportista para todas las incidencias de las grandes competiciones. Con ello se logran dos objetivos de la máxima importancia. El primero, facilitar obrar en conciencia cuando llegue el momento de las grandes decisiones y defender la propia actuación frente al ataque, tan virulento como vacío de verdaderos argumentos, de los autoerigidos en encarnación del espíritu de los tiempos actuales. El segundo, sustituir poco a poco la visión del pensamiento único en una sociedad que aprenderá a valorar, por la vía del ejemplo y la coherencia, que hay otras opciones diferentes de las dominantes y quizá mejores que aquéllas.

La gota que cae por sí sola no hace mella, pero una gota tras otra consigue erosionar la piedra. Poco a poco, la actuación y el comportamiento coherentes de tantos cristianos y otros hombres de buena voluntad, a los que no les faltará la ayuda del Altísimo, conseguirá transformar la objeción de conciencia en el paraguas en que encuentre protección la mayoría y dejará de ser el muro tras el cual unos pocos han de soportar el violento embate de las olas embravecidas de la opinión pública. La decisión del Consejo de Europa nos estimula y anima a continuar trabajando sin descanso en esta dirección. Así, con convencimiento,

constancia y gracia de Dios, pudieron los primeros cristianos darle la vuelta a la sociedad pagana en la que vivían. Su intercesión será ahora de gran ayuda en tan noble empeño.

2. Respaldo a la libertad de conciencia de los médicos

En su Resolución no. 1763 titulada *Derecho a la objeción de conciencia en la atención médica* el Parlamento Europeo:

1. Afirma que ninguna persona, hospital o institución será coaccionada ni discriminada por negarse a la práctica de un aborto, eutanasia, o a cualquier acto que cause la muerte a un feto humano o embrión.
2. Reafirma el derecho a la objeción de conciencia.
3. Insiste en la responsabilidad del Estado de asegurar que los pacientes tengan un acceso adecuado a la atención sanitaria.
4. Aboga por la necesidad de regular la objeción de conciencia, porque puede afectar directamente a las mujeres, especialmente a las más pobres y a las que viven en zonas rurales.
5. Reconoce que en la mayoría de los Estados miembros, el derecho a la objeción de conciencia está regulada de modo adecuado.
6. Recuerda a los Estados miembros la obligación de asegurar el acceso a los servicios y prestaciones sanitarias, así como de respetar el derecho a la libertad ideológica, de conciencia y de religión de los profesionales sanitarios.
7. Propone desarrollar marcos legales, claros y completos, que definan y regulen la objeción de conciencia en relación con los servicios médicos y de salud, en los que
 - Se afirme la objeción de conciencia en relación con la participación en el procedimiento en cuestión.
 - Se asegure que los pacientes sean debidamente informados de cualquier objeción en un plazo adecuado, y también que son derivados a otro personal sanitario.
 - Se garantice que los pacientes reciben un tratamiento adecuado, en particular en casos de emergencia.

8. ANTE EL PROCESO FINAL DE LA VIDA

Se proyecta una ley reguladora de derechos

Publicado en «El Rotativo—edición Alicante»

Enero de 2012

Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi* afirma: «La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana»¹⁷. El problema del sufrimiento tiene, como se ve, componentes individuales y sociales. En el plano individual atañe al que sufre y a todos los relacionados con él mediante vínculos de sangre, afectivos, profesionales o de otro tipo. La sociedad se ve también interpelada por el sufrimiento. De su adecuada respuesta a este reto depende en buena parte su grandeza.

1. Una Ley no basta para zanjar un problema

Recientemente se ha presentado el anteproyecto de *Ley reguladora de los derechos de las personas ante el proceso final de la vida*, conocido igualmente como Ley de Cuidados Paliativos y Muerte Digna. Intenta regular aspectos del final de la vida, incluyendo las actuaciones médicas supuestamente pertinentes en tales circunstancias. Sí se ha de esperar el establecimiento de las condiciones que faciliten la mejor asistencia posible a los pacientes. Aunque la intención sea laudable, una ley no zanja necesariamente un problema. Esperar de las esferas legislativas o judiciales la solución a un problema asistencial puede acabar volviéndose en contra de los pacientes a los que pretende beneficiar.

Es significativo que en el texto del Anteproyecto se omita el término «muerte digna», por su utilización recurrente como sinónimo de muerte inducida entre los partidarios de la eutanasia. Sin embargo, éstos no ocultan sus propósitos: «la muerte digna no es sólo una muerte sin dolor [...]. La dignidad está indisolublemente unida a la autonomía individual, que no será plena hasta que no se reconozca el derecho a decidir cuándo nuestra vida deja de ser un bien deseable.» «Estos cuidados (los cuidados paliativos) nunca serán una alternativa a la regulación de la eutanasia y el suicidio asistido...»¹⁸. Completando lo que puede sonar a manipulación terminológica, se ha empezado a designar eufemísticamente lo relacionado con la eutanasia y el suicidio asistido como «derechos de salida».

¹⁷ SS 38.

¹⁸ Página web de la Asociación pro eutanasia Derecho a Morir Dignamente.

En la misma línea, en la exposición de motivos del texto se dice explícitamente que «el proceso final de la vida, concebido como un final próximo e irreversible, eventualmente doloroso» sería también «lesivo de la dignidad de quien lo padece»; una afirmación que no sólo resulta antropológicamente inaceptable, sino también posiblemente contraria a la Constitución¹⁹.

2. El proyecto señala una especie de derecho universal a la sedación.

El proyecto establece que «todas las personas que se encuentren en el proceso final de su vida tienen derecho a recibir la atención idónea integral que prevenga y alivie el dolor y sus manifestaciones, lo que incluye, además del tratamiento analgésico específico, la sedación» (art. 11.1). Sobre esta cuestión es conveniente recordar que «el ciudadano no tiene derecho a todo lo no prohibido. Tener derecho no es simplemente disfrutar de un ámbito de actuar lícito (*agere licere*) sino estar en condiciones de recurrir al ordenamiento jurídico en apoyo y garantía de las propias pretensiones. No basta para ello con una mera no prohibición sino que resulta exigible un título jurídico específico»²⁰.

En la exposición de motivos del Anteproyecto de Ley se recoge el fundamento jurídico de lo afirmado en el art. 11.1: la «libre autonomía de la voluntad», la cual podría entenderse totalmente desvinculada de la verdad y del bien objetivo de la persona. En este supuesto la bondad o maldad de una acción dependería de la libre voluntad del sujeto y en consecuencia el principio de autonomía anularía el principio de beneficencia. Por otra parte, afirmar la libre autonomía de la voluntad del paciente podría obligar a los profesionales de la sanidad a aceptar criterios de actuación ajenos a la ética profesional, por ejemplo retirar la alimentación y la hidratación del paciente o atender peticiones de eutanasia si el paciente libremente lo pide. En este caso el médico es desposeído de toda responsabilidad de sus actos y queda despenalizada la mala praxis.

3. La sedación paliativa

Sobre la sedación paliativa conviene aclarar «que una cosa es el derecho al tratamiento del dolor y otra el "supuesto derecho" a un tratamiento particular. La sedación paliativa (cf. Art. 11.2.c) es un tratamiento concreto y definido que no puede considerarse derecho del paciente sino indicación médico-ética; es el

¹⁹ COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. Declaración con motivo del «Proyecto de ley reguladora de los derechos de la persona ante el proceso final de la vida» (22/6/2011).

²⁰ ANDRÉS OLLERO, *Reflexiones sobre el Anteproyecto de la Ley reguladora de los derechos de las personas ante el proceso final de la vida*, Zenit. org, 11 junio 2011, pág. 4.

médico quien propone al paciente la opción del tratamiento que es conforme a su cuadro sintomático y no al revés»²¹.

En consecuencia, esta sedación paliativa «habrá de ser siempre el último recurso de una terapéutica adecuada; deberá estar médicamente indicada actualmente para cada caso particular; y la indicación habrá de ser revisada y justificada periódicamente. Deberá contar con el consentimiento informado del paciente, lo más actualizado posible. Para aplicar la sedación paliativa de forma permanente e irreversible, la justificación médica y ética deberá ser mucho más estricta y quedar restringida a la fase de la agonía»²².

4. Un paso más hacia la despenalización de la eutanasia

El Anteproyecto de Ley es un paso más hacia la despenalización de la eutanasia. La eutanasia «no es una cuestión que atañe sólo a los afectados. La prohibición tiene sus fines sociales; proteger a todos los enfermos de la sociedad; proteger la integridad moral de la profesión médica; proteger a las personas vulnerables a los abusos, negligencias, errores y evitar la derivación hacia formas de eutanasia no solicitadas. Legalizarla es una declaración de derrota social. Vendría a decir que como no podemos ayudarnos mutuamente, como cada uno va a lo suyo y no dedica su tiempo a los demás, el Estado se encarga, pero no cubriendo esta carencia de atención, sino ahorrándose la solución del problema con una inyección letal»²³. Por contra, los equipos de cuidados paliativos facilitan la presencia del paciente en su domicilio, aportando un beneficio emocional indudable y realzando su dignidad de persona, merecedora de cariño y atención hasta el último momento de su vida. También los que le rodean tienen así ocasión de reflexionar sobre realidades cotidianas como son la enfermedad o la muerte.

En resumen, la verdadera humanización de la muerte viene de la mano de la alianza terapéutica entre el enfermo y el equipo asistencial, buscando un adecuado alivio no sólo de los síntomas físicos sino también de los factores que ocasionan todo tipo de sufrimiento, en la que nunca interviene el pacto de una muerte intencionada. Los poderes públicos han de limitarse a ejercer su función subsidiaria de apoyo, facilitando recursos y promoviendo políticas de protección, nunca de desamparo.

Genuina dignidad es la de los que asumen, cada día, sin ruido machacón, las limitaciones de su existencia, y la de los que optan por acompañarles en su

²¹ Mons. JUAN A. REIG, Algunas observaciones al *Anteproyecto de Ley reguladora de los derechos de la persona ante el proceso final de la vida*, pág. 4.

²² EPISCOPADO DE ARAGÓN, Carta Pastoral *Solo Dios es el Señor*, n.9.

²³ Revista *Enfoque*, diciembre 2004.

camino. En San José, que pasó sus últimos momentos en la tierra muy cerca de los suyos, con el consuelo de Jesús y de María, encontramos apoyo firme en la ruta segura hacia la felicidad de la vida eterna, «donde habrá descanso seguro y visión de la inefable verdad»²⁴.

9. LA INVESTIGACIÓN CON CÉLULAS MADRE

Publicado en «El Rotativo—edición Alicante»
Marzo de 2012

La investigación médica con células madre es un tema de permanente actualidad. El pasado 12 de noviembre de 2011, el Santo Padre Benedicto XVI pronunció un clarificador discurso sobre este tema dirigido a los participantes en una conferencia internacional sobre células madre adultas organizada por la Santa Sede. Quisiera subrayar las ideas más importantes de este discurso.

El conocimiento científico es bueno en tanto que nos permite conocer y explorar la maravilla del universo, la complejidad de la naturaleza y de la misma vida humana. Ahora bien, la investigación científica debe reconocer sus propios límites, ya que hay dimensiones de la realidad humana que la superan. Cuando respeta esos límites, la ciencia puede servir a la dignidad del hombre, que es «el último beneficiario de la investigación científica».

En distinto nivel se sitúa la técnica, mediante la cual el ser humano pretende dominar la materia y mejorar sus condiciones de vida. Benedicto XVI dedicó un capítulo de su encíclica *Caritas in veritate* a analizar la relación de la técnica con el desarrollo de los pueblos. Allí señala que los avances técnicos, que manifiestan la creatividad humana, pueden ser, sin embargo, una amenaza para el mismo hombre, cuando se convierten en algo absoluto. Frente a este absolutismo de la técnica es urgente reclamar «una formación para un uso ético y responsable de la técnica»²⁵.

1. *Conviene mucho distinguir*

Uno de los campos en que ciencia y técnica convergen es la investigación con células madre. Los avances técnicos en este tema son notables, pero hemos de preguntarnos si son aceptables desde un punto de vista ético. Pues bien, mientras que la investigación con células madre adultas no presenta ningún obstáculo ético, la investigación con células madre embrionarias debe reprobarse.

Es oportuno destacar los grandes beneficios que están surgiendo de la in-

²⁴ SAN AGUSTÍN, *De Genesi ad litteram*, 12,26.

²⁵ CinV 70.

vestigación con células madre adultas, ofreciendo posibilidad de curar enfermedades degenerativas crónicas. Históricamente comenzaron a investigarse en 1959; su descubridor, E. Donnall Thomas, recibió el premio Nobel el año 1990. Sus aplicaciones en diversos campos aumentan progresivamente y vienen contrastados por publicaciones especializadas de primer nivel. El Papa decía en el mencionado discurso: «En general, no surgen problemas éticos cuando las células madre se extraen de los tejidos de un organismo adulto, de la sangre del cordón umbilical en el momento del nacimiento, o de fetos que han muerto por causas naturales». Por eso, la Iglesia apoya y promueve esta investigación, alentando el progreso de estos conocimientos y técnicas, a condición de que se lleven a cabo con la debida atención al bien integral de la persona humana y al bien común de la sociedad.

Sin embargo, es distinto el caso de las células madre embrionarias, cuya obtención presenta serios reparos, ya que implica la manipulación y destrucción de seres humanos. El objetivo que se pretende alcanzar de curar enfermedades es bueno, pero no lo son los medios para lograrlo. No se puede defender la investigación con células madre embrionarias a cualquier coste. Por eso, en el discurso citado, dice el Papa de modo taxativo: «Quienes defienden la investigación con la esperanza de alcanzar ese resultado cometen el grave error de negar el derecho inalienable a la vida de todos los seres humanos desde el momento de la concepción hasta su muerte natural. La destrucción incluso de una sola vida humana nunca se puede justificar por el beneficio que probablemente puede aportar a otra».

2. Lamentables consecuencias y aspiración noble

El modo en que se presenta este tema ante la opinión pública suele estar cargado de intereses ideológicos y, a veces, también económicos. Con frecuencia se presenta la investigación en células madre embrionarias como la panacea para resolver prácticamente todas las dolencias humanas conocidas. Y hasta se apela a los sentimientos para promover esta técnica y se impone una mentalidad utilitaria, en la que el fin pueda justificar los medios.

Este modo de pensar pragmático, subraya también Benedicto XVI, acaba teniendo unas consecuencias desastrosas para el ser humano. Cuando se ignoran las objeciones éticas que tiene una determinada técnica, caemos en un absolutismo de la técnica, que se acaba volviendo contra el mismo hombre.

La misma ciencia médica cuestiona la viabilidad de la aplicación práctica de la investigación con células embrionarias. Muchos especialistas cuestionan su utilización debido a la ausencia de resultados y al elevado coste de esta investigación. Sería deseable un examen de conciencia por parte de los gestores

públicos que vienen apoyando incondicionalmente los experimentos con células madres embrionarias, dejando de lado, en sus decisiones, los criterios éticos.

Vuelvo al discurso del Papa para concluir que «el diálogo entre ciencia y ética es de suma importancia para garantizar que los avances médicos no se lleven a cabo con un costo humano inaceptable». La Iglesia no pretende ni mucho menos impedir el progreso científico, pero es su deber iluminar las conciencias para mostrar cómo la ciencia y la técnica han de estar al servicio del ser humano, especialmente de los más débiles y vulnerables.

10. LA FAMILIA EMIGRANTE, INTEGRADA

*Carta para la Jornada mundial
del emigrante y el refugiado
14 de enero de 2007*

Ojalá llegue pronto el momento en que podamos repetir en nuestra Diócesis la frase que encabeza estas líneas, con lo que tiene de afirmación positiva y de gozo compartido. Sabemos que se van dando pasos en orden a lograr un objetivo tan noble, pero queda todavía camino por andar... Son de alabar los esfuerzos de personas e instituciones, esfuerzos que valoramos y agradecemos. La invitación, sin embargo, es a comprometernos todos en el empeño.

El Santo Padre Benedicto XVI ha escrito una carta para la 93ª Jornada mundial del emigrante y el refugiado, a celebrar el próximo 14 de enero en todo el mundo. Precisa en ella que se necesita «sensibilizar a las comunidades eclesiales y a la opinión pública». Y recalca las «potencialidades positivas de las familias emigrantes», acerca de las necesidades y los problemas que todos advertimos y que muchos hermanos viven en su propia carne.

1. Dificultades de toda familia emigrante

«Son muchas las dificultades que encuentra la familia del emigrante», afirma con toda contundencia el Papa de la palabra y del compromiso:

- penurias, humillaciones, estrechez...,
- la lejanía entre sus miembros y la tan costosa reunificación de toda la familia,
- el olvido del pasado y de los propios deberes a causa de la distancia y la soledad,
- el difícil desarrollo de la familia emigrante, si no se le garantiza una posibilidad real de inserción y participación.

«Se está fomentando mucho la integración», afirma a renglón seguido:

- la Iglesia estimula la ratificación de leyes internacionales destinadas a defender los derechos de los emigrantes, los refugiados y sus familias,
- se han abierto centros de escucha para emigrantes, casas de acogida, oficinas de servicios para las personas y las familias, así como otras iniciativas.

Queda, sin embargo, mucho por hacer, asegura, con honda y sentida preocupación:

- los «mecanismos de defensa» adoptados por la primera generación de emigrantes pueden ser un obstáculo para que las segundas generaciones se integren mejor,
- ha aumentado el número de mujeres que abandonan su país de origen, con el consiguiente riesgo de terminar siendo víctimas del tráfico de seres humanos y de la prostitución,
- es preciso llamar la atención sobre las familias de los refugiados, que se encuentran en peores condiciones y, además, a veces tienen que sufrir la implicación de mujeres y niños en la explotación sexual.

«Es preciso animar a todo aquel que está destruido interiormente para que recupere la confianza en sí mismo», sigue matizando con persuasión Benedicto XVI. Con mano tendida, advierte: nos incumbe a todos los creyentes el compromiso serio de reconocer los derechos y la dignidad de las familias. Pensemos de modo especial en aquellos estudiantes que, sobre todo si están casados, sufren la dolorosa ausencia del apoyo familiar y corren el riesgo de sufrir una crisis de identidad.

2. La realidad en nuestra Diócesis

El compromiso nuestro con los inmigrantes se define y concreta al conocer los datos facilitados por el informe del Secretariado Diocesano de Migración. Aunque sólo tengan carácter estimativo, las cifras son elocuentes a la hora de ayudarnos a caer en la cuenta de la magnitud del reto que, como cristianos, se nos plantea. Hay en nuestra provincia, en este año 2006, 68.390 extranjeros en situación irregular, lo que significa que, de un total de 350.746 extranjeros, uno de cada cinco está en situación irregular. Si nos fijamos en los extranjeros no comunitarios, el porcentaje se eleva al 41%. Ahora bien, si sumamos al número anterior los extranjeros que tienen documentos provisionales para residir legalmente en nuestro país, la cifra aumenta considerablemente: 136.305 extranjeros no comunitarios viven en situación documental irregular o provisional. Por tanto, sólo uno de cada tres extranjeros no comunitarios vive en situación documental estable.

«Los datos expuestos, concluye el informe mencionado, apuntan a la existencia de un importante grupo de extranjeros que están en situación irregular o con permisos provisionales. No estamos hablando de números, sino de personas». Ante esta situación, nuestra fe en Jesucristo nos da luz para orientar convenientemente, entre otras, las acciones siguientes:

- la necesidad de legislar políticas migratorias y de regulación de flujos, que no ignoren la realidad de inmigrantes indocumentados que ya están en nuestro país,
- la importancia de mantener y potenciar los servicios de asesoría jurídica en materia de extranjería,
- la conveniencia de realizar campañas informativas entre la población inmigrante para que ejerza su derecho a empadronarse y cumpla con su obligación de renovar periódicamente sus datos,
- la revisión de posibles medidas restrictivas y trabas burocráticas en algunas oficinas censales, contrarias a la norma establecida...

Termino, haciendo memoria de las palabras que el Santo Padre pronunció en Valencia, en la Vigilia de clausura del Vº Encuentro Mundial de las Familias. Como familia de hijos de Dios, estamos llamados a «garantizar que las familias no estén solas... La comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos»²⁶. No hay duda de que las familias de los emigrantes atraviesan duras pruebas y que necesitan de más apoyo para vencer su soledad y su marginación. Ofrezcamos también personalmente este apoyo. Cuanto hagamos a cada uno de ellos, se lo hacemos a Jesús. «No hay vínculo alguno de necesidad, recuerda San Agustín, en el comportamiento recto, porque está la libertad de la caridad».

11. LA FAMILIA, ESPERANZA DE LA HUMANIDAD

*Mensaje para Jornada mundial de la paz
1 de enero de 2008*

1. Estrenamos el año nuevo 2008, año de bendición y de gracia, con la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, «fruto de una intuición providencial del Papa Pablo VI»²⁷. Esta Jornada, celebrada por vez primera el 1 de enero de 1968 –hace 40 años–, «ha ofrecido a la Iglesia a lo largo de los años la oportunidad

²⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía Vigilia Encuentro Mundial de las Familias* (8/7/2006).

²⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* (2008), 15.

de desarrollar... una doctrina orientadora en favor de este bien humano fundamental»²⁸, la paz. Esa paz de los hombres entre sí, es decir, no sólo su ordenada concordia, sino también la paz entre todas las cosas. San Agustín la define como «tranquilidad del orden. Y el orden –explica– es la disposición que asigna a las cosas diferentes y a las iguales el lugar que les corresponde»²⁹.

2. El lema para la Jornada Mundial de este año reza así: «Familia humana, comunidad de paz». Dos realidades que han de conjugarse bien: familia y paz. «En una vida familiar "sana" –dice el Papa– se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo»³⁰.

Es doblemente doloroso, por ello, comprobar que en el seno de la familia brota, en no pocas ocasiones, la violencia y el odio, la venganza y el resentimiento. Familias desestructuradas, ancianos solos y olvidados, niños víctimas de abusos de todo tipo, el asesinato de cientos de miles de inocentes, cuya vida es arrancada desde el mismo seno materno. He ahí un crimen horroroso del que se pedirá cuentas a quien vierte la sangre del inocente Abel en la persona de estas criaturas desvalidas. Frente a las corrientes de pensamiento que pretenden desdibujar el rostro de la institución familiar, ésta ha de mantenerse y perdurar como «la primera e insustituible educadora de la paz», contribuyendo así a la construcción de una sociedad más justa y más fraterna.

«El lenguaje familiar es, a su vez, un lenguaje de paz; a él es necesario recurrir siempre para no perder el uso del vocabulario de la paz. En la inflación de lenguajes, la sociedad no puede perder la referencia a esa "gramática" que todo niño aprende de los gestos y miradas de mamá y papá, antes incluso que de sus palabras»³¹.

3. En nuestro Programa de Pastoral para este curso 2007–2008 tratamos de poner el acento en un objetivo claro y definido: «Revitalizar la comunidad parroquial como familia». Queremos hacer que la familia, cada una de nuestras familias, viva en paz, armonía y concordia. Viva en amistad con Dios y en buena relación con los miembros de la misma. Sólo así la paz será la plenitud de todos

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, XIX, 13, 1.

³⁰ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* (2008), 3.

³¹ *Ibidem*.

los buenos deseos³². Será «serenidad de la mente, tranquilidad del alma, simplicidad de corazón, vínculo del amor, convivencia en la caridad»³³.

¿Cómo lo conseguiremos?:

- Acortando distancias y demoliendo muros de discordia entre las personas que nos rodean. ¡Cuántos lazos familiares truncados por desencuentros y malentendidos! Hijos que no se hablan con sus padres, hermanos enfrentados entre sí, abuelos que no reciben una visita o una llamada de sus hijos o nietos... ¡Este nuevo año podrá ser una ocasión propicia para acercarnos más los unos a los otros, o para comenzar de nuevo y borrar viejas heridas!
- Elevando, en lo posible, todo lo que pueda mejorarse en el trato que dispensamos unos miembros de la familia a los otros: atención, ternura, gratuidad, acogida, comunicación, perdón, comprensión... La lista puede ser interminable.

4. Lo que decimos de la familia, procuremos vivirlo igualmente en nuestra parroquia, ya que la Iglesia es la familia de Dios en el mundo, y «en esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario... La parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado "casualmente" (cf. Lc 10,31), quienquiera que sea»³⁴. En esta familia grande, sintámonos todos hermanos en Jesucristo, nuestro Hermano mayor. Con Él y en Él somos hijos de la misma Madre: Santa María de la Paz, Reina de las Familias. Ella es la que nos susurra al oído las palabras que dijo a Jesús en las bodas de Caná: «No tienen vino» (Jn 2,3). Con este ruego, María orienta también nuestro pensamiento hacia las familias que tienen necesidad del vino de la alegría, la esperanza y la concordia; familias en las que el vinagre de la marginación, o las necesidades económicas y espirituales, amenazan la pacífica convivencia entre sus miembros y de éstos con la sociedad.

Sintámonos llamados, por tanto, a promover este tesoro que Dios ha puesto en nuestras manos. «Cuando la sociedad y la política no se esfuerzan en ayudar a la familia en estos campos, se privan de un recurso esencial para el servicio de la paz». Por eso precisamente la familia sigue siendo «la principal "agencia" de paz»³⁵, como atinadamente la llama el Santo Padre en su mensaje para esta Jornada.

³² Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón* 168, 2.

³³ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 97, 1.

³⁴ DCE 25.

³⁵ DCE 5.

Pido al Señor con vosotros que, en este nuevo año, nuestra Diócesis, la Iglesia que camina en familia en Orihuela–Alicante, sea, «hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda»³⁶. Estamos abiertos, como sabéis, y abiertos seguimos a la Iglesia y al mundo en que vivimos.

Con mi bendición, un saludo cordial, que llegue a las familias y comunidades parroquiales de toda la Diócesis. Y que, guiados por Santa María, sepamos dar testimonio, siempre y en todo, de la verdad, del amor y de la paz.

12. «REDIMIENDO EL TIEMPO, PORQUE LOS DÍAS SON MALOS» (Ef 5, 16)

*Carta a los diocesanos
1º de Mayo de 2009*

El día 1º de Mayo se celebra en todo el mundo la Fiesta del trabajo. La Iglesia recuerda y venera también ese día a San José Obrero, que conoció la dureza de ganar el pan, para él y para los suyos, con su trabajo. En el taller de Nazaret el Hijo de Dios estuvo a su lado y «trabajó con manos de hombre»³⁷, hasta el punto de ser reconocido como «el hijo del artesano» (Mt 13,55), y «artesano» él mismo (Mc 6,3).

El trabajo representa una dimensión esencial de la persona, a la cual se ordena y subordina. Con su trabajo, el ser humano participa en la obra del Creador, pudiendo ser para él un medio de santificación. «Tomó al hombre el Señor su Dios y lo puso en el paraíso de delicias para que trabajara», leemos en el libro del Génesis (2,15). Al ser un bien para el hombre, el trabajo es un derecho fundamental y, a la vez, un deber de la persona. El desempleo, por el contrario, constituye un grave obstáculo en el camino de la realización humana y profesional de cada persona. «Con trabajo comerás de la tierra, dice el Señor, todo el tiempo de tu vida» (Gen 3,17).

Como consecuencia de la crisis económica que venimos padeciendo, muchos trabajadores han perdido su puesto de trabajo. Este gravísimo problema social y humano afecta a personas concretas de nuestro entorno. Y vemos que el crecimiento del paro tiene consecuencias profundamente negativas para las mismas personas y para sus familias, que, en ocasiones al menos, se convierten en víctimas de la exclusión social.

³⁶ DCE 32.

³⁷ CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et Spes*, 22.

El contexto social y económico actual exige, por tanto, una reflexión seria sobre las causas morales que han provocado la crisis económica, así como sobre el desarrollo de propuestas respetuosas con la dignidad de la persona humana que ya se están haciendo en algunos círculos. La recesión económica es, a la vez, una invitación para que crezca nuestra solidaridad con los «nuevos pobres» que van apareciendo. Como Iglesia, familia de Dios, tratamos de mantenernos cercanos en todo momento a tantos hombres y mujeres que sufren las consecuencias de la crisis y estamos impulsando nuevas formas de solidaridad en el ancho mundo del trabajo. Con abnegación compartida, con múltiples servicios y ayudas y con apoyos de toda índole.

La Fiesta del trabajo, fiesta también de San José Obrero, nos brinda la posibilidad de reforzar la presencia de la Iglesia en el mundo obrero. La tarea de la pastoral obrera es anunciar a Jesucristo con palabras y con el testimonio, en el mundo del trabajo, transformando esa realidad desde los valores del Evangelio y a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia. Para ello, los cristianos militantes ni pueden ni deben abdicar de su compromiso. Valoramos todos la labor que vienen realizando en nuestra Diócesis los agentes de pastoral obrera y animo a acrecentar la presencia de otros cristianos laicos en el mundo del trabajo.

Finalmente, pido a todas las comunidades que, en la celebración eucarística del día 1 de mayo, tengan presente la situación de tantas familias trabajadoras que van adelante y de las que ya están en paro. Y encomiendo a la fiel custodia de San José a todos los obreros. El Santo Padre, dirigiéndose a los trabajadores, decía: «En la escuela de la Familia de Nazaret podéis aprender más fácilmente cómo conjugar una vida de fe coherente con la fatiga y las dificultades del trabajo, la ganancia personal y el compromiso de solidaridad con los necesitados»³⁸.

Y de San José, trabajador humilde y escasamente remunerado, comenta la Liturgia de las Horas:

Y, pues que el mundo entero
te mira y se pregunta,
di tú cómo se junta
ser santo y carpintero,
la gloria y el madero,
la gracia y el afán,
tener propicio a Dios y escaso el pan.

³⁸ BENEDICTO XVI, *A la confederación italiana de artesanos* (31/3/2007)

13. EL EVANGELIO DEL TRABAJO

Fiesta de San José Obrero
1° de mayo de 2011

Os escribo con motivo de la fiesta de san José Obrero en el trigésimo aniversario de la publicación de la encíclica *Laborem exercens* (14 de septiembre de 1981). Quiero invitaros a anunciar el evangelio del trabajo en estos momentos de crisis económica. Los obreros cristianos tenéis una buena noticia que decir con vuestra vida en estas circunstancias tan preocupantes. Los patronos y empresarios también. Juan Pablo II definió el evangelio del trabajo con estas palabras: «Ese anuncio de alegría y salvación que proclama al hombre como fundamento y fin del trabajo»³⁹. Siguiendo las orientaciones de nuestro Plan de Pastoral, os invito a salir a la calle a proclamar el evangelio del trabajo. Sobre este evangelio del trabajo trato de reflexionar con vosotros.

1. «El grave problema del paro»

Comienzo recordando lo que los Obispos españoles escribieron en situaciones parecidas a las nuestras. Reunidos en Asamblea Plenaria, publicaron el 27 de noviembre de 1981 el documento titulado *El grave problema del paro*. En este documento describieron así la situación económica: «año tras año, desde los comienzos de la actual crisis económica, observamos con dolor cómo aumentan ininterrumpidamente en nuestra Patria las cifras de los parados. Según los datos oficiales, son ya cerca de los dos millones. Un 14% de nuestra población activa –comparativamente, la más baja de Europa– permanece en paro, lo que representa el porcentaje más alto entre los países industrializados. Menos del 40% del total cobran subsidio de desempleo. Más del 50% son jóvenes, de ordinario en busca de su primer trabajo»⁴⁰. La situación fue diagnosticada, como veis, como «una verdadera calamidad social»⁴¹.

Después de resaltar estos datos, ofrecieron los Obispos la clave de lectura de la *Laborem exercens*: «La clave fundamental de toda la encíclica directamente aplicable a nuestro propósito es su afirmación de que el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, ha recibido de Él este mandato: "Creced y multiplicaos, henchid la tierra y dominadla". El hombre sólo se realiza como hombre cuando trata de crecer y perfeccionarse ejerciendo su dominio sobre la tierra y todo lo creado y poniéndolo al servicio de sus necesidades y de su propia plenitud. Trabajar es, por tanto, un derecho fundamental del hombre, que se deriva de

³⁹ JUAN PABLO II, *Regina coeli* (1/5/1983).

⁴⁰ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *El grave problema del paro* (27/11/1981) 1.

⁴¹ LE 18.

un grave e ineludible deber. La sociedad, por ello mismo, está obligada a hacer posible uno y otro. Si el paro se hace inevitable para algunos, hay todavía un derecho más fundamental: el derecho a vivir una vida digna de persona; no sólo el trabajador, sino la familia que de él depende. Y el deber correspondiente de la sociedad es facilitarles los medios para satisfacer tal derecho»⁴².

Como solución al drama del paro el documento citado sugiere «reflexionar sinceramente sobre las verdaderas causas del paro, decisión para afrontarlas francamente y dos metas bien claras: salvaguardar a toda costa "el carácter subjetivo del trabajo humano", esto es, la dignidad humana del trabajador y garantizar "la iniciativa de las personas y de los grupos libres", estimulándola por todos los medios»⁴³.

2. Antropología y cristología

Para contextualizar el evangelio del trabajo, con estas aproximaciones a la vista, es conveniente tener también a la vista la relación que establece Juan Pablo II entre antropología y cristología.

El hombre, protagonista del trabajo

Juan Pablo II escribió, en el vigésimo aniversario de *Laborem exercens*: «Sin embargo, sería un grave error creer que las transformaciones actuales acaecen de modo determinista. El factor decisivo, dicho de otro modo, "el árbitro" de esta compleja fase de cambio, es una vez más el hombre, que debe seguir siendo el verdadero protagonista de su trabajo. Puede y debe hacerse cargo de modo creativo y responsable de las actuales transformaciones, para que contribuyan al crecimiento de la persona, de la familia, de la sociedad en la que vive y de la entera familia humana (cf. LE 10)»⁴⁴. El hombre es, por tanto, el centro de su reflexión.

Cristo, camino del hombre

Cinco años más tarde, el entonces cardenal Ratzinger pronunciaba una conferencia con ocasión del 25 aniversario del pontificado de Juan Pablo II, en que afirmaba: «Las tres grandes encíclicas sociales aplican la antropología del Papa a la problemática social de nuestro tiempo. Juan Pablo II subraya la primacía del hombre sobre los medios de producción, la primacía del trabajo sobre el capital y la primacía de la ética sobre la técnica. En el centro está la dignidad del hombre, que es siempre un fin y jamás un medio. A partir de aquí se esclarecen

⁴² LE 8.

⁴³ LE 11.

⁴⁴ JUAN PABLO II, *Mensaje a una conferencia internacional con motivo del XX aniversario de Laborem exercens* (14/10/2001) 2.

las grandes cuestiones actuales de la problemática social en contraposición crítica tanto con el marxismo como con el liberalismo»⁴⁵.

Con la perspectiva de los años, estas palabras siguen teniendo plena actualidad. La antropología y la cristología son necesarias para una recta comprensión del evangelio del trabajo. En efecto, «para el Papa, antropología y cristología son inseparables. Precisamente Cristo nos ha revelado qué es el hombre y a dónde debe ir para encontrar la vida. Este Cristo no es sólo un modelo de existencia humana, un ejemplo de cómo se debe vivir, sino que "está unido, en cierto modo, a todo hombre" (*Redemptor hominis*, 14). Cristo nos toca en nuestro interior, en la raíz de nuestra existencia, transformándose así, desde el interior, en el camino para el hombre. Rompe el aislamiento del yo; es garantía de la dignidad indestructible de cada persona y, al mismo tiempo, es quien supera el individualismo en una comunicación a la que aspira toda la naturaleza del hombre»⁴⁶.

3. Evangelio del trabajo

Sigamos con nuestra reflexión, advirtiendo que esta realidad que nos interpela no debe dejarnos indiferentes. Por lo mismo, nuestra Iglesia Diocesana tiene una Palabra que decir, un anuncio que proclamar: el evangelio del trabajo. La Nueva Noticia del trabajo está presente en *Laborem exercens* y en el magisterio de Juan Pablo II: él fue el verdadero heraldo del evangelio del trabajo. «Como he afirmado en la encíclica *Laborem exercens* –decía Juan Pablo II–, existe un evangelio del trabajo inscrito en la totalidad del mensaje evangélico. Un evangelio del trabajo que Cristo escribió, ante todo, con la propia vida, y después, con toda su enseñanza»⁴⁷. Nos lo enseñó Jesús durante su vida laboral⁴⁸, lo hemos escuchado de sus mismos labios⁴⁹.

Jesús pertenece al mundo del trabajo

El evangelio del trabajo comienza a escribirse en el libro del Génesis⁵⁰. En el relato de la creación se indica en qué consiste la dignidad del trabajo y se afir-

⁴⁵ J. RATZINGER, *Las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II*, Conferencia pronunciada en el Congreso «Juan Pablo II, 25 años de pontificado. La Iglesia al servicio del hombre», Roma 8–10 de Mayo 2004.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ JUAN PABLO II, *Discurso a las obreras de la fábrica textil Uniontext de Lodz* (13/5/1987), 8.

⁴⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Saludo a los campesinos en la explanada del Santuario de Maipú* (3/4/1987), 2.

⁴⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Homilía a los trabajadores en Trujillo* (4/2/1985), 7.

⁵⁰ Cf. LE 4.

ma que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, en el trabajo imita a Dios y, de esta manera, participa en su obra creadora⁵¹. De aquí se sigue que el «trabajo de Dios es de alguna manera ejemplar para el hombre»⁵².

La participación del hombre mediante su trabajo en la obra creadora de Dios se manifiesta plenamente en Jesucristo⁵³. «El evangelio del trabajo ha sido escrito sobre todo por el hecho de que el Hijo del Hombre, de la misma sustancia que el Padre, al hacerse hombre, trabajó con las propias manos. Más aún, su trabajo, que fue un auténtico trabajo físico, ocupó parte de su vida en esta tierra, y así entró en la obra de la redención del hombre y del mundo, realizada por él con su vida misma eterna»⁵⁴. El hecho de dedicar la mayor parte de su vida a trabajar en Nazaret como carpintero, constituye por sí mismo «el más elocuente Evangelio del trabajo, que manifiesta cómo el fundamento para determinar el valor del trabajo no es en primer lugar el tipo de trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona. Las fuentes de la dignidad del trabajo deben buscarse principalmente no en su dimensión objetiva, sino en su dimensión subjetiva»⁵⁵. Y concluía Juan Pablo II: «El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto»⁵⁶.

Jesús proclamaba con su trabajo la Buena Noticia que le había sido confiada⁵⁷, su trabajo fue revelador, su vida fue elocuente e interpelante. Jesús «pertenece al mundo del trabajo, tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano; se puede decir incluso más: Él mira con amor el trabajo, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios, Creador y Padre»⁵⁸.

Trabajar será imitar al Dios creador del Génesis y de la historia. Trabajar y descansar según Dios son invitaciones a que el hombre imite a Dios, de quien es imagen. La obra de Dios sigue y la colaboración del hombre debe seguir: «Mi Padre sigue obrando» (Jn 5,17). Ese «todavía» tiene varios significados; la creación y la redención continúan en acción; el hombre, en ambas, está llamado a poner su grano de arena. Esta primera y fundante verdad del evangelio del trabajo y de su espiritualidad debe llegar incluso a la conciencia de los que realizan quehaceres

⁵¹ Cf. LE 25 b.

⁵² Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Dies domini*, 10.

⁵³ Cf. LE 26 a.

⁵⁴ JUAN PABLO II, *Discurso a los obreros en Terni* (19/3/1981), 4.

⁵⁵ LE 6 e.

⁵⁶ LE 6 f.

⁵⁷ LE 26 a.

⁵⁸ *Ibidem*.

ordinarios y a los ojos de los hombres minúsculos. Y esta verdad se convierte en motivación de todo lo que hacemos.

También es una dimensión esencial de la espiritualidad del trabajo humano el transformar la fatiga y el sudor que conlleva en participación en la obra de la cruz de Cristo; ello implica asumir y aceptar «lo indispensable de la cruz en la espiritualidad del trabajo humano» y el descubrimiento de un nuevo bien que se descubre en esta cruz y fatiga, ya que puede contribuir a que, ordenando mejor la sociedad humana, se anticipen y se vislumbren los cielos nuevos y la tierra nueva del Reino de Dios (cf. GS 39)⁵⁹.

La pertenencia de Cristo al mundo del trabajo no le eximió de la fatiga, el cansancio y el sufrimiento. El trabajo también «está llamado a ser una forma de colaboración con Dios-Hijo en la redención de la humanidad»⁶⁰. El trabajo diario nos incorpora al acontecimiento pascual, a la muerte y resurrección de Cristo. Así nos lo indicaba Juan Pablo II: «En el trabajo humano el cristiano descubre una pequeña parte de la cruz de Cristo y la acepta con el mismo espíritu de redención, con el cual Cristo ha aceptado su cruz por nosotros. En el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la resurrección de Cristo, encontramos siempre un tenue resplandor de vida nueva, del nuevo bien, casi como anuncio de los "cielos nuevos y otra tierra nueva"»⁶¹.

Anunciar y testimoniar el evangelio del trabajo

Éste es, hermanos y hermanas, el evangelio del trabajo que queremos anunciar y testimoniar. Ésta es la propuesta cristiana que nuestra Iglesia Diocesana hace a quienes están sufriendo la lacra del paro. Benedicto XVI nos recuerda que «es necesario testimoniar también en la sociedad actual el evangelio del trabajo del que habló Juan Pablo II en *Laborem exercens*»⁶². Cristo siempre será nuestro único Maestro al cual seguimos. El encuentro con Cristo cambia nuestra vida y nos aproxima a los hermanos para anunciarles, en estos momentos tan complicados en el mundo del trabajo, el evangelio del trabajo. Cristo ha de ser nuestro modelo porque la «proclamación más exhaustiva del evangelio del trabajo la hizo Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre –y hombre del trabajo manual–, sometido al duro esfuerzo. Él dedicó gran parte de su vida terrena al trabajo artesano e incorporó el mismo trabajo a su obra de salvación»⁶³. Por esta razón,

⁵⁹ Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, *San José, ayer y hoy*, Monte Carmelo, Burgos 2010, pp. 153–154.

⁶⁰ JUAN PABLO II, *Homilía en Villarrica (Paraguay)* (17/5/1988), 6.

⁶¹ LE 27 e.

⁶² JUAN PABLO II, *Regina caeli* (1/5/2005).

⁶³ JUAN PABLO II, *Encuentro con trabajadores y empresarios en Barcelona* (7/11/1982), 2.

«como cristianos, vuestro compromiso ha de ser vivir y testimoniar el evangelio del trabajo, conscientes de que el Señor llama a todos los bautizados a la santidad en sus ocupaciones diarias»⁶⁴.

Espiritualidad del trabajo

Juan Pablo II decía: «Se puede hablar de una espiritualidad del trabajo, cuya raíz primordial está en el evangelio del trabajo, esculpido en las páginas bíblicas de la creación y de la fatigosa tarea de treinta años de Cristo trabajador en la casa de Nazaret. Pues bien: allí donde los miembros del Cuerpo místico de Cristo trabajan con la mente y con los brazos plenamente conscientes de su identidad cristiana, allí continúa escribiéndose en la vida concreta de cada día el evangelio del trabajo»⁶⁵.

Para anunciar y testimoniar el evangelio del trabajo «hace falta cultivar una "comprobada espiritualidad del trabajo humano" (LE 26), fundada, con sólidas raíces, en el evangelio del trabajo, y los creyentes estamos llamados a proclamar y testimoniar, en las diversas actividades, el significado cristiano del trabajo (cf. Ib.)»⁶⁶. «Así, vuestro trabajo, vivificado por los sacramentos, por la oración, por las virtudes humanas y cristianas, se convertirá en medio y ocasión de imitar a Jesús en su evangelio del trabajo»⁶⁷.

La Eucaristía es fundamental y necesaria para anunciar y vivir en plenitud el evangelio del trabajo. La Eucaristía «en la que Cristo se hace presente en su acto supremo de amor por todos nosotros, aprendemos a vivir como cristianos en la sociedad, para hacerla más acogedora, más solidaria, más atenta a las necesidades de todos»⁶⁸. La Eucaristía genera la lógica de la gratuidad y de la solidaridad que nos capacita para superar la actual crisis económica y garantiza un trabajo seguro, digno y estable⁶⁹. Por esta razón os exhorto con Benedicto XVI a vivir de manera eucarística, que significa «vivir como un único Cuerpo, una única familia, una sociedad unida por el amor»⁷⁰.

⁶⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Conferencia italiana de artesanos* (31/3/2007).

⁶⁵ JUAN PABLO II, *Angelus* (27/9/1987), 2.

⁶⁶ JUAN PABLO II, *Audiencia General* (19/3/2003), 3.

⁶⁷ JUAN PABLO II, *Saludo a los campesinos en la explanada del Santuario de Maipú* (3/4/1987), 2.

⁶⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en una peregrinación de la Diócesis de Terni* (26/3/2011).

⁶⁹ Cf. *Ibidem*.

⁷⁰ *Ibidem*.

Solidaridad con el trabajo

La solidaridad es el camino que hemos de recorrer todos para superar la crisis económica. «En el evangelio del trabajo tenemos el ejemplo más convincente de solidaridad; Dios todopoderoso que, en su grandeza trasciende a los hombres, por amor, ¡por solidaridad!, se hace hombre, y lleva como uno más una vida de trabajo. Jesucristo es el mejor ejemplo de solidaridad sin fronteras, que los trabajadores están llamados a seguir e imitar. Dondequiera que un hombre o una mujer desarrollan su actividad, trabajan y sufren, ahí está presente Cristo»⁷¹.

Dirigiéndose a la Conferencia Internacional del Trabajo, Juan Pablo II afirmó: «La solución (del paro) debe encontrarse en la solidaridad con el trabajo, es decir, aceptando el principio del primado del trabajo humano sobre los medios de producción, el primado de la persona que trabaja sobre las exigencias de la producción o las leyes puramente económicas. La persona humana constituye el criterio primero y último para la planificación del empleo; la solidaridad con el trabajo constituye el motivo superior en todos los intentos de solución y abre un nuevo campo a la ingeniosidad y a la generosidad del hombre»⁷². Y precisa más adelante: «Por encima de los sistemas, regímenes e ideologías que intentan regular las relaciones sociales, he propuesto una vía, la de la solidaridad; el camino de la solidaridad del mundo del trabajo. Se trata de una solidaridad abierta y dinámica, basada en la concepción del trabajo y que ve en la dignidad de la persona humana, en continuidad con el mandato del Creador, el criterio primero y último de su valor»⁷³.

Juan Pablo II les dijo a los trabajadores españoles reunidos en Barcelona: «Vuestra sensibilidad de creyentes, vuestra fe de cristianos os ayuda a vivir la Buena Nueva, el evangelio del trabajo. Sed conscientes de vuestra dignidad de trabajadores manuales o intelectuales. Colaborad con espíritu de solidaridad en los problemas sociales que os acosan. Sed levadura y presencia cristiana en cualquier parte de España»⁷⁴.

Termino. Tomad en consideración el diálogo y la reflexión sobre estos temas y, en pequeños grupos, compartid testimonios y experiencias, tratando siempre de «santificar» el trabajo con medios sobrenaturales. «Hoy, más que nunca, es necesario y urgente proclamar el evangelio del trabajo, vivir como cristianos en el mundo del trabajo y convertirse en apóstoles entre los trabajadores. Pero, para cumplir esta misión, hay que permanecer unidos a Cristo con la oración y una

⁷¹ JUAN PABLO II, *Encuentro con los trabajadores argentinos* (10/4/1987), 6.

⁷² JUAN PABLO II, *Discurso a la Conferencia Internacional del Trabajo* (15/6/1982), 11.

⁷³ *Ibidem*, 13.

⁷⁴ JUAN PABLO II, *Encuentro con los trabajadores en Barcelona* (7/11/1982), 11.

intensa vida sacramental, valorando a este fin en modo especial el Domingo, que es el día dedicado al Señor»⁷⁵. El Señor que sigue presente entre nosotros.

14. «¿CÓMO PAGARÉ AL SEÑOR TODO EL BIEN QUE ME HA HECHO?» (Sal 115)

*Carta a los diocesanos
Corpus Christi, día de la caridad
18 de junio de 2006*

Queridos diocesanos: Vamos a vivir el día de Corpus en la profundidad de su significación y contenido. Es el día memorable en que se nos da en alimento el Pan bajado del cielo (Jn 6,51).

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?», reza el Salmo 115. Ésta es la pregunta que la Iglesia Diocesana, a una sola voz, y cada creyente según el peso de su amor y de su fe, hacemos en el Corpus Christi del año 2006. Es una pregunta propia de un contemplativo, de todo adorador eucarístico con la que el salmista considera cuán grandes cosas ha recibido del Señor; y agradece los dones recibidos del Todopoderoso. Nuestra Iglesia se asocia a la pregunta del salmista llevando en procesión a Jesús Sacramentado por las calles de nuestros pueblos y ciudades. Os invito, queridos hermanos y hermanas, a que hagáis este ejercicio de contemplación para alcanzar amor⁷⁶, porque «amor saca amor», «nos despierta para amar», y así es «todo fácil y obraremos muy en breve y muy sin trabajo»⁷⁷. Miremos con María el «derroche para con nosotros» (Ef 1,8) del Dios hecho Eucaristía.

Me sirvo para esta contemplación de amor del salmo 115, y de otros textos litúrgicos de la festividad del Corpus en su ciclo B, que subrayan la redención del hombre en la sangre de Cristo. Lo hago con el mejor deseo de que la contemplación eucarística sea «lluvia copiosa» (cf. Sal 86) sobre las cuestiones centrales que hoy tiene planteadas pastoralmente la Iglesia en España: el humanismo centrado en el yo o inmanentista y la secularización interna de la vida de la Iglesia⁷⁸. La pregunta, con su cálido recorrido interior, activará igualmente el amor, la misión

⁷⁵ JUAN PABLO II, *Mensaje al IX Forum Internacional de la juventud* (28/3/2007).

⁷⁶ S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 230–237

⁷⁷ S. TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 22, 14.

⁷⁸ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de Pastoral 2006–2010*, «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,35). *Vivir la Eucaristía*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 4.; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30/3/2006), 5.

y el servicio en el verdadero adorador eucarístico. Y, después de haber meditado lo que el Señor ha hecho con los hombres suscitará, cómo no, la caridad en el día de la caridad, traducida y concretada en el mensaje de Cáritas. Con este ejercicio de amor contemplativo la Eucaristía iluminará nuestra celebración del misterio de fe, hará brotar nuevos modos de transmisión de la fe y cualificará el servicio de la caridad de nuestra Iglesia Diocesana. Dice el himno eucarístico: *quia te contemplans totum déficit*, al contemplarte todo se rinde; la bondad de la contemplación eucarística está respaldada por el testimonio de los creyentes⁷⁹. Dicha contemplación integra la celebración, la adoración, la interiorización, y abre a la acción. Se articula nuestra contemplación en tres pasos: la celebración del misterio, el anuncio y trasmisión de la fe, y el ejercicio del amor o caridad.

1. «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos» (Mc 14,24)

Una gota de esta sangre redentora puede salvar al mundo entero de todo crimen, dice un himno eucarístico. El evangelista, después de descubrirnos la preparación del banquete para Jesús y sus discípulos (Mc 14,12–16), subraya que es un banquete pascual, en el que Jesús ha dado a los discípulos la nueva forma de unión de Él con ellos. La sangre que Jesús ofrece en el cáliz de vino es la sangre de la alianza derramada por muchos, en ella Jesús sella la nueva y definitiva alianza, recordando a Moisés asperjando el altar y el pueblo con la sangre (cf. Ex 24,6–8). Jesús, al ofrecernos su cuerpo y su sangre, indica que ofrece su persona en su totalidad; en el pan y el vino Jesús nos da a sí mismo, nos da la vida plena y gozosa. Y las palabras conclusivas de Cristo (Mc 14,25) subrayan que su presencia visible en medio de sus discípulos ha llegado a su fin; de ahora en adelante estará en medio de ellos, es decir sacramentalmente oculto bajo las apariencias del pan y del vino.

Hay algo que está en el trasfondo del acto fundacional e institucional de la Eucaristía: la santidad y la fidelidad de Cristo hacia nosotros, sus discípulos, no dependen, ni van a depender, de la fidelidad de los propios discípulos, porque no están basadas en la ley de dar y recibir en la misma medida, pues Jesús permanece fiel incluso cuando los discípulos huyen⁸⁰. La fidelidad de Cristo es el único fruto firme para nuestra esperanza: Cristo está ahí siempre. Se trata «de una sangre que habla mejor que la de Abel» (Hb 12,24), porque no pide venganza (cf. Gn 4,10): «La sangre de Jesús es más elocuente que la de Abel, porque la sangre de Abel pedía la muerte de su hermano fraticida, mientras que la sangre

⁷⁹ Cf. SIERVO DE DIOS DIEGO HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Tuyo en Jesús. Selección epistolar*, Obispado de Orihuela–Alicante, Alicante 2002, nn. 117, 120, 121, 123, 129, 131.

⁸⁰ Cf. KLEMENS STOCK, *La liturgia de la palabra. Comentario a los Evangelios dominicales y festivos. Ciclo B*, San Pablo, Madrid 2005, pp. 209–210.

del Señor imploró la vida para sus perseguidores»⁸¹.

La mística del sacramento

El himno *Adoro te devote* da la clave de la mística del sacramento: *praesta meae menti de te vivere*, da a mi alma vivir de ti. La pregunta del salmista, que surge de contemplar en Jesucristo el amor de Dios encarnado⁸², lleva a comprender, con los «ojos del corazón» (Ef 1,18), la esperanza a la que nos llama, la riqueza de gloria que nos da y el poder extraordinario desplegado en Cristo muerto y resucitado para el que cree (cf. Ef 1,18–21). Este realismo inaudito e imprevisible de Dios hace que en la muerte de Cristo Dios se ponga contra sí mismo: es el amor en su forma más radical. En la cruz se puede contemplar que «Dios es amor» (1 Jn 4,8). Pero el avance contemplativo se asombra al ver que Jesús ha perpetuado este acto de entrega en la institución de la Eucaristía. La Eucaristía nos adentra en el acto oblato de Jesús, y nos hace partícipes de él. La religiosidad anterior, que era estar frente a Dios, se ha transformado en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y en su sangre; ésta es la «mística» del sacramento. Cristo se abaja para elevar al hombre: «ellos le vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron» (Ap 12,11).

Esta mística del sacramento tiene, en palabras de Benedicto XVI, un «carácter social», porque la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. La unión con Cristo nos hace salir de nosotros mismos. Por eso la moral supone esta mística sacramental que la funda, la posibilita y la realiza: fe, culto y ethos han sido compenetrados en la unión con Dios; la comunión eucarística incluye en un mismo acto un don y una tarea a la vez: el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es una Eucaristía fragmentada en sí misma; pero también es verdad que el mandamiento del amor es posible porque no es una mera exigencia: el amor puede ser «mandado» porque antes es dado, porque antes es Eucaristía. La participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos, en portadores de Cristo.

La acción del Espíritu tiene su origen en la carne glorificada de Jesús

Esta última verdad, la de que el amor mandado es posible porque antes es regalado, da mucha luz sobre nuestro camino espiritual y pastoral. Urge resaltar que el Espíritu nos lo da Cristo. Urge convencernos de que muchas de nuestras debilidades están en la desencarnación de lo cristiano y en la sustitución del Espíritu Santo por un espíritu postcristiano. El Espíritu es quien sostiene el tes-

⁸¹ S. GREGORIO MAGNO, *Tratados morales sobre el libro de Job*, 13, 21–23.

⁸² DCE 12–13.

timonio. No es suficiente al discípulo seguir la causa, es menester adentrarse en la persona de Cristo. Nadie puede confesar que Jesús es el Señor (cf. 1 Cor 12,3) si no es movido por el Espíritu Santo, y nadie puede hablar del Espíritu si no es desde Jesús, puesto que el Espíritu Santo se nos da en la carne gloriosa de Cristo. La mejor palabra sobre el Espíritu Santo es una buena palabra sobre Cristo, ya que el Espíritu no habla de sí mismo (cf. Jn 16,13-14), sino que siempre nos remite y nos presenta la persona de Jesús. El Espíritu, con su unción, inicia la misión. La historia es la escena donde actúa el Espíritu de Dios, la mano del Padre.

Por ello, seguir adelante se convierte en comer para el discípulo de Jesús: «engordar en humildad, mansedumbre, optimismo comiendo el Cuerpo de Jesús a diario»⁸³. El hombre tiene que participar en la carne de Cristo, porque el Espíritu descansa en su carne; además, el Espíritu es el que hace el recorrido de la infancia a la madurez en cada discípulo; este proceso inherente es obra del Espíritu. La Eucaristía es presencia de Cristo y del Espíritu transformador. El Espíritu que viene de la carne santa de Cristo conduce dinámicamente la creación, encarna a Cristo en las almas, en la Iglesia y en el mundo, unge la carne para la adopción filial, fortalece la carne en su debilidad, obra el proceso de resurrección, acompaña el proceso de incorporación a Jesús Resucitado, acompaña a la Iglesia, perfecciona el proceso del discípulo que empezó con el bautismo en las etapas del propio discípulo, porque el discipulado de Jesús no es radicalismo del yo ni un romanticismo mental, sino fuerza en el Espíritu para testimoniar la sangre de Cristo en la cruz, como ha explicado E. Romero Pose. El Espíritu viene de la Eucaristía y permanece en la Eucaristía.

El Corpus, celebración y culto a la presencia eucarística

El texto de Marcos, y paralelos (14,22-25; cf. Mt 26,26-29; Lc 22,15-20; 1 Cor 11,23-25), han originado un gran desarrollo eucarístico en la Iglesia; el Espíritu ha suscitado plegarias, ritos, himnos, lecturas y cultura para evidenciar, adorar y contemplar la presencia eucarística. Si en los primeros siglos se promovió la adoración pública durante el tiempo de la Misa y de la comunión, posteriormente, durante el Medievo, en Occidente, se manifiesta un culto deliberadamente dirigido a la presencia, acentuando la adoración. Fue necesario que el mismo Jesús inspirara en el s. XIII a una religiosa que se llegara a instituir en la Iglesia una fiesta destinada a fomentar este culto a la Eucaristía. Entra entonces en escena Santa Juliana de Monte Cornillon que, tras no pocas incomprensiones, logró que el Obispo de Lieja le diera crédito y celebrara en la Diócesis, el año 1242, la fiesta del Corpus Christi. Más tarde, el Papa Urbano IV la extendió a

⁸³ Cf. SIERVO DE DIOS DIEGO HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Tuyo en Jesús. Selección epistolar*, Obispado de Orihuela-Alicante, Alicante 2002, nn. 126, 115, 119, 122, 127.

la Iglesia universal y la fiesta de este día fue enriquecida desde el principio con una procesión por las calles de la ciudad, en acción de gracias por los beneficios recibidos del Señor, presente en la Eucaristía. Lo que inicialmente fue patrimonio exclusivo de la ciudad de Lieja, se extendió pronto a toda la cristiandad, especialmente a las naciones europeas, donde tenía más arraigo el cristianismo.

De aquí que la primera preocupación de Urbano IV fuera ofrecer un oficio propio para esta fiesta, un canto de alabanza al Señor con himnos, antífonas y responsorios adecuados. Fue requerido para redactarlo el teólogo y santo de mayor relieve del siglo XIII, Tomás de Aquino. El Doctor Angélico preparó textos adecuados que, por su profundización en el misterio de Cristo, enriquecieron a la Iglesia universal. Además de las procesiones solemnísimas en ciudades y aldeas, nuestro pueblo hispano fue único en solemnizar la fiesta del Corpus con piezas teatrales castizamente españolas. Me refiero a los llamados autos sacramentales, representaciones en el interior de los templos o en el atrio de las catedrales, que giraban en torno a la Eucaristía. Conocimiento y veneración, profesión de fe y alegría compartida se vivían en la fiesta. Se conserva en la literatura española una serie de tales autos sacramentales de Calderón de la Barca, de Lope de Vega y de Tirso de Molina, la trilogía más contundente del teatro español del Siglo de Oro.

2. «Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (1 Cor 11,26).

«La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia. Así se explica la esmerada atención que ha prestado siempre al Misterio eucarístico»⁸⁴. «La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de Sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación»⁸⁵. «La Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en él, con el Padre y con el Espíritu Santo»⁸⁶.

«El don por excelencia», «lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia», se convierte de *lex credendi* en *lex orandi* para llegar a *lex*

⁸⁴ EE 9.

⁸⁵ EE 18.

⁸⁶ EE 22.

*vivendi*⁸⁷, siendo, a la vez, la fuente y, al mismo tiempo, cumbre de la evangelización. Y así, «la transformación del mundo que esperan todos los hombres en su corazón, aun sin saberlo, se realiza ya de forma misteriosa en la Eucaristía»⁸⁸. Nuestra celebración eucarística, el misterio de la sangre de Cristo, es vivencia de la esperanza hasta que el Señor vuelva, sin desertar de este mundo. «La esmerada atención» tiene que manifestarse en su celebración bella, digna y fecunda para no contagiarse por un proceso interno de secularización de la propia liturgia⁸⁹. La fe nos pide que seamos conscientes de que estamos ante Cristo cuando estamos ante la Eucaristía⁹⁰.

La Eucaristía, en consecuencia, es alimento santo para nuestro discípulo de Jesús; su grandeza requiere de nosotros constante esfuerzo de conversión practicado en el sacramento de la Reconciliación, «exámítese cada cual para recibir a Cristo dignamente» (cf. 1 Cor 11,27–19), en estado de gracia⁹¹; y "celebrarla con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad" (1 Cor 5,8), tratando de «venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención»⁹². Sin duda alguna, a la experiencia del misterio se va por la calidad de la veneración. Descubrimos la alegría de la celebración eucarística del domingo siendo misioneros de «la muerte del Señor».

«Proclamar la muerte del Señor»: *Transmisión de la fe*

«Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,15). Proclamar la muerte del Señor es testimoniar y hablar de Cristo con palabras y obras. «La pregunta de Jesucristo a sus discípulos se extiende en el curso de la historia a los cristianos de todos los tiempos»⁹³. También nosotros debemos examinar qué hablamos y decimos de Cristo. «Del tesoro inagotable que es la Eucaristía, consideramos urgente recuperar el lugar que le corresponde en la transmisión de la fe. Con preocupación observamos cómo muchos de los que se profesan cristianos carecen

⁸⁷ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de Pastoral 2006–2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 6.

⁸⁸ *Ibidem.* 20.

⁸⁹ Cf. *Ibidem.* 40

⁹⁰ JUAN PABLO II, Carta Ap. *Mane nobiscum Domine* (7/10/2004), 16; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de Pastoral 2006–2010*, 22.

⁹¹ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptor Hominis* (4/3/1979), 20; Carta *Dominicae coenae*, 7; Carta Encíclica *Dives in Misericordia*, 13; EE 37; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de Pastoral 2006–2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 23.

⁹² Oración colecta del Corpus.

⁹³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 1.

de una fe personal. Conservan prácticas religiosas, viven una fe intermitente, o reivindican creer al margen de la Iglesia»⁹⁴. Es una constatación frecuente, pero muy triste.

Los Obispos españoles, con otros y como otros Obispos⁹⁵, creemos que en la transmisión de la fe se encuentra el punto de verificación más auténtico de las dos tareas necesarias en el presente: «acreditar la Iglesia como hogar de la fe y profesar la fe rectamente»⁹⁶. Mirando la Eucaristía debemos iluminar y fecundar la transmisión de la fe.

3. «Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,15)

Armonizado así nuestro corazón con el corazón de Cristo por el Espíritu de amor que Él nos da, pueden manar de nuestro corazón «torrentes de agua viva» (Jn 4, 14; cf. 7,38–39), que nos capaciten y nos muevan a amar a los hombres y mujeres, a todos los hermanos, como Él nos ha amado y nos ama: «Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado» (Jn 7, 39). Transformado el corazón de la comunidad eucarística, podemos llegar a ser en el mundo testigos más convincentes del amor del Padre; así, toda la actividad eclesial, sea la evangelización, sea la celebración de los sacramentos, es, y debe ser, expresión de un amor que busca el bien integral de cada hombre⁹⁷. Éste es el servicio que presta la Iglesia.

La calidad y el perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia

La caridad es la tarea de la Iglesia, desde la comunidad parroquial, la Iglesia Diocesana y la Iglesia universal. La Iglesia tiene que poner en práctica, organizándose adecuadamente, el amor de Cristo, aunado con su compromiso necesario por la justicia⁹⁸. «El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es,

⁹⁴ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de Pastoral 2006–2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 10

⁹⁵ CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA, *Proponer la fe en la sociedad actual*, Lourdes, 9 de noviembre de 1996; *Ir al corazón de la fe. Interrogantes de futuro para la catequesis*, Lourdes, 8 de diciembre de 2002; CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *La catequesis en un tiempo de cambio*, 22 de junio de 2004; ASAMBLEA DE OBISPOS DE QUÉBEC, *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*, marzo de 2006; *Jesucristo, camino de humanización. Orientaciones para la formación para la vida cristiana*, 2004.

⁹⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de Pastoral 2006–2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 10.

⁹⁷ Cf. DCE 19.

⁹⁸ Cf. DCE 28.

ante todo, una tarea para cada fiel, pero también la Iglesia, en cuanto comunidad, ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización como presupuesto para un servicio comunitario ordenado»⁹⁹. Tener claros estos campos es necesario para la Iglesia¹⁰⁰ y para cada uno de sus miembros. La Iglesia siempre está rejuveneciendo en cada momento histórico la esencia de la caridad cristiana y eclesial, a la luz de la Eucaristía y del mandamiento nuevo de Cristo.

Por ello, una nota esencial de los hombres y mujeres de la Iglesia, en cualquiera de sus organizaciones, comenzando por nuestra Cáritas parroquial, interparroquial y diocesana, es la competencia profesional en esa racionalidad de servicio; pero, aunque es necesaria la profesionalidad competente en el campo de la actividad caritativa, no es suficiente, por sí sola no basta. Los hombres necesitamos recibir humanidad, atención cordial, ayuda que nace del corazón, con el fin de que, al ser ayudados, experimentemos la riqueza humanizadora de la humanidad, algo más que una ayuda técnicamente correcta. A nuestros agentes de la caridad, además de la formación profesional, se les pide también, y sobre todo, una formación del corazón para que la ayuda que prestan sea consecuencia de la fe que actúa en ellos por la caridad (cf. Gal 5,6). Para que la ayuda sea nítida ayuda de la comunidad de Jesús, la actividad caritativa cristiana, como segunda nota de su esencia, ha de ser pulcramente independiente de partidos e ideologías en las acciones y en las personas que la ejercen.

Finalmente, la actividad caritativa de la Iglesia debe ser un amor gratuito, que no se practica para obtener otros objetivos subliminares, sin que esto indique dejar de lado a Dios y a Cristo. Este amor puro y gratuito es la plasmación del amor de Cristo, pues así se hace creíble en sí misma la acción, evitando todo tipo de intenciones indirectas de captación o proselitismo. El amor gratuito es el mejor testimonio de la seriedad de nuestro amor, evitando hacerlo amor funcional, amistad funcional. Es amor en sí mismo y por sí mismo. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor¹⁰¹.

«Construyamos un presente común. Nadie sin futuro»

Este lema de Cáritas para el día de la caridad, para el Corpus de 2006, se sustenta en un presupuesto y en una invitación a todos nosotros. Presupone que las relaciones entre los hombres se construyen a partir de unos valores humanos y humanizadores y que esa construcción en el presente es fundamento del futu-

⁹⁹ Cf. DCE 20.

¹⁰⁰ DCE 28–29.

¹⁰¹ Cf. DCE 31.

ro, también para cada hombre. Por ello, se nos invita a examinar nuestra calidad humana de acogida, de apertura y de integración de las personas, especialmente inmigrantes. Cada uno de nosotros, cada agente de pastoral caritativa, debe mirarse en el *Ecce homo* (Jn 19,5), en Cristo, Hijo de Dios, plenitud de ser hombre, para aprender humanidad. «La caridad de Cristo, experimentada y alimentada en la Eucaristía, nos apremia»¹⁰² para no sólo acoger a los pobres que llaman a nuestra puerta, sino para ir al encuentro de cuantos no han escuchado la invitación al banquete del Reino. Al hacer esa acogida y búsqueda del hermano, realizamos el camino trazado por Cristo: «Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11,24). Del mismo modo, «la caridad de las palabras y de las obras se nutre del misterio eucarístico»¹⁰³. «Nuestras Cáritas nacieron con la vocación de animar este dinamismo en el seno de la comunidad eclesial»¹⁰⁴, y se inscriben en esta dinámica eucarística al ser racionalidad orgánica y sistemática de la diaconía de la comunidad cristiana¹⁰⁵.

«Te ofreceré un sacrificio de alabanza»

La pregunta del salmista, «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115), ha sido nuestro punto de partida y el hilo meditativo de esta contemplación para alcanzar amor. Contemplar la Eucaristía en toda su hondura necesariamente nos conduce a preguntarnos: Señor, ¿qué quieres que haga? En nuestra relación con Dios las deudas contraídas con Él son ciertamente impagables¹⁰⁶. Jamás podremos pagarle y decir estamos en paz, porque hay una desproporción irreparable entre su haber y el nuestro¹⁰⁷. Por eso, Dios mismo en Cristo viene en ayuda del creyente en esta deuda impagable por la Eucaristía: «¿cómo podrán devolver tales dones si no fuera por concesión de aquel que fue el primero en concedérselos?»¹⁰⁸. Así lo entiende el salmista y así contesta a su propia pregunta: «Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre», «Te ofreceré un sacrificio de alabanza» (Sal 115). Incluso cuando el cáliz sea «la copa de la pasión», triunfaremos porque en nosotros ha vencido Cristo¹⁰⁹.

Le pagamos a Dios, nuestro Padre, en y con la Eucaristía. El precio de

¹⁰² COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, Mensaje *Festividad del Corpus Christi. Eucaristía, Misión, Servicio* (15/5/2006) 1.

¹⁰³ COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *l.c.*, 3

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *l.c.*, 4

¹⁰⁶ Cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, 2-2, 80, 1.

¹⁰⁷ Cf. J. F. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1976, pp. 162-169

¹⁰⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 329.

¹⁰⁹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón* 329.

nuestro rescate no es recibido por el Padre, sino que es Él el que lo paga; paga el precio más alto de todos: «no ahorró a su propio Hijo» (Rom 8,32). Dios Padre no es cruel, sino que, como dice San Bernardo, «no fue la muerte de Cristo lo que agradó a Dios Padre, sino su voluntad de morir espontáneamente por nosotros; Dios Padre no pidió la sangre del Hijo, solo aceptó lo que se le ofreció»¹¹⁰. La intención del Padre es demostrar que quiere hasta el extremo a los hombres; y si en esa demostración acontece la muerte de Cristo, la acepta (cf Jn 3,16–17; 13,1; Rom 8,31–38; 5,6–11; 3,21–26).

María contesta en el «Magníficat» (cf Lc 1,46–55) a la pregunta con que se abrió nuestra contemplación para alcanzar amor: «Se estremece de gozo mi espíritu por Dios, mi salvador..., porque hizo en mi favor grandes cosas el Poderoso» (Lc 1,47. 49). Nuestra paga es alabar a Dios en su Hijo entregado por nosotros. Alegarnos de que Dios sea grande, misericordioso y bondadoso con nosotros.

«Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche»¹¹¹.

15. SOBRE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ALICANTE

*Carta a los sacerdotes de la Diócesis
Alicante, 8 de marzo de 2012*

Queridos hermanos:

Tengo una buena noticia que compartir con vosotros. Llevamos tiempo acariciando la idea de poder contar con una Universidad más de identidad católica en la Diócesis, que pueda atender necesidades de jóvenes que aspiran a realizar estudios de su preferencia, sin tener que desplazarse o residir fuera de aquí.

La Fundación de la Universidad Católica de Murcia ha dado pasos en este sentido y está hoy en condiciones de ubicar en San Juan la que llama Universidad Católica de San Antonio de Alicante. Vista la vocación cristiana, docente y evangelizadora de la misma, y su deseo de servir a la Iglesia mediante el desarrollo de una actividad formativa penetrada de espíritu cristiano, que garantice en el mundo universitario una presencia cristiana, frente a los problemas de la sociedad y la cultura de nuestro tiempo, y deseosa de ofrecer un instrumento válido que desde la fe dé respuesta a dichos problemas e interrogantes, necesita

¹¹⁰ SAN BERNARDO, *Epistola*, 90, *De errore Abelardi*, 8, 21–22.

¹¹¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe*, 9.

para nacer como Universidad Católica el consentimiento de la Autoridad Eclesiástica, es decir, del Obispo Diocesano.

Así pues, a tenor de los Acuerdos de la Santa Sede con el Gobierno Español y de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, del Papa Juan Pablo II, que reconoce el derecho de los laicos a erigirla, la Universidad Católica de San Antonio de Alicante, se regirá por unos Estatutos propios, recayendo su titularidad y la propiedad de la misma, así como las facultades de gobierno, gestión y administración únicamente sobre la Fundación Universitaria que la erige. Ninguna responsabilidad patrimonial, directa ni subsidiaria, asume la Diócesis.

El Obispo Diocesano da su consentimiento y reconoce el carácter católico de esta Universidad. Para garantizar que así sea, he firmado un acuerdo específico que contiene las condiciones del reconocimiento. En virtud de estos acuerdos los cargos de Gran Canciller, Rector, Vicerrector, Decanos de Facultad y Director de Escuela, serán otorgados por la Fundación a personas católicas de recta doctrina y vida íntegra.

La Universidad Católica contará con una Capilla y un Capellán e incluirá en todas sus titulaciones la enseñanza de la Teología, de la Moral y de la Doctrina Social de la Iglesia. Este Capellán y los docentes de disciplinas teológicas precisarán para ejercer sus cargos, el mandato expreso o autorización del Obispo de la Diócesis.

La Universidad se ofrece también a organizar conjuntamente con la Diócesis actividades de orden cultural, tales como conferencias, exposiciones, congresos y seminarios de carácter religioso y que preferentemente guarden relación con la Nueva Evangelización.

Finalmente, este Obispado asume la obligación de velar por la identidad católica de dicha Universidad. Recibirá, por su parte, ayudas a sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas que, acreditando su situación económica, puedan precisarlas para poder cursar estudios en la misma.

Estamos a vuestra disposición para explicar otros detalles. Encomendemos juntos al Señor y a la Señora esta nueva tarea, evangelizadora como he señalado.

16. CINCO CAPILLAS DE ADORACIÓN PERPETUA. CINCO FOCOS LUMINOSOS DE NEÓN EN LA DIÓCESIS

*Publicado en «Alfa y omega»
14 de junio de 2012*

Tenemos interés en saber, preguntan algunos, cómo han logrado tener 5 capillas abiertas de adoración perpetua en la Diócesis. De forma sencilla, respondemos.

Se ha pedido a cada Vicario territorial, son 5, que preparen la suya y se ha ido creando el clima necesario y favorable para que un día el intento se hiciera realidad.

Con un denominador común, advertido a posteriori: que todas son capillas de nueva creación. Es decir, se han instalado, no en lugares sagrados, sino en locales destinados con anterioridad a otros fines, nobles pero profanos. ¿Por qué? Porque se preferían lugares de paso, céntricos, con trasiego por calles y plazas cercanas, fácilmente accesibles, y esto se ha conseguido con alquileres que se amortizan normalmente con la aportación de los adoradores o merced a la generosidad de familias que han ofrecido a la Iglesia el lugar, sea en propiedad, sea para su utilización.

¿Y los adoradores necesarios? Esta es la tarea más laboriosa. Al principio, contamos con la experta orientación y la ayuda insustituible del P. Justo Antonio Lofeudo, Misionero del Santísimo Sacramento, que está recorriendo medio mundo para explicar el planteamiento y la forma más indicada de convencer y organizar a quienes serán luego los verdaderos protagonistas de esta acción espiritual y apostólica.

Son personas mayores, de mediana edad y jóvenes llamados a comprender y vivir que la adoración eucarística es prolongación de la celebración de la Misa y que mirando al Señor cara a cara y dejándonos mirar por Él, podemos descubrir el sentido profundo de nuestra vida y orientar de la mejor forma nuestros pasos.

En Elche pudimos abrir la primera capilla de la Diócesis el 6 de enero de 2009. La trajeron, pensamos, como regalo de Reyes, los Magos. Abrió sus puertas con todos los turnos de día y de noche cubiertos. Y pronto, muy pronto, resultó pequeña. De ahí que se trasladara el Santísimo a otro lugar cercano, con mayor capacidad y, por lo mismo, con más adoradores, especialmente a determinadas horas.

La capilla de Alicante, el 19 de marzo de 2010, fue la segunda. Está ubicada en la céntrica plaza de la Montañeta. Allí reside el Señor en lo que fue Obispado, hasta que hace 5 años inauguramos el nuevo en el Altozano. A determinadas

horas también queda pequeña.

Benidorm, lugar turístico por excelencia, ofrece, desde el 29 de junio de 2011, a residentes y turistas que llegan a lo largo de todo el año, otro rincón silencioso donde mora, en frase de Santa Teresa, «aquella majestad grandísima... en cosa tan baja como mi alma». Con ella repetimos una y mil veces: «Alabemos mucho al Señor... de que se quiera así comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad».

Después el Vinalopó, con Elda como capital, el 18 de diciembre de 2011. Aquí, no solo buscamos morada de alquiler para el Señor, sino que le regalaron una casa, convenientemente acondicionada. Tiene amplitud, está céntrica y aspira a tener adoradores todas las noches de la semana. De momento, se han cubierto 3 noches, dos de ellas con jóvenes y mayores del Camino Neocatecumenal, que llegan puntualmente desde Aspe y desde Villena.

San José, esposo de la Virgen María, ha dado su nombre recientemente a la capilla de Orihuela, el 19 de marzo de 2012. También ha sido ofrecida generosamente. Resulta novedosa para algunos que no terminaban de convencerse de los frutos y bendiciones de la misma, y que se convencerán poco a poco. La Semana Santa de esta ciudad levítica, donde radica la Catedral, Iglesia Madre, ha sido declarada de interés turístico internacional. Ojalá muchos cofrades y hermanos –se lo hemos pedido– puedan llevar pronto sobre su hábito la medalla de adoradores, con una luz y un silencio que elogiamos todos en su procesión nocturna del Jueves Santo. Porque quedan algunas noches por cubrir...

Contamos, pues, en este momento en la Diócesis con cinco potentes focos de neón, no muy elevados, sino a la altura de los ojos de todos, que iluminan misteriosamente a personas e instituciones y que sorprenden gratísimamente por los resultados que vamos teniendo. Se comentan en algunas familias y en pequeños círculos de amigos y de vecinos.

Gratitud muy sincera a los Vicarios que, desde el primer momento se pusieron unánimemente al frente de este empeño apostólico y que hoy disfrutan más que nadie, por lo que ven y por lo que oyen. Por lo que están viviendo en sus Vicarías. Porque nos felicitan muchos. *Tibi soli gloria*. Sólo al Señor tratamos de dar gloria!

17. DECÁLOGO DE LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA EN ORIHUELA–ALICANTE

Publicado en «El Rotativo–edición Alicante»

Febrero de 2012

1. La adoración eucarística es la prolongación de la presencia real de Jesús sobre el altar en el momento de la Misa

Según Juan Pablo II «El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa –presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino– deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual».

En efecto, en la Eucaristía el hijo de Dios viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros; la adoración eucarística no es sino continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Decía san Agustín: «Nadie come de esta carne sin antes adorarla [...], pecaríamos si no la adoráramos». Precisamente así, y sólo así, nos hacemos una sola cosa con Él y, en cierto modo, pregustamos anticipadamente la belleza de la liturgia celestial. La adoración fuera de la Santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica.

Explica nuestro Papa Benedicto XVI: «La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística; en ella el alma sigue alimentándose: se alimenta de amor, de verdad, de paz; se alimenta de esperanza, pues Aquel ante el cual nos postramos no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y nos transforma».

2. La adoración eucarística es reconocimiento de esta presencia de Dios

En la adoración eucarística reconocemos que, del mismo modo que está presente en el cielo, el mismo Señor Jesucristo está verdaderamente presente en la Eucaristía; consecuentemente Él debe ser adorado en el Santísimo Sacramento. En la adoración, manifestamos nuestra gratitud que brota desde lo más hondo del corazón y abarca todo el ser, ya que el hombre sólo puede realizarse plenamente a sí mismo adorando y amando a Dios por encima de todas las cosas.

3. La importancia de una hora de adoración

Una hora de adoración ante el Santísimo tiene siempre un inmenso valor. Nos ayuda a encontrarnos con Jesucristo ¡resucitado y vivo!, invisible para los ojos corporales, pero real, con una realidad que, cuando llega a hacérsenos patente, nos cambia la vida. «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva», precisa nuestro Papa Benedicto XVI. «El Maestro está aquí y te llama». Si el que anduvo hace dos mil años por Palestina y «pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo», ha resucitado y está aquí –y lo está –, ¡qué importante es acudir, respondiendo a su llamada, a estar un rato con Él!

Pero caigamos, eso sí, en la cuenta de que el valor de nuestra hora de adoración no lo da ni el esfuerzo que nos cuesta, ni la firmeza de nuestro compromiso, ni el sacrificio de nuestra fidelidad, ¿Qué es una hora o dos entre las ciento sesenta y ocho de la semana o ante las miles y miles de la vida que Dios nos regala? Si nos decidimos a ser adoradores es porque tenemos salud y fuerzas para acudir a la cita con Jesús ¿A quién le debemos todo sino a Él?

El valor de nuestra hora de adoración está justamente en que esa hora no es nuestra sino suya. Se la ofrecemos y, ¡Él la acepta complacido!

4. La invitación es a todos

La Capilla que ha abierto sus puertas recientemente en Elda, a todos, teniendo a Jesús–Eucaristía dentro, es la cuarta en la Diócesis. Y pronto, si Dios quiere, abriremos la quinta en Orihuela.

De esta forma, en las cinco Vicarías territoriales de nuestra Diócesis, tendremos un lugar señalado en el que Dios nos espera, nos recibe y nos acoge. Sin cita previa y sin recomendación alguna. La frase del Apocalipsis: «Mira, estoy llamando a la puerta» ha de entenderse así: Estoy dentro y te espero. Cuento con vosotros. Quiero sentaros a mi mesa. Quiero darme en alimento... Elche, Alicante, Benidorm, hoy Elda y mañana Orihuela, están unidas por una conexión nueva en nuestra ruta, en el camino de nuestra vida.

Personas jubiladas que disponen de tiempo y pueden moverse sin dificultad alguna. Trabajadores con horarios apretados, mujeres de la casa, agobiadas frecuentemente por tantas idas y venidas, jóvenes, que estudiáis, os divertís, convivís con los demás, niños y niñas... para todos hay un lugar en estas Capillas de adoración eucarística permanente o perpetua.

Con más o menos minutos de adoración, pero siempre con el notable provecho espiritual que allí se esconde. Encontrémonos en estos centros. Invitad a

otros amigos. Gustad y ved qué bueno es el Señor...

5. La adoración es fuerza para la misión

En la adoración, tanto a plena luz como nocturna, cada uno mira a Jesús y Jesús le mira. Al salir, se siente enviado por Él. Y llega a entender el diálogo de amor que se ha establecido entre ambos. Las intenciones de los adoradores son muchas: el Papa, los nuestros, los jóvenes, los enfermos, los contratiempos, las penas, las dificultades, alegrías y gozos, desasosiegos, todo se hace más llevadero, porque se comparte. Y ¿por qué no ofrecemos también nuestra hora semanal de adoración, como puente entre Dios allí presente y los hermanos y hermanas más necesitados? Quizá no encuentren ellos tiempo para acudir a la cita. Podemos mantener igualmente un diálogo íntimo y confidencial con las personas que nos han dejado y que pueden necesitar un sufragio, una oración, una ayuda... Lo agradecen de veras y pueden recompensarnos.

En la adoración eucarística se vive la compasión por todos los hombres y de esta compasión nace la sed de evangelizar. No podemos guardar para nosotros el amor y la entrega que celebramos en el Sacramento de la Eucaristía. Éste exige, por su naturaleza, que lo comuniquemos a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo, creer en Él. En un mundo con frecuencia desorientado y en búsqueda de nuevas razones para vivir, hay que llevar a todos la luz de Cristo. Ser en medio de los hombres y mujeres de hoy ardientes misioneros del Evangelio, apoyados por una vida radicalmente enraizada en Cristo.

6. La adoración, fuente de vocaciones

El jueves de cada semana es el día especialmente recomendado para pedir por los sacerdotes y las vocaciones. Hagámoslo. Y reparemos a la vez, las faltas de quienes no han sabido mantenerse fieles. Fidelidad y perseverancia necesitamos todos. Conscientes de la necesidad de nuevas y abundantes vocaciones, rogamos al Señor de la mies que envíe obreros a su Iglesia: sacerdotes, consagrados y consagradas, matrimonios que hagan de sus familias verdaderas Iglesias domésticas. Y misioneros que anuncien el Evangelio donde no se ha predicado todavía o parece ya olvidado. Tal es el sentido de la nueva evangelización.

7. Adoración como reparación

El viernes es el día de la reparación. ¿Qué significa esta palabra? Implica la intención de devolver las cosas a su condición original y de pureza, a como estaban antes de que algo hiciéramos mal.

Con respecto a Dios, significa recompensar con más amor el fracaso en el amor a causa del pecado; lo que fue injustamente tomado, hasta devolverlo con

generosidad y curar el egoísmo que causó la injuria. Supone vencer y compensar el mal hecho al Señor, a los hombres, a uno mismo. ¿Cómo? A fuerza de amar y hacer el bien.

Jesús pide, desde el silencio de la custodia, actos de amor, que brotan de corazones arrepentidos, enamorados, deseosos de repetir a los hermanos: Este corazón divino, que tanto ha amado a los hombres y mujeres de todos los tiempos, pide reparación, quiere ser amado, tiene entrañas de misericordia y de perdón y... busca amor.

8. La adoración, fuente de vida para la Diócesis

«No podemos guardar para nosotros la alegría de la fe», advierte Benedicto XVI. «Al amanecer y al atardecer, el creyente renueva cada día su "adoración", es decir, su reconocimiento de la presencia de Dios, Creador y Señor del universo. Es un reconocimiento lleno de gratitud, que brota de lo más hondo del corazón y abarca todo el ser, porque el hombre sólo puede realizarse plenamente a sí mismo adorando y amando a Dios por encima de todas las cosas». Las bendiciones y las gracias que el Señor sacramentado nos concede son, en ocasiones, personales, pero favorecen también con mucha frecuencia a quienes se mueven en nuestro entorno. Y esto nos enriquece a todos, humana y espiritualmente. Explica el Papa: «Donde no hay adoración, donde no se tributa a Dios el honor como primera cosa, incluso las realidades del hombre no pueden progresar». Luego... donde se adora, y nosotros adoramos, en nuestra Diócesis, nos enriquecemos todos, personas e instituciones.

9. La adoración nos ayuda a madurar en la fe y crecer en la vida cristiana

Para vivir nuestra vida cristiana, que nace en el bautismo, necesitamos todos alimentos que nos ayudan a crecer y robustecernos. En la Eucaristía recibimos «el Pan de vida partido y compartido, para que lleguemos a ser uno con Él y entre nosotros». Recibiendo sacramentalmente al Señor, fortalecemos, si estamos bien preparados, nuestra fe y cumplimos nuestra misión «recordando que la Eucaristía conlleva la fecundidad de nuestra vida personal, así como en la vida de la Iglesia y del mundo».

El Señor Jesús sigue presente en la custodia y en diálogo de amistad con Él, mirándole y dejando que nos mire, borramos de las páginas de nuestra vida trazos y también borrones, hasta permitir que quede perfectamente definida en nuestra vida la figura del que entregó su Cuerpo y su Sangre a sus discípulos, para estar con ellos –para estar también con nosotros– «todos los días hasta el fin del mundo».

10. La adoración es un camino de ida y vuelta

Quedémonos con estas indicaciones precisas. Sabemos bien que el ave que con las alas bien abiertas no necesita rutas definidas con anterioridad, ni tampoco marcadas con signos luminosos. Se asoma al horizonte, inmenso, despejado, abierto, y surca valles y ríos, llanuras y montañas. Y, sólo cuando lo necesita, torna al lugar de su descanso o de las provisiones necesarias. Ese es nuestro caso.

Si vivimos estos momentos de gozo feliz, confesaremos a los demás lo vivido u experimentado. Seremos otros en nuestra vida cristiana, sin dejar de ser los mismos. Siendo unos con el Uno. Nunca otros, jamás distintos. Conscientes siempre, explica San Agustín, de que «no se conoce perfectamente el bien que no es perfectamente amado». ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

VIII. CELEBRAR EL MISTERIO DE JESUCRISTO

1. «HOY NOS HA NACIDO EL SALVADOR»

*Natividad del Señor
Módulo de cumplimiento de Fontcalent
Alicante, 24 de diciembre de 2010*

1. **«Hoy» nos ha nacido el Salvador.** En estas fiestas de Navidad oímos repetidas veces la palabra «hoy». Este «hoy» quiere significar que lo que celebramos en la Navidad no es un aniversario, un acontecimiento del pasado, sino un «sacramento», es decir, se hace presente en nuestra vida presente el acontecimiento fundamental de la historia del hombre: un Dios que se hace Niño y que nos trae la salvación.

En Navidad, Dios nos comunica la gracia de un «nuevo nacimiento» como hijos en la familia de Dios, nos ofrece la oportunidad de liberarnos de todo aquello que nos hace infelices: el pecado, la enfermedad, la muerte...

2. **María da a luz a Jesucristo, Luz del mundo.** Una imagen que se repite varias veces en estas fiestas es la de la luz: «has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo, la luz verdadera» (*oración colecta de la noche*); «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (*Isaías*); «la Palabra era la luz verdadera que alumbra a todo hombre» (*evangelio Misa del día*). Somos invitados a celebrar la fiesta de la luz, y también a ser nosotros mismos una luz que alumbre a quienes caminan entre dificultades y preocupaciones en este mundo. ¡Ilumínemos esta tierra con la luz de nuestras buenas obras!

Por muy preocupados que estemos por los problemas de la vida, y por negro u oscuro que veamos el panorama de nuestro entorno, dejémonos contagiar por esa alegría y esa esperanza que ya anunciaba el profeta Isaías: «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande... porque un hijo se nos ha dado».

3. Jesucristo es nuestro Salvador. Si la noticia del nacimiento de un niño es siempre motivo de gozo y alegría para la familia, es todavía más gozoso celebrar el nacimiento del Niño Dios, el hijo de la Virgen María, que ha venido al mundo para traernos la salvación. Jesús –que significa «Dios salva»– nos libra de las pequeñas o grandes esclavitudes que nos oprimen: materialismo, egoísmo, pesimismo, intolerancia, rencor, violencia...

Él viene a comunicarnos vida, porque es el Camino, la Verdad y la Vida. Él nos ofrece el regalo de convertirnos en hijos de Dios y, junto con ello, la alegría, la paz, el amor, la justicia y la misericordia divina.

4. Los pastores nos enseñan a acoger al Niño de Belén. Fueron unas personas sencillas las que supieron ver la llegada del Mesías y acogerlo en sus vidas. Ante todo, aquella joven pareja de Nazaret: José y María. Luego, los pastores, que hicieron caso a lo que les dijeron los ángeles, corrieron a Belén y reconocieron al Mesías, un Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Otros, los importantes de Jerusalén, no se enteraron o no se quisieron enterar. A veces, son las personas humildes las que están más abiertas y disponibles a acoger el Evangelio. Son los predilectos del Señor; no hay más que recordar las bienaventuranzas.

5. Dios es Dios–con–nosotros. Esto es lo que significa la palabra «Emmanuel». Dios se nos ha aproximado, se nos ha hecho cercano para que nosotros nos acerquemos a Él, nos hagamos próximos, prójimos suyos. Ha querido compartir nuestra vida para que nosotros, acogiéndolo, compartamos la suya. Sea cual sea nuestra categoría social, nuestra edad o nuestra cultura, todos somos importantes para Dios. Por eso, con mayor sentido que nunca, en Navidad podemos decir la oración del Padrenuestro, pues todos somos hijos en la familia de Dios y Jesucristo es nuestro Hermano mayor.

Imitemos a aquellos pastores de Belén y acojamos al Hijo de Dios hecho carne con fe y humildad. Seamos apóstoles y evangelizadores para con los demás: «el que encomendó al ángel anunciar a los pastores la gran alegría del nacimiento del Salvador os llene de gozo y os haga también a vosotros mensajeros del Evangelio» (*bendición solemne*).

2. «UN NIÑO NOS HA NACIDO»

*Solemnidad de la Natividad del Señor (B)
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 25 de diciembre de 2008*

1. El «misterio de la Navidad». La Palabra acampó entre nosotros, se preparó una tienda de carne. La Palabra que fue al principio, que nació de las entrañas del Padre, tomó carne en María Virgen. Es el misterio de la Encarnación. «Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo Único» (Jn 3,16).

La Navidad es misterio de amor, pues sólo el amor puede explicar que la Palabra de Dios tome carne en María. Este gran amor de Dios se ha ido manifestando de muchas maneras en nuestra historia y en nuestras propias vidas.

La Navidad es, también, misterio de humildad. Nos cuesta entender que Dios se abaje tanto: «tomó la condición de esclavo... se hizo un cualquiera... se humilló a sí mismo... se anonadó» (Flp 2,7-8). Se despoja de su gloria y poder, de su brillo y grandeza, para nacer de una mujer. No es extraño, por eso, que los sabios y entendidos se rebelen ante este misterio.

La Navidad es misterio de pobreza. Además de la pobreza radical que supone la Encarnación, despojándose el Verbo de su divinidad, las circunstancias del nacimiento significan una clara opción por los pobres y marginados. Las señales que ofrece el ángel son un niño, un pesebre y unos pañales. Esta opción nace de la bondad entrañable de Dios, que se compadece de los más necesitados: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el Sol que nace de lo alto» (Lc 1,7-8). El Dios que se manifiesta en Jesucristo es el Dios de los pequeños, de los pobres, de las víctimas y de todos los que sufren, en su cuerpo o en su alma.

2. El Hijo de Dios puso aquí su tienda, una tienda que se va ensanchando en la Humanidad. Primero, fue el vientre de María. Ella ofreció la mejor hospitalidad, todo el calor y el amor de una criatura humana. El vientre de María propició la unión de Dios con la humanidad.

Luego vino la cuna de Belén. Fue una tienda pequeña y sucia, un frío rincón del pueblo. Llevaba la marca de la pobreza, la marginación y el rechazo. No se parecía mucho a nuestros belenes. Después llegó la casa de Nazaret. Dios, que es comunión, quiso nacer y vivir en una familia. Dios aprende a ser hombre de la mano de María y José, en una familia donde habitan el amor, el trabajo y el servicio, el silencio y la oración. Así, la familia se convierte en sacramento de la presencia de Cristo.

Y en medio de la Iglesia, comunidad de los creyentes, también nace siempre Jesús. «Quédate con nosotros», le pedimos. Y Jesús se sienta a la mesa, parte

el pan, se convierte en alimento y luz. La Palabra que se hizo carne quiere dejarse comer. Nos enseña a vivir en común–unión.

La Palabra se encarna, también, en el corazón de todos los hombres, especialmente de los que sufren. Es una tienda desgarrada. Jesús sigue siendo rechazado en la gran ciudad, las casas confortables, las mesas bien abastecidas, el mundo del bienestar, y tiene que refugiarse en el corazón de los pequeños y desposeídos, en los corazones dolientes y desgarrados.

3. «Y acampó entre nosotros». Hablamos de permanencia. Dios visitó su pueblo y puso en él su tienda. No era una visita de protocolo. Viene a habitar entre nosotros, a quedarse para siempre con nosotros. Por eso se le dio el nombre de Emmanuel. Podemos acercarnos a Él. Si de verdad lo buscamos, no tardaremos en encontrarlo, porque nace y ha puesto su tienda en todos los pueblos de la tierra. Ni siquiera es necesario que vayamos a Él, pues Él mismo es quien viene a nosotros.

Hoy quiere nacer en ti, quiere habitar en ti. Di a María y a José que te enseñen a recibirlo como ellos lo hicieron. Te hablarán del amor, porque «si alguno me ama guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23). Todo el que ama se convierte en cuna y tienda de Dios.

4. Jesús nació en Belén, en la «Casa del pan», porque estaba llamado a ser pan para todos. Nació como paz, porque quería pacificar y unir a los hombres, «derribando el muro que los separa» (cf. Ef 2,14). Nació como un don, porque sería fuente de gracia y de bendición para el mundo.

El nacimiento de Jesús anima y alimenta nuestra esperanza. Si Él vino a nosotros y se quedó con nosotros, si Él, «siendo rico, por nosotros se hizo pobre» (2 Co 8,9), si Él evangelizó a los pobres y liberó a los cautivos, podemos esperar fundadamente que todo pueda mejorar, podemos albergar la esperanza de «un cielo nuevo y una nueva tierra en los que habite la justicia» (2 Pe 3, 13).

Hay realidades significativas en este sentido. Podemos hablar de tantas organizaciones que se mueven por la solidaridad, como un viento del Espíritu que recorre el mundo entero. Y todo esto es posible porque nació Jesús, porque un día Dios nos visitó y se quedó a vivir con nosotros para siempre. ¿Estamos dispuestos a acogerlo como uno más de los nuestros? ¿O acaso le aplicaremos la Ley de Extranjería? Ojalá no nos hagamos merecedores de las palabras del evangelista san Juan: «Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron».

3. MOSTRAR A JESÚS, TAREA DE TODOS

*Solemnidad de la Epifanía (A)
2º Aniv. Inauguración Capilla de Adoración Perpetua
Basílica de Santa María
Elche, 6 de enero de 2011*

1. **«Se postrarán ante Ti todos los reyes de la tierra».** Los creyentes en Jesús, después de haber celebrado su Nacimiento, fijamos hoy nuestra mirada sobre esa multitud inmensa, representada por los Magos de Oriente, que vieron en una estrella el signo de la llamada de Dios. Y nos hace pensar en otra clase de «estrellas» que Dios envía hoy para ayudar a los que todavía caminan en tinieblas para que vengan a la luz, a su Luz. Son los catequistas y son los misioneros.

Jesucristo se encarnó, se hizo hombre en una cultura concreta, la judía, pero su salvación es para todas las culturas, para la humanidad entera. Los Magos de Oriente representan a las naciones del mundo. Ellos fueron los primeros frutos de las naciones gentiles que vinieron a rendir homenaje al Señor. Ellos simbolizan la vocación de todos los hombres a formar parte de la única Iglesia de Cristo. Esta fiesta de la Epifanía amplía nuestro campo de visión: Dios deja de manifestarse sólo a una raza, a un «pueblo escogido», y se da a conocer a todo el mundo. La Buena Nueva de la Salvación es para ser comunicada a todos los hombres. La raza humana forma una sola familia, porque el amor de Dios abraza a todos.

2. **«Caminarán los pueblos a tu luz».** Isaías, en la primera lectura, predice la vuelta de los exiliados a Jerusalén. Se imagina a la ciudad como una madre que guarda luto por el éxodo de sus hijos y que pronto se va a regocijar por su retorno. Esta profecía se está cumpliendo en la Iglesia, pues ella es la madre que se regocija al ver que sus hijos vienen de lejos: «Alza en torno los ojos y contempla... Tus hijos llegan de lejos...». Se trata de una visión de universalidad, ya que una multitud de pueblos, procedentes de todas partes del mundo, convergen hacia la Iglesia.

Estos pueblos no vienen con las manos vacías; traen sus dones: «Porque a ti afluirán las riquezas del mar, y los tesoros de las naciones llegarán a ti...». Esto nos evoca todo lo que aportan las diferentes culturas y que constituyen la riqueza de la Iglesia. La Iglesia es católica porque no se identifica totalmente con ninguna cultura concreta, sino que pertenece a todas, es universal.

San Pablo, en su carta a los Filipenses, escribe: «todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta» (Flp 4,8). En consecuencia, todos los tesoros humanos, los valores que se hallan en esos pueblos pueden ser reconocidos por la Iglesia como signos de

la presencia de Dios entre ellos. Así pues, en todo el mundo podemos encontrar «semillas del Verbo».

3. Evangelizar es tarea de todos. Con el lema «Mostrar a Jesús, tarea de todos», celebramos la Jornada del Catequista nativo. En la fiesta de Epifanía celebramos la manifestación del Salvador a los pueblos extranjeros. Esta fiesta se celebra al inicio del año y es un toque de atención para sacudir la conciencia misionera, que brota de nuestro Bautismo y es fundamento esencial de la Iglesia. Sin la dimensión misionera, una comunidad parroquial o diocesana corre el riesgo de perder la profundidad y significado de su vida de fe.

Este lema va en la misma línea del lema para el DOMUND del pasado año: «Queremos ver a Jesús». Mucha gente quiere conocer a Jesús, y es nuestra tarea, la de todos los bautizados, mostrarlo, dalo a conocer. En su mensaje para el DOMUND, Benedicto XVI nos recordaba que «el anuncio del Evangelio compete a la Iglesia entera... Los hombres de hoy piden a los creyentes que hagan ver a Jesús... Y ese mandato misionero no puede realizarse sin una profunda conversión personal, comunitaria y pastoral».

Nuestro deber es mostrar a Jesús, darlo a conocer con nuestra palabra, con nuestro actuar, con nuestro estilo de vida. Pero, antes que nada, hemos de conocer y tratar nosotros mismos a Jesús, amarlo para darlo a conocer. Junto con los Magos de Oriente, los cristianos pensamos en los que llevan a Jesús a tantas partes del mundo a donde no pueden llegar los sacerdotes o las religiosas, y son seglares catequistas quienes mantienen la fe de las gentes y las celebraciones litúrgicas.

4. Mostrar el rostro de Jesús en la adoración eucarística. «La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor –nos decía Juan Pablo II en una de sus encíclicas–, no sólo como un don entre otros muchos, aunque muy valioso, sino el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación»¹. En la misma encíclica, continúa explicando el Papa: «El Misterio eucarístico –sacrificio, presencia, banquete– no consiente reducciones ni instrumentalizaciones; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa. Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica»².

Por tanto, «si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo –escribió don Manuel–, el abandono de la Eucaristía es la frustración

¹ EE 18.

² EE 61.

práctica de ese milagro, y con ella, la de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia». En este sentido, afirma Benedicto XVI: «En la Eucaristía, el Hijo de Dios viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros; la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos una sola cosa con Él... La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica... sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros»³.

4. «ÉSTE ES MI HIJO, EL AMADO, MI PREDILECTO»

Bautismo del Señor (A)

Bautismo de adultos

S.I. Concatedral de San Nicolás

Alicante, 9 de enero de 2011

1. El Bautismo del Señor. Habla Juan, el Precursor, que bautiza a Jesús. Y se oyó enseguida una voz del cielo, que decía: «Tú eres mi Hijo amado...». Voz y palabra, cosas distintas. La voz es un sonido provisional; la palabra queda, permanece. Se hunde en el alma.

La voz, sin concepto, es un mero ruido. La palabra edifica el corazón, los corazones. Nace en mi corazón cuando la pronuncio y llega al vuestro, al escucharla vosotros. El bautismo de Juan desaparece. Era la voz. El de Jesús, el nuestro, permanece. Él es la Palabra, el Verbo del Padre.

El evangelio de este domingo nos muestra la manifestación del Dios trinitario. Así lo expresa la oración colecta de la Misa: «en el Bautismo de Cristo quisiste revelar solemnemente que Él era tu Hijo amado, enviándole tu Espíritu Santo».

El prefacio explica cuál era la intención del Bautismo de Jesús: «hiciste descender tu voz desde el cielo, para que el mundo creyese que tu Palabra habitaba entre nosotros; y por medio del Espíritu ungieste a tu siervo Jesús para que los hombres reconociesen en Él al Mesías, enviado a anunciar la salvación a los pobres». Decir que Jesús de Nazaret es el Hijo amado y el predilecto manifiesta su misión divina.

³ SCa 66.

2. El protagonismo del Espíritu. San Mateo nos explica que el Espíritu se posó en forma de paloma sobre Jesucristo. Es el mismo Espíritu que en el origen del mundo, como cuenta el Génesis, aleteaba sobre las aguas primordiales y las llenaba de vida; el mismo que se prometía al misterioso Siervo de Yahvé, y que se entregaba a los profetas y reyes en el Antiguo Testamento como símbolo de la fuerza de Dios, que los iba a acompañar en su misión. Es el mismo Espíritu que intervino en la encarnación humana del Hijo de Dios, en el seno de María de Nazaret, «por obra del Espíritu», y el que actuaría luego en el sepulcro de Jesús, resucitándolo de entre los muertos.

En el Jordán se posó este Espíritu sobre Jesús. San Pedro certifica que Jesús fue «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo». Cuando se escribieron los evangelios y el libro de los Hechos, la comunidad cristiana tenía amplia experiencia de que el Espíritu iba guiando sus pasos y llenándola de su gracia. Como lo sigue haciendo en nuestro tiempo. También ahora, por medio de los sacramentos, el Bautismo y la Confirmación, el Espíritu nos empuja a la misión y a evangelizar.

3. Termina la Navidad, comienza la misión. El Bautismo de Jesús es el nuestro: «en el Bautismo de Cristo has realizado signos prodigiosos para manifestar el misterio del nuevo Bautismo», rezamos en el prefacio. Empezamos nuestra vida cristiana siendo bautizados; desde entonces, somos «hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo» (*colecta*), hijos en el Hijo. Pero el Bautismo es el comienzo de un camino y de una misión. Ser bautizados significa ser seguidores e imitadores de Cristo, que se convertirá en nuestro guía para siempre.

Terminamos el tiempo de Navidad. Pero vamos a seguir viviendo la gracia de nuestro Bautismo y nuestra respuesta de fe, redescubriendo en la Palabra de Dios cómo actúa Jesús en su vida terrena: curando a los enfermos, consolando a los atribulados, perdonando a los pecadores, resucitando a los muertos, enseñando los caminos de Dios y la Buena Noticia de la salvación. Ojalá esta Palabra de Vida sea, para nosotros, como el agua y la nieve que empapan y fecundan la tierra y le hacen dar fruto, un fruto en abundancia y una cosecha para la vida eterna.

4. Bautismo de adultos. El día de Pentecostés, Simón Pedro, al proclamar la verdad sobre Jesús, crucificado y resucitado en virtud del Espíritu Santo, suscitó la fe y preparó para el bautismo a 3.000 personas. Este *kerygma* de Pedro puede considerarse como una primera catequesis —es decir, instrucción—, en particular como la catequesis de preparación para el bautismo. Se muestra, así, que es condición imprescindible para la fe el anuncio y la escucha de la Palabra de Dios: «¿cómo van a creer si no oyen hablar de Él?», advierte san Pablo.

Lo mismo que el día de Pentecostés en Jerusalén, así también en todo el período más antiguo de la historia de la Iglesia, recibían la fe y el bautismo ante todo las personas adultas. Al bautismo precedía una preparación adecuada, que se prolongaba por un período de tiempo bastante largo: normalmente de dos a tres años. Esta preparación consistía, desde el principio, no sólo en la exposición de las verdades de la fe y de los principios de la conducta cristiana, sino también en una introducción gradual de los catecúmenos a la vida de la comunidad eclesial. Como recordaba nuestro querido Papa Juan Pablo II:

«El que recibe el bautismo no sólo hace la profesión de fe (según el Símbolo Apostólico), sino que del mismo modo "renuncia a Satanás, y a todas sus obras, y a todas sus seducciones", y por esto mismo se entrega al Dios vivo: el bautismo es la primera y fundamental consagración de la persona humana, mediante la cual se entrega al Padre en Jesucristo, con la fuerza del Espíritu Santo que actúa en este sacramento»⁴.

5. FIESTA DEL HIJO Y DE LA MADRE

*Publicado en «El Rotativo—edición Alicante»
Febrero de 2010*

No termina, ni mucho menos, el servicio prestado por María a la humanidad, el día en que dio a luz a su Hijo, nuestro Salvador. Madre de Jesús y Madre nuestra, María, es, en expresión lograda del Papa Benedicto XVI, la primera persona que se asocia a Cristo en el camino de la obediencia, de la fe probada y del dolor compartido. Y así vivió toda su existencia terrena. La fiesta, popularmente llamada de la Candelaria, y litúrgicamente de la Presentación de Jesús en el templo de Jerusalén, es buena prueba de lo que aquí se afirma. En efecto, llevándolo en sus brazos, «la Virgen Madre lo ofrece a Dios como verdadero Cordero que quita el pecado del mundo; lo pone en manos de Simeón y Ana como anuncio de redención; lo presenta a todos como luz para avanzar por el camino seguro de la verdad y del amor»⁵.

Este es el contenido profundo de la fecha mariana del 2 de febrero, día de la Presentación de Jesús en el Templo y Purificación de la Santísima Virgen. Nuestros hermanos de Oriente la llaman fiesta del Encuentro.

¿Por qué? Porque en el primer ofertorio del mundo, escribe el P. Morales, la Virgen por excelencia, una mujer humilde, obediente y sencilla, ofrece al Padre a su pequeño Infante. Se acerca al Templo, sí, para ser purificada, según la pres-

⁴ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (12/12/1984).

⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en el fiesta de la Presentación del Señor* (2/2/2006).

cripción del Levítico, ella, que era inmaculada y limpia, y ofrece como Cordero que quita el pecado del mundo al fruto bendito de sus entrañas. El anciano Simeón, lleno de alegría por este encuentro, toma al Niño en sus brazos y bendice a Dios diciendo: «Ahora dueño (mío), puedes dejar a tu esclavo (ir) en paz, según tu palabra, porque acaban de ver mis ojos tu Salvación, la que preparaste a la vista de todos los pueblos» (Lc 2,29–31).

María se ofrece, igualmente, a sí misma, con Él, con su Hijo y nos presenta a nosotros, a todos y a cada uno, que comenzamos a caminar ya, desde ese momento memorable, en un encuentro duradero con el Señor, hasta merecer un día la vida eterna. Ana, anciana y viuda, servía desde sus 84 años, en el Templo, alababa al Señor y hablaba del Salvador a los que esperaban la redención de Israel... ¡Era, por tanto, misionera!

Luz para revelación de las naciones

Esto es lo que quieren significar con candelas encendidas, en muchos y muy diversos lugares de la geografía, cuantos acompañan en este día a una imagen entrañable de Santa María. Como Virgen de Candelaria la veneran en la Isla de Tenerife. Y Virgen de las Candelas se llama en S. Pedro de Rectivía, de Astorga, de feliz memoria para mí. En esta parroquia maragata, si la imagen vuelve con la candela que lleva en su mano encendida al regresar la procesión al Templo, es señal de buena suerte en los meses de todo el año.

«Gloria de Israel y Luz de las Naciones» es el Pequeño que María sigue manteniendo en sus brazos.

Jornada de la Vida Consagrada

La Presentación de Jesús en el Templo fue, a su vez, la fiesta elegida por el querido Papa Juan Pablo II, como Jornada de quienes, perteneciendo a órdenes religiosas, congregaciones, institutos, sociedades de vida apostólica y nuevas formas de entrega generosa al Señor, constituyen un componente importante del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia. Son hermanos y hermanas nuestros. Son el corazón de la Iglesia santa y necesitada de purificación.

Con ellos pedimos al Señor el don de una presencia cada vez más consistente e incisiva en nuestro mundo.

De ellos esperamos un testimonio evangélico verdaderamente eficaz, en respuesta, sin reserva alguna, a la iniciativa de Dios que les ha consagrado para sí en un acto especial de amor.

Por nuevas vocaciones a este estado de vida pedimos con humildad y esperanza compartidas.

«Del mismo modo que Simeón y Ana deseaban ardientemente ver al Mesías antes de morir y hablaban de él «a todos los que esperaban la redención de Israel» (cf. Lc 2,26.38), así también en nuestro tiempo, sobre todo entre los jóvenes, hay una necesidad generalizada de encontrar a Dios». Estas palabras de nuestro Papa Benedicto XVI, pronunciadas hace tres años en el interior de la Basílica Vaticana, el día de la vida consagrada, responden, sin duda alguna, al anhelo formulado por él el primer año de su servicio petrino a la Iglesia Madre, anhelo que seguimos compartiendo y que encomendamos nuevamente al Dueño de la mies y a favor de estos obreros de la viña del Señor:

«Ante el avance del hedonismo se os pide el testimonio valiente de la castidad, como expresión de un corazón que conoce la belleza y el precio del amor de Dios. Ante la sed de dinero, que hoy domina casi por doquier, vuestra vida sobria y consagrada al servicio de los más necesitados recuerda que Dios es la riqueza verdadera que no perece. Ante el individualismo y el relativismo, que inducen a las personas a ser norma única para sí mismas, vuestra vida fraterna, capaz de dejarse coordinar y por tanto capaz de obediencia, confirma que ponéis en Dios vuestra realización. No se puede por menos de desear que la cultura de los consejos evangélicos, que es la cultura de las Bienaventuranzas, crezca en la Iglesia, para sostener la vida y el testimonio del pueblo cristiano»⁶.

Es todo el pueblo de Dios el que saldrá ganando con esta inversión tan rentable. Enhorabuena, Hermanos y Hermanas, así, con mayúscula. Seguid adelante, muy animosos, conscientes siempre de que –el Papa os lo ha dicho– «Cristo seguirá obrando con vosotros y confirmando vuestra predicación con las señales de su presencia y de su fuerza» (cf. Mc 16,20)⁷.

⁶ BENEDICTO XVI, *A las personas consagradas presentes en la Diócesis de Roma* (10/12/2005).

⁷ BENEDICTO XVI, *A un encuentro de superiores mayores* (16/11/2007).

6. «SE REBAJÓ: POR ESO DIOS LO LEVANTÓ SOBRE TODO»

Domingo de Ramos (A)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 16 de marzo de 2008

1. «Entramos» en la Pasión del Señor. En la procesión litúrgica que hemos hecho desde la parroquia de las Santas Justa y Rufina hasta la Catedral hemos recordado aquel primer domingo de Ramos que se celebró en Jerusalén. Fue un día triunfal a los ojos de la multitud que aclamaba al rabí de Nazaret. Hasta sus discípulos pensaban que aquél sería el momento de instaurar el tan esperado Reino mesiánico. Sin embargo, Jesús sabe que para «entrar» en su gloria debe pasar antes por el sufrimiento y la muerte, una muerte cruel e injusta.

La procesión de hoy ha de servirnos a nosotros también para «entrar» en el itinerario de Jesucristo y acompañarlo imitando su actitud de servicio y entrega. Él, que es el Maestro y Señor, no ha venido a que le sirvan, sino a servir; no ha venido a buscar a los justos, sino a sanar a los enfermos por el pecado; no ha venido a quitarnos nada, sino a darnos todo, a entregarnos su vida, su Cuerpo y su Sangre como alimento para nuestro peregrinar en la tierra.

2. «Por eso Dios lo levantó sobre todo». La Pascua es cruz y es vida. «Cristo –escucharemos en el prefacio–, siendo inocente, se entregó a la muerte por los pecadores... de esta forma, al morir, destruyó nuestra culpa y, al resucitar, fuimos justificados». Por eso damos gracias a Dios en esta Eucaristía, porque la aparente derrota de Cristo en la cruz es prenda de nuestra victoria sobre la muerte. Sin haberlo merecido, somos nosotros los que obtenemos el premio y la recompensa, la gracia y el perdón por nuestros pecados. Pidamos juntos a Dios «que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio y que un día participemos en su resurrección gloriosa» (*colecta*).

La misión del Siervo, descrita por el profeta Isaías, se ha cumplido a la perfección en Jesucristo. Él es el Siervo de Yahvé, que tiene «una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento», un mensaje de esperanza y consuelo para los atribulados, los humillados y los indefensos. El mismo que muere en la cruz tiene en todo momento una palabra de amor para quienes están con Él: las mujeres que lloran, el buen ladrón, su Madre y el discípulo amado... Su ejemplo es un estímulo para nosotros, que debemos estar siempre dispuestos a consolar al desamparado, levantar al que tropieza, sanar al enfermo... no sólo cuando nos encontremos plétóricos y llenos de fuerzas, sino muy especialmente cuando sintamos sobre nosotros la cruz que nos toca llevar.

3. «Ofrecí la espalda a los que me golpeaban». Nuestro seguimiento de Cristo comporta, muchas veces, cargar como Él con la cruz, soportar los insultos

y ofensas con paciencia y humildad, pues sabemos que tenemos un buen defensor, y así lo hemos proclamado en el salmo responsorial: «Señor, no te quedes lejos, ven a ayudarme». Imitando los sentimientos de Jesús, dejemos que hablen en nuestro favor nuestras propias buenas obras, permitamos a Dios que nos levante y nos ensalce, que nos resucite y nos dé la vida como ha hecho con su propio Hijo, a quien «levantó sobre todo y le concedió el Nombre sobre todo nombre».

7. «HOSANNA AL HIJO DE DAVID»

*Domingo de Ramos (C)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 28 de marzo de 2010*

1. Signo de contradicción. El Domingo de Ramos es el pórtico de la Semana Santa y, al mismo tiempo, un buen resumen de ella. Como dice la monición introductoria: «Por ello, recordando con fe y devoción la entrada triunfal de Jesucristo en la ciudad santa, lo acompañaremos con nuestros cantos para que, participando ahora de su cruz, merezcamos un día tener parte en su resurrección».

Los que recibieron a Jesús en Jerusalén aclamándolo con entusiasmo, lo condenan a los pocos días. Es el contraste entre muerte y resurrección. Es el contraste y la contradicción de nosotros mismos, que decimos que somos seguidores de Jesucristo y después lo negamos en nuestra vida de cada día.

2. «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas). El evangelista describe la muerte de Jesús en un ambiente de «tinieblas», que «vinieron sobre toda la región hasta las tres de la tarde». Son el símbolo de la muerte y del mal. Es lo que san Lucas ha llamado, durante el prendimiento de Jesús en el huerto, «el poder de las tinieblas».

Jesucristo ora al Padre para pedir el perdón de sus verdugos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Jesús es el Mesías que revela el rostro del Padre misericordioso, que ama a los enemigos, perdona a los pecadores y a los hombres que actúan por ignorancia. Al malhechor crucificado junto a Él, que le pide se acuerde de él cuando venga en su reino, Jesús le ofrece el don del paraíso.

3. «Realmente este hombre era justo». Un pagano reconoce la presencia de Dios en la imagen increíble de un hombre crucificado. Este centurión representa a cada creyente que, a través de su fe, como por obra de un milagro, proclama la presencia y la salvación divinas en Jesús crucificado.

El centurión lo proclama «justo». Jesús es, en efecto, el «justo sufriente» esperado en la tradición bíblica, que muriendo en la cruz obedece al proyecto misterioso de Dios para la salvación de los hombres.

4. «**Se rebajó, por eso Dios lo levantó sobre todo**» (Flp). La Semana Santa no es sólo pasión, dolor y muerte. También es esperanza de gloria, vida y resurrección. La segunda lectura, después de recordar el rebajamiento y la aniquilación de Jesucristo, afirma que «por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el Nombre–sobre–todo–nombre».

Nosotros nos identificamos con la cruz de Cristo, pero con la certeza de ganar con Él también la vida nueva de la resurrección. Tal como dice la oración colecta: «que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio, y que un día participemos en su gloriosa resurrección».

8. «EL ESPÍRITU DEL SEÑOR ESTÁ SOBRE MÍ»

*Misa Crismal
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 17 de marzo de 2008*

1. «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos». Así comienza el salmo 132, cuyas palabras hago mías para expresar el gozo y la alegría por vuestra presencia, siempre numerosa, en esta Concatedral de San Nicolás. Evidenciáis de modo visible estáis unidos a vuestro Obispo, y con él a Jesucristo. Es el que nos convoca y congrega a todos –sacerdotes, religiosas y religiosos, seglares– en la celebración de esta Misa Crismal. Él quien «nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre» (Ap 1,6).

Somos, pues, el pueblo de Dios, un pueblo sacerdotal. Nos sentimos hermanos dentro de una familia inmensa, la Iglesia. «Esta Iglesia –decimos en una de las plegarias eucarísticas–, vivificada por tu Espíritu, resplandece como signo de la unidad de todos los hombres, da testimonio de tu amor en el mundo y abre a todos las puertas de la esperanza» (*plegaria eucarística V/d*).

Formamos parte de un reino cuya ley es el amor. De ahí que, cuando no brotan en la viña del Señor las plantas de la unidad, el afecto, la comprensión, el perdón, la ayuda mutua... es muy difícil, por no decir imposible, que dicho reino se consolide en nuestro mundo. En cambio, donde la unidad y la fraternidad están firmemente asentadas, «allí manda el Señor la bendición: la vida para siempre» (Sal 132,3). La unión fraterna es bendición de Dios y es vida; y esta asamblea litúrgica expresa la unidad del sacerdocio de Jesús y la unión del pueblo, porque la realiza con la bendición divina, que se derrama en nuestros corazones desde el costado abierto de Jesucristo. Él, nuestro hermano mayor, y «no tiene reparo en llamarnos hermanos» (Heb 2,11). Con este nombre se llamaban también entre sí los primeros cristianos; la liturgia, en efecto, suele introducir las epístolas de san

Pablo con esta palabra: hermanos.

2. Hemos venido esta mañana a renovar nuestras promesas sacerdotales, a decirle al Señor que siga contando con nosotros, para lo que quiera, cuando quiera y como quiera, con una disponibilidad total. Proclamaremos en voz alta, ante la asamblea reunida, que deseamos servir a Jesucristo y echar las redes en su nombre, una y mil veces. Pediremos también que nos ayude «a ser en el mundo testigos fieles de la redención que ofrece a todos los hombres» (*oración colecta*). Imploramos de Cristo, Sumo Sacerdote, que nuestro testimonio de vida sacerdotal sea un canto de acción de gracias y de alabanza a Dios, nuestro Padre, que se sirve con frecuencia de nuestro ejemplo para seguir llamando a niños, jóvenes y adultos al sacerdocio ministerial. Confiamos así en la imparable fuerza del Espíritu Santo, que nos ha ungido y enviado «para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad... para consolar a los afligidos» (*1ª lectura*, Is 61,1-2).

Unidos bajo el cayado del Buen Pastor y configurados con Él, los sacerdotes prometen el día de su ordenación renunciar a sí mismos, dejarse expropiar por Dios para servir y amar a la Iglesia como Cristo, su Esposo, la ama: hasta derramar la última gota de su sangre. De este modo, «renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, preparan a tus hijos el banquete pascual, presiden a tu pueblo santo en el amor, lo alimentan con tu palabra y lo fortalecen con los sacramentos. Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por Ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y han de darte así testimonio constante de fidelidad y amor» (*prefacio*).

3. En el salmo responsorial de hoy acabamos de proclamar: «Cantaré eternamente las misericordias del Señor» (88,2). Estas palabras brotan del corazón de todos aquellos que se saben infinitamente pequeños ante la enorme misión que Dios nos confía. ¿Cómo es que el Señor se ha fijado en mí, que soy tan poca cosa, para llevar a cabo el encargo de proclamar la Palabra, celebrar los sacramentos y guiar a su grey, haciéndolo en su propio nombre, *in persona Christi*? Todos los sacerdotes hemos experimentado, no pocas veces, nuestras limitaciones y nos hemos sentido indignos de recibir vocación tan hermosa. Lo que el Señor asegura a David en el salmo 88, se lo dice a Jesucristo, el Ungido de Dios, y también a nosotros, sacerdotes: «Lo he ungido con óleo sagrado, para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso. Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán» (21–22.25).

Esa mano de Dios, protectora, paternal, alentadora, se hizo cercana y palpable en las manos del Obispo que nos ordenó.

«En el gesto sacramental de la imposición de las manos por parte del Obispo –escribe Benedicto XVI– fue el mismo Señor quien nos impuso las manos. Este signo sacramental resume todo un itinerario existencial... Como sucedió a los primeros discípulos, todos nosotros nos encontramos con el Señor y escuchamos su invitación: "Sígueme". Tal vez al inicio lo seguimos con vacilaciones, mirando hacia atrás y preguntándonos si ese era realmente nuestro camino. Y tal vez... nos hemos sentido sobrecogidos ante su grandeza, ante la grandeza de la tarea y ante la insuficiencia de nuestra pobre persona, hasta el punto de querer dar, en algún momento, marcha atrás: "Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador" (Lc 5,8). Pero luego Jesús, con gran bondad, nos tomó de la mano, nos atrajo hacia sí y nos repitió: "No temas. Yo estoy contigo. No te abandono. Y tú no me abandones a mí". Tal vez en más de una ocasión a cada uno de nosotros nos ha acontecido lo mismo que a Pedro cuando, caminando sobre las aguas al encuentro del Señor, sintió de repente que estaba a punto de hundirse. Y, como Pedro, gritamos: "Señor, ¡sálvame!" (Mt 14,30)... Miramos entonces a Él... y Él nos ofreció su mano... Volvimos a fijar nuestra mirada en Él y Él nos estrechó las suyas. Dejemos que su mano nos aferre; así no nos hundiremos, sino que nos pondremos al servicio de la vida que es más fuerte que la muerte, y al servicio del amor que es más fuerte que el odio»⁸.

Este pacto de fidelidad que Dios sella por medio de la sangre de Jesucristo exige de nosotros una respuesta valiente y generosa. Terminada la homilía se establece un diálogo entre el Obispo y sus presbíteros: «¿Queréis uniros más fuertemente a Cristo... reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptasteis gozosos el día de vuestra ordenación para el servicio de la Iglesia?». A esta pregunta responden los sacerdotes: «Sí, quiero». Pero es éste un sí que se renueva constantemente, cada vez que celebramos en nuestras parroquias y comunidades la Santa Misa. Antes de comulgar, el celebrante pronuncia en voz baja esta hermosa oración: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti». Pedimos no caer nunca fuera de la comunión con su Cuerpo, con Cristo mismo; no caer nunca fuera del misterio eucarístico. Pedimos que Él no suelte nunca nuestra mano de la suya.

4. En la sinagoga de Nazaret, puesto en pie para hacer la lectura, Jesucristo tomó en sus manos el libro de Isaías y leyó: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido». La unción es un gesto antiquísimo: en el Antiguo

⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa Crismal* (13/4/2006).

Testamento, quien recibía una misión de parte de Dios era ungido con aceite consagrado: profetas, reyes, sacerdotes... Pero se trataba de unciones que apuntaban a una realidad mucho más profunda y misteriosa: aquél sobre quien descendiera el Espíritu Santo sería reconocido como el Ungido de Dios, el Mesías esperado de generación en generación. La promesa que vislumbra el profeta Isaías se cumple en Jesús de Nazaret, que afirma con rotundidad en la sinagoga: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,21).

Este Espíritu divino es el mismo que recibimos todos los bautizados en virtud de la muerte salvadora de Jesucristo, que «inclinando la cabeza entregó el espíritu» (Jn 19,30). En efecto, «cuando Cristo, nuestro Señor, salvó al mundo por el misterio pascual, quiso derramar sobre la Iglesia la abundancia del Espíritu Santo y la enriqueció con sus dones celestiales, para que en el mundo se realizase plenamente, por medio de la Iglesia, la obra de la salvación» (*oración II para la consagración del crisma*). El sacramento del bautismo nos dignifica y nos eleva al haber renacido, por el agua y el Espíritu, como hijos de Dios. El Espíritu Santo, que hoy desciende sobre el sagrado crisma y sobre el pan y el vino de la eucaristía, es el que nos concede el don de conocimiento de las realidades divinas, la fuerza para ser valientes en el combate de la fe y vivir más hondamente el evangelio de Cristo, emprendiendo animosos la tarea cristiana (cf. *oración de bendición del óleo de catecúmenos*).

Pidamos al Señor, por tanto, en esta Eucaristía que los consagrados por la unción del Espíritu Santo nos veamos libres del pecado en que nacimos y, convertidos en templo de su divina presencia, exhalemos el perfume de una vida santa; que vivamos fielmente según nuestra condición de reyes, sacerdotes y profetas para que, renacidos del agua y del Espíritu Santo, crisma de salvación, nos haga partícipes de la vida eterna y herederos de la gloria celestial (cf. *oración I para la consagración del crisma*).

Sabemos que «somos siervos inútiles» (Lc 17,10); sin embargo, estamos agradecidos al Señor porque ha querido hacer de nosotros sus ministros. Y confesamos con nuestro pueblo este agradecimiento vivo, compartido, gozoso, abierto siempre a la esperanza, a una «esperanza fundada en las promesas de Dios»⁹.

Pedimos por aquellos que la divina Providencia ha puesto en el camino de nuestra vocación... empezando por nuestros padres, que han sido para nosotros un multiforme don de Dios.

Pedimos también perdón a Dios y a los hermanos por las negligencias y las faltas, fruto de la debilidad humana...

⁹ SS 35.

Y confiamos al amor misericordioso del Padre a algunos hermanos en el sacerdocio que, por diversas razones, no han perseverado en el camino emprendido...

Con palabras del querido y venerado Juan Pablo II, rezamos juntos a la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra:

«Madre de Cristo,
que al Mesías sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo...
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh Madre del Salvador.
Madre de la Iglesia,
que con los discípulos en el cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo pueblo y sus pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh Reina de los apóstoles.
Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él al comienzo de su vida
y de su misión,
lo buscaste como maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan como hijo tuyo:
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio...
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio,
oh Madre de los sacerdotes. Amén»¹⁰

¹⁰ PDV 82.

9. «HARÉ CON VOSOTROS UN PACTO PERPETUO»

Misa Crismal
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 18 de abril de 2011

1. Un año más, hermanos, el Señor nos concede la gracia, no pequeña, de celebrar el Misterio Pascual de Jesús. El misterio de su *kénosis*, de su humillación y, también, de su exaltación gloriosa: «¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y así entrara en su gloria?», pregunta el Señor a los discípulos de Emaús (Lc 24,26).

De la entraña misma del misterio extraemos estas ideas:

- la voluntariedad a la hora de ofrecerse Jesús y someterse a la pasión, «haciéndose obediente incluso hasta la muerte y una muerte de cruz» (Flp 2,8);
- la soledad y el abandono por parte de los suyos y, sólo en apariencia, también del Padre;
- y su conciencia viva de obedecer al Padre con una obediencia que significaba morir.

Se cumple, de esta forma, la Escritura y se realiza el plan divino de salvación. La lección es clara: si Cristo, padeciendo y muriendo en la cruz, nos ha ofrecido a todos la salvación y, por lo mismo, una vida definitiva y eterna, la Iglesia entera y cada uno de nosotros preparamos, por el camino del sufrimiento, el camino de la gracia del Señor, el camino de la salvación.

De ahí que tengamos al alcance de la mano la posibilidad de asociarnos a su pasión redentora completando en nosotros mismos, de alguna manera, lo que falta a su pasión. ¿Porque fue incompleta? No, ni mucho menos, sino porque Él se ha dignado asociarnos a su humillación. Ésta es la paradoja suprema del Misterio de Cristo: Él se humilla, se hace hombre y logra que el hombre pueda ser injertado en la vida divina.

Por eso precisamente, tanto si nos regala la cruz como si la permite, está ofreciéndonos lo mejor a cada uno de nosotros. Y, si correspondemos a su amor con amor efectivo, con el que amemos a los hermanos, podemos llegar a ser, cada uno de nosotros, «todo para todos, a fin de salvarlos a todos» (1 Cor 9,22).

El Misterio Pascual nos ofrece, de esta manera, el verdadero sentido de la vida presente, vivida en libertad y con la alegría de darnos y anticipar, *in spe*, la vida futura, la vida definitiva.

2. Antes del Triduo Sacro, la Iglesia Madre quiere que nos reunamos en familia para agradecer también al Señor el don de su sacerdocio y la tarea de nuestra dedicación y entrega al ministerio. ¿De qué manera? Renovando ante el Obispo –en cada Diócesis, porción de la Iglesia universal– las promesas de la ordenación sacerdotal, bendiciendo los óleos y consagrando el crisma.

Sentido y significación de la Misa Crismal

La Misa Crismal es una celebración relacionada directamente con el Jueves Santo, aunque, por razones pastorales, pueda celebrarse en los días anteriores de la Semana Santa. Es la Misa de la renovación de las promesas sacerdotales y de la bendición de los óleos sagrados que los párrocos llevaréis a vuestras parroquias, para administrar los sacramentos del bautismo, la confirmación y la unción de los enfermos.

Proyección pastoral de esta celebración

La Misa Crismal, que celebra el Obispo con todos los presbíteros de la Diócesis, es un signo elocuente de la unión estrecha de los mismos con él. En ella se manifiesta la plenitud sacerdotal del Obispo, que consagra el Santo Crisma y bendice los óleos de los catecúmenos y de los enfermos.

El Santo Crisma, óleo perfumado, representa al mismo Espíritu Santo. El que nos fue dado con sus dones y frutos el día de nuestro bautizo y de nuestra confirmación, así como en la ordenación de diáconos, sacerdotes y Obispos. En el Antiguo Testamento, eran ungidos con el óleo de la consagración los reyes, sacerdotes y profetas, que prefiguraban al futuro Mesías, es decir, a Cristo, cuyo nombre significa, precisamente, «el ungido del Señor». El crisma es mezcla de aceite y aromas para significar «el buen olor de Cristo» que han de exhalar los bautizados.

Con el óleo de los catecúmenos, los niños y adultos bautizandos reciben la fuerza divina del Espíritu Santo para que puedan renunciar al mal, antes de que renazcan de la fuente de la vida con el agua regeneradora. El óleo de los enfermos, cuyo uso atestigua el apóstol Santiago, remedia las dolencias de alma y del cuerpo de los enfermos. Podrán, de esta manera, soportar y vencer el mal y conseguir el perdón de los pecados. El aceite simboliza el vigor y la fuerza del Espíritu Santo. Con este óleo el Espíritu Santo vivifica y transforma nuestra enfermedad y nuestra muerte en sacrificio salvador como el de Jesús.

Alegría compartida por celebrar la Eucaristía y poder sentarnos a la misma mesa en este día memorable

La fraternidad sacerdotal es, para nosotros sacerdotes y para los seminaristas llamados a serlo, un deber primordial y un compromiso. «Los presbíteros

–exhorta el Concilio Vaticano II– estén unidos con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración, y de una cooperación que abrace y comprenda todo»¹¹.

3. Nuestro querido Papa Juan Pablo II, de feliz recordación, decía a un grupo de sacerdotes y seminaristas:

«el genuino espíritu fraterno os llevará felizmente a atender con solicitud ejemplar a vuestros hermanos sacerdotes cuando estén afligidos por la enfermedad, por la pobreza extrema o por la soledad, cargados con las labores excesivas o cuando el peso de los años haga más fatigoso el trabajo apostólico... Particular atención os deben merecer las situaciones de un cierto desfallecimiento de los ideales sacerdotales o la dedicación a actividades que no concuerden íntegramente con lo que es propio de un ministro de Jesucristo. Es entonces el momento de brindar, junto con el calor de la fraternidad, la actitud firme del hermano que ayuda a su hermano a sostenerse en pie»¹².

Benedicto XVI termina de cumplir 84 años. Tengamos todos un recuerdo especial para él en esta Eucaristía y ofrezcámosle una respuesta comunitaria a la petición que nos hace: «Esforzaos por cultivar en vosotros las dos dimensiones constitutivas y complementarias de la Iglesia: la comunión y la misión, la unidad y la tensión evangelizadora»¹³. Que nos ayude a todos esta recomendación a «ser testigos de la sabiduría eterna, contenida en la palabra revelada»¹⁴.

¿Cómo? ¡Siendo sacerdotes santos! «Les daré su salario fielmente y haré con ellos un pacto perpetuo», nos ha dicho hoy el profeta Isaías. Dios dirige estas palabras a su pueblo, prometiendo que no faltarán sacerdotes que sigan actualizando la salvación de Cristo.

Se nos pide a nosotros que perseveremos en la vocación que hemos recibido como un don, y que llevemos a cabo la tarea en que estamos empeñados. Se espera también de nosotros que oremos al Dueño de la mies y que dediquemos tiempo y energías para que otros jóvenes puedan tomar un día en su mano las redes siendo, por el sacramento del Orden, nuevos pescadores de hombres.

Seguimos teniendo al alcance de la mano los medios, bien sencillos:

«Si bien el Sacerdocio de Cristo es eterno –precisaba el bien pronto Beato Juan

¹¹ PO 8.

¹² JUAN PABLO II, *Encuentro con sacerdotes en Lima* (14/5/1988).

¹³ BENEDICTO XVI, *Discurso a los alumnos de la academia eclesiástica pontificia* (20/5/2005).

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Encuentro con el clero en Varsovia* (25/5/2006).

Pablo II-, la vida del sacerdote es limitada. Cristo quiere que otros perpetúen a lo largo de los tiempos el sacerdocio ministerial por él instituido. Por esto, es preciso que mantengáis dentro de vosotros y a vuestro alrededor la inquietud por suscitar, secundando la gracia del Espíritu Santo, abundantes y selectas vocaciones sacerdotales entre los fieles. La oración confiada y perseverante, el amor a la propia vocación y una dedicada labor de dirección espiritual entre la juventud os permitirán discernir el carisma vocacional en las almas de los que son llamados por Dios»¹⁵.

El Resucitado, nuestro Redentor, conserva sus llagas de forma transfigurada. Y nosotros estamos inmersos, por la ordenación sacerdotal, en la Verdad, que no es sólo un concepto, sino que es la Persona misma de Cristo, Verdad hecha persona en la Encarnación del Verbo.

10. «HACED ESTO EN MEMORIA MÍA»

*Jueves Santo (A)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 21 de abril de 2011*

1. «Es la Pascua, el paso del Señor». Celebramos esta tarde la Santa Misa *in coena Domini* y hacemos memoria de lo que sucedió en el Cenáculo de Jerusalén aquella noche del Jueves Santo. Esta Eucaristía es el pórtico que nos introduce en los oficios sagrados del Triduo Pascual. Pongamos atención a lo que el Señor quiere decirnos por medio de su Palabra, tengamos despiertos los cinco sentidos, porque... ¡es la Pascua, el paso del Señor!

Ésta es la noche memorable en que el Dios de Israel «pasó» en medio de los egipcios para romper las cadenas de su pueblo y liberarlo de la opresión y la esclavitud. Éste es el acontecimiento que el pueblo elegido recordaría de generación en generación, porque Dios mostró el poder de su brazo hiriendo a Egipto y sellando una alianza con la sangre de un cordero sin mancha.

También hoy el Señor «pasa» a nuestro lado y quiere que emprendamos junto a Él un camino que nos llevará a la tierra de promisión, donde prevalecerá la libertad y la paz, la vida y la gracia, la justicia y la verdad. Por eso, vivamos este Triduo Pascual ofreciendo nuestro personal sacrificio de alabanza –como hemos escuchado en el salmo responsorial–, invocando el nombre del Señor, cumpliendo su voluntad, preparados para acompañar a Jesucristo en su Pasión,

¹⁵ JUAN PABLO II, *Encuentro con sacerdotes en Lima* (14/5/1988).

Muerte y Resurrección. Tengamos «la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano... porque es la Pascua, el paso del Señor».

2. «Cuando vea la sangre, pasaré de largo». En Egipto, el ángel del Señor pasó de largo ante las puertas cuyas jambas y dinteles habían sido teñidos con la sangre de corderos sacrificados: «La sangre será vuestra señal en las casas donde estéis –hemos escuchado en el Éxodo–; cuando vea la sangre, pasaré de largo».

Pidamos al Señor que no pase de largo cuando vea la «sangre de la nueva alianza» en medio de nuestra asamblea. Ya no es ésta la sangre de un cordero, sino la sangre de Jesucristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Entregándose como Víctima inocente ha puesto paz entre Dios y nosotros, echando por tierra el muro que nos separaba a Dios y a la humanidad. Jesucristo «se ofreció a sí mismo como víctima de salvación, y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya. Su carne inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre derramada por nosotros, es bebida que nos purifica» (*prefacio*).

3. «Los amó hasta el extremo». Esta tarde tan señalada Dios «sobrepasa» todo límite, se excede en su oferta de amor hacia los hombres: «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo». ¿Quién podría explicar, con palabras humanas, el alcance y la profundidad de este amor que fluye como un río caudaloso desde el corazón de Cristo?

El Hijo de Dios, nacido de María Virgen, se despojó de su divinidad y tomó la condición humana, carnal, haciéndose semejante en todo a nosotros menos en el pecado. Ahora, en la Santa Cena, Jesucristo se despoja de su manto y acepta la condición de siervo para lavar los pies a sus discípulos. Mañana, viernes santo, impartirá su última lección de amor: desnudo, alzado y clavado en el madero de la cruz, exhalará su último aliento vital y entregará su espíritu.

¿Cómo podríamos alcanzar a comprender este misterio tan profundo? El Creador se pone de rodillas ante su criatura, el Señor se hace humilde servidor de sus discípulos, el Dios de vivos se dejará «vencer» por las tinieblas de la muerte, para que nosotros reencontremos el camino verdadero que nos conduce a la vida eterna. «Éste es el Misterio de nuestra fe», proclama el sacerdote tras las palabras de la consagración. «Aclamad el Misterio de la redención». Y respondemos: «Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas».

Ante tal derroche de amor misericordioso, ¿cómo pagaremos al Señor todo el bien que nos hace? (cf. Sal 115). Es imposible devolverle el precio que ha satisfecho por nuestro rescate, por nuestra salvación. Sin embargo, Jesús sólo nos

pide que no pongamos obstáculos a su gracia y su perdón. Que no permitamos que caiga en saco roto tanto amor y tanta misericordia.

4. «Haced esto en memoria mía». El amor, como la verdad y el bien, se difunde por doquier y se multiplica como en el milagro de los panes y los peces. Si el Señor ha lavado los pies a sus discípulos, no ha sido únicamente para representar un papel en una función de teatro. No. Todo lo que hace tiene sentido y significación: «Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis», explica a los discípulos.

Les dirá, además, que «nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos». Lo que está pidiendo a los apóstoles con el gesto del lavatorio es que «multipliquen» su amor y disponibilidad amando y sirviendo a los hermanos como Él los ha amado a ellos. Ésta es la Nueva Alianza, el mandamiento nuevo: «que os améis unos a otros como yo os he amado».

Recordar es actualizar el amor a Aquél cuya memoria evocamos. Recordar es agradecer cuánto «le cuesta al Señor la muerte de sus fieles». Recordar es adorar con entrañable devoción a un Dios que se oculta bajo la apariencia humilde del pan y el vino consagrados.

11. «LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO»

*Jueves Santo (C)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 1 de abril de 2010*

1. «La noche en que fue entregado». Con esta Eucaristía vespertina, la Misa *in coena Domini*, abrimos las puertas del Triduo Pascual. Recordamos y actualizamos sacramentalmente aquella noche de luna nueva primaveral, en que nuestro Señor fue entregado por nosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Levantemos, por tanto, nuestro corazón (*sursum corda*, se decía antes) para dejar que la Palabra proclamada y el Pan y el Vino consagrados nos den fuerzas en nuestro peregrinaje hacia la Pascua de Jesucristo. Como reza la liturgia hispánica en una de las oraciones del Jueves: «venimos, Señor, con la asamblea de todo el pueblo, para dar solemne inicio a la celebración de la Pascua».

Hemos iniciado el rito de entrada con una antífona que no apunta a la Eucaristía ni a la caridad fraterna, sino a la Pascua de la muerte y resurrección: «nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: en Él está nuestra salvación, vida y resurrección». Las palabras que hoy escuchamos –el

mandamiento nuevo y la institución de la Eucaristía–, así como los gestos que hoy se muestran a nuestros ojos –el lavatorio– nos conducen al misterio profundo e insondable de la cruz. El pan y el vino de la Cena pascual, la jofaina y la toalla para lavar los pies, la plegaria de Cristo al Padre intercediendo por los discípulos, todo ello queda rubricado de un modo misterioso y definitivo en el Siervo de Yahvé, colgado de un madero. Como decimos en la oración colecta: «Celebramos aquella memorable cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el banquete de su amor». Ciertamente, la Eucaristía es la celebración de la Alianza que Jesús selló en la cruz: «el sacrificio nuevo de la Alianza eterna» (*oración colecta*).

2. «Os he dado ejemplo». El gesto simbólico del lavatorio apunta claramente, como he dicho, a la muerte del Siervo, que se entregó por todos en la cruz. No es un rito de purificación, un protocolo para cumplir las normas judías sobre la higiene antes de las comidas, sino una acción simbólica que sólo podrá entenderse a la luz del misterio pascual. En san Juan, el lavatorio sustituye, en cierto modo, a la institución de la Eucaristía. Ambos gestos simbolizan el don de sí mismo que Jesús está a punto de realizar, mostrando el sentido último de su entrega y sacrificio por amor a los hombres.

La frase eucarística «haced esto en memoria mía» se transforma aquí en «os he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis». Jesucristo se hará presente en medio de los suyos, una vez resucitado, a través del pan y el vino consagrados, pero también en la vida cotidiana, a través del servicio a los otros, un servicio no adulterado por la de dominio y poder.

En el contexto del Año Sacerdotal, la imagen de Jesús arrodillado para lavar los pies de los apóstoles está llena de significado para los sacerdotes. Un autor de la primitiva Iglesia comenta así este relato evangélico:

«¿Qué es, pues, lo que hacía Jesús lavando los pies a sus discípulos? Lavándose los y enjugándose los con una toalla que se había ceñido, Jesús devolvía la belleza a estos pies para el momento en que irían a anunciar la buena noticia. Me parece que es entonces cuando se cumple la palabra profética: "¡Qué hermosos son los pies del mensajero que anuncia la buena noticia!"... Los pies de los apóstoles se han embellecido a fin de que puedan poner el pie sobre el camino santo y andar en Aquél que ha dicho: "Yo soy el camino"»¹⁶.

Dejemos los sacerdotes que Jesús, Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, purifique nuestro corazón para amarlo por encima de todo; lave nuestros labios

¹⁶ ORÍGENES, *Comentario sobre san Juan*, 32, 25–35. 77–83.

para anunciarlo con fidelidad y valentía; sostenga nuestras manos para tenerlas siempre tendidas al hermano; y siga enjugando nuestros pies para no abandonarlo ni negarle jamás ante los hombres, para que no nos apartemos nunca de Él, que es el Camino la Verdad y la Vida.

3. «Los amó hasta el extremo». El Señor ama «hasta el extremo» del amor porque «nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Y también ama hasta el final de su existencia, es decir, hasta el último instante en que entregará el Espíritu en la cruz. Jesucristo no habla de cualquier tipo de amor, sino de un amor sin condiciones, sin límites, sin esperar ni exigir nada a cambio. Y la medida de este amor es como Él ha amado: hasta dar la vida. Además, es un amor que se hace visible en el servicio a los demás y que ha de caracterizar a los discípulos del Señor. Comulgar el Cuerpo y la Sangre de Cristo debe llevarnos a ser servidores de los demás. La caridad no es un añadido de la Eucaristía; la caridad pertenece a la misma entraña del sacramento del amor.

Por eso Pablo reprende a los Corintios que tengan la celebración eucarística sin progresar en la fraternidad. El Apóstol de los gentiles nos recuerda que Jesús instituyó la Eucaristía en la Última Cena: «el Señor, la noche en que iban a entregarlo, tomó pan...». Desde entonces, el pan partido y repartido entre sus discípulos es su cuerpo entregado a la muerte; y el vino es su sangre derramada en la cruz. Jesús, que muere en la cruz con amor y por amor, quiere dejar un signo permanente de este amor para que tengamos vida, una vida plena y dichosa.

4. «Haced esto en memoria mía». En la Eucaristía participamos de la Pascua, de la que participamos desde el día de nuestro bautismo: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos con Él sepultados por el bautismo en su muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rom 6,3-4).

Pero, además, el Señor nos encargó que celebráramos, hasta su vuelta, un memorial de esa Pascua en forma de comida, participando de su Cuerpo entregado y de su Sangre ofrecida por la humanidad. Es lo que nos recuerda hoy san Pablo al recoger las palabras de la institución eucarística: «Haced esto en memoria mía». Al celebrar el sacramento del amor recordamos aquel primer jueves santo de la historia, actualizamos y conmemoramos la muerte y resurrección de Jesús, y vamos abriendo un surco con el arado de la esperanza que nos dirige hasta el día en que podamos celebrar la Pascua definitiva. En este sentido, las palabras del apóstol definen bien lo que es la Eucaristía: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que venga».

5. La plenitud del amor. Dice san Agustín, al comentar el evangelio de san Juan:

«El Señor quiso dejar bien claro en qué consiste aquella plenitud del amor con que debemos amarnos mutuamente, cuando dijo: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos". Consecuencia de ello es lo que nos dice el mismo evangelista Juan en su carta: "Cristo dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos", amándonos mutuamente como Él nos amó.

Es la misma idea que encontramos en el libro de los Proverbios: "Sentado a la mesa de un señor, mira bien qué te ponen delante, y pon la mano en ello pensando que luego tendrás que preparar tú algo semejante". Esta mesa de tal señor no es otra que aquella de la cual tomamos el cuerpo y la sangre de aquel que dio su vida por nosotros. Sentarse a ella significa acercarse a la misma con humildad. Mirar bien lo que nos ponen delante equivale a tomar conciencia de la grandeza de este don. Y poner la mano en ello, pensando que luego tendremos que preparar algo semejante, significa que así como Cristo dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Como dice el apóstol Pedro: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas". Esto significa preparar algo semejante»¹⁷.

Concluyo con unos bellos versos de un sacerdote poeta y liturgo, profesor mío en el Seminario de Astorga, D. Bernardo Velado Graña:

«Dos mil años después de tu venida
te espera nuestro mundo en nuevo adviento;
sólo contigo cobrará el aliento
para vivir la tierra envejecida.

Tú eres la luz de su razón perdida,
el agua viva de que está sediento,
el verdadero pan del hombre hambriento;
vencedor de la muerte, eres la Vida.

Eres alfa y omega de la Historia
que vive de tu cruz y tu victoria.
Tú descubres al hombre qué es ser hombre
y le ayudas a serlo y lo levantas.
Por eso el mundo entero ante tus plantas
confiesa el Nombre sobre todo nombre.»

¹⁷ S. AGUSTÍN, *Sobre el evangelio de Juan* 84,1–2 (Miércoles Santo, oficio de lectura).

12. «PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU»

Viernes Santo (A)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 2 de abril de 2010

1. La misericordia del Señor es eterna. El viernes santo, la Iglesia entera conmemora la Pasión del Señor. La liturgia de este día se reviste de una austeridad que, en su sencillez litúrgica, resulta solemne y sugerente. Se nos invita a contemplar, adorar y postrarnos ante el símbolo de nuestra salvación: la cruz, árbol de donde brotan la vida y la gracia a raudales. Esta cruz, que escandalizaba a los judíos y para los paganos era necedad y locura, se erige como prueba irrefutable del amor misericordioso de Dios para con sus hijos.

«Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino», acabamos de escuchar en el libro del profeta Isaías. Caminábamos como nómadas errantes, cansados y sin horizontes de esperanza, hasta que Jesucristo, nuestro Buen Pastor, subió al madero para que, poniendo nuestros ojos sólo en Él, pudiésemos encontrar el camino de la salvación, el lugar donde brotan las «fuentes tranquilas» del perdón de los pecados y el refugio en que el Señor «repara nuestras fuerzas» con el bálsamo de su Palabra y los sacramentos (cf. Sal 22).

La adoración de la cruz es un gesto elocuente y muy significativo. El celebrante, sosteniendo entre sus manos al Crucificado y mostrándolo a la asamblea, dice: «Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo». Mirar el árbol de la cruz significa grabar esta imagen en nuestro corazón y en nuestro pensamiento, para recordar con agradecimiento y cantar las misericordias del Señor. Como leemos en la Carta a los Hebreos: «Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente». Hoy ponemos en alto la cruz para pedir a Dios que, mirando el sacrificio redentor de su Hijo, «recuerde que su ternura y su misericordia son eternas» (*oración inicial*).

2. Jesucristo se hizo obediente para que obedezcamos. En su primera carta, san Pedro recoge este hermoso cántico: «Cristo padeció por nosotros dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas... sus heridas nos han curado». Los sufrimientos padecidos por el Hijo de Dios y su muerte ignominiosa en el Calvario no son un espectáculo que hemos de contemplar como simples espectadores. Sus palabras, sus gestos, toda su vida son un itinerario que nos va indicando el camino que hemos de seguir para llegar al Padre. Y Él no sólo nos señala qué sendero tomar, sino que se ha convertido en el Camino mismo, dándonos un testimonio de fidelidad absoluta a la voluntad del Padre. En efecto, Jesucristo obedeció y cumplió fielmente la voluntad de Dios para que también nosotros,

sus discípulos, aprendiéramos a ser obedientes y fieles, en medio de las pruebas y del sufrimiento.

El Buen Pastor ha muerto por todas sus ovejas para que también nosotros estemos dispuestos a dar nuestra vida por los hermanos; se ha inmolado en la cruz como víctima inocente para que también nosotros ofrezcamos nuestros cuerpos como sacrificio de expiación, completando así lo que falta a su Pasión. Jesucristo, Sumo Sacerdote, intercede por todos y nos une en su único sacerdocio, para que los cristianos intercedamos por la humanidad entera. En la oración universal, uniéndonos a Jesucristo como mediadores entre Dios y los hombres, elevaremos nuestras súplicas para pedir por la Iglesia, por el Papa y los ministros sagrados, los fieles y los catecúmenos. Invocaremos la ayuda del Todopoderoso para que conceda la unidad a los cristianos, para que extienda el poder de su brazo sobre el pueblo judío, sobre los que no creen en Cristo y quienes tampoco creen en Dios.

Finalmente, nuestra oración concluirá implorando la paz y libertad, sin olvidar las necesidades de los atribulados: hambrientos, perseguidos, emigrantes, desterrados, enfermos y agonizantes, tantos y tantos millones de crucificados que nos gritan desde su angustia. Seamos para todos ellos como nuevos cirineos, dispuestos a hacer más llevadera su cruz.

3. La cruz, símbolo del amor más grande. Con su muerte en la cruz, Jesús abre las puertas de la nueva Alianza, transfigura la vieja ley de Moisés en la nueva Ley del amor, cambiando, ante todo, el concepto de Dios. Pasando del Dios–temor al Dios–amor y descubriendo, por consiguiente, que el eje central de toda ley tiene que ser ese amor. Como escribió Martín Descalzo:

«Jesús, en la ley, introduce tres cambios fundamentales: la personaliza, la relativiza, la radicaliza. La personaliza: se pone él en lugar de la ley. El cumplimiento de la ley es Cristo, dirá con exactitud san Pablo (Rom 10,14)... Cristo –ha escrito Cabodevilla– es la ley del cristiano, como el amado es la ley del amante... Los amantes no se obedecen, sino que se pertenecen, luchan por ser una sola voluntad y una sola carne... Jesús, en segundo lugar, relativiza la ley. Ésta se vuelve esclavizadora cuando se la convierte en absoluto. Y Jesús somete la ley al "relativismo" del amor... Para Jesús la ley no es un absoluto. Absoluto sólo es Dios. Y, además, la radicaliza (porque) la ley es sustituida por la fe y la caridad. La fe va mucho más allá que la obediencia material; la caridad es mucho más exigente que el simple cumplimiento. Porque la ley dice de dónde no se puede pasar y el evangelio hasta dónde hay que llegar: hasta ser perfectos como es perfecto nuestro Padre, es decir, hasta el imposible»¹⁸.

¹⁸ J. L. MARTÍN DESCALZO, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, II, Sígueme, Salamanca 2000, pp. 172–173.

Muramos hoy con Cristo para resucitar con Él mañana, en la solemne Vigilia Pascual, renovando jubilosos las promesas de nuestro bautismo, reavivando la llama de nuestra fe a la luz del Cirio Pascual y lavando nuestras almas en el agua bautismal que nos dio la vida nueva.

13. «LA CRUZ SE LEVANTA EN EL CENTRO DEL MUNDO»

(S. Efrén)

Viernes Santo (B)

S.I. Catedral de El Salvador

Orihuela, 10 de abril de 2009

1. La misericordia del Señor es eterna. La liturgia de este viernes de la Pasión del Señor se reviste de una austeridad que, en su sencillez, no deja de ser solemne y expresiva, rica de contenido. Se nos invita en ella a contemplar, adorar y postrarnos ante el símbolo de nuestra salvación: la cruz, árbol del que, por derramar la gracia a raudales, brota la vida. Esta cruz, escándalo para los judíos y necedad y locura para los paganos, se erige como prueba irrefutable y argumento incontestable del amor misericordioso de Dios a los hombres.

Hoy, viernes santo, el Maestro nos da su última lección de amor: desnudo, alzado y clavado en el madero, entrega su espíritu al Padre. «Todo está cumplido»: el Señor se ha hecho Siervo por amor, el Dios de vivos se ha dejado «vencer» por las tinieblas de la muerte, para que reencontremos el camino verdadero que nos lleva a la vida definitiva. «Éste es el Misterio de nuestra fe», anuncia emocionado el sacerdote después de la consagración. O también: «Aclamad el Misterio de la redención». Y el pueblo responde, conmovido: «Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas».

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?», pregunta el salmista (Sal 115). Lo que hoy nos pide Dios es que abramos el corazón a su perdón generoso. Que no dejemos caer en saco roto su gracia. Que no demos la espalda a tanto amor derramado en Jesucristo.

2. Adoremos la santa cruz. Un rito elocuente y significativo ocupa esta tarde el centro de la celebración: la adoración de la cruz. El celebrante, sosteniendo entre sus manos al crucificado y mostrándolo a la asamblea, canta: «Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo». Pide que pongamos los ojos de la fe y del corazón en la cruz, porque sólo se recuerda lo que contemplamos con amor y gratitud. Miremos el árbol de la cruz, para cantar

las misericordias del Señor. «Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente», pide el autor de la carta a los Hebreos.

Hoy también ponemos en alto la cruz y rogamos al Padre que, fijándose en el cuerpo malherido de su Hijo, «recuerde que su ternura y su misericordia son eternas» (*oración inicial*), que «no deje de su mano la obra que ha comenzado en nosotros, para que nuestra vida, por la comunión en este misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, se entregue con verdad a su servicio» (*oración post-comunión*).

3. Jesucristo se hizo obediente para que obedezcamos. En su primera carta, san Pedro recoge este hermoso cántico: «Cristo padeció por nosotros dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas». Los sufrimientos de Jesús y su muerte ignominiosa en el Calvario no son un espectáculo que podamos ver como simples espectadores. Sus palabras y gestos, toda su vida es un itinerario que nos indica el camino para llegar al Padre. Es más, Jesucristo se ha convertido Él mismo en el Camino al regalarnos el testimonio de su fidelidad absoluta al Padre. «No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades –leemos en la carta a los Hebreos–, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado... Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación».

Más aún. Cristo ha hecho de su paso por el mundo un sacrificio de alabanza a Dios; su verdadero alimento fue cumplir la voluntad del Padre que está en el cielo: «El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?». Ésta es la senda que se abre ante nosotros, si queremos llevar con dignidad el nombre de «cristianos». Aprendemos de Jesús lo que significa la obediencia, no una obediencia constreñida y meramente legalista, sino una obediencia practicada por amor y con amor, a Cristo y a los hermanos, una obediencia pronta y alegre. Nuestro Papa Benedicto XVI, al comentar la parábola del hijo pródigo, subraya que «Dios es (para los fariseos) sobre todo ley; se ven en una relación legal con Dios y, en este sentido, están en regla con Él. Pero Dios es mayor: tienen que convertirse del Dios-ley al Dios mayor, al Dios del amor. Entonces no renunciarán a su obediencia, pero ésta manará de fuentes más profundas y será, por tanto, mayor, más abierta y más pura, pero sobre todo también más humilde» (*Jesús de Nazaret*).

4. La cruz, fuente de perdón y reconciliación. El Buen Pastor muere por sus ovejas, para que también nosotros vivamos dispuestos a dar nuestra vida por los hermanos; se inmoló en la cruz como víctima inocente para que ofrezcamos nuestros cuerpos como sacrificio agradable a Dios, completando así lo que

falta a su Pasión. Como Sacerdote eterno, Jesucristo intercede por nosotros para que seamos intercesores en medio de nuestro mundo. Ved que, en la oración universal de esta tarde, uniéndonos a Cristo como mediadores entre Dios y los hombres, elevaremos nuestras súplicas, para pedir por la Iglesia, por el Papa y los ministros sagrados, por los fieles y los catecúmenos. Invocaremos la ayuda del Todopoderoso pidiendo la unidad de los cristianos. Rogaremos que extienda el poder de su brazo sobre el pueblo judío, y sobre los que no conocen a Cristo o dicen no creer en Dios.

Nuestra oración universal concluirá implorando la paz y libertad, sin olvidar a los hambrientos, perseguidos, emigrantes, desterrados, enfermos y agonizantes, tantos y tantos hermanos crucificados que, desde su angustia, repiten: «Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo». Acerquémonos a ellos, acompañémoslos en su pasión, confortémoslos en su dolor y, como cirineos de este tercer milenio, hagamos más llevadera su cruz.

El misterio de la cruz reaparece en nuestra historia en medio de innumerables injusticias, violencias y enfrentamientos. Es un misterio que suscita interrogantes difíciles de responder, pero que nos abre la puerta del corazón de Dios, siempre compasivo y misericordioso:

«¡Cuántas preguntas se nos imponen en este lugar! –decía el Papa hace tres años en el campo de concentración de Auschwitz–. Siempre surge de nuevo la pregunta: ¿dónde estaba Dios en esos días? ¿Por qué permaneció callado? ¿Cómo pudo tolerar este exceso de destrucción, este triunfo del mal?... Nosotros elevamos nuestro grito a Dios para que impulse a las personas a arrepentirse, a fin de que reconozcan que la violencia no crea la paz, sino que sólo suscita otra violencia, una espiral de destrucciones en la que, en último término, todos sólo pueden ser perdedores. El Dios en el que creemos es un Dios de la razón, pero de una razón que ciertamente no es una matemática neutral del universo, sino que es una sola cosa con el amor, con el bien. Nosotros oramos a Dios y gritamos a los seres humanos, para que esta razón, la razón del amor y del reconocimiento de la fuerza de la reconciliación y de la paz, prevalezca sobre las actuales amenazas de la irracionalidad o de una razón falsa, alejada de Dios»¹⁹.

Muramos hoy con Cristo para resucitar con Él mañana, en la solemne Vigilia Pascual. Acerquémonos al sacramento de la confesión que la Iglesia Madre nos ofrece y renovemos jubilosos las promesas de nuestro bautismo, reavivando la llama de nuestra fe a la luz del Cirio Pascual y lavando nuestras almas en el agua bautismal que nos dio la vida nueva. San Efrén aseguró: «el Señor reina, la

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso* (28/5/2006).

creación está llena de gozo. La cruz triunfa y todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos vienen a adorarla en una sola Iglesia, una sola fe, un solo bautismo en la caridad. La cruz se levanta en el centro del mundo, fijada sobre el Calvario»; y san León Magno llegó a decir que «a ninguno de los pecadores se le niega su parte en la cruz, ni existe nadie a quien no auxilie la oración de Cristo».

14. «TU CRUZ ADORAMOS, SEÑOR»

*Viernes Santo (C)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 6 de abril de 2007*

1. «Él fue traspasado por nuestras rebeliones». El último de los cánticos del Siervo habla de un personaje, identificado con Cristo por la tradición cristiana, que sufre pacientemente y que, al final, es glorificado por Dios. Este Siervo sufriente fue despreciado y desfigurado; siendo inocente, sufrió las consecuencias del pecado de los otros; padeció en silencio; fue condenado injustamente y colocado en una tumba como un malvado.

Su dolor, sin embargo, entraba en los planes de Dios: al final, el Siervo tendrá éxito y será glorificado; su exaltación provocará admiración; en contra de la condena que pesaba sobre él, será declarado inocente y sus sufrimientos servirán de expiación para que otros sean declarados justos.

2. «Aprendió a obedecer y se ha convertido en autor de salvación». Jesucristo es el verdadero Sumo Sacerdote. Por una parte, es el Hijo de Dios, que ha penetrado definitivamente en «los cielos». Por otra parte, se subraya su plena condición humana, pues «ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado».

Podemos acercarnos a Él para obtener misericordia, ya que, a pesar de ser Hijo, padeció el sufrimiento. En medio del dolor y la humillación «aprendió», es decir, vivió y manifestó su extrema obediencia al Padre, alcanzando así la resurrección y convirtiéndose en fuente de salvación para todos nosotros.

3. Pasión según san Juan. Para este evangelista, los padecimientos y la crucifixión del Señor son el camino a la gloria; es el rey que, victorioso, vence al mundo y al príncipe de este mundo; elevado sobre la cruz juzga al mundo y atrae a todos hacia Él.

El episodio del huerto muestra el enfrentamiento entre la luz y las tinieblas. Judas y sus acompañantes, que se presentan con «faroles y antorchas», encarnan el rechazo a la luz verdadera, a Cristo, «luz del mundo». Él es el Buen Pastor que

no abandona a sus ovejas: «Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos». Su Reino no es de este mundo. Su Reino se basa en «la verdad», y se entra en él aceptando su palabra: «Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

4. Centralidad de la cruz. La cruz es el lugar de la victoria de Cristo, ya no un lugar de suplicio o dolor. Con la cruz, la Iglesia proclama la victoria del Salvador sobre la muerte, el triunfo de su amor. Por eso, se ha convertido en el signo de nuestra redención.

Junto a la cruz está la Iglesia: aparece congregada simbólicamente en la persona de «su Madre» y del «discípulo que tanto quería». El discípulo, figura del creyente, acoge a la Madre de Jesús como suya.

En la celebración de hoy contemplamos la cruz desde diferentes perspectivas. En la liturgia de la Palabra, la pasión y crucifixión es anunciada en las lecturas, explicada en la homilía e invocada en la oración universal. En la adoración de la cruz, la pasión y crucifixión es venerada. Finalmente, al comulgar recibimos, en el pan consagrado, el cuerpo del Crucificado.

5. El dolor de toda la humanidad. Se puede decir que, en la cruz de Cristo, están representados todos los que han sufrido antes y después de Él: los que son tratados injustamente, los enfermos y desvalidos, los que no han tenido suerte en la vida, los que sufren los horrores de la guerra, el hambre o la soledad, los crucificados de mil maneras. También en nuestro caso el dolor, como en el de Cristo, tiene valor salvífico.

Dios no está ajeno a nuestra historia. No es un Dios inaccesible, impasible. Por medio de su Hijo ha querido experimentar lo que es sufrir, llorar y morir. Nos ha salvado desde dentro. Cristo no sólo ha sufrido por nosotros, sino con nosotros y como nosotros. Ha asumido nuestro dolor, siendo un ejemplo para todos los que se sienten cansados en su camino de fe y tentados de tirar la toalla. Él puede «compadecerse de nuestras debilidades, porque ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado».

6. De la cruz brota la vida. Ese Cristo muerto en la cruz resucitará por el poder de Dios, y el destino de gloria que le espera es también el que nos espera a nosotros. No se nos ha asegurado que los que creamos en Jesús no vayamos a tener dificultades, experimentar la enfermedad, la soledad, el fracaso o la muerte. Pero, aunque no entendamos del todo el misterio del mal o de la muerte, sabemos que no son en vano, sino que tienen una fuerza salvadora y pascual, hacia la nueva vida que Dios nos promete.

Cuando hoy besamos la cruz, en signo de adoración a Jesucristo, le pedimos también que nos enseñe a vivir la nuestra cruz, pequeña o grande, con la

misma entereza con que Él la llevó sobre sus hombros. Cuando en la comunión recibimos su «cuerpo entregado por todos», agradecemos al Señor que su muerte redentora se nos comunique en este admirable sacramento.

7. Gloriémonos también nosotros en la cruz de Jesucristo. Es lo que predica san Agustín en este sermón:

«Grande es lo que el Señor nos promete para el futuro, pero es mucho mayor aún aquello que celebramos recordando lo que ya ha hecho por nosotros. Lo que ya se ha realizado es mucho más increíble: Dios ha muerto por los hombres.

Porque la Palabra de Dios *se hizo carne y acampó entre nosotros*. Así el inmortal pudo morir, así pudo dar su vida a los mortales; y hará que más tarde tengan parte en su vida aquellos de cuya condición Él primero se había hecho partícipe. Pues nosotros, por nuestra naturaleza, no teníamos posibilidad de vivir, ni Él, por la suya, posibilidad de morir. Él hizo, pues, con nosotros este admirable intercambio: tomó de nuestra naturaleza la condición mortal, y nos dio de la suya la posibilidad de vivir.

Por tanto, no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte de nuestro Dios y Señor, sino que hemos de confiar en ella con todas nuestras fuerzas y gloriarnos en ella por encima de todo. Confesemos, por tanto, intrépidamente y declaremos bien a las claras que Cristo fue crucificado por nosotros: y hagámoslo no con miedo, sino con júbilo, no con vergüenza, sino con orgullo.

El apóstol Pablo proclamó este misterio como un título de gloria. Y, siendo así que podía recordar muchos aspectos grandiosos y divinos de Cristo, no dijo que se gloriaba de estas maravillas, sino que dijo: *Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*²⁰.

15. «NO TEMÁIS. JESUCRISTO HA RESUCITADO, COMO HABÍA DICHO»

Vigilia Pascual (A)

*S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 22 de marzo de 2008*

1. En actitud de vigilancia activa, puesto que vigilia viene de velar, estar despierto, y significa exactamente «noche de vela», estamos acompañando a Cristo resucitado. Según una antiquísima tradición, ésta es una noche en vela en honor del Señor. «Para exhortarnos a imitarle –comenta san Agustín–, el bien-

²⁰ S. AGUSTÍN, *Sermón guelferbitano*, 3 (lunes santo, oficio de lectura).

aventurado apóstol Pablo menciona también sus frecuentes vigili­as, entre otras muchas pruebas de su virtud. ¡Cuánto mayor ha de ser nuestra alegría en la observancia de esta vigilia, en cierto modo la madre de todas las santas vigili­as, en la que todo el mundo está despierto!»²¹.

Las lecturas y el Evangelio nos han hablado de un nuevo futuro. El que se inicia con este cambio sustancial. Dios Creador dio el ser a las cosas y al hombre y puso en orden el caos. Comenzó entonces la historia de la salvación (*historia salutis*). Pablo nos ha hablado de que, por la muerte de Cristo, hemos sido sepultados para resucitar con Él.

2. San Mateo, en su evangelio, habla de la tumba vacía, del miedo de las mujeres que acompañaban a María Magdalena, y del encargo recibido para citar a los apóstoles en Galilea, donde tendría lugar la conversación más larga del Resucitado con ellos, después de la Pascua.

El anuncio del ángel, la imposibilidad de remover la piedra, el verla removi­da, todo, absolutamente todo contribuía a aumentar la confusión. Y es que la conversión es obra de Dios. La fe es un don de lo alto. Se inicia, por tanto, en este preciso momento, en la vida de estos primeros testigos un trato, una aceptación, un modo de ser y de actuar nuevos. Se inicia ahora y terminará en Pentecostés.

En nosotros, hermanos y hermanas, debe ocurrir lo mismo. Pidamos en esta noche santa una mentalidad nueva, un nuevo corazón y nuevas actitudes que funden un comportamiento plenamente pascual: corazón, palabras y obras.

3. ¿Cómo iniciar y experimentar este cambio? Pensando en las cosas de arriba un poco más. No tanto en las de abajo, que no sólo nos entretienen y ocu­pan, sino que nos absorben.

4. De la Pascua brotan los sacramentos de la salvación. El bautismo es nuestra Pascua personal, pues nos introduce a los cristianos, por el agua y la acción del Espíritu Santo, en el misterio de Cristo, que atraviesa la muerte y pasa a la vida. Por eso, esta noche renovamos las promesas bautismales y pedimos a Dios que avive «en nosotros el espíritu filial».

También tiene particular sentido, en esta Vigilia solemne, el sacramento de la Eucaristía. En él, celebramos que Jesús, el Señor resucitado, se nos entrega como el Pan que da la vida eterna, el alimento que repone nuestras fuerzas y levanta nuestro espíritu.

Inauguramos un nuevo ciclo pascual que nos introduce en siete semanas de fiesta, la Cincuentena, hasta el domingo de Pentecostés. Aprovechemos con-

²¹ S. AGUSTÍN, *Sermón* 219.

venientemente este tiempo que la Iglesia nos ofrece para que germine en nosotros esa vida nueva que Dios nos regala en su Hijo, vencedor de la muerte y del pecado.

5. Renacidos como hombres nuevos. Imploremos al Señor que, esta Pascua, abandonemos el hombre viejo que está agazapado en nuestro interior para dejar crecer al hombre nuevo, reflejo de Jesucristo, cuya imagen y semejanza habíamos perdido a raíz de la culpa original. Los dos discípulos de Emaús, que contemplaban la realidad con tintes negros y estaban, por eso, tan desanimados, empezaron a cambiar su modo de ver y de actuar cuando acogieron al caminante misterioso. Ellos supieron reconocerlo en la fracción del pan, después de haber escuchado con atención su Palabra. Y dieron testimonio de su encuentro con el Resucitado volviendo a los Once, a la Iglesia naciente, a la comunidad de la que se habían alejado y a la que regresaban alentados por una fe luminosa y llena de esperanza.

Permitidme que acabe con esta acción de gracias, que entresaco de la liturgia hispano-mozárabe:

«Digno y justo es que te demos gracias, a ti, Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios, y a Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro. Quien juntamente contigo y el Espíritu Santo, santificando este día con la hermosura de doble luz, lo dedicó a la luz y a la salvación, creando para ésta las cosas que no existían y salvando por la redención las ya creadas; haciendo a la luz primera por razón del tiempo, y haciéndola gloriosa por la restauración del hombre; creando en aquélla esta luz invisible, y manifestando en ésta la gloria de la Resurrección de hoy. En ésta, pues, Cristo, acabando con los dolores del infierno, triunfó después de vencido el diablo y muriendo la muerte venció, reconciliando con su sangre la tierra con los cielos» (*illatio*, en el Domingo de Resurrección).

16. «NO ESTÁ AQUÍ, HA RESUCITADO»

Vigilia Pascual (C)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 3 de abril de 2010

1. En actitud de vigilancia activa, puesto que vigilia significa exactamente «noche de vela», estamos acompañando a Cristo resucitado. Según una antiquísima tradición, ésta es una noche en vela en honor del Señor. «Para exhortarnos a imitarle –comenta san Agustín–, el bienaventurado apóstol Pablo menciona también sus frecuentes vigili­as, entre otras muchas pruebas de su virtud. ¡Cuánto

mayor ha de ser nuestra alegría en la observancia de esta vigilia, en cierto modo la madre de todas las santas viglias, en la que todo el mundo está despierto!»²².

San Pablo nos ha recordado que, por la muerte de Cristo, hemos sido sepultados para resucitar con Él. En efecto, Jesucristo es «el Viviente». Las mujeres que encuentran el sepulcro vacío se convierten ahora en heraldos de la buena noticia: ¡el sepulcro está vacío! Ellas comunican este anuncio a los apóstoles, pero éstos dudan. Creerán verdaderamente cuando ellos también tengan una experiencia personal del Resucitado.

Esta noche santa, dos mil años después, Jesucristo sigue vivo y presente en medio de nosotros, aunque no lo veamos, dando ánimos a sus discípulos. Necesitamos que en nuestros oídos y en el corazón resuenen aquellas palabras alentadoras del ángel: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?».

El acontecimiento que da sentido a nuestra fe es que el sepulcro está vacío. La fuerza de Dios ha levantado a Jesucristo a una nueva existencia, plena y glorificada. Ese sepulcro vacío es un símbolo elocuente de la victoria total de Cristo sobre la muerte. No seguimos a un muerto, por importante que hubiera sido en vida. Seguimos a uno que está vivo. ¡No busquéis entre los muertos al que vive!

2. «Por el bautismo hemos muerto y resucitado con Cristo». Las lecturas que hoy se han proclamado nos enseñan a agradecer a Dios su creación, obra de su sabiduría, poder y amor, y a reconocer en Cristo al nuevo Adán. El paso del Mar Rojo y la liberación nos recuerda que nuestra vida es un continuo éxodo en el que hemos de renovar continuamente nuestra libertad como hijos de Dios, siguiendo al nuevo y definitivo Moisés: Jesucristo. Y la voz de los profetas nos anima a confiar en la misericordia y el amor de Dios, siempre fiel a pesar de nuestros fallos, que cumple su promesa a través de la Nueva Alianza en la sangre de Cristo.

San Pablo, en su epístola a los Romanos, nos invita a renovar la gracia que Dios nos regaló el día de nuestro bautismo al hacernos hijos suyos. Entrando en las aguas del bautismo, el creyente es incorporado simbólicamente a la muerte de Cristo; saliendo de las aguas renace a una vida nueva y fortalecida por los sacramentos de la salvación. El Bautismo es nuestra Pascua personal. Por eso renovamos esta noche las promesas bautismales y pedimos a Dios que derrame sobre nosotros su bendición y mantenga nuestros pasos firmes en su fidelidad. Por el sacramento del Bautismo hemos recobrado la condición de hijos, que habíamos perdido por el pecado original. En una de sus homilías, explica el Papa:

²² S. AGUSTÍN, *Sermón* 219.

«En las promesas bautismales encendemos nuevamente, año tras año, la luz de nuestras velas: sí, creo que el mundo y mi vida no provienen del azar, sino de la Razón eterna y del Amor eterno... Sí, creo que en Jesucristo, en su encarnación, en su cruz y resurrección, se ha manifestado el Rostro de Dios; que, en Él, Dios está presente entre nosotros, nos une y nos conduce hacia nuestra meta, hacia el Amor eterno. Sí, creo que el Espíritu Santo nos da la Palabra de verdad e ilumina nuestro corazón. Creo que en la comunión de la Iglesia nos convertimos todos en un solo Cuerpo con el Señor y así caminamos hacia la resurrección y la vida eterna. El Señor nos ha dado la luz de la verdad. Al mismo tiempo esta luz es también fuego, fuerza de Dios, una fuerza que no destruye, sino que quiere transformar nuestro corazón, para que seamos realmente hombres de Dios y para que su paz actúe en este mundo»²³.

3. De los sacramentos a la vida pascual. En esta Pascua se tiene que notar que algo ha cambiado, que hay en nosotros más alegría y esperanza, más generosidad y entrega hacia los hermanos.

«Ser bautizados –dice Benedicto XVI– significa que... la luz de Dios entra en nosotros; así nos convertimos nosotros mismos en hijos de la luz. No queremos dejar que se apague esta luz de la verdad que nos indica el camino. Queremos protegerla frente a todas las fuerzas que pretenden extinguirla para arrojarnos en la oscuridad sobre Dios y sobre nosotros mismos. La oscuridad, de vez en cuando, puede parecer cómoda. Puedo esconderme y pasar mi vida durmiendo. Pero nosotros no hemos sido llamados a las tinieblas, sino a la luz»²⁴.

Renacidos como hombres nuevos, imploremos al Señor que, esta Pascua, abandonemos el hombre viejo que está agazapado en nuestro interior para dejar crecer al hombre nuevo, reflejo de Jesucristo, cuya imagen y semejanza habíamos perdido a raíz de la culpa original.

Los dos discípulos de Emaús, que contemplaban la realidad con tintes negros y estaban, por eso, tan desanimados, empezaron a cambiar su modo de ver y de actuar cuando acogieron al caminante misterioso. Ellos supieron reconocer a Jesús en la fracción del pan, después de haber escuchado con atención su Palabra. Y dieron testimonio de su encuentro con el Resucitado volviendo a los apóstoles en el Cenáculo, es decir, a la Iglesia naciente, a la comunidad de la que se habían alejado y a donde regresaban alentados por una fe luminosa y llena de esperanza.

²³ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Vigilia Pascual* (22/3/2008).

²⁴ *Ibidem*.

17. «¡RESUCITÓ DE VERAS MI AMOR Y MI ESPERANZA!»

Domingo de Resurrección (A)

Basílica de Santa María

Elche, 23 de marzo de 2008

1. «Si fuisteis resucitados con Cristo –escribía san Pablo a los Colosenses–, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (3,1).

Está hablando el Apóstol de la resurrección espiritual a la vida de la justicia, lograda por la fe en Cristo y por su gracia. El bautismo nos ha hecho morir al pecado y nos ha hecho renacer a una vida nueva, que tendrá su manifestación gloriosa en el cielo. Ahora, por una conversión progresiva y continuada, hemos de revestirnos cada vez más, por la fe, la esperanza y el amor, de la imagen de Cristo, ya resucitado. Somos ciudadanos del cielo, aunque recorramos todavía la etapa de preparación, como miembros de Cristo en quienes habitan la gracia y el Espíritu Santo.

2. Volvamos brevemente a las lecturas que se han proclamado:

En la 1ª lectura, Pedro se dirige al centurión Cornelio: Dios Padre resucitó a su Hijo y la resurrección de Cristo es prenda, garantía y anticipo de nuestra propia resurrección.

En nuestra unión íntima vital, cada día más fuerte con Cristo, está nuestra fortaleza, hemos escuchado en la 2ª lectura. «Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3). ¿Qué podemos hacer cuando actuamos solos? Las palabras «hombre» y «hambre» –escribía un sacerdote periodista– se parecen muchísimo.

La Magdalena, Pedro y Juan detectan el sepulcro vacío (Jn 20,1–9). Este hecho no basta para fundamentar la fe en la resurrección. La fe viene de arriba, como un don de Dios, y nos hace entender que resucitar no es volver a la vida de antes (como en el caso de Lázaro), sino que consiste en una vida nueva, totalmente transformada en Dios.

3. De ahí que la Pascua, fiesta de la resurrección del Señor, sea para todos fiesta de la luz, de la alegría, del triunfo, de la vida, de la libertad frente al pecado (Rom 6,17–18) y fiesta de la esperanza, porque nos asegura nuestro salto definitivo. Desde la fe en la resurrección podemos comprender y descubrir que Jesús no es un espíritu (como pensaban los Once), ni el hortelano (según creía María Magdalena), ni un peregrino (así les pareció a los de Emaús).

El cirio encendido en la Vigilia Pascual no volverá a conocer ocaso (*pre-*

gón). De hecho, vendrán enseguida las apariciones, los encuentros en el Cenáculo, el lago de Tiberíades, Jerusalén, Galilea, el partir y repartir nuevamente el pan juntos... y Tomás tendrá oportunidad de introducir su mano en el costado del Maestro...

4. «No tengáis miedo», repetía incansable nuestro recordado y admirado Juan Pablo II. No tengáis miedo tampoco vosotros.

«La humildad de Cristo –recordaba san Agustín a sus hijos– nos enseña a ser humildes, porque Él, al morir, cedió ante los impíos; su excelsitud nos hace excelsos, porque Él, al resucitar, precedió a los justos...

Pasados los días de nuestra humillación, llegará el tiempo de nuestra excelsitud; aunque aún no en el descanso de la visión, sí en la satisfacción de contemplarlo en las celebraciones que lo simbolizan. Ahora, pues, recobren intensidad los gemidos de nuestra oración; entonces, exultaremos con mayor gozo llenos de alabanza»²⁵.

Dirán algunos: este empeño es costoso. Lo sé. Pero hemos de recordar que no hay fidelidad sin amor, ni amor sin renunciaciones. Y que la gracia de Dios todo lo puede. ¡Es la gracia de Cristo resucitado y vivo!

5. Cristo es todo: en cuanto juzga, es Ley; en cuanto enseña, Maestro (*Logos*); en cuanto salva, Gracia y Perdonador; en cuanto sufre, Cordero que quita los pecados del mundo; en cuanto crucificado y sepultado, Hombre; en cuanto resucitado y glorificado, Dios e Hijo Único del Padre.

Sí, Cristo es todo, Él nunca nos quita nada, sino que nos lo da todo en Él, con Él y por Él.

San Máximo de Turín decía:

«¡Qué regalo tan grande y maravilloso nos ha hecho Dios, hermanos míos! En Pascua, día de la salvación, el Señor resucita y otorga la resurrección al mundo entero. Se levanta desde las profundidades de la tierra hasta los cielos y, en su cuerpo, nos hace subir hasta lo alto.

Todos nosotros, los cristianos, somos el cuerpo y los miembros de Cristo, afirma el Apóstol (cf. 1 Cor 12,27). Al resucitar Cristo, también los miembros han resucitado con Él; y mientras Él pasa por los infiernos a la tierra, nos ha trasladado de la muerte a la vida. "Pascua", en hebreo, significa "paso" o "partida". ¿Y qué significa este misterio sino el tránsito del mal al bien? ¿Y qué tránsito! Del pecado a la justicia, del vicio a la virtud, de la vejez a la infancia. Hablo aquí de la infancia en el

²⁵ S. AGUSTÍN, *Sermón* 206,1.

sentido de sencillez, no de edad. Ayer, la vejez del pecado nos encaminaba hacia la ruina; hoy, la resurrección de Cristo nos hace renacer a la inmortalidad de la juventud. La sencillez cristiana hace suya la infancia»²⁶.

¡Santa, muy santa Pascua a todos y cada uno! Los cincuenta días que van desde el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés se celebran con viva alegría, como si se tratara de un solo y único día festivo, ciertamente como «un gran domingo», en frase de san Atanasio.

Éstos son los días en que principalmente se canta el «Aleluya». ¡Que nuestra voz responda y corresponda a nuestra alegría interior!

18. «SERÉIS MIS TESTIGOS... HASTA LOS CONFINES DEL MUNDO»

*Ascensión del Señor (C)
Parroquia San Francisco de Asís
Elche, 16 de mayo de 2010*

1. «Subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios». Este artículo de fe que proclamamos todos los domingos nos ayuda a recordar, con alegría y esperanza, que el triunfo de Jesucristo sobre la muerte y el pecado es también un triunfo que nosotros, sus discípulos, compartimos con Él.

La fiesta de la Resurrección de Cristo se completa con este misterio de su Ascensión gloriosa a los cielos, y culminará, el domingo próximo, con la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente. En verdad, «el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres», porque la victoria de Cristo Resucitado constituye anuncio y promesa, anticipo y prueba de esa vida en plenitud que ofrece a los que escuchan su voz y cumplen sus mandatos. Él «ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino» (*prefacio I de la Ascensión*).

2. Una historia sin capítulo final. La historia de la salvación todavía no ha concluido. Comienza con la creación del mundo y, entretejida por el testimonio de los patriarcas, jueces y profetas del Antiguo Testamento, alcanza su punto álgido en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, hecho hombre en Jesús de Nazaret. Él es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14,6), pero también el Puente que une a Dios con la Humanidad y a ésta con Dios. Dios no es únicamente el Altísimo, el Todopoderoso, «emperador de toda la tierra... rey del mundo» (Sal 46). Es también el Padre que espera pacientemente a sus hijos, el Pastor que va en busca de la oveja perdida, la Madre que jamás olvidará al fruto de sus entrañas...

²⁶ S. MÁXIMO DE TURÍN, *Sermón 54*.

Lo que Cristo ha comenzado hemos de continuar anunciándolo sus discípulos... hasta el final de los siglos. El encargo no es nada fácil; tampoco lo fue para el Maestro. Pero los cristianos no podemos renunciar, por cobardía o pereza, a seguir siendo fieles testigos de Cristo en el mundo. Se nos encomienda la tarea de predicar la Buena Noticia, celebrar los sacramentos de la salvación y contagiar, con nuestro propio ejemplo, el afán de vivir como Cristo nos enseñó: amándonos unos a otros como Él nos ha amado.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros –dice el Señor en los Hechos de los Apóstoles–, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo». En realidad, el libro de los Hechos no tiene capítulo final; lo tendrá al final de los tiempos, cuando concluya la misión de la Iglesia. Hasta ese momento, la llamada es acuciante: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?».

3. Hoy es la fiesta de la esperanza. La Ascensión de Jesús no significa su «ausencia». Jesús está presente, de modo misterioso e invisible, en medio de la Iglesia: en su Palabra, en los Sacramentos, cada vez que dos o más se reúnan en su nombre; también en el pobre, el débil, el enfermo... sigue estando presente nuestro Señor. Hay, además, otro protagonista, igualmente invisible, que impulsa, acompaña y dirige la misión de la Iglesia: el Espíritu Santo. Es el regalo de despedida que Cristo nos hace antes de subir a la derecha del Padre.

El Espíritu Santo es «lengua de fuego» que «purifica, renueva, enciende, alegría las entrañas del mundo»; es «la fuerza que pone en pie a la Iglesia en medio de las plazas y levanta testigos en el pueblo»; es llama profunda que restablece la fe en Cristo y pone en vela la esperanza, hasta que el Señor vuelva. Ya sabemos que ser testigos de Cristo en nuestra sociedad es tarea ardua y complicada; resulta más cómodo dejarse llevar por la moda imperante. Pero debe prevalecer en nosotros, por encima de todo, la fidelidad a Cristo y una esperanza fundada en Dios Padre, siempre fiel a su Palabra.

Pidamos al Espíritu Santo, como indica san Pablo en su carta a los Efesios, que nos permita comprender «cuál es la esperanza a la que (Dios) nos llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros, los que creemos». Jesús no ha subido al cielo para desentenderse de este mundo. Al contrario, como Cabeza de la Iglesia continúa saliendo al encuentro de los hombres para ofrecernos la salvación. A esta obra suya fueron llamados, entonces, los apóstoles... y hoy cuenta con cada uno de nosotros.

19. «VEN, ESPÍRITU DIVINO... DON EN TUS DONES ESPLÉNDIDO»*Domingo de Pentecostés (A)**Confirmaciones**S.I. Concatedral de San Nicolás**Alicante, 10 de mayo de 2008*

1. «Recibid el Espíritu Santo». Los Apóstoles reciben de Jesús resucitado, como les había prometido, el mejor Don, su Espíritu Santo; la venida del Espíritu divino marca el comienzo del tiempo de la Iglesia. En efecto, el mismo que resucitó a Jesucristo es el que ahora despierta y llena de vida a aquellos primeros cristianos, haciéndolos capaces de un insospechado coraje para la misión evangelizadora.

Durante este tiempo pascual, el libro de los Hechos nos ha ido mostrando el cambio radical operado en aquella primitiva comunidad. El miedo a hablar da paso al anuncio del Evangelio, con valentía y sin respetos humanos. Una comunidad encerrada en sí misma –por miedo a los judíos– se convierte en una comunidad con las puertas y ventanas abiertas, con las sandalias siempre puestas para recorrer caminos y llevar la Buena Noticia por doquier. Así es como actúa el Espíritu Santo: llena por dentro y lanza hacia fuera.

2. El libro de los Hechos sigue abierto. En la oración colecta hemos pedido a Dios: «No dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica». Por tanto, los cristianos del tercer milenio hemos de seguir añadiendo nuevos capítulos al libro de los Hechos de los Apóstoles. La misión que hemos recibido de Cristo –anunciar el Evangelio, hacer discípulos...– todavía no ha concluido; el Espíritu Santo sigue actuando en medio de la Iglesia; nosotros mismos somos templos del Espíritu Santo, antorchas que han de estar encendidas para que el Espíritu del Señor siga alumbrando y dando calor a un mundo necesitado de transcendencia, a tanta gente sedienta de Dios.

Para ello, hemos de dejar, antes que nada, que el Espíritu del Resucitado transforme nuestros corazones. Pidamos con insistencia a Dios que envíe el Don de su Espíritu para que nos renueve y guíe nuestros pasos, para que aliente nuestra esperanza y fortalezca nuestra fe, para que dirija nuestra caridad y purifique nuestros pensamientos. El mismo Espíritu que actuó en el seno de la Virgen María y la hizo Madre de Dios, el mismo Espíritu que levantó a Jesucristo del sepulcro, el mismo Espíritu que vino sobre los discípulos en Pentecostés, es el que ahora invocamos para que continúe haciendo maravillas en nosotros, a pesar de nuestras limitaciones y fallos.

3. El Espíritu Santo habla un solo idioma: el Amor. Donde hay unidad y amor, allí está el Espíritu de Dios. Todos los dones que pueda haber en la Iglesia son dones de Dios, y son «para el bien común». A san Pablo le gustaba la comparación de una comunidad con el cuerpo humano, en el que los diversos miembros cumplen una misión diferente, pero siempre encaminada al bien de todo el organismo. Si a los pies de la Torre de Babel se produjo la gran confusión por la diversidad de lenguas, Pentecostés es todo lo contrario: los apóstoles hablan diversas lenguas, pero todos los entienden en su propio dialecto porque existe una sola gramática, la del Amor. Esta unidad dentro de la diversidad se debe a que «todos hemos bebido del mismo Espíritu».

Cada Eucaristía es un nuevo Pentecostés. Por dos veces invocamos la venida del Espíritu Santo: en primer lugar, sobre el pan y el vino, para que Él los transforme en el Cuerpo y la Sangre del Salvador; en segundo lugar, sobre la asamblea, para que también sea transformada en el verdadero Cuerpo Místico de Cristo, un Cuerpo único y sin división (como la túnica inconsútil que se jugaron los soldados). Pedimos al Espíritu que haga de nosotros «un solo cuerpo y un solo espíritu», sin divisiones ni enfrentamientos estériles, que no conducen a ninguna parte.

El Espíritu Santo es «lengua de fuego» que «purifica, renueva, enciende, alegra las entrañas del mundo»; es «la fuerza que pone en pie a la Iglesia en medio de las plazas y levanta testigos en el pueblo»; es llama profunda que restablece la fe en Cristo y pone en vela la esperanza, hasta que el Señor vuelva. Ya sabemos que ser testigos de Cristo en nuestra sociedad es tarea ardua y complicada; resulta más cómodo dejarse llevar por la corriente y por la moda imperante. Pero debe prevalecer en nosotros, por encima de todo, la fidelidad a Cristo y una esperanza fundada en Dios Padre, que derrama constantemente su Amor en nuestros corazones por medio del Espíritu.

20. «EL ESPÍRITU NOS HACE GRITAR ABBA! (PADRE)»

*Pentecostés (C)
Parroquia de San Gabriel
Alicante, 27 de mayo de 2007*

1. Pentecostés. Significa el «día quincuagésimo», es decir, cincuenta días después de la Resurrección de Jesucristo, los cristianos celebramos la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y la Virgen María.

El 50 es un número que ya los judíos tenían como símbolo de plenitud: una semana de semanas, siete por siete más uno. Es cuando celebran la alianza que

sellaron con Yahvé en el monte Sinaí, guiados por Moisés, a los cincuenta días de su liberación de Egipto.

2. El Espíritu es un don de Cristo Resucitado. Los discípulos reciben del Señor, tal y como les había prometido, el mejor Don: su Espíritu Santo. El mismo que resucitó a Jesús es el que ahora despierta, vivifica y resucita a la comunidad de los creyentes, llenándolos de insospechada valentía para anunciar el Evangelio. El Espíritu llena por dentro y lanza hacia fuera: «se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar».

El Espíritu, según el texto del prefacio: 1) es la plenitud de la Pascua; 2) anima y da vida a la comunidad; 3) realiza, con dimensión misionera y universal, el proyecto divino de salvación.

3. El Espíritu actúa también en nuestros días. Así lo hemos pedido en la oración colecta: «No dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica».

El Espíritu Santo: 1) es el alma de la Iglesia y la llena de sus dones; 2) hace florecer las comunidades cristianas, animándolas y renovándolas; 3) inspira nuestra oración para que podamos llamar a Dios «Padre» y a Jesucristo «el Señor»; 4) suscita y sostiene tantos ejemplos de amor, sacrificio y compromiso de los cristianos, a veces hasta el martirio; 5) une a los que «hablan en lenguas diferentes», promoviendo la unidad y el ecumenismo.

4. Espíritu Santo, transforma nuestras vidas. El que ha recibido el Espíritu de Dios, ya desde el Bautismo, tiene que vivir –como dice san Pablo en su carta a los Romanos– según el Espíritu y no según la carne. El apóstol contrapone los criterios y la acción de Dios (vivir en el Espíritu) a los criterios e instrumentos meramente humanos (vivir según la carne).

Una de las consecuencias de vivir según el Espíritu es que somos hijos y, como miembros de la familia de Dios, nos sentimos libres. Es la libertad propia de los hijos de Dios, pues «los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios».

5. La Eucaristía, un Pentecostés siempre renovado. El Espíritu es quien actúa en los Sacramentos. De modo particular, invocamos dos veces en la Eucaristía su venida: sobre los dones del pan y del vino (para que los transforme en el Cuerpo y la Sangre de Cristo) y, luego, sobre los que vamos a participar de estos dones, para que también nosotros quedemos transformados en el Cuerpo único y sin división del Redentor.

De este modo, lo que sucedió a aquellos discípulos cuando vino sobre ellos

la fuerza del Espíritu, es lo que debería suceder a cada uno de nosotros cada vez que celebramos el memorial de la Pasión y Resurrección del Señor, cada vez que participamos en la Santa Misa.

21. «TENED UN MISMO SENTIR Y VIVID EN PAZ»

Santísima Trinidad (A)

Jornada pro orantibus: «La Palabra en el silencio»

18 de mayo de 2008

1. Un misterio para creer, vivir y celebrar. Los textos de la Misa de hoy insisten en el «admirable misterio» de la «eterna Trinidad y la Unidad todopoderosa» (*or. colecta*) y dicen que confesamos nuestra fe «en la Trinidad santa y eterna y en su Unidad indivisible» (*or. postcomunió*n). También el prefacio de esta solemnidad ensalza la comunión admirable de las tres divinas Personas en una sola y única naturaleza: «eres un solo Dios, un solo Señor, tres Personas en una sola naturaleza», «sin diferencia ni distinción... iguales en su dignidad».

Las lecturas de este día esbozan un retrato vivo de Dios, Uno y Trino, pero no basándose en definiciones elevadas o abstractas, más propias de la filosofía o la teología, sino partiendo de las intervenciones de Dios en la historia de la salvación. De este modo, la Sagrada Escritura nos presenta a un Dios que es trascendente y misterioso, sí, pero también cercano a nuestras vidas, a nuestras ilusiones y esperanzas, un Dios que rebosa tanto amor y tanta misericordia que «mandó a su Hijo para que el mundo se salve por Él» (*evangelio*).

2. El Dios Altísimo que se hace próximo y entrañable. El Dios trinitario no es un ente abstracto, frío, inalcanzable, lejanísimo... Es un Dios que sale al encuentro de Moisés y de su pueblo, que padece la esclavitud. Él mismo se define, en el salmo de hoy, como un Dios «compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad». En efecto, después del pecado del pueblo israelita, que se había construido un becerro de oro y lo adoraba, Dios, llevado de ese amor y su infinito perdón, renueva con Israel su Alianza. Dios se mantendrá fiel a su promesa pese a las constantes infidelidades de Israel.

En el Nuevo Testamento, la cercanía de Dios se hace más palpable y concreta. San Pablo, en la segunda carta a los Corintios, se refiere a Él como «el Dios del amor y de la paz». Y es Jesucristo mismo quien revela a Nicodemo esta gran verdad: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él». Y es que la iniciativa parte siempre de Dios, que envía a su propio Hijo para dar vida y salvar a la humanidad, no para condenar sino para levantar al caído y recuperar a la oveja perdida.

3. ¿Creemos en Dios o en «nuestro dios»? En un mundo como el nuestro, que parece otorgar protagonismo a los que se declaran ateos o agnósticos, que dedica más atención a los que se burlan de la religión que a los que viven su fe de modo coherente y, muchas veces, hasta heroico, hemos de preguntarnos: ¿Quién es Dios para mí? ¿Qué imagen de Dios he elaborado: la que me describe la Biblia, o la que se corresponde mejor a mis propios intereses? ¿Creo en un Dios al que hay que temer, o en un Dios que es Padre misericordioso, que se hace Hermano nuestro en Jesucristo, que nos llena de su Amor con la fuerza de su Espíritu?

Según la imagen de Dios que tengamos, así será nuestro testimonio frente a quienes no creen o se han alejado de la Iglesia. Seamos conscientes, en todo momento, de la cercanía de Dios, y aunque no lo veamos con los ojos de la carne, supliquémosle como hizo Moisés: «que mi Señor vaya con nosotros». Y recordemos la promesa de Jesucristo al despedirse de sus discípulos: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Teniendo claras estas ideas, nuestra imagen de Dios estaría más de acuerdo con lo que la Biblia nos transmite, y cambiaría también nuestra relación con Él y nuestro testimonio sobre Él.

4. La vida del cristiano, una «vida trinitaria». Dios ha actuado y sigue actuando en favor nuestro, de modo que toda nuestra vida está impregnada de su amor: en el bautismo fuimos bautizados «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»; en la Eucaristía, comenzamos santiguándonos, proclamamos el Gloria y el Credo, siempre centrados en la actuación de las tres divinas Personas; en la doxología, antes del Padrenuestro, escuchamos al sacerdote decir: «Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria...».

5. Los contemplativos, palabra de Dios en el silencio. Hoy celebramos también la *Jornada pro orantibus*, bajo el lema: «La Palabra en el silencio». ¿Qué dice Dios en su silencio, o con su silencio contemplativo? La respuesta nos la dan los contemplativos, con su vida más que con sus palabras: qué paz y qué sosiego, de qué amor goza el alma en la contemplación, ¡qué noticia de Dios y qué cercanía la Suya!

Desde este silencio interior y exterior, Dios se comunica. Ningún acontecimiento de este mundo es capaz de alterarnos, mientras permanecemos en aquel estado de unión. Dios se entrega generosamente, revela sus misterios, transforma el alma en Sí mismo. En ese clima, la beata Isabel de la Santísima Trinidad, escribe: «Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad inconmensurable, Inmensidad donde me pierdo». El contemplativo es como una esponja en el océano divino.

Son ellos, los contemplativos, depositarios de los secretos de Dios. «No es

pequeño principio del conocimiento de Dios, escribió san Agustín, el conocer ya lo que Dios no es, antes de que podamos saber lo que es».

El lenguaje del contemplativo es su propia experiencia de Dios. El silencio del contemplativo nos habla, también, del sentido de nuestra existencia, de nuestra vocación. Su silencio nos habla de que en Dios vivimos, nos movemos y existimos. Silencio, que es experiencia del Infinito, que nos rodea.

22. «HACED ESTO EN MEMORIA MÍA»

Corpus Christi (A)
S.I. Catedral de El Salvador
Orihuela, 6 de junio de 2010

1. Cristo, alimento de vida eterna. Jesucristo no se conforma con ser el Maestro cuya Palabra es fuente de vida eterna. Ha deseado ir mucho más allá: se nos quiere ofrecer como alimento que nos fortalece para el camino que emprendemos hacia el Reino de Dios, su Padre. Como dice el Señor en el evangelio: «Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... vivirá de mí como yo vivo del Padre».

Del mismo modo que el pueblo de Israel, en su largo éxodo por el desierto, fue alimentado por Dios con el maná y sació su sed con agua viva de la roca, así también los cristianos podemos recibir una comida y una bebida infinitamente mejores: el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Góngora lo expresó maravillosamente en unos versos inmortales: «Oveja perdida, ven, que hoy no sólo tu pastor soy, sino tu pasto también».

Pero sólo comprenderemos el valor de este regalo que Jesús nos hace si experimentamos una verdadera hambre y sed de Dios. El vino nuevo requiere ser echado en odres nuevos. Hagámonos la siguiente pregunta: ¿mi corazón es un odre viejo, demasiado endurecido e incapaz de albergar en su interior el vino nuevo que representa Cristo? Pidamos al Espíritu Santo que transforme nuestros corazones en odres nuevos que puedan ensancharse, hacerse grandes para acoger el inmenso don que el Señor nos hace en la Eucaristía.

2. La Eucaristía, sacramento de unión con Cristo. Ésta es una idea que san Pablo recoge en su primera carta a los Corintios: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no nos une con la Sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no nos une con el Cuerpo de Cristo?». El Apóstol repite, a su modo, el «discurso del pan de vida» del evangelio de Juan. Esta comunión es tan íntima como la que existe entre la cepa de la vid y los sarmientos, y Jesucristo dirá en la última cena: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

La Eucaristía no sólo nos une a Dios por medio de Jesucristo, sino también a los hermanos. La Iglesia celebra este domingo tan popular el Día de la Caridad. En efecto, «siendo muchos, un solo pan y un cuerpo somos, porque todos comemos del mismo pan». Participar en la misma mesa, después de haber escuchado la misma Palabra, nos debe hacer crecer en fraternidad y amor. En el prefacio II de la Eucaristía se alaba a Dios diciéndole: «con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles, para que una misma fe ilumine y un mismo amor congrege a todos los hombres».

En el pasaje evangélico que se acaba de proclamar, san Lucas, narrándonos el milagro de la multiplicación de los cinco panes y dos peces con los que Jesús sació a la muchedumbre, concluye diciendo: «Comieron todos hasta saciarse» (cf. Lc 9,11–17). Benedicto XVI subraya, en esta lectura, la palabra «todos»:

«En efecto, el Señor desea que todos los seres humanos se alimenten de la Eucaristía, porque la Eucaristía es para todos... Su paso por las casas y las calles de nuestra ciudad será para sus habitantes un ofrecimiento de alegría, de vida inmortal, de paz y de amor»; por otra parte, «el milagro realizado por el Señor contiene una invitación explícita a cada uno para dar su contribución. Los cinco panes y dos peces indican nuestra aportación, pobre pero necesaria, que él transforma en don de amor para todos... Por consiguiente, la Eucaristía es una llamada a la santidad y a la entrega de sí a los hermanos, pues la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo»²⁷.

3. «Adorad postrados este sacramento». Con la reserva del Pan eucarístico en el Sagrario y la consiguiente veneración que se le tributa se redondea este misterio de la presencia real de Cristo. La Eucaristía es celebración festiva y memorial de la pasión, es compromiso de caridad para con los hermanos (especialmente, los más necesitados) y también es adoración profunda y sentida que se prolonga más allá de la santa Misa para desembocar en las calles y plazas de nuestros pueblos.

Desde que la comunidad cristiana empezó a guardar el Pan eucarístico, sobre todo para los enfermos y el caso del viático para los moribundos, fue haciéndose cada vez más normal que se rodeara el lugar de la reserva –el Sagrario– de signos de fe y adoración. Recuperemos, allí donde haga falta, este aspecto contemplativo y adorante de la Eucaristía, que prolonga la celebración y, por lo mismo, la prepara posibilitando una mayor profundidad y provecho. Nuestro querido Juan Pablo II, en *Ecclesia de Eucharistia*, nos invitaba a admirar y agradecer el don de este sacramento, y nos recordaba el valor que ha de tener este

²⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi* (7/6/2007).

culto al Señor Eucarístico fuera de la celebración de la Misa.

4. «Contemplad al Señor y quedaréis radiantes». En el Oficio de lectura hallamos un texto de san Gregorio de Agrigento que puede ayudarnos a profundizar en el misterio del Cuerpo y la Sangre de Cristo:

«Dulce es la luz, como dice el Eclesiastés, y es cosa muy buena contemplar con nuestros ojos este sol visible. Sin la luz, en efecto, el mundo se vería privado de su belleza, la vida dejaría de ser tal... Pero nosotros debemos pensar en aquella magna, verdadera y eterna luz que viniendo a este mundo alumbra a todo hombre, esto es, Cristo, salvador y redentor del mundo, el cual, hecho hombre, compartió hasta lo último la condición humana; Cristo, acerca del cual dice el salmista: Cantad a Dios, tocad en su honor, alfombrad el camino del que avanza por el desierto; su nombre es el Señor: alegraos en su presencia»²⁸.

Esto mismo es lo que haremos después de la Misa cuando acompañemos por las calles de Orihuela a Aquél que da nombre a esta Catedral: el Salvador.

Termino con estas palabras de Benedicto XVI, breves pero, al mismo tiempo, muy elocuentes: «Nosotros podemos poner en práctica el amor porque hemos sido creados a imagen y semejanza divina para vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo»²⁹. No nos cansemos de amar con el mismo amor que Dios ha derramado en nuestros corazones, para que así nos convirtamos en luminarias que ayuden a descubrir el rostro de Cristo a tantas personas necesitadas de su salvación.

23. DIOS CON NOSOTROS

*Carta a los diocesanos
Corpus Christi 2010*

¡Hoy es la fiesta del Amor de los Amores! Cristo se hace presente de forma solemne en nuestros altares; es más, se digna pasear por las calles de grandes y pequeñas ciudades, y en ellas, lo mismo que en los pueblos, se mantiene viva la fe transmitida por nuestros mayores.

Cristo, presente en la Eucaristía, Amor de los amores por antonomasia, es adorado por grupos de fieles cristianos que viven su fe y procuran defenderla a pesar de todo.

²⁸ S. GREGORIO DE AGRIGENTO, *Comentario al Eclesiastés* Libro 8,6 (*Oficio de lectura* Viernes VII T. O.)

²⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Plenaria del Pontificio Consejo «Cor Unum»* (29/2/2008).

A muchos cristianos, que no son indiferentes, apenas les hace mella el gran misterio que celebramos. ¿Se acercan fácilmente a confesar sus pecados y recibir el perdón y la paz? Sería de desear.

1. *Qué milagro, el de la Eucaristía*

La Eucaristía es el gran milagro del poder, de la sabiduría y del amor de nuestro Señor. Habiéndose dignado Dios humanarse para venir a la tierra a restaurar la condición humana sumergida en el pecado desde la caída de nuestros primeros padres, no sólo murió por nosotros en la cruz, sino que discurrió el modo de quedarse día y noche en nuestras Iglesias, para recibir así nuestra adoración y ser el manjar más delicioso. Él nos ayuda a llevar una vida santa de verdaderos discípulos suyos. El verdadero *mysterium fidei*, misterio de fe por antonomasia, que en Belén y en el Calvario *latebat*, se ocultaba como *deitas*, como divinidad: pero en el Sacramento del Altar esconde hoy también su humanidad, *humanitas*. Así se expresaba el maestro Santo Tomás de Aquino, pregonero por antonomasia del gran Misterio eucarístico. Él fue quien recibió de parte de la Iglesia el encargo de componer el oficio divino que durante siglos se ha rezado en la mayor parte de las Iglesias y coros monacales hasta las reformas del siglo pasado.

Este gran santo y teólogo de la Iglesia que supo calar en el verdadero misterio de nuestra fe, describe los frutos saludables que saltan de Cristo Sacramentado, huésped de nuestros altares.

La Eucaristía es alimento para nuestras almas. Efectivamente, este alimento celeste, Pan de los Ángeles, sustenta la vida espiritual del cristiano, la vigoriza de modo sorprendente. Así lo experimentan las almas verdaderamente eucarísticas. Y así se advierte también en quienes han logrado pasar el cielo en la tierra. No se explica, por tanto, cómo, teniendo a nuestro lado a Cristo Sacramentado, que es alimento, pan de vida, verdadero sustento que nos hace felices ya en la tierra, haya tantas personas angustiadas por los afanes de cada día.

La Eucaristía nos une e incorpora al Señor, en unión física y permanente, como sucede con el alimento. En la Comunión Cristo nos une a su persona de forma que podamos decir con San Pablo «vivo yo, no soy yo, es Cristo quien vive en mí». Y también, «Cristo murió por todos, para que los que viven, no vivan para sí, sino para quien murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5,15). «Dios está presente en el altar, confiesa nuestro Papa, pero también está presente en el altar de nuestro corazón cuando en la comunión le recibimos en el sacramento de la Eucaristía. Sólo Él nos enseña a huir de los ídolos, espejismos del pensamiento».

La Eucaristía, dignamente recibida, comunica al cristiano la misma vida

de Dios. Comuni3n misteriosa, admirable, que nos hace realmente participantes de la vida divina. Al hacerse hombre, el Verbo del Padre comunic3 a su carne, a su humanidad santa, la vida divina que  tenía. De aquí que, al recibir con fe la carne del Redentor, recibimos también la vida divina que nos santifica y diviniza.

La Eucaristía confiere al que la recibe el don de la inmortalidad. Al unirmos a Cristo por la comuni3n, vivimos su vida y se deposita en nosotros la semilla de vida eterna, prenda de resurrecci3n gloriosa para el momento de nuestro paso a la eternidad.

2. El ejemplo del Beato Don Manuel González

Hablando de la Eucaristía, repito una vez más en voz alta: antes de llegar a esta Di3cesis de Orihuela–Alicante, tuve la honrosa suerte de pastorear la de Palencia, la misma parcela que medio siglo antes rigi3 un santo prelado de fama universal, el beato Manuel González García. Ya est beatificado, y tenemos fundadas esperanzas hoy de que pronto veremos inscrito su nombre en el catálogo de los santos. Este santo Obispo, cuya vida fue un constante apostolado en honor de Jesús Sacramentado, vivi3, desde sus primeros años, para hacer compaa al Sagrario abandonado. Todos sus escritos giran en torno al Misterio de nuestros altares. Espigamos, en una de sus últimas obras *Floreccillas del Sagrario, 2ª serie*. Ya en el pr3logo explica:

«A Cristo se le llama Señor, Majestad, Santísimo, Eucaristía, Sacramento... y se le llamaba bien, porque lo es; pero por un raro y justsimo contraste, ocurría que el Señor, en muchos sagrarios apenas veía al lado suyo un criado a quien mandar algo; la Majestad solía tener por adornos y atributos de su trono, telarañas, chorreones negros de cera, polvo y polilla y desgarrones...»

Poco después, refiriéndose a otros títulos del Señor, sigue diciendo: «El Jesús de nuestros Sagrarios, a ms de esos nombres con que le invoca justamente la fe y la piedad, se tiene tristemente ganado el nombre de Abandonado. El Abandonado del Sagrario! Duele a los oídos verdad? ese nombre y más al coraz3n. Si con escribirlo tanto, la pluma me tiembla cuando lo escribo de nuevo. Y abandonado, no por los que lo niegan o lo desconocen, que esos odian o prescinden, sino por los que creen o confiesan vivo y bueno y poderoso en sus Sagrarios y no van o van poco en busca de !»

Este ap3stol del Sagrario abandonado, que pas3 por la vida entera abrasado en ansias de ver honrado a Jesús Sacramentado, se alegrar lo indecible cuando vea que en nuestra Di3cesis no s3lo estn abiertas, día y noche, dos Capillas de Adoraci3n eucarística permanente, sino que tendremos cinco, si Dios quiere,

una en cada Vicaría. «Sin adoración, asegura nuestro Papa Benedicto XVI, no hay transformación del mundo» y ya Juan Pablo II nos pedía: «Que nuestra adoración nunca cese».

24. «MIRARÁN AL QUE TRASPASARON»³⁰

«Mirarán al que traspasaron» (Zac 12,10). Esta profecía de Zacarías, que más tarde señalará como cumplida el evangelista Juan (cf. Jn 19,37), sirve de título al libro que presentamos sobre la *Espiritualidad del Sagrado Corazón en los tiempos modernos*. Su joven autor, Vicente Ramón Escandell Abad, doctor en Historia, cumple las expectativas señaladas en el título, al conducir constantemente, a lo largo de las numerosas páginas del texto, la mirada del lector hacia el Corazón traspasado de Jesús.

Este estudio sobre la espiritualidad del Sagrado Corazón en los tiempos modernos ha surgido en el ámbito académico de la Universidad de Alicante. Su autor responde, así, a una de las llamadas que nos dirigía Juan Pablo II en su primera visita a España. El Papa, dirigiéndose, en la Universidad Complutense de Madrid, a los universitarios y a los hombres de la cultura, de la investigación y del pensamiento, les recordaba con palabras recientemente pronunciadas, con ocasión de la fundación del Pontificio Consejo para la Cultura: «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida»³¹. He aquí uno de los logros de la obra: se fomenta en ella el diálogo interdisciplinario entre la ciencia histórica y la teología.

Desde esta doble vertiente, para acompañar la mirada del lector al encuentro del Corazón de Jesús, Vicente Escandell propone la guía de los grandes autores de teología y espiritualidad de todas las épocas hasta el siglo XVIII. Es otro de los indudables valores del libro: poder mirar el misterio del amor misericordioso de Dios, manifestado en Jesús, con la perspectiva múltiple de los grandes personajes eclesiales. Con este enfoque metodológico se pone de manifiesto que «los maestros sabían que, en el campo teológico, la investigación implica fidelidad a la Palabra revelada en Jesucristo y confiada a la Iglesia»³². Así, los textos bíblicos sirven, desde el primer capítulo, de contexto ineludible a la comprensión del

³⁰ Prólogo a la Tesis Doctoral de VICENTE RAMOS ESCANDELL ABAD, *Mirarán al que traspasaron. La espiritualidad del Sagrado Corazón en los tiempos modernos* (ss.XVI-XVIII), UCAM, Murcia 2011, pp. 7-10.

³¹ JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de las Reales Academias* (3/11/1982).

³² *Ibidem*.

misterio teológico que se aborda siempre desde una perspectiva histórica.

En esta mirada amplia, el lector puede adentrarse en la contemplación del misterio del Corazón de Jesús, con la guía segura y cierta de la Palabra de Dios. Así, aquella profecía enigmática de uno de los profetas veterotestamentarios, va hallando cumplimiento en otra profecía neotestamentaria, la que Zacarías, el sacerdote, el padre del Bautista, convierte en himno y oración, tras el nacimiento de su hijo: «la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará... como un sol que nace de lo alto» (Lc 1,78). Se hizo visible de esta manera la misericordia divina en la persona de Jesús, el sol nacido de lo alto, en sus obras y en sus palabras. Los evangelistas nos lo recuerdan con frecuencia. En concreto: refieren que ante la mujer viuda que vivía en Naín y que acababa de perder a su hijo, «el Señor se compadeció» (Lc 7,13), como sucedía ante los enfermos: leprosos, ciegos y paralíticos. Nos han hecho llegar sus propias palabras: «Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer» (Mc 8,2). De esta compasión brotó un pan multiplicado que repartió Jesús a sus discípulos y éstos a la gente, en un gesto inconfundiblemente eucarístico. Y, cuando vio que sus manos no llegaban a todos los hombres de todos los tiempos, encargó que los discípulos orasen para que hubiese siempre ministros que la acercasen a cada época. Lo narra san Mateo, al contarnos que al ver las muchedumbres, «se compadecía de ellas», porque estaban extenuadas y abandonadas «como ovejas sin pastor» (Mt 9,36). El propio Jesús nos dejó un testimonio inolvidable de las entrañas llenas de ternura de Dios Padre, manifestadas en su propia vida, al hablar de aquel hombre que había perdido a su hijo: «Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos» (Lc 15,20).

Sobre la base sólida del pensamiento bíblico, «alma de la teología», en expresión reciente de Benedicto XVI³³, que evoca el texto conciliar³⁴, esta espléndida obra discurre igualmente por los fecundos caminos del pensamiento patrístico en que san Justino, Tertuliano o san Agustín ofrecen una catequesis magistral sobre el misterio del costado abierto del Señor para hablar del nacimiento de la Iglesia y de las fuentes sacramentales. Profundizando en los datos bíblicos y patrísticos, el autor continúa con la contemplación del misterio del Amor de Dios, escondido tras el «velo» de la humanidad de Jesús, el Señor, con los acentos propios de los grandes maestros medievales: san Anselmo, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, desde la teología, y san Bernardo de Claraval, santa Gertrudis, santa Catalina de Siena, desde la mística, se convierten en referentes certeros para no errar el centro de la mirada al Corazón de Jesús. De tan buena mano, el Corazón

³³ Cf. BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica *Verbum Domini* (30/9/2010), 36.

³⁴ CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 24.

de Jesús aparece contextualizado en los grandes misterios de la Vida de Cristo. A estos grandes maestros se suman los místicos de nuestro siglo de Oro, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y el propio san Juan de Ávila. Sin que falte tampoco el análisis del pensamiento de san Francisco de Sales. Una panorámica exhaustiva de la teología espiritual de la Iglesia, desde el prisma del Corazón de Jesús, que, en palabras de Pío XI, «contiene la suma de toda la religión aun de la norma de vida más perfecta»³⁵.

Con todo, a mi parecer, el centro de la obra que presentamos lo constituyen, por un lado, los dos grandes místicos franceses del siglo de las Almas, san Juan Eudes y santa Margarita María de Alacoque, y, por otro, el joven jesuita español P. Hoyos, recientemente beatificado en Valladolid. El P. Bernardo Francisco de Hoyos (1711–1735), a pesar de sus pocos años de vida, «puede ser considerado como el verdadero impulsor de la devoción al Sagrado Corazón en España, ya que con él ésta dejó de recluirse en las almas privilegiadas y adoptó una manifestación pública» (p. 425).

De especial significatividad para el autor y para los lectores de nuestra Diócesis es la concreción de la devoción al Corazón de Jesús en nuestra tierra mediterránea, abierta y acogedora. Se señala un prelado célebre, Juan Elías Gómez de Terán. Un nombre unido a tres lugares de la Diócesis: el Seminario de Orihuela, cuya fachada conserva un Corazón de Jesús en mármol rojo, la Casa de Misericordia de Alicante y la Cofradía de los Sagrados Corazones de Monóvar.

Conducido y orientado por tan experto guía, en tan ancho campo del conocimiento de la devoción y la espiritualidad del Corazón de Jesús, el lector puede adquirir la ciencia que constituye la esencia de esta devoción. En cinco puntos las resume el nuevo doctor, elogiado por los miembros del tribunal examinador. Éstos son los frutos de la espiritualidad inspirada en la contemplación del Corazón de Jesús: la santidad, la oración, el seguimiento e imitación de Cristo, la capacidad de afrontar la vida en su realidad dolorosa y gozosa, y el compromiso con la misión de compartir con todos los demás hermanos los bienes recibidos.

Quizá esté aquí la quintaesencia de un proceso que abarca dos etapas, la contemplativa o mística (que tuvo su apogeo en los siglos XI al XVII), y la apostólica (en auge creciente desde 1643). Ambas etapas pueden convivir en cada persona que se adentra por los caminos de la contemplación de las entrañas misericordiosas de Dios, manifestadas en la vida de Jesús, especialmente, en la obra suprema de su entrega. En ese momento definitivo, de su costado abierto manaron sangre y agua, símbolo de un amor hasta el extremo, que sigue haciéndose presente en la Iglesia, nacida del costado de Cristo, y en los sacramentos que

³⁵ PIO XI, Enc. *Miserentissimus Redemptor* (8/5/1928), 3.

la llenan de vitalidad. Así es como se pone de manifiesto en cada momento el misterio salvífico contenido en la sangre y el agua, manadas del costado abierto. Recibimos, entonces, la redención. Se revive y actualiza cada vez que miramos con fe a «Aquél que traspasaron».

Con nuestra felicitación, bien merecida, al joven doctor, maduro por tantos rayos del sol que más brilla, alumno de nuestro Teologado de Alicante, y profunda gratitud a la Fundación Universitaria San Antonio, de la UCAM (Universidad Católica San Antonio de Murcia) que ha hecho posible la edición de estas páginas. Unos y otros, todos, queremos tener a la vista la indicación precisa de nuestro querido Papa Benedicto XVI, en su *Mensaje para la Cuaresma* del año 2007: «Jesús dijo: "Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por Él. Sin embargo, aceptar su amor no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo "me atrae hacia sí" para unirse a mí, a fin de que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor».

25. EDIFIQUEMOS LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR: EL REINO DEL CORAZÓN DE CRISTO

*Publicado en «Noticias Diocesanas» n. 319
Julio de 2011*

El pasado 1 de mayo, en la plaza de San Pedro, de Roma, tuve el gozo de participar en la Eucaristía de la beatificación de Juan Pablo II. Fue un acontecimiento muy deseado por toda la Iglesia, de modo especial por quienes lo conocimos personalmente y veíamos en este gran Papa a un gigante de la fe, apóstol incansable, verdadero testigo de Cristo y, en una palabra, un hombre santo. Su magisterio, tan amplio como profundo, será por mucho tiempo fuente de inspiración y de luz que oriente nuestros pasos para afrontar los retos de la nueva evangelización.

Quiero recordar en este escrito algunas de las enseñanzas que el Santo Padre, «venido de un país lejano» (como él mismo dijo el día de su elección), nos ha dejado sobre una devoción tan querida en España, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El título que encabeza este escrito resume el contenido de la carta que Juan Pablo II dirigió al Prepósito General de la Compañía de Jesús: «Sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, edifiquemos la civilización del amor tan deseada, el reino del Corazón de Cristo»³⁶.

³⁶ JUAN PABLO II, *Carta al Prepósito General de la Compañía de Jesús* (5/10/1986).

El Corazón de Cristo reinará cuando se establezca la civilización del amor, es decir, cuando el amor reemplace el odio, cuando el amor al prójimo por amor a Cristo esté por encima de todo deseo de venganza, abuso, interés egoísta, etc. En definitiva, cuando el prójimo sea respetado en sus derechos por amor a Cristo, que, según el Evangelio, se identifica con «cada uno de estos hermanos más pequeños» (Mt 25,40). El reinado de Cristo ha sido, en ocasiones, mal comprendido en un sentido únicamente horizontal, terrenal, olvidando su dimensión vertical, trascendente: edificar la civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo implica, al mismo tiempo, una existencia en estado de gracia, una vida de pureza, oración y penitencia, unida al cumplimiento de los deberes de un cristiano, en reparación por nuestros pecados y por los pecados del mundo.

1. Corazón de Jesús, fuente de vida y santidad, ten piedad de nosotros

Estas palabras de Juan Pablo II, pronunciadas en una homilía en su querida patria polaca, nos hacen caer en la cuenta de que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús nos introduce en el misterio del amor de Dios Padre. En efecto, «todo lo que Dios quería decirnos de sí mismo y de su amor, lo depositó en el Corazón de Jesús y lo expresó mediante este Corazón... A través del Corazón de Jesús leemos el eterno plan divino de la salvación del mundo. Y se trata de un proyecto de amor... Cristo nos ama y nos muestra su Corazón como fuente de vida y santidad, como fuente de nuestra redención... Jesús es la fuente; de él brota la vida divina en el hombre. Sólo hace falta acercarse a Él, permanecer en Él, para tener esa vida. Y esa vida no es más que el inicio de la santidad del hombre, la santidad de Dios, que el hombre puede alcanzar con la ayuda de la gracia. Todos anhelamos beber del Corazón divino, que es fuente de vida y santidad»³⁷.

El amor de Dios, que se nos ha revelado en el Corazón de su Hijo, exige del hombre una respuesta coherente. No sólo hemos sido llamados a contemplar el misterio del amor de Cristo, sino también a participar en él. Cristo dice: «Si me amáis, cumpliréis mis mandamientos» (Jn 14,15). Es como si dijera: si quieres amarme, cumple mis mandamientos, sigue el camino que Dios te ha señalado y que yo te he indicado con el ejemplo de mi vida. Del amor depende la perfección moral del hombre, su semejanza con Dios: «El que acoge mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él» (Jn 14,21).

Sin embargo, el pecado irrumpe en el mundo como una negación del amor a Dios y a los hermanos, como un obstáculo que, injertado en nuestro corazón de hombre viejo, entorpece la construcción del Reino de Cristo. Por eso, recordaba

³⁷ JUAN PABLO II, *Homilía* (6/6/1999).

el beato Juan Pablo II, «debemos ser siempre conscientes de ese gran mal; debemos tener siempre una fina sensibilidad, para reconocer claramente la semilla de muerte que entraña el pecado... Cuanto más profunda es esta conciencia de la unión con Dios, fortalecida por la vida sacramental del hombre y por la oración sincera, tanto más claro es el sentido del pecado»³⁸.

2. En el corazón de Cristo, el amor de Dios sale al encuentro de la humanidad

El hombre contemporáneo se ve a menudo trastornado, dividido, casi privado de un principio interior que unifique y armonice su ser y su obrar. En el estreno de este siglo XXI, constatamos que las personas experimentan una gran nostalgia de Dios, y dan la impresión de haber perdido el camino del santuario interior, donde es preciso acoger su presencia: ese santuario es precisamente el corazón; en él, la libertad y la inteligencia se encuentran con el amor del Padre que está en los cielos.

Y el punto de unión entre nuestro corazón y el corazón misericordioso de Dios Padre es, en efecto, el costado abierto de Jesucristo: «Para conocer a Dios, es preciso conocer a Jesús y vivir en sintonía con su Corazón, amando, como él, a Dios y al prójimo... Del Corazón del Hijo de Dios, muerto en la cruz, ha brotado la fuente perenne de la vida que da esperanza a todo hombre. Del Corazón de Cristo crucificado nace la nueva humanidad, redimida del pecado»³⁹.

No puede ser de otro modo: no sólo los cristianos del tercer milenio, sino la humanidad entera necesita del Corazón de Cristo para conocer a Dios Padre y para conocerse a sí misma; tiene necesidad de Él para construir la civilización del amor.

«Queridos hermanos y hermanas –pedía el beato Juan Pablo II–, contemplemos al Sagrado Corazón de Jesús, que es fuente de vida, pues por medio de Él se ha logrado la victoria sobre la muerte. También es fuente de santidad, pues en Él ha quedado derrotado el pecado, que es el enemigo de la santidad, el enemigo del progreso espiritual del hombre. Del Corazón del Señor Jesús deriva la santidad de cada uno de nosotros. Aprendamos de ese Corazón el amor a Dios y la comprensión del misterio del pecado»⁴⁰.

Os invito a mirar con confianza al Sagrado Corazón de Jesús y a repetir a menudo: ¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (8/6/1994).

⁴⁰ JUAN PABLO II, *Homilía* (6/6/1999).

IX. DE LA MANO DE SANTA MARÍA SIEMPRE

1. LA VIRGEN MADRE, EL DISCÍPULO AMADO Y TODOS NOSOTROS

*Publicado en «El Rotativo—edición Alicante»
Mayo de 2010*

«Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: —Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: —Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19,26–27).

Para comprender y vivir el Evangelio, dicen los Santos Padres, hemos de tener en cuenta esta advertencia: «Ninguno puede percibir su significado, si antes no ha posado la cabeza en el pecho de Jesús y no ha recibido de Jesús a María como Madre» (Orígenes).

Un doble encargo hace Jesús desde la cruz. María recibe al discípulo amado como hijo, «guardándolo en su corazón». El discípulo acoge a María por Madre, en su casa, en la familia. Se trata de una relación de corazón a corazón, que produce, dice San Agustín, una «comunidad de vida».

Cada cristiano puede considerarse «discípulo amado» de Cristo, y por tanto hijo de María. Cada uno de nosotros tiene un puesto privilegiado en el corazón de María, nuestra Madre. De idéntico modo, la Virgen María debe ser acogida en nuestra vida, dejándola entrar en la familia, en la oración, en los problemas cotidianos, en la enfermedad, en todo. Vivamos con Ella una relación de confianza afectiva y efectiva. María tiene un «sublime corazón de madre», dice santa Teresa del Niño Jesús: «Vivir contigo quiero, Madre amada... de tu inmenso corazón descubro los abismos del amor».

Así como Juan, el discípulo amado, escuchó los latidos del corazón de Cristo, cuando «reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús» (Jn 13,23.25; 21,20), nosotros hemos de acompañar nuestra vida al ritmo del amor entregado «hasta el extremo» (Jn 13,1). Podemos aprender de María el camino del amor. «Confíandose al Corazón de la Madre, se llega al corazón del Hijo», aseguraba el Papa de las Misiones, Pío XI.

María fue un corazón confiado que pronunció su «sí» (San Bernardo). Ella «concebó antes en su corazón que en su seno» (San Ambrosio y San Agustín). Y en el momento de la Encarnación, en Ella comenzó a palpar el Corazón de Dios hecho hombre. Corazón de Jesús oculto en María y corazón de María lleno de Jesús. El Corazón materno, que «vivía la vida del Hijo» (San Pío X), es «origen y manantial de donde Jesús tomó su humanidad... Es todo caridad... es el corazón de la Iglesia... el órgano de todas las virtudes... el trono en donde se dispensan todas las gracias y misericordias..., el templo del Espíritu Santo» (San Antonio María Claret).

1. Ella es la Madre, nosotros sus hijos

Conscientes de que «el Corazón de la Santísima Virgen María es la fuente de la que Cristo tomó la sangre con que nos redimió» (Santo Cura de Ars), el discípulo amado, invita a cada uno de nosotros, en el Calvario, a mirar con fe, esperanza y amor, su costado abierto de donde brota la salvación. Y «junto a la cruz de Jesús» (Jn 17,25) nos anima a vivir «la hora» del amor traspasado con María. A vivir la cruz del dolor, de la oscuridad, de los problemas, con los ojos y el corazón de la Madre, y descubrir en Cristo, nuestro hermano mayor, el manantial de la misericordia y de la paz.

Cuando acogemos a María, aprendemos de Ella a mirar a Jesús, meditando sus palabras «en el corazón» y poniendo en práctica el «amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 13,34). La unión de María con el discípulo predilecto de Jesús, ayuda a que amemos a Jesús, único amor, teniendo «un solo corazón, una sola alma» con Él y en Él.

Nuestra estrecha vinculación con María ha de ser muy fuerte. También los niños pueden vivir este logro, ya que «de ellos es el reino de los cielos» (Mt 19,14). La Beata Jacinta de Fátima decía: «¡Me agrada tanto el Inmaculado Corazón de María!» Es el corazón de nuestra Madre del cielo. Un modo sencillo de poner en práctica este amor es la recitación del Rosario. «Nos pone en comunicación vital con Jesús a través –podríamos decir– del corazón de su Madre»¹.

¹ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16/10/2002), 2.

2. Otra lección provechosa

Aprendamos igualmente en el regazo de María a «contemplar en el corazón» (Lc 2,19,51) todos los sucesos, escuchando, una y mil veces, el eco de su invitación: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5).

Así es como podemos celebrar y vivir con provecho los misterios del Señor y las fiestas de los Santos.

La espada que atravesó el corazón de María, según la profecía de Simeón (cf. Lc 2,34,35), eran todos los sufrimientos de Cristo. En ellos estaban también los nuestros. Una persona sufre en la medida en que ama. ¡Cuánto sufrió por su Hijo la Madre del Amor y cuánto por todos y cada uno de nosotros! «Su corazón, mediante el ser y el sentir con Dios, se ensanchó. En Ella, la bondad de Dios se acercó y se acerca mucho a nosotros. Así, María está ante nosotros como signo de consuelo, de aliento y de esperanza» (Benedicto XVI). Que nos ayuden estas consideraciones sencillas a acudir en todo momento con confianza a la que es Madre de Dios y Madre nuestra. Encontraremos en Ella ayuda y consuelo. «¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? Estás a la sombra de mi protección. Yo soy tu salvación. Tú estás en mi corazón», decía la Virgen de Guadalupe a San Juan Diego, el indio del Tepeyac.

Las palabras de san Luis María Grignon de Montfort sirvieron de lema a Juan Pablo II: «*Totus tuus...* Soy todo tuyo y todas mis cosas son tuyas. Guíame en todo. Dame tu corazón, María». El significado de las mismas lo explica el mismo Papa: «Cuanto más un alma se consagra a María, mejor está consagrada a Jesucristo».

«La participación –asegura Benedicto XVI– en este amor (de Dios) dio a María la fuerza para su "sí" sin reservas. Ante el amor respetuoso y delicado de Dios, que para la realización de su proyecto de salvación espera la colaboración libre de su criatura, la Virgen superó toda vacilación y, con vistas a ese proyecto grande e inaudito, se puso confiadamente en sus manos. Plenamente disponible, totalmente abierta en lo íntimo de su alma y libre de sí, permitió a Dios colmarla con su Amor, con el Espíritu Santo. Así María, la mujer sencilla, pudo recibir en sí misma al Hijo de Dios y dar al mundo el salvador que se había donado a Ella»².

² BENEDICTO XVI, *Ángelus* (9/9/2007).

2. ESTAR EN EL SEÑOR Y VIVIR PARA LOS HERMANOS

*Publicado en «Noticias Diocesanas» n° 280
Agosto de 2009*

Si tuviera que condensar en una frase el misterio de María, Virgen y Madre, escogería la que encabeza este saluda: estar en el Señor y vivir para los hermanos. En el evangelio de Lucas, aparece por vez primera la Virgen cuando el arcángel Gabriel pide su consentimiento para ser la Madre del Salvador (cf. Lc 1,26–38). «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (v. 28), son las palabras que este mensajero del cielo le dirige, al saludarla. Desde el comienzo de la creación ya estaba en la mente de Dios esta humilde doncella de Nazaret, anticipada en aquella figura del Génesis que, tras la desobediencia de Adán y Eva, aparece como promesa de perdón y reconciliación: «Establezco hostilidades entre ti y la mujer –dice el Señor a la serpiente–, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá en la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Gn 3,15). Podemos decir, por tanto, con toda certeza que, desde el principio, el Señor ya estaba con María, puesto que pensó desde siempre en ella.

Pero hemos de dar otro paso. Tras el anuncio del ángel, y después de algunas explicaciones, María responde con la candidez y valentía que acompañan a una juventud desbordada por la gracia: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (v. 38). María, que estaba en la presencia de Dios, ya no dejará de estar en el Señor y con el Señor: tanto en los acontecimientos gozosos (nacimiento del Niño, adoración de los pastores y los Magos), luminosos (bodas de Caná), dolorosos (al pie de la cruz) y gloriosos (elevada al cielo y coronada como Reina de la creación).

Con su «sí», la Virgen se convierte en la «tienda» en que el hijo de Dios pone su morada para formar parte de la familia humana. Sí, porque la obediencia confiada de María a la voluntad del Padre hace de ella la tienda del Señor: «En verdad, María, la Madre del Señor, nos enseña lo que significa entrar en comunión con Cristo: María dio su carne, su sangre a Jesús y se convirtió en tienda viva del Verbo, dejándose penetrar en el cuerpo y en el espíritu por su presencia. Pidámosle a ella –dice el Papa Benedicto XVI–, nuestra santa Madre, que nos ayude a abrir cada vez más todo nuestro ser a la presencia de Cristo; que nos ayude a seguirlo fielmente, día a día, por los caminos de nuestra vida»³.

1. *Estar en el Señor...*

Estar en el Señor exige no adoptar una actitud pasiva, relajada y acomodaticia. Muy al contrario, la comunión entrañable con Cristo es acicate para vivir,

³ BENEDICTO XVI, *Homilía* (26/5/2005).

al igual que María, para los demás. Una existencia entendida como entrega generosa al bien de los hermanos es inseparable de nuestra fe en Jesús y de nuestro amor a Dios. San Juan es tremendamente claro en este sentido: «En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestras vidas por los hermanos. Pero si uno tiene de qué vivir y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,16–18).

San Pablo, cuyo año jubilar clausuramos el pasado mes de junio, tenía también clara la relación entre estar en el Señor y vivir para los demás. En una preciosa catequesis, Benedicto XVI lo explica con toda claridad: «San Pablo está en la cárcel esperando la sentencia, que puede ser de condena a muerte. En esta situación piensa en su futuro "estar con el Señor", pero piensa también en la comunidad de Filipos, que necesita a su padre, san Pablo, y escribe: "Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia. Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger..." (Flp 1,21–26). San Pablo no tiene miedo a la muerte; al contrario: de hecho, la muerte indica el completo estar con Cristo. Pero san Pablo participa también de los sentimientos de Cristo, el cual no vivió para sí mismo, sino para nosotros. Vivir para los demás se convierte en el programa de su vida y por ello muestra su perfecta disponibilidad a la voluntad de Dios, a lo que Dios decida»⁴.

2. ... y vivir para los hermanos

En María comprobamos que su estar en el Señor no le hizo encerrarse en sí misma, felicitándose por la suerte de haber sido elegida Madre del Mesías, sino que su vivir para los demás se hizo patente desde el momento mismo de la encarnación del Verbo. Nada más conocer que su prima Isabel esperaba un niño, corre a la montaña a estar con ella, a acompañarla y a asistirle en lo que hiciera falta y con ella permaneció tres meses. Más tarde, en las bodas de Caná, pendiente de la necesidad de aquellos novios, pronuncia una frase que es para todos un programa de vida: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5). Contemplando al Hijo, agonizante en la cruz, hubiera deseado estar la Madre en su lugar, pero aceptó permanecer a su lado, en este «valle de lágrimas», y continuar ejerciendo la maternidad con aquellos nuevos hijos que, en el discípulo amado, su Hijo le había confiado: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), ahí tienes a todos los que, generación tras generación, acudirán a ti para que intercedas por ellos en sus necesidades.

⁴ BENEDICTO XVI, *Audiencia* (12/11/2008).

3. De la mano de santa María, nuestra Madre

Volvemos al pasaje evangélico de la visitación de María. Benedicto XVI, el Papa de la palabra, nos explica: «Lo primero que hizo María después de acoger el mensaje del ángel fue ir «con prontitud» a casa de su prima santa Isabel para prestarle su servicio (cf. Lc 1,39). La iniciativa de la Virgen brotó de una caridad auténtica, humilde y valiente, movida por la fe en la Palabra de Dios y por el impulso interior del Espíritu Santo. Quien ama se olvida de sí mismo y se pone al servicio del prójimo. He aquí la imagen y el modelo de la Iglesia. Toda comunidad eclesial está llamada, como la Madre de Cristo, a acoger con plena disponibilidad el misterio de Dios que viene a habitar en ella y la impulsa por las sendas del amor»⁵.

La Providencia ha querido que en octubre, el mes en que el rezo del Rosario ocupa un lugar preeminente, sea canonizado un hijo preclaro de la Virgen, el beato Rafael Arnáiz. Son numerosos los escritos en que este joven trapense abre su corazón enamorado a santa María, a la Señora. En una de sus cartas a su tío Leopoldo le explica:

«¿Cómo no amar a Dios al poner nuestro corazón en lo que Él más quiere? ¿Cómo no amar a Dios, viendo su infinita bondad que llega a poner como intercesora entre Él y los hombres a una criatura como María, que todo es dulzura, que todo es paz, que suaviza las amarguras del hombre sobre la tierra poniendo una nota tan dulce de esperanza en el pecador, en el afligido...? Que es Madre de los que lloran. Que es estrella en la noche del navegante»⁶.

El amor hace posible lo imposible, convierte lo difícil en fácil, saca de nuestro interior lo mejor que llevamos dentro. «No hay nada difícil para la Señora», repetía el Hermano Rafael. Con esta misma confianza, espero que el encuentro de Auroros, sea todo un logro que fortalezca los lazos de fraternidad entre los hijos de un mismo Padre. Y que el canto y rezo del Rosario nos mantenga unidos a María, como los hijos de tan buena Madre: estando en el Señor y viviendo para los hermanos.

⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía* (25/3/2006).

⁶ Citado en: P. DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA OCSO, *El Hno. Rafael con quien conviví*, Monte Carmelo, Burgos 2009, p. 284.

3. MIRADA DE DIOS, HUMILDAD DE MARÍA MES DE OCTUBRE, MES DE LA VIRGEN

Publicado en «Noticias Diocesanas» n° 281
Octubre de 2009

Nuestro Papa Benedicto XVI se pregunta «¿por qué entre todas las mujeres, Dios ha escogido precisamente a María de Nazaret?» También nosotros hemos de hacer esa misma pregunta para encontrar lo más auténtico de la vida. El Papa continúa diciendo: «La respuesta se esconde en el misterio insondable de la divina voluntad. Sin embargo, hay un motivo que el Evangelio destaca: su humildad». Así lo proclama la Virgen María cuando se encuentra con su prima Isabel: «Porque miró la humildad de su esclava..., hizo en mí cosas grandes el que es poderoso» (Lc 1, 48–49).

El Espíritu Santo preparó a María con su gracia, amada trinitariamente en el Amado del Padre, su Hijo (cf. Ef. 1, 4–7). La «llena de gracia», es llamada a ser madre de Dios y madre de la Iglesia. Colmada de Dios Amor, fue concebida como la más humilde de todas las criaturas, pues el brillo de la unión con Dios, el resplandor del amor divino es la humildad.

El Concilio Vaticano II dice que María «sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de Él esperan con confianza la salvación y la acogen»⁷. Sí, Dios quedó cautivado por la humildad de María. San Jerónimo asegura que Dios la eligió por madre suya, más por su humildad que por las demás virtudes. La misma Virgen lo expresó a Santa Brígida al decirle: «¿Cómo hubiera merecido ser la madre de mi Señor, si no hubiera reconocido mi nada y me hubiera humillado?».

María, ante el saludo del ángel, «se turbó por sus palabras, y pensaba qué significarían» (Lc 1, 29). Su pequeñez no le deja vislumbrar la obra de Dios en Ella, su pequeñez le oculta a sus propios ojos la grandeza de la misericordia de Dios en su vida. Adora con humildad el misterio de Dios Amor. Con la audacia de los pequeños se confía a la voluntad de Dios, «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

«María es –comenta Benedicto XVI–, y sigue siendo la esclava del Señor, que nunca se pone en el centro, sino que quiere guiarnos hacia Dios, quiere enseñarnos un estilo de vida en el que se reconoce a Dios como centro de la realidad y de nuestra vida personal»⁸.

⁷ LG 55.

⁸ BENEDICTO XVI, *Meditación mariana al final de la Misa en Munich* (10/9/2006).

1. La humildad, sello de Dios

El Hijo de Dios en la humildad de nuestra carne, se hizo pequeño; y la humildad de María lo acogió en su seno. La humildad es el modo de actuar de Dios y de quienes viven en Él. Cristo «Camino, Verdad y Vida» (cf. Jn 14,6) nos muestra que el descenso del amor humilde es la esencia de Dios. Y así, el ascenso de Dios requiere este mismo itinerario de amor humilde, recibir el Reino como un niño, para entrar en él (Lc 18,17).

Esas «cosas grandes» que la misericordia divina hizo en María, quedaron en la profundidad de su humildad, como ocultas ante los ojos de los demás. En una vida sencilla, cotidiana de intenso amor. «Su humildad fue tan grande que no hubo para Ella anhelo más firme y constante que el de ocultarse a sí misma y a todas las creaturas, para ser conocida solamente de Dios» (S. Luis María Grignon). Aquí está la alegría de la Virgen María: «Dios, mi salvador». No se goza en Ella, ni por los prodigios que Dios obra en Ella, «se alegra mi espíritu en Dios (Lc 1,46).

Permanecer pequeños siguiendo a Cristo y unidos a María es la obra que el Espíritu de Amor va realizando y desea intensificar en nosotros, para acoger y dar a luz a Jesús, «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29). Recibir el don de un corazón humilde y confiado que nos hace volver a ser como niños (cf. Mt 18, 3); porque es a «los pequeños» a los que el Padre se revela (cf. Mt 11, 25).

2. La humildad es audacia

Humildad no es cobardía o pusilanimidad. Es conocimiento de uno mismo. Es valentía y audacia, es confianza en Dios para ser instrumentos dóciles de su amor. Porque, quien es humilde no se extraña de su miseria; ésta le lleva a mantenerse firme en la constancia, a la dulce humildad de una fe viva, una esperanza cierta y una ardiente caridad.

«Nos apremia el amor de Cristo» (2 Cor 5, 14). María nos descubre que servir amando es una gracia, un don de Dios. Después del anuncio del ángel, «ella fue aprisa a servir a su prima Isabel» (cf. Lc 1, 39). Tener la oportunidad de amar, ¡es la alegría más grande!

María nos enseña también la humilde oración confiada que conmueve a Jesús, «haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5). Así la tristeza en las bodas de Caná se transformó en una alegría mayor. Y así ocurrirá hasta el final de los tiempos, por medio de la Virgen María, la «humilde esclava del Señor» (cf. Lc 1, 48); nuestras necesidades son presentadas a su Hijo Jesucristo por su Corazón humilde y materno y son atendidas.

«¿Cómo no amarte y bendecirte, viendo en ti tanto amor, tanta humil-

dad?» (Santa Teresa del Niño Jesús). Amor que lleva a la unión vital con María para vivir su misma vida en nosotros. La profunda humildad es la virtud que Dios prefiere a todas las demás.

Este fue, en todo momento, el programa de la vida de María: «no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de elevarse a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1, 38.48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios»⁹.

Como María, estemos nosotros siempre en total disposición ante Dios. «Parezcámonos en algo a la gran humildad de la Virgen Santísima» (Santa Teresa de Jesús). Con el Hermano Rafael Arnaiz –San Rafael–, supliquemos: «Le pido encarecidamente a María me enseñe en lo que Ella fue maestra..., humilde ante Dios ante los hombres. «Hágase». Y en otro momento: «El Señor nos quiere humildes».

4. «MARÍA, ESPIGA DE VIDA»

Publicado en «Noticias Diocesanas» n° 284
Diciembre de 2009

San Efrén es honrado por la tradición cristiana, justamente, con el título de «cítara de Dios». Supo unir en su notable producción literaria teología y poesía. El verso que encabeza esta página pertenece a uno de sus *Himnos sobre María*, a la que este Doctor de la Iglesia tuvo una profunda y entrañable devoción. En una de sus catequesis, el Papa Benedicto XVI expone que «para san Efrén es importante el papel de la mujer. Siempre habla de ella con sensibilidad y respeto: la habitación de Jesús en el seno de María elevó al máximo la dignidad de la mujer. Para san Efrén, como no hay redención sin Jesús, tampoco hay encarnación sin María»¹⁰. No exageraba un solo gramo este diácono nacido en la Siria del siglo IV. El sí de María abrió las puertas al Hijo de Dios para que entrara en este mundo y plantara su tienda entre nosotros. Del mismo modo, el sí de Jesucristo al Padre, obedeciéndolo hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2,8), nos ha abierto las puertas del Reino de Dios, las puertas de la vida y la salvación.

⁹ DCE 41.

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Audiencia General* (28/11/2007).

1. *María, Sierva del Señor*

En María todo es entrega, apertura a la voluntad del Padre, disponibilidad para acoger la promesa divina de salvación. Ella vive su existencia como servicio a Dios y a los hombres. Por eso se llama a sí misma la «Sierva del Señor», su esclava, sobre cuya figura humilde ha puesto el Señor sus ojos: «He aquí la sierva del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Comentando este evangelio, otro Doctor de la Iglesia, Orígenes, utiliza una expresión muy hermosa y de elevado lirismo: «Heme aquí, soy una tablilla encerada, que el Escritor escriba lo que quiera, haga de mí lo que quiera el Señor de todo»¹¹. Compara de esta forma a María con una tablilla encerada que se usaba antiguamente para escribir. Hoy podríamos decir que María se ofrece a Dios como una página en blanco, sobre la que Él puede dibujar, a su antojo, lo que quiera.

«Sierva del Señor» es el único título que María se atribuye a sí misma. «Este título –comenta un autor– significa obediencia al Padre y aceptación de su plan de redención a través de la encarnación del Hijo. La vocación de María es el servicio al Padre y al Hijo... Lo que Israel no llevó a cabo debido a su incredulidad y desobediencia, lo lleva a cabo María por su fe y obediencia al Padre. Lo mismo que el primer Israel comenzó con el acto de fe de Abrahán, así el nuevo Israel comienza con el acto de fe de María, sierva de Dios»¹². Pero todos sabemos que la obediencia a los planes de Dios, asumida con amor y con gozo, no siempre lleva consigo frutos de dulce sabor, sino también amargura, duda, oscuridad, sufrimiento... Es el Calvario a donde hemos de subir para salir más tarde del Sepulcro. «La misión de esta sierva –lo mismo que la del siervo del Señor– será oscura y también dolorosa. El camino que el Padre le ha trazado al Hijo, lo ha trazado también para María, su madre. Y María, lo mismo que el Hijo, se abandona obediente a la voluntad del Padre»¹³.

2. *Grano que muere en el surco de la vida*

María sabe perfectamente que el grano de trigo sólo produce abundante fruto cuando muere y es enterrado en el surco labrado por el Dueño de la mies (cf. Jn 12,24–26). La lección evangélica del grano que muere la tiene muy bien aprendida la joven nazarena. Ella aparece vestida diariamente con el traje del servicio, la entrega y el amor a los demás. María es espiga limpia, pura, hermosa, dorada como los rayos del sol... Ella se ha convertido en espiga fecunda porque,

¹¹ ORÍGENES, *Comentario al evangelio de Lucas*, 18.

¹² EMILIANO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, *Rut la moabita*, Grafite Ediciones, Bilbao 2001, p. 200.

¹³ *Ibidem*.

muriendo a sí misma y a sus propios planes, supo acoger y abrazar el plan de Dios en la humildad de su existencia. María es espiga de vida porque se consagró enteramente al servicio del Señor, al Dios de vivos y no de muertos. María es espiga de vida porque en Belén, que en hebreo significa «Casa del Pan», da a luz a Jesucristo, «Pan vivo bajado del cielo» (Jn 6,51), alimento que en la Eucaristía se nos ofrece como el Cuerpo y la Sangre de nuestro Redentor: «nadie tiene amor más grande que aquél que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

3. Buenos hijos de tan buena Madre

Aprendamos de María Madre e imitémosla como buenos hijos suyos. La fiesta de la Inmaculada nos invita a contemplar su hermosura, una belleza no comparable con la de ningún otro ser creado, porque es el reflejo puro de la belleza divina. Este esplendor de la Virgen, lejos de alejarnos de ella, al tomar conciencia de nuestros pecados, de nuestras limitaciones humanas y nuestra pobreza de corazón, debe animarnos a imitarla, en la medida de lo posible. «Desde el misterio de la Inmaculada Concepción, esforcémonos por renovar la mirada, quizás un poco gastada, que depositamos en María: nuestro corazón, ¿es aún lo bastante puro y transparente para dejarse transformar por ella? En su presencia empecemos por reconocer en primer lugar nuestra pobreza y renovemos este hallazgo siempre nuevo que debería ser la alegría de nuestras almas y la luz de nuestras vidas: la Madre de Dios se nos ha dado para ser también nuestra propia Madre. Ella puede y quiere engendrar cada día en nosotros el Hijo que el Padre de los cielos le ha confiado»¹⁴.

Tratando de conocer e imitar las virtudes de María aprenderemos a ser humildes. Éste es el camino: sencillez de corazón y humilde aceptación de la voluntad de Dios. «Dios no nos exige –escribía san Rafael, monje trapense recientemente canonizado– más que sencillez por fuera y amor por dentro, ¿ves qué fácil? En realidad qué fáciles y sencillos son los verdaderos caminos de Dios»¹⁵

Y ahora sí, para concluir esta reflexión, meditemos el inspirado himno de san Efrén:

«Vosotros todos, los que discernís, venid y admiremos
a la Virgen que es madre, la hija de David.
Venid y admiremos a la Virgen del todo pura,
maravilla en ella misma, sola entre lo creado.
Ha dado a luz sin haber conocido hombre,
alma pura, llena por tanta maravilla.

¹⁴ DOM ANDRÉ POISSON, *En oración con María*, Monte Carmelo, Burgos 2009, p. 180.

¹⁵ SAN RAFAEL ARNÁIZ, *Obras completas*, C (128) – 644.

Cada día su espíritu se dedicaba a las alabanzas,
 porque se gozaba de la doble maravilla:
 ¡Virginidad conservada y el hijo más amado!...
 "Tu morada, hijo mío, es más grande que ninguna,
 y, sin embargo, has querido que yo fuera tu morada.
 El cielo es demasiado pequeño para contener tu gloria,
 y sin embargo yo, el ser más sencillo, te llevo...
 He aquí que he concebido permaneciendo virgen.
 Profeta del Espíritu, rico en visiones,
 mira, pues, al Emmanuel que te ha quedado escondido.
 Venid, pues, vosotros todos, los que sabéis discernir,
 vosotros que por vuestra voz, por el Espíritu sois testigos.
 ¡Poneos en pie, regocijaos: he aquí la cosecha!
 Mirad, en mis brazos sostengo la espiga de vida"»¹⁶.

5. EN EL CORAZÓN DE MARÍA NO HAY MÁS QUE MISERICORDIA

*Publicado en «Noticias Diocesanas» n. 301
 Octubre de 2010*

Las palabras que encabezan este escrito, tomadas de san Juan María Vianney, definen perfectamente el misterio de amor que envuelve a la Madre del Señor. Por amor a Dios, María respondió con prontitud y generosidad al requerimiento del ángel Gabriel, portador de la noticia de su elección para ser Madre del Salvador. Con amor de Madre, María acogió en sus brazos al niño en Belén, que dejaría después el hogar de Nazaret para anunciar el Reino de Dios. Nosotros, confiados en el amor de una Madre que no se cansa de esperar, caminamos igualmente de su mano hasta llegar a la casa del Padre. No ha de extrañarnos, por tanto, que la Madre de Aquél cuyo corazón es manso, humilde y misericordioso, muestre hacia nosotros esa misma misericordia. Tenía razón el santo cura de Ars: «En el corazón de María no hay más que misericordia».

Clausurado recientemente el Año Sacerdotal que Benedicto XVI abrió en junio de 2009, a los 150 años del *dies natalis*, es decir, de la muerte y nacimiento a la vida bienaventurada de san Juan María Vianney, comparto con vosotros una reflexión sencilla de este gran sacerdote, enamorado de la Virgen: «El corazón de esta buena Madre no es más que amor y misericordia, no desea más que vernos felices. Sólo hay que inclinarse hacia ella para ser atendido». He aquí la clave de nuestra devoción a María: hemos de inclinarnos para ser atendidos, porque sólo

¹⁶ SAN EFRÉN EL SIRIO, *Himnos sobre María*, n. 7.

quien se humilla será ensalzado (cf. Lc 1,52), mientras que el soberbio es apartado de la presencia del Señor (cf. Sal 138,6). ¿Podríamos acercarnos a pedir la ayuda de tan buena Madre si no aceptamos, como Ella, nuestra condición humilde, sabiéndonos pecadores y necesitados del perdón y de la misericordia de Dios?

En María, flor escogida del jardín de Dios, se complace la Trinidad Santísima, y de la Trinidad brota la vida cristiana para quienes, al contemplarla, tratamos de imitar este ejemplo: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38), Él «ha mirado la humildad de su sierva» (Lc 1,48). Hace tres años, Benedicto XVI explicaba a los jóvenes que «Dios aprecia en María la humildad, más que cualquier otra cosa... Nuestro pensamiento va naturalmente a la Santa Casa de Nazaret, que es el santuario de la humildad: la humildad de Dios, que se hizo carne, se hizo pequeño; y la humildad de María, que lo acogió en su seno. La humildad del Creador y la humildad de la criatura. De ese encuentro de humildades nació Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre...»¹⁷.

Aquella joven nazarena supo ser, día a día, madre en la humildad y sencillez del hogar. Supo educar al Hijo, fruto del Espíritu Santo, que crecía en el anonimato de una pequeña aldea; soportó el dolor por la marcha del Hijo único, que predicó en Palestina la Buena Noticia; sufrió con Él en su Pasión, lo acompañó en el momento de su agonía... «El título de Madre de Dios –explica Benedicto XVI– es el apelativo fundamental con que la comunidad de los creyentes honra desde siempre a la Virgen santísima. Expresa muy bien la misión de María en la historia de la salvación. Todos los demás títulos atribuidos a la Virgen se fundamentan en su vocación de Madre del Redentor, la criatura humana elegida por Dios para realizar el plan de la salvación, centrado en el gran misterio de la encarnación del Verbo divino»¹⁸.

En nuestra sociedad tan competitiva, «al humilde se le considera un abandonista, un derrotado, uno que no tiene nada que decir al mundo. Éste es, en cambio, el camino real, y no sólo porque la humildad es una gran virtud humana, sino porque constituye el modo de actuar del mismo Dios... El camino de la humildad no es un camino de renuncia, sino de valentía. No es resultado de una derrota, sino de una victoria del amor sobre el egoísmo y de la gracia sobre el pecado. Siguiendo a Cristo e imitando a María, debemos tener la valentía de la humildad; debemos encomendarnos humildemente al Señor, porque sólo así podremos llegar a ser instrumentos dóciles en sus manos, y le permitiremos hacer en nosotros grandes cosas»¹⁹.

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía* (2/9/2007).

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (2/1/2008).

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía* (2/9/2007).

María guardaba todo en su corazón. También José, su esposo, siempre a la escucha de Dios y dispuesto a proteger del peligro a la familia de Dios. José fue el hombre justo, que amaba profundamente a Dios y sabía leer los acontecimientos desde la mirada divina –«la mirada de Dios no es como la de los hombres»–. José nos enseña el valor del trabajo en su justa medida, como instrumento en favor de la propia familia, sin ponerlo por encima de ella. «Todo cristiano, es mi experiencia contrastada, que contempla al José de los evangelios, se siente moldeado e interpelado como otro José de Nazaret. El auténtico servidor de Cristo, el verdadero santo, es siempre una "vida escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3)»²⁰. María y José viven con sencillez y humildad, permaneciendo al margen de los triunfos de su Hijo, sin obstaculizar su misión salvadora.

En el mes de octubre ocupa un lugar de honor el rezo del santo rosario, una devoción tan arraigada en nuestros pueblos y ciudades y cuyo rezo tanto bien ha hecho y sigue haciendo en las familias y comunidades cristianas. Una práctica piadosa que debemos, sin duda, a los dominicos, pero que también promovieron con entusiasmo sus hermanos mendicantes, los franciscanos. No es casual, por ello, que la fiesta de Nuestra Señora del Rosario y la de san Francisco estén tan próximas.

Quedan atrás los días en que este tipo de religiosidad, humilde y sin complicaciones teológicas, se miraba con cierta prevención e incluso recelo. Y, sin embargo, lo sencillo es, muchas veces, lo más hermoso. Y todos sabemos que la hermosura, la belleza puede llevarnos dulcemente a Dios con la ayuda de estas devociones tan identificadas con la tradición religiosa de un pueblo. En efecto, la religiosidad popular, «cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe... Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción... Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo»²¹.

Tened a la vista la humildad de María, siempre dispuesta a cumplir con prontitud y alegría la voluntad de Dios. Fijaos en el ejemplo silencioso y aleccionador de san José. A ellos les pido, con devoción y confianza, que nos acerquen a todos al corazón misericordioso de su Hijo, y que nos enseñen a amarlo y seguirlo por el camino del Evangelio y la meditación de los misterios del santo rosario.

²⁰ RAFAEL PALMERO RAMOS, *San José, ayer y hoy*, Monte Carmelo, Burgos 2010, p. 19.

²¹ PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 48.

6. MARÍA, MADRE DE LAS FAMILIAS

*Triduo en honor a la Mare de Déu del Lledó
Castellón, 2 de mayo de 2008*

Hablar de la maternidad virginal de María y conseguir que suscite interés en la gente de nuestro tiempo no es tarea fácil. Si ensalzáramos a María obrera, comprometida con los marginados, defensora de las libertades y derechos humanos... seguro que tendríamos mayor audiencia. Pero ser Madre no parece, hoy día, un título digno de mención. Algunas madres, con ciertos aires de modernidad, prefieren ser «compañeras» de sus hijos, olvidando que ser madre es incomparablemente más grande que ser compañera, amiga o confidente. No nos equivoquemos: desde su vocación de Madre, María se realiza como persona en su trabajo; desde su maternidad, Ella se compromete en la tarea evangelizadora de su Hijo; siendo madre, se pone del lado de los necesitados y proclama la transformación de un mundo injusto en una sociedad impregnada de valores evangélicos (recordemos, si no, el subversivo canto de María, el *Magnificat*). María se convierte en fiel compañera y discípula de Jesucristo porque ha sido fiel, en todo momento, a su vocación de Madre del Mesías.

En otro tiempo, tal vez nos fijáramos más en el misterio de la concepción virginal de María, ciertamente llamativo e inexplicable humanamente, dejando en la penumbra su maternidad. Hoy, por el contrario, tiene peor prensa y se valora menos la virginidad, que a veces es incluso objeto de burla. Se pone, entonces, el acento sobre el misterio de Santa María, Madre de Dios. Sin embargo, «se trata de dos prerrogativas –como subraya Benedicto XVI– que siempre se proclaman juntas y de manera inseparable, porque se integran y se califican mutuamente. María es madre, pero madre virgen; María es virgen, pero virgen madre. Si se descuida uno u otro aspecto, no se comprende plenamente el misterio de María, tal como nos lo presentan los evangelios»²².

María es Madre de Dios no sólo por concebir y dar a luz a Jesucristo. Pero lo realmente complicado para aquella joven nazarena es ser, día a día, madre en la humildad y sencillez del hogar, educando al Hijo que, siendo fruto del Espíritu Santo, crece en el anonimato de una pequeña aldea; soportando el dolor por la marcha del Hijo único, que recorre Palestina proclamando la Buena Noticia; sufriendo con Él en su Pasión, acompañándolo en el momento de su agonía... «El título de Madre de Dios –explica Benedicto XVI– es el apelativo fundamental con que la comunidad de los creyentes honra desde siempre a la Virgen santísima. Expresa muy bien la misión de María en la historia de la salvación. Todos los demás títulos atribuidos a la Virgen se fundamentan en su vocación de Madre

²² BENEDICTO XVI, *Homilía en la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios* (1/1/ 2007).

del Redentor, la criatura humana elegida por Dios para realizar el plan de la salvación, centrado en el gran misterio de la encarnación del Verbo divino»²³.

Esta maternidad solícita de María la prepara, en cierto modo, para recibir un nuevo encargo, esta vez de parte de Jesucristo: será la Madre de todos los hombres. «Desde la cruz –nos dice el Papa– Jesús encomendó a su Madre a cada uno de sus discípulos y, al mismo tiempo, encomendó a cada uno de sus discípulos al amor de su Madre... Es el testamento del Señor... Jesús deja a cada uno de sus discípulos, como herencia preciosa, a su misma Madre, la Virgen María»²⁴. Desde aquel instante, los cristianos podemos dirigirnos a María, con toda confianza, como Madre nuestra. «Al estar totalmente con Dios, esta mujer se encuentra muy cerca de nosotros y nos ayuda como madre y como hermana. También el puesto único e irrepetible que María ocupa en la comunidad de los creyentes deriva de esta vocación suya fundamental a ser la Madre del Redentor»²⁵. Pero tengamos siempre a la vista que, siendo María la Madre del Redentor, una devoción verdaderamente mariana no puede estar jamás separada del amor a Jesucristo²⁶.

María, escribe San Agustín, «concibió antes en su mente la Palabra y después la engendró en su seno». Su maternidad brota de la escucha de la Palabra y la obediencia al Padre: «Hágase en mí según tu palabra». Cuando María acepta la misión que le comunica el ángel, su vientre se ensancha, se agranda para acoger al Hijo del Altísimo. Escribe san Lucas en su evangelio que «alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo, dirigiéndose a Jesús: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!»» (Lc 11, 27). Estas palabras constituían una alabanza para María como madre de Jesús según la carne. Pero Jesús responde de manera significativa: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan» (Lc 11,28). Quiere quitar la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y en la observancia de la palabra de Dios.

En el evangelio que hoy se ha proclamado, cuando anuncian a Jesús que su madre y sus hermanos están fuera y lo buscan, responde: «El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre» (cf. Mc 3,31–35). ¿Acaso está marcando Jesús las distancias con su madre? ¿No es, por el contrario,

²³ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (2/1/2008).

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ SAN ILDEFONSO DE TOLEDO decía lo siguiente: «Se atribuye al Señor el homenaje que se rinde a su sierva, redundando a favor del hijo lo que se hace por la Madre y recae igualmente sobre el Rey el honor tributado a la Reina». Precisamente por eso, el mejor homenaje a María es cumplir la voluntad de su Hijo.

María la primera entre «aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen»? Sin lugar a dudas, ella es digna de bendición por ser la madre de Jesús según la carne, pero también y sobre todo porque desde el instante de la anunciación ha acogido la palabra de Dios, porque ha creído y porque «guardaba» la palabra y «la conservaba cuidadosamente en su corazón» (cf. Lc 1, 38.45; 2, 19.51). La mujer que piropeó a Jesús encarnó aquel versículo profético del *Magnificat* –«desde ahora me felicitarán todas las generaciones»– dando comienzo, así, al *Magnificat* de los siglos²⁷.

En Caná de Galilea, María contribuye a aquel «comienzo de las señales» que revelan el poder mesiánico de su Hijo, poniendo de relieve otra dimensión de su maternidad según el espíritu: la solicitud por los hombres. «En Caná de Galilea –escribe Juan Pablo II– se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia ("No tienen vino"). Pero esto tiene un valor simbólico. (María) se pone "en medio", o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre. [...] En Caná, María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera "señal" y contribuye a suscitar la fe de los discípulos»²⁸.

María no sólo da a luz a Jesús en Belén, también lo da a luz en el Calvario, junto a la cruz, y esta vez con sangre y dolor. En el Gólgota, María se convierte en Madre de todos los desamparados, de tantos hermanos nuestros cuyos cuerpos y almas llevan impresas las llagas de Cristo. Ella, que en las bodas de Caná inauguró su papel de intercesora y portavoz de los hombres –«haced lo que Él os diga»–, sella con la sangre de Jesucristo su papel de Madre del Redentor.

De un modo misterioso, pero tremendamente real, «María participa de la entrega que el Hijo hace de sí mismo: ofrece a Jesús, lo da, lo engendra definitivamente para nosotros. El "sí" de la anunciación madura plenamente en la cruz, cuando llega para María el tiempo de acoger y engendrar como hijo a cada hombre que se hace discípulo, derramando sobre él el amor redentor del Hijo»²⁹. Desde entonces, los discípulos de Cristo, que estaban asustados y temerosos, contarán con la ayuda maternal de María. Ella está presente en el nacimiento de la Iglesia en el Cenáculo, orando y esperando, junto a la Iglesia naciente, la venida del Espíritu Santo³⁰. María es, con toda razón, Madre de la Iglesia, de cada «Iglesia doméstica», Madre de todas y cada una de las familias.

²⁷ Cf. RMt 20.

²⁸ RMt 21.

²⁹ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 103.

³⁰ Cf. RMt 24.

Las familias cristianas han de encontrar en María el modelo para crecer como Iglesias domésticas y «santuarios de la vida». Ella se preocupa de la educación de su hijo; lo introduce en la fe del pueblo de Israel, acompañándolo cada sábado a la sinagoga, peregrinando a Jerusalén en las grandes fiestas, cumpliendo las prescripciones de la ley mosaica. En su hogar, el diálogo y el respeto mutuo imperan sobre el autoritarismo y la incomprensión. Y, cuando pierden de vista al niño Jesús en Jerusalén, ocupado «en las cosas de mi Padre», en vez de recibir una merecida reprimenda, María y José acogen con respeto la vocación de su Hijo, aunque no comprendan del todo.

María guarda todo en su corazón. También José, siempre a la escucha de Dios y dispuesto a proteger del peligro a su familia. Es un hombre justo, que ama profundamente a Dios y sabe leer los acontecimientos desde la mirada divina –«la mirada de Dios no es como la de los hombres»–. José nos enseña el valor del trabajo en su justa medida, como instrumento en favor de la propia familia, sin ponerlo por encima de ella. María y José viven con sencillez y humildad, permaneciendo al margen de los triunfos de su Hijo, sin obstaculizar su misión. Y María vuelve a aparecer en escena cuando ha de beber el mismo cáliz que Jesús –«y a ti misma una espada te atravesará el alma» (cf. Lc 2, 32–35)–.

En los evangelios de la infancia, el nacimiento de Jesús se contrapone a la amenaza de la vida, una amenaza que irrumpe en diversos acontecimientos de la vida de Cristo.

«¿Cómo no recordar, a este respecto –señalaba el Papa Juan Pablo II–, las desviaciones que el llamado estado de derecho ha sufrido en numerosos países? [...] ¿Cómo se podrían aceptar moralmente unas leyes que permiten matar al ser humano aún no nacido, pero que ya viene en el seno materno? [...] Nos encontramos ante una enorme amenaza contra la vida: no sólo la de cada individuo, sino también la de toda la civilización. La afirmación de que esta civilización se ha convertido, bajo algunos aspectos, en «civilización de la muerte» recibe una preocupante confirmación. ¿No es quizá un acontecimiento profético el hecho de que el nacimiento de Cristo haya estado acompañado del peligro por su existencia? Sí, también la vida de Aquél que al mismo tiempo es Hijo del hombre e Hijo de Dios estuvo amenazada, estuvo en peligro desde el principio, y sólo de milagro evitó la muerte»³¹.

Frente a un modelo de sociedad que Juan Pablo II denunció como «civilización de la muerte», María, José y el niño Jesús siguen siendo para todos nosotros un ejemplo y un modelo que imitar. Ellos son, a nuestros ojos, la Familia con

³¹ JUAN PABLO II, *Carta a las Familias*, n. 21.

mayúscula. Todas las demás familias lo serán en la medida que reflejen, como en un espejo, la imagen de la Sagrada Familia. Y con la expresión «familia» deseo incluir también a las parroquias, donde se reúne la familia de Dios, y a esas otras familias que son las Cofradías.

7. MADRE DE LA PALABRA

*Homilía en la Solemnidad de la Anunciación
Proclamación de la Basílica de Santa María
Alicante, 25 de marzo de 2007*

1. «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». La encarnación del Hijo de Dios es el misterio básico de nuestra fe cristiana. Es lo que profesamos en el Credo diciendo: «por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre».

La celebración de hoy es «una fiesta conjunta de Cristo y de la Virgen: del Verbo que se hace hijo de María, y de la Virgen que se convierte en Madre de Dios. Con relación a Cristo, como memoria del sí salvador del Verbo Encarnado, como conmemoración del principio de la Redención. Con relación a María, como fiesta de la nueva Eva, virgen fiel y obediente, que con su sí generoso se convirtió, por obra del Espíritu, en Madre de Dios y también en verdadera Madre de los vivientes»³².

2. «El ángel del Señor anunció a María». Hoy es uno de los días en que con más sentido podemos rezar el *Angelus*. Nos llena de alegría la gran noticia de que Dios no es un Dios lejano, sino «Dios-con-nosotros», que ha querido hacerse hombre para que nosotros podamos unirnos a su vida divina. Y nos sentimos animados, por el ejemplo de María, a contestar con nuestro «sí» personal, existencial, desde nuestra historia concreta, a ese acercamiento de Dios a nuestra vida.

Es la fiesta del «sí» y del amor: el de Dios y el nuestro. Si también nosotros respondemos a Dios «hágase en mí según tu Palabra», como hicieron Jesucristo y la Virgen María, se volverá a dar una nueva encarnación del Señor. Por obra de su Espíritu seguirá brotando la salvación, la gracia y la alegría de la Buena Noticia. Y Santa María –la «nueva Eva», que obedeció a la voz de Dios– se convertirá en modelo de los que pertenecemos a la nueva humanidad que Dios ha formado en torno a su Hijo Jesucristo. Una de las preces de Vísperas así lo pide: «dispón nuestros corazones para que recibamos a Cristo como la Virgen lo recibió»

³² PABLO VI, Exhortación Apostólica *Marialis cultus* (2/2/1974), 6.

3. María, Icono del misterio cristiano. «El solo nombre de la Madre de Dios contiene todo el misterio de la economía de la encarnación» (S. Juan Damasceno). En el misterio de María, nuestra Madre, se nos ofrece la pintura, el icono realizado por nuestro Dios de todo el misterio cristiano. El que ama a María ama a Cristo, y el que ama a Cristo ama al Padre y al Espíritu Santo, y el que ama a la Trinidad ama a la Iglesia, y el que ama a Dios ame a su prójimo.

Comprender a María es comprender a Cristo, aceptar a María es aceptar a Cristo: «María será siempre la llave exacta de la comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia», aseguraba Pablo VI. Bien podríamos encontrar en estas palabras, la Madre del Redentor, el principio configurador de la Mariología: «María es hasta tal punto Madre, que no se la puede entender al margen de su maternidad» (Comisión Teológica Internacional).

4. Basílica Menor: hacia una Iglesia evangelizada y evangelizadora. María, decía el Papa Pablo VI, es la estrella de la evangelización. Tengo un convencimiento fuerte y claro de que la vida cristiana se enseña practicándola. La misión de Jesucristo y, consecuentemente, de la misma Iglesia, no es otra que evangelizar. En este sentido, hay que mirar y entender la Basílica en clave de evangelización. Pero la Iglesia, si quiere evangelizar, tiene que ser comunidad evangelizada; debe empezar por evangelizarse a sí misma para ser evangelizadora. Que la Iglesia tiene que ser evangelizada significa que es de importancia primordial el testimonio, la necesidad de auténticos testigos, el fervor de los santos; hay que hablar de un Dios a quien conocemos.

5. Un título dinamizador espiritual y pastoralmente. Tres núcleos se le piden a una Basílica Menor: lugar de formación, de solidaridad y de espiritualidad. Son núcleos derivados y contemplados en perspectiva mariana, que os invito a tener en cuenta y a plasmar en proyecto y programación de la vida de la Basílica: fomentar y formar en la genuina devoción a María, ser lugar de formación cristiana sólida y fiel, cuidado de la Liturgia y del servicio religioso, signos de la verdadera religiosidad cristiana, revitalizar la vida cristiana familiar, alta sensibilidad cristiana con los pobres.

6. Madre de la Palabra

«Y tú principalmente, oh gran Virgen, que te puedes nombrar con verdad Madre de la Divina Palabra: tú, que sedienta de ella, la concebiste por gran ventura en tu seno: tú, que fecunda de ella, la pariste para común beneficio a la luz: y tú, que de escondida e imperceptible, la hiciste conocida y tratable aun a los sentidos:

Haz que yo sepa manejarla cada día con tal reverencia, que no la contamine con la profanidad de formas vanas:

Que no la aduldere con la ignominia de los aires jocosos:

Que no la pervierta con la falsedad de las desconcertadas interpretaciones;

mas la trasfunda tan sin afeite en el corazón de mis oyentes, como salió de los secretos de tus entrañas.

Desprevenido vengo de cualquier otro arrimo, distinto de una vivísima confianza en tu poderoso favor.

Ilustra, pues, tú mi mente, guía tú mi lengua, rige tú las acciones, pesa tú mi lenguaje de tal manera, que sea de alabanza, y de gloria para Dios, y de edificación, y de utilidad para el prójimo»³³.

8. «LLÉVANOS DE TU MANO HACIA TU HIJO AMADO»

*Coronación de la Virgen de los Dolores
Parroquia de Ntra. Sra. de Belén
Crevillente, 20 de marzo de 2010*

1. Alegría por la coronación de la Virgen. Sentimos una alegría grande al celebrar, como hijos agradecidos, la coronación de nuestra buena Madre, la Virgen de los Dolores. El camino, lo sabéis bien quienes os habéis movido con ilusión y con empeño, no ha estado exento de obstáculos y dificultades por las circunstancias sociales y económicas que nos envuelven; pero también somos conscientes de que ha sido hermoso conjuntar las voluntades de tantos crevillentinos y crevillentinas que, por encima de todo, habéis sabido poner en el centro de vuestro corazón el cariño filial y la devoción tierna a la Madre Dolorosa. Se cumplen aquí las palabras del salmista, que cantaba emocionado: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos... Es rocío del Hermón, que va bajando sobre el monte Sión. Porque allí manda el Señor la bendición: la vida para siempre» (Sal 132).

Realmente, es una bendición poder congregarnos como hermanos para coronar a la Mare de Déu dels Dolors. Sin duda, en este primer día del Septenario, la parroquia «Nuestra Señora de Belén» ha quedado pequeña para acoger a tantos fieles, que desean honrar a la «Dolorosa Madre de Crevillent». Junto a la nueva corona, que impondremos sobre las sienes de la venerada imagen, los crevillentinos devotos habéis querido preparar otra, muy especial: la corona social. Es un gesto verdaderamente hermoso, que os honra por dos razones:

³³ P. PABLO SEÑERI, S.I., predicador y teólogo del Papa INOCENCIO XII. En el libro *Quaresma*, Barcelona 1765.

- porque en Cuaresma se pide a los cristianos una especial apertura del corazón hacia los hermanos necesitados, a través de privaciones y limosnas; y
- porque, en esta corona social, queda reflejada, de un modo concreto y efectivo, la preocupación que María manifestó en las bodas de Caná: «No les queda vino» (Jn 2,3). Hay hermanos y hermanas nuestros que no tienen lo suficiente para vivir con dignidad.

2. Intercesión de María. En las bodas de Caná, la Virgen Madre susurra discretamente al oído de Jesús. Él parece hacerse el remolón y responde de modo enigmático: «Aún no ha llegado mi hora» (Jn 2,5). ¿Acaso hay que amar al prójimo en horario de oficina?, preguntaríamos. ¿Acaso la Madre no se desvió por su Hijo pequeño y por su esposo sin horarios de ningún tipo, con plena dedicación? María sabe esperar, ya que el corazón tiene razones que la razón no entiende, y asegura convencida: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). Es lo que Ella ha hecho a lo largo de su vida.

Así es nuestra Madre Dolorosa, porque así la hizo Dios. La Virgen María no sólo es Madre de Dios, Madre de Jesucristo, es también Madre nuestra desde el momento en que el Señor, clavado en la cruz, refiriéndose al discípulo amado y, con él, a todos, le dijo: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Este «carné de Madre de los hombres» lo obtiene María después de superar holgadamente muchas clases prácticas en las que llegó a demostrar, como en las bodas de Caná, que su virginidad es una virginidad fecunda, fructífera, porque tiene entrañas maternas. Y con su *fiat* –«hágase en mí según su Palabra» (Lc 1,38)– no sólo ofreció su seno para que el mismo Dios se encarnara, sino que supo hacer suyas las penalidades, los sufrimientos, los anhelos y las esperanzas de todos los hombres. Por ellos el Verbo entregó su Cuerpo y su Sangre. Por la humanidad entera.

3. El mundo tiene hambre de pan y sed de Dios. La fiesta de la coronación de la Virgen de los Dolores ha de ser, para los discípulos de Cristo, una llamada de atención, que nos ayude a abrir los ojos a las necesidades y preocupaciones de tantos hermanos que «no tienen vino»: ancianos que viven solos, enfermos a quienes nadie visita, niños que mendigan el cariño de sus padres, jóvenes y adultos que buscan un trabajo digno y una vivienda adecuada, extranjeros que esperan una mano tendida y una palabra de acogida calurosa... Son centenares de miles, en nuestra nación, los que necesitan el vino de la alegría y del amor. Muchos de ellos los tenemos cerca, están en nuestra calle o en nuestro barrio, en Crevillente.

Tampoco olvidemos otro tipo de sed, la de quienes carecen de otro vino mejor, de más grados, el vino nuevo de la Nueva Alianza, el vino de la fe y el

amor a Cristo: ¡cuántas personas andan sedientas de fe, cuántos necesitan beber el agua viva que es Jesús, Camino, Verdad y Vida! Démosles nosotros de beber. Así nos lo pide Benedicto XVI en su *Mensaje para la Cuaresma* de este año 2010:

«Para gozar de una existencia en plenitud, (el hombre) necesita algo más íntimo que se le puede conceder sólo gratuitamente: podríamos decir que el hombre vive del amor que sólo Dios, que lo ha creado a su imagen y semejanza, puede comunicarle. Los bienes materiales ciertamente son útiles y necesarios... pero, además del pan y más que el pan, necesita a Dios. Observa san Agustín: si "la justicia es la virtud que distribuye a cada uno lo suyo... no es justicia humana la que aparta al hombre del verdadero Dios" (*De Civitate Dei*, XIX, 21)».

4. María, Madre del Doliente y Madre de los que sufren. Como dijo nuestro añorado Papa Juan Pablo II, la Virgen

«mostrando y poniendo al alcance de vuestros ojos la humanidad yacente y reudentora de su divino Hijo, ha sido durante siglos un evangelio viviente: ha anunciado sin cesar que las heridas, las dolencias y hasta la misma muerte, así como la soledad, la división de los espíritus y los males morales no son para sus hijos la última palabra. Ella os está diciendo y atestiguando que la suerte definitiva del hombre es Cristo, la Palabra encarnada, el Amor hecho perdón, gracia y alegría de Dios en medio de su pueblo. ¡Cuántos, junto a su imagen, se han sentido bienaventurados porque, al igual que Ella, "han creído", dejándose acercar de este modo a las fuentes de la salvación!»³⁴.

Otro Papa enamorado de María, Pío XII, había dicho 35 años antes:

«La Virgen Santísima fue el providencial instrumento, elegido por los designios del Padre celestial, para dar y presentar a su precioso Hijo al mundo; para ser Madre y Reina de los Apóstoles, que por todas partes habían de propagar su doctrina... para intervenir prodigiosamente en todos los tiempos, dondequiera que fuera necesario para la implantación, la consolidación y la defensa de la santa fe católica. "Por Ella –dice a este propósito san Cirilo de Alejandría– la santa cruz es celebrada y adorada en todo el universo...; por Ella toda criatura, aprisionada en los errores de la idolatría, es llevada al conocimiento de la verdad... por Ella los Apóstoles predicaron la salvación a las naciones"»³⁵.

³⁴ JUAN PABLO II, *Discurso en el 50 aniv. de la coronación canónica Virgen del Camino* (19/10/1980).

³⁵ PIO XII, *Radiomensaje a los fieles mejicanos* (12/10/1945).

5. Unidos como hermanos, en torno a una misma Madre. Además de estas coronas, la de la Virgen y la social, os propongo ofrecer una tercera que cuesta menos pero que vale más: la corona fraternal. Esto es lo que más desea nuestra buena Madre, vernos unidos en torno a su Hijo amado, superar todo enfrentamiento, perdonándonos mutuamente ofensas y separaciones, apagando resquemores acumulados a lo largo del tiempo.

«Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5), son las últimas palabras que María pronuncia en el Evangelio. ¿Y qué nos pide Jesús?, hemos de preguntar con frecuencia. Ved lo que hizo y lo que dijo en la última cena. Habiendo partido y repartido a sus discípulos el pan ácimo, su Cuerpo entregado, y habiendo pasado de mano en mano el cáliz de la nueva Alianza en su Sangre derramada, oró al Padre diciendo: «Te ruego por ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti» (Jn 17,9). Que permanezcamos todos unidos en torno a María, al pie de la cruz de Cristo.

Pidamos juntos a la Virgen de los Dolores que nos obtenga el don de seguir, siempre y en todo momento, a su Hijo crucificado, aceptando con serenidad las dificultades y las pruebas de nuestra existencia. Ella nos haga dóciles al Espíritu del Señor, el mismo Espíritu que hizo de María el árbol frondoso que dio el mejor de los frutos: Jesucristo, nuestro Salvador. Y que ese mismo Espíritu abra nuestros ojos del corazón a los hermanos y hermanas que necesitan ser atendidos en su soledad y desvalimiento. Este «Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia»³⁶.

9. «MADRE DEL REDENTOR, SOCORRE A TU PUEBLO»

*Novena a Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro
Parroquia de San Roque
Novelda, 29 de abril de 2009*

1. María, Madre y socorro de los cristianos. En no pocas ocasiones, el pueblo creyente ha podido experimentar la cercanía y protección de la Madre del cielo siempre que ha acudido a Ella confiadamente. Por eso, la Virgen María ha sido constituida «como madre y protectora del pueblo cristiano, para que, bajo su auxilio, participe valientemente en el combate de la fe, persevere con fidelidad en la enseñanza de los apóstoles y camine seguro entre las dificultades del mundo, hasta alcanzar gozoso la Jerusalén del cielo» (*prefacio*).

³⁶ DCE 19.

María es Madre de todos los hombres. Aquí reside su grandeza. Cuando los cristianos la tomamos como patrona de una ciudad, un pueblo o una nación no sólo lo hacemos para que Ella interceda por los creyentes ante su Hijo, sino para que su manto protector alcance igualmente a todos aquellos hermanos nuestros que todavía no comparten nuestra fe o se han alejado de la Iglesia. Como dijo nuestro entrañable Papa Juan Pablo II:

«Su maternidad espiritual no se limita solamente a los discípulos, como si se tuviese que interpretar en sentido restringido la frase pronunciada por Jesús en el Calvario: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19,26). Efectivamente, con estas palabras el Crucificado... trataba de ofrecer a su madre como madre de todos los hombres»³⁷.

De este modo, Juan Pablo II sintonizaba a la perfección con aquellas hermosas palabras que los Padres conciliares dedicaron a María al final de la *Lumen gentium*:

«Con su amor de Madre cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y viven entre angustias y peligros hasta que lleguen a la patria feliz. Por eso, la santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora»³⁸.

2. María, abogada e intercesora nuestra. El título de «abogada» se remonta a san Ireneo, quien, tratando de la desobediencia de Eva y la obediencia de María (*1ª lectura*), afirma que en el momento de la Anunciación «la Virgen María se convierte en Abogada»³⁹. De este modo, con su sí la Virgen se convierte en causa de salvación para Eva y para todo el género humano.

«María ejerce su papel de "Abogada" –como explicaba Juan Pablo II en una de sus audiencias– cooperando tanto con el Espíritu Paráclito como con Aquél que en la cruz intercedía por sus perseguidores (cf. Lc 25,34) y al que Juan llama nuestro "abogado ante el Padre" (cf. 1 Jn 2,1). Como madre, ella defiende a sus hijos y los protege de los daños causados por sus mismas culpas»⁴⁰.

3. Santa María de Caná. María aparece sólo dos veces en todo el evangelio de san Juan: en Caná y en el Calvario. En Caná, aparece en su función de mujer y de madre: ha visto una situación humana dolorosa, sabe que su hijo puede

³⁷ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (24/9/1997)

³⁸ LG 62.

³⁹ S. IRENEO, *Adv. haer.* V, 19,1.

⁴⁰ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (24/9/1997)

resolverla y acude a él discreta y confiadamente. Aunque la respuesta de Jesús puede parecernos dura o, cuando menos, desconcertante, su Madre, sin embargo, dirige a los criados unas palabras que tendrán todo el valor de un testamento espiritual: «Haced lo que él os diga» (v. 6). De este modo, la Virgen se nos muestra como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera «señal» y contribuye a suscitar la fe de los discípulos⁴¹.

Sus palabras son el eco de aquel juramento realizado por el pueblo de Israel en el desierto: «Haremos todo lo que manda el Señor y le obedeceremos» (cf. Ex 24, 3–8). María nos invita, además, a estar atentos y preocuparnos de las carencias de nuestros semejantes, por muy pequeñas que éstas nos parezcan, ya sean de índole material o espiritual. Hemos de saber detectar dónde falta el vino, dónde escasea la alegría, dónde existe agua estancada en vasijas viejas, para ofrecer soluciones nuevas y creativas, es decir, para ofrecer el verdadero vino nuevo: «a vino nuevo, odres nuevos» (Mt 9, 17).

4. María nos protege frente a todo peligro. La convicción de que María está cerca de cuantos sufren o se hallan en situaciones de peligro grave ha llevado al pueblo fiel a invocarla con los sugerentes títulos de Madre del Socorro, Auxilio de los Cristianos, Medianera de la gracia. Ésta es la misma certera confianza que expresamos en una antigua oración mariana y que seguramente muchos de los que estamos aquí recordaremos:

«Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita».

También el Papa Juan Pablo II escribió una hermosa oración a María, Madre del Perpetuo Socorro:

«Signo grandioso de nuestra esperanza, te invocamos.

Oh Virgen del Perpetuo Socorro, Madre Santa del Redentor,
socorre a tu pueblo, que anhela resurgir.

Da a todos el gozo de trabajar por la construcción del Reino
en consciente y activa solidaridad con los más pobres,
anunciando de modo nuevo y valiente el Evangelio de tu Hijo.

Él es fundamento y cima de toda convivencia humana,
que aspira a una paz verdadera, estable y justa.

⁴¹ Cf. RMt 21.

Como el Niño Jesús,
que admiramos en este venerado Icono,
también nosotros queremos estrechar tu mano derecha.

A ti no te falta poder ni bondad para socorrernos
en las más diversas necesidades y circunstancias de la vida.

¡La hora actual es tu hora!
Ven, pues, en ayuda nuestra y sé para todos socorro,
refugio y esperanza. Amén».

10. MUJER FIEL AL PROYECTO DE DIOS

*50º aniversario Ntra. Sra. de Monserrate
Daya Vieja, 1 de mayo de 2007*

1. «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra». Cuando estas palabras salieron de los labios de María, la historia de la humanidad dio un vuelco completo. Fue san Bernardo, el gran enamorado de la Virgen, quien mejor describió ese momento del sí de María, del que estuvo pendiente no sólo la creación entera, sino el mismo Creador:

«Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el Ángel aguarda tu respuesta. También nosotros esperamos, Señora, esta palabra de misericordia. [...] Pronuncia tu palabra y recibe la divina. Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Creador. He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra»⁴².

2. Un proyecto de vida en Cristo. Podríamos decir que la respuesta de María al arcángel Gabriel es como un proyecto personal, no de vida, sino para toda la vida. Y, en efecto, así es como vivió la madre de Jesús su paso por este mundo: sabiéndose, sin sombra de duda, la sierva del Señor, la servidora del Padre. Me atrevería a decir, incluso, que la segunda afirmación de María –«hágase en mí»– no añadiría nada a la frase anterior: precisamente porque ella se descubre a sí misma como la sierva del Señor, no cabe en su mente y en su corazón otra opción que la de cumplir, hacer vida y encarnar esa Palabra venida del Todopoderoso.

Así pues, la actitud de María ante el saludo del ángel debería suscitar en nosotros estas preguntas: ¿encarnas tú la palabra que Dios pronuncia sobre ti, el proyecto que ha preparado para ti? ¿La guardas en tu corazón, la mimas, te

⁴² SAN BERNARDO, *Hom.* 4, 8–9.

esfuerzas por seguirla? ¿Qué pesa más en tu balanza: tus proyectos personales o el plan de Dios, manifestado en Cristo y en su Iglesia, que es su Cuerpo?

3. Amar a nuestra Madre y a nuestros hermanos, en Cristo. Que el ejemplo de nuestra Madre nos ayude a vivir en el amor de Cristo y, en Él, entregarnos a los hombres, nuestros hermanos. Nos lo dijo bien claro el Papa Juan Pablo II: «No olvidéis que la fe sin obras está muerta. Que la devoción mariana de los españoles sea fecunda y operante. Que se haga solicitud hacia todos, especialmente hacia los más necesitados, marginados, minusválidos, enfermos y los que sufren en el cuerpo y en el alma». Ésa es la auténtica y completa devoción a María. La que no sólo se limita a querer a la Madre, sino que lucha porque también sean felices sus hijos.

Solamente siguiendo el ejemplo de María, le demostraremos de verdad el cariño que le tenemos, y, queriéndola de este modo –no de palabra sino con obras– ella nos conducirá al que es el Camino, la Verdad y la Vida, Jesucristo nuestro Señor.

Nuestro mejor homenaje a María es cumplir la voluntad de su Hijo: «Haced lo que Él os diga». Estas palabras son como el testamento de María; después de decirlas, se calló para siempre, porque ya había dicho todo lo que tenía que comunicarnos. San Ildefonso de Toledo nos explicó, hace muchos siglos, cómo el amor a María y el amor a Jesús están indisolublemente unidos:

«Se atribuye al Señor el homenaje que se rinde a su sierva, redundando a favor del Hijo lo que se hace por la Madre y recae igualmente sobre el Rey el honor tributado a la Reina».

4. Acción de gracias por los 50 años. Medio siglo. Media vida larga. Los niños de entonces hoy son padres y algunos abuelos... Muchos están aquí. Otros nos han dejado ya. Los recordamos, sabiendo que en el cielo son intercesores y abogados nuestros.

Algunos somos nuevos en este coro de alabanza al Señor y honor a la Señora. Ha crecido, como veis, la familia se enriquece, y estamos contentos. Es ley de vida.

A los Obispos de aquel momento, al párroco y sacerdotes de entonces, a la Cofradía y a los feligreses del año 1957, se unen, nos unimos hoy todos los que hemos venido de cerca y de lejos.

5. Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Él nos invita a caminar por Él y en Él. No quita nada, lo da todo. De la mano siempre de Santa María, Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo. Señora nuestra coronada.

Que nos recibe y atiende –es decir, nos escucha y nos cuida con amor de Madre– en esta su Casa, que también es nuestra.

«Ella fue en su vida –leemos en la *Lumen Gentium*– ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos los que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres»⁴³.

Es decir, es modelo y ejemplo de todos. Por eso le pedimos:

«Concédenos, Señor, la valiosa intercesión de la Virgen María, cuya gloriosa memoria hoy celebramos, y danos parte en los dones de tu amor por la intercesión de aquella a la que hiciste llena de gracia».

11. SANTA MARÍA AUXILIADORA

*Homilía en la parroquia de María Auxiliadora
Alicante, 24 de Mayo de 2007*

1. Victoria de Lepanto. La advocación «María, Auxilio de los cristianos» tiene sus orígenes en el siglo XVI. Hacia el año 1558 ya figuraba esta advocación en las Letanías Lauretanas, que fueron aprobadas por el Papa Clemente VIII en 1601.

El día 7 de octubre de 1571 tuvo lugar la batalla de Lepanto. La flota naval de las naciones cristianas lograba la victoria con el auxilio de María. San Pío V consagró este día como la fiesta de Santa María de la Victoria y del Rosario, y añadió el título de «María, Auxilio de los cristianos» a las Letanías Lauretanas.

En 1683, los turcos sitiaron la ciudad de Viena. Los creyentes acudieron a la protección de María, invocándola con el título de «María, Auxilio». El Papa Inocencio XI concertó una alianza entre Austria, Alemania y Polonia, que vencieron a pesar de la superioridad de las fuerzas islámicas. El pueblo cristiano experimentó, una vez más, la ayuda de la Virgen Auxiliadora.

2. La fiesta de María Auxiliadora. A lo largo del siglo XVII pasa esta devoción al norte de Italia, donde san Juan Bosco la revitaliza. El Papa Pío VII, que había sido prisionero de Napoleón durante cinco años, imploraba el auxilio de la Virgen María, invitando a todos los cristianos a encomendarse a ella en tiempos tan difíciles para la Iglesia.

Pío VII se vio libre y regresó triunfalmente a la ciudad de Roma, donde entró el 24 de mayo de 1814. Atribuyó aquella liberación de toda la Iglesia a la

⁴³ LG 64.

protección de la Virgen María y, en consecuencia, instituyó la fiesta litúrgica de María Auxiliadora, que debía celebrarse en Roma y los Estados Pontificios.

3. María Auxiliadora y san Juan Bosco. San Juan Bosco fue el apóstol y difusor de esta devoción. Su madre Margarita le hizo esta confidencia: «Juan, hijo mío, cuando naciste te consagré a la Virgen; cuando comenzaste los estudios te encomendé la devoción a esta Madre; ahora te pido que seas todo suyo. Ama a los compañeros que tengan devoción a María y, si llegas a ser sacerdote, recomiendan y propaga siempre la devoción a María».

Apenas contaba nueve años de edad, san Juan Bosco sueña que se encuentra entre una multitud de chiquillos que dan voces, que gritan. Algunos blasfeman. Quiere hacerlos callar con palabras y puñetazos. Se le acerca un Señor venerable. Lo llama por su nombre (la vocación). Le ordena que se ponga al frente de ellos (la misión). Que se los gane no con golpes, sino con el amor (el sistema). Y que los instruya sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud (contenido esencial de su mensaje). El pequeño se siente incapaz de cumplir el mandato: muestra su incapacidad y falta de ciencia. Pero el personaje del sueño viene en su ayuda. «Yo te daré una Maestra bajo cuya disciplina puedes llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría es necedad».

Así, durante toda su vida, María Auxiliadora será la Maestra, la Guía y la que todo lo había hecho a través del «pobre» Don Bosco.

4. La opción mariana de san Juan Bosco. En 1848, a los siete años de su ordenación sacerdotal, ya había en su mesa de trabajo unas estampas con el título *Auxilium christianorum*. Pero es en 1862 cuando el santo hace su opción mariana definitiva: «María Auxiliadora». A Juan Cagliero, una de sus primeros salesianos, le confía lo siguiente: «La Virgen quiere que la honremos con el título de Auxiliadora. Los tiempos que corren son tan aciagos que tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude a conservar y a defender la fe cristiana».

María Auxiliadora es la que une a la familia de san Juan Bosco, la estimula en su entrega a los jóvenes y a las clases populares, la que hace posible lo que parece imposible y la que nos guía a amar a la Iglesia, al Papa, a los Obispos y a todo el Pueblo de Dios. Toda oración salesiana termina con la invocación «María, Auxiliadora de los cristianos, ruega por nosotros».

5. El apóstol de María Auxiliadora. Para fomentar la devoción a María Auxiliadora, el santo fundó la revista del *Boletín Salesiano*, donde se narraban las maravillas que María realizaba a favor de sus devotos. El santo solía decir: «Acudid a María Auxiliadora y veréis lo que son milagros». Él mismo publicó una sencilla novena a la Virgen para acudir a ella en toda necesidad. Asimismo,

distribuyó millones de medallas y estampas y creó una fórmula de «Bendición de María Auxiliadora», aprobada por la Santa Sede. Con estos medios tan sencillos, pero con la exigencia de un gran amor a María Auxiliadora, el santo realizó verdaderas maravillas. Era una manera de evangelizar a los pobres.

12. MARÍA, MADRE DE LA VIDA, AMPÁRANOS

*Parroquia de Ntra. Sra. de los Desamparados
225° aniversario de la llegada de la Virgen María
Desamparados (Orihuela), 23 de junio de 2007*

1. Santa María, Madre y Virgen. A veces los cristianos nos hemos fijado demasiado en el aspecto más llamativo de la concepción subrayando la virginidad de María y dejando en la penumbra un milagro igual de maravilloso: su maternidad. Concebir es relativamente fácil, pues «para Dios nada hay imposible» (Lc 1, 37). Lo complicado es ser madre día a día, en la humildad y sencillez del hogar familiar, educando al Hijo que, siendo fruto del Espíritu Santo, crece en el anonimato de una pequeña aldea; soportando el alejamiento de Jesús al inicio de su vida pública y sufriendo con Él en su Pasión.

En el evangelio de san Juan leemos que Jesús, clavado en la cruz, nos entrega a su Madre en la persona del Discípulo Amado (y no dice «ahí tienes a la Virgen», sino «ahí tienes a tu Madre»). Una sincera devoción mariana no puede estar separada nunca del amor a su hijo, Jesucristo.

2. El testimonio de los evangelios. San Lucas relata en su evangelio que «alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo, dirigiéndose a Jesús: ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!» (Lc 11, 27). Estas palabras constituían una alabanza para María como madre de Jesús según la carne. Pero Jesús responde de manera significativa: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan» (cf. Lc 11, 28). Quiere quitar la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo que se forma en la escucha y en la observancia de la palabra de Dios.

En otro pasaje del evangelio, al ser anunciado a Jesús que «su madre y sus hermanos están fuera y quieren verlo», responde: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (cf. Lc 8, 21). Pero, ¿acaso no es María la primera entre «aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen»? Sin lugar a dudas, María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús madre según la carne, pero también y sobre todo porque ya en el instante de la anunciación ha acogido la palabra de Dios, porque ha creído, porque fue obediente a Dios, porque «guardaba» la palabra y «la conservaba cui-

dadosamente en su corazón» (cf. Lc 1, 38.45; 2, 19.51) y la cumplía. Aquella mujer anónima que piropeó a Jesús fue la primera en confirmar inconscientemente aquel versículo profético del *Magnificat* de María y dar comienzo al *Magnificat* de los siglos⁴⁴.

3. El testimonio de los santos. María es Madre incluso antes de concebir en su seno, pues, como dice tan bellamente san Agustín: «Ella concibió antes en su mente la Palabra y después la engendró en su seno». Esta maternidad tiene su fuente y se nutre, por tanto, de la escucha de la Palabra y de la obediencia al Padre: «Hágase en mí según tu palabra». Únicamente a partir de esta aceptación de la Palabra el vientre de María se ensancha para acoger al Verbo de Dios.

San Ildefonso de Toledo dice: «Se atribuye al Señor el homenaje que se rinde a su sierva, redunda en favor del hijo lo que se hace por la Madre y recae igualmente sobre el Rey el honor tributado a la Reina». Por eso, el mejor homenaje a María es cumplir la voluntad de su Hijo.

4. ¿Un alumbramiento sin dolor? María no sólo da a luz a Jesús en Belén, también lo vuelve a parir en el Calvario, junto a la cruz, y esta vez con dolor, con sangre. Allí, María se convierte en Madre del Desamparado, del Cordero llevado al matadero. En el Gólgota, María se convierte en Madre de todos los desamparados de la historia, prefigurados, en cierto modo, en el Discípulo Amado: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Es, por tanto, en el Calvario donde recibimos a María como Madre nuestra, como Madre espiritual y ejemplar para todos y cada uno de los cristianos. Ella, que en las bodas de Caná inauguró su papel de intercesora y portavoz de los hombres ante su Hijo –«haced lo que Él os diga»– sella con la sangre de Jesucristo su papel de Madre del Redentor.

«María participa de la entrega que el Hijo hace de sí mismo: ofrece a Jesús, lo da, lo engendra definitivamente para nosotros. El "sí" de la anunciación madura plenamente en la cruz, cuando llega para María el tiempo de acoger y engendrar como hijo a cada hombre que se hace discípulo, derramando sobre él el amor redentor del Hijo»⁴⁵.

5. El Evangelio de la Vida. En los evangelios de la infancia, el anuncio de la vida que se manifiesta con el nacimiento de Jesús se contrapone fuertemente a la amenaza de la vida:

«¿Cómo no recordar, a este respecto –nos decía Juan Pablo II–, las desviaciones que el llamado estado de derecho ha sufrido en numerosos países? [...] ¿Cómo se

⁴⁴ Cf. RMt 20.

⁴⁵ JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium vitæ* (25/3/1995), 103

podrían aceptar moralmente unas leyes que permiten matar al ser humano aún no nacido, pero que ya viene en el seno materno? [...] Nos encontramos ante una enorme amenaza contra la vida: no sólo la de cada individuo, sino también la de toda la civilización. La afirmación de que esta civilización se ha convertido, bajo algunos aspectos, en "civilización de la muerte" recibe una preocupante confirmación. ¿No es quizá un acontecimiento profético el hecho de que el nacimiento de Cristo haya estado acompañado del peligro por su existencia? Sí, también la vida de Aquél que al mismo tiempo es Hijo del hombre e Hijo de Dios estuvo amenazada, estuvo en peligro desde el principio, y sólo de milagro evitó la muerte»⁴⁶.

Frente a una «civilización de la muerte» camuflada bajo el nombre de «progreso», la Virgen María, san José y Jesucristo siguen siendo para los cristianos un estímulo para que tantas familias desamparadas vuelvan a ser «santuarios de la vida» y sólidas «Iglesias domésticas». Ellos son la FAMILIA con mayúsculas. Y todas las demás familias lo serán en la medida que reflejen en sí mismas, como en un espejo, la imagen de esta Sagrada Familia.

Permitidme que termine con este poema que compuso Martín Descalzo, titulado «Oración final de un hombre agradecido»:

«Te doy gracias, María, por ser una mujer.

Gracias por haber sido mujer como mi madre y por haberlo sido en un tiempo en el que ser mujer era como no ser nada.

Gracias porque entendiste la maternidad como un servicio a la vida ¡y qué Vida!

Gracias porque entendiste la virginidad como una entrega ¡y qué entrega!

Gracias por atreverte a ir embarazada hasta Belén, gracias por dar a luz donde cualquier otra mujer se hubiera avergonzado.

Gracias por haber sabido ser luego una mujer de pueblo, por no haber necesitado ni ángeles, ni criadas que te amasaran el pan y te hicieran la comida;

gracias por haber sabido vivir sin milagros ni prodigios, gracias por haber sabido que estar llena no era estarlo de títulos y honores, sino de amor.

Gracias por haber aceptado el exilio, por asumir serena la muerte del esposo querido.

Gracias por haber respetado la vocación de tu Hijo cuando se fue hacia su locura, por no haberle dado consejitos prudentes, gracias por haberlo dejado crecer y por sentirte orgullosa de que Él te superase.

⁴⁶ JUAN PABLO II, *Carta a las Familias*, 21.

Gracias por haber sabido quedarte en silencio y en la sombra durante su misión, pero sosteniendo de lejos el grupo de mujeres que seguían a tu Hijo.

Gracias por haber subido al Calvario cuando pudiste quedarte alejada del llanto, por aguantar al lado del sufriente.

Gracias por aceptar la soledad de los años vacíos.

Gracias por haber sido la mujer más entera que ha existido nunca y gracias, sobre todo, por haber sido la única mujer de toda la historia que volvió entera a los brazos de Dios.

Gracias por seguir siendo madre y mujer en el cielo, por no cansarte de amamantar a tus hijos de ahora.

Gracias, María, madre de las familias».

13. «LLÉVANOS DE TU MANO HACIA TU HIJO AMADO»

*Solemnidad de Ntra. Sra. del Carmen
MM. Carmelitas – Monasterio del Espíritu Santo
Algorós (Elche), 16 de julio de 2011*

1. Nuestra Señora del Carmen: advocación muy querida. Este título de la Virgen Madre nos consuela, alienta y anima siempre a todos sus hijos. No solamente a este querido palomarcito, que celebra con gran júbilo esta fiesta tan entrañable para el Carmelo, sino a los del mundo entero.

Para los devotos de esta advocación mariana, «el hábito pardo y blanco del Carmen y del escapulario es un símbolo. Blanco de pureza, y pardo de austeridad. Nos lleva al olvido propio, no quejarnos nunca, escoger lo peor, no criticar a nadie. Darnos a los demás limpios de egoísmo, no disculparnos para quedar bien...».

Esta advocación nos lleva, espiritualmente, a los lugares por los que caminó Jesucristo, a Tierra Santa. Allí, el Monte Carmelo es testigo perenne del nacimiento de esta advocación mariana. En lengua hebrea, Carmelo quiere decir «viña del Señor». La Santísima Virgen es, en verdad, la viña de la que brotó la Vid verdadera, Jesucristo, a quien estamos unidos todos los cristianos como los sarmientos están unidos al tronco de su cepa.

2. María, humilde cumplidora de la voluntad de Dios. En María, flor escogida del jardín de Dios, se complace la Trinidad Santísima, y de la Trinidad brota la vida cristiana para quienes, al contemplarla, tratamos de imitar este

ejemplo: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38); Él «ha mirado la humildad de su sierva» (Lc 1,48). Benedicto XVI explicaba a los jóvenes:

«Dios aprecia en María la humildad, más que cualquier otra cosa... Nuestro pensamiento va naturalmente a la Santa Casa de Nazaret, que es el santuario de la humildad: la humildad de Dios, que se hizo carne, se hizo pequeño; y la humildad de María, que lo acogió en su seno. La humildad del Creador y la humildad de la criatura. De ese encuentro de humildades nació Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre...»⁴⁷.

Aquella joven nazarena supo ser, día a día, madre en la humildad y sencillez del hogar. Supo educar al Hijo, fruto del Espíritu Santo, que crecía en el anonimato de una pequeña aldea; soportó el dolor por la marcha del Hijo único, que predicó en Palestina la Buena Noticia; sufrió con Él en su Pasión, lo acompañó en el momento de su agonía.

En nuestra sociedad tan competitiva, «al humilde se le considera un abandonista, un derrotado, uno que no tiene nada que decir al mundo. Éste es, en cambio, el camino real, y no sólo porque la humildad es una gran virtud humana, sino porque constituye el modo de actuar del mismo Dios... El camino de la humildad no es un camino de renuncia, sino de valentía. No es resultado de una derrota, sino de una victoria del amor sobre el egoísmo y de la gracia sobre el pecado. Siguiendo a Cristo e imitando a María, debemos tener la valentía de la humildad; debemos encomendarnos humildemente al Señor, porque sólo así podremos llegar a ser instrumentos dóciles en sus manos, y le permitiremos hacer en nosotros grandes cosas»⁴⁸.

3. Dichosos los que escuchan la Palabra y la guardan. María, escribe San Agustín, «concibió antes en su mente la Palabra y después la engendró en su seno». Su maternidad, por lo mismo, brota de la escucha de la Palabra y de la obediencia al Padre: «Hágase en mí según tu palabra». Cuando María acepta la misión que le comunica el ángel, su vientre se ensancha, se agranda para acoger al Hijo del Altísimo.

Escribe san Lucas en su evangelio que «alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo, dirigiéndose a Jesús: ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!» (Lc 11,27). Estas palabras constituían una alabanza para María como madre de Jesús según la carne. Pero Jesús responde de manera significativa: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan» (Lc 11,28). Quiere

⁴⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía* (2/9/2007).

⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía* (2/9/2007).

quitar la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y en la observancia de la palabra de Dios.

4. Estrella de los mares, llévanos a puerto seguro. Cada 16 de julio, en diversos lugares de nuestro suelo (que nuestro añorado Papa Juan Pablo II llamó «tierra de María»), numerosas voces aclaman y bendicen a la Madre de Dios con la conocida *Salve marinera*: «Salve, estrella de los mares, de los mares iris de eterna ventura». En las letanías que se desgranán al recitar el Rosario figura un piro-po a la Virgen muy parecido: *Stella matutina*, Estrella de la mañana. De este modo sencillo, el pueblo fiel ha querido expresar su devoción y cariño a Santa María.

María, «flor del Carmelo», es la estrella que guía nuestro navegar por este proceloso mar que es la vida. No es una estrella cualquiera, ni se puede comparar con otras figuras relevantes de la historia, ni se parece a esas estrellas, con minúscula, que hoy brillan rutilantes y mañana se desvanecen sin rastro alguno.

María, Reina del Carmelo, es la Estrella brillante y luminosa que orienta, como el mejor de los faros, la barca de nuestra vida hacia el puerto definitivo: Jesucristo. Cuando el mar de la existencia humana se agita por las tormentas del dolor, la soledad, el resentimiento, la enfermedad... nuestros ojos miran a esa Estrella capaz de proyectar su luz en nuestra noche interior. Estrella que, como el Cirio pascual, arde resplandeciendo hasta que amanezca el día.

Sí, María es, a la vez, la Aurora que abre las puertas al Sol que nace de lo alto, a Jesucristo, Luz del mundo. Una y otra luz se entrecruzan en nuestro camino. La Virgen nos dice, refiriéndose a su Hijo, «haced lo que Él os diga». Jesucristo, su Hijo, nos recuerda: «Ahí tienes a tu Madre». Ella es la senda recta para llegar a Jesús, que es Camino, Verdad y Vida.

14. «VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS»

*Solemnidad de Ntra. Sra. del Remedio
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 5 de agosto de 2009*

1. Un poco de historia. Desde el siglo XIV, la devoción a la Santísima Virgen María con el título de Virgen del Remedio se difunde en Alicante por obra de los padres trinitarios, y en el siglo XVI ya la veneraba Alicante como Patrona.

En el año 1603, el Papa Clemente VIII concede y aprueba la Cofradía de la Virgen del Remedio en la Bula *Apud sanctum Petrum anno incarnationis 1603*. Con el paso del tiempo, la devoción arraiga con más fuerza y se expresa en distintas

manifestaciones. Otros pueblos de la Diócesis también honran a la Madre de Dios bajo esta misma advocación: Monóvar, San Fulgencio, La Matanza (Orihue-la), etc.

2. Sobre las lecturas de esta fiesta. Todos nuestros males arrancan de la raíz del primer pecado (Génesis). La Mujer en la que comienza el remedio de aquella situación, la Virgen María, canta la obra salvadora de Dios, que derrama en nosotros su misericordia (salmo: magnificat). El Hijo, estirpe de la Mujer (Gálatas) es el que, por el misterio de su «hora» nos rescata, poniendo remedio a nuestros males, haciéndonos llegar la redención por los sacramentos de la fe (*evangelio*).

3. ¿Qué significa dicha advocación?

- que María es –con la teología en la mano– la Mujer providencial del gran remedio: nos mereció a Cristo, nuestro Salvador⁴⁹.
- que María es la Madre de los hombres («ahí tienes a tu Madre», dijo Cristo en la cruz a San Juan y, con él, a todos nosotros), que nos procura y ofrece siempre remedios muy concretos para nuestras situaciones difíciles: enfermedad, angustia, incomprensión, soledad, cansancio... (bodas de Caná: «haced lo que Él os diga»).
- que puede ofrecernos cualquier ayuda, cualquier consuelo, cualquier apoyo: «El eterno amor del Padre –escribió Juan Pablo II, el Papa cuyo único gran pecado ha sido querer demasiado a la Virgen– se acerca a cada uno de nosotros por medio de esta Madre y adquiere de tal modo signos más comprensibles y accesibles a cada hombre»⁵⁰.

4. Con la mirada siempre puesta en la Señora. María es el principio de nuestra salvación y sigue siendo el remedio de nuestros males. ¡Hoy y siempre! Al dar razones de la Encarnación del Verbo, Teodoreto escribe estas bellas palabras:

«El Señor del Universo no considera justo dejar que aquél, por el que todas las cosas han sido hechas, fuese acechado del pecado y entregado como prisionero a la muerte. Y por ello el vistió la forma humana y cubrió la naturaleza invisible con la visible, y la visible la custodió sin pecado y conservó intacta la escondida; de hecho ni ésta participó de las pasiones de la carne, ni la carne participó de las manchas del pecado. [...] Así, cuando quiso dar a todos los hombres un remedio saludable, no se sirvió, como sus ayudantes, de los Ángeles o Arcángeles, ni del

⁴⁹ Cf. LG, cap. VIII.

⁵⁰ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor Hominis* (4/3/1979), 22.

cielo emanó una voz sonora e adecuada a todos los hombres, sino que del útero de una virgen se construyó un habitáculo humano y de allí salió fuera, visto como un hombre y adorado como Dios, generado de la sustancia del Padre, antes del principio de los siglos, y tomando de la virgen el elemento visible, siendo al mismo tiempo nuevo y eterno».

5. Jesucristo, Pan de Vida y remedio de inmortalidad. Estamos celebrando la Eucaristía, fuente y culmen de nuestra fe y vida cristiana. En ella recibimos a Jesús como alimento cotidiano, cuyo Cuerpo sacramentado se convierte para nosotros en «remedio de inmortalidad», tal como lo designa san Ignacio de Antioquía. Sin este Pan del cielo no podemos tener vida en nosotros, por eso pedimos a Dios en la oración del padrenuestro que nos lo dé todos los días, cotidianamente.

«La Eucaristía es nuestro pan cotidiano –expone san Agustín en uno de sus sermones–. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación»⁵¹.

El Padre del cielo nos exhorta a pedir como hijos del cielo el Pan del cielo (cf Jn 6, 51). Cristo «mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial»⁵².

⁵¹ S. AGUSTIN, *Serm.* 57, 7, 7.

⁵² SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Serm.* 71.

15. BENDICE A NUESTRA CIUDAD Y A NUESTRAS FAMILIAS

*Nuestra Señora de la Asunción
Basílica de Santa María
Elche 15 de agosto de 2006*

1. Dichosa, bienaventurada, feliz: «Pues mira, desde ahora –dice textualmente el evangelista San Lucas– me felicitarán todas las generaciones, porque hizo en mi favor grandes cosas el Poderoso» (Lc 1, 48–49).

La expresión responde al saludo de Isabel, que inició este rosario de alabanzas llamándola, al entrar en su casa de Ain Karim: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!» (Lc 1, 42). Una homilía de Orígenes, comenta el P. Jaume Iglesias, amplifica las palabras de Isabel: «Soy yo quien debería haber ido a ti, puesto que eres bendita más que todas las mujeres, tú, la Madre de mi Señor, mi Señora».

María, inspirada por el Espíritu Santo, profetiza. La frase y su contenido constituyen para nosotros una novedad gozosa. No olvidemos que María:

«se movió siempre por el Espíritu Santo y su *fiat* fue un acto de docilidad activa y plena, de adhesión incondicional al querer de Dios, que se mantuvo a lo largo de toda su existencia. Por eso, la Virgen se convierte, para nosotros, no sólo en modelo exterior, sino también en principio interior dinámico de activa docilidad. María nos comunica su misma actitud y –en subordinación al Espíritu y a Cristo– es agente primero de nuestra configuración real con el mismo Cristo y de nuestra acción apostólica»⁵³.

Son muchas las advocaciones con que los cristianos, sus hijos, a lo largo de los siglos y a lo ancho de la redondez de la Tierra, venimos queriendo y venerando a la Madre del cielo, a la Madre de Dios y Madre nuestra: Guadalupe en España y México, Virgen del Remedio, del Carmen, de Montserrat, de las Nieves...; Nicopeia en Venecia; *Salus Populi Romani* en Roma; Jasna Gora en Polonia, de Fátima en Portugal, de Lourdes en Francia...

2. Nuestra Señora de la Asunción en Elche. La que estamos celebrando estos días y hoy de modo especial, envuelta, sí, en el misterio espléndido de su elevación en cuerpo y alma al cielo. «Hoy es la Asunción de María: se alegra el ejército de los ángeles». Liturgia y piedad popular hermanadas.

Otras advocaciones o títulos, más que regalados a la Señora por los humanos, le pertenecen a Ella en derecho, porque el Señor la quiso Inmaculada y, por

⁵³ S. M^a ALONSO, *Proyecto personal de Vida espiritual*, Madrid 1991, p. 25.

ser Inmaculada, fue Madre y Asunta. Pues bien, a este grupo de privilegios que fundamentan la advocación pertenece también el de bienaventurada.

Con el coro de los ángeles, manifestamos hoy nosotros la alegría y el gozo que ellos tienen por haber sido María la que fue en la tierra y la que sigue siendo en el cielo. Conscientes, eso sí, de que la actitud de María, sólo en parte, muy en parte, puede ser la nuestra:

- Se nos llama a nosotros dichosos y felices, cuando nos persiguen y calumnian por el nombre de Cristo y aceptamos con humildad estos piropos...
- Con la liturgia cantamos: «feliz culpa, dichoso nuestro pecado, que nos mereció tan gran Salvador...».
- Y, sólo algunos, como el H. Rafael, llegan a decir, al final de sus días: «no soy religioso... no soy seglar, no soy nada... Bendito Dios, no soy más que un alma enamorada de Dios», «feliz, dichoso, bienaventurado este oblatto enfermo e inútil...».

De esta consideración a la aplicación concreta que quiero hacer no hay más que un salto corto:

- Cuando hagamos algo meritorio y nadie lo recompense. Cuando cumplamos fielmente nuestra obligación y nadie lo airee o se silencie totalmente. Cuando hagamos una obra buena con la mano derecha sin que se entere la izquierda..., entonces, sólo entonces, hemos de estar contentos. ¡También nosotros seremos felices, dichosos, bienaventurados!
- ¿Sabéis por qué? Porque el Señor, que ve la interioridad del corazón y no se fija –como los hombres– en apariencias, nos recompensará con creces. Él es justo y misericordioso. ¡Y lo es en grado sumo, infinito! Y nos ama a todos y cada uno, con un amor misericordioso y, por lo mismo, perdonador.

Adhesión incondicional a la voluntad de Dios y alabanza agradecida a su bondad, fue la actitud de María, en el *fiat* y en el *Magnificat*..., y debe ser la nuestra.

3. Santa Catalina de Siena, en su *Diálogo sobre la divina providencia*, ora al Señor, diciendo:

«Vuelve benignamente tus ojos misericordiosos a este pueblo y al cuerpo místico que es tu Iglesia, porque mayor gloria se seguirá para tu santo nombre al perdonar tan gran muchedumbre de tus creaturas que si tan sólo me perdonas a mí, miserable pecadora, que tan gravemente he ofendido a tu majestad.

¿Qué consuelo podría hallar yo en poseer la vida, viendo que tu pueblo está privado de ella, y viendo cómo las tinieblas del pecado cubren a tu amada Esposa, por mis pecados y los de las demás criaturas tuyas?

Deseo, pues, y te pido como una gracia especial este perdón, por aquel amor incomparable que te movió a crear al hombre a tu imagen semejanza...»⁵⁴

Y añada a continuación, con actitud humilde y sencilla, con plena y filial confianza:

«Nosotros somos tu imagen y tú imagen nuestra, por la unión verificada en el hombre, velando la divinidad eterna con esta nube que es la masa infecta de la carne de Adán».

Deseosos de conseguir esta reconciliación y este perdón, recurrimos –es la mejor forma de vivir la fiesta– a Santa María, con la confianza y las palabras del mencionado monje trapense, Fray María Rafael, cuya canonización viene ya de camino:

«De la Virgen lo espero todo... El primer milagro de Jesús fue a invitación de la Virgen...

Creo que todo lo que pongamos en la Señora, lo recibe Jesús ampliado... Yo creo que al amar a María, amamos a Dios, y que a Él no se le quita nada, sino todo lo contrario...

¿Cómo no amar a Dios al poner nuestro corazón en lo que Él más quiere?»

4. Que nuestro amor, el de cuantos estamos aquí esta mañana, se identifique, hermanos y hermanas, poco a poco con el de Cristo Jesús. Los que compartimos la misma fe en Él –mezcla de confianza plena y de vigilancia activa– nos apoyamos mutuamente, siendo «solidarios en los peligros y en los bienes». Vigilancia para no ser víctimas de las trampas y tentaciones, solidaridad para reforzar la confianza individual de cada uno.

A la Virgen Nicopeia le dicen sus hijos y miles de turistas y peregrinos que visitan la Basílica de San Marcos de Venecia:

«Oh María, Madre de Jesús y Madre nuestra, pide para nosotros una renovada efusión del Espíritu Santo para que, entre todos los hermanos, se nos reconozca como la comunidad de los discípulos del Señor.

⁵⁴ S. CATALINA DE SIENA, *Diálogo sobre la divina providencia*, cap. 4, 13 (oficio de lectura domingo XIX T. O.).

Por ser Madre del Verbo Encarnado, te adentraste en una misteriosa solidaridad con la historia del hombre: haznos también a nosotros acogedores, más solidarios, más hospitalarios.

Bendice nuestra ciudad, mantenla en la fidelidad a la inspiración cristiana. Bendice a nuestras familias y conserva en nuestros corazones la fe, la esperanza y el empeño de fraternidad, para construir, en la fatiga de cada día, un mundo más humano».

¡Siendo más humano, podrá ser también más elevado y, por lo mismo, más cristiano, divino!

16. ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA AL CIELO

*Solemnidad de la Asunción de la Virgen María
Basílica de Santa María
Elche, 15 de agosto de 2007*

Tres ideas sencillas, hermanos y hermanas, en esta homilía breve de una fiesta grande. Celebramos la dormición de Santa María, según los hermanos del Oriente. Y la Asunción en cuerpo y alma al cielo de la Madre de Dios y Madre nuestra, según la liturgia romana. Descansa esta solemnidad sobre una verdad de fe que, antes de ser definida como dogma por el papa Pío XII, el uno de noviembre de 1950, fue creída por toda la Iglesia. Y, expresada en bellas imágenes por nuestros mejores pintores, escultores y literatos, alcanza en Elche, con su *Misteri*, una gran profundidad teológica y espiritual.

Es que «el camino hacia el dogma de la Asunción no pasa principal y exclusivamente por la teología argumentativa, sino que, como sucede en otras verdades de fe relativas a María, pasa por una intuición de esa misma fe» (G. Soll). Intuición que se convierte en canto y alabanza a través de las voces de la Capella del *Misteri*.

1. Celebramos hoy el triunfo definitivo de María, la gran conquista del Hijo de Dios. Celebrar esta fiesta es recordar que María ha sido asociada por Dios Padre a la gloria de su Hijo. Hablamos de «gran conquista» del Dios hecho hombre, porque en sus manos estuvo escoger a su madre entre todas las mujeres de la tierra, y lo hizo. En sus manos estaba glorificarla, después de haber participado ella, libre y responsablemente, en su dolor redentor. Y lo hizo también.

«En esta solemnidad –comentaba Juan Pablo II en Denver– la Iglesia celebra la culminación de las maravillas que Dios realizó en María: su Asunción gloriosa

al cielo. Y el mismo himno de acción de gracias, el Magnificat, resuena en toda la Iglesia como la primera vez en Ain-Karim: todas las generaciones te llamarán bienaventurada»⁵⁵.

«Con razón no quisiste que conociera la corrupción del sepulcro –proclama el prefacio de hoy– la mujer que, por obra del Espíritu Santo, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro».

María, pues, configurada con Cristo Jesús en su caminar histórico por la fe, la esperanza y el amor, con pruebas y oscuridades, por supuesto, pero siempre con aceptación y disponibilidad plenas, terminó felizmente su peregrinación y vive para siempre, en plenitud, la dicha del cielo.

2. Con María asunta, esperanza de su pueblo, garantizamos nuestra suerte definitiva y anticipamos el triunfo final. La victoria de María, asociada a Cristo, sobre la muerte y el pecado, es ya nuestra victoria. María es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada. Es consuelo y esperanza de su pueblo, todavía peregrino. No esperamos, por tanto, en vano e inútilmente, sino que contamos con una garantía firme de cara a nuestra glorificación. Más aún, con María y en María hemos comenzado a vivir la glorificación que un día veremos consumada. Ella es el único ser, además de Cristo, en el que el misterio ya se ha realizado plenamente.

«En María, la victoria final de la vida sobre la muerte ya es realidad. Y –como enseña el Vaticano II– la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga»⁵⁶. En la Iglesia y por ella también nosotros esperamos «una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros».

Las pruebas y tribulaciones de aquí comienzan a ser, por tanto, seguridad y alegría perpetuas allí, en el cielo.

3. La Asunción de María habla de la dignidad de nuestro cuerpo

«María es persona humana como nosotros –comenta R. GUARDINI–, ni mera alma ni diosa. Por tanto, cuando se dice que fue asumida con toda su naturaleza humana en la gloria de Dios, esto habla enérgicamente de lo que es el cuerpo humano: esa misteriosa y cotidiana realidad, dirigida a la vez hacia la eternidad y que algún día ha de quedar inserta en la vida de Dios.

⁵⁵ JUAN PABLO II, *Homilía en la VIII Jornada Mundial de la Juventud* (15/8/1993).

⁵⁶ LG 65.

Pero habla también de quién es el Dios vivo en que creemos: Aquél que puede y quiere tales cosas, un ser por tanto muy diverso del espíritu meramente absoluto del que hablan los filósofos espiritualistas y al que niegan los materialistas».

La ascensión de María proclama, por tanto, también la dignidad grande de nuestro cuerpo, torpe y alegre a la vez, exaltado ya en Ella, llamado a la glorificación. Un cuerpo que no es un ropaje humano, sino una carne, odiada por unos y adorada por otros, digna de estar eternamente junto a Dios, como escribe Karl Rahner.

4. Una aplicación para todos. Muchos hermanos nuestros sueñan hoy con paraísos terrestres, idolatran la materia, conceden valor absoluto a realidades contingentes. Han perdido, en una palabra, los valores auténticos del espíritu y de la gracia.

Más aún, el positivismo, que sólo acepta lo que ve y lo que toca con sus manos, está hiriendo de muerte a nuestra fe. Poco a poco, casi sin darnos cuenta, nos va envolviendo un secularismo empeñado en que vivamos pensando solamente en nosotros. En lo inmediato: lo que se palpa, se huele, se oye o se gusta.

Dentro ya de nosotros mismos hay entablada una lucha fuerte contra la fe de la Iglesia. Nos resistimos a creer todas las verdades de nuestra fe. Las seleccionamos a nuestro gusto y optamos frecuentemente por un cristianismo «a la carta», por un cristianismo *light*, como hoy se dice. Después, por la fuerza de los movimientos pendulares, nos vamos al extremo opuesto y caemos en la vana credulidad: apariciones de acá y de allá, videntes de no sé dónde, suerte con la que soñamos...

A otros, en cambio, nos cuesta creer porque tenemos miedo a complicarnos la vida. Y optamos por una fe mediocre. No se puede asegurar que no seamos creyentes, porque algo creemos. Pero de ningún modo se llega a afirmar que lo seamos de verdad. Creyentes, pero no practicantes. ¿Qué es eso? Aquí tenéis, queridos jóvenes, un campo espléndido para vuestro compromiso personal y para vuestro empeño apostólico. «Cuando te busco a Ti, Dios mío –confiesa san Agustín– busco la vida bienaventurada». Y, en otro momento: «Sembrad en la confianza de que ya llegará el día de la cosecha; acaso tarde en llegar, pero, cuando llegue, estad ciertos de que no tendrá fin».

Que la Virgen Madre en su Asunción, cuya gloriosa Coronación se aclama bajo las bóvedas de esta insigne Basílica ilicitana, nos regale a todos sus hijos la victoria definitiva de la gracia, que se transforma en gloria. María nos espera en el único y auténtico paraíso. Ella está en una mansión que también será nuestra. Allí, nuestra felicidad plena. Allí, el amén y el aleluya eternos. Ella nos ha regalado el Camino: Cristo Jesús, Camino para llegar a la Verdad y a la Vida.

17. MARÍA, ENSALZADA SOBRE EL CORO DE LOS ÁNGELES

*Solemnidad de la Asunción de la Virgen María
Basilica de Santa María
Elche, 15 de agosto de 2008*

1. «Alegrémonos todos en el Señor». La fiesta de hoy es una de las más populares y consoladoras de las que la Iglesia dedica a la Virgen María. Ella aparece como el modelo de lo que es y espera llegar a ser la comunidad cristiana, porque la Madre de Dios –la Mare de Déu, como soléis llamarla– «es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra» (prefacio). La Asunción de la Virgen es en tantas poblaciones, como en la ciudad de Elche, la «fiesta mayor». En vuestra lengua valenciana, los ilicitanos la llamáis, sencillamente, *la Festa*. No necesitáis añadirle más adjetivos ni explicaciones.

La Asunción de la Virgen María a los cielos es una buena noticia que nos llena de alegría y esperanza a la Iglesia extendida por toda la tierra. La antífona de entrada para la Misa de hoy nos invita a que nos alegremos «todos en el Señor al celebrar este día de fiesta en honor de la Virgen María: (pues) de su Asunción se alegran los ángeles y alaban al Hijo de Dios». En la oración colecta hemos pedido a Dios que nos conceda aspirar siempre a las realidades divinas y participar con Santa María de su misma gloria en el cielo.

2. «Esposa y Madre de Dios». Con estas palabras inicia su canto el Araceli, anunciando a María su Asunción: «Esposa y Madre de Dios, / a nos, ángeles, seguiréis. / Sentaréis en silla real / en el reino celestial». Podemos afirmar que hoy los cristianos celebramos una triple victoria:

- La victoria de Jesucristo: como escribe san Pablo a los Corintios: «Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida... primero Cristo, como primicia; después, cuando Él vuelva, todos los que son de Cristo».
- La victoria de la Virgen María, que, como primera discípula de Jesús, la primera creyente y la primera salvada por su Pascua, participa ya de la victoria de su Hijo, pues «ha sido ensalzada sobre el coro de los ángeles». El motivo de este privilegio lo explica claramente el prefacio de hoy: «Con razón no quisiste que conociera la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu Santo, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro».

- La victoria del pueblo de Dios, porque el triunfo de Cristo y de su Madre alcanza a la Iglesia y a los que, como la Virgen María, pronuncian un sí confiado a Jesucristo y a su proyecto de salvación. Es la misma confianza que brota de los labios de los Apóstoles, que, poco antes del entierro de la Virgen, cantan así: «Flor de virginal belleza, / templo de humildad, / donde la Santa Trinidad / fue contenida y presa. / Os rogamos, muy sagrado cuerpo / que de nuestro parentesco / os acordéis en todo tiempo / cuando seáis subida al cielo».

3. «Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador». En el evangelio, san Lucas muestra cómo la gracia de la Encarnación, después de haber inundado a María, lleva salvación y alegría a la casa de Isabel. Describiendo la salida de María hacia Judea, Lucas subraya el impulso que la lleva, bajo la inspiración del Espíritu Santo, a dar al mundo el Salvador. María realiza el viaje «con prontitud», y su gesto nos recuerda a aquel mensajero descrito por Isaías: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva y proclama la salvación, que dice a Sión: "Ya reina tu Dios"!» (Is 52,7). De este modo, María es la primera evangelista, la que comienza los viajes misioneros de su Hijo. Ella es modelo de quienes en la Iglesia se ponen en camino para llevar la luz y la alegría de Cristo a todos los hombres.

María irrumpe en casa de su prima con la alegría de su fe pronta y disponible. San Lucas refiere que «cuando oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno». Isabel, con su exclamación llena de admiración, nos invita a apreciar todo lo que la Virgen trae como un don a nuestra vida. A su vez, ello nos debe impulsar a que seamos portadores de Cristo en las casas de tantas «isabeles» necesitadas de la Buena Noticia.

En verdad, Dios ha hecho grandes maravillas: «Dispersa a los soberbios de corazón; derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos». Si nosotros, igual que María, nos ponemos frente a Dios como humildes siervos suyos, construiremos puentes que permitan al Señor venir en auxilio de los pobres y los pequeños, en perjuicio de los ricos y los poderosos, y colmando de bienes, de modo sorprendente, a los humildes.

4. «Una mujer vestida de sol».

María es la mujer vestida de sol que representa «el gran signo de la victoria del amor, de la victoria del bien, de la victoria de Dios. Un gran signo de consolación. Pero esta mujer que sufre, que debe huir, que da a luz con gritos de dolor, también es la Iglesia, la Iglesia peregrina de todos los tiempos. En todas las generaciones

debe dar a luz de nuevo a Cristo, darlo al mundo con gran dolor, con gran sufrimiento. Perseguida en todos los tiempos... (la Iglesia) también vive de la luz de Dios y se alimenta de Dios, se alimenta con el pan de la sagrada Eucaristía. Así, la Iglesia... es la presencia, la garantía del amor de Dios contra todas las ideologías del odio y del egoísmo.

La fiesta de la Asunción de María es una invitación a tener confianza en Dios y también una invitación a imitar a María en lo que ella misma dijo: "¡He aquí la esclava del Señor!, me pongo a disposición del Señor". Esta es la lección: seguir su camino; dar nuestra vida y no tomar la vida. Precisamente así estamos en el camino del amor, que consiste en perderse, pero en realidad este perderse es el único camino para encontrarse verdaderamente, para encontrar la verdadera vida.

Contemplemos a María elevada al cielo. Renovemos nuestra fe y celebremos la fiesta de la alegría: Dios vence. La fe, aparentemente débil, es la verdadera fuerza del mundo. El amor es más fuerte que el odio. Y digamos con Isabel: "Bendita tú eres entre todas las mujeres". Te invocamos con toda la Iglesia: Santa María, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén»⁵⁷.

18. MARÍA BRILLA COMO SEÑAL DE SALVACIÓN Y ESPERANZA

*Fiestas Patronales en honor a la Virgen de la Salud
Parroquia de Ntra. Sra. de la Salud
Hondón de los Frailes, 30 de agosto de 2009*

1. «Yo soy la salvación del pueblo». El auxilio y la salvación nos vienen de Dios, que ha entregado a su Hijo único para sanar las heridas del pecado y librarlos de la muerte. Cuando hablamos de la salvación de Dios, hemos de tener en cuenta que abarca al hombre entero: cuerpo, alma y espíritu. Esta salvación realizada por Jesucristo con la fuerza del Espíritu Santo transforma nuestra condición de modo radical: la opresión se convierte en libertad; la ignorancia, en conocimiento de la verdad; la enfermedad, en salud; la tristeza, en alegría; la muerte, en vida; la esclavitud del pecado, en participación de la naturaleza divina.

Llamamos a Jesucristo, con toda razón, el Salvador. Su mismo nombre, Jesús, quiere decir «Dios salva». El Padre envió al Hijo al mundo como Salvador del hombre y médico de los cuerpos y de las almas. Su vida terrena fue un pasar haciendo el bien, curando a muchos enfermos y librando a otros tantos de las heridas del pecado, más ocultas pero no menos dolorosas y dramáticas. Jesús es

⁵⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Solemnidad de la Asunción* (15/8/2007).

el Siervo de Yahvé, que «soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores» (Is 53,4), y cuyas «cicatrices nos curaron» (Is 53,5).

2. «María brilla como señal de salvación». También la Virgen María, por ser madre de Cristo y madre nuestra, socorre con amor a sus hijos cuando se hallan en dificultades. Por eso, los enfermos acuden a ella con frecuencia –visitando, por ejemplo, los santuarios marianos– para recibir, por su intercesión, la salud. Entre los títulos con que veneramos a la santísima Virgen destaca, precisamente, el de Salud de los enfermos (*Salus infirmorum*), una advocación muy extendida y entrañablemente querida no sólo en Hondón de los Frailes, sino en numerosos pueblos de la Diócesis y del mundo católico.

La lectura evangélica, sobre la visitación de María a su prima santa Isabel, nos invita a contemplar a la Virgen, que, llena de fe y alabando la misericordia de Dios, se apresura a visitar a la madre de Juan el Bautista. Imitemos también nosotros su solicitud y entrega en la atención a los hermanos que sufren por la enfermedad. En efecto, María «brilla como señal de salvación y de celestial esperanza para los enfermos que invocan su protección», ofreciéndonos a todos «el ejemplo de aceptar la voluntad de Dios y configurarse más plenamente con Cristo» (*prefacio*).

3. María es el sí de Dios a la salvación y la vida. Un año antes de su muerte, Juan Pablo II, dando un testimonio de vida ejemplar con su enfermedad y limitaciones, escribió estas palabras:

«En Lourdes, María, hablando en el dialecto del lugar, dijo: "Yo soy la Inmaculada Concepción". ¿No quería expresar la Virgen con esas palabras también el vínculo que la une a la salud y a la vida? Si por la culpa original entró en el mundo la muerte, por los méritos de Jesucristo Dios preservó a María de toda mancha de pecado, y a nosotros nos vino la salvación y la vida (cf. Rom 5,12–21).

La Inmaculada Concepción anticipa el enlace armonioso entre el "sí" de Dios y el "sí" que María pronunciará con total abandono, cuando el ángel le lleve el anuncio celestial (cf. Lc 1,38). Su "sí", en nombre de la humanidad, volverá a abrir al mundo las puertas del Paraíso, gracias a la encarnación del Verbo de Dios en su seno por obra del Espíritu Santo (cf. Lc 1,35)»⁵⁸.

Juan Pablo II, al hablar de los milagros que no dejan de acontecer en Lourdes, nos invita a fijar la vista en otro tipo de milagros de índole espiritual:

⁵⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje para XIIª Jornada Mundial del Enfermo* (11/2/2004).

«Desde el día de la aparición a Bernardita Soubirous, María ha "curado" en aquel lugar dolores y enfermedades, restituyendo a numerosos hijos suyos también la salud del cuerpo. Sin embargo, ha realizado prodigios mucho más sorprendentes en el corazón de los creyentes, abriéndolos al encuentro con su Hijo Jesús, respuesta verdadera a las expectativas más profundas del corazón humano. El Espíritu Santo... transforma el corazón de innumerables enfermos que recurren a ella. Aunque no obtengan el don de la salud corporal, pueden recibir siempre otro mucho más importante: la conversión del corazón, fuente de paz y de alegría interior. Este don transforma su existencia y los convierte en apóstoles de la cruz de Cristo, estandarte de esperanza, incluso en medio de las pruebas más duras y difíciles»⁵⁹.

4. «Cuando me llamen desde el peligro, yo les escucharé». Para recibir el regalo de la salvación, el Señor nos pide que creamos en Él. Es nuestra fe la que abre las puertas de nuestro ser a la salvación de Dios. Más de una vez escuchamos en el evangelio decir a Jesús: «Tu fe te ha salvado». Benedicto XVI comenta estas palabras:

«El evangelio... presenta a Jesús que cura a diez leprosos, de los cuales sólo uno, samaritano y por tanto extranjero, vuelve a darle las gracias (cf. Lc 17,11-19). El Señor le dice: "Levántate, vete: tu fe te ha salvado" (Lc 17,19). Esta página evangélica nos invita a una doble reflexión. Ante todo, nos permite pensar en dos grados de curación: uno, más superficial, concierne al cuerpo; el otro, más profundo, afecta a lo más íntimo de la persona... La curación completa y radical es la "salvación". Incluso el lenguaje común, distinguiendo entre "salud" y "salvación", nos ayuda a comprender que la salvación es mucho más que la salud; en efecto, es una vida nueva, plena, definitiva.

Jesús pronuncia la expresión: "Tu fe te ha salvado". Es la fe la que salva al hombre, restableciendo su relación profunda con Dios, consigo mismo y con los demás; y la fe se manifiesta en el agradecimiento. Quien sabe agradecer, como el samaritano curado, demuestra que no considera todo como algo debido, sino como un don que, incluso cuando llega a través de los hombres o de la naturaleza, proviene en definitiva de Dios. Así pues, la fe requiere que el hombre se abra a la gracia del Señor; que reconozca que todo es don, todo es gracia. ¡Qué tesoro se esconde en una pequeña palabra: "gracias"!»⁶⁰.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ BENEDICTO XVI, *Ángelus* (14/10/2007).

5. El sufrimiento a la luz de la Resurrección. La fe en Cristo Resucitado ilumina el sentido de la vida, una vida que tantas veces va acompañada de enfermedad y dolor, de tristeza y soledad. Todo ello forma parte de nuestra condición humana, como recuerda Juan Pablo II:

«El sufrimiento forma parte de la historia del hombre, que debe aprender a aceptarlo y superarlo (cf. n. 2: AAS 576 [1984] 202). Pero ¿cómo podrá hacerlo, si no es gracias a la cruz de Cristo? En la muerte y resurrección del Redentor, el sufrimiento humano encuentra su sentido más profundo y su valor salvífico. Todo el peso de las tribulaciones y los dolores de la humanidad se condensa en el misterio de un Dios que, asumiendo nuestra naturaleza humana, se anonadó hasta hacerse "pecado por nosotros" (2 Cor 5,21). En el Gólgota cargó con las culpas de toda criatura humana y, en la soledad del abandono, gritó al Padre: "¿Por qué me has abandonado?" (Mt 27,46)»⁶¹.

Pero no estamos solos en el camino a la vida definitiva y plena. Nos acompaña en nuestra andadura la santísima Virgen:

«Al pie de la cruz sufre en silencio María, participando de modo especialísimo en los dolores del Hijo, constituida Madre de la humanidad, dispuesta a interceder para que toda persona obtenga la salvación (cf. *Salvifici doloris*, 25).

...Sólo es posible conseguir la salvación participando dócilmente en el proyecto del Padre, que quiso redimir al mundo a través de la muerte y la resurrección de su Hijo unigénito. Con el bautismo, el creyente es injertado en este designio salvífico y es liberado de la culpa original. La enfermedad y la muerte, aunque estén presentes en la existencia terrena, pierden su sentido negativo. A la luz de la fe, la muerte del cuerpo, vencida por la de Cristo (cf. Rom 6,4), se convierte en el paso obligado a la plenitud de la vida inmortal»⁶².

Que la celebración de estas fiestas patronales os ayude a fortalecer los lazos de unidad y fraternidad, y que vuestro cariño a la Virgen de la Salud os impulse a seguir en pos de Jesucristo con idéntico amor al que la mejor Madre amó al mejor Hijo. La medida de vuestra fe y fidelidad al Señor será la demostración palpable de que vuestro amor a María es sincero y leal, que vuestra devoción a la Virgen de la Salud es cada día «mejor y más honda, porque no puede decir que quiere mucho a la Virgen quien luego no vive como ella, quien no lucha cada día por parecerse a ella... Ojalá cada uno de vosotros –aspiración que comparto con

⁶¹ JUAN PABLO II, *Mensaje para XIIª Jornada Mundial del Enfermo* (11/2/2004).

⁶² *Ibidem*.

el sacerdote Martín Descalzo– examine su conciencia y se pregunte: ¿Cómo voy yo en mi cariño a María? Porque si ese cariño falla, es que algo falla en tu fe, o algo falla en tu corazón».

Que el Espíritu Santo nos dé un corazón nuevo, grande para amar, enamorado de Dios, como el de Jesús y el de María, su Madre, y Madre nuestra también.

19. MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

*Parroquia Ntra. Sra. de San Lorenzo
Valladolid, 7 de septiembre de 2006*

1. María es **Madre del Hijo de Dios** por la respuesta afirmativa a la invitación del ángel Gabriel. Recibió el Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo. Es, a su vez, Madre de los miembros de la Iglesia por haber cooperado con su amor a que naciesen los fieles en la misma⁶³. Una mujer, Eva, contribuyó a la muerte, y otra, María, devolvió la vida. Enriquecida desde el primer momento de su concepción con una santidad exquisita, singular, la Virgen nazarena se convirtió en Madre de Dios y Madre también de los vivientes. Ella cooperó a la salvación de los vivientes con fe y obediencia libres. «Obedeciendo se convirtió en causa de salvación por sí misma –dice S. Ireneo– y para todo el género humano»⁶⁴.

2. Ejerce como Madre de Jesús

- Ella presentó a los magos y pastores a su Hijo.
- Lo llevó al templo de Jerusalén, con la ofrenda propia de los pobres.
- Perdido, sus padres lo encontraron en el templo.
- En la boda de Caná movida la misericordia, suscitó el comienzo de los milagros.
- Se mantuvo erguida en la cruz, asociándose con entrañas de madre a su sacrificio.
- Agonizante allí Jesús, fue dada como madre al discípulo. Y con él a todos nosotros.
- Antes de Pentecostés, perseveraban los apóstoles unánimes con María, la Madre de Jesús (Hech 1,14).
- Terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma al cielo, como Señora y Reina, asemejándose a su Hijo, vencedor de la vida y la muerte⁶⁵.

⁶³ Cf. LG 53.

⁶⁴ LG 56.

⁶⁵ Cf. LG 59.

3. Ejerce y actúa como Madre nuestra.

Jesucristo es nuestro único mediador. Revestido el Hijo de Dios de nuestra naturaleza humana, comenzó a ser pontífice entre Dios Padre y la humanidad. María, concibiendo, engendrando, alimentando, presentando a Jesús al Padre en el templo, padeciendo con Él en la cruz, cooperó de forma impar a la obra del Salvador. Con la obediencia, la fe, la esperanza y la caridad ardiente con el fin de restaurar la vida sobrenatural en las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia⁶⁶.

Asunta a los cielos, María no ha dejado esta misión salvadora... Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinamos y nos hallamos en peligros y ansiedad... Por eso, es abogada, auxiliadora, socorro, mediadora... MADRE⁶⁷.

4. Como Virgen y Madre, María es tipo de la Iglesia.

S. Ambrosio enseñaba en su tiempo: la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, la caridad y de la perfecta unión con Cristo ⁶⁸. Ella fue en su vida ejemplo de aquel amor materno, con que hemos de estar animados todos los que, en la misión apostólica de la Iglesia cooperamos, de una u otra forma, a la regeneración de los hombres⁶⁹. Redimida preventivamente fue prototipo de todos los redimidos⁷⁰.

5. Hasta aquí la enseñanza del Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia. Con el Papa Juan Pablo II, el Papa del *Totus tuus*, que nos regaló la Encíclica *Redemptoris mater*, **oramos a Nuestra Señora** de S. Lorenzo en la víspera de su fiesta:

Te hemos admirado introducida por Dios amor en el plan divino de la salvación (Benedicto XVI nos ha explicado con toda claridad el contenido de esta frase, en el documento *Deus caritas est*), predestinada y elegida para ser Madre de Dios Hijo; por tanto, llena de gracia, redimida de modo eminente, bendecida de modo excepcional, amada en el amado en toda la eternidad, Hija predilecta del Padre, esposa y sagrario del Espíritu Santo⁷¹.

A semejante don de Dios, Tú has respondido con una fe maravillosa, con una obediencia de fe por la que te has confiado plenamente a Él, te has abando-

⁶⁶ Cf. LG 61.

⁶⁷ Cf. LG 62.

⁶⁸ Cf. LG 63.

⁶⁹ Cf. LG 64.

⁷⁰ Cf. LG 65.

⁷¹ Cf. RMt 7, 11.

nado a él y has respondido con todo tu ser humano y femenino, en disponibilidad perfecta, a los designios divinos hasta sentirte esclava del Señor. Y porque creíste siempre, tu vida fue todo un camino de fe hacia Dios Padre.

Fuiste Madre de Jesús según la carne. Pero fiel a la escucha de la palabra de Dios, fuiste Madre de Cristo con una maternidad nueva y distinta, según el espíritu. Te convertiste así en «la primera discípula de tu Hijo⁷² y en Madre nuestra, solícita siempre como en Caná de nuestro bien»⁷³. Entonces y ahora. El Jesús del Evangelio y el Jesús del Sagrario. Y María en la tierra y en el cielo.

Para más abundancia, en el testamento de la cruz, Jesús te entregó a todos y cada uno de nosotros. Acompañaste así a los apóstoles en el cenáculo como verdadera Madre y Maestra de oración... Y, cuando nació la Iglesia el día de Pentecostés, la acogiste en tu corazón y la acompañaste y seguirás acompañando siempre en su «peregrinación de fe», como Madre y Modelo. Esta es tu obra apostólica: que, por la Iglesia, Cristo nazca en nuestros corazones; y, en la Iglesia, se unan todos los hombres formando un solo redil bajo el cayado de tu Hijo, el único Pastor⁷⁴.

Es más, precediendo siempre a la Iglesia con tu Magníficat, tu inspirada profesión de fe, la Iglesia madre llega a la verdad sobre el Dios de la Alianza, se siente confortada con la fuerza de un Dios que salva, y se ve impulsada a llevar a Él a todos los hombres, teniendo un amor preferencial por los hombres, humildes y necesitados⁷⁵.

Tu «ardiente caridad» orientada a restaurar nuestra vida sobrenatural, te hace mediadora de clemencia entre todos los hombres y nuestro hermano mayor, Cristo Jesús, cooperando así en la acción salvífica universal del único Redentor... mediación materna especial y excepcional, que sigues ejercitando Asunta a los cielos y allí glorificada como Reina de todo lo creado. Como Madre, como Modelo, como Mediadora, María, Madre de Dios y Madre nuestra, eres «un don que Cristo mismo ha hecho personalmente a cada hombre y a cada mujer». Lodo sea el Señor por este favor.

«Mira a la estrella, invoca a María, repetía el Papa Benedicto XVI el pasado 20 de agosto, con palabras de San Bernardo. Si sigues a ella, no te equivocarás de camino. Si ella te protege, no tendrás miedo; si ella te guía, no te cansarás; si ella te es propicia, llegarás a la meta»⁷⁶.

⁷² Cf. RMt 20.

⁷³ Cf. RMt 22.

⁷⁴ Cf. RMt 29–34.

⁷⁵ Cf. RMt 36–37.

⁷⁶ BENEDICTO XVI, *Angelus* (20/8/2006).

20. CONTEMPLAMOS A CRISTO A TRAVÉS DE MARÍA

Fiestas patronales de la Virgen del Rosario

Parroquia de San Jaime

Guardamar, 7 de octubre de 2010

1. Un poco de historia: origen de esta fiesta. Consagrado como está, desde hace siglos, a honrar la memoria de Santa María –lo mismo que el florido mes de mayo–, al finalizar la primera semana de octubre celebramos la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, a quien los hijos e hijas de Guardamar y de otros puntos de la Diócesis veneráis con inmenso cariño por ser vuestra patrona. Fiesta popular en numerosos pueblos y ciudades; fecha histórica, por la Victoria de Lepanto, atribuida a su protección y ayuda. La Virgen del Rosario es una advocación entrañable para muchos y querida por todos.

En efecto, el día 7 de octubre de 1571 tuvo lugar la batalla de Lepanto. La flota naval de las naciones cristianas lograba la victoria con el auxilio de María. San Pío V consagró este día como la fiesta de Santa María de la Victoria y del Rosario, y añadió el título de «María, Auxilio de los cristianos» a las Letanías Lauretanas.

2. Octubre, mes del Rosario. En familia, en el colegio, en la parroquia... cualquier excusa es buena para reunirse y rezar juntos el rosario. Siempre con alguien a la cabeza, que desgrana avemarías esperando respuesta coral, y que enuncia cada uno de los misterios, como momentos importantes de la vida de María. Pienso que esta costumbre es buena y que, por lo mismo, debe ser mantenida. Con formas nuevas de participar en él, porque distinto es el momento, y también con nuevos misterios, los luminosos, que nos regaló el Papa Juan Pablo II, tan mariano, antes de dejarnos.

La Virgen María, nuestra Madre, ha pedido frecuentemente y con insistencia esta recitación, sencilla, reiterada, abierta a la contemplación. Lo dijo en Lourdes hace 150 años, en Fátima después «a los tres pastorcillos, Lucía, Jacinta y Francisco, presentándose como la Virgen del Rosario, les recomendó con insistencia rezar el rosario todos los días, para obtener el fin de la guerra. También nosotros –dice nuestro Papa Benedicto XVI– queremos acoger la petición materna de la Virgen, comprometiéndonos a rezar con fe el rosario por la paz en las familias, en las naciones y en el mundo entero»⁷⁷.

3. Palabra de Dios y oración litúrgica. «El rosario –seguimos escuchando la voz del Papa– no se contrapone a la meditación de la palabra de Dios y a la oración litúrgica; más aún, constituye un complemento natural e ideal,

⁷⁷ BENEDICTO XVI, *Ángelus* (7/10/2007).

especialmente como preparación para la celebración eucarística y como acción de gracias. Al Cristo que encontramos en el Evangelio y en el Sacramento lo contemplamos con María en los diversos momentos de su vida gracias a los misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos. Así, en la escuela de la Madre aprendemos a configurarnos con su divino Hijo y a anunciarlo con nuestra vida. Si la Eucaristía es para el cristiano el centro de la jornada, el rosario contribuye de modo privilegiado a dilatar la comunión con Cristo, y enseña a vivir teniendo la mirada del corazón fija en él, para irradiar su amor misericordioso sobre todos y sobre todo»⁷⁸.

Tengo para mí que el buen Dios escucha con atención las voces de todas las personas que se pasan el rosario, una a otra, señalando intenciones especiales en cada decena del mismo. Probadlo y ved. Intentadlo y experimentaréis resultados maravillosos. Nuestros padres, abuelos e incluso hermanos mayores pueden certificarlo.

4. Con la mirada siempre puesta en la Señora, contemplamos a Cristo.

Quiero hacerme eco, para acabar esta homilía, de las palabras pronunciadas por Benedicto XVI al concluir el rezo del Rosario en la basílica romana de Santa María la Mayor:

«En un mundo tan dispersivo como el actual, el rezo del santo rosario ayuda a poner a Cristo en el centro como lo hacía la Virgen, que meditaba en su interior todo lo que de su Hijo se decía y después lo que Él mismo hacía y predicaba... Con María orientamos el corazón hacia el misterio de Jesús. Ponemos a Cristo en el centro de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestras ciudades, mediante la contemplación y la meditación de sus santos misterios de gozo, de luz, de dolor y de gloria»⁷⁹.

No está, por tanto, de más recordar la íntima relación que existe entre el rezo del Rosario y el mandato del Señor de orar sin desfallecer. «Vía de contemplación» calificó al rosario nuestro querido y venerado Juan Pablo II, que escribió lo siguiente:

«El motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano... como verdadera y propia "pedagogía de la santidad"... Es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en "auténticas escuelas de oración". El rosario forma parte

⁷⁸ BENEDICTO XVI, *Ángelus* (16/10/2005).

⁷⁹ BENEDICTO XVI, *Mensaje* (3/5/2008).

de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana... Es una oración típicamente meditativa y se corresponde de algún modo con la "oración del corazón" u "oración de Jesús"⁸⁰.

Mediante este sencillo ejercicio de piedad, los hijos e hijas de Guardamar, y también los incontables devotos de Santa María del Rosario, podremos rendir un homenaje hondo y sentido a la Madre de Dios y Madre de todos los hombres, en cada mes de octubre y a lo largo de todo el año. Que santa María, Reina del santo rosario, continúe mostrándose intercesora entre nosotros, sus hijos, y Jesucristo, nuestro hermano mayor. Él nos la entregó como Madre al pie de la cruz.

21. «LUZ HERMOSA, CLARO DÍA»

*Nuestra Señora del Pilar. Patrona de la Hispanidad
Santuario de Ntra. Sra. del Pilar
Benejúzar, 12 de octubre de 2008*

1. Según una piadosa tradición, la Virgen Santísima se apareció cuando ella aún vivía, en carne mortal, al apóstol Santiago el Mayor, que se hallaba predicando la fe cristiana a orillas del río Ebro en Zaragoza.

El primer documento conocido en que se menciona el nombre de Santa María del Pilar data del 27 de marzo de 1299, expedido en Zaragoza a favor de los peregrinos que acudían ante la Virgen. El documento base, que narra la aparición de la Virgen a Santiago, es un códice que algunos hacen contemporáneo de Tajón, Obispo de Zaragoza (651).

2. La devoción de la Virgen del Pilar es y ha sido extraordinaria. Por ejemplo, Fernando el Católico se honra de ser cofrade de la Virgen del Pilar y dedica en Granada, el año 1492, una capilla a esta advocación. Los sumos pontífices, entre ellos Clemente VII (1529), Pablo IV (1558) y Sixto V (1588), aprobaron esta devoción.

En la noche del 29 de mayo de 1640 se obró, por intercesión de la Virgen del Pilar, el gran milagro de restituir la pierna derecha, que le había sido amputada en un Hospital de Zaragoza a fines de octubre de 1637, al joven Miguel Juan Pellicer, mientras dormía en su casa de Calanda. Este milagro, constatado por los cirujanos que amputaron la pierna y atestiguado en acta notarial, tuvo una gran repercusión en toda Europa, y es uno de los milagros más grandes de la hagiografía moderna.

⁸⁰ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16/10/2002), 5.

3. La imagen de la Virgen del Pilar, de finales del siglo XIV, reposa sobre una columna de mármol cubierta de plata y bronce, y está situada en la Santa Capilla en la Basílica. El 21 de noviembre de 1902 se fundó allí la «corte de honor», que tanto ha contribuido a la propagación de la devoción a la Virgen.

El 22 de noviembre de 1908, los Obispos de las repúblicas hispanoamericanas regalaron 19 banderas para que fueran suspendidas y conservadas en Zaragoza delante de la antigua y venerada imagen, como testimonio de amor agradecido a la madre España. En 1953, el papa Pío XII envió la bandera pontificia para que acompañara continuamente a la Virgen del Pilar en su camarín. Con motivo del Congreso Mariano Nacional (Zaragoza, 1954), Pío XII dirigió un radiomensaje del que entresacamos estas palabras:

«¡Y tú, oh Zaragoza, no serás ya insigne por tu privilegiada posición..., lo serás por tu tradición cristiana..., lo serás, sobre todo, por esa Columna..., resultando así cimiento inquebrantable, inexpugnable valladar e insuperable ornamento, no sólo de una nación grande, sino también de una dilatada y gloriosa estirpe! "Yo he elegido y santificado esta casa –parece decir Ella desde su Pilar– para que en ella sea invocado mi nombre y para morar en ella siempre"; y toda la Hispanidad, representada ante la Capilla Angélica por sus airosas banderas, parece que le responde: "Y nosotros te prometemos quedar de guardia aquí, para velar por tu honra, para serte siempre fieles y para incondicionalmente servirte"»

4. El papa Juan Pablo II envió, el 12 de octubre de 1979, este mensaje radiotelevisado:

«Un saludo especial y entrañable quiero dirigir hoy a todos los hijos de la noble nación española, cuya distinguida piedad mariana y cuyo fervor por cuanto significa honor para la Madre de Dios tienen pulsación propia, desde época inmemorial... Esta devoción mariana no ha decaído a lo largo de los siglos en España, que se reconoce como "tierra de María". Los numerosos santuarios diseminados como hitos de luz por todas las regiones españolas... son todavía testigos de la fe viva y de la devoción del pueblo español a la Virgen María, así como su expresión de vida cristiana...»

El 6 de noviembre de 1982, el papa Juan Pablo II vino como peregrino a postrarse ante la Virgen del Pilar:

«Un aspecto característico –dijo el papa en aquella ocasión– de la evangelización de España es su profunda vinculación a la figura de María. Por medio de ella, a través de muy diversas formas de piedad, ha llegado a muchos cristianos la luz de

la fe en Cristo, Hijo de Dios y de María. ¡Y cuántos cristianos viven hoy también su comunión de fe eclesial sostenidos por la devoción a María, hecha así columna de esa fe y guía segura hacia la salvación!»

5. La tradición pilarista no pertenece al contenido dogmático de la fe cristiana ni tiene la confirmación histórica deseable, sin embargo nada impide que los devotos de la Virgen del Pilar puedan aceptarla como una tradición piadosa y venerable.

No es difícil advertir en esta tradición la afirmación implícita de los orígenes apostólicos de la fe cristiana y de la veneración a la Virgen María. Hablar de la «venida» de la Virgen a Zaragoza es aludir a la verdad teológica de la presencia de la Virgen en la Iglesia, en cada Iglesia particular.

22. NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

*Nuestra Señora del Pilar
Parroquia de Ntra. Sra. de la Misericordia
Alicante, 12 de octubre de 2010*

1. Las lecturas de esta solemnidad. Según el relato del primer libro de las Crónicas, fue grande la fiesta de los israelitas, con el rey David al frente, cuando colocaron en una tienda digna, en Jerusalén, el Arca de la Alianza. Oraciones, cantos, festejos, sacrificios y holocaustos: todo les pareció poco para honrar al Arca, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo.

La Virgen María es comparada muchas veces al Arca de la Alianza: Ella llevó en su seno y dio a luz, para todos nosotros, al Hijo de Dios. Y así se constituyó en instrumento precioso en las manos de Dios para transmitir la buena noticia de la salvación a todos los pueblos. Desde Zaragoza, Ella es como un faro que irradia luz y como un Arca preciosa que nos recuerda la presencia de Cristo Salvador en medio de nosotros.

El libro de los Hechos nos presenta a la primera comunidad cristiana reunida en oración, a la espera del Espíritu Santo. Allí están los apóstoles junto con otros discípulos y, sobre todo, la Virgen María. Ella está en medio de la comunidad. No preside. No es apóstol. No hace milagros ni pronuncia discursos. Simplemente, está allí en medio de la Iglesia naciente. No se ha retirado a meditar por su cuenta lo acaecido en los días de la Pasión y Resurrección de Jesús. Anima con su presencia a los seguidores de su Hijo. Comparte su espera y su oración.

2. Escuchar la Palabra de Dios para cumplirla. Hemos escuchado en el evangelio que Jesús aprovecha el «piropo» que una buena mujer pronuncia para

proclamar que más importante que la maternidad o el parentesco biológico es la nueva familia que Él quiere reunir: la familia de los creyentes. Y pronuncia una bienaventuranza: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen».

Jesucristo no está excluyendo a su Madre: al contrario, está diciendo que su mayor mérito fue haber creído en la Palabra transmitida por Dios a través del ángel Gabriel. Es precisamente San Lucas el que nos transmite la respuesta de María a la invitación de Dios: «Hágase en mí según tu palabra». Es feliz por ser la Madre del Mesías. Y es todavía más feliz por haber creído en Dios y haber acogido con fe a su Hijo.

3. María, columna de nuestra fe y nuestra esperanza. Quienes nos gozamos de tener a la Virgen del Pilar como protectora, como «columna» o «pilar» de nuestra fe, nos unimos a todas las generaciones que la felicitan y la llaman bienaventurada. En Ella Dios nos ha dado un modelo magnífico de fe y una Madre, la Madre de la Iglesia, llena de amor y misericordia.

En esta fiesta damos gracias a Dios «por todas las grandes maravillas que ha realizado en la Virgen... concebida sin pecado... intacta en su virginidad... gloriosa en su descendencia, Madre de Cristo... no fue contaminada por la corrupción del sepulcro... triunfante en su Asunción» (*prefacio*).

La fiesta de hoy nos invita a la certeza de la cercanía y la presencia de la Virgen en nuestras vidas y, por tanto, la firmeza de nuestra fe, espejada en la figura de María. En concreto, cuantos «la invocamos con la secular advocación del Pilar», pedimos a Dios que, por intercesión de la Virgen, nos conceda «fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor» (*oración del día*), «permanecer firmes en la fe y generosos en el amor» (*ofrendas*) y que, finalmente, podamos «contemplarte eternamente en el cielo» (*poscomunión*).

Que la Virgen del Pilar sea para nosotros «guía para el camino, columna para la esperanza, luz para la vida» (*antíf. Magnificat*).

23. SANTA MARÍA REINA

*Homilía Domingo III Pascua
Coronación Canónica Mare Déu de les Bombes
Elche, 21 de abril de 2012*

1. Dios resucitó a Jesús y nosotros somos testigos

Con estas valientes palabras de Pedro en la primera lectura, hemos escuchado la invitación renovada que, en la celebración de este ya III Domingo de Pascua, el Señor nos hace: ¡Sed mis testigos! Sí, queridos hermanos y hermanas, la Iglesia, el mundo necesita testigos de la resurrección del Señor. Hombres y mujeres que habiéndose encontrado personalmente con Cristo vivo, anuncien no sólo de palabra, sino sobre todo con su vida, el gozo de la salvación.

Guardar su palabra es la mejor forma de dar testimonio ante el mundo de nuestra fe. No podemos decir «Yo le conozco» si no guardamos sus mandamientos, nos ha recordado el apóstol Juan. Porque sólo el amor de Dios llega a nosotros en su plenitud si permanecemos fieles en su palabra, firmes en Él.

El Evangelio de san Lucas nos narra el testimonio de los discípulos venidos desde Emaús para compartir con la comunidad creyente, su experiencia del resucitado en un contexto eucarístico. «Lo reconocieron al partir el pan». Hermanos, como entonces, también el Señor Jesús hoy, resucitado y vivo para siempre, se hace realmente presente entre nosotros cada vez que en su nombre partimos en pan. En cada eucaristía, Cristo camina a nuestro lado, apaga nuestras dudas, enciende el corazón. Sus palabras sobre el pan partido lo transforman en presencia real, misteriosa, divina. Es únicamente en Cristo Jesús, en este pan bajado del cielo donde los hombres encontramos la verdadera paz. Esa paz que el mundo no puede dar y que es don, regalo de Jesucristo resucitado.

2. Coronamos una imagen de la Virgen

Erróneamente se podría pensar en una primera lectura superficial, que se corona a la Virgen en una especie de divinización que la aparta de nosotros y la aleja de la condición humana y la hace distante. Realmente se trata de todo lo contrario: en María coronamos a la humanidad redimida, reconocemos en Ella lo que la humanidad puede llegar a ser y está llamada a ser. En María vemos coronada la humanidad coronada por la acción salvadora de Dios. Es nuestro destino, nuestra vocación última.

La costumbre de representar a Santa María ceñida con una corona regia data ya de los tiempos del Concilio de Éfeso, lo mismo en Oriente que en Occidente. Los artistas cristianos pintaron frecuentemente a la gloriosa Madre del Señor sentada en solio real, adornada con regias insignias y rodeada de una corte

de ángeles y de santos del cielo. En esas imágenes no pocas veces se representa al divino Redentor ciñendo a su Madre con una refulgente corona. Los Romanos Pontífices no sólo secundaron esta forma de piedad popular sino que, además, muchas veces, personalmente con sus propias manos, o por medio de Obispos por ellos delegados, coronaron imágenes de la Virgen Madre de Dios ya insignes por la veneración pública.

Con este rito reafirma la Iglesia que Santa María Virgen con razón es tenida e invocada como Reina, ya que es:

- Madre del Hijo de Dios y Rey Mesiánico: es Madre de Cristo, el Verbo encarnado, por medio del cual «fueron creadas todas las cosas» Madre del Hijo de David, acerca del cual dijo el ángel con palabras proféticas: «reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» de ahí que Isabel, llena del Espíritu Santo, saludó a la Santísima Virgen, que llevaba en su seno a Cristo, como «Madre del Señor».
- Es colaboradora augusta del Redentor: pues la Santísima Virgen, tuvo una relevante participación en la obra salvadora de Cristo Jesús quien, a precio de su sangre, hizo de nosotros un reino para nuestro Dios.
- Es Discípula perfecta de Cristo: la Virgen de Nazaret, dando asentimiento al plan divino, avanzando en su peregrinación de fe, escuchando y guardando la Palabra de Dios, manteniéndose fielmente unida a su Hijo hasta la cruz, perseverando en la oración con la Iglesia, intensificando su amor a Dios, se hizo digna, de modo eminente, de «la corona merecida», «la corona de vida», «la corona de gloria» prometida a los fieles discípulos de Cristo; y por ello, «terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal, con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte».
- Es miembro supereminente de la Iglesia: María es «la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta» de la Iglesia; y por ello con toda justicia es invocada como Señora de los hombres y los ángeles y como Reina de todos los santos.

3. Coronamos a Ntra. Sra. de los Dolores, la Mare de Déu de les Bombes

En los *Prenotandos* del ritual de Coronación de imágenes de la Virgen María, se ofrecen una serie de normas y consejos para la ceremonia de coronación, entre los cuales destacan: el que sean coronadas solamente imágenes de una gran tradición y veneración popular; que sea el Obispo diocesano juntamente con la

comunidad local quien discierna bien acerca de la conveniencia de coronar una determinada imagen; la importancia de instruir a los fieles en el sentido de la celebración, para que sepan entenderla y así se convierta en ocasión de una buena catequesis evangelizadora⁸¹.

Sin duda, esta es nuestra intención. La secular devoción a Ntra. Sra. de Dolores, la *Mare Déu de les Bombes* en esta ciudad de Elche, no puede llegar hoy a un punto de estancamiento, al contrario. La Coronación de su imagen ha de servirnos de mayor estímulo para la propagación de la devoción a la Madre del Señor y al anuncio del evangelio. Su «Haced lo que Él os diga» ha de interpelar constantemente nuestra conciencia en el crecimiento y fidelidad al Evangelio así como en el compromiso con una Nueva Evangelización.

Esta Nueva evangelización –nos recuerda el Sínodo de Obispos–

«...es una actitud, un estilo audaz. Es la capacidad de parte del cristianismo de saber leer y descifrar los nuevos escenarios, que en estas últimas décadas han surgido dentro de la historia humana, para habitarlos y transformarlos en lugares de testimonio y de anuncio del Evangelio. Se trata de escenarios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos.

La nueva evangelización se presenta como un estímulo del cual tienen necesidad las comunidades cansadas y débiles, para descubrir nuevamente la alegría de la experiencia cristiana, para encontrar de nuevo "el amor de antes" que se ha perdido (Ap 2,4), para reafirmar una vez más la naturaleza de la libertad en la búsqueda de la Verdad»⁸².

Vuestra Corona Social, invisible a los ojos del mundo, no a los de Dios, se presenta en la caridad para con los más pobres. Este es el mejor adorno con el que Ntra. Señora se engalana esta tarde. Ella, Virgen de los Dolores, camina junto a sus hijos que sufren, como lo hizo con Jesús. Así nosotros, cuando aliviarnos el sufrimiento de los hijos, los hermanos, consolamos el dolor de la Madre.

Termino con mi más sincera felicitación a todo el pueblo de Elche que desde el primer momento se implicó para que esta tarde su Virgen Dolorosa fuese Canónicamente Coronada. Felicidades y gracias a todas las más de

⁸¹ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS SACRAMENTOS Y EL CULTO DIVINO, *Ritual de la coronación de una imagen de Santa María Virgen*, Coeditores litúrgicos, Barcelona 1983, n. 6.

⁸² SÍNODO DE LOS OBISPOS, XIII Asamblea General Ordinaria. *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Lineamenta, n.6.

95 Asociaciones de todo tipo, públicas y privadas, que han avalado los esfuerzos de la Cofradía de la virgen y de su parroquia.

Queridos hermanos y hermanas, oremos unidos para que Santa María, Ntra. Sra. de los Dolores, nos ayude a todos a permanecer siempre firmes en el seguimiento de su hijo Jesucristo, incluso en los momentos más difíciles y de prueba. ¡María, Madre de los Dolores, *Mare Déu de les Bombes Coronada*, ruega por nosotros!

24. «MARÍA, ESPERANZA Y CONSUELO DE LOS CRISTIANOS»

*Solemnidad de la Inmaculada Concepción
Parroquia de la Purísima Concepción
Torrevieja, 8 de diciembre de 2010*

1. María en la *Lumen Gentium*. Uno de los documentos del Concilio Vaticano II contempla a la Virgen María como esperanza y consuelo de los cristianos que peregrinamos en este mundo, hasta nuestro encuentro con el Padre en la gloria del cielo. En efecto, «la Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 Pe 3,10)»⁸³.

Necesitamos la ayuda y el consuelo de María, Madre de la esperanza, en una sociedad que, precisamente, carece de esperanza, la busca con anhelo y tiene sed de ella. Sin esperanza, la humanidad carece de futuro, de una ilusión en que gastar sus energías vitales, en definitiva, de un sentido para la existencia.

El Papa Benedicto XVI advertía hace algún tiempo a los jóvenes:

«La experiencia demuestra que las cualidades personales y los bienes materiales no son suficientes para asegurar esa esperanza que el ánimo humano busca constantemente... La política, la ciencia, la técnica, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son suficientes para ofrecer la gran esperanza a la que aspiramos todos. Esta esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De ahí que una de las consecuencias principales del olvido de Dios sea la desorientación que caracteriza nuestras sociedades, que se manifiesta en la soledad y la violencia, en la insatisfacción y en la pérdida de confianza, llegando incluso a la desesperación»⁸⁴.

⁸³ LG 68.

⁸⁴ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XXIV Jornada de la Juventud* (22/2/2009).

2. Jesucristo es nuestra esperanza. Los cristianos sabemos que la esperanza tiene un nombre... y ese nombre es Jesús (cuyo significado, en hebreo, es muy elocuente: «Dios salva»). Para san Pablo, «la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (1 Tm 4,10). El «Dios vivo» es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza. Si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, ¿por qué temer?»⁸⁵. Tened a la vista la invitación tantas veces repetida por Juan Pablo II y, después, Benedicto XVI: «¡No tengáis miedo!... ¡Jesucristo no quita nada, lo da todo!».

Hemos escuchado más de una vez esta frase: «A Jesús por María». En efecto, acercándonos a María, Madre del Señor, alcanzaremos a Cristo, esperanza nuestra. Así lo explicaba el Papa en su tradicional discurso en la Plaza de España de Roma, el 8 de diciembre de 2009:

«¿Qué dice María a la ciudad? ¿Qué recuerda a todos con su presencia? Recuerda que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom 5,20), como escribe el apóstol san Pablo. Ella es la Madre Inmaculada que repite también a los hombres de nuestro tiempo: no tengáis miedo, Jesús ha vencido el mal; lo ha vencido de raíz, librándonos de su dominio. ¡Cuánto necesitamos esta hermosa noticia! Cada día los periódicos, la televisión y la radio nos cuentan el mal, lo repiten, lo amplifican, acostumbrándonos a las cosas más horribles, haciéndonos insensibles e intoxicándonos, de alguna manera, porque lo negativo nunca se elimina del todo y se acumula día a día. El corazón se endurece y los pensamientos se hacen sombríos. Por esto necesitamos a María, que con su presencia nos habla de Dios, nos recuerda la victoria de la gracia sobre el pecado, y nos lleva a esperar incluso en las situaciones humanamente más difíciles»⁸⁶.

3. María, figura del Adviento. La solemnidad de la Inmaculada Concepción de María se inscribe en un tiempo litúrgico, el Adviento, surcado por la esperanza: una Madre que espera al Niño que va a nacer; un pueblo que caminaba en tinieblas y vio una luz esplendente; un anciano que ya puede morir tranquilo porque sus ojos han contemplado al Salvador de Israel; la sonrisa de unos magos que se alegran al coronar su peregrinación en Belén... Pero, entre todos estos signos, la luz más potente se desborda sobre una mujer, cuyas manos acarician el fruto de sus entrañas. Su seno virginal guarece el cuerpo de un ser desvalido que

⁸⁵ *Ibidem.*

⁸⁶ BENEDICTO XVI, *Homenaje a la Inmaculada Concepción* (8/12/2009).

busca posada donde cobijarse: ¡en ese Niño y en esa Madre de Nazaret se funda nuestra esperanza!

Permitidme que concluya con unas palabras de san Bernardo, que en una de sus homilías canta las excelencias de la Virgen Madre:

«Quiso Dios nacer de una virgen inmaculada, él, el inmaculado, que venía a limpiar las máculas de todos. [...] Quiso que su madre fuese humilde, ya que él, manso y humilde de corazón, había de dar a todos el ejemplo necesario y saludable de estas virtudes. Y el mismo que ya antes había inspirado a la Virgen el propósito de la virginidad y la había enriquecido con el don de la humildad, le otorgó también el don de la maternidad divina.

De otro modo, ¿cómo el ángel hubiese podido saludarla después como llena de gracia, si hubiera habido en ella algo, por poco que fuese, que no poseyera por gracia? Así pues, la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos recibió el don de la virginidad para que fuese santa en el cuerpo, el don de la humildad para que fuese santa en el espíritu»⁸⁷.

⁸⁷ *Liturgia de las Horas*, IV, 96–97.

X. EN COMUNIÓN CON LOS SANTOS

1. TRAS LAS HUELLAS DE DON MANUEL GONZÁLEZ (4 de enero)

*Memoria del beato Manuel González, Obispo
Basílica de Santa María
Alicante, 4 de enero de 2009*

1. Celebramos hoy la memoria de don Manuel González García, fundador de las Marías de los Sagrarios-Calvarios y de los Discípulos de San Juan. Confesaba don Manuel:

«Si no hay nombre en el que pueda haber salvación fuera del nombre de Jesús; si la sagrada Eucaristía, adorada, visitada, comulgada y sacrificada, es la aplicación de esa salud y, por tanto, la fuente más abundante de gloria para Dios, de reparación por los pecados de los hombres, y de bienes para el mundo, el abandono de la sagrada Eucaristía, al cegar la corriente de esa fuente, priva a Dios de la mayor gloria que de los hombres puede recibir y a éstos de los mayores y mejores bienes que de Dios pueden esperar».

Y en otro momento:

«De mí sé decir que considero uno de los mayores beneficios que el Corazón de Jesús me ha hecho en mi vida, el haberme llamado la atención sobre ese mal del abandono del Sagrario y dándomelo a conocer tan al vivo en sí y en sus consecuencias, que ya hace tiempo que consagré todo mi sacerdocio como ahora mi episcopado a trabajar, clamar y protestar en todas las formas que se me alcanzan contra ese perniciosísimo mal».

«Hablar de don Manuel González –dije en el año 2000, siendo Obispo de Palencia– es hablar necesariamente de la Eucaristía y hablar del Evangelio. La Eucaristía profundamente entendida a través del Evangelio. El Evangelio plenamente vivido

a través de la Eucaristía. Ése es el anverso y reverso de su medalla. Su testimonio y mensaje siempre es actual e imperecedero, porque supo beberlo de la fuente de donde mana toda la fuerza eclesial. Hoy late vivo y fulgurante el ideal eucarístico que invadió toda su vida».

Y más recientemente:

«Es fácil presentar a don Manuel González, Obispo de la Eucaristía. Con su fuerte personalidad polifacética, su vida y su actividad pueden condensarse y unificarse en esta frase: se nos muestra como un perfecto testigo de Jesucristo, como un acabado modelo de heroica fe eucarística».

Nos reunimos hoy aquí, en esta Basílica dedicada a Santa María, para comprometernos más a seguir tras las huellas de don Manuel. Él fue fiel a un carisma concreto, especial, que le impactó fuertemente en Palomares del Río (Sevilla): el abandono de la Eucaristía y, en consecuencia, la reparación de ese abandono.

Pudo pasar de largo ante esa inspiración, pero fue fiel a ella: con su fidelidad, nos invita a todos a ser fieles también nosotros a ese mismo carisma que él vivió y que nos legó. Su fidelidad lo llevó a dedicar su vida a encontrar quienes siguieran sus pasos de reparación eucarística. A ese logro dedicó sus energías, su trabajo, su actividad, sus escritos, su ministerio sacerdotal... su vida toda. Don Manuel abrió caminos. Nosotros seguimos los pasos de Jesús, el Maestro, siendo fieles al carisma con que Dios lo enriqueció en Palomares del Río.

«¡Ay, abandono del Sagrario, cómo te quedaste pegado a mi alma! ¡Qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!».

2. Hace unos años, nuestro querido y añorado Juan Pablo II nos regaló una hermosa reflexión sobre la Eucaristía: se trata de una de sus últimas encíclicas, *Ecclesia de Eucharistia*. Muchos puntos de convergencia podemos ver en este texto pontificio y lo que escribió don Manuel. Vamos a fijar nuestra atención en algunos solamente. Esquemáticamente. En armónica concordancia.

a) *¿Qué es la Eucaristía?*

«La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor –nos decía el Papa en la encíclica citada–, no sólo como un don entre otros muchos, aunque muy valioso, sino el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación»¹.

¹ EE 18.

Y don Manuel:

«Yo no puedo pensar qué sería un cristianismo sin Eucaristía, porque su Fundador no quiso que lo hubiera. Pero sí digo que el actual cristianismo todo es con, por y para la Eucaristía, y sin ella, no titubeo en decirlo, el cristianismo es nada, de tal modo que puede formularse esta regla cierta: a más frecuencia de Sagrario, más cristianismo; a menos Sagrario, menos cristianismo».

b) Lugar de la Eucaristía en la Iglesia

«Negaría mi historia de sacerdote y de Obispo del Corazón Eucarístico de Jesús –repetía don Manuel– si en este breve y familiar tratado de artes de apostolado, el más probado por muchos y por mí y el que hoy, evidentemente, quieren el Corazón de Jesús y la Madre Iglesia que se emplee, no con exclusión, pero sí con preferencia a todas las demás artes apostólicas. Me refiero al apostolado por medio de la Eucaristía».

Y la carta de Juan Pablo II:

«La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente un experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia»².

«Si la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, se deduce que hay una relación sumamente estrecha entre una y otra»³.

c) Actitud nuestra ante el regalo de la Eucaristía

«Si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo –escribió don Manuel–, el abandono de la Eucaristía es la frustración práctica de ese milagro, y con ella, la de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia».

«Es hermoso estar con Él –nos dirá el Papa en su Encíclica– y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13,25), palpar el amor infinito de su Corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el "arte de la oración", ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?... Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros».

² EE 1.

³ EE 26.

d) Respuesta comprometida

En el capítulo «la Eucaristía edifica a la Iglesia» de la encíclica de Juan Pablo II leemos:

«La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo... ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión y sangre del Señor».

«Yo no quiero ser el Obispo de la sabiduría, ni de la actividad –había dicho don Manuel en un libro, que empezó a escribir siendo cura de un Sagrario que fue abandonado, y que remató siendo Obispo de la Iglesia de Dios–, ni de los pobres, ni de los ricos, yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado».

Este anhelo permanente es el que quiso estampar en el epitafio que redactó para ser colocado sobre su tumba:

«Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!».

e) La Eucaristía crea comunión y educa para la comunión

Escribe don Manuel:

«Ese comer muchas veces y digerir y asimilarse a Jesús, la Hostia de la mayor caridad, ¿qué va a ser sino crecer, aumentar, embellecerse y perfeccionarse en y con la caridad? ¿No es aquel crecer en Cristo por medio de todo haciendo la verdad en la caridad, de san Pablo?».

«Con la comunión eucarística –leemos en la encíclica citada– la Iglesia consolida también su unidad como cuerpo de Cristo... Nuestra unión con Cristo, que es don y gracia para cada uno, hace que en Él estemos asociados también a la unidad de su Cuerpo, que es la Iglesia. La Eucaristía consolida la incorporación a Cristo, establecida en el Bautismo mediante el don del Espíritu (cf. 1 Cor 12,13.27)».

f) Nuestra vida eucarística a ejemplo e imitación de la Virgen María

«Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia... María puede guiarnos hacia el Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él... María es mujer "eucarística" con toda su vida. La Iglesia, tomando

a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio»⁴.

Y don Manuel, en *El Rosario sacerdotal*:

«María no sólo es la Madre del Jesús físico del Evangelio, sino también del Jesús místico que es la Iglesia».

La conclusión es clara:

«Examinada su obra, su vida y sus escritos, llegamos a una patente conclusión: la función eucarística, santificadora y configuradora de María en la espiritualidad eucarística y en todas sus funciones, al servicio de la reparación, es tan palpable como característica».

De su mano nos acogemos al amparo de Santa María:

«He ahí a tu Madre. Es la palabra más grande, solemne y generosa del Corazón de Jesús, en el Evangelio, después de las de "esto es mi Cuerpo"... La Madre, cuando me ve ante el Sagrario, dice a su vez: ¡Mis hijos!, refiriéndose a los dos, al natural y al adoptivo. ¡Qué alegría saber que esto es tan bello como cierto!».

Y terminamos con una frase que escribió don Manuel en su *Diario*, en marzo de 1934:

«Habiéndolo abandonado, huyeron todos... Corazón de Jesús, que yo y todo lo mío volvamos al revés la frase: por acompañarte huimos de todo».

2. DON MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA. OBISPO DE PALENCIA (1935-1940)⁵

Pedí hace algún tiempo a un benemérito sacerdote de Palencia, don Manuel García de Peñaflor, que descansa de sus trabajos y fatigas, junto al Mediterráneo, en mejor clima que el nuestro, unas líneas sobre don Manuel, el Obispo que le impuso las manos el día de su ordenación sacerdotal. Y me envió complacido esta página:

⁴ EE 54.

⁵ Publicado en Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses – PITTM (Palencia) 72 (2001) 165-188.

El Sr. Obispo de Palencia me pide una semblanza de su predecesor don Manuel González García, que va a ser beatificado en abril. Y quiero corresponder a su paternal petición.

Me ordenó sacerdote el 6 de junio de 1936. Coincidencia de SEISES de Sevilla, la ciudad en que nació.

Escribió mucho y con frases como ésta: «¡Es tan grato vivir colgado del dedo de Jesús!»

Fundó la Obra de los Sagrarios-Calvarios, actual Unión Eucarística Reparadora. Tiene como fin la reparación del abandono que Jesús padece en sus tres manifestaciones de vida eucarística: Misa, comunión y presencia real permanente.

Algún Obispo le dijo: El Sagrario no es Calvario; allí está la gloria del Resucitado. Pero él se refería a la correspondencia de los que no asisten a Misa, de los que no comulgan, de los que lo hacen indignamente, y de los que no le visitan en el Sagrario.

Murió con 62 años en Madrid a donde le llevaron a consulta médica y de donde le trajeron para ser enterrado en su Catedral de Palencia, junto al Sagrario. En su epitafio se lee: «¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado!»

Y redondea su presentación con un soneto. Es, a mi juicio, un buen retrato de nuestro Obispo:

«Cuando llegó a Palencia era errabundo
 ... Málaga, Gibraltar, Madrid... Castilla
 (acogedora siempre) ofrece silla
 a este cansado de aguantar el mundo.
 Escritor pastoral, fácil, fecundo,
 con el gracejo que mamó en Sevilla,
 leyó en Palencia su final "*Cartilla*"
 como canto de un cisne moribundo...
 Desde siempre escribió libros famosos
 que, en ambiente mordaz y jaranero,
 hicieron despertar a perezosos
 y fueron pasto del dormido clero.
 Fijó en una consigna su ideario:
 "No hay otra solución que ir al Sagrario"».

De hecho, a mí me han ayudado a reflexionar sobre don Manuel, Obispo de Palencia, estos versos sencillos pero ricos de contenido.

1. Cuando llegó a Palencia era errabundo

Errabundo es sinónimo de errante, giróvago, trashumante. Y no porque don Manuel hubiera andado, desorientado o vagabundo, de una parte para otra sin tener su norte a la vista, sino más bien porque, como testifica don Francisco Parrilla, otro sacerdote que le quiere de verdad:

«La vida del Venerable Obispo tiene epílogo que sólo desde los planes de Dios encuentra sentido.

Le nombran Obispo de Palencia. Antes han querido que sea Arzobispo titular, sin Diócesis, y que se dedique a las obras fundadas por él.

Don Manuel, que es reacio a ser Obispo de otra Diócesis, vive con dolor e incertidumbre la propuesta del Nuncio. Para cuidar las obras eucarísticas por él fundadas no es necesario ser Obispo.

El Obispo tiene sentido como "Pastoral" de una grey. Recuerda la eclesiología aprendida, la liturgia profundizaba, su trabajo como evangelizador y catequista. El discernimiento va en contra de lo que en otros momentos ha manifestado. Habla con el Nuncio y manifiesta al Papa su deseo. Palencia espera Obispo, el Papa lo envía a Palencia.

Han sido unos años muy duros, de espera de decisiones superiores en Madrid, porque quiere volver a Málaga. La esperanza es lo último que desaparece en un creyente, y, en contra de lo que cabe esperar, el tiempo ya transcurrido desde su salida puede facilitar la vuelta. Todo se quiebra y Málaga es etapa definitiva de su vida pasada. Málaga, su seminario, y mucho más.

En el año 1935 llega a Palencia. Qué bien lo hacen con él los castellanos. En la abadía cisterciense de San Isidro de Dueñas hace Ejercicios Espirituales para entrar en la Diócesis el día de la Virgen del Pilar.

Le acogen, le quieren. Nadie pregunta, pero todos conocen la historia de su salida de Málaga en aquella noche en la que ardieron y fueron destruidos los templos de la ciudad y también el obispado. Su corazón, aunque a los que se acercan a él les cueste comprender, ha recibido muchas impresiones. Y éstas marcan fuertemente a la persona, por santo que sea.

Y don Manuel entra en etapa de pobreza interior. Ahora él no va a solucionar soledades, ahora siente la soledad profunda. Le han abandonado tantos, incluso tan cercanos...

Vive la pobreza de quien sabe que es motivo de comentarios en ambientes eclesiales. Que si al principio muchos estaban con él, el silencio de Roma hace imaginar a más de uno –la imaginación es "la loca de la casa", según el dicho teresiano–,

razones por las que es tan discutido e incluso rechazado por personas y grupos, y por las que se ha decidido que no vuelva a Málaga. El nombramiento para la Diócesis de Palencia, ¿ha sido una manera de llamada de atención?

Experimenta la pobreza no como opción –no es pobreza elegida–, sino como don con toda su rudeza: pobreza que es carencia de la tierra del calor de sus gentes, de su seminario, de sus sacerdotes, pobreza que es interiorizar tanta murmuración, tanta incomprensión y, sobre todo, tanto silencio y dejadez. Los años en un piso de Madrid han sido de vivencia fuerte de la fe. Sólo el dolor de las noticias que le llegan de la guerra civil tal como se desarrolla en el sur, del asesinato de tantos sacerdotes salidos de su seminario o de aquellos otros que fueron sacerdotes del presbiterio malagueño, le hacen olvidar su propia oscuridad.

La enfermedad, otra forma de pobreza, ha comenzado su proceso de destrucción.

¿Rezará alguna vez el salmo 21?, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Junto a él encuentra a sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares de la recia tierra palentina que quieren hacerle la vida agradable, que desean ser consuelo para el Obispo. Él lo agradece, pero se siente pobre, y sólo el abandono en manos del Señor es experiencia profunda que le sostiene.

Y el deseo de la luz que es Cristo resucitado. Una anécdota. A la religiosa que le atiende en el sanatorio de Madrid –es el último día de vida–, le pide le acerque la cama a la ventana. Desea ver la luz, la luz que dejó en Málaga. Pero, sobre todo, la luz que le llega gratuita y generosa, que no es más que el total y definitivo amor del Padre que en Jesucristo resucitado, –LUZ SOBRE TODA LUZ– le hace pasar de la noche al día para siempre.

He aquí las raíces y las claves para entender una vida tan profunda, tan peculiar que ofrece respuesta a necesidades tan de ayer como de hoy: la Eucaristía, el pobre, el sacerdote»⁶.

Hasta aquí la confesión en voz alta de este sacerdote, malagueño, que ayuda a quienes nacimos en 1936 o más tarde, a descubrir las claves y etapas para entender la historia personal de este maravilloso Obispo. Es bien cierto que «las intuiciones y realizaciones de don Manuel González y, sobre todo, su vida y su empeño en favor de la Eucaristía, de los sacerdotes, del seminario y de los pobres [que] son interpelantes para nosotros»⁷.

⁶ E. PARRILLA GÓMEZ, *Evangelios vivos con pies de cura. El Venerable D. Manuel González García: Claves y etapas para entender su historia*, Seminario Diocesano, Málaga, 2001, pp. 34-36.

⁷ *Ibidem*, p. 22.

Sevilla, Huelva, Málaga... fueron etapas de una vida consagrada, por amor y con amor, que fue dejando señal en quien supo vivirla a fondo, en profundidad, con dedicación total. Gibraltar, Ronda y Madrid marcaron también esta existencia, todavía joven, con sello de dolor y de angustia. Recordemos que el 14 de mayo de 1931 llegó don Manuel a Gibraltar con la sotana puesta, y que allí, con limosnas de algunas personas caritativas tuvo que comprar ropa interior y lo más indispensable.

Al año siguiente (1932) fijó, temporalmente, por mandato de la Santa Sede su residencia en Madrid, donde vivió, prácticamente de limosna (su nómina la enviaba a Málaga para ayudar a los sacerdotes), en una casa prestada por la familia Calonge y Page, hasta que el 6 de octubre de 1935, se presentó en la Trapa, Monasterio Cisterciense de San Isidro de Dueñas (Palencia), para hacer ejercicios espirituales y preparar su entrada en Palencia el 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar.

Antes, en mayo de 1934 había viajado a Roma para entrevistarse con el Papa Pío XI. Fue éste quien le nombró, el 5 de agosto del año siguiente, Obispo de Palencia.

En su diario leemos estas confidencias:

«Hoy he recibido la noticia de mi traslado a Palencia... Soy tuyo y confío en Ti. Por Ti, contigo y según Tú, Corazón de mi Jesús. Hágase tu voluntad... y perdónanos»⁸.

Meses y años, por tanto, de ardua y dolorosa espera en los que, con serenidad nunca perdida, vivió una pena que le ahogaba...

¿Llegó a Palencia errabundo?

¡Llegó cansado de aguantar el mundo...!

2. *Escritor pastoral, fácil, fecundo...*

Lo había sido don Manuel en los años de arcipreste de Huelva y de Obispo de Málaga. Y siguió siéndolo en Palencia.

Nombrado Obispo de Palencia el 5 de agosto de 1935, don Manuel tomó posesión de la Diócesis el 4 de octubre, por poderes. Tenía 58 años. Él mismo habla escrito en su *Diario espiritual*:

«Voy a San Isidro (*monasterio cisterciense, la Trapa, Venta de Baños, Palencia*), a hacer ejercicios espirituales y a aprender a evitar los contagios diabólicos y a seguirte a Ti solo, con mente pura, en Palencia. Enséñame, enciéndeme, impéleme, oh Es-

⁸ *Diario Espiritual*, de don Manuel González, n. 531, agosto 1935.

píritu Santo. Madre Inmaculada, Ángel mío, san José, san Bernardo, san Ignacio, san Isidro, rogad por mí»⁹.

Centremos ahora nuestra atención en sus *cartas pastorales*, cortas pero incisivas. Son propias del momento que tocó vivir a él y a sus diocesanos. Fueron 24, dedicadas a saludar a los palentinos y ofrecerse a ellos, compartir anhelos, meditar sobre el Adviento y la Navidad y extraer lecciones de la tragedia presente. Dieciocho de estas cartas están dedicadas, sucesivamente, a dicho tema. Siguiéron otras tres sobre «palpitaciones del Corazón de Jesús en el Evangelio y en la Eucaristía», y hay un broche final invitando, en Adviento de 1938 a «realizar la gran tarea de esta hora» y, en abril de 1939, a construir una sociedad donde reine la fe y brille la esperanza, en fraternal concordia.

Asomémonos, con respeto y con devoción, a este arsenal literario y pastoral, enternecedor y, en buena medida, doloroso.

2.1. *Nuestro saludo*

A los tres días de su llegada a Palencia, publicaba don Manuel su primera carta pastoral: *Nuestro Saludo*. Los informes que propios y extraños le habían dado, podían sintetizarse en esta frase: «En Palencia, mucha nobleza y mucho frío». Sin embargo, ante aquel recibimiento tan entusiasta y multitudinario, rectificaba la segunda parte de la frase y escribía: «Marque lo que marque el termómetro mercurial en los rigores de vuestro invierno, podemos asegurar, y entre ellos Nos gozamos, que el termómetro espiritual y afectivo de los palentinos para con su Obispo, hasta ahora acusa temperaturas de zona tórrida».

Pero no se reducía todo a un recibimiento excepcional, sintonizaba con un pasado glorioso y prolongado, y evidenciaba un presente que le llegaban al alma:

«Al entrar por primera vez en Palencia y al comenzar a tratar y conocer personas y cosas palentinas, nos ha sobrecogido una emoción intensa... La vista de lo que actualmente es y guarda Palencia, dice al viajero reflexivo toda una gran historia, y por feliz añadidura, no fósil, sino viva... Bella historia de portadas de piedra y metal, pero de hojas de carne palpitante y espíritu que no muere... Junto a aquellas joyas de arte y a aquellos recuerdos históricos, vive un pueblo y andan unos hombres que sienten, piensan, hablan y están dispuestos a obrar como los que llevaban aquellos nombres y realizaban aquellas hazañas...

¿Por qué os queremos tanto? Os queremos, no sólo por lo que de vuestra buena masa y nobleza y calidad sentía y predicaba santa Teresa de Jesús, ni por añoranzas palentinas que en los años juveniles de nuestro sacerdocio oíamos del que

⁹ *Ibidem*, n. 592, octubre 1935.

fue vuestro Prelado, el egregio Cardenal Almaraz¹⁰..., sino principalmente porque nuestro Señor Jesucristo, Padre y Pastor supremo de las almas, nos ha constituido, padre y pastor de vuestras almas.

Un Obispo no necesita presentar programa; lo tiene trazado en los Cánones y en la Liturgia de la Iglesia; pero sí se puede permitir abrigar anhelos»¹¹.

Si la cooperación personal que, con sus hombres y recursos, había prestado el Obispo don Tello al Rey Alfonso VIII en la victoria de las Navas de Tolosa, mereció a Palencia las dos cruces de su escudo, explicaba don Manuel, el Obispo don Raimundo consiguió de Fernando I los castillos en tiempos del Cid. Qué bien, añadía,

«si en el desempeño de los deberes del cargo pastoral, nos diéramos trazas de merecer no una cruz más para vuestro escudo, sino un brillo nuevo, una luz más viva que les diera más relieve. ¿Cómo realizarlo? Trabajando, no sólo por la salvación de vuestras almas, sino por la conservación y riqueza de *vuestra alma*» (la colectiva)¹².

Identificaba don Manuel el alma castellana con la fe noble y austera, y deseoso de trabajar por el mayor arraigo de esta fe en los hijos que el Padre celestial le encomendaba, se proponía fomentar también la austeridad en almas tan nobles.

«¿Con qué se arraiga la fe? Principalmente con abundancia y sobreabundancia de Catecismo aprendido, sentido, amado, asimilado y practicado.

¿Con qué se da vida sobrenatural a la fe? Con la Gracia, y la Gracia se adquiere y aumenta con oración, sacramentos y ejercicios de virtudes... Esa fe, así informada y vivificada, es fuente inagotable de *nobleza.. y de austeridad*.

¡Qué gozo, qué corona para nuestro Pontificado, preparar para el cielo muchas, muchas almas y dejar tan encendida y viva la fe de los queridos palentinos, que la cruz de su escudo, más que grabada o labrada en papel, piedra o metal, sea de *luz* potente, que se proyecte sobre el cielo de nuestra Patria, y entre sus resplandores lean todos los españoles: Con este signo volverán a triunfar los castillos de Castilla»¹³.

¹⁰ Lo consagró Obispo a don Manuel en Sevilla, catedral el 16 de enero, 1926, con 38 años de edad.

¹¹ BOLETÍN ECLESIAÍSTICO DEL OBISPADO DE PALENCIA, *Nuestro saludo*, 19 de octubre de 1935, pp. 490-500.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

Y terminaba el nuevo Obispo solicitando la ayuda de Dios y la colaboración de todos los palentinos, sacerdotes, religiosos y religiosas, asociaciones e instituciones «a Dios gracias, numerosas y pujantes», prensa católica «que vemos tan gallarda», y de modo particular la Acción Católica diocesana, «que tan llena de deseos y entusiasmos encontramos y de la que tanto bueno esperamos».

2.2. *Carta pastoral sobre el Adviento*

Es una reflexión hecha en voz alta y a la vez una oración comunitaria. Escribe textualmente don Manuel:

«La liturgia quiere despertar más que un recuerdo, la doble sensación de un dolor y de una esperanza. El dolor que necesariamente sobreviene a la vida sin Jesús, dolor que es remordimiento, obscuridad, hambre, inquietud, hastío, rabia, desesperación, infierno anticipado.

Esperanza del remedio de ese dolor que únicamente está en buscar, amar y desear con instancias a Jesús ...

Con qué gusto viene Jesús con todo su espléndido séquito de bienes, a las almas que le echan de menos y que lo desean. Con tanto gusto viene, como con pena y amargura se queda, cuando no se siente echado de menos, ni buscado. ¡Se siente así en tantos Sagrarios y en medio de tantas familias y pueblos que aún se llaman cristianos...!

Qué equivocados, injustos e ingratos los hombres, en volver las espaldas a Jesús y a la historia y en poner la esperanza de su redención en una cultura que, desemboca fatalmente en el escepticismo y en la confusión; en una libertad que, por no respetar la ley de Dios y el derecho ajeno, es desenfreno primero y tiranía después; en un progreso que, por no andar más que con la sola rueda de lo material, dejando sin rodar la de lo espiritual, no avanza, sino que gira y se hunde; en un placer sin ley ni fuerza moderadora, que es tedio y degradación y acabamiento del vivir...

¡Pobres mesías y pobres muchedumbres que en ellos esperan! Pobres sustitutos del verdadero Mesías, ¡qué duramente vengáis vosotros mismos la injusticia cometida contra Jesús!».

Y, como siempre, la oración, personal y comunitaria, se hace también jaculatoria e invocación de Adviento.

«Ven, Jesús, ven. ¡Ven a nuestra España, a nuestros gobernantes, a nuestras casas, a nuestras escuelas, a nuestras almas, ven! ¡Tú sólo nos puedes salvar!»¹⁴.

¹⁴ Id. *Sobre el Adviento*, 27 de noviembre de 1935, pp. 561-566.

2.3. *Ante el portal de Belén (Navidad de 1935)*

Dibuja en esta carta don Manuel, con trazos sencillos, pero claros como son siempre los que definen su estilo, un cuadro espléndido, alegre y luminoso, representado por los pastores y los magos que adoran al Niño Dios y le ofrecen sus dones; y otro sombrío, duro y doloroso: Jesús, María y José llamando a la puerta del mesón que no se abre, porque no había lugar para ellos. Ambos cuadros están, también hoy, por otras razones y otros motivos, a nuestra vista, en nuestro medio o ambiente:

«Es un hecho universal y perpetuamente comprobado que el hombre, al acercarse a Dios, bien a pedirle mercedes, bien a ofrecerle expiación o satisfacción de sus pecados, agradecimiento o alabanzas, ha sentido como una especie de necesidad de dar algo material a Dios y al sacerdote su mediador que lo representa»¹⁵.

Y valora en este momento don Manuel el heroísmo callado y alegre de sus curas, sacerdotes tan sacerdotes.

«Si hermoso es el espectáculo de pueblos pobres sosteniendo sus iglesias y a sus curas, no es menos bello... el *heroísmo callado y alegre* de estos mis queridísimos curas y sacerdotes, sobrios y pobres, como sus pueblos, y tan generosos y dignos en su pobreza que, en el desfile ante su Prelado nuevo para felicitarlo y darle cuenta de sus ministerios, de los seiscientos que forman este venerable clero ¡ni uno! ha abierto su boca para quejarse ni para pedir aumento...

Cuando he visto sacerdotes tan sacerdotes de Jesús Crucificado, he comprendido porqué Palencia es todavía solar de fe y de nobleza y oasis de desierto. ¡Cómo me conmueve y edifica mi Clero! y ¡cómo su pobreza con dignidad heroica llevada, me obliga/a desvivirme por su pan y su relativo bienestar y a no comer tranquilo, mientras sepa que tengo sacerdotes que no tienen más que una escasa comida al día...!»¹⁶.

2.4. *Una carta pastoral puente (Adviento de 1938)*

En Adviento de 1938, al comienzo del nuevo año litúrgico, don Manuel escribe otra carta pastoral, que podemos llamar «puente». Intuye ya la «gran tarea de esta hora», y llega a formular en voz alta la suprema aspiración de su fe de cristiano y de su celo sacerdotal. Hasta precisar con trazos definidos la única aspiración de su vida: «Conocer a Jesús conociendo su Corazón». Sí, conocerlo, porque, conocido será necesariamente querido.

¹⁵ Id. *Ante el Portal de Belén*, 1 de enero de 1936, pp. 51-54

¹⁶ *Ibidem*.

«¿Cómo quisiera yo en cuanto digo y hago, ser grito y luz y fuerza que levanten y empujen, para que vean y sepan y saboreen a Jesús los que no le conocen, o lo conocen mal o a medias... !

Conocer a Jesús por su Corazón. Ese, ese es el camino: conocer a Jesús conociendo su Corazón... A todo hombre puede conocerse, conociendo cómo y a quien ama. A Jesús incomparablemente mejor.

¡Conocer al Corazón de Jesús!... Entrar en su Corazón, es decir, introducirse en ese divino *Laboratorio* en que se han forjado la Eucaristía y la Iglesia; sumergirse en el *Manantial* del que brotan las lágrimas resucitadoras que abren losas de sepulcros y ablandan corazones de piedra y los raudales de Sangre que lavan los pecados, redimen los mundos y divinizan a los hombres; asomarse al *Horno*, y más, al *Volcán* do ha salido y sale el fuego de amor que ha impedido e impedirá que el mundo se muera de frío de egoísmo y que ha conseguido y seguirá consiguiendo que los hombres amen a su Dios como a su Padre y se amen unos a otros como hermanos, y hasta que den la vida por su Padre Dios y por sus hermanos los hombres, que los enemigos se perdonen y se abracen y que los huérfanos tengan Padres y valedores...

¡Si nos diéramos bien cuenta de lo que es el Corazón de Jesús y de lo que en él tenemos! ¿Cómo? ¿En dónde encontrar ese guía? ¡En el Evangelio! y ¡en la Eucaristía! Ved aquí, queridos hijos, el tema de mis cartas pastorales próximas: haceros ahí sentir las palpitations del Corazón de Jesús amando a sus amigos y a sus enemigos»¹⁷.

Y anuncia don Manuel el tema monográfico de sus tres cartas pastorales próximas: «haceros sentir las palpitations del Corazón de Jesús amando a sus amigos y a sus enemigos».

2.5. *Palpitations del Corazón de Jesús en el Evangelio y en la Eucaristía*

En el año 1939, y en cuatro entregas sucesivas (meses de enero, febrero, octubre y noviembre), don Manuel publica una carta pastoral amplia con el título arriba indicado.

El tema central de la misma es: «Amad a vuestros enemigos» (Mt 5,44). Ideas principales que desarrolla en la misma: ¿Quiénes son los enemigos de Jesús? Precisamente quienes debieran ser sus amigos. ¿Cómo odian a Jesús? Con furia, con odio que supera a todos los odios. ¿Cómo corresponde Jesús? Amando a sus enemigos. Obras son amores:

¹⁷ Carta Pastoral *Aprendamos de Jesús a amar a lo Jesús*, Aires de Adviento; Boletín Eclesiástico del Obispado de Palencia (28/11/1938) 361-366.

- a. *Diciéndoles palabras buenas*: sin turbarse, con paciencia sin fin...
- b. *Haciéndoles obras buenas*. Si de las obras de Jesús se pudiera decir que valen más o menos unas que otras, yo diría que ese estarse quieto ante el que le ofende y zahiere y profana, en el Evangelio como en el Sagrario, es una de sus obras y acciones más grandes y más bellas y que más lo retratan y caracterizan.
- c. *Dándoles cosas buenas*. Las cosas buenas que da Jesús a sus enemigos, se las da porque Él es bueno; es propio de la bondad dar y darse.

Es cierto que el Corazón de Jesús ama más a los que más lo aman a Él, pero también es cierto que su amor, por ser infinitamente misericordioso, y proyectar su misericordia sobre la miseria nuestra, idea ampliamente desarrollada por san Agustín, no está ligado por ninguna ley, ni detenido por ninguna fuerza cuando de hacer misericordia sobre los miserables se trata. «No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores» (Lc 5,32), había dicho Jesús en el evangelio¹⁸.

2.6. Lecciones de una tragedia

Le duele a don Manuel en el alma lo que está sucediendo en España en estos años. Y abre su corazón para dictar a su pluma una lección que serán lecciones sucesivas y complementarias con el paso del tiempo. Tendentes, todas ellas, a reconstruir el amor entre hermanos.

Escribe estas cartas pastorales, 18 en total, entre los años 1936 y 1938, por lo tanto, durante la guerra civil española. Son textos y consideraciones propias del tiempo en que le ha tocado vivir.

2.7. Abril de 1939

Al recibir las noticias que las radios y la prensa aireaban: «¡Se acabó la guerra! ¡Desaparecieron los frentes de combate!», don Manuel, feliz, escribe esta carta pastoral.

El final de la contienda es una gracia del Corazón de Jesús. Él ha prometido reinar en España. El ejemplo de los mártires debe llevarnos a todos a construir una España sin odios ni rencores. Que en el territorio español brille la fe

¹⁸ *Las palpitaciones del Corazón de Jesús en el Evangelio y en la Eucaristía*. Se publicaron como cartas pastores en el Boletín Eclesiástico del Obispado de Palencia: empiezan el 7 de enero de 1936 y terminan el 2 de noviembre de 1939. También aparecieron publicados estos mismos textos, en la revista *El Granito de Arena*, precedidos de otros artículos donde hablaba de: «Cómo ama el Corazón de Jesús a sus amigos». Después de la muerte de don Manuel, se editó en 1947 el libro *Así ama Él*, recogiendo todos estos textos. Cf. *Obras completas* de don Manuel González García, Tomo I, *Así ama Él*, n. 344, ed. Monte Carmelo y *El Granito de Arena*, Burgos, 1998, p. 321.

y la concordia cristiana entre hermanos. Es un canto de acción de gracias a Dios. Y una petición a sus diocesanos. «En esta hora solemne... pensamientos grandes, amores grandes, austeridades grandes y grandes generosidades por nuestro Dios y por España»¹⁹.

2.8. Libros póstumos

Fueron preparados en Palencia, por la editorial *El Granito de Arena* fundada por don Manuel. Vieron la luz con posterioridad a su tránsito. Son los siguientes:

Así ama Él, editado en 1947. Es un libro que recoge los artículos publicados en la revista *El Granito de Arena* y el *Boletín Eclesiástico* de la Diócesis de Palencia, con el título: *Palpitaciones del Corazón de Jesús*.

Camino para ir a Jesús, de 1955. Era una baraja de juego de maestro y discípulos, a base de preguntas y respuestas.

Decenario al Espíritu Santo, 1940. Son textos sobre el Espíritu Santo, recogidos de diferentes libros.

Floreillas de Sagrario, 1940. Se trata de artículos también publicados en *El Granito de Arena*.

Mi jaculatoria de hoy, 1940. Son casi todas de su DIARIO ESPIRITUAL. Cuenta la sobrina de don Manuel, M. M^a de la Concepción González, que cuando desayunaban: don Manuel, la hermana de éste, M. M^a Antonia y ella, ojeaba su libreta y decía: mi jaculatoria de hoy; miraba la libreta y la repetía.

¡Si viviéramos nuestras Misas! 1941. Es un pequeño libro que empezó a escribir sin poder terminarlo, pues murió enseguida. Quedó incompleto. Fue su último.

3. Fijó en una consigna su ideario

3.1. Visitas pastorales

Grande fue el esfuerzo de don Manuel por conocer, una por una, las parroquias de su Diócesis palentina, y provechosa su presencia en ellas. No siempre serena ni tan duradera como él quisiera. «El sembraba, sembraba pero los ojos no los ponía en los surcos esperando la espiga, vivía ya más en el cielo que en la tierra, por eso sus ojos se clavaban sólo en su Dios»²⁰.

En el año 1936, del 4 de octubre al 2 de diciembre, don Manuel visitó 84 pueblos en 47 días. Por la mañana y haciéndose presente de ordinario en dos

¹⁹ Carta pastoral, *Horas de liquidación*, *Boletín Eclesiástico* del Obispado de Palencia, 6 de abril de 1939, p. 128.

²⁰ J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 6^a ed., Ed. El Granito de Arena, Madrid, 2000, p. 433.

pueblos por día. Hubo seis en que visitó tres pueblos y tan solo uno en que llegó a cuatro, teniendo lugar la última visita a las 2:30 de la tarde.

No se hicieron por arciprestazgos, tales visitas sino más bien comenzando por las parroquias más próximas a la capital, en un radio que se fue alargando hasta cerca de 40 kilómetros, siendo rara la vez en que rebasó esta distancia.

Año 1937, del 26 de abril al 15 de mayo, visitó 56 pueblos en trece días. Por arciprestazgos, se fueron completando los del año anterior que correspondían a pueblos del de Palencia, y de Astudillo, Baltanás, Carrión de los Condes, Castro-mocho, Cervatos, Cevico, Dueñas, Frómista y Paredes de Nava. Visitó además once del de Osorno.

Del 5 al 23 de octubre, visitó 52 en trece días. Al arciprestazgo de Prádanos de Ojeda pertenecían 22 pueblos. Pernoctaba en él monasterio de San Andrés del Arroyo. En otras ocasiones, en Herrera de Pisuerga.

«En aquellas visitas pastorales –escribe uno de su biógrafos– se consolaba en extremo al ver que aquella honrada gente de Castilla tenía en sus arcas abundancia de fe. Por estos días escribía a una religiosa: "Ahora llevo casi dos meses de visita pastoral por estos pueblos, hoy llevo ya ochenta y cuatro, y ¡qué cuadros de fe y de amor a la Iglesia y a su Obispo! Se olvida uno del cansancio para disfrutar de estas visiones en contraste tan vivo con los pueblos aún dominados por los enemigos de Dios"²¹. Cuando explicaba la doctrina a los niños, veía detrás a sus padres apuntándoles las contestaciones por si ellos no las recordaban. Daba gusto verlos tan interesados y sabiendo tan bien las respuestas»²².

Puede decirse que en estas visitas pastorales por la Diócesis palentina, va el Obispo y Pastor de la misma, pero también puede asegurarse que iba un Misionero Eucarístico. No podemos pensar en don Manuel, desvinculándole de la Eucaristía. Ni haciéndole caminar como buen Pastor en busca de las ovejas, sin tener en cuenta que su persona y su palabra y hasta su porte, predicaban el amor a la Eucaristía y enseñaban a participar en la Misa, por medio de la comunión, y a no dejar solo al Sagrario, con las visitas al Amo que en él vive.

Por eso se preocupó de que comenzasen a surgir, en su Diócesis, centros de Marías de los Sagrarios y Discípulos de San Juan, así como la rama infantil de Niños Reparadores. Desde Palencia continuó don Manuel dirigiendo y orientando la Unión Eucarística Reparadora.

²¹ Carta sin fecha, durante la guerra española de 1936-39, a la religiosa de María Reparadora, madre María de Santiago. Cf. J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 6ª ed, Ed. El Granito de Arena, Madrid 2000, p. 431.

²² Id. ob.cit.

Para irradiar precisamente este fuego eucarístico, fundó un «Nazaret» en Palencia, en marzo de 1936. Trasladó a él el noviciado de Málaga y, cerca del palacio episcopal se instalaron sus hijas, las Marías Nazarenas (Misioneras Eucarísticas de Nazaret se llamarán más tarde), para poder ser y convertirse en formadoras de almas eucarístico-reparadoras.

3.2. El Seminario

¿Podía no prestar atención don Manuel a su Seminario?... En Málaga había sido la niña de sus ojos. En Palencia siguió siéndolo. Por eso su primera visita fue al Seminario. Estaba deseando conocer a sus nuevos hijos seminaristas. También estaba deseando hablarles. ¿De quién? Del Amo del Sagrario. ¿Dónde? Muy cerca de él, en la capilla.

«El Seminario –les dijo en este primer encuentro– es el gran semillero sacerdotal de la Diócesis; en su recinto se ha de madurar, segar y limpiar la espiga... El Seminario será incompleto, si no dispone de un *molino* en el que, por medio de la disciplina, del sacrificio y la negación de si mismos, se reduzca a los seminaristas a *flor de harina* y después se hagan *sacerdotes-hostias*... Sembrador divino –concluye la plática– *Molinero divino* de mi Seminario, que yo me deje moler con buena cara y con boca cerrada»²³.

Fue igualmente preocupación suya en estos años mantener correspondencia con los seminaristas soldados que prestaban sus servicios en el frente de los años 36 al 39. No los abandonó un instante. Hasta tal punto, que uno de sus seminaristas le llamaba «el ángel de la guarda del seminarista soldado»; «el general espiritual que con ellos luchó en las trincheras». Son numerosas las cartas que dirigió a los diferentes lugares en que se encontraban los seminaristas-soldados de Palencia.

Al reproducir aquí párrafos de una de sus cartas, podemos deducir lo que, más o menos, decía a los demás.

«El santo rosario a nuestra Madre, que no dejarás un solo día, te proporcionará esa placidez y tranquilidad de conciencia que el amor maternal sabe infundir en sus hijos cuando éstos son sus fieles servidores. Sé apóstol entre tus compañeros, enséñales cuando la ocasión te sea propicia, que será muy frecuente, los deberes que tenemos para con Dios, porque sin duda podrás evitar que se cometan muchas

²³ Boletín del Obispado de Palencia, 1 de noviembre de 1935.

faltas y pecados en los que, por ignorancia, se resbala y se cae con facilidad. En el Seminario se ruega a diario por vosotros...»²⁴.

Recordemos también que del 4 al 10 de noviembre de 1935, se había celebrado en Toledo «La Semana Pro Seminario» bajo los auspicios del Emmo. Sr. Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, Cardenal Arzobispo de Toledo.

En ella don Manuel, que ya era Obispo de Palencia desde el 12 de octubre de ese año, dictó una conferencia titulada: *El decrecimiento de las vocaciones sacerdotales y sus causas*. Analizó primeramente cómo era cierto que habían decrecido las vocaciones al sacerdocio. Indicó luego las causas de ese decrecimiento y señaló finalmente los medios para fomentar las vocaciones sacerdotales: medios espirituales, colectivos, personales y materiales²⁵.

3.3. *Sus sacerdotes*

«Cada día quiero más a mis sacerdotes», llegó a decir don Manuel en Málaga. Y esa frase, cargada de idéntico afecto y con el mismo amor, pudo repetirla en Palencia en múltiples ocasiones. «Después de las visitas al Santísimo en su capilla, los mejores ratos que pasaba el Sr. Obispo eran los que dedicaba a sus sacerdotes. ¡Con qué gusto paseaba con ellos en la cámara episcopal hablando de Dios, de sus parroquias, de sus feligreses, insinuándoles, de la forma que sólo él sabía hacerlo, lo mucho que puede hacer un cura hoy, interesándose también por sus necesidades y terminando en muchos casos por dejar en la mano del visitante un billete, bien para el alumbrado del Santísimo, bien como estipendio de Misas, o como donativo para atenciones particulares²⁶.

Y, cuánto sufrió don Manuel y cuánto hizo por remediar la pobreza de su clero palentino. Su confianza en el Corazón de Jesús hizo posible que llegaran ayudas materiales en favor de sus sacerdotes. Sí, con toda verdad podemos afirmar que don Manuel fue un gran enamorado de su sacerdocio y del sacerdocio. Y que, como Obispo, se desvivió por los miembros de su presbiterio en las dos Diócesis que le tocó regir.

²⁴ T. CARDENAL FERNÁNDEZ, *Boletín del Obispado de Palencia*, 15 de enero de 1940. Cf. J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 6ª ed., Ed. El Granito de Arena, Madrid 2000, p. 425.

²⁵ Cf. Crónica de la Semana pro Seminario, celebrada en Toledo del 4 al 10 de noviembre de 1935. pp. 109-133. También se publicó esta conferencia en el *Boletín Eclesiástico del Obispado de Palencia*: comienza el 1 de febrero de 1936, pp. 76-93.

²⁶ J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 6ª ed., Ed. El Granito de Arena, Madrid 2000, pp. 426-427.

3.4. Campañas catequísticas

Tampoco podía olvidar don Manuel en Palencia su amor empedernido a los niños y su afán de enseñarles las principales verdades de nuestra fe. No es fácil cambiar de rumbo, cuando el itinerario resulta familiar. Por eso don Manuel siguió trabajando en la Diócesis palentina, por catequizar a los niños.

Y también aquí se hizo niño con los niños. Si en el Sur encontró a los chavales andaluces con los que conectó de maravilla, en Castilla consiguió lo mismo, haciéndose lo más castellano que podía. Son palabras suyas.

Organizó Campañas y Certámenes catequísticos con el fin de que los niños pudieran aprender bien el catecismo y vivir conforme a sus enseñanzas.

Y llegó a afirmar:

«Si no queremos que, no tardando, la sociedad desconozca a Cristo, odie a Cristo y persiga a Cristo, catequicemos a los niños, valiéndonos para ello de cuantos medios estén a nuestro alcance... La inocencia del niño es un cristal. Una vez roto, aunque se ajusten bien los pedazos, difícilmente volverá a recobrar su belleza...

Hay que formar muchachos que sepan ir a visitar a Jesús, a sentir a Jesús, a enamorarse de Jesús»²⁷.

3.5. Santificación de las fiestas

He aquí otra de las campañas que don Manuel llevó a cabo en Palencia, la de la santificación de las fiestas. El plan consistía en que un Padre Redentorista recorría los arciprestazgos. Se detenía en cada pueblo un día, para inculcar la santificación del domingo con la asistencia a Misa. Comprometidos a ello los diferentes pueblos, se reunían al domingo siguiente en la cabeza del arciprestazgo, y celebraban la Asamblea de la santificación de las fiestas. Don Manuel era el primero en participar en esta manifestación de fe y de piedad de sus pueblos. Celebraba Misa de medio pontifical, y después del Evangelio, hablaba a los distintos grupos congregados. En las primeras horas de la tarde se celebraba en el templo o en la plaza otro encuentro, antes que el Prelado hablaban los alcaldes del pueblo que acogía y de los pueblos limítrofes. En ese momento preciso dichos alcaldes, con fe recia y convicción profunda, promulgaban un bando para que no se trabajara en los días festivos. ¡Eran otros tiempos!

Después hablaba el Prelado. Nunca era largo, pero sí gracioso y oportuno. Y se organizaba finalmente una procesión con el Santísimo bajo palio que recorría las calles del pueblo. Antes de dar la bendición el Sr. Obispo, el misionero

²⁷ Boletín del Obispado de Palencia, 1 de agosto, 1936; cf. J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 6ª ed.; Ed. El Granito de Arena, Madrid 2000, p. 440.

arengaba nuevamente y se advertía con qué emoción prometían aquéllos santificar las fiestas participando en la Eucaristía y absteniéndose de los trabajos²⁸.

3.6. Misiones populares

Fue otra actividad alentada de su pastoreo en Palencia: organizar misiones populares para cristianizar los pueblos de la Diócesis. Según las crónicas del Boletín Eclesiástico de Palencia, organizó don Manuel las siguientes:

En los años 1936 a 1939, 127 misiones populares. Todas ellas predicadas por religiosos de diversas Congregaciones religiosas: Pasionistas, Hijos del Corazón de María, Paúles, Jesuitas y Redentoristas²⁹.

4. No hay otra solución que ir al Sagrario...

Cada una de estas frases de don Manuel, y mejor el conjunto de todas ellas, definen y resumen su entrada en la vida pastoral, su permanencia gozosa en ella, a pesar de las dificultades y su aspiración reiterada de seguir en la brecha, también en su enfermedad final:

- «Pido con mucho empeño la salud para trabajar *ad gloriam Dei* (27.6.1938).
- Pido mi curación aun milagrosa *propter ministerium* (8.7.1938).
- Perplejidad entre la esperanza de mi curación por un milagro de la misericordia del Corazón de Jesús en el Sagrario y el presentimiento de mi próxima muerte. He aquí mi estado» (17.9.1939)³⁰.

Pero la frase más elocuente, quizá sea ésta: «La gloria de mi ministerio, para Jesucristo, la utilidad para las almas, el trabajo, en silencio, para mí»³¹.

²⁸ *Ibidem.* p. 434: Testimonio del padre Ramón Sarabia, redentorista.

²⁹ Las *misiones populares* se desarrollaron de este modo: Año 1936: enero, 4 pueblos; febrero 6; marzo 6; noviembre 17 y diciembre 2. Fueron predicadas por: Pasionistas de Peñafiel pueblos; Redentoristas, 17 e Hijos del Corazón de María 10.

Año 1937: enero 8 pueblos; febrero 14; marzo 6; abril 6; noviembre 5 y diciembre 3. Predicadas por Pasionistas de Peñafiel 10 pueblos; Hijos del Corazón de María, 19; Redentoristas 4 y Paules de Paredes de Nava 10.

Año 1938: enero 10 pueblos; febrero 9; marzo 11; abril 2; noviembre 12 y diciembre 2. Predicadas por Pasionistas de Peñafiel 10 pueblos; Hijos del Corazón de María, 21; Redentoristas, 4; Paules de Paredes de Nava, 10 y Jesuitas, 1. Año 1939: enero, 2 pueblos; febrero 1 y marzo, 1.

Los Hijos del Corazón de María residían en Medina de Rioseco, y los Redentoristas, unos en Santander y otros en Nava del Rey

³⁰ DIARIO ESPIRITUAL de don Manuel González

³¹ OC T III, *Arte y Liturgia*, n. 5212, p. 827

En Sevilla, Huelva, Málaga y Palencia, una línea pastoral, siempre la misma, recta como su trayectoria personal, bien orientada y fecunda, marcó el buen hacer de este Pastor.

«*La práctica pastoral se estudia oficialmente en un curso de teología.*

El espíritu pastoral se inculca y se vive en todos los años.

El gran principio pastoral, a saber: que el mejor, más hábil, más fecundo, más querido y más útil pastor, será el que más y mejor ame a las almas por Dios.

Puede trocarse la palabra de san Agustín: *Ama a Dios y haz lo que quieras*, en esta otra: *ama a las almas y haz lo que quieras*. El amor, ése es el grande, el único maestro de la teología pastoral. A san Pedro no se da el supremo Pastorado sino después de la triple profesión de amor más que los demás»³².

Dios, el cura y las almas, tres agentes que han de saber conjuntar generosidad y esfuerzo. Sabiendo que Dios es Dios; las almas, su arada. El sacerdote, el labrador.

«*Pescador; pastor, sembrador de almas, eso es el cura por voluntad de su divino Maestro. Y el pescador tiene que trabajar en preparar sus redes, su cebo y su barquichuelo; en surcar las aguas a fuerza de remo y de vela; echar sus redes y esperar a veces noches enteras, y cuando los peces caigan, cargar con ellos y prepararlos para la venta, es decir, tiene que hacerlo él todo menos el que caigan los peces. El pastor (el buen pastor) tiene que trabajar en buscar buenos pastos, en vigilar su ganado, ahuyentar los lobos y en correr a veces en busca de la oveja perdida. El sembrador (arrojó la semilla) también tiene que trabajar en preparar su tierra, escoger su semilla, arrojarla al surco, defenderla contra las aves del cielo y las malas hierbas, y cuando crezca, recoger el fruto y guardarlo en sus graneros. Pues ése es precisamente el trabajo del cura»³³.*

Yendo siempre delante, para marcar el camino.

«El pastor debe ir delante de sus ovejas, sobre todo en las horas de peligro y del más duro camino, y porque no quiero que falte a vuestros deseos y empeños el estímulo de mi ejemplo, aquí me tenéis confiado en Aquél en quien lo puede todo, dispuesto a poner de mi parte, cuéstemelo que me cueste, duélame lo que me duela, sin detenerme ni descansar mientras a mi alma le quede un aliento y a mi caja una peseta o a mi persona una cosa que la valga»³⁴.

³² OC T II, *Un sueño pastoral*, n. 2236, pp. 470-471

³³ OC T II, *Un sueño pastoral*, n. 1653, p. 37.

³⁴ *Ibidem*. n. 1985, pp. 316-317.

Con celo pastoral exquisito, que es:

«El amor, que la piedad encendió y alimentó, que explota y que esparce los conocimientos, y amores y atracciones e invitaciones y lealtades de Jesús y de su Iglesia que se guardaban dentro... Celo que es floración, incendio, inundación y contagio santo, que, como el del Corazón de Jesús que lo despierta y agita, tiene un punto de partida, el olvido de sí propio y otro de llegada, el buscar almas para Él; celo de pastor bueno que deja las noventa y nueve ovejas seguras y los intereses y medios y comodidades propios para buscar la que hace ciento que se fue y extravió; celo que no pregunta cuánto ha de ganar más, sino cómo se ha de dar más, ni se inquieta por la suerte propia, sino por la desgracia de los demás, ni espera a que vengan, sino que va, siempre va... Celo de pastor en cruz que sólo dice ¡basta! cuando entrega la propia vida por sus ovejas»³⁵.

Empeñado siempre en una tarea noble y teniendo de por vida una sola ocupación.

«Desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana, en público y en privado, en el interior de su Iglesia y en medio de las plazas, de sus manos, de sus pies, de su boca, de su corazón y de su cabeza: *Hacer el bien sin esperar nada*. Hacer todo el bien que le permitan sus fuerzas naturales y sobrenaturales, sin esperar nada en recompensa de los beneficios por su acción. ¿No es esto lo que cada segundo del día hace con cada alma el *Pastor llamado* del Sagrario?»³⁶.

Don Vicente Matía, Canónigo Magistral de Palencia, resumió, a la muerte de don Manuel, en estas frases su estilo pastoral y el secreto del mismo:

«Se ha dicho que el estilo es la firma de la persona puesta en una idea... Es patrimonio de muy pocos..., cuando un hombre posee su estilo... se le reconoce desde que habla. En cuanto aparece se denuncia.

Tal ocurre a nuestro amado Obispo. Su palabra, un gesto suyo, una página escrita, por sencilla que sea, le señala al conocimiento de los demás con rasgos inconfundibles... Es el mismo siempre. Si algo varía es obra de la madurez de su experiencia. Su estilo siempre es libre, franco, esencialmente personal. Ríe y llora con los mismos acentos. Tiene aires propios que nadie puede negar. Posee ternuras y ardores, movimientos imprevistos, variados, espontáneos como la vida. Nada hay en él de postizo y de artificioso. Su unción es siempre sincera y sale viva del alma, como la flor del germen. Es además humilde... Es gracia peculiar de su estilo una

³⁵ *Ibidem*. n. 2316, p. 520

³⁶ O C T II, *Arte y Liturgia*, n. 5213, p. 827

suerte de humildad que quiere cubrir con su sencillez e ingenuidad lo trascendental del asunto.

¡El Granito de Arena!... He aquí el título que buscó su modestia y que guarda con llave de oro una labor múltiple, densa, fecunda. Su laboriosidad no encontraba jamás descanso...

Vivió en la verdad. Pensó como vivió. Habló siempre como pensó. El amor acendrado a Jesús en la Eucaristía y en su santa Madre la Virgen María, señalan el ritmo de su vida. Esta fue amplia en el verdadero sentido de la palabra, llena de abundancia y de dulzura, de efusión y de amor. Situada su alma de continuo a las puertas del Sagrario, vivió con elevación. Pocas veces se altera la dulzura de sus ojos iluminados. No conoce la ira y si la siente es como un relámpago que ilumina su espíritu de justicia y de amor a Dios. Por eso su voz tiene tonalidades de amigo, de padre»³⁷.

Y el propio don Manuel, que se conocía a sí mismo mejor que nadie, estampó en su Anecdotario Pastoral:

«Debo lealmente confesar, que el fruto de mi acción pastoral, hay que atribuirlo a estas cuatro cosas o causas:

Que estuve donde Dios me puso y no mi gusto.

Que a pesar de mis muchas flaquezas, puse toda mi confianza en el Corazón de Jesús.

Que abrí todos los días las puertas de mi parroquia a las cinco y media del alba, lo más tarde, y que a esa hora estábamos mi coadjutor y yo sentados en el confesionario, con penitentes y sin ellos.

Que practiqué la predicación callejera *ad laudes et per horas* sin miedo ni respetos humanos»³⁸.

4.1. Si el grano de trigo muere, da mucho fruto

¿Qué más podía hacer pastoralmente don Manuel por su Diócesis de Palencia?... ¿Quién se atrevería a pedirle más que lo que estaba haciendo por sus diocesanos?... Lo estaba dando todo. Había amado del todo. Como buen Pastor y como Padre bueno.

³⁷ Boletín Oficial del Obispado de Palencia, 20 de enero de 1940, pp.47-50.

³⁸ J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 6ª ed.; Ed. El Granito de Arena, Madrid 2000, p. 567. Este texto no está en ninguno de los libros escritos por don Manuel. Lo escribió como anecdotario pastoral después de la visita que hizo a su Arzobispo, don Marcelo Spínola, aceptando sin condiciones y obedeciendo a los deseos de su Prelado, de ir a Huelva a pesar de lo difícil que era la labor pastoral en aquella ciudad y de lo joven que eran don Manuel para un cargo tan delicado e importante.

Se ajusta, pienso yo, a la valoración del Cardenal Herrera Oria sucesor de don Manuel en la Diócesis de Málaga, mi apreciación sobre una escultura reciente de Juan de Ávalos,

«destinada al culto. Elaborada con diferentes clases de madera que aportan tonalidades diversas, don Manuel aparece con rostro serio, pensativo –es otra versión de su cara–, cubierto con el manto rojo que le defendía del frío palentino.

La cruz sobre el pecho en relieve, porque le define como Obispo y pastor. Su mano derecha abierta. Con la otra toca y acaricia, el Sagrario de su vida, de sus sueños, de su predicación, de su compañía, día y noche...

La sonrisa estaba siempre en sus labios. Sin embargo sabemos de su dolor contenido, aceptado y ofrecido. En los últimos años de Palencia y en los penúltimos de Málaga. Sabemos igualmente de hechos y personas que le hicieron sufrir y de otras a las que abría su interioridad. Estas padecían con él. Este don Manuel, íntimo y abierto, serio y risueño, andaluz y castellano, es, a mi juicio, el que aparece reflejado en la nueva imagen y que sigue vivo entre nosotros, y pasea por las calles de nuestra ciudad se acerca a la Plaza de la Catedral, *la bella palentina*»³⁹.

Don Ángel Herrera había escrito con anterioridad: «Figura amable, externamente todo gracejo y alegría, interiormente puro holocausto y sacrificio»⁴⁰.

Quizá fuera porque el Amo del Sagrario, a quien don Manuel había consagrado su vida, sus fuerzas, su actividad, su cariño, su apostolado... le pidió ser grano de trigo depositado en el surco. Y porque quería también el Amo que en Palencia precisamente, a dos pasos del Sagrario de su Catedral, quedase gritando a todos después de muerto, su consigna, su obsesión, su gran anhelo:

«Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasan: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado!».

Y desde ahí, desde el silencio de un sarcófago de piedra, sus huesos después de muerto, lo mismo que su corazón y sus labios en vida, siguen animándonos a vivir como él vivió, reflejando en nuestras vidas el buen olor de Cristo Eucaristía.

³⁹ R. PALMERO RAMOS, «Don Manuel González, Obispo, escultura de Juan de Ávalos», en *Ars Sacra* 17 (2001) 99.

⁴⁰ A. HERRERA ORIA, *Obras Selectas*, BAC, Madrid 1963, p. 765.

3. «SEÑOR, ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?»: CONVERSIÓN DE SAN PABLO (25 de enero)

*Fiesta de la Conversión de San Pablo
Parroquia de San Pablo
Alicante, 25 de enero de 2011*

1. Conversión de san Pablo. Lo que normalmente celebramos de los santos es su muerte: su *dies natalis*, es decir, su nacimiento a la nueva existencia pas-cual, resucitados con Cristo. Pero hoy celebramos no el martirio de Pablo (que es el día 29 de junio, con san Pedro), sino su encuentro con el Señor en el camino de Damasco.

Este encuentro debió de marcar profundamente la vida de Pablo, pues se trata de un acontecimiento que aparece tres veces en el libro de los Hechos. Se ve que la primera comunidad lo consideraba de suma importancia, como el origen de la apertura misionera de la Iglesia. Esta apertura tiene un punto de arranque en esa experiencia postpascual de Pablo y que él mismo llama, con sus propias palabras, «encuentro» y «vocación». Por tanto, lo que hoy celebramos es que la conversión de san Pablo supuso un encuentro con Cristo y una vocación, una llamada a la evangelización.

2. De perseguidor a Apóstol de los gentiles. En el relato de la conversión de Pablo uno no sabe qué admirar más: si la elección sorprendente por parte de Cristo, si la respuesta de Pablo o más bien la acogida que le brinda la comunidad de Damasco. Está claro que el Señor tiene la iniciativa, pero Pablo era la última persona que uno esperaría que fuera llamada como apóstol de Jesucristo: «Soy Jesús, a quien tú persigues», escuchó Saulo cuando se dirigía a Damasco. La elección está clara, no hay lugar a dudas: «Ese hombre es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre».

Admiramos también la respuesta de Pablo, tan decidida como la de Pedro y los demás discípulos cuando dejaron las barcas y siguieron al Maestro. Su respuesta fue instantánea: el perseguidor de cristianos se puso a predicar y a demostrar a los judíos que Jesús era el Mesías verdadero, el Salvador que durante tanto tiempo habían esperado. Las muchas dificultades que habría de encontrar en el camino no enfriarán su entrega. Pablo se muestra siempre intrépido y nadie puede hacerle callar, porque su amor a Cristo es lo que da pleno sentido a su existencia y su misión: «Para mí, vivir es Cristo», pues «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»; y «sé de quién me he fiado».

También es digna de alabanza la actitud y la respuesta de los cristianos de Damasco, con Ananías a la cabeza. Era normal que sintieran alguna suspicacia, conociendo las intenciones que Saulo albergaba en su interior. Pero se dejaron

convencer y, guiados por el Espíritu Santo, acogieron al antiguo perseguidor para acompañarlo en el camino de la fe y prepararlo para el anuncio del Evangelio.

3. ¿Qué sucedió en el camino de Damasco? El Papa Benedicto XVI, en una de sus audiencias generales, reflexiona sobre lo que aconteció al Apóstol cuando se dirigía a Damasco:

«Este viraje de su vida, esta transformación de todo su ser no fue fruto de un proceso psicológico, de una maduración o evolución intelectual y moral, sino que llegó desde fuera: no fue fruto de su pensamiento, sino del encuentro con Jesucristo. En este sentido no fue sólo una conversión, una maduración de su "yo"; fue muerte y resurrección para él mismo: murió una existencia suya y nació otra nueva con Cristo resucitado... Sólo el acontecimiento, el encuentro fuerte con Cristo, es la clave para entender lo que sucedió»⁴¹.

El encuentro de Pablo con Cristo no es una experiencia que solamente atañe a él. Es un acontecimiento que también transmite una enseñanza a los que, en el camino del tercer milenio, experimentamos que el Señor se nos hace el encontradizo:

«Sólo somos cristianos si nos encontramos con Cristo. Ciertamente no se nos muestra de esa forma irresistible, luminosa, como hizo con san Pablo para convertirlo en Apóstol de todas las gentes. Pero también nosotros podemos encontrarnos con Cristo en la lectura de la sagrada Escritura, en la oración, en la vida litúrgica de la Iglesia. Podemos tocar el corazón de Cristo y sentir que él toca el nuestro. Sólo en esta relación personal con Cristo, sólo en este encuentro con el Resucitado nos convertimos realmente en cristianos... Por tanto oremos al Señor para que nos ilumine, para que nos conceda en nuestro mundo el encuentro con su presencia y para que así nos dé una fe viva, un corazón abierto, una gran caridad con todos, capaz de renovar el mundo»⁴².

4. Octavario para la unidad de los cristianos. Finaliza hoy la semana de oración por la unidad de los cristianos, cuyo lema, del libro de los Hechos, es el siguiente: «Unidos en la enseñanza de los apóstoles, la comunión fraterna, la fracción del pan y la oración» (2,42). En este sentido, como señala el Papa Benedicto XVI:

«La conversión de san Pablo nos ofrece el modelo y nos indica el camino para ir hacia la unidad plena. En efecto, la unidad requiere una conversión: de la di-

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (3/9/2008)

⁴² *Ibidem*.

visión a la comunión, de la unidad herida a la unidad restablecida y plena. Esta conversión es don de Cristo resucitado... El mismo Señor que llamó a Saulo en el camino de Damasco se dirige a los miembros de su Iglesia, que es una y santa, y llamando a cada uno por su nombre pregunta: ¿Por qué me has dividido? ¿Por qué has desgarrado la unidad de mi cuerpo? La conversión implica dos dimensiones. En el primer paso se conocen y reconocen a la luz de Cristo las culpas, y este reconocimiento se transforma en dolor y arrepentimiento, en deseo de volver a empezar. En el segundo paso se reconoce que este nuevo camino no puede venir de nosotros mismos. Consiste en dejarse conquistar por Cristo... dejarse formar por Cristo»⁴³.

4. FIESTA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO (28 de enero)

*Homilía en el Teologado Diocesano
Alicante, 27 de enero de 2012*

Encontré hace años una bellísima biografía del santo que hoy celebramos escrita por otro dominico, el P. Raimondo Spiazzi, profesor del *Angelicum* y de otros ateneos romanos⁴⁴. Me encantó su lectura. Tiene páginas de antología en un estilo preciso y precioso. Espigo en algunas de ellas:

Llama la atención el planteamiento que hace el autor de su biografiado. Un hijo –dice- de gente magnífica, accesible y querido, cercano a sus alumnos, con una dulzura y familiaridad connaturales que fueron, en buena parte, dones del cielo, pero también fruto de esfuerzos virtuosos (hábitos operativos buenos...).

Maritain lo define, gentil en el trato, afable en la conversación, benigno en el comportamiento, generoso con los demás, infinitamente paciente y prudente, radiante de caridad, maravillosamente piadoso...

Santo Tomás nació en 1223, en el Castillo de Rocaseca, cerca de Aquino, a mitad de camino, por la autostrada del Sole entre Roma y Nápoles. Fue el duodécimo de los hermanos, parece ser que el último. Una de sus hermanas, la más pequeña, murió fulminada por un rayo, siendo *piccolina*. Tomás de Aquino unió en sí mismo la nobleza germana, que le venía por vía paterna (sus abuelos estuvieron en la corte de Carlo Magno) y la singular ascendencia de una familia italiana del Sur. Su madre fue una mujer muy piadosa, Teodora di Chieti.

Sin embargo, su "yo", su personalidad tuvo mucho de don de la naturaleza y mucho más de regalo del cielo. El dedo de Dios, dice el P. Spiazzi, se veía en la

⁴³ BENEDICTO XVI, *Homilía* (25/1/2009).

⁴⁴ R. SPIAZZI, *San Tommaso d'Aquino: biografia documentata*, Ed. Studio domenicano, 1995.

piEDAD que le distinguía, en todo lo extraordinario que le acompañó en su vida y en las vicisitudes en que se vio envuelta su familia (que no son, como es lógico, de este lugar).

Santo Tomás fue un hombre llamado por Dios a la vida dominicana, hombre de estudio y de magisterio, generoso en la entrega, intelectual completo, que tuvo el don de la palabra y de la pluma. Defensor de la verdad, en coloquio continuo con Dios. Santo Domingo de Guzmán decía de él que «siempre hablada de Dios, o con Dios». Generoso con los pobres. Un hombre que rezaba para obtener luz, devoto como pocos de la Virgen María, de su tiempo, pero con la mirada siempre puesta en la eternidad.

Utrum anima hominis –se pregunta- rapiatur ad divina? Y responde positivamente. El alma puede ser abstraída de los sentidos y elevada, por obra de Dios, a las realidades sobrenaturales, no contra la naturaleza del conocimiento, sino por encima de ella y según los postulados más profundos de la dignidad humana, que toca y alcanza su vértice en la unión con Dios.

Si tuviéramos que resumir en una palabra el sentido de su vida, yo diría: fue un apasionado de Cristo. La idea de Dios domina la Suma Teológica, lo mismo que el sentido de Dios orienta toda su vida. En Montecasino, en Colonia, en París, Roma, Nápoles y Fossanova. El concepto clave de la Suma es éste Dios: *Ego sum qui sum. Deus est!*

Su teología es *sermo Deo* y todas las demás cosas se tratan en ella *in ordine ad Deum*. Más aún, *sub ratione Dei*. Pero este Dios de Santo Tomás es el que se revela y se encarna en Cristo, es el Dios del Evangelio y del Calvario, de la Iglesia y de la Eucaristía.

En la primera parte contempla a Dios en sí mismo, como creador del universo, del cielo y de la tierra, del hombre. Desde esa altura contempla todo lo creado y en la creación ve al hombre. Como imagen de Dios, en modo ascensional del progreso moral y de retorno a su principio sobre las vías de la naturaleza y la gracia. Esa es la segunda parte.

En la tercera considera directamente al Hombre-Dios, que ofrece al hombre y mediante él a toda la creación –con su magisterio, su sacrificio redentor y sus sacramentos- el camino para elevarse hasta Dios en la vida inmortal.

El eje en torno al cual gira todo es el Verbo Encarnado y operante como mediador entre la naturaleza humana, mejor, la humanidad y Dios mismo. El Cristo Sacerdote, Pontífice, que en la realidad concreta de la historia de la salvación es punto de referencia, de paso, de reconciliación entre el cielo y la tierra. Él se presenta así: Yo soy el Camino, soy la Puerta (Jn 10,9; 14,6).

Su estilo también lo define. Tiene también nombre: concisión. Respeta

siempre a los demás. Los valora. Interpreta benignamente y corrige con respeto. Su dialéctica: *Utrum sit dicendum... Videtur quod sic (vel quod non)...*

Pregustó la *scientia beatorum* o visión beatífica, después de haber consagrado muchas horas a la *theologia viatorum* y advirtió del carácter de ésta: provisional, relativo, pasajero. La llegó a considerar como «paja». Y dejó incompleta la Suma. Sólo al final dictó a Fr. Reginaldo y a los monjes de Fossanova desde su lecho el comentario al Cantar de los Cantares.

Conclusión de su servicio a la verdad en la adoración del misterio. Aprendamos esta lección. «Sabiduría, caridad, paz –leemos en la introducción general a la nueva edición de la Suma Teológica que ha hecho la BAC- he ahí las tres notas dominantes y características de la vida espiritual de Santo Tomás».

5. «ELLA LO HA HECHO TODO»: SAN JUAN BOSCO (31 de enero)

*Fiesta de San Juan Bosco
Cincuentenario de la presencia de los Salesianos
Elche, 29 de enero de 2011*

1. «**Estad siempre alegres**». La alegría de la que nos habla san Pablo en la primera lectura es muy distinta de una alegría simplemente humana o, por así decirlo, mundana. La alegría cristiana no es un mero sentimiento subjetivo: es una alegría objetiva porque nace de una experiencia de alegría real, de un acontecimiento gozoso, se basa en unos hechos reales: la intervención de Dios en la historia y en nuestra historia personal. Esta alegría no es para unos pocos elegidos, para un grupo de privilegiados; se ofrece a todos indistintamente, pero especialmente a quien no conoce muchas alegrías terrenas: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt 11,28).

Debemos dar testimonio con nuestra alegría. Cuando el mundo llama a las puertas de la Iglesia –incluso cuando lo hace con ira y violencia– es porque busca alegría. Los jóvenes buscan la alegría, pero se encuentran más desilusionados y vacíos que nunca, porque se busca la alegría allí donde no está. La tristeza está contagiando incluso a nuestros niños, que piden alegría y amor y les damos, por el contrario, cosas para consumir. A menudo incluso les cuesta maravillarse cuando acontece algo novedoso.

En el profeta Isaías leemos estas palabras: «Dijeron vuestros hermanos que os aborrecen, que os rechazan por causa de mi nombre: Que Yahvé muestre su gloria y veamos vuestra alegría» (Is 66,5). Este mismo reto se dirige también hoy al pueblo de Dios. Una Iglesia melancólica y temerosa no podría responder a las expectativas de la humanidad y, sobre todo, de los jóvenes. La alegría es el único

signo que incluso los no creyentes están en condiciones de recibir y que puede ponerlos seriamente en crisis. No tanto los razonamientos ni los reproches.

San Pablo explica cómo podemos dar testimonio, en la práctica, de esta alegría: «Que vuestra medida sea conocida de todos los hombres» (Flp 4,4-5). Esa medida implica las siguientes actitudes: clemencia, indulgencia, capacidad de saber ceder, de no ser puntillosos. De este modo, los cristianos damos testimonio de la alegría cuando, evitando cualquier actitud o resentimiento inútil en el diálogo con el mundo y entre nosotros, sabemos irradiar confianza. Pablo VI escribió que hemos de dirigir una «mirada positiva hacia las personas y hacia las cosas, fruto del Espíritu Santo y de un espíritu humano iluminado».

2. Hacernos como niños. El evangelio que acaba de proclamarse nos recuerda quién es verdaderamente importante a los ojos de Dios, y Jesús pone como ejemplo a los niños. Hacerse como niños para entrar en el Reino de los cielos significa: ser sencillos de corazón, abiertos, no demasiado calculadores, ni llenos de nosotros mismos, sino convencidos de que no podemos hacer nada por nuestras propias fuerzas y necesitamos la ayuda de Dios. Hacerse como niños significa caer en la cuenta de que, con nuestras limitaciones y debilidades, Dios nos ama con un corazón de padre y de madre, y que quiere contar con nosotros para hacer llegar a los demás la alegría del Evangelio.

Como los apóstoles y los primeros discípulos, también nosotros hemos sido llamados, desde el día de nuestro bautismo, a ser propagadores de la Buena Noticia, heraldos del Evangelio. Pero no podemos ser evangelizadores si antes no somos evangelizados; no podemos enseñar cuál es el camino de la felicidad hasta que nosotros mismos no transitemos por ese mismo Camino, que tiene nombre y se llama Jesucristo. No podemos ser luz y sal en medio de nuestro mundo si olvidamos el testimonio luminoso de aquellos amigos de Dios, como san Juan Bosco, cuya vida consagraron plenamente a su servicio.

En el n. 23 del 26º Capítulo General de los Salesianos, «Volver a partir de Don Bosco», leemos:

«María, que fue la primera en acoger y llevar el anuncio de salvación, nos enseña a realizar comunidades evangelizadas y evangelizadoras. De Ella aprendemos que la profundidad de la experiencia de Dios es la raíz de la misión y que el primero y principal camino de evangelización es el testimonio de fe».

En la carta que Benedicto XVI dirigió a vuestro Superior General en el momento de iniciar el capítulo, el Papa afirmaba:

«La Virgen que Don Bosco os ha enseñado a invocar como "Madre de la Iglesia"

y Auxiliadora de los Cristianos, os sostenga en vuestros propósitos. "Ella lo ha hecho todo", repetía Don Bosco al término de su vida... Por tanto, Ella seguirá siendo vuestra guía y maestra... Será para vuestra Congregación y para toda la Familia Salesiana... madre y estrella de la esperanza».

3. Alegres por celebrar 50 años de presencia salesiana. Con esta actitud compartida y con estos propósitos, que tenemos todos a la vista, celebramos el Cincuentenario de la presencia de los Salesianos en Elche. En la Misa de clausura con motivo de los 150 años de la fundación de la Congregación Salesiana, el P. Pascual Chávez señaló los tres puntos fundamentales de este aniversario:

«Primero, recuperar nuestra identidad de consagrados; segundo, reconocer en las constituciones salesianas el don más precioso que Don Bosco nos dejó, su experiencia espiritual, pastoral y pedagógica; ...tercero, orientarnos hacia lo que empujó a Don Bosco a dar vida a la congregación salesiana, proyectados en la Iglesia y en el mundo, contando con los jóvenes».

Hace un siglo y medio, recordaba en su homilía el rector mayor de los Salesianos, en la habitación de Juan Bosco, en el oratorio de San Francisco de Sales en Valdocco, dieciocho jóvenes «decidieron erigirse en sociedad o congregación, teniendo como finalidad la ayuda mutua para la propia santificación, promoviendo la gloria de Dios y la salud de las almas, especialmente de las más necesitadas de instrucción y educación. Aprobado de común acuerdo el perfil propuesto, hecha una breve oración e invocada la asistencia del Espíritu Santo, procedieron a la elección de los miembros», como se lee en los textos de aquel encuentro escritos por el santo. Desde entonces, aquella semilla ha crecido y ha producido fruto abundante: 100 años después de la fundación de la congregación salesiana llegaron a Elche los primeros padres salesianos.

4. El apóstol de María Auxiliadora. A los siete años de su ordenación sacerdotal, ya había en la mesa de trabajo de Don Bosco unas estampas con el título *Auxilium christianorum*. A Juan Cagliero, una de sus primeros salesianos, el santo le confía lo siguiente: «La Virgen quiere que la honremos con el título de Auxiliadora. Los tiempos que corren son tan aciagos que tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude a conservar y a defender la fe cristiana».

Del corazón de María al corazón de Jesús. El amor a María nos lleva al amor de su Hijo, concebido antes en su mente y corazón que en las propias entrañas maternas. Quien ama de verdad a la Madre de Dios comprende que su corazón inmaculado late al mismo ritmo que el de Cristo. En el llamado «himno a la caridad», Pablo muestra un camino que supera todos los dones y sirve de criterio para juzgar los otros carismas: el amor, primer fruto del Espíritu

(Ga 5,22). En efecto: 1) sin amor, hasta las mejores cosas se reducen a nada; 2) el amor se expresa en actitudes y obras concretas; 3) el amor, como Dios –que es amor–, es eterno.

6. «SELLÓ SU COMPROMISO CON UN AMOR QUE PERMANECE»: SANTA ÁGUEDA (5 de febrero)

*Fiestas en honor a santa Águeda
Parroquia de los Santos Juanes
Catral, 5 de febrero de 2010*

1. Vida y martirio. Águeda nació en Catania, Sicilia, al sur de Italia, hacia el año 230. Fue una joven de familia noble y distinguida, con una belleza singular, que decidió conservarse siempre pura y virgen, por amor a Dios. En tiempos de la persecución del emperador Decio, el gobernador Quinciano se propone enamorar a Águeda, atraído por su riqueza y belleza, pero ella le declara que se ha consagrado a Cristo.

Para hacerle perder la fe y la pureza, el gobernador la hace llevar a un prostíbulo donde una tal Afrodisia, que regenta el lugar, utiliza todos los medios a su alcance. Bien pronto, Afrodisia se declara vencida por la fe y la pureza de aquella joven; nada ni nadie logra hacerla quebrantar el juramento de virginidad y de pureza que le ha hecho a Dios. Allí, en esta peligrosa situación, Águeda repetía las palabras del Salmo 16: «Señor Dios: defiéndeme como a las pupilas de tus ojos. A la sombra de tus alas escóndeme de los malvados que me atacan, de los enemigos mortales que asaltan».

El Senador, aún más enfurecido, ordenó que torturaran a la joven y que le cortaran los senos. La respuesta de Águeda fue la siguiente: «Cruel tirano, ¿no te da vergüenza torturar en una mujer el mismo seno con el que de niño te alimentaste?». Esa noche se le aparece a santa Águeda el apóstol San Pedro, quien le da ánimos para sufrir por Cristo y sana sus heridas. Al encontrarla curada al día siguiente, el tirano le pregunta: ¿Quién te ha curado? Ella responde: «He sido curada por el poder de Jesucristo». Quinciano le grita: «¿Cómo te atreves a nombrar a Cristo, si eso está prohibido?». Y la joven le responde: «Yo no puedo dejar de hablar de Aquél a quien más fuertemente amo en mi corazón».

Entonces, el perseguidor la mandó echar sobre llamas y brasas ardientes, y ella, mientras se quemaba, iba diciendo en su oración: «Oh Señor, Creador mío: gracias porque desde la cuna me has protegido siempre. Gracias porque me has apartado del amor a lo mundano y de lo que es malo y dañoso. Gracias por la paciencia que me has concedido para sufrir. Recibe ahora en tus brazos mi alma». Y diciendo esto expiró. Era el 5 de febrero del año 251.

Según cuentan, el volcán Etna hizo erupción un año después de la muerte de santa Águeda y los pobladores de Catania pidieron su intervención, logrando detener la lava a las puertas de la ciudad. Desde entonces es patrona de Catania y de toda Sicilia y es invocada para prevenir los daños del fuego, rayos y volcanes. También se pide su protección para las enfermedades de los pechos, partos difíciles y problemas con la lactancia. En general se la considera protectora de las mujeres. Es, además, patrona de las enfermeras. Su nombre procede del griego, y significa «aquella que es buena y virtuosa».

2. Santa Águeda es virgen por el don precioso de la gracia, concedida por el Padre, para vivir una entrega total a solo Dios, con un corazón que se mantiene indiviso:

«La santidad de la Iglesia se fomenta también de una manera especial en los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio para que los observen sus discípulos, entre los que descuella el precioso don de la gracia divina que el Padre da a algunos (cf. Mt 19,11; 1 Cor 7,7) de entregarse más fácilmente sólo a Dios en la virginidad o en el celibato, sin dividir con otro su corazón (cf. 1 Cor 7,32-34). (La virginidad) siempre ha sido considerada por la Iglesia en grandísima estima, como señal y estímulo de la caridad y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo»⁴⁵.

Santa Águeda, mártir de la virginidad: supremo testimonio de amor ante todos los hombres, especialmente ante los perseguidores. Don eximio y suprema prueba de amor, por la que el discípulo se asemeja al Maestro y se conforma a Él con la efusión de su sangre:

«Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su caridad ofreciendo su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que ofrece la vida por Él y por sus hermanos (cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien, ya desde los primeros tiempos algunos cristianos se vieron llamados... a dar este máximo testimonio de amor delante de todos, principalmente delante de los perseguidores. El martirio, con el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo... es considerado por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad... Conviene que todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones»⁴⁶.

⁴⁵ LG 42.

⁴⁶ *Ibidem*.

3. «Su bondad provenía del mismo Dios». En el rezo del oficio de lectura para esta fiesta, se nos propone para la meditación un texto de san Metodio de Sicilia, Obispo, que describe de este modo a santa Águeda:

«Esta mujer virgen... es la mujer desposada con un solo esposo, Cristo... Una virgen que, con la lámpara siempre encendida, enrojecía y embellecía sus labios, mejillas y lengua con la púrpura de la sangre del verdadero y divino Cordero, y que no dejaba de recordar y meditar continuamente la muerte de su ardiente enamorado, como si la tuviera presente ante sus ojos.

Águeda hizo honor a su nombre, que significa "buena"; ella fue en verdad buena por su identificación con el mismo Dios; fue buena para su divino Esposo y lo es también para nosotros, ya que su bondad provenía del mismo Dios, fuente de todo bien.

Águeda, buena de nombre y por sus hechos; Águeda, cuyo nombre indica de antemano la bondad de sus obras maravillosas, y cuyas obras corresponden a la bondad de su nombre; Águeda, cuyo solo nombre es un estímulo para que todos acudan a ella, y que nos enseña también con su ejemplo a que todos pongamos el máximo empeño en llegar sin demora al bien verdadero, que es sólo Dios».

Éste es el modelo y el ejemplo. Se nos pide, a imitación suya, fidelidad a nuestros compromisos, correspondencia a la gracia del Señor, valentía para dar testimonio de nuestro cristianismo ante los demás.

7. «SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA»: LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO (22 de febrero)

*Fiesta de la Catedral de San Pedro
S.I. Catedral de El Salvador
OrihueLa, 26 de febrero de 2011*

1. «Testigo de los sufrimientos de Cristo». La primera carta de Pedro exhorta a los responsables de la comunidad cristiana a ser buenos pastores, no usando la fuerza, ni buscando ávidamente ganancias o privilegios, ni actuando de modo despótico. También Pedro, aquel pescador de Galilea, tuvo que experimentar su personal proceso de conversión, y cambiar su mentalidad desde un seguimiento imperfecto hasta una fe madura y generosa; desde una actitud de cobardía que lo llevó a negar a su Maestro, hasta el colofón de una vida entregada martirialmente en Roma. Con toda razón, a san Pedro corresponde este hermoso título: «Testigo de los sufrimientos de Cristo».

A la luz de la Palabra de Dios, los pastores hemos de examinar nuestra conducta comparándola con las consignas que Pedro indica: el pastor actúa de buena gana, con generosidad, siendo modelo de fe, esperanza y caridad para los demás. Pero, sobre todo, el pastor debe siempre tener a la vista el ejemplo de Jesús, porque sólo Él es el Buen Pastor, que protege a la Iglesia con su Palabra y alimenta a su grey con los sacramentos de la salvación.

2. «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». La profesión de fe de Pedro, como portavoz de los demás apóstoles, es rotunda y llena de convicción: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». La respuesta de Jesús no se hace esperar: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». El Señor bendice a Pedro porque sus palabras no nacen de un conocimiento humano, esencialmente limitado y brumoso, sino que sus palabras son fruto de una revelación divina.

A partir de entonces, el Señor le comunica la tarea que deberá realizar en la nueva familia de los hijos de Dios: ser la roca que, apoyada en Cristo (piedra angular) confirme en la fe a los hermanos; tener la responsabilidad de abrir y cerrar, atar y desatar. Y, lo mismo que el buen pastor descrito en el salmo 22, conducir las ovejas a buenos pastos, reparar sus fuerzas, guiarlas por senderos de justicia, preparar una mesa con alimentos que sacien de verdad, y protegerlas siempre con bondad y misericordia.

3. Celebramos la Catedral de san Pedro. La fiesta de hoy centra nuestra atención en la misión específica que recibió san Pedro en el seno de la Iglesia. Jesucristo fue desgranando su contenido en diversos momentos de su vida pública: «tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», «te daré las llaves del reino de los cielos», «te haré pescador de hombres», «confirma en la fe a tus hermanos», «apacienta a mis ovejas»...

La catedral es la silla del maestro y la sede presidencial del Obispo de una Diócesis: por eso, su Iglesia central se llama Catedral, la que contiene la catedral o asiento que simboliza la autoridad y misión del Obispo como maestro, liturgo y pastor en su Diócesis.

8. SAN JOSÉ, DEL SINDICATO DE LA MADERA (19 de marzo)

Fiestas Patronales en honor de San José

Parroquia de San José

La Algueña, 25 de julio de 2008

1. José, un hombre justo y bueno. El carpintero de Nazaret nos enseña una lección muy clara. Él, como siglos antes el patriarca Abrahán, cree en Dios y mantiene en todo momento la esperanza, aunque la realidad parezca invitar a la derrota y la desesperación. San José no se deja llevar por las circunstancias concretas, sino que únicamente busca cumplir la misión que Dios le acaba de encomendar: ser el custodio de Jesús y de María. Como dice la liturgia: «Le confiaste los primeros misterios de la salvación».

Precisamente, un documento redactado por el Papa Juan Pablo II en el año 1989 lleva el mismo sugerente título: *Redemptoris Custos*, el Custodio del Redentor. José es, pues, el «administrador fiel y solícito» en la familia de Dios. También nosotros hemos sido nombrados por Dios «custodios» de un gran tesoro: el Evangelio, la Buena Noticia que hemos de comunicar y compartir con tantas personas necesitadas de un soplo de aire nuevo. Todos tenemos una misión que cumplir, como san José, en nuestra familia, en el trabajo o los lugares donde nos movemos, nos relacionamos, nos divertimos, etc. Se trata de que Jesucristo y su Palabra alcancen a todos.

2. José, apóstol del silencio. Así como el Evangelio recoge las palabras y los hechos de Jesucristo, y también algunas frases pronunciadas por otras personas (la Virgen María, Isabel, Zacarías, el Bautista...), no se ha conservado ninguna palabra atribuida a san José. Su testimonio es el testimonio de un creyente que cumplió su tarea desde la sencillez de su vida diaria. Lo que Dios nos pide no es siempre un papel de primera línea. José supo ser fiel sin gestos espectaculares. No pronunció palabras solemnes ni realizó milagros. Su milagro principal fue decir sí a Dios desde su trabajo y su vida en familia.

3. La «noche del alma» de san José. Muchas veces, en nuestra vida, como en la de Abrahán y san José, nos enfrentamos a momentos de dificultad y duda. Junto a días en los que experimentamos paz y alegría, esperanza y consuelo, aparecen también noches de angustia y de dolor. Es ahí donde José da la talla de su enorme fe, pues supo ser obediente cuando, por mandato del Señor, le tocó emigrar o huir de la persecución o, simplemente, llevar una vida escondida y anónima en la aldea de Nazaret; también experimentó el dolor y el agobio por la pérdida de su hijo Jesús en Jerusalén o desempeñar un papel secundario en nuestra historia de salvación («papel secundario» a los ojos humanos, no a los ojos de Dios).

San José fue generoso en su respuesta, pues «hizo lo que le había mandado el ángel del Señor». Éste podría ser el lema de su vida: «siempre hice lo que el Señor me mandó». Muy grande tuvo que ser la fe y la fidelidad del esposo de la Virgen María, pues acercarse al misterio de la salvación, del que es protagonista Dios, muchas veces lleva consigo oscuridad y miedo, humillaciones y persecución. Pero los cristianos no creemos en Dios por las seguridades que nos ofrezca, sino porque, como san José, nos fiamos plenamente de Él y en Él solo confiamos.

4. Palabras de Benedicto XVI. San José «se mostró, al igual que su esposa María, como un auténtico heredero de la fe de Abraham: fe en Dios que guía los acontecimientos de la historia según su misterioso designio salvífico. Su grandeza, como la de María, resalta aún más porque cumplió su misión de forma humilde y oculta en la casa de Nazaret. Por lo demás, Dios mismo, en la Persona de su Hijo encarnado, eligió este camino y este estilo —la humildad y el ocultamiento— en su existencia terrena.

El ejemplo de san José es una fuerte invitación para todos nosotros a realizar con fidelidad, sencillez y modestia la tarea que la Providencia nos ha asignado. Pienso, ante todo, en los padres y en las madres de familia, y ruego para que aprecien siempre la belleza de una vida sencilla y laboriosa, cultivando con solicitud la relación conyugal y cumpliendo con entusiasmo la grande y difícil misión educativa.

Que san José... proteja a los trabajadores de todo el mundo, para que contribuyan con sus diferentes profesiones al progreso de toda la humanidad, y ayude a todos los cristianos a hacer con confianza y amor la voluntad de Dios, colaborando así al cumplimiento de la obra de salvación»⁴⁷.

⁴⁷ BENEDICTO XVI, *Angelus* (19/3/2006).

9. SANTA MARÍA JOSEFA DEL CORAZÓN DE JESÚS (20 de marzo)

*Fiesta de santa M^a Josefa del Corazón de Jesús
Residencia «Ntra. Sra. de Lourdes» – Siervas de Jesús
Alicante, 18 de mayo de 2011*

1. Vida y obras. María Josefa del Corazón de Jesús, hija primogénita de Bernabé Sancho y de Petra de Guerra, nació en Vitoria el 7 de septiembre de 1842, y fue bautizada al día siguiente. Huérfana de padre, a la edad de quince años fue enviada a Madrid a casa de algunos parientes para completar su educación y formación. Características de su infancia y niñez fueron:

- una fuerte piedad hacia la Eucaristía y la Virgen María,
- una inclinación y sensibilidad hacia los pobres y los enfermos y
- una inclinación al retiro.

Regresa a Vitoria a los 18 años y manifiesta a su madre el deseo de entrar en un monasterio. De adulta, santa M^a Josefa solía repetir: «Nací con la vocación religiosa». Pasó por varias experiencias antes de encontrar la forma definitiva de su vocación. De hecho, estuvo a punto de ingresar en las Concepcionistas contemplativas de Aranjuez en 1860, pero se lo impidió una grave enfermedad de tifus. Su madre la ayudó a superar la desilusión.

En los meses siguientes, le pareció comprender que el Señor la llamaba a un género de vida religiosa activo. De este modo se decidió a entrar en el Instituto de las Siervas de María, fundado recientemente en Madrid por santa Soledad Torres Acosta. Al acercarse el tiempo de la profesión, graves dudas e incertidumbres la llevaron a abrir su alma a distintos confesores, que la fueron orientando espiritualmente. Los contactos con el santo Arzobispo Claret y los coloquios serenos con santa Soledad Torres Acosta, fueron madurando paulatinamente la decisión de salir del Instituto de las Siervas de María para dar vida a una nueva familia religiosa, que tuviera por finalidad exclusiva la asistencia a los enfermos en los hospitales y en sus domicilios. Compartían este mismo ideal otras cuatro Siervas de María, que con el permiso del Arzobispo de Toledo, salieron junto con ella con la misma finalidad.

La nueva fundación se hizo en Bilbao en la primavera de 1871, cuando María Josefa contaba 29 años. Desde entonces, y por 41 años seguidos, fue Superiora del nuevo Instituto de las Siervas de Jesús. Los fatigosos viajes realizados para visitar las distintas comunidades hicieron mella en su salud, pues una larga enfermedad la confinó en la casa de Bilbao. Obligada a permanecer acostada o en una butaca, seguía los acontecimientos de las varias casas abiertas en España y fuera de ella, mediante una copiosa y preciosa correspondencia.

A su muerte, acontecida después de largos años de sufrimiento, el 20 de marzo de 1912, eran 43 las Casas fundadas y más de un millar sus religiosas.

Su santa muerte causó gran conmoción en Bilbao y en numerosas localidades donde era conocida. También sus funerales tuvieron una resonancia extraordinaria. Fue enterrada en el cementerio municipal de Bilbao. Pero en 1926, al crecer su fama de santidad, sus restos mortales fueron trasladados a la Casa Madre del Instituto, y sepultados en la capilla donde aún reposan.

2. Espiritualidad. Los escritos y los testimonios de personas ponen de manifiesto los puntos centrales de la espiritualidad de la santa María Josefa del Corazón de Jesús:

1. Gran amor a la Eucaristía y al Sagrado Corazón.
2. Profunda adoración al misterio de la Redención e íntima participación al dolor de Cristo y a su cruz.
3. Completa dedicación al servicio de los enfermos en un contexto de espíritu contemplativo.

He aquí algunas expresiones significativas, tomadas de sus escritos:

«La caridad y el amor mutuo forman aún en esta vida el cielo de las Comunidades. Sin cruz no hemos de estar, dondequiera que vayamos, la vida religiosa es vida de sacrificio y de abnegación. El fundamento de la mayor perfección es la caridad fraterna».

«No crean, Hermanas, que la asistencia a los enfermos consiste sólo en dar las medicinas y los alimentos al enfermo, hay otra clase de asistencia que nunca deben olvidar, y es la del corazón, procurando acomodarse a la persona que sufre, saliendo al encuentro de sus necesidades».

«Formemos en el Corazón Divino de Jesús nuestro centro de comunicaciones con Él. Podemos hacerlo con la frecuencia que deseemos, sin temor de molestar a nadie; sólo con Jesús será nuestra intimidad».

3. El carisma de servir a los enfermos. La huella particular impresa por santa M^a Josefa al Instituto de las Siervas de Jesús refleja su experiencia interior de alma consagrada al servicio caritativo del prójimo, especialmente a los enfermos, en un clima de espíritu contemplativo. Encontramos bien explicada su idea en el *Directorio de Asistencias*, escrito por ella misma, donde llega a afirmar que la Sierva de Jesús proporciona al enfermo, que acompaña hasta la puerta de la eternidad, un bien mayor que el del misionero que con su predicación llama a los extraviados al recto camino de la vida:

«De esta manera –escribe– las funciones materiales de nuestro Instituto, destinadas a procurar la salud corporal de nuestros prójimos, se elevan a una gran altura y hacen nuestra vida activa más perfecta que la contemplativa, como enseñó el angélico maestro santo Tomás que dice de los trabajos dirigidos a la salud del alma que vienen de la contemplación».

Con este espíritu, las Siervas de Jesús han continuado su servicio a los enfermos, con una generosa oblación de vida que recuerda a la de su Fundadora. Además, de acuerdo al progreso de los tiempos y a las necesidades de la vida moderna, a la primitiva finalidad de asistencia a los enfermos, de asistir a personas ancianas en residencias y de acoger y asistir niños en las guarderías, han añadido otros como: comedores para indigentes, centros de acogida para enfermos de sida, centros de día para personas mayores, pastoral de la salud y otras obras de beneficencia y caridad, sobre todo en los países pobres de América Latina y Asia.

4. Itinerario de la Causa. Pocos años después de la muerte de la Madre María Josefa, el Instituto de las Siervas de Jesús proyectaba empezar la Causa de Canonización, pero por circunstancias adversas, entre las que estuvo la guerra civil española de 1936 y la segunda guerra mundial, se pudo llevar a la práctica sólo después de casi treinta años.

- el 31 de mayo de 1951 comenzó el Proceso Ordinario Informativo en Bilbao;
- el 7 de enero de 1972, el *Decretum super introductione Causae*;
- el 7 de septiembre de 1989 se promulgó el *Decretum super Virtutibus*;
- el 27 de septiembre de 1992 fue solemnemente beatificada por el beato Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro;
- el Consistorio que tuvo lugar el día 10 de marzo de 2000, fijó la fecha de su Canonización para el día 1 de octubre de 2000. Nuevamente, el beato Juan Pablo II tuvo la dicha de canonizar a María Josefa del Corazón de Jesús.

10. SAN GREGORIO, EL HACEDOR DE PUENTES (9 de mayo)

*Fiesta de San Gregorio Ostiense
Parroquia de Santa Ana
Torremanzanas, 9 de mayo de 2008*

1. *Ora et labora*: hombre de estudio y oración. No tenemos constancia del lugar donde nació san Gregorio ni de quiénes fueron sus padres. Siendo muy joven, ingresó en el monasterio benedictino de San Cosme y San Damián; ya desde el noviciado destacó por su ciencia y virtud. En efecto, cuando murió el abad del monasterio, Gregorio fue elegido como sucesor. De nada sirvieron sus excusas y ruegos que, dictados por la humildad, pretendían evitar la elección como nuevo abad, pues, convencidos los monjes de las cualidades que adornaban a Gregorio, insistieron hasta lograr su aceptación. Gregorio desempeñó el cargo con tanto celo, prudencia y suavidad que pronto la disciplina monástica brilló en el monasterio gracias a sus sabias exhortaciones, sus muchas virtudes y edificantes ejemplos.

La buena fama de Gregorio llegó a oídos del Papa Juan XVIII, que lo nombró Obispo de Ostia, una de las Diócesis suburbicarias de Roma, y lo hizo cardenal de dicha sede. De ese modo, el Papa podía tener más cerca de sí a un colaborador de confianza y un excelente consejero. Además, Gregorio fue designado Bibliotecario Apostólico, cargo que ostentó durante cuatro pontificados. A partir de entonces, san Gregorio participa en el gobierno de la Iglesia universal, interviniendo en asuntos arduos y complicados de política exterior, al tiempo que procura no descuidar el ministerio pastoral en su nueva Diócesis.

2. «Constructor de puentes»: legado papal en España. Parece ser que san Gregorio vino a España en la primera mitad del siglo XI como Legado del Papa ante las Cortes de Burgos y Pamplona. Muy probablemente tuvo que ver su envío con el deseo de clarificar los límites diocesanos. Esta cuestión, en aquella época de la Reconquista en que los reinos cristianos iban creciendo y consolidándose, daba pie a numerosos conflictos entre los monarcas y prelados. Se trataba de una misión que requería la presencia de una persona con tacto político y gran sentido eclesial.

No siempre dieron buen fruto, o por lo menos el resultado apetecido, las negociaciones del Legado, pero sí pudieron hacerse sin discordias entre los reyes y sin enfrentamientos entre los Obispos. Su mayor logro fue, por eso mismo, haber tendido puentes entre unos y otros para acercar las posturas contrapuestas y lograr el entendimiento.

3. «Vocero de Dios»: heraldo del Evangelio y la conversión. En medio de asuntos tan espinosos, no olvidó nunca san Gregorio su vocación principal: el

ejercicio del ministerio sacerdotal. Predicó en Calahorra y Logroño, entre otras poblaciones de la Rioja y Navarra, destacando en sus pláticas la necesidad de conversión y penitencia. Fue entonces cuando, al parecer, se cruzó en su vida un joven veinteañero llamado Domingo García.

Domingo –que sería conocido posteriormente como santo Domingo de la Calzada– se convertiría en un fiel colaborador de san Gregorio, hasta el punto que recibió la ordenación sacerdotal de manos del santo Obispo de Ostia. Juntos construirían un puente sobre el río Oja para facilitar a los peregrinos el camino hacia Compostela.

4. «Pastor bueno»: protector frente a las plagas. Ocurrió en España una terrible plaga de langosta que asoló totalmente las actuales provincias de Navarra y La Rioja. Se cuenta que, en cierta ocasión, Gregorio hizo prodigios entre la gente librándolos de tal plaga. Gracias a este milagro y a su labor evangelizadora entre la gente sencilla y humilde, se granjeó la amistad y el cariño de los habitantes del antiguo reino de Navarra.

Sin embargo, los cinco años que habían durado sus gestiones, agotadoras muchas veces, así como los continuos sacrificios e incesantes fatigas, debilitaron totalmente la salud de Gregorio. Cayó enfermo de gravedad y se retiró a Logroño, donde descansó en los brazos del Padre el 9 de mayo de 1044. Su cuerpo, como sabéis, se venera en la Basílica de San Gregorio Ostiense, en Sorlada (Navarra).

11. SAN FELIPE NERI, EL SANTO DE LA ALEGRÍA (26 de mayo)

*Mensaje a los feligreses
Parroquia de San Felipe Neri
Mayo 2008*

«Una sola razón –escribía san Felipe Neri– le basta a un cristiano para estar siempre alegre. Saber que tiene a María Virgen que reza por él ante Dios».

Estamos a las puertas del mes de mayo. Anime esta convicción a todos los diocesanos. Y ayuden consideraciones tan sencillas como las que aquí se hacen, a los hijos de este pequeño pueblo que lleva el nombre del Santo y a los lectores de Noticias Diocesanas.

Atrás queda la cincuentena pascual, siete semanas llenas de luz y de gozo tras haber celebrado la Resurrección del Señor. Una palabra se ha repetido constantemente en estos días: alegría. Los evangelios relataban, domingo tras domingo, cómo los discípulos «se llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20,20).

Aquél, a quien los poderosos habían condenado al suplicio infamante de la cruz, se presenta ahora, delante de los apóstoles, como el Resucitado; el sepulcro que contenía su cuerpo está vacío, ya que con su muerte ¡Cristo ha vencido y aplastado el poder de las tinieblas y el pecado! «El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres», canta el autor del salmo 125, y este júbilo pascual se extiende a lo largo de los siglos, como caudal de agua imparable, hasta nuestros días.

Como eco vibrante de este tiempo pascual, la Real Villa de San Felipe Neri se adorna y luce sus mejores galas cada mes de mayo. Conmemora esta vez los 276 años de su fundación. Y recuerda agradecida al Cardenal Luis de Belluga y Moncada. Son cerca de tres siglos de existencia en los que se han ido plasmando, en el libro de su vida, los acontecimientos más destacados, que definen su propia identidad, una identidad fuertemente vinculada al nombre con que el Cardenal Belluga quiso bautizar la localidad: San Felipe Neri.

Este santo, florentino de nacimiento y romano de adopción, vivió en el siglo XVI (nació en 1515 y murió ochenta años después). Es ejemplo y modelo para los habitantes del pueblo que lleva su mismo nombre. Principalmente, por la alegría, distintivo y emblema del fundador de la congregación del Oratorio; alegría que es, igualmente, el rasgo principal de los hijos e hijas de esta sencilla y entrañable población. Nuestro querido y recordado Papa Juan Pablo II dijo de este santo, con motivo del cuarto centenario de su muerte, que, «abierto a las exigencias de la sociedad de su tiempo, no rechazó ese anhelo de alegría, sino que se esforzó por dar a conocer su verdadero manantial, que había descubierto en el mensaje evangélico». Ese manantial de la alegría no podía ser otro que «las leyes del Evangelio y los mandamientos de Cristo, que conducen a la alegría y a la felicidad»⁴⁸.

El Evangelio, bien lo sabéis, es la Buena Noticia, la fuente de donde brota la verdadera alegría, ya que en Jesucristo recibimos el regalo más valioso que podemos anhelar: ser hijos de Dios. Es motivo suficiente para que nos dejemos llevar de esa misma alegría que acompañó en todo momento a san Felipe Neri, llamado con toda razón el «profeta de la alegría». Supo vivir cada minuto de su existencia contagiando el gozo de saberse hijo de un Dios que es, ante todo, Padre compasivo y misericordioso. No hay más que hojear una biografía de san Felipe para comprobar hasta qué punto se transparentaba, en su modo de hablar, ese júbilo interior, esa dicha espiritual: «escrúpulos y melancolía, fuera de mi casa», «sed humildes y no altaneros», «el hombre que no hace oración es un animal sin palabra»... Y, llevándose la mano a la frente, explicaba: «la santidad consiste en tres dedos de frente».

⁴⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje a los miembros de la Confederación del Oratorio* (7/10/1994).

No podemos olvidar tampoco la gran labor educadora que san Felipe Neri realizó con la juventud de su tiempo. En una sociedad como la nuestra, que ofrece tantas posibilidades de realización a los jóvenes, nos encontramos con que, paradójicamente, se les van cerrando las puertas del futuro en ámbitos como la educación, vivienda, trabajo, diversiones sanas y humanizadoras. Ojalá el formidable testimonio de este santo estimule a todos a que, como él, seamos «sembradores generosos de alegría en medio de los jóvenes, tentados a menudo por la desconfianza y el abatimiento». Y ojalá les ayudemos a descubrir que sólo en Cristo encontrarán ellos la verdadera felicidad que tanto ansían y que no pueden alcanzar moviéndose por atajos que conducen al mismo callejón, sin salida siempre.

Con estos sentimientos, invoco la protección celestial del «santo de la alegría» sobre esta Real Villa, que lleva, con legítimo orgullo, el nombre de San Felipe Neri, y deseo que en este 276º aniversario de su fundación logren redescubrir sus moradores y visitantes la figura y obra de este singular testigo de Cristo. Una última recomendación –es de san Felipe Neri–, que nos hace elevar la mirada a la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra: «Hijos míos, ¡sed devotos de María! Sé lo que os digo. ¡Sed devotos de María!». Disfrutad sanamente de unas espléndidas fiestas en compañía de vuestras familias, amistades e invitados.

12. SANTA MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (15 de junio)

*Religiosas Adoratrices del Santísimo Sacramento
Alicante, 15 de junio de 2011*

1. Las Hermanas Adoratrices fueron fundadas por Santa María Micaela, que nació en Madrid el 1 de enero de 1809.

Santa María Micaela ya desde joven se distinguió por su celo apostólico y por su caridad. Albergaba en su casa a niñas pobres, curaba a los enfermos y repartía ropa y alimentos.

También visitaba en Madrid el Hospital de San Juan de Dios, en donde conoció la desdicha de jóvenes que habían caído en la prostitución. Entonces pensó en crear casas para ayudarlas. En 1845 funda el Colegio de María Santísima de los Desamparados. Años más tarde, en 1850, abandona su casa para ponerse al frente del Colegio. En 1856 funda la Congregación que llamó Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad.

El 24 de agosto de 1865 Santa María Micaela muere durante una epidemia de cólera. Fue beatificada en 1925 y canonizada en 1934 por el Papa Pío XI.

2. Santa Micaela tenía un gran amor a la Eucaristía. Pasaba largas horas delante del Sagrario, de dónde sacaba fuerzas para su obra. En una oportunidad dijo: «La mayor pena que puedo soportar, el mayor sacrificio que puedo hacer, es no recibirlo en la Comunión. Creo que si esa pena durase tres días hubiera muerto. En quince años no he dejado de recibirla jamás».

Santa María Micaela vive de la Eucaristía. La llamaban Madre Sacramento. Entonces se entiende por qué quiso llamar a la Congregación Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento.

La adoración es la primera actitud del hombre, que se reconoce criatura ante su Creador. «Adorarás al Señor y sólo a él darás culto» (Lc 4,8), dice Jesús citando el Deuteronomio (6,13).

En el Salmo 95 rezamos: «¡Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, Creador nuestro, porque Él es nuestro Dios y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía» (Sal 95,6-7).

Adorar a Dios es reconocer la humildad del hombre, que sólo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y humillarse a sí mismo, como María en el Magnificat, confesando que Él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo (cf. Lc 1,46-49).

La adoración a Dios libera al hombre de encerrarse en sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo.

3. La Eucaristía es el tesoro más grande de la Iglesia. Como dice el Concilio Vaticano II, en ella se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan Vivo que da la vida a los hombres⁴⁹.

Cristo está presente en la Eucaristía. Nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está real y sustancialmente presente Jesús. Por eso la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. La Eucaristía es el misterio de la presencia sacramental de Jesús. Por eso la Iglesia nos enseña a adorar al Señor presente en la Eucaristía, incluso fuera de la Misa.

El beato Juan Pablo II nos decía que «la presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como un polo de atracción para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón». Y continuaba el Santo Padre: «La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales»⁵⁰.

⁴⁹ PO 5.

⁵⁰ JUAN PABLO II, Carta *Mane nobiscum Domine*, 18.

En efecto, los religiosos y religiosas están llamados, por su consagración, a una contemplación más prolongada del misterio eucarístico, dentro y fuera de la Misa. Ésta es, precisamente, la fuente que sostiene y fortalece la vocación de las Hermanas Adoratrices del Santísimo Sacramento.

13. «SERÁS LLAMADO PROFETA DEL ALTÍSIMO»: SAN JUAN BAUTISTA (24 de junio)

*Natividad de San Juan Bautista
Parroquia de San Juan Bautista, de Benalúa
Alicante, 24 de junio de 2010*

1. Elegido por Dios: «se va a llamar Juan». Escuchamos la hermosa escena del nacimiento de Juan y la imposición del nombre el día su circuncisión. «Juan» significa «Dios es misericordioso o compasivo». Pero Dios no sólo se muestra compasivo para con Isabel y Zacarías, a quienes concede la alegría de la paternidad, sino también para el pueblo de Israel y para toda la humanidad.

Ya se ve, en este evangelio, lo grande que va a ser Juan, no por sus propios méritos, sino por la elección de Dios: «la mano de Dios estaba con él». Es Dios quien elige a sus profetas. No se arrogan ellos la misión. Dios los llama ya desde el seno materno: como al Siervo del que habla Isaías, como al propio Juan. Así nos lo recordaba Juan Pablo II hace 26 años, en el *Ángelus* del domingo:

«Hoy la Iglesia celebra la natividad de San Juan Bautista. Esta natividad es, al mismo tiempo, vocación. Dios llamó por su nombre a Juan en el seno de su madre Isabel... El día de la circuncisión de Juan, su padre Zacarías, en el himno de acción de gracias a Dios, pronunció las siguientes palabras: "Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, / porque irás delante del Señor / a preparar sus caminos" (Lc 1, 76)... En esta vocación y misión la Iglesia vuelve a encontrarse a sí misma como heredera de la Antigua Alianza y, al mismo tiempo, se siente llamada a dar testimonio de Jesucristo, Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (cf. Jn 1,29)»⁵¹.

Celebramos lo grande que fue Juan, porque en él se mostró el plan salvador de Dios, correspondido por el Precursor con fe y firmeza. También a nosotros nos ha elegido Dios. Desde nuestro Bautismo y Confirmación tenemos en este mundo la misión de ser fieles a Dios, de darlo a conocer y preparar el camino a Jesús.

⁵¹ JUAN PABLO II, *Ángelus* (24/6/1984).

2. Precursor y pregonero de Cristo. La misión del profeta es, como la de Juan, preparar al pueblo para la acogida del Mesías, señalarlo ya presente en medio de ellos y mostrar a todos quién es el Cordero que quita el pecado del mundo, pues «él saltó de alegría en el vientre de su madre al llegar el Salvador de los hombres» (*prefacio*).

Juan no era la luz, sino testigo de la luz. No era la Palabra, sino el pregonero de la Palabra. Juan, «el amigo del Esposo», supo estar en su sitio y apuntar claramente hacia Cristo. Vio cómo algunos de sus discípulos iban en pos del Señor y se alegró: «Conviene que yo disminuya y que Él crezca». Nosotros, profetas y testigos, no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo.

Lo mismo ha de decirse de los sacerdotes, que hemos celebrado con todos vosotros un Año de gracia y júbilo en recuerdo de los 150 años de la muerte del santo Cura de Ars. Como explicaba Benedicto XVI en una de sus Audiencias generales:

«Un auténtico servicio a la Palabra requiere por parte del sacerdote que tienda a una profunda abnegación de sí mismo, hasta decir con el Apóstol: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí". El presbítero no puede considerarse "dueño" de la palabra, sino servidor. Él no es la palabra, sino que, como proclamaba san Juan Bautista... es "voz" de la Palabra... Ahora bien, para el sacerdote ser "voz" de la Palabra no constituye únicamente un aspecto funcional. Al contrario, supone un sustancial "perderse" en Cristo, participando en su misterio de muerte y de resurrección con todo su ser»⁵².

3. Mártir de la Verdad. Juan fue recio en su testimonio, decidido y fuerte en el anuncio cuando su palabra resultaba incómoda, mártir de la verdad que proclamaba.

«Como auténtico profeta, Juan dio testimonio de la verdad sin componendas. Denunció las transgresiones de los mandamientos de Dios, incluso cuando los protagonistas eran los poderosos. Así, cuando acusó de adulterio a Herodes y Herodías, pagó con su vida, coronando con el martirio su servicio a Cristo, que es la verdad en persona»⁵³.

Nosotros experimentamos dificultades en nuestro camino, aunque sin llegar a ser encarcelados y decapitados, pero sabemos lo que es la fatiga y el desánimo en nuestra misión evangelizadora. Podemos pensar como el Siervo de Yahvé: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas». Pero debemos seguir adelante, con la confianza puesta en Dios, como san Juan Bautista.

⁵² BENEDICTO XVI, *Audiencia* (24/6/2009).

⁵³ BENEDICTO XVI, *Ángelus* (24/6/2007)

4. La alegría espiritual. El nacimiento de Juan fue motivo de alegría para todos. El que parece profeta adusto, el hombre del desierto, el que predica una radical conversión, en el fondo está anunciando la alegría. ¿Somos personas que saben comunicar alegría? No se trata de la alegría externa propia de estas fiestas de San Juan, sino, sobre todo, de la alegría interior, llena de fe y esperanza. La alegría de sabernos salvados por Dios. La oración de hoy pide a Dios: «Concede a tu familia el don de la alegría espiritual». Demos gracias al Señor porque, como al Precursor, nos ha escogido portentosamente (*salmo*).

Bendigamos al Señor en todo tiempo (cf. Sal 33, 2), porque «ha visitado y redimido a su pueblo». Que en nuestros labios esté siempre su alabanza, conservemos su recuerdo y, por nuestra parte, proclamemos la virtud de Aquél que «nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pe 2,9). Pidamos continuamente su ayuda, para que conserve en nosotros la luz del conocimiento que nos ha traído, y nos guíe hasta la patria del cielo.

14. SAN RAFAEL ARNÁIZ BARÓN (26 DE JUNIO)

Publicado en «El Rotativo-edición Alicante»
Abril de 2011

Cuando fui nombrado Obispo de Palencia, en el año 1988, una de las mayores satisfacciones que tuve fue pisar nuevamente la Trapa de san Isidro de Dueñas, mansión querida para mí desde los tiempos de seminarista en Astorga. Comencé a frecuentarla precisamente en esos años porque en ella se respiraba una espiritualidad fuerte, debida en parte a la figura de un joven estudiante de arquitectura que había vivido en ella del año 1934 al 1938. En ella murió santamente, dejando un mensaje escrito, considerado por los expertos, como verdadero tesoro de espiritualidad para los tiempos modernos. Tan es así que uno de los teólogos más notables del momento, el P. Royo Marín, dominico ilustre y docto, consideraba a Rafael como uno de los místicos más relevantes del siglo XX. Y eso que conoció sólo en parte sus escritos. Hoy se recogen en las *Obras Completas de san Rafael Arnáiz Barón*, editadas por Monte Carmelo, Burgos. Se prepara ya en este momento la 6ª edición.

El mensaje de este joven que traté de conocer en mi juventud me ha ayudado en buena medida a vivir mi sacerdocio. A raíz de aquellos contactos –en la Trapa de Dueñas moraba entonces el P. Damián Yáñez, connovicio de Rafael y paisano mío– me encariñé con la figura de este joven y he tratado de darla a conocer en varios trabajos que se han ido sucediendo. Al ser nombrado Obispo de Palencia, frecuenté muchas veces la Trapa para orar en su Capilla, velar su sepulcro y hasta tuve la satisfacción de nombrar el Tribunal que estudió un segundo

milagro para su canonización, realizada en Roma por el querido Papa Benedicto XVI, el 11 de octubre de 2009.

En Orihuela-Alicante, san Rafael es menos conocido. Quisiera dedicarle algunas letras que puedan acercar a muchos el mensaje lleno de vida que hoy está haciendo tanto bien en distintos lugares de la geografía. Los escritos de Rafael son provechosos para todas las almas de toda índole y condición.

1. Rafael nació en Burgos

En los primeros años del siglo pasado fijó su residencia en Burgos un matrimonio joven de familia distinguida, formado por don Rafael Arnáiz Sánchez de Campa, oriundo de la misma ciudad burgalesa, e hijo de Arturo Arnáiz, alcalde de la misma durante muchos años. En su juventud este muchacho cursó estudios de Derecho. Cuando estaba a punto de terminarlos pensó que las leyes no le llenaban del todo y abandonó esta carrera, inclinándose por la de ingeniero de montes, que condicionaría toda su vida. Le atraía fuertemente el contacto con la naturaleza, el ansia de respirar aire puro recorriendo los bosques y fomentando la repoblación forestal, que adquiriría en aquellos tiempos un notable incremento en España. Para formar una familia, se unió en matrimonio canónico con Mercedes Barón Torres, nacida en Filipinas en 1882, hija mayor de don Álvaro Barón Cea-Bermúdez –oriundo de Sevilla, marino de guerra, comandante de la Isla de Mindanao- y de doña Fernanda Torres Erro, natural de Toro (Zamora), hija de los Marqueses de san Miguel de Gros. Se trataba de una mujer superdotada y de distinguidas cualidades físicas y morales. Dicen que tenía mucha facilidad para la literatura y en la prensa local de Oviedo pasaba por ser una de las escritoras más acreditadas. A ella confiaban la crítica de obras de arte que llegaban sin cesar al diario. Pero quizá fuera la música lo que prevalecía en sus aficiones.

Don Rafael y doña Mercedes contrajeron matrimonio el 4 de abril de 1910 en la Parroquia de la Concepción de Madrid, y al año siguiente, el 9 de abril, recibían la primera bendición de Dios con la venida al mundo de Rafael, primogénito de los cuatro retoños con que Dios bendijo aquel hogar privilegiado. Tres de ellos fueron elegidos por Dios para la vida consagrada: Rafael, en la Trapa de san Isidro de Dueñas, Luis Fernando, en la Cartuja de Miraflores de Burgos y Mercedes en la Congregación de Ursulinas. Leopoldo, tercero de los hermanos, estudió leyes y contrajo matrimonio. Fue padre de familia numerosa que trató formar igualmente en la piedad sólida heredada de sus mayores.

Se dice de Rafael que desde sus primeros años fue un muchacho comprensivo, inteligente, fácil de educar. Sus padres pudieron corregir con facilidad los pequeños defectos propios de la infancia. La madre se encargaría de modelar su alma en la piedad, y los Padres de la Compañía de Jesús completarían su forma-

ción religiosa, sembrando en él gérmenes de profunda espiritualidad, primero en el colegio de La Merced, de Burgos, donde ingresó en octubre de 1920, y más tarde en el de san Ignacio de Loyola de Oviedo. Nunca tuvo quebrantos serios de salud hasta primeros de diciembre de ese mismo año en que cayó enfermo de fiebres coli-bacilares que debilitaron su organismo, obligándole a estar alejado durante meses de los estudios. Cuando el director del colegio –Padre Orá, SJ– se enteró de la enfermedad, se ofreció a llevarle la comunión a casa todos los domingos.

Al darse cuenta de que el niño no mejoraba, su madre se le llevó a Madrid en abril de 1921, quedándose los dos en casa de la abuela materna, doña Fernanda Torres Erro. Ya de regreso a Burgos el 4 de mayo, hizo su aparición una pleuresía molesta, latente y que llegó a evidenciar una gravedad preocupante, caracterizada por fuerte sufrimientos, que soportaba con entereza de ánimo. Al fin superó la crisis y quedó completamente restablecido.

Agradecidos sus padres por el beneficio de la salud recuperada, acordaron llevarle a Zaragoza para presentarlo a la Virgen del Pilar y ofrecerlo a su servicio. Aquella visita al Pilar resultó tan provechosa para Rafael, que según testimonio de su madre: «La Virgen se fijó en aquella alma inocente con singular predilección, porque si antes lo era, a partir de aquella visita al Pilar, se manifestó devoto ardentísimo de María y sus ojos se iluminaban cada vez que hablaba u oía hablar de Ella». En el mes de octubre Rafael volvió a sus estudios sin que tuviera ya que interrumpirlos.

2. Traslado de la familia a Asturias

En octubre de 1922, el padre de Rafael deja Burgos con los suyos y se traslada a Oviedo, instalándose en la capital del Principado precisamente. Desde entonces allí estaría la sede de sus actividades. Allí se formarían sus hijos en distintos colegios y en la universidad. Fue entonces cuando Rafael obligado a dejar el colegio de La Merced, de Burgos, comienza a frecuentar el de san Ignacio de Loyola en Oviedo, regentado por padres de la Compañía de Jesús. «Aquel colegio –escribe la madre– que él amó tanto, y que fue destruido por la horda roja en los espasmos de horror que asolaron a España algunos años después» (Fue destruido durante la revolución minera de octubre de 1934).

De su conducta como colegial, da fe el padre Pascual Arroyo, entonces prefecto del colegio: «¡Rafael Arnáiz Barón...! Mucho lo recuerdo en el momento en que con sus padres y hermanos Luis Fernando y Leopoldo se presentó en 1923 para estudiar en el colegio de san Ignacio de Loyola que teníamos en Oviedo». Desde el primer momento se vio al muchacho acostumbrado a la vida de Colegio de La Compañía. Venía entonces del externado de Burgos, encajando sin dificult-

tad en la marcha del nuevo colegio para él, que le admitía a cursar el segundo año de bachillerato. Niño inteligente, constan sus notas de aplicación en el libro de matriculados, destacándose por su buena disposición para matemáticas, no tanto en letras, precisamente donde más tarde tanto había de lucir. Sus diarios reflejan luces de inspiración artística. Captó desde el primer momento las simpatías de todo el Colegio y fue el centro, alrededor del cual giraba alegría que en buena medida contagiaba y sabía infundir en sus compañeros. Nunca se le vio tomar parte en juegos en los que prevaleciera la fuerza; pero en los recreos, con la invectiva de un genio franco y suavemente burlón, atraía a sí de un modo irresistible a cuanto se acercaban a él. Formal y cumplidor del deber, su aplicación fue constante, obteniendo calificaciones en conducta y aplicación, superiores al resto de compañeros, por lo que se hacía digno de ocupar puestos destacados en las listas que periódicamente se ofrecían para recibir premio con que se distinguía siempre a los mejores. Con piedad ejemplar se hizo acreedor de formar parte de la junta directiva de la congregación de san Estanislao, cuya medalla conservó siempre, también después de estar y salir de la Trapa por enfermedad.

Este notable hijo de san Ignacio, al que hemos seguido de cerca en este punto, habla de la entrevista que mantuvo con él después de dejar la Trapa por enfermo, admirando el cambio radical y la maduración humana y espiritual de aquellos años en que vivió una vida más austera revalidada por la enfermedad que dio otro rumbo distinto a su vida. Habla de que su ejemplo arrastró, ya entonces, a distintos jóvenes a abrazar la vida pacífica de los monasterios. Añade que tuvo largas conversaciones con él, advirtiendo siempre la decidida convicción con que quería morir siendo trapense. Nada ni nadie lograron convencerle, a pesar de sugerencias e indicaciones que llegó a recibir, de que debía preferir otro estado de vida.

15. «HE CORRIDO HASTA LA META, HE MANTENIDO LA FE»: SAN PABLO (29 de junio)

*Misa de Apertura del Año Paulino
Parroquia de San Pablo
Alicante, 29 de junio de 2008*

1. «Ahora me aguarda la corona merecida». En su segunda carta a Timoteo, san Pablo se desahoga y exterioriza sus sentimientos desde la cárcel donde está prisionero, en Roma. El Apóstol de los gentiles se siente ahora abandonado, tratado como un malhechor, y tampoco se hace ilusiones sobre el trágico futuro que le aguarda: «El momento de mi partida es inminente», escribe.

Sin embargo, Pablo vive esta etapa de su misión evangelizadora desde la fe y el amor a Jesucristo, y éste Crucificado. Así como el Señor ha entregado su vida por el antiguo perseguidor de los cristianos, ahora Pablo ve que se acerca el momento crucial en que se le pide también entregar su propia vida como ofrenda agradable a Dios. Y, cuando hace examen y memoria de todo lo vivido por su fidelidad al Evangelio, puede sentirse verdaderamente satisfecho, sin ninguna falsa humildad, por la tarea realizada: «He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe».

Por encima de todas las penalidades y a pesar de toda clase de sufrimientos padecidos a causa de su testimonio valiente y generoso, se mantiene en su corazón una confianza firme, irreductible, en Dios: «Me aguarda la corona merecida: el Señor me ayudó y me dio fuerzas; el Señor seguirá librándome de todo mal».

2. La Iglesia, Casa construida sobre cimientos apostólicos. En efecto, la fiesta de hoy nos estimula a aumentar nuestra conciencia de Iglesia y, en concreto, de Iglesia Apostólica. Es cierto que el único fundamento de nuestra fe es Jesucristo, pero Él mismo ha dispuesto que san Pedro, san Pablo y los demás Apóstoles fueran los fundamentos visibles de esta gran familia de los hijos de Dios. Una familia que habita en una Casa acogedora, estable y segura, porque está construida sobre buenos cimientos: las columnas apostólicas.

Por consiguiente, somos una comunidad reunida en la fe y el amor, en la que cada uno se mueve no a espaldas de los demás hermanos, sino «perseverando en la fracción del pan y en la doctrina de los apóstoles, (de manera que) tengamos un solo corazón y una sola alma» (*oración de postcomunión*).

3. En esta Casa, todos somos importantes. Así lo enseñó san Pablo cuando en sus cartas habla de los diferentes carismas, ministerios y funciones que el Espíritu concede a los bautizados para que actúen en favor del bien común eclesial. Al contemplar el ejemplo y testimonio de estos dos grandes amigos del Señor, Pedro y Pablo, podemos caer en la cuenta de cómo se puede colaborar en la misión evangelizadora aportando cada uno su temperamento propio, sus peculiaridades y talentos personales. El prefacio de hoy ofrece unas pinceladas muy significativas cuando nos describe a san Pedro y san Pablo:

- Pedro fue el primero en confesar la fe, Pablo el maestro insigne que la interpretó;
- Pedro fundó la primitiva Iglesia con el resto de Israel, Pablo la extendió a todas las naciones.
- De esta forma, por caminos diversos, los dos congregaron la única Iglesia de Cristo,

- y a los dos, coronados por el martirio, celebra hoy la Iglesia con una misma veneración.

San Pedro, con su profesión de fe, y san Pablo, con sus escritos, nos invitan a que nosotros, los cristianos del tercer milenio, seamos también evangelizadores y apóstoles en medio de nuestro mundo. Pedro, con su amor impetuoso y, por lo mismo, generoso («Señor, tú sabes que te amo»); Pablo, desde su total identificación con Cristo («todo lo puedo en Aquél que me conforta»).

4. Apóstol por vocación. En una Eucaristía, celebrada en la Basílica de San Pablo Extramuros, Benedicto XVI hacía este retrato del Apóstol de los Gentiles:

«San Pablo tiene conciencia de que es "apóstol por vocación", es decir, no por auto-candidatura ni por encargo humano, sino solamente por llamada y elección divina. En su epistolario, el Apóstol de los gentiles repite muchas veces que todo en su vida es fruto de la iniciativa gratuita y misericordiosa de Dios... El éxito de su apostolado depende, sobre todo, de su compromiso personal al anunciar el Evangelio con total entrega a Cristo; entrega que no temía peligros, dificultades ni persecuciones: "Ni la muerte ni la vida –escribió a los Romanos– ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom 8, 38-39)... Como en los inicios, también hoy Cristo necesita apóstoles dispuestos a sacrificarse. Necesita testigos y mártires como san Pablo: cuando en el camino de Damasco cayó en tierra, cegado por la luz divina, se pasó sin vacilaciones al Crucificado y lo siguió sin volverse atrás. Vivió y trabajó por Cristo; por él sufrió y murió. ¡Qué actual es su ejemplo!»⁵⁴.

En la misma homilía, el Obispo de Roma nos invita a extraer una enseñanza muy importante para todos los cristianos:

«La acción de la Iglesia sólo es creíble y eficaz en la medida en que quienes forman parte de ella están dispuestos a pagar personalmente su fidelidad a Cristo, en cualquier circunstancia. Donde falta esta disponibilidad, falta el argumento decisivo de la verdad, del que la Iglesia misma depende».

⁵⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía* (28/6/2007)

16. JUSTA Y RUFINA: LA SANTIDAD AL ALCANCE DE LA MANO (17 de julio)

*Mensaje a los fieles
Parroquia Santas Justa y Rufina
Orihuela, julio de 2009*

En 1817, Goya recibe un encargo muy especial: ha de pintar, por encargo del Cabildo de Sevilla, un gran lienzo destinado a la decoración de la sacristía de los Cálices. En él, debía representar a las santas mártires de la ciudad, Justa y Rufina, alfareras que rechazaron adorar a los dioses paganos recibiendo el martirio en tiempos del emperador Diocleciano. El genial pintor zaragozano dibuja, en dicha obra, a santa Justa y santa Rufina de cuerpo entero, vistiendo amplias túnicas, como mujeres del pueblo, portando en sus manos los objetos de cerámica que realizaban y las palmas del martirio. Elevan sus miradas hacia el cielo, de donde reciben los rayos de la bendición divina, mientras que a sus pies encontramos un león y una estatua clásica rota, símbolos de la fuerza de la religión católica ante el paganismo.

Se trata, en su conjunto, de una hermosa y plástica catequesis sobre la santidad, vocación a la que estamos llamados desde el día de nuestro bautismo todos los cristianos, miembros de esta gran familia que es la Iglesia. En consecuencia, «nuestro compromiso diario debe consistir en vivir aquí abajo como si estuviéramos allá arriba. Por tanto, sentirse Iglesia es para todos una vocación a la santidad; es compromiso diario de construir la comunión y la unidad venciendo toda resistencia y superando toda incomprensión. En la Iglesia aprendemos a amar educándonos en la acogida gratuita del prójimo, en la atención solícita a quienes atraviesan dificultades, a los pobres y a los últimos»⁵⁵.

Las santas Justa y Rufina aparecen en la iconografía portando sendas palmas que evocan su martirio. Palabra ésta llena de contenido y muy significativa, pues el «mártir» es, traducido del griego, el «testigo». Estas mujeres, con su fidelidad inquebrantable a Jesucristo y a su Evangelio, ofrecieron el testimonio de su fe y amor a Dios como ejemplo para los cristianos de hoy. Eligieron seguir al Maestro, el «león de Judá», antes que dejarse confundir por la idolatría (los dioses paganos, en su momento; ahora, el dinero, la fama, el placer, la apariencia...). Optaron por mezclar su sangre, «semilla de nuevos cristianos», con la de su Redentor, el Amado del Padre, el Crucificado, que entregó hasta la última gota de la suya para la salvación del mundo.

Otro detalle significativo en el lienzo goyesco: Justa y Rufina aparecen representadas como dos mujeres del pueblo, sencillas y accesibles, mostrando en

⁵⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía* (2/9/2007).

una de sus manos el producto de su trabajo, un cacharro de loza. La intención del pintor no es baladí, tiene una finalidad: nos advierte de que la santidad no es cosa, únicamente, de personajes vestidos como en el tiempo de los romanos, sino un camino que estamos llamados a recorrer quienes de verdad deseamos vivir la existencia cotidiana según las exigencias evangélicas. Es, de modo especial, una llamada dirigida a los jóvenes: necesitan que les mostremos un futuro abierto a la trascendencia, a los valores espirituales, a los compromisos firmes y estables...

Quizá sus formas de diversión sean, en gran parte, el reflejo de una actitud ante la falta de un futuro ilusionante, de un horizonte existencial que los ayude a entender la vida como entrega y servicio a los hermanos, especialmente los más necesitados. En la homilía antes citada, el Papa Benedicto XVI advertía:

«Queridos jóvenes... no sigáis el camino del orgullo, sino el de la humildad. Id contra corriente: no escuchéis las voces interesadas y persuasivas que hoy, desde muchas partes, proponen modelos de vida marcados por la arrogancia y la violencia, por la prepotencia y el éxito a toda costa, por el aparecer y el tener, en detrimento del ser... Estad vigilantes. Sed críticos. No vayáis tras la ola producida por esa poderosa acción de persuasión. No tengáis miedo, queridos amigos, de preferir los caminos "alternativos" indicados por el amor verdadero: un estilo de vida sobrio y solidario; relaciones afectivas sinceras y puras; un empeño honrado en el estudio y en el trabajo; un interés profundo por el bien común. No tengáis miedo de ser considerados diferentes y de ser criticados por lo que puede parecer perdedor o pasado de moda: vuestros coetáneos, y también los adultos, especialmente los que parecen más alejados de la mentalidad y de los valores del Evangelio, tienen profunda necesidad de ver a alguien que se atreva a vivir de acuerdo con la plenitud de humanidad manifestada por Jesucristo»⁵⁶.

Estas palabras tan certeras pueden ser orientadoras igualmente para los que ya dejamos atrás nuestra juventud.

Tened siempre a la vista, queridos oriolanos y oriolanas, este hermoso testimonio de amor y fidelidad que supieron ofrecernos las santas Justa y Rufina, y no dejéis de pedir la intercesión y la ayuda de estas jóvenes y valientes alfareras sevillanas.

⁵⁶ *Ibidem*.

17. SANTA MARÍA MAGDALENA, MUJER LIBRE (22 de julio)

*Homilía en la Fiesta de Santa María Magdalena
Parroquia de San Pedro
Novelda, 22 de julio de 2006*

Quisiera reflexionar sobre esta gran santa deteniéndome en tres aspectos de su vida y seguimiento de Jesucristo: en primer lugar, María Magdalena es ejemplo de «mujer libre y liberada»; en segundo lugar, ella es la «fiel discípula de Cristo»; y, por último, es la «enamorada del Señor».

1. María Magdalena es ejemplo de «mujer libre y liberada». San Marcos dice que Jesús había expulsado de ella siete demonios (cf. Mc 8,2). No sabemos en qué consistía este mal que atormentaba a la Magdalena, pero sí estamos seguros de que Jesucristo la convirtió en una mujer completamente libre, pues solamente quien es libre está en situación de decir sí a Jesús y de seguirlo con todas sus consecuencias. Así hizo el Señor con sus discípulos. A Pedro y Andrés, a Santiago y Juan, los liberó de las redes de un trabajo alienante, ingrato, sin horizontes de futuro, aplastados por el peso de una Administración extranjera cuyos impuestos devoraban la mayor parte de sus sudores. Un trabajo que, lejos de dignificarlos como personas, los esclavizaba más y más. Jesús responde a sus anhelos de libertad: «Yo os haré pescadores de hombres». Y, dejando las redes, lo siguieron. A Mateo, el cobrador de impuestos, lo liberó de un oficio degradante, mal visto por sus propios paisanos, y que convertía a quienes lo ejercían en personas sin escrúpulos, colaboracionistas del poder romano y codiciosos acumuladores de riqueza.

A María Magdalena la liberó de esos espíritus inmundos que la esclavizaban. Y nosotros, ¿qué espíritus inmundos necesitamos que sean expulsados por Cristo? Tal vez el espíritu de la envidia, del egoísmo y la soberbia, del odio y el rencor, el espíritu de venganza... ¿Qué cadenas nos atenazan en nuestra vida y deben ser quebrantadas? Posiblemente, las cadenas del consumismo irrefrenable, del placer egoísta, de la acumulación ilimitada de bienes materiales... ¿Qué redes debemos dejar en la orilla para convertirnos en «pescadores de hombres»? Quizás, las redes del negocio fácil, las redes del alcohol, la droga o el juego, las redes de unas relaciones personales basadas en el propio interés o en el abuso de los otros... Está bien claro, sin libertad no hay seguimiento de Cristo. «Ser cristiano» y «ser esclavo» son realidades irreconciliables, contradictorias.

2. María Magdalena es la fiel discípula de Cristo. Después de su liberación, María ya no abandonará a su Señor, y estará con Él en tiempos de bonanza y en tiempos de tormenta. Sin duda, su seguimiento se caracterizó por una actitud de escucha atenta de Cristo. Y hacía lo posible por no perderse ni una sola

palabra de su Maestro, ni un solo gesto suyo, presenciando sus milagros, curaciones y prodigios. Y todo ello lo vivía nuestra santa no aisladamente, sino en el seno de una comunidad de discípulos.

Y nosotros, como discípulos de Cristo, ¿buscamos los momentos necesarios para escuchar la palabra de Dios, para leer y meditar con sosiego el Evangelio? ¿Participamos asiduamente en los gestos de Jesucristo, en sus acciones milagrosas que hoy llamamos sacramentos? ¿Nos damos cuenta del gran milagro que se produce cada vez que se celebra la santa Misa? ¿Vivimos nuestra fe no individualmente, sino en comunidad, sabiendo que somos Iglesia, que vivimos en una parroquia, que todos somos hermanos?

Por otra parte, María Magdalena, no lo olvidemos, era una mujer. En aquella época no era nada corriente que un grupo de mujeres anduviera mezclado con aquellos hombres que seguían al profeta de Nazaret. La actitud de estas mujeres era todo un desafío y una provocación a los ojos de cualquier judío. No es difícil imaginar el desprecio de la gente por este pequeño grupo femenino, e incluso no sería descabellado pensar en las miradas de reprobación de algunos de entre los discípulos. Jesucristo rompió con estos prejuicios y clichés, y María Magdalena actuó sin preocuparse de qué dirían los demás. Ella supo entender con claridad aquello que, más tarde, diría San Pedro: «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres».

Los cristianos del siglo XXI: ¿tenemos la fortaleza suficiente para enfrentarnos a determinados prejuicios y esquemas ya establecidos? ¿O más bien nos preocupa qué dirán los demás, intentando ser «políticamente correctos» en todo? ¿Somos cristianos únicamente si nadie nos molesta o nos critica? ¿O sabemos defender nuestra fe contra viento y marea, sin negar a Cristo cuando las circunstancias no son tan propicias?

3. María Magdalena es la mujer «enamorada de Dios». Ella es, un «corazón inquieto», un corazón rendido a los pies de su Amado, como la mujer del Cantar de los cantares. Ese amor tan profundo e incondicional ya no le permitirá separarse de su Maestro y Señor, incluso en los momentos de mayor dolor. San Juan nos dice que, al pie de la cruz, se encontraban la madre del Señor, María Cleofás y María Magdalena (Jn 19,25).

Su ejemplo nos increpa a los cristianos de hoy y nos invita a ser fieles a Jesucristo, incluso hasta la cruz si es necesario. Su corazón de mujer, resquebrajado por la muerte de quien le había dado una nueva vida, la lleva hasta el sepulcro. No se resigna a despegarse del cuerpo del Nazareno. Sin embargo, éste es el momento en que su fe ha de superar una prueba de madurez. Aún no entiende que Él tenía que resucitar de entre los muertos. Cuando acude al sepulcro, no busca

a Cristo vivo y resucitado, busca el cadáver de un muerto. Por eso, no reconoce a Jesús en aquel hortelano. Sólo cuando Jesús la mira a los ojos y pronuncia su nombre, ella se estremece en su interior y exclama: «¡Maestro!». Para la Magdalena, contemplar el Rostro, la santa Faz del Resucitado, debió de ser como el primer amanecer de una nueva existencia, de un nuevo modo de vivir y ver las cosas.

Ante esta escena, me pregunto: ¿a qué Cristo estamos siguiendo: al que está muerto en el sepulcro, o al que ha vencido a la muerte? Seguimos a un Cristo muerto cada vez que vivimos nuestra fe de una forma rutinaria, cuando tenemos los sacramentos como una obligación que cumplir, cuando consideramos la fe como un conjunto de normas antes que como un sí a Cristo en nuestras vidas, cuando vemos a la Iglesia no como madre sino como madrastra, y a la parroquia como un grupo cerrado y no como familia abierta y misionera.

Quisiera que nos diéramos cuenta del tremendo misterio que acontece diariamente al celebrar la santa Misa. El Señor hace cosas grandes a través de las cosas pequeñas. Cristo ha querido servirse de algo tan sencillo como el pan y el vino para estar realmente presente entre nosotros. Quiso servirse de unos pocos panes y peces para alimentar a una multitud. Y quiso servirse de una mujer, cuyo testimonio apenas era tenido en cuenta por los hombres de aquel tiempo, para que comunicara la noticia más importante que el mundo ha podido escuchar: Jesucristo, el Señor, ha resucitado.

¿Cómo podemos tener tan poca confianza en nosotros y en nuestras posibilidades? ¿Cómo nos atrevemos a pensar que somos incapaces de hacer realidad el Reino de Dios en medio del mundo? ¿Acaso la Virgen María no se alegró porque Dios se había fijado en la humildad de su sierva, ese mismo Dios que enaltece a los humildes (cf. Lc 1, 47-55)? ¿Acaso Dios no manifiesta su fuerza a través de nuestra debilidad (cf. 2 Cor 12,9)? No podemos poner excusas ante la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos, a nosotros, a su Iglesia. Y solamente un corazón locamente enamorado de su Señor puede exclamar con júbilo, como la Magdalena, que Cristo sigue vivo, aunque los demás no quieran escucharnos y digan que estamos locos de atar. Sólo un corazón inquieto y anhelante corre detrás de su Amado, como leemos en San Juan de la Cruz, cuyas palabras –con las que termino– bien podría haber pronunciado nuestra querida Santa María Magdalena (cf. también Ct 8,6-7):

«¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;

salí tras ti clamando, y eras ido.
 Pastores, los que fuereis
 allá por las majadas al otero,
 si por ventura viereis
 Aquel que yo más quiero,
 decidle que adolezco, peno y muero».

18. «EL QUE QUIERA SER GRANDE, SEA VUESTRO SERVIDOR»: SANTIAGO APÓSTOL (25 de julio)

*Solemnidad de Santiago Apóstol
 Parroquia de San Jaime
 Benidorm, 25 de julio de 2010*

1. «El primer apóstol que participó en el cáliz redentor de Cristo». Así rezamos en la oración sobre las ofrendas. Aunque las autoridades religiosas prohibieran hablar a los apóstoles, ellos «daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor». Quienes tenemos a Santiago por patrón debemos aprender de él a dar valiente testimonio de Jesucristo en medio de una sociedad secularizada y volcada en otros valores. Santiago «obedeció antes a Dios que a los hombres», y lo hizo hasta la muerte.

El ejemplo de Santiago nos invita a ser fieles a Cristo, como pedimos en la oración colecta de hoy, al principio de la Misa: «Que por su martirio sea fortalecida tu Iglesia y, por su patrocinio, España se mantenga fiel a Cristo». Y en el prefacio: «con su guía y patrocinio se conserva la fe en España y en los pueblos hermanos».

2. «Llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús». La misión de un apóstol es anunciar la salvación que Dios nos regala en su Hijo Jesucristo. Pero este «tesoro» lo lleva el apóstol «en vasijas de barro», que son frágiles, exponiéndose a soportar todo tipo de obstáculos y llevando, así, en el propio cuerpo la muerte de Jesús.

Humillaciones, sufrimientos, persecuciones y hasta la muerte. Santiago, que se dejó conquistar por Cristo, fue testigo de su resurrección con todas las consecuencias. Si, a pesar de todos los inconvenientes, el apóstol sigue fiel a su misión, es porque tiene una fe inquebrantable en Cristo: «Creí, por eso hablé».

3. «El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor». El apóstol Santiago fue madurando espiritualmente hasta lograr la humildad y servicialidad que Jesús enseñó a sus discípulos. Ellos no se colocan en la Iglesia

–ni en el mundo– para ser servidos, sino para servir. Deben ser los primeros no para mandar, sino a la hora de ponerse a los pies de los demás. Así lo explica el Benedicto XVI:

«Santiago pudo participar, juntamente con Pedro y Juan, en el momento de la agonía de Jesús en el huerto de Getsemaní y en el acontecimiento de la Transfiguración de Jesús... En un caso, Santiago experimenta la gloria del Señor y ve cómo se trasluce el esplendor divino en Jesús; en el otro, se encuentra ante el sufrimiento y la humillación, ve con sus propios ojos cómo el Hijo de Dios se humilla haciéndose obediente hasta la muerte. Ciertamente, la segunda experiencia constituyó para él una ocasión de maduración en la fe... tuvo que vislumbrar que el Mesías, esperado por el pueblo judío como un triunfador, en realidad no sólo estaba rodeado de honor y de gloria, sino también de sufrimientos y debilidad. La gloria de Cristo se realiza precisamente en la cruz, participando en nuestros sufrimientos»⁵⁷.

Nosotros también debemos corregir aquellos comportamientos nuestros que no son evangélicos: ambiciones, envidias, rencores, violencias... Debemos emprender un camino de madurez, «peregrinar» dejando atrás lo que nos aleja de Dios y los hermanos, sin caer en las tentaciones que en las orillas del camino salen a nuestro encuentro. En el prefacio de esta fiesta nos alegramos de que Santiago «alienta a los que peregrinan para que lleguen finalmente a Dios».

4. Con Santiago, peregrinamos hacia Cristo. Nuestro inolvidable y añorado Juan Pablo II dirigía, en Santiago de Compostela, un mensaje a los participantes en el Encuentro Europeo de Jóvenes del año 1999, un mensaje que también puede sernos de provecho a todos. Él les decía y nos dice a nosotros:

«La Iglesia os mira con esperanza; cuenta con vosotros. Sois las generaciones llamadas a transmitir el don de la fe al nuevo milenio. No defraudéis a Cristo que, lleno de amor, os llama a su seguimiento y os envía, como al apóstol Santiago, hasta los confines de la tierra. Tomad en vuestras manos el bordón del peregrino –que es la Palabra de Dios– y andad los senderos de Europa anunciando con valentía la Buena Noticia de Cristo...

¡Dejaos renovar por Cristo! La nueva evangelización empieza por uno mismo, por la conversión del corazón a Cristo. Vivid en intimidad con Él; descubrid en la oración las riquezas de su persona y de su misterio; volved a Él cuando necesitéis la gracia del perdón; buscadle en la Eucaristía, fuente de la vida; y servidlo en los pobres y necesitados que esperan su paso benefactor. No os conforméis con

⁵⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia General* (21/6/2006)

la mediocridad... ¡No tengáis miedo a ser santos! Tened el coraje y la humildad de presentaros ante el mundo decididos a ser santos, pues de la santidad brota la libertad plena y verdadera. Esta aspiración os ayudará a descubrir el amor auténtico... dispuestos siempre a servir al hermano necesitado, a imagen de Cristo siervo, para dar testimonio del Evangelio de la caridad»⁵⁸.

En definitiva, «de Santiago podemos aprender muchas cosas: la prontitud para acoger la llamada del Señor incluso cuando nos pide que dejemos la "barca" de nuestras seguridades humanas, el entusiasmo al seguirlo por los caminos que Él nos señala más allá de nuestra presunción ilusoria, la disponibilidad para dar testimonio de Él con valentía, si fuera necesario hasta el sacrificio supremo de la vida... Santiago el Mayor, que al inicio había pedido, a través de su madre, sentarse con su hermano junto al Maestro en su reino, fue precisamente el primero en beber el cáliz de la pasión, en compartir con los Apóstoles el martirio»⁵⁹.

19. «DE LA MEMORIA AGRADECIDA AL COMPROMISO RENOVADO»: SAN PEDRO POVEDA (28 de julio)

*Misa de san Pedro Poveda
Centenario de la Institución Teresiana
S. I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 20 de enero de 2011*

1. «A donde yo te envíe, irás». Cuando Dios lo llamó para ser su profeta, Jeremías era un joven que no había cumplido los veinte años. Le tocó vivir unos tiempos difíciles y trágicos para los israelitas, invadidos por tropas extranjeras (los asirios) y llevados, posteriormente, al destierro. Su vocación profética le creó enemigos entre sus propios paisanos, que no quisieron escuchar la verdad, sino que preferían atender las mentiras tranquilizadoras de unos falsos profetas. Perseguido por ser fiel a su vocación, Jeremías padeció crisis personales, porque no siempre experimentaba la cercanía entrañable de Dios en su vida.

La llamada de Dios a Jeremías, que acabamos de escuchar en la primera lectura, es muy sencilla comparada con la solemne teofanía que acompañó a la de Isaías. No hay visiones especiales, ni ángeles revoloteando alrededor del joven profeta... tan sólo un pequeño diálogo entre Dios y un él. Jeremías se resiste a esta vocación, porque intuye que lo que Dios le pide le acarreará complicaciones: «Ay, Señor mío, mira que no sé hablar, que soy un muchacho». Pero Dios

⁵⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Encuentro Europeo de Jóvenes* (8/8/1999)

⁵⁹ BENEDICTO XVI, *Audiencia General* (21/6/2006).

le responde con una frase llena de esperanza: «No tengas miedo, que yo estoy contigo».

También a san Pedro Poveda le tocó vivir tiempos duros, tiempos recios y difíciles para el anuncio del Evangelio. Ser profeta en medio de un mundo que no siempre camina por la senda del Evangelio puede llevar consigo incompreensión, burlas y desprecio. A veces, incluso la muerte, como sucedió al P. Poveda. Él derramó su sangre como un mártir por su fidelidad a Jesucristo, apenas comenzada la guerra civil.

También a nosotros nos ha tocado ser cristianos en unos tiempos difíciles. Nos desenvolvemos en medio de una sociedad secularizada, que rehúye los valores evangélicos cuando éstos se oponen a otros intereses más terrenales: el poder, el dinero, la fama, etc. Como Jeremías, como san Pedro Poveda, hemos de dar testimonio de la Buena Noticia de Cristo allá donde estemos: en nuestra familia, en la parroquia, en nuestro colegio, en las plazas y calles de nuestra ciudad... Estamos llamados a dar ejemplo de vida y fe cristianas no sólo con las palabras, sino también con los hechos, con la confianza puesta siempre en el Señor, como proclama el salmista: «A ti, Señor, me acojo... sé Tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve... Porque Tú, Dios mío, fuiste mi esperanza y confianza desde mi juventud».

2. «Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo». Después de las bienaventuranzas, Jesús describe cómo ha de ser el estilo de vida de sus discípulos. Deben ser, en primer lugar, como la sal: la sal condimenta y da gusto a la comida; sirve para evitar la corrupción de los alimentos; y también es símbolo de la sabiduría. En segundo lugar, deben ser como la luz: que alumbré el camino, que responda a las preguntas y las dudas, que disipe la oscuridad de tantos que padecen ceguera espiritual o caminan en la oscuridad de su propio pecado o ignorancia. Finalmente, han de ser como una ciudad puesta en lo alto de la colina: que guíe a los que andan buscando un sendero recto en su vida; que ofrezca un punto de referencia para la noche (con sus luces encendidas) y cobijo para los viajeros.

Lo que Jesús dijo a aquellos galileos que lo escuchaban lo dice hoy también a nosotros, los cristianos de este tercer milenio. El Señor nos pide que seamos sal del mundo: que sepamos dar gusto y sentido a la vida; que contagiemos sabiduría, la sabiduría que procede de una vida según el Evangelio; que seamos personas que transmitan y contagien felicidad, esperanza, amabilidad... en definitiva, los frutos del Espíritu.

Hemos de ser luz para los demás, pues Jesús es la Luz del mundo y, como discípulos suyos, tenemos que dejarnos iluminar por Él para, de este modo, irra-

diar la luz del Evangelio a tantas personas y lugares donde reina, por desgracia, la oscuridad de la ignorancia y las tinieblas del pecado. Seamos, finalmente, como una ciudad puesta en lo alto, personas que por nuestra fidelidad a Cristo seamos como faros que envían destellos de luz a los que navegan por las aguas de esta vida. Una de las plegarias eucarísticas recoge esta oración: «que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando».

3. Centenario de la Institución Teresiana. Un motivo para seguir teniendo esperanza es, sin duda, este centenario de la Institución Teresiana, cuyo nacimiento debemos a la enorme y providencial creatividad de san Pedro Poveda. Él, entregado en cuerpo y alma a la extensión del Reino de Dios, sobre todo entre los más pobres y necesitados, inició un proyecto socio-educativo en el barrio deprimido de las cuevas de Guadix (Granada). En 1911 se plasmó esta querida y valiosa Institución Teresiana, que hoy, transcurridos 100 años, continúa promoviendo la evangelización por medio de la educación y la cultura.

Esta labor evangelizadora puede condensarse en la bella expresión del P. Poveda: «llevar a la sociedad la buena nueva de la educación y de la cultura». En efecto, la fe y la apertura al mundo intelectual, a la ciencia, a la cultura... no son simples buenos deseos en san Pedro Poveda, sino un programa bien delineado:

«Vuestra misión –escribe el P. Poveda–, vuestro magisterio ha de ser como el de Cristo: vosotras habéis de elevar cuanto toquéis..., enseñar a los que os rodean, ilustrar a los que educáis y edificar a todos».

Frente a un posible reduccionismo de su proyecto educativo al terreno de lo puramente humano y «laico», san Pedro Poveda reacciona con palabras claras y valientes:

«Pretendí hacer una obra de apostolado, no de cultura y educación solamente... Éste es el espíritu de la Obra. Si en ella alguna vez se prescinde de lo espiritual, del celo, la Obra no será la Institución Teresiana, no será la Obra que yo fundé, será otra cosa... Cuando tropecéis con obstáculos entre lo cultural y el espíritu, resolved siempre a favor del espíritu; ésa es mi mente».

4. «Todo lo puedo en Aquél que me conforta». San Pedro Poveda manifiesta, en sus escritos y con su propia vida martirial, que la contemplación del Crucificado es el apoyo que fortalece su tarea apostólica y la de los miembros de la Institución Teresiana:

«Os diré hoy, en primer término –escribe el P. Poveda–, que el Crucifijo es la fuerza, el poder, el único tesoro... No busquéis el apoyo humano, afirmaos cada día

más en vuestro amor al Crucifijo y exclamad como el Apóstol: Todo lo puedo en Aquél que me conforta, porque Cristo crucificado es, para los que lo aman, fuente perenne de paz, luz y fortaleza».

Y la contemplación del misterio de la Encarnación y de la Crucifixión del Señor la sintetiza así:

«Hay que hacerse todo para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo. Si hay que velar, se vela; si hay que sufrir, se sufre; si hay que humillarse, se humilla; si hay que pedir limosna, se pide; si hay que enfermar, se enferma; si hay que morir, se muere, pero se muere en la batalla, con honra y con gloria, con Cristo, en nombre de Cristo y para gloria de Cristo».

El P. Poveda nos ayuda a caer en la cuenta de que necesitamos la ayuda de la gracia para seguir entregando nuestras vidas como verdaderos discípulos de Jesús y para continuar trabajando, de la mano de santa María Virgen, en una tarea educativa y liberadora tan necesaria, hoy más que nunca, para nuestros niños y jóvenes.

Termino con estas palabras de san Pedro Poveda, una preciosa oración que transparenta un alma enamorada de Jesucristo:

«Señor, que yo piense lo que tú quieres que piense; que yo quiera lo que tú quieres que quiera; que yo hable lo que tú quieres que hable; que yo obre como tú quieres que obre. Ésta es mi única aspiración».

Teresianas: vivid el feminismo «lógico, justo y cristiano» que san Pedro Poveda calificó tan bellamente.

20. FIDELIDAD DE CRISTO. FIDELIDAD DEL SACERDOTE: SAN JUAN MARÍA VIANNEY (4 de agosto)

*Carta a todos los diocesanos con ocasión del Año Sacerdotal 2009-2010
4 de junio de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

«¡El sacerdote es el amor del Corazón de Jesús!», decía San Juan María Vianney, cuyo tránsito al cielo vamos a celebrar de su el día 4 de agosto. Con ese motivo, nuestro querido Papa Benedicto XVI ha promulgado, en su 50 aniversario, un «Año Sacerdotal» desde el 19 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y Jornada Mundial de Oración por la santificación de los sacerdotes, hasta esa misma fecha del próximo 2010.

Tantos sacerdotes entregados al ministerio, muchas veces con sacrificios, pero siempre con amor fiel a Jesucristo y a cada uno de vosotros, merecen nuestra admiración y agradecimiento por su trabajo pastoral y el testimonio de vida. Sin duda que amáis a vuestros sacerdotes y deseáis verlos felices, santos, llenos de alegría en su cotidiano quehacer apostólico. Eso es lo que queremos todos.

Son muchos los hermanos que han dejado profunda huella entre nosotros. ¡Cómo no recordar al Siervo de Dios Diego Hernández (1914-1976), y a tantos sacerdotes «mártires» que derramaron su sangre por amor a Cristo, y a todos los que, en su ministerio oculto y sencillo, han sido y siguen siendo «granos fecundos» de santidad!

Modelo y ejemplo para todos, especialmente para los sacerdotes, fue San Juan María Vianney, sacerdote francés (1786-1859), más conocido como el Santo Cura de Ars. Ahondar en la vida de los santos siempre nos anima a vivir en santidad nuestra vida cristiana.

1. El ejemplo de su vida

Con 17 años dijo el joven Juan María a su madre: «quiero ganar almas para el buen Dios», y no desistió nunca de este empeño, con todos los medios a su alcance. Se sentía llamado por el Señor a ser sacerdote, con todo lo que esta palabra significa. Después encontró serias dificultades en el camino, que podrían haberle desanimado, pero su fidelidad a la llamada de Dios, su constancia en el trabajo, su perseverante oración y la ayuda cercana de otro sacerdote, hicieron que a los 29 años recibiera, por la imposición de las manos de su Obispo, el Sacramento del Orden.

En sus tres primeros años ejerció como vicario parroquial de Écully. Más tarde, en 1818, fue nombrado párroco de la pequeña aldea de Ars. Su Vicario General le advirtió: «No hay mucho amor a Dios en esa parroquia, usted lo pondrá». Esta fue la misión, encomendada y realizada con verdadero empeño: llevar el amor de Dios al corazón de sus feligreses.

Camino de su parroquia, el joven sacerdote Vianney, perdido entre las colinas francesas, se dirigió a un muchacho del lugar que le orientó hacia la pequeña aldea de Ars. El nuevo cura le dijo: «Tú me has mostrado el camino de Ars, yo te mostraré el camino del cielo». Y así procuró hacer con todos sus feligreses. Sabía que su misión era santificarse para ayudar mejor en el camino de la santidad a los demás. Paseando un día alrededor de su pequeña Iglesia, comentaba este párroco rural: «Mi cementerio está lleno de santos».

A su llegada, Ars era un pueblecito olvidado de la Archidiócesis de Lyon (Francia), actualmente de Belley. Tenía la parroquia 230 habitantes. «¡Dios mío,

-rezaba el Santo Cura- concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir lo que queráis y todo el tiempo de mi vida!».

Con la santidad de su vida y el celo pastoral que le adornaba, el cura de esta pequeña localidad llegó a ser pronto pastor de centenares de fieles que llegaban de toda la región, de otras partes de Francia y de de otros países. Se habla de 100.000 las personas que pasaron por la Iglesia durante su último año de vida. Lo que las atraía era el presentimiento de encontrar un sacerdote santo. «He visto a Dios en un hombre», confesaba un abogado de Lyon, que acudió un día a confesarse con él.

El Cura de Ars fue un sacerdote lleno del amor de Dios. Comentaba en cierta ocasión un feligrés que le conoció desde su llegada a Ars: «Predicaba sobre todo del amor de Dios, de la presencia de Nuestro Señor en la Eucaristía, de la inhabitación del Espíritu Santo en el alma. Y cuando hablaba del pecado, lloraba».

El párroco Vianney era un convencido de lo que predicaba y vivía: «El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis encontrado la felicidad en este mundo». Se preocupaba de enseñar el camino de la oración de manera sencilla: «La oración es una amistad dulce, una familiaridad asombrosa... Es una conversación dulce de un niño con su Padre».

Fue sin embargo, su ejemplo de sacerdote la mejor palabra. Lo veían arrodillado ante el Sagrario, muchas horas en el confesionario, celebrar la Santa Misa con fe, amor y devoción que contagiaba. Y era total su dedicación y su entrega a las necesidades de todos.

Apóstol infatigable, el Cura de Ars estuvo lleno de iniciativas para ganar a la juventud y santificara las familias, atento siempre a todas las necesidades humanas y cercano, muy cercano a la gente. Uno de sus biógrafos señala: «No se sabe cuánto ha hecho el santo Cura como obra social» en su orfanato, escuelas, atención a los más pobres y a los enfermos, infatigable constructor,... nada se le escapa, en su preocupación y en su entrega.

Le despertaron, en una ocasión, a las once de la noche, para una enferma grave. Pidiéronle que disculpase por haberle molestado. El Santo Cura respondió: «¡Oh, no, esto no es nada, todavía no he dado mi sangre por vosotros!». Tenía claro que el sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de todos y cada uno.

Su vida de sencillez evangélica transparentaba el modo de amar de Dios, «Mi secreto –decía- es muy simple: dar todo y no conservar nada». Su desprendimiento lo impulsaba a atender a los pobres, tratándolos «con verdadera ternura, mucho cuidado, y respeto exquisitos». Cuando los pobres llamaban a su puerta, él era feliz al decirles, acogiéndolos con bondad: «¡Yo soy pobre como vosotros,

soy uno de vosotros!». Al final de su vida, le gustaba repetir: «estoy contentísimo, no tengo nada y el buen Dios puede llamarme cuando quiera».

2. Sacramentos del Perdón y de la Eucaristía

Si en algo destacó el Santo Cura de Ars, fue en su entrega al Sacramento del Perdón y de la Paz y por su amor a la Eucaristía.

Dedicaba –aseguran sus biógrafos– una media de quince horas al día al confesionario. Comenzaba a la una o a las dos de la mañana y no terminaba hasta la noche. «Estaría dispuesto, repetía, a estar 100 años más en la tierra con tal de reconciliar un alma con Dios».

La conversión de los «pobres pecadores», era su aspiración nobilísima. El Hermano Athanase cuenta: «Una vez el Santo Cura me dijo: un penitente me ha preguntado por qué lloraba al escuchar su confesión, ¡lloro –le he respondido-, porque no lloras tú!». En su relación con los penitentes, dicen sus biógrafos, era «todo ternura y misericordia».

La presencia de Cristo vivo en la Eucaristía, y escondido en el Sagrario, era el centro de su vida. «¡Oh, hijos míos!, ¿qué hace nuestro Señor en el sacramento de su amor? Se ha tomado a pecho amarnos. Su corazón rezuma ternura y misericordia capaz de limpiar los pecados del mundo».

La Santa Misa constituía, en cada jornada, el momento culminante. «Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios». Por eso, se preocupó de fomentar la comunión; toda la vida de un cristiano debe ser una preparación para este gran momento. Y luego una acción de gracias prolongada.

Cuentan que un día subió al púlpito a predicar y lo único que brotó de sus labios fue: «Está ahí, está ahí», mientras señalaba con su mano el Sagrario y de sus ojos corrían lágrimas de emoción. «No hay necesidad de hablar mucho para orar bien –explicaba a sus feligreses-. Saber que el buen Dios está ahí, en el Sagrario; se le abre el corazón y nos alegramos de su presencia. Esta es la mejor oración».

En otra ocasión, se encontró con Luis Chaffangeon, humilde agricultor, a quien preguntó: «Querido amigo, ¿qué hace usted ahí en silencio delante del Sagrario? Señor Cura –le contestó-, yo miro al buen Dios y él me mira».

3. Su amor tierno y filial a la Virgen Madre

¡Cómo amaba el Santo Cura a la Virgen María! Pronto consagró su parroquia de Ars a la Inmaculada. Poco después, mandó hacer un corazón dorado para colgarlo en la imagen de la Virgen. Dentro de ese corazón quiso que estu-

vieran, en una cinta blanca, los nombres de sus feligreses. Allí se conservan hoy todavía. «El Corazón de María es tan tierno hacia nosotros, -decía San Juan María Vianney- que todas las madres del mundo no son más que un trozo de hielo a su lado»; «en el corazón de María no hay más que misericordia».

Esta tierna devoción a la Virgen fue creciendo en él con el paso del tiempo. A la edad de cuatro años, su madre le regaló una imagen de madera de la Santísima Virgen, que llevó siempre consigo. Poco antes de morir recordaba: «¡Oh!, cuánto amaba yo aquella imagen. No podía separarme de ella ni de día ni de noche, y no hubiera dormido tranquilo, si no la hubiera tenido a mi lado en la cama... La Santísima Virgen es mi más antiguo afecto; la amaba aun antes de conocerla».

4. Aplicación y compromiso

¿Verdad que al conocer la vida del Santo Cura de Ars nace y crece el deseo de tener muchos sacerdotes como él? Con nuestra oración y ayuda nos los concederá el Señor. Recemos más y mejor por las vocaciones.

En este «Año Sacerdotal», convocado para honrar a San Juan María Vianney, el Papa Benedicto XVI concede la indulgencia jubilar a quienes, con prácticas de piedad u obras de misericordia, confiamos en esta ayuda. Os invito, pues, a aprovechar la remisión total (indulgencia plenaria) o parcial de las penas merecidas por nuestros pecados confesados, con la posibilidad de aplicarla a los difuntos que se purifican en el purgatorio. De esta manera nuestra oración y nuestros sacrificios redundarán en la santificación de los sacerdotes y a favor de toda la Iglesia.

Vivamos todos con intensidad este «Año Sacerdotal». Que sea un año de oración de los sacerdotes, con los sacerdotes y por los sacerdotes. Somos importantes y necesarios, no sólo por lo que hacemos, sino por lo que somos: «Cuando veáis al sacerdote -decía San Juan María Vianney-, pensad en Nuestro Señor Jesucristo».

Y si tú, joven, adolescente o niño, sientes al conocer la vida de este santo sacerdote, la llamada del Señor a dejarlo todo y seguirle de cerca, confía plenamente en Él, no tengas miedo y da el paso. Valientemente, decididamente, fervorosamente.

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia y de los sacerdotes, sea nuestra intercesora ante el Dueño de la mies, para que Él nos conceda sacerdotes santos según su Corazón.

«Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios -era para el Santo Cura- el tesoro más grande que el buen Dios puede entregar a una parroquia y uno de los

dones más preciosos de la misericordia divina. ¡El sacerdote es algo grande! No se sabrá lo que es, sino en el cielo. Si lo entendiéramos en la tierra, moriría uno, no de espanto, sino de amor».

«La única felicidad que tenemos en la tierra: Amar a Dios y saber que Él nos ama...»

21. «NO BASTA SENTIR EL AMOR, ES NECESARIO ACTUARLO»: SAN CAYETANO, CAMPEÓN DE LA MISERICORDIA (7 de agosto)

*Mensaje a los feligreses
Parroquia San Cayetano
Crevillente, 26 de mayo de 2010*

Escribo a los feligreses de la Parroquia crevillentina de «San Cayetano» y a los numerosos devotos de este santo sacerdote italiano, en el contexto del curso pastoral cuyo objetivo viene siendo «revitalizar la comunidad parroquial en torno a la mesa». Pretendemos, con ello, valorar, celebrar y vivir mejor el Sacramento de la Eucaristía como fuente y centro de nuestra fe en Jesucristo. Cuando san Cayetano fue ordenado sacerdote, tenía tan gran respeto por la Eucaristía que, desde la ordenación a su primera Misa, vivió tres meses preparándose para la celebración. En Roma funda después la Cofradía del Amor Divino, asociación de clérigos dedicada a promover la gloria de Dios. Más tarde ingresa en el Oratorio de San Jerónimo, con idénticos fines pero que contaba también con laicos pobres. Cayetano ayudaba y servía personalmente a pobres y enfermos sin importarle que padecieran las enfermedades más repugnantes, pues «en el oratorio –solía decir– rendimos a Dios el homenaje de la adoración, en el hospital lo encontramos personalmente».

En su época la Iglesia atravesaba una fuerte crisis. San Cayetano fomentó entonces el culto eucarístico, para lo cual implantó la bendición con el Santísimo Sacramento y promovió la comunión frecuente. «No estaré satisfecho –escribía el santo– hasta que vea a los cristianos acercarse al Banquete Celestial con sencillez de niños hambrientos y gozosos, y no llenos de miedo y falsa vergüenza». Fundador de los Teatinos, su deseo de reformar la Iglesia le lleva a ocuparse de la ardua tarea de renovar al clero, así como la predicación de la sana doctrina, el cuidado de los enfermos y la restauración de la recepción frecuente de los Sacramentos. Cayetano tenía muy claro que «lo primero que hay que hacer para reformar la Iglesia es reformarse uno a sí mismo». Él, que se había desprendido de sus bienes y los había repartido a los pobres, escribía: «Veo a mi Cristo pobre, ¿y yo me atreveré a seguir viviendo como rico? Veo a mi Cristo humillado y des-

preciado, ¿y seguiré deseando que me rindan honores? Oh, qué ganas siento de llorar al ver que las gentes no sienten deseos de imitar al Redentor Crucificado».

En tiempos de dura crisis social y económica, reflejo de otra crisis más profunda que hunde sus raíces en el menosprecio de los valores evangélicos, san Cayetano nos invita a volver a lo esencial de nuestra vida cristiana, a vivir como vivieron los primeros cristianos; a ser fieles en la adversidad y firmes en la defensa de nuestra fe; a no dejarnos arrastrar por los poderes de este mundo; en definitiva, a ser antes que a tener. Esta invitación es hoy más apremiante que nunca. El mundo, la Iglesia, están necesitados de hombres y mujeres que busquen incansablemente su conversión interior, que no sean indiferentes ante el dolor de los hombres. Hombres y mujeres que, con su testimonio vital, calmen la sed de Dios que hay en nuestra sociedad del siglo XXI.

Son tiempos difíciles los nuestros, es innegable, pero también tiempos de esperanza. La celebración de san Cayetano en pleno verano puede darnos alguna pista. El verano es tiempo de cosecha, de recoger lo sembrado y cuidado durante todo un año, pero los agricultores saben que, de lo cosechado, se selecciona lo mejor para sembrar al año siguiente. Tras la cosecha, los campos descansan. Es lo que hacemos nosotros en verano, descansamos; pero este descanso ha de llevarnos a la reflexión, a seleccionar las mejores semillas de nuestra vida para sembrarlas donde estemos, con la confianza cierta de que el Señor cuidará lo sembrado para que pueda germinar también en el corazón de los hermanos. No perdamos la esperanza, no nos cansemos de trabajar por el Reino, no dejemos de sembrar con nuestra vida.

En frase del Papa Pío XII, san Cayetano fue «el campeón insigne de la misericordia cristiana». Vivió la teología del servicio hasta tal punto que la devoción popular lo conoce como el «Padre de la providencia». Sus devotos no han dejado de acudir a él con esta súplica: «Padre de providencia, haz que no falte en nuestra casa a diario tu asistencia». Toda la vida de san Cayetano fue una obra de caridad continuada: «No basta sentir el amor, es necesario actuarlo». La estampa de Cayetano por las calles, recogiendo a los sin techo, atendiendo a los vergonzantes y cargando a los afectados de enfermedades venéreas sobre sus hombros, nos resulta emocionante y familiar.

Al profundizar en el ejemplo de san Cayetano, encontraremos un cristiano de enorme talla: grande por su fe y por su afán de anunciar el Evangelio, llevando a cumplimiento las palabras que el Señor dijo a los suyos: «Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio» (Mc 16,15). Es necesario hoy, como en la época en que vivió san Cayetano, que proclamemos, con hechos y palabras, el mensaje de Jesucristo Resucitado, en calles y plazas. Precisamente, este nuevo curso pastoral se inaugura con este preciso objetivo: revitalizar la comunidad parroquial,

cuidando su presencia significativa en la calle. En efecto, la familia de los hijos de Dios vive en la misma casa, es decir, en la parroquia, pero en la calle se mueve y convive, en profunda y constante relación con las personas. La calle es signo de cercanía y de proximidad, es el espacio del pluralismo y de las diferencias, que nos enriquecen siempre a todos.

Con estos sentimientos y deseos, que sé que comparto con vosotros, invoco la protección de este apóstol de la misericordia para que apreciemos todos la figura y obra de este singular testigo de Cristo. Disfrutad sanamente de unas espléndidas fiestas, en compañía de vuestros familiares, conocidos e invitados.

22. «YO... SÓLO PARA DIOS»: SANTA CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS (9 de agosto)

*Canonización de la M. Cándida María de Jesús
Misa de Acción de Gracias – Basílica de Santa María
Elche, 19 de noviembre de 2010*

1. «Con la ayuda de Dios, lo puedo todo». Santa Cándida María de Jesús nació el 31 de mayo de 1845 en un caserío de Andoain (Guipúzcoa) y fue bautizada con el nombre de Juana Josefa. En el ambiente de amor en que vivía su familia, aprendió a querer y a hacer el bien a los que la rodeaban y también a conocer y a amar a Dios y a la Virgen. Como otras jóvenes de su edad, tuvo propuestas para el matrimonio, pero ella intuía que no era ése su camino. Les decía a sus padres: «Yo... sólo para Dios».

En 1863 –tendría casi 18 años de edad- la encontramos trabajando como sirvienta en una familia de Burgos, donde es querida por su laboriosidad, honradez y paciencia; y también por su profunda vida de piedad. Constata de cerca Juana Josefa la dolorosa realidad de la pobreza y trata de vivir con espíritu cristiano la cercanía y la acogida cariñosa a los necesitados que se acercan a ella. Ante los obstáculos y protestas por la cantidad de menesterosos que se acercan a la casa, ella responde: «Donde no hay sitio para los pobres, tampoco lo hay para mí».

Una inquietud ronda cada vez más su corazón: las niñas y jóvenes de aquella sociedad española de mediados del siglo XIX, y especialmente en los ambientes donde escasean bienes económicos, están muy desatendidas en la educación humana y cristiana. Éste va a ser el germen de una nueva congregación, las Hijas de Jesús, dedicada a la educación cristiana de la niñez y juventud. M. Cándida es consciente de sus carencias, pero su vida de fe se asienta en una total confianza en Dios. Se refleja en esta expresión suya, tantas veces repetida en cartas y apuntes espirituales: «Sola, nada... pero con la ayuda de Dios, lo puedo todo».

En Salamanca funda Juana Josefa –que se llamará en adelante Cándida M^a de Jesús–, la congregación, un 8 de diciembre de 1871, hace 139 años. Con su filial devoción a la Virgen, pone la congregación bajo el amparo de María, a quien tanto ama. Nuestra Señora será, para siempre, «Estrella en los caminos de la Congregación». Tras el tiempo inicial de necesaria formación, la M. Cándida y sus primeras compañeras abren el primer colegio. De su afán apostólico y de su inquietud por la formación de niños y jóvenes es muy elocuente esta frase: «Mi alegría es que acudan a nuestros colegios muchas niñas, para educarlas cristianamente».

El primer centro educativo de las Hijas de Jesús se abre en la misma Salamanca, al que seguirán otros en distintas poblaciones. M. Cándida es una mujer sencilla y fuerte, humilde y valerosa, abierta a Dios y dispuesta por ello a ayudar a otros a crecer, desde los comienzos de la vida, en su dimensión humana y cristiana. Su afán apostólico no conoce horizontes: «El mundo es pequeño para mis deseos», decía. Murió en Salamanca el 9 de agosto de 1912 con esta convicción: «Morir no, empezar a vivir».

2. Vivir sólo para Dios. En la homilía de canonización, el Santo Padre Benedicto XVI dedicó estas palabras a la Fundadora de las Hijas de Jesús:

«Cuando el Hijo del hombre venga para hacer justicia a los elegidos, ¿encontrará esta fe en la tierra? (cf. Lc 18,18). Hoy podemos decir que sí, con alivio y firmeza, al contemplar figuras como la madre Cándida María de Jesús Cipitria y Barriola. Aquella muchacha de origen sencillo, con un corazón en el que Dios puso su sello y que la llevaría muy pronto, con la guía de sus directores espirituales jesuitas, a tomar la firme resolución de vivir "sólo para Dios". Decisión mantenida fielmente, como ella misma recuerda cuando estaba a punto de morir. Vivió para Dios y para lo que él más quiere: llegar a todos, llevarles a todos la esperanza que no vacila, y especialmente a quienes más lo necesitan. "Donde no hay lugar para los pobres, tampoco lo hay para mí", decía la nueva santa, que con escasos medios contagió a otras hermanas para seguir a Jesús y dedicarse a la educación y promoción de la mujer. Nacieron así las Hijas de Jesús, que hoy tienen en su fundadora un modelo de vida muy alto que imitar, y una misión apasionante que proseguir en los numerosos países donde ha llegado el espíritu y los anhelos de apostolado de la madre Cándida»⁶⁰.

Los santos son modelos e vida e intercesores nuestros. Por eso, al dar gracias por la canonización de M. Cándida hemos de hacernos esta pregunta: ¿qué lección podemos aprender de M. Cándida para crecer y madurar en nuestra vida

⁶⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía* (17/10/2010).

cristiana? M. Cándida tuvo siempre una actitud de total disponibilidad para lo que Dios le pidiera. No fue ella la que trazó los planes de su vida, sino que sencillamente se puso a la escucha de la voluntad de Dios para cumplirla fielmente. Cuando en Valladolid, en 1869, el Señor le da a conocer cuál va ser su vocación, «fundar una Congregación religiosa dedicada a la educación de la niñez y de la juventud, con especial atención a la mujer», uno cae en la cuenta de cómo Dios se sirve de una mujer sin apenas estudios para fundar una Congregación dedicada precisamente a la enseñanza. Estemos, pues, atentos a lo que el Señor pide de cada uno de nosotros, la vocación a la que hemos sido llamados, sin pararnos a pensar o calcular si somos dignos de esa vocación, si tendremos capacidad y preparación para responder adecuadamente a la misión encomendada... Respondamos como haría M. Cándida: «Sola, nada... pero con la ayuda de Dios, lo puedo todo».

3. «Al fin del mundo iría yo en busca de almas». Esta expresión tan rotunda de santa Cándida María de Jesús nos la muestra como modelo que seguir en el apostolado. En efecto, su anhelo era comunicar a todos el conocimiento y amor de Dios. Para ello, es necesario que haya niños, jóvenes y mayores con el suficiente valor y generosidad para llevar el mensaje del Evangelio a quienes nos rodean y a los que están más lejos, si hiciera falta. Son tantos los que no conocen y aman a Jesucristo, o los que se han alejado de la Iglesia, que no podemos quedarnos cruzados de brazos. El ejemplo de M. Cándida nos invita a ser audaces a la hora de transmitir la fe que hemos recibido como un don y una tarea, y a no tener miedo de abrir las puertas de nuestro corazón a Cristo. Recordemos la llamada del Papa, en su reciente visita a Santiago de Compostela y Barcelona, a trabajar por la nueva evangelización de nuestra sociedad.

El P. Herranz, aquel jesuita castellano recio y afable, tan eficaz como silencioso, que tanto tuvo que ver en los orígenes de la Congregación, pronunció aquel memorable 8 de diciembre de 1871, fecha de la fundación, unas palabras que sin duda son hoy muy aleccionadoras y alentadoras para las Hijas de Jesús:

«Habéis sido escogidas para fundamento de la Congregación Hijas de Jesús, que hoy mismo y con este acto comienza a levantarse en la Iglesia, bajo el amparo y tutela de la Virgen Inmaculada... Sois pocas en número, y en calidad todavía menos según los juicios del mundo. No importa. La obra no es vuestra, es de Dios y Él sabe y conoce los instrumentos que escoge... El nombre de Hijas de Jesús y la protección de la Virgen son la garantía de vuestras esperanzas, el consuelo de vuestros trabajos y la corona de vuestros triunfos».

Espero y deseo que esta canonización traiga a la Congregación de las Hijas de Jesús nuevas y generosas vocaciones, para seguir mostrando el amor de Dios a los niños y jóvenes que evangelizáis con vuestra vida consagrada.

En el libro *Donde Dios te llame* se narra que la Madre Cándida entró en Castilla por Burgos, que de Valladolid pasó a Salamanca por Zamora, mi tierra, y que «arropada por la niebla densa de las madrugadas invernales... la nieve y el hielo, el cierzo y el ábrego –viento del sudoeste– hacían más lenta la marcha, mientras mi pobre corazón latía con ritmo cada vez más rápido... Contemplaba callada el ancho campo de Castilla, la tierra parda señalada para la primera siembra, mientras se iban dibujando en los ojos aquellos surcos hondos y derechos, que me hablaban de rectitud y profundidad».

Quedémonos con esta lección de vida: rectitud siempre y en todo. Y profundidad en nuestras resoluciones.

23. SAN ROQUE, PEREGRINO DE LA CARIDAD (16 de agosto)

*Misa de Clausura del Año Jubilar de San Roque
Parroquia de San Martín
Callosa de Segura, 16 de noviembre de 2009*

1. La experiencia vivida en este año jubilar nos ha hecho caer en la cuenta de que **la misericordia de Dios es infinita**, y que, de la mano de san Roque, la hemos palpado muchos de nosotros.

Gratitud muy sincera a la Archiconfraternidad de Roma, en la persona del *comendatore* Constantino de Belli, que nos acompaña.

Un propósito como fruto de este jubileo podría ser éste: seguir viviendo, como cristianos, en este clima de fe y devoción, imitando el ejemplo de san Roque, su amor sincero y radical a Dios y a los pobres, que son el rostro humilde de Jesucristo.

2. **San Roque es el santo peregrino de la caridad.** Nació en Montpellier en 1295. Quedó huérfano de padre y madre y único heredero de una inmensa fortuna. Tomó entonces la decisión de dárselo todo a los pobres y, vestido de peregrino, se dispuso a cumplir lo que dice la parábola: «Hubo un hombre rico que llamó a sus servidores, les distribuyó sus bienes, y después se marchó a una región lejana...».

Iba en dirección a Roma cuando encontró las ciudades de Italia diezmadas por la peste. Lleno de piedad y compasión se dio cuenta de que ahí tenía su «misión». Se consagró al servicio de los enfermos en los hospitales y atendía a

los apestados en sus mismas casas. Acquapendente, Florencia, Cesena, Roma... se beneficiaron de la caridad y servicios de este joven provenzal.

Día y noche, exceptuado el tiempo dedicado a la oración y al breve descanso, lo pasaba solícito junto al lecho de los enfermos y moribundos. También él contrajo la terrible enfermedad y, como apestado, se le recluyó cruelmente en un rincón del hospital. Después, perseguido y calumniado, tuvo que huir a un bosque vecino, fuera de los muros de la ciudad. Una fuente cristalina calmaba su sed y un perro que, compasivo, le lamía las heridas, le traía en la boca un pan desde un castillo vecino. Se recuperó y volvió a Montpellier, donde no lo reconocieron. Fue tratado como un espía y recluido en la cárcel, donde permaneció hasta que su alma, como una luz refulgente, subió a la gloria de los cielos en 1327.

3. ¿Qué nos enseña san Roque a los cristianos de hoy? Las obras de misericordia, sin duda. San Roque, con su ancho sombrero, su bordón, su capa de peregrino y su perro fiel, enseñándonos su doliente pierna llagada (así aparece en innumerables imágenes) es un ejemplo luminoso que nos invita a ser peregrinos caminantes por este ancho mundo, recorriendo los caminos de la caridad y de las obras de misericordia —espirituales y corporales— que todo cristiano ha de practicar. No se puede seguir al Señor, ni siquiera ser cristiano, sin entregar la vida en obras de caridad y misericordia. Al final de la vida nos preguntarán sobre el amor que hayamos dado a los demás. Sobre esto versará el juicio del Señor: del amor afectivo y efectivo.

Por consiguiente, la vida personal de cada uno y la vida comunitaria de la parroquia tienen que iniciar una etapa nueva después de este VI^o Centenario, el único que viviremos nosotros.

Aprovecho esta clausura del año jubilar para invitaros a todos, mayores, jóvenes y niños, a que reflejéis en vuestras obras y palabras el testimonio de fe de este gran santo. Que los callosinos os convirtáis en san roques del tercer milenio, y que lo hagáis sin necesidad de actos heroicos, magníficos. Es más heroico y tiene mayor contenido testimonial (martirial) el compromiso de fe y amor que se materializa en las pequeñas cosas, en los detalles aparentemente sin importancia, en las personas y situaciones concretas.

4. Por lo que se refiere a la vida asociativa, recordad que la Iglesia, y cada una de las Diócesis tienen unos cauces operativos, experimentados y vividos, que ayudan a fortalecer la fe, la esperanza y caridad cuando estas virtudes se practican en el seno de una comunidad, de una familia, pues la Iglesia, la Diócesis, la parroquia es la familia de los bautizados, de los hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; hermanos, también, de aquellos bautizados cuyo ejemplo de vida sigue siendo para nosotros como un faro que orienta nuestros pasos. San Roque

puede, por ello, iluminar el camino que hemos de seguir en nuestra relación con los demás, en la parroquia, en las cofradías, con los más pobres, etc.:

- Estatutos para la cofradía o hermandad
- Apoyo al colegio de las Hermanas Carmelitas
- Cáritas parroquial...

5. Esto es lo que dejará el mejor de los recuerdos del Año Jubilar en Callosa, y lo que señalará ese futuro mejor que todos queremos, de la mano siempre de san Roque.

Enhorabuena a todos los callosinos, y gratitud a quienes han trabajado en la celebración del Año Jubilar. Al final de la Misa, daremos la Bendición Papal.

24. SED FIELES A CRISTO Y COMPASIVAS CON LOS ANCIANOS: SANTA TERESA DE JESÚS JORNET E IBARS (26 de agosto)

*Fiesta de Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars
Hermanitas de los Ancianos Desamparados
Elche, 26 de agosto de 2009*

1. Retazos biográficos de Santa Teresa. Los mayores, esos a los que se les ha dado en llamar el colectivo de la Tercera Edad, tienen hoy mucho que agradecer a Dios y bastantes de ellos también a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, porque los cuidan, atienden, dan casa y ofrecen el calor familiar. Hoy nos reunimos para agradecer al buen Dios el testimonio y vida de unas personas, en este caso siempre mujeres, que han hecho de sus existencia una ofrenda de caridad efectiva.

Logran hacer de sus casas un lugar agradable, tranquilo, limpio y ventilado; allí se reza, se come alimento sano, se proporcionan las medicinas pertinentes y, sobre todo, se derrocha cariño de las dos clases: humano y sobrenatural. Las Hermanitas son un grupo de mujeres alegres, animosas, activas y optimistas, porque es mucho lo que tienen que alzar de la postración. Y son piadosas, muy rezadoras... de la Virgen y del Sagrario sacan la entereza, la fuerza, el afecto o cariño, comprensión y paciencia que de continuo han de derrochar a raudales cuando charlan, limpian, lavan, planchan, cocinan para los ancianos o cuando tienen que animar a tanta juventud acumulada.

Teresa de Jesús Jornet, la catalana de Lérida, tuvo en lo humano muchas coincidencias con su homónima de Castilla; delicada de salud en el cuerpo y alma grande, espontánea y andariega, con gracejo agradable. En lo divino tuvieron de común el olvido de sí y, por amor a Dios, saber darse.

Nació en Aytona en 1843 en familia de payeses (labradores) cristianos. Creció en un clima doméstico de trabajo honrado. Estudió en Lérida para maestra y enseñó en Argensola (Barcelona); allí la veían desplazarse cada semana a Igualada para confesarse.

El P. Francisco Palau, tío abuelo suyo, está en trance de fundación de algo y la invita para que le ayude en el intento; pero Teresa ha pensado más en la vida religiosa, donde podrá vivir en silencio y oración; por eso se hace clarisa entre las del convento de Briviesca, en Burgos, mientras que su hermana Josefa ingresa en Lérida en las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Pero la situación política de la segunda mitad del siglo XIX es complicada y compleja, no permite el gobierno la emisión de votos. Se hace entonces Terciaria Franciscana y recupera algo de la actividad docente.

Cerca de su patria chica, en Huesca y Barbastro, un grupo de sacerdotes, con D. Saturnino López Novoa a la cabeza, piensa en una institución femenina que se dedicara a la atención de ancianos abandonados. Comprende Teresa que éste es su campo y, arrastrando consigo a su hermana María y a otra paisana, comienza en Pueyo con una docena de mujeres y desde entonces es la cabeza, permaneciendo veinticinco años al frente.

Desde Barbastro cambia a Valencia, donde está la casa madre de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, porque es la patrona de la ciudad quien da apellido a la Institución. Luego se extenderán por Zaragoza, Cabra y Burgos; llenarán de casas-asilo (que así le gusta a la madre que se llamen para resaltar el clima de familia) la geografía española y pasan las fronteras. Cuando muere Teresa de Jesús en Liria, el año 1897, llegan a 103 y deja tras de sí a más de 1000 Hermanitas para continuar su labor hasta siempre, porque siempre habrá ancianos y no pocos de ellos quedarán desamparados.

No quiso ella canonizaciones. Lo dejó dicho y escrito por si hubiera dentro de la Congregación con el paso del tiempo Hermanitas canonizables. Mandó que no se gastara dinero en proponer a nadie la subida a los altares. Ése fue el motivo de que pasaran los años sin el intento de iniciar su proceso de beatificación; y el rapidísimo salto a la canonización se debió a la sensibilidad del pueblo y a las manifestaciones sobrenaturales que tan frecuentemente Dios quiso mandar. Fue canonizada por el papa Pablo VI en 1974.

2. Lo que dijo Pablo VI de santa Teresa. En la Misa de canonización, el Papa Pablo VI pronunció estas palabras acerca de la nueva santa:

«Nos encontramos ante una de esas figuras que dejan una impronta propia y profunda de su paso por el mundo, legando a la Iglesia y a la sociedad el sello de su

personalidad siempre lozana e inmarcesible: servir, inmolarse por los demás, será la faceta distintiva de la espiritualidad de Santa Teresa Jornet quien, obedeciendo a un mismo impulso de amor al necesitado, eligió un modelo de vida similar al que sirvió también a la Sierva de Dios, Juana Jugan, fundadora del Instituto de las "Petites Soeurs des Pauvres"»⁶¹.

Refiriéndose a las Hermanitas, el Santo Padre destaca en la misma homilía de la canonización:

«Si pudiéramos penetrar en vuestras comunidades y residencias, allí sorprenderíamos a tantas hijas de la nueva Santa que, como ella, están difundiendo caridad: caridad encerrada en un gesto de bondad, en una palabra de consuelo, en la compañía comprensiva, en el servicio incondicional, en la solidaridad que solicita de otros una ayuda para el más necesitado. Bien sabemos que vuestra entrega a los ancianos, cuyos achaques requieren de vosotras atenciones delicadas y humanamente no gratas, tienen un ideal, una pauta, un sostén: el amor a Cristo que todo lo soporta, todo lo supera, todo lo vence, hasta lo que para tantas mentalidades de hoy, empapadas de egoísmo o prisioneras del placer, es considerado una locura.

Ese amor que se alimenta en la oración y que adquiere un ulterior dinamismo en la Eucaristía llevó a vuestra Santa Fundadora y os impulsa a vosotras a ver en los ancianos una mística prolongación de Cristo, a atenuar en ellos sus fatigas, sus enfermedades, sus sufrimientos, cuyo alivio repercute con cadencias de evangelio en el mismo Cristo: "a Mí me lo hicisteis". ¡Ésta es la respuesta de la caridad! ¡Ése es el sentido de lo que humanamente sería inexplicable!»⁶².

3. Benedicto XVI y los ancianos. La visita a Valencia que hizo el Papa Benedicto XVI con ocasión el Encuentro Mundial de las Familias, nos ha dejado como recuerdo, entre otros muchos, aquellas acertadas palabras que dedicó a los abuelos y abuelas:

«Deseo referirme ahora a los abuelos, tan importantes en las familias. Ellos pueden ser –y son tantas veces– los garantes del afecto y la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. Ellos dan a los pequeños la perspectiva del tiempo, son memoria y riqueza de las familias. Ojalá que, bajo ningún concepto, sean excluidos del círculo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatarles a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe ante la cercanía de la muerte»⁶³.

⁶¹ PABLO VI, *Homilía* (27/1/74).

⁶² *Ibidem*.

⁶³ BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro festivo y testimonial* (8/7/2006).

4. La sabiduría que dan los años. «Supliqué, y se me concedió la prudencia; invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría». Nos recuerdan estas palabras al sermón de la montaña: «Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis...». No estamos acostumbrados a suplicar, a invocar, a rogar, a pedir por favor. Preferimos reclamar, exigir... Debemos recuperar nuestra verdad como seres limitados, dependientes, necesitados, incompletos...

Hace unos meses se aprobó la Ley de la Dependencia, destinada a paliar las necesidades de las personas dependientes. Pero... ¿quién de nosotros no es, en cierto modo, «dependiente»? Los hijos dependen de sus padres, los padres de sus hijos; los abuelos necesitan a los hijos y nietos, y éstos, a su vez, necesitan de aquéllos. Y todos dependemos de Dios, le necesitamos y, sin Él, comprendemos que nuestra alma está inquieta hasta que no se encuentra con su Padre y Creador. ¿Qué importancia damos a la oración en nuestra vida? ¿Qué valor tienen las demás personas para nosotros?

¿Cuál es la verdadera Sabiduría? Sin duda, la hallamos en la Palabra de Dios. Más concretamente, en la Palabra hecha carne, Jesucristo, el Hijo eterno del Padre. Según el autor de la carta a los Hebreos (2ª lectura: 4, 12-13), esta Palabra «es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo... juzga los deseos e intenciones del corazón».

Termino con la siguiente oración:

¡Oh Dios, que has guiado a la Virgen Santa Teresa
a la perfecta caridad en el cuidado de los ancianos!
Concédenos a ejemplo suyo, servir a Cristo en el prójimo
para ser testimonio de tu amor.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

25. ATERRIZAMOS CON BUEN PILOTO: SAN AGUSTÍN (28 de agosto)

*Homilía en la Parroquia de Santa Teresa (agustinos)
Alicante, Cuaresma 2008*

Predicar en esta parroquia vuestra, es acercarse a S. Agustín, que no sólo es Padre de la Iglesia, sino figura actual y digna de ser escuchada. Sus hijos, los Agustinos, son los herederos de tan rica enseñanza. Espigo un poco en sus escritos y os ofrezco dos puntos de reflexión:

1. Predicaba el Obispo de Hipona, en Cartago, un 14 de septiembre, fiesta de S. Cipriano, mártir.

«Nos hallamos en la misma vida en la que también él tuvo que sufrir la fatiga –Vivió en esta vida mortal y ahora... mereció conseguir la inmortal... El Señor Dios y Salvador nuestro, el que no sabe mentir, quien ni engaña ni es engañado, dictó la regla en que se contiene el modo de vivir la vida mortal y de llegar a la eterna... Cipriano enseñaba y amplía esta Regla».

Y explicaba el niégate a ti mismo (Mc 8,34) con esta bella imagen:

«Amas el trigo, y esparces ese trigo que con tanto cuidado habías almacenado en tu granero, que con tanta fatiga de siega y trilla habías limpiado; ya guardado y limpio, cuando llega la sementera, lo tiras, lo esparces, lo cubres de tierra pero no ves lo que esparces. Mira cómo, por amor al trigo, esparces el trigo; derrama la vida por amor a la vida; pierde tu alma por amor a ella, puesto que, una vez que la hayas perdido por Dios en este tiempo, la encontrarás en el futuro para que viva eternamente. Derrama, pues, la vida por amor a la vida»⁶⁴.

«Nos enseñó a vivir, para que no muramos eternamente; nos enseñó a morir, para vivir eternamente»⁶⁵.

Es una invitación, como veis, a vivir el tiempo, por tanto, también la Cuaresma y la Semana Santa, parte del mismo dando a cada minuto una duración de eternidad, es decir, aprovechándolo del mejor modo posible. Como vosotros sabéis y queréis hacerlo. Sé muy bien que este es vuestro empeño y vuestro propósito renovado.

2. Aquí, allí y mientras tanto

En mi tesis doctoral sobre la *Ecclesia Mater* de San Agustín, preparada con cariño filial en la década de los 70, recojo y comento un texto que autores anteriores, dedicados también a conocer el pensamiento de S. Agustín sobre el Cristo total, resumen en estos términos:

«El tiempo y su historia, la vida del individuo y de la Iglesia alcanzan su pleno significado cuando se destacan sobre el fondo doctrinal de tres adverbios sencillos que S. Agustín acostumbraba usar frecuentemente en sus sermones: *hic*, *ibi*, *interim*. *Ibi* (allí) representa el cielo, la meta de todos nuestros esfuerzos y aspiraciones. *Hic* (aquí) significa la tierra, el lugar de prueba y combate, del vicio y la virtud. *Interim* (entre tanto) es el tiempo concedido a cada hombre para esperar el día del Señor, cuya venida anhelan todos los buenos cristianos. La Iglesia está en la tierra, pero existe también en el cielo. Como Cristo, la Iglesia participa del tiem-

⁶⁴ S. AGUSTÍN, *Sermón* 313, D.1.2

⁶⁵ S. AGUSTÍN, *Sermón* 313 E,1, en la misma fecha, 14 de septiembre del año 410.

po y de la eternidad. Como Cristo vivió en el tiempo, así también la Iglesia vive en el tiempo. Como Cristo, después de su ascensión, se halla fuera del tiempo –un Cristo eterno–, así también hay una Iglesia eterna. Lo eterno y lo temporal, tanto en Cristo como en la Iglesia, forman una sola unidad».

Tienen alcance estas observaciones. Nos hacen otear en el horizonte inmenso el camino que venimos recorriendo y nos descubren una pista nueva, no estrenada, abierta al descanso definitivo del Cristo total, del Esposo y de la Esposa, en la plenitud y el gozo.

El Verbo de Dios, manifestado a la humanidad llena de ignominia y unido a ella en desposorio santo, ha cambiado su suerte. Reina ya, glorificado en el cielo. La glorificación de la Cabeza es invitación y garantía para su cuerpo, que hoy vive en la esperanza y mañana conocerá el gozo de la resurrección:

«Él ya resucitó; por tanto, ya tenemos la Cabeza en el cielo, donde aboga por nosotros. Esa nuestra Cabeza sin pecado y sin muerte, está ya propiciando a Dios por nuestros pecados, para que también nosotros, resucitados al fin y transformados, sigamos a la Cabeza de la gloria celeste. Adonde va, en efecto, la cabeza, van también los otros miembros. Siendo, pues, miembros suyos, no perdamos, mientras aquí estamos, la esperanza de seguir a nuestra Cabeza».

«Porque también nosotros hemos resucitado con Cristo y estamos ahora con Cristo, nuestra Cabeza, mediante la fe y la esperanza; mas esta nuestra esperanza se consumará en la resurrección de los muertos. Así, pues, cuando nuestra esperanza llegue a su meta, habrá llegado también a la suya nuestra justificación»⁶⁶.

Tenemos aquí perfectamente señalado el camino que vamos recorriendo juntos, en el tiempo, tiempo que pasa velozmente para todos, y la eternidad, más que lugar, estado definitivo para gozar de la felicidad y disfrutar de la plenitud de vida.

Allí entonaremos a coro con los ángeles el Amén y el Aleluya eternos –única ocupación, gozoso descanso– allí se elevará una sola voz: *Tota actio nostra Amen et Alleluia erit. Amén*, que significa acuerdo, que denota participación, que se traduce en asentimiento; *Aleluya*, que expresa la alabanza de Dios⁶⁷.

3. Propósito y compromiso

Vivid, por tanto, y ayudad a vivir en vuestro entorno estas verdades fundamentales, que dan sentido y valor a nuestra vida. Todos, Agustinos, comuni-

⁶⁶ R. PALMERO RAMOS, «*Ecclesia Mater*» en *S. Agustín*, Madrid 1970, pp. 209-210.

⁶⁷ *Ibidem*, 215.

dad docente del colegio, feligreses de la parroquia y cofrades de la Hermandad Agustina de Nuestro Padre Jesús Despojado de sus vestiduras. Sé que formáis todos una piña –*cor unum et anima una*- y esta unidad en lo necesario es garantía de acierto apostólico.

Despojados de tantos atuendos innecesarios, fortificad con vuestra vida cristiana, recia y coherente con la fe que profesáis, que tenemos necesidad de pensar, de amar, de ser felices; pero ¿cómo se logra la felicidad?, preguntaba un día el Papa Pablo VI. Y respondía con palabras de S. Agustín, –que la buscó con tantas ansias y sólo la encontró en Dios–: «Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti».

Para superar las crisis del espíritu que hoy afecta a nuestro mundo, no hay otro camino que el de colocar a Dios en el lugar que le corresponde.

«Necesitamos, escribe Benedicto XVI, en su carta encíclica *Spe Salvi*, tener esperanzas –más grandes o más pequeñas-, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza, pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es "realmente" vida»⁶⁸.

⁶⁸ SS 30.

26. «¡QUÉ HERMOSOS SON LOS PIES DEL MENSAJERO!» (29 de septiembre)

*Mensaje a los fieles
Parroquia San Miguel de Salinas
Septiembre 2007*

Seis siglos antes del nacimiento de Cristo, un pueblo sumido en profunda crisis escuchó este pregón jubiloso: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregonera la victoria, que dice a Sión: "Tu Dios es Rey"!» (Is 52,7). Quien escuchó esta buena noticia fue el pueblo de Israel. Desorientado, desalentado, sin templo –destruido desde hace años–, sin rey, sacerdotes ni profetas, necesitaba una palabra de aliento, un anuncio consolador, un mensaje de esperanza. El profeta Isaías, con fe inquebrantable, recuerda a los israelitas –y también a nosotros, hoy–, que el Señor es Dios compasivo y misericordioso, y que cumple siempre su promesa de permanecer fiel al pueblo que bendice su nombre.

Son necesarios, por tanto, hoy más que nunca, mensajeros en medio de nosotros, heraldos portadores de buenas noticias, pregoneros de gracias y venturas (nos sobran desgracias y desventuras y las vueltas sobre lo mismo). Por eso, qué hermosos los pies del glorioso arcángel san Miguel, a quien los hijos e hijas de San Miguel de Salinas veneráis como patrono y protector. Tenéis por abogado a un «mensajero» muy especial. Así lo califica el papa san Gregorio Magno en una de sus homilías: «Hay que saber que el nombre de "ángel" designa función, no el ser del que lo lleva. En efecto, aquellos santos espíritus de la patria celestial son siempre espíritus, pero no siempre pueden ser llamados ángeles, ya que solamente lo son cuando ejercen su oficio de mensajeros. Los que transmiten mensajes de menor importancia se llaman ángeles, los que anuncian cosas de gran trascendencia se llaman arcángeles». Pero, ¿qué cosa de tanta trascendencia nos comunica el arcángel san Miguel? El mensaje que él transmite viene inscrito en el propio significado de su nombre: «¿Quién como Dios?». De este modo, el arcángel nos da a entender que «nadie puede hacer lo que sólo Dios puede hacer».

Necesitamos ángeles, y hemos de ser ángeles, es decir, mensajeros que no cierren la boca, cuando este mundo pone algodones en sus oídos para no oír la Palabra de Dios, o para oírla sin escucharla. Mensajeros que den la cara, viendo que muchos vuelven la espalda, como hijos pródigos que abandonan la casa paterna. Mensajeros que caminen, incansables, en pos de los que no soportan permanecer junto a los pies clavados de Cristo en la cruz. ¡Es tan necesario, por otro lado, que acallemos nuestras voces (sólo gritan el egoísmo, la soberbia, la envidia, la lujuria...), para que resuene esta voz elocuente: «Escucha: tus vigías

gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión» (Isaías 52,8). Ver cara a cara al Señor. He aquí el anhelo de los hijos de Dios y la meta soñada de nuestro camino.

¿Quién como Dios? Es la consigna que porta san Miguel, con su espada en alto, apuntando al cielo. Dicha espada nos recuerda la Palabra de Dios, «viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu» (Heb 4,12). Que vuestras fiestas sean motivo oportuno y ocasión propicia para celebrar la presencia de Dios en medio de su pueblo, con su Palabra, los Sacramentos, los hermanos desvalidos y más necesitados. De este modo, con vuestro ejemplo y entrega, propagaréis un mensaje de fe y de amor, no sólo con los labios, sino también con vuestras obras. Mensaje que van a captar fácilmente cuantos estén cerca de vosotros. Repetid, pues, con la mirada puesta en el Altísimo –¿quién como Él?–, al que adoramos cantando:

«Dios que nos diste a los ángeles por guías y mensajeros,
danos el ser compañeros
del cielo de tus arcángeles»

(*Himno de Laudes*)

27. ÁNGELES PARA QUE TE GUARDEN EN TUS CAMINOS (2 de octubre)

*Fiesta de los Santos Ángeles Custodios
Parroquia de Ntra. Sra. de Gracia
Alicante, 2 de octubre de 2008*

1. Hace pocos días, el 29 de septiembre, celebramos la fiesta de los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael. Hoy extendemos nuestro recuerdo a todos **los ángeles de Dios**, que le sirven a Él y nos ayudan a nosotros en nuestro camino.

El origen de esta fiesta lo encontramos precisamente en nuestra tierra: a principios del s. XV se celebraba en Valencia la fiesta del ángel protector de la ciudad. De allí se propagó al resto de España; luego a Portugal y, finalmente, en el s. XVII al calendario de la Iglesia universal.

2. En el largo camino del desierto, el libro del **Éxodo** da testimonio de cómo el pueblo de Israel experimentó continuamente la ayuda de Dios. A veces, en forma de sucesos prodigiosos: el Mar Rojo, el agua que brotó de la roca, el maná o las aves, la columna de fuego... También aparecen los ángeles: «Voy a enviarte un ángel por delante para que te cuide en tu camino y te lleve al lugar que he preparado», hemos oído en la primera lectura.

El Salmo 90 nos asegura que podemos confiar plenamente en Dios, a pesar de las dificultades que encontramos en nuestra vida: «Porque a sus ángeles ha dado ordenes para que te guarden en tus caminos».

3. En el **evangelio** de hoy, Jesús, hablando de los niños y los pequeños, sus preferidos, afirma que «sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de su Padre celestial». Aquí entrevemos, junto a la lección de sencillez que nos da, la dignidad que los niños tienen ante el Señor, porque están protegidos por los ángeles de Dios.

Los ángeles –enviados, mensajeros de Dios– aparecen varias veces en las páginas de la Biblia. No son una invención nuestra; es la revelación, la Palabra de Dios la que nos habla de ellos. La Biblia no nos dice cómo son, sino cómo actúan: adoran a Dios, son enviados como mensajeros de su voluntad, ayudan a los hombres, caminan delante del pueblo elegido y lo protegen.

Ellos anuncian a María, a José y a los pastores el nacimiento del Hijo de Dios, asisten a Jesús en el desierto o en la agonía del huerto, dan testimonio del sepulcro vacío y orientan a los apóstoles después de la Ascensión. ¡Cuántas veces aparecen los ángeles protegiendo a las personas: al pueblo de Israel durante su peregrinación por el desierto, o liberando a Pedro de la cárcel!

4. Como escribió san Agustín, «el nombre de ángel indica su oficio, no su naturaleza. Si preguntas por su naturaleza, te diré que es un espíritu; si preguntas por lo que hace, te diré que es un ángel, un mensajero».

Recordar a los ángeles nos lleva a agradecer a Dios su cercanía, que se nos muestra, sobre todo, al enviarnos al Ángel por excelencia, Cristo Jesús, pero también con los ángeles que, cumpliendo su voluntad, nos ayudan en nuestro camino. En efecto, ellos están al servicio del plan divino de salvación, pues son «enviados para servir a los que deben heredar la salvación» (Heb 1,14). Cada vida humana, desde su comienzo hasta la muerte, está rodeada de su custodia y de su intercesión.

Termino con esta bella oración de san Juan Berchmans:

«Ángel santo, amado de Dios, que después de haberme tomado, por disposición divina, bajo tu bienaventurada guarda, jamás cesas de defenderme, de iluminarme y de dirigirme: yo te venero como a protector, te amo como a custodio; me someto a tu dirección y me entrego todo a ti, para ser gobernado por ti. Te ruego, por lo tanto, y por amor a Jesucristo te suplico que, cuando sea ingrato contigo y obstinadamente sordo a tus inspiraciones, no quieras, a pesar de esto, abandonarme; antes bien, ponme pronto en el recto camino si me he desviado de él; enséname si soy ignorante; levántame si he caído; sostenme si estoy en peligro y condúceme al cielo para poseer en él la felicidad eterna. Amén».

28. «ANUNCIADORES DE LA PALABRA DEL SEÑOR»: SAN FRANCISCO DE ASÍS (4 de octubre)

*Fiesta de San Francisco de Asís
VIII° Centenario de la aprobación de la «primera regla»
Parroquia de San Antonio de Padua –PP. Franciscanos
Alicante, 4 de octubre de 2009*

1. El Evangelio como regla de vida. Celebramos el octavo centenario de la aprobación de la «primera regla» de san Francisco por parte del Papa Inocencio III. En efecto, el Pontífice había tenido un sueño: la Basílica de San Juan de Letrán se tambaleaba e iba a reducirse a escombros. El Papa ve avanzar hacia la plaza de Letrán a un hombrecillo menudo, descalzo, vestido de tosco sayal. Llega a los muros vacilantes y logra enderezar el edificio. Días más tarde se encuentra con Francisco, y reconoce en él al hombre que se le había aparecido en el sueño.

Han pasado ochocientos años, y esa docena de frailes que siguió a Francisco de Asís se ha convertido en una multitud, esparcida por todas las partes del mundo para ser «Anunciadores de la palabra del Señor en todo el mundo». Hoy como ayer, la gran familia franciscana persigue el mismo fin: la santidad de la Iglesia reformando corazones. Y, para alcanzar la santidad, no cabe duda de que el mejor camino, la dirección más segura es la que se indica en el Evangelio.

En efecto, «la Regla y vida de los frailes menores es ésta, a saber, guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo»; así escribe san Francisco al principio de la *Regla bulada*⁶⁹. Él se comprendió totalmente a sí mismo a la luz del Evangelio. Esto es lo que fascina de él. Ésta es su perenne actualidad. Tomás de Celano refiere que el *Poverello* «llevaba siempre a Jesús en el corazón. Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos. Jesús presente siempre en todos sus miembros... Es más: si, estando de viaje, cantaba a Jesús o meditaba en Él, muchas veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a loar a Jesús»⁷⁰. Así, como afirma Benedicto XVI, «el *Poverello* se convirtió en un Evangelio viviente, capaz de atraer a Cristo a hombres y mujeres de todo tiempo, especialmente a los jóvenes, que prefieren la radicalidad a las medias tintas»⁷¹.

2. Permanecer a la escucha de lo que el Espíritu nos dice hoy. El 24 de febrero de 1209, un sacerdote va a celebrar Misa en la Porciúncula, recién restaurada por Francisco. En aquella celebración eucarística se proclama el evangelio

⁶⁹ S. FRANCISCO DE ASÍS, *Regla bulada*, I, 1: FF, 75.

⁷⁰ 1 *Cel.*, II, 9, 115: FF, 115

⁷¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la familia franciscana* (18/4/2009).

en que Cristo envía a sus apóstoles al mundo para hacer el bien. «Esto es lo que yo buscaba, y lo que anhelaba mi corazón», reconoce el joven Francisco. Sale de la Porciúncula persuadido de que Dios ha manifestado Su voluntad. «Me reveló el Señor que debía vivir según la norma del santo Evangelio», dice en su Testamento.

No sólo tiene que cumplir a la letra el Evangelio viviendo pobreza alegre, sino que debe recorrer el mundo para predicar la paz y el amor. El santo sublima así el ideal caballeresco de su siglo, poniéndolo al servicio del Señor. «Soy un heraldo del Gran Rey», dirá a los bandoleros que le asaltan al anochecer, cuando atraviesa las cumbres que separan Asís de Valfabbrica.

Animado por el Obispo de Asís, Francisco endereza sus pasos a Roma:

«San Francisco –explica nuestro actual Pontífice– habría podido no ir al Papa. En aquella época se estaban formando muchos grupos y movimientos religiosos, y algunos de ellos se contraponían a la Iglesia como institución, o por lo menos no buscaban su aprobación. Seguramente una actitud polémica hacia la jerarquía habría procurado a san Francisco no pocos seguidores. En cambio, él pensó en seguida en poner su camino y el de sus compañeros en las manos del Obispo de Roma, el Sucesor de Pedro. Este hecho revela su auténtico espíritu eclesial... Y el Papa reconoció esto y lo apreció.

De hecho, también el Papa, por su parte, habría podido no aprobar el proyecto de vida de san Francisco. Más aún, podemos imaginar que alguno de los colaboradores de Inocencio III le aconsejó en este sentido... En cambio, el Romano Pontífice, bien informado por el Obispo de Asís y por el cardenal Giovanni di San Paolo, supo discernir la iniciativa del Espíritu Santo»⁷².

Igual que san Francisco y el Papa Inocencio III, también nosotros hemos de permanecer a la escucha de lo que el Espíritu nos dice hoy, para que sigamos anunciando con pasión el reino de Dios, tras las huellas del *poverello* de Asís. Pidamos a Dios que abra nuestro espíritu a la contemplación, la sencillez y la alegría, pues sólo así podremos tener nuestra mirada puesta siempre en Cristo, como san Francisco. Él partió de la mirada del Crucifijo de San Damián y del encuentro con el leproso, para ver el rostro de Cristo en los hermanos que sufren y llevar a todos su paz. Se dio cuenta desde el principio con certera intuición, de que todas las reformas generales de la Iglesia, son vanas y estériles, si no se empieza con la reforma del individuo.

⁷² *Ibidem*.

3. Hacerse niños es hacerse más pequeños, es decir, «menores». Los franciscanos os llamáis, en verdad, «frailes menores». Para vosotros es muy importante este título que da contenido y carácter a vuestra consagración. En una entrevista reciente al ministro general de los Franciscanos, Fray José Rodríguez Carballo comentaba qué implicaciones tiene ser «fraile menor»:

«La minoridad es un valor irrenunciable de nuestra vocación. Somos Hermanos Menores. La minoridad es un estilo de ser en la Iglesia y en el mundo, delante de Dios y de los hombres. Es lo que da color a nuestra vida y misión. Hoy la minoridad se hace solidaridad con todos, particularmente con los últimos y excluidos. La minoridad se hace itinerancia de corazón (mendicantes de sentido) y viviendo como peregrinos y forasteros en este mundo, libres de cosas, para proclamar que "no hay Omnipotente sino Dios". La minoridad se hace diálogo. El menor propone, no impone. La minoridad se hace abrazo con los últimos de la tierra, mostrándoles siempre que Dios es amor. La minoridad se hace proclamación de la paz, la justicia y la reconciliación, al mismo tiempo que defensa de la creación, como sacramento del Creador. La minoridad es nuestro modo de ser y estar en el mundo»⁷³.

«Anunciadores de la palabra del Señor en todo el mundo». Éste ha sido el lema del recientemente clausurado Capítulo Internacional de las Esteras, que ha congregado a una nutrida representación de la gran familia franciscana. En dicho acontecimiento, los «hermanos menores» han renovado su compromiso de anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Es el envío que Jesús resucitado hizo a sus discípulos: «¡Id!» (cf. Mt 28, 19; Mc 16, 15):

«Id y seguid "reparando la casa" del Señor Jesucristo, su Iglesia –les ha pedido el Papa a los miembros del Capítulo–... Como san Francisco, comenzad siempre por vosotros mismos. Nosotros somos la primera casa que Dios quiere restaurar. Si sois siempre capaces de renovaros en el espíritu del Evangelio, seguiréis ayudando a los pastores de la Iglesia a hacer cada vez más hermoso su rostro de esposa de Cristo. Esto es lo que el Papa, hoy como en los orígenes, espera de vosotros»⁷⁴.

⁷³ Entrevista a Fray José Rodríguez Carballo, ministro general de los Franciscanos, en *Catalunya Cristiana*, 16 de julio de 2009.

⁷⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a la familia franciscana* (18/4/2009).

29. TERESA DE JESÚS: UNA FÉMINA INQUIETA Y ANDARIEGA (15 de octubre)

*Fiesta de santa Teresa de Jesús
Monasterio carmelitano del Espíritu Santo
Algorós – Elche, 15 de octubre de 2007*

1. Teresa de Cepeda y Ahumada, que luego quiso llamarse «Teresa de Jesús», nació en Ávila el año 1515. Desde pequeña tuvo sentimientos religiosos: es famosa la escena que ella misma cuenta de cómo a los siete años quería ir a tierras de moros para morir mártir.

A los veinte, después de una adolescencia más bien superficial, entró en el monasterio del Carmelo y empezó una vida llena de experiencias humanas y de fe. Tras unos años en que experimentó la debilidad de su salud y la frialdad y la rutina en la vida espiritual, ella misma dice que su verdadera «conversión» tuvo lugar a los treinta y nueve años, cuando decidió entregarse de veras a la vida espiritual.

Con la ayuda, sobre todo, de San Juan de la Cruz y del padre Baltasar Gracián, trabajó incansablemente para reformar el Carmelo, fundando numerosos monasterios con el nuevo estilo de las «carmelitas descalzas». En vez de comunidades con más de cien monjas, las quiso de no más de veinte cada una, empezando por el primer monasterio reformado que fundó en Ávila y que dedicó a San José, al que tenía especial devoción y a quien consideraba su Patrono más entrañable.

Después de una actividad incansable, en los últimos veinte años de fundadora por los caminos de Castilla y de España entera, murió en Alba de Tormes, en la noche del 4 de octubre de 1582.

2. En el libro del Eclesiástico, la sabiduría de Dios aparece personificada. Como una madre o una esposa, sale al encuentro de los que la buscan y les da de comer y de beber, los guía y protege, los llena de alegría y confianza. Es una lectura muy oportuna para el día en que celebramos a una de las Doctoras de la Iglesia, que supo estar abierta a la Sabiduría verdadera y la irradió a toda la Iglesia con sus obras y escritos. El Salmo 88 lo comenta meditativamente: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré».

En la lectura evangélica, Jesús da gracias al Padre porque «esconde estas cosas a los sabios y entendidos, y las revela a la gente sencilla». La verdadera sabiduría no está en los orgullosos, llenos de sí mismos, sino en los que, con sencillez de corazón, se abren a Dios. Como santa Teresa, que verdaderamente fue una «mujer fuerte» porque estaba llena de los dones de Dios y no confiaba en sus propios talentos.

3. Santa Teresa es una **maestra admirable de vida espiritual** para sus hijas y para cuantos leen sus obras: *Las moradas*, *El libro de la vida*, *Camino de perfección*, *El libro de las fundaciones*, además de sus innumerables cartas y poemas. El año 1970, Pablo VI la proclamó oficialmente, junto con Santa Catalina de Siena, Doctora de la Iglesia.

4. **Teresa de Ávila es Doctora** porque, primero, vivió ella misma un proceso de maduración en la fe. Tuvo momentos de tibieza y dejadez en su vida religiosa, pero cuando se decidió a profundizar en la fe y dejarse llevar por el amor de Dios, hizo voto de tender a la santidad, de buscar en todas las ocasiones lo que fuera más perfecto, lo más cercano a la voluntad del Señor, por costoso que fuera.

La lectura de los Santos Padres, por ejemplo de San Jerónimo y San Agustín, influyó notablemente en su vida de fe. Soportó con admirable entereza y fuerza de voluntad las adversidades de la vida: enfermedades, incomprensiones (para el Nuncio de su época era «una fémina inquieta y andariega») y hasta persecuciones (fue denunciada ante la Inquisición). El amor y su íntima unión a Cristo le hizo aceptar con elegancia espiritual todo lo que la vida le fue deparando, pues siempre se apoyaba en la fuerza de Dios: «Quien a Dios tiene, nada le falta, sólo Dios basta».

5. **Supo conjugar la oración con el trabajo**, la contemplación más profunda con las tareas más humildes, el amor místico a Dios con el sentido común, la simpatía y el humor. La reforma del Carmelo que emprendió, a pesar de la oposición y los malentendidos con que tropezó, es un ejemplo de lucidez, realismo y tenacidad.

30. SAN LUCAS, EL ESCRITOR DE LA MANSEDUMBRE DE CRISTO (18 de octubre)

*Misa de apertura de curso.
Instituto Superior de Ciencias Religiosas
Parroquia de San Pablo
Alicante, 18 de octubre de 2007*

1. **Apuntes biográficos:** Parece que san Lucas fue de origen pagano, probablemente de Antioquia de Siria (pues conoce mejor todo lo referente a Antioquia que lo de Jerusalén). En diversos viajes, y durante los últimos años en Roma, fue compañero de Pablo. No fue apóstol, pero sí evangelista, autor del tercer evangelio y de los Hechos de los Apóstoles, dos libros que se complementan.

Parece que fue médico de profesión. Pablo lo llama así varias veces. Buen conocedor del griego, lengua en la que escribió sus dos libros. Lo de ser el pa-

trono de los pintores se debe a una leyenda, según la cual habría hecho varios retratos de la Virgen. Lo cierto es que sus escenas de la infancia de Jesús y otras muchas páginas de su evangelio nos retratan muy bien los personajes de quienes nos habla y, en particular, nos habla de la Virgen María mejor que ningún otro evangelista.

De los cuatro símbolos bíblicos, a Lucas se le asigna el del toro, porque empieza su evangelio con la escena de Zacarías, ofreciendo los sacrificios en el Templo, en su turno sacerdotal.

2. «Sólo Lucas está conmigo»: Al final de su vida, Pablo, prisionero en Roma, hace una lista de colaboradores: unos lo han abandonado, otros han ido a otras misiones, algunos le han atacado y traicionado. «Sólo Lucas está conmigo», dice escuetamente.

En la lectura evangélica (Lc 10, 1-9), Jesús envía a setenta y dos discípulos, de dos en dos, a misionar, a prepararle los caminos. «La mies es abundante y los obreros pocos». Les recomienda que recen a Dios para que el Reino se difunda. Les avisa que van a ir «como corderos en medio de lobos» y en algunos lugares no los van a recibir bien. Les recomienda que no lleven «demasiado equipaje», pues les estorbaría.

3. Lucas, transmisor de la fe: la vocación de san Lucas es anunciar la Buena Noticia, ser misionero. Él es un modelo para los cristianos de nuestro tiempo. El salmo insiste en este aspecto misionero: «Tus amigos, Señor, proclamen la gloria de tu reinado; que hablen de tus hazañas, explicando tus hazañas a los hombres».

La palabra de Jesucristo nos interpela: «Poneos en camino», «curad a los enfermos y decid: está cerca de vosotros el Reino de Dios». Todos podemos ser misioneros y colaboradores de la salvación de Dios, cada uno en su ambiente doméstico y social, por escrito o en los medios de comunicación, en la familia y en la catequesis.

4. Los escritos de San Lucas: Desde hace dos mil años, la Iglesia lee sus libros, aprende cómo es Cristo Jesús y cómo tiene que ser la comunidad cristiana, guiada y animada por el Espíritu Santo.

Lucas nos ha transmitido, por ejemplo, tres cánticos que sólo hallamos en su obra: uno lo puso en labios de Zacarías (*Benedictus*), otro en labios de María (*Magnificat*) y el tercero, en los del anciano Simeón (*Nunc dimittis*). Dice la antífona del *Benedictus*: «San Lucas, al darnos su evangelio, nos anunció el Sol que nace de lo alto, Cristo Nuestro Señor».

5. Conclusión: La oración colecta resume algunas de las características de Lucas:

- «elegiste a san Lucas para que nos revelara con su predicación y sus escritos...»: en efecto, los libros de Lucas han sido el mejor medio de evangelización;
- «...nos revelara tu amor a los pobres»: sobre todo, el amor de Jesús a los débiles y los despreciados por la sociedad de su tiempo;
- «concede a cuantos se glorían en Cristo, vivir con un mismo corazón y un mismo espíritu»: al retratar a la primera comunidad en los Hechos, Lucas destaca su vida fraterna y su unión;
- «y atraer a todos los hombres a la salvación»: otra característica de los escritos de Lucas es la universalidad de la salvación de Jesús, por encima de todo particularismo judío.

Ojalá pudiéramos merecer también la alabanza que dedica a Lucas la antífona del *Magnificat*: «Dichoso evangelista san Lucas, que resplandece en toda la Iglesia por haber destacado en sus escritos la misericordia de Cristo». El gran poeta Dante lo llamaba *scriba mansuetudinis Christi*, «el escritor de la mansedumbre de Cristo».

31. JUAN PABLO II, VARÓN GLORIOSO (1920-2005)⁷⁵ (22 de octubre)

Alabemos a los varones gloriosos y a nuestros padres [...]. Grande gloria les confirió el Señor» (Eclo 44,1-2).

Las palabras del Eclesiástico invitan a la reflexión sobre la vida de los hombres que se han hecho famosos, porque han colaborado con el Señor y cumplieron correctamente la misión que Él les encargó. Esta idea del Eclesiástico aparece recogida por Jesús, que dice: «No se enciende una lámpara y la ponen bajo el clemín, sino en el candelero, para que ilumine a todos los que están en casa» (Mt 5,15).

Así fue Juan Pablo II, un varón glorioso. Su vida era una luz que alumbraba a todos los que lo conocían. Es difícil encontrar otra persona en la historia del s. XX tan famosa y aceptada por toda la humanidad como Juan Pablo II. La cantidad de monumentos, placas conmemorativas, nombres de calles, hospitales, colegios, albergues de peregrinos y otras instituciones dedicadas a la persona de Juan Pablo II, tanto en Polonia como en otros países del mundo, invita a una re-

⁷⁵ Publicado en OTERO 8 (2006) 69-72.

flexión profunda. Llegando a Cracovia en avión, lo primero que se presenta a la vista es el nombre del aeropuerto: «Juan Pablo II». ¿En qué consistía el fenómeno de maduración del joven de Wadowice, por el que logró esa excepcional fuerza espiritual y autoridad moral?

1. *Hombre y humanista*

El pequeño Karol Wojtyła no tuvo la suerte de disfrutar mucho tiempo de la presencia de su madre, que falleció cuando él tenía 9 años. Este hecho fue muy fuerte para él. Es fácil entender que su corazón, necesitado del amor de su madre, se orientara hacia el seguro amor a la Madre de Dios. Lo manifiesta más adelante cuando, con su lema episcopal *Totus Tuus* se le ve totalmente confiado a la protección de la Virgen Santísima. Ella seguirá siendo su apoyo y su fuerza hasta el final de su vida. Creció preocupado, desde su temprana infancia, por la educación y adaptación para la vida. Esta formación en el orden humano coincidió con el difícil período de la I a II Guerra Mundial. Tales dificultades se acentuaron durante la II Guerra Mundial. El trabajo en la cantera y posteriormente en la fábrica química Solvay, le hizo sentir la pesadez del cansancio y la fatiga como obrero. Al mismo tiempo, este trabajo le permitía estudiar sin que este tiempo de temor y escasez de recursos dejara de ser el momento en que asimilaba la ciencia. El Cardenal Metropolitano de Cracovia de aquella época, Adam Stefan Sapieha, buen conocedor de los valores de Karol, lo ocultó en los muros de su Curia Metropolitana, calle Franciszkanska 3. Allí, el joven Wojtyła encontró refugio ante la agresividad de los ocupantes nazis de Alemania. Y más tarde, siendo ya seminarista, se preparó clandestinamente para el sacerdocio. Como sacerdote cumplió sus obligaciones pastorales, haciéndolas compatibles con otras tareas. Estaba siempre disponible para los jóvenes, pasaba sus vacaciones con algunos en las canoas, iba de excursión con otros a las montañas; siempre con intención de ayudarles. En su famoso libro *Amor y responsabilidad* demostró su sensibilidad hacia el hombre y también valoró su dignidad. Dignidad que fue objeto de luchas durante su ministerio episcopal y más tarde siendo Papa. Como Obispo de Cracovia se había opuesto duramente al sistema del totalitarismo soviético, que anulaba la dignidad del campesino y del obrero polacos⁷⁶. El Cardenal Wojtyła rompió la barrera de la regla, practicada también en Polonia, que consistía en la construcción de nuevas ciudades sin iglesias, como por ejemplo, la ciudad de Nowa Huta, en contraposición a la católica Cracovia.

⁷⁶ La paradoja del comunismo soviético consistía en que buscaba teóricamente el bien del obrero y del campesino, pero se limitaba en la práctica a un pequeño grupo de personas que se habían apoderado del poder.

Como Papa, trabajó cuanto pudo por la supresión de este sistema esclavista que aterraba gran parte de Europa. Promovió siempre el respeto a la persona humana sin excepción, el respeto a la vida desde la concepción hasta su muerte natural, y el derecho a disponer de los medios necesarios para vivir. Comprendió al hombre y jamás olvidaba reclamar su fundamental derecho a la libertad. Juan Pablo II evidenció su madura humanidad tanto en los años de su ministerio episcopal como en los de su servicio petrino. Recalcaba siempre la dignidad de la etapa final de la vida y del momento de la muerte. Esto cobra relevancia en los tiempos actuales en los que el tema de la muerte es rechazado, al margen de la existencia humana. De ahí que esta gran humanidad de Juan Pablo II fuera subrayada en el inicio mismo de su proceso de beatificación.

2. Su espiritualidad recia

Mis encuentros con Juan Pablo II fueron, en síntesis, un evento histórico, pero, ante todo, una gracia de Dios. Sería bueno recordar aquí las palabras de Jesús: «Al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre (...), seguidle» (Lc 22,10). Toda persona trae consigo al mundo un conjunto de predisposiciones psico-físicas, llamadas por la psicología temperamento. La persona, con este don de Dios, y merced al entendimiento y a la libertad, va plasmando en su interior su propia personalidad, su carácter. Karol Wojtyła tuvo un carácter fuerte. Su continua habilidad para aprovechar las propias cualidades estaba fundada en una fe profunda y en una oración constante. Su deseo de ingresar en la Orden carmelitana apunta a la necesidad de entregarse a la contemplación que vivía ya siendo joven. Sin embargo, tomó la decisión de ingresar en el Seminario Mayor Diocesano, secundando las orientaciones del Cardenal Stefan Sapieha. Entre sus múltiples ocupaciones, siendo seminarista, sacerdote, Obispo y papa, siempre encontraba tiempo para la oración. Era, de verdad, hombre de oración, que lo acercaba a Dios y a los hombres. A pesar del empeño por el bien de las naciones y los pueblos, jamás llegó a perder el equilibrio entre la vida espiritual y la actividad exterior. Es fácil percibir en él el anhelo y la preocupación por un permanente y profundo encuentro con Dios. Su intensa espiritualidad basada en San Juan de la Cruz, le permitía comprender también a quienes le ofendían y hasta buscaban su muerte (atentado del año 1981). Se ha sabido estos días que llegó a redactar una carta a Alí Agca, que no llegó a enviarle.

En un tiempo de crisis de la autoridad y de tambaleo del sistema de valores religioso-morales, la espiritualidad de Juan Pablo II ha brillado como foco de luz para el hombre contemporáneo, transformándole en la máxima autoridad moral de todo el mundo. Tanto su humanidad como su espiritualidad favorecieron una fuerte aclamación, nivel mundial, de su santidad de vida.

3. Su ministerio pastoral fecundo

La confianza en las personas y la fe en su sentido de responsabilidad, moldearon siempre la manera de ser y de actuar de Juan Pablo II. Siendo Obispo de Cracovia, y más tarde pastor de la Iglesia universal, no temió jamás predicar en favor de la justicia y de la paz, aprovechando toda ocasión para hacerlo en sus contactos con la gente.

La condición de la eficacia de su labor pastoral emergía, ante todo, del cuidado de su vida espiritual. Juan Pablo II comprendía perfectamente que el apostolado tiene, sobre todo, un carácter testimonial, para lo que es imprescindible la práctica de la ascesis y de la contemplación. Idea que se repite, porque es basilar en su vida.

Los frutos de su actividad pastoral maduraban gracias al dinamismo, tanto de su vivencia, como de sus tareas, es decir, como logro de la contemplación y del trabajo. Con su palabra hablada y escrita, y con el ejemplo de su vida, infundía en la gente esperanza, e inculcaba confianza en el amor, en la misericordia de Dios y en la colaboración humana. Las frecuentes frases de Juan Pablo II: «no tengáis miedo», «abrid las puertas a Cristo», animaban a jóvenes, mayores, y pueblos atemorizados por la fuerza de las tinieblas. En su incansable labor pastoral se ganaba los corazones de la gente, cuando buscaba las «ovejas» perdidas, olvidadas, perseguidas. Comprendía y transmitía el profundo sentido de la Palabra de Dios en el momento preciso en que Dios lo llamaba a ser testigo de la Buena Noticia. Sabía leer los «signos de los tiempos», dando testimonio, continuamente, de la tradición de la Iglesia insertada en la realidad actual. Libre de todos los intereses privados, atraía hacia sí a los que profesan otras religiones en el mundo.

La alegría, jovialidad y hasta las bromas del Papa de los jóvenes eran paralelas en su apostolado a las exigencias a sí mismo y a los demás. Con su actitud modélica, sabía unir a la cristiandad dispersa, movilizándola en búsqueda del verdadero ecumenismo.

En los últimos años de su vida, cargado ya de enfermedades y sufrimientos, demostraba el sentido salvífico de la cruz de la edad avanzada, visitando a los enfermos y animando a los decaídos. Demostraba con ello, a su vez, el valor de la ancianidad en un mundo que pone en relevancia el vigor de la juventud y el bienestar a cualquier precio.

En sus múltiples viajes apostólicos logró reunir simultáneamente en la Eucaristía y en las celebraciones paralitúrgicas a millones de personas. Siendo peregrino y apóstol, visitó, a lo largo de los 27 años de su pontificado, la mayor parte de las comunidades católicas del mundo, ayudándolas a profundizar en su

conocimiento del Evangelio. Estos encuentros multitudinarios ponían de manifiesto la fuerza que brotaba de la unión de todos los reunidos en el nombre del Señor. La verdad en la caridad.

Juan Pablo II poseía el gran don de acompañamiento de los jóvenes. Les brindaba y al mismo tiempo recibía de ellos cariño, amistad, fidelidad. Los jóvenes, esperanza de la Iglesia y del mundo, tenían un lugar privilegiado en el corazón del Pontífice, porque son, a la vez, el rostro joven de la Iglesia Madre.

Enamorado de Dios y de su Madre Santísima, sumergido en la oración personal y litúrgica, nos dejó, como testamento, su gran amor a la Eucaristía. Su muerte tuvo lugar en el Año de la Eucaristía, proclamado por él en los meses de 2004 a 2005. La Eucaristía fue el alma de su vida y la vida de su alma. Por eso repetía en sus predicaciones que la Eucaristía no es un conjunto de gestos, sino la ofrenda purísima de Cristo a Dios por la salvación de todos los hombres.

La familia cristiana debe mucho a Juan Pablo II. Se puede decir, sin titubeos, que tras su paso por la vida, los corazones humanos laten más fuertemente al ritmo del amor. Juan Pablo II permanece en la memoria de la humanidad como hombre maduro y bueno, como gran sacerdote de alma limpia como un cristal, como pastor de devoción sana, paciente, incansable, acogedor...

¡Qué bien lo expresan estas palabras del Evangelio: «Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda?» (Lc 12,49).

32. «LOS MÁRTIRES, FIELES TESTIGOS DE JESUCRISTO» MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA (6 de noviembre)

*Misa de acción de gracias
Beatificación de Mártires de la Iglesia en España
S. I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 2 de diciembre de 2007*

1. El escándalo de la cruz. Esta mañana, primer domingo de Adviento, queremos inaugurar el nuevo año litúrgico celebrando una Misa de Acción de Gracias por la pasada beatificación de 498 mártires de la Iglesia española. Ellos son los testigos fieles y fidedignos que, con sus voces clamando «Viva Cristo Rey», continúan despertando nuestras conciencias y llamando nuestra atención hacia el signo paradójico de la cruz. En efecto, «lo que era, para los romanos, un instrumento de tortura, de humillación y de muerte, se ha convertido en la manifestación más luminosa del amor de Dios al hombre. Nosotros hemos podido vislumbrar esta grandeza a la luz de la resurrección de Jesucristo»⁷⁷.

⁷⁷ MONS. ANTONIO DORADO SOTO, «Los mártires: signos de amor, de perdón y de paz» (Julio 2007).

Solamente descubriendo el significado que encierra la muerte en la cruz y la Resurrección de Jesucristo podremos comprender con toda su hondura que nuestros mártires «son un signo grandioso y elocuente de autenticidad evangélica»⁷⁸.

2. Cristianos de diversas procedencias, unidos por un mismo amor. Los mártires beatificados el pasado 28 de octubre pertenecían a prácticamente todas las regiones españolas; los hubo muy jóvenes y ya ancianos; hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos y religiosas, padres y madres de familia, viudas, etc.

Pero todos ellos, según la Conferencia Episcopal, comparten algunos rasgos comunes: «que fueron hombres y mujeres de fe y de oración; que eran apóstoles de Jesucristo y se comportaron con valentía a la hora de confesar su nombre; que, en las circunstancias más difíciles, supieron confortar y sostener a sus compañeros de prisión; que no se dejaron amedrentar y rechazaron todo tipo de propuestas tendentes a negar su identidad cristiana; que se mantuvieron fuertes en medio de los malos tratos; que perdonaron a sus verdugos de manera explícita y rezaron por ellos; que supieron abandonarse en manos del Señor, con una profunda paz, en el momento del sacrificio. Esta actitud brotaba de su confianza en Dios y de su esperanza en la vida eterna»⁷⁹.

3. Recordamos a los mártires, pues ellos confesaron a Jesucristo. La Iglesia, ya lo advirtió el Señor, ha sufrido persecuciones y pruebas en su bimilenaria historia. Tan propio e inherente a su naturaleza es que la Iglesia sea misionera como que, identificada plenamente con su Cabeza, Jesucristo, sea también el blanco de vilipendios, humillaciones y opresiones de distinto signo. Y es que el Reino de Dios se enfrentará siempre a los hijos de las tinieblas, dispuestos a impedir que la Buena Noticia de Jesucristo llegue a todos los rincones del mundo. Pero es precisamente en esta aparente debilidad de la Iglesia donde se manifiesta, en toda su grandeza, el poder redentor y misericordioso de Cristo Crucificado.

La vida y la muerte de nuestros mártires constituyen, por eso, «una invitación a profundizar en la fe que configuró su ser, a encarnar el amor que guió su existencia y a acogerlos como un signo de esperanza también para el hombre de hoy. De ahí que la mejor de celebrar su beatificación consista en promover en todo el pueblo de Dios un nuevo impulso al perdón generoso y a la santidad, a la que todos estamos llamados»⁸⁰.

4. El martirio nuestro de cada día. En el *Angelus* rezado inmediatamente después de las beatificaciones, el Papa decía lo siguiente: «Mediante su ejem-

⁷⁸ *Ibidem.*

⁷⁹ *Ibidem.*

⁸⁰ *Ibidem.*

plo, (los mártires) testimonian que el bautismo compromete a los cristianos a participar con valentía en la difusión del Reino de Dios, cooperando, si es necesario, con el sacrificio de su propia vida»⁸¹. No obstante, este compromiso bautismal no lleva siempre al creyente *usque ad sanguinis effusionem*, es decir, hasta el derramamiento de su sangre, sino que, en muchas ocasiones, descubrimos «el testimonio silencioso y heroico de tantos cristianos que viven el Evangelio sin concesiones, cumpliendo con su deber y dedicándose generosamente al servicio de los pobres»⁸². No hace falta que recuerde, en nuestra Diócesis, los nombres de dos conocidos Siervos de Dios: D. Diego Hernández, sacerdote, y el Dr. D. Pedro Herrero.

«Este martirio de la vida ordinaria –continúa Benedicto XVI– es un testimonio tanto más importante en la sociedad secularizada de nuestro tiempo. Es la pacífica batalla del amor que todo cristiano, como Pablo, debe incansablemente combatir; la carrera por difundir el Evangelio, que nos compromete hasta la muerte». Sólo derramando nuestra sangre, es decir, entregándonos a los demás y amando en los pequeños detalles de cada día, podremos ser semilla de santas y numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras.

5. Llamados a ser santos. En su discurso inaugural ante la Asamblea Plenaria del Episcopado, Mons. Ricardo Blázquez se refirió a nuestros mártires en estos términos: «Los mártires nos enseñan a mantener la fidelidad a Dios, el amor a Jesucristo y el servicio a los hombres, no sólo en el último trance y en las situaciones cruciales de la vida, sino también en la existencia cotidiana. Frente al desgaste por el paso del tiempo y contra la amenaza de la rutina, la entereza de los mártires nos invita a superar la mediocridad. La fidelidad sacrificada y constante tiene que ver también con lo heroico. ¡Que el discurrir diario y a veces monótono de la vida no trivialice el amor, sino lo acrisole!»⁸³.

Mantener la fidelidad a Dios, el amor a Jesucristo y el servicio a los hombres, con fidelidad sacrificada y constante. En esto consiste la santidad; a ella estamos llamados todos los bautizados en Cristo. Una santidad que no resulta inalcanzable, y que, como escribiera Martín Descalzo, «no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias».

Que la Virgen María, Reina de los Mártires, nos asista y sostenga en nuestro cotidiano testimonio de amor a Cristo y a nuestros hermanos.

⁸¹ BENEDICTO XVI, *Ángelus* (28/10/2007).

⁸² *Ibidem*.

⁸³ MONS. RICARDO BLÁZQUEZ, *Discurso inaugural ante la XC Asamblea Plenaria del Episcopado* (19/11/2007).

33. HOMILÍA EN EL Vº CENTENARIO DE SAN FRANCISCO JAVIER (3 de diciembre)

*Misa con los Jesuitas de Alicante
3 de diciembre de 2006*

1. El P. Peter-Hans Kolvenbach, Prepósito General de la Compañía de Jesús, pide que este año jubilar sirva para que los jesuitas revivan «los tres carismas que ellos encarnaron: encontrar a Dios y unirse a Él mediante el trabajo para llevar todo a su plenitud como hizo Ignacio, proclamar apasionadamente el evangelio como Javier y profundizar en la vida espiritual como Fabro».

2. San Francisco Javier, proclamado por San Pío X Patrono de las misiones católicas en todo el mundo, es «gigante a lo divino, divino impaciente, misionero sin fronteras».

Junto al sepulcro de santo Tomás, Francisco Javier experimenta en su espíritu que el Señor Resucitado le impele a ir más adelante, más allá de las tierras y pueblos pisados por otros venidos de Europa. Decide, por ello, navegar hasta Japón, como más adelante decidirá navegar hasta China, aunque sabe que está dictada la pena de muerte contra todo extranjero que se atreva a poner su pie en el Celeste Imperio.

Francisco Javier, con sólo 24 años, ha obtenido ya la licenciatura en Artes por la Universidad de la Sorbona y se dispone a proseguir los estudios para obtener el título de Maestro o doctor. Es noble por nacimiento, es inteligente y culto, es vigoroso y campeón en salto de altura, querido por sus compañeros de estudios en París; le sonrío el porvenir. Se topa, sin embargo, con su compañero de habitación en el Colegio de Santa Bárbara, Ignacio de Loyola. E Ignacio no parará hasta ganarse el corazón de Francisco y convertirlo a Dios. ¡No le fue nada fácil!

El «gran moldeador de hombres», san Ignacio, se las vio y se las deseó para llevar a Francisco Javier a la entrega total a Dios. Decía el padre Ignacio que «el joven Francisco de Xavier» había sido «la más dura pasta» que había tenido entre manos; para añadir a continuación que «Dios se había servido de Francisco más que de cualquier otro sujeto de nuestro tiempo».

El «gigante a lo divino» era de una humildad extrema. Escribía en cierta ocasión: «Acordaos continuamente que Dios hace más caso de la buena voluntad llena de humildad con la que uno se ofrece a Él por su solo amor y gloria, que de los servicios que se hacen por Él, por numerosos que sean». ¡Y lo decía él, que no había parado de trabajar! Esa humildad lo llevará a escribir con total sencillez: «Ruegue a Dios Nuestro Señor que me dé la gracia de abrir camino a otros, ya que yo no hago nada».

No le cupo satisfacer el sueño más acariciado de su vida de misionero: entrar en China, porque la conversión a Cristo del Imperio chino representaba para Javier la clave de la conversión de todo el lejano Oriente. En la primera tumba de san Francisco Javier, una estela funeraria decía: «Aquí está enterrado un hombre verdaderamente apostólico».

3. San Francisco Javier es, en expresión de Benedicto XVI, «don de Dios a su Iglesia». Él es la mayor figura del cristianismo en Asia después de santo Tomás Apóstol. En momentos diferentes de la historia, la India, tierra de antiguas culturas y de profundos valores religiosos, abrió su corazón a santo Tomás y a san Francisco Javier, elegidos por Dios para predicar el Reino de Dios. Eligieron ir al mundo para enseñar el Evangelio. Y siempre, como afirmaba san Francisco Javier, «desconfiemos de nuestra eficacia, pero confiemos plenamente en Dios. No den siquiera muestra de desaliento y no duden de la victoria... Porque vivir sin gozar de Dios no sería vida, sino una muerte continua...»

Francisco Javier llegó a Goa en 1542 y se fue a vivir cerca del hospital para ayudar con mayor facilidad a los enfermos. Recorría calles y plazas tocando una campanilla, reunía a los fieles, los llevaba a la Iglesia y allí predicaba y los instruía. Los domingos se los pasaba con los leprosos y visitaba a los pobres y prisioneros. Fundó el colegio de la «Santa Fe» para educar a los jóvenes y formar a los cristianos. Francisco Javier se quedó dos años en aquellas tierras y se esforzó en aprender el idioma, tradujo oraciones y anunció la Buena Nueva. Se sabe que en un mes convirtió y bautizó a 10.000 personas.

En la isla de Sancian, a las puertas de China (donde él quería llegar), dentro de una cabaña, Francisco Javier agota los últimos momentos de su vida. Podría parecer que la única compañía que tenía era su crucifijo y un chino al que había convertido y que tenía que hacerle de intérprete. Pero se descubrió que, colgado del cuello, llevaba un pequeño estuche: dentro estaba la reliquia del apóstol Tomás, la fórmula de su profesión a la vida religiosa y las firmas de sus amigos que había ido cortando de sus cartas. No estaban lejos. Los llevaba en su corazón. Sin embargo, aparentemente, qué muerte tan fracasada: unas pocas conversiones, muchos bautizados, pero tan sólo unas conversiones de adultos... Un fracaso aparente casi como en el Calvario...

Fracaso tan sólo aparente, pues en 1853 -¡tres siglos después!- el primer vicario apostólico del Japón descubrirá, al llegar a Nagasaki, un grupo de cristianos clandestinos, descendientes de los antiguos que durante siglos se habían transmitido la fe de familia en familia, que la habían recibido de san Francisco Javier... Así es la obra de Dios: fracasos para los hombres, conversiones y santidad para Dios.

Y, finalmente, siempre de la mano de María Santísima. Dicen los biógrafos de san Francisco Javier que su madre, doña María, educó a sus hijos en el rezo del Santo Rosario ante el Cristo sonriente del Castillo y en una acendrada devoción a la Virgen: acudían todos los sábados a rezar ante la Virgen Santa María de la parroquia.

34. SAN NICOLÁS DE BARI (6 de diciembre)

*Homilía en la Solemnidad de San Nicolás
S.I. Concatedral de San Nicolás
Alicante, 6 de diciembre de 2010*

1. Devoción a san Nicolás muy extendida. San Nicolás de Bari vivió, según cálculos aproximados, desde el año 280 al 345. Se sabe de cierto que hacia la época del concilio de Nicea (325) era Obispo de Mira, Diócesis del Asia Menor. Es probable que asistiera al concilio. Murió en la capital de su Diócesis y fue sepultado en la catedral. En el año 1087 sus restos fueron trasladados a Bari, en Italia.

Hay un gran hecho histórico que no se puede desconocer: la devoción a San Nicolás de Bari, intensa y extensa. Es el santo de iconografía más numerosa, de tal modo que las imágenes de San Nicolás sólo ceden en número a las de la Santísima Virgen. Nicolás quiere decir en griego «vencedor de pueblos». Si no tenemos una biografía suya hasta cinco siglos después de su muerte (847), y en ella hay más devoción entusiasta que documentación histórica, poseemos una tradición ininterrumpida que nos autoriza a trazar aquí la biografía popular entrañable del santo de Mira y de Bari.

2. Infancia y juventud. El relato tradicional refiere que sus padres se llamaron Epifanio y Juana. Destacó Nicolás por su temprana y ejemplar devoción juvenil y una encendida caridad. La tradición recoge un milagro en plena juventud en la ciudad de Pátara, donde se afirma que nació. Al dirigirse Nicolás al templo, según esta versión, una pobre paralítica le pidió limosna. Pero el santo había repartido ya todo lo que llevaba, y entonces, elevando los ojos al cielo y orando interiormente, dijo después a la paralítica: «En el nombre de Jesús, levántate y anda». Y al momento recobró la pobre mujer el uso de sus miembros paralizados.

Había en Pátara, según se dice, un hombre rico venido a menos que tenía tres hijas muy hermosas a las que no podía casar por falta de dote. Y el hombre fue tan ruin que maquinó el prostituir a sus bellas hijas para obtener dinero. Lo supo Nicolás y, deslizándose en el silencio de la noche hasta la casa donde habitaban el padre y las hijas, arrojó por la ventana de la alcoba del hombre una bolsa

de oro. Se retiró sin ser oído. Al día siguiente el hombre, con enorme regocijo, abandonó su idea y destinó aquel oro a dotar a una de las muchachas, que inmediatamente se casó. El santo, al advertir el excelente fruto conseguido, repitió su excursión nocturna y dejó otra bolsa, que se convirtió en la dote de la segunda de las jóvenes. Nicolás repitió el donativo la vez tercera, pero en esta ocasión fue sorprendido por el padre, arrepentido ya de sus malos pensamientos, que se explayó en manifestaciones de gratitud y de piedad. Por él se supo lo ocurrido y que había sido Nicolás el generoso donante. Como la tradición quiere que las tres veces que el Santo dejó la bolsa ocurriera el hecho en lunes, en esto se funda la devoción de los tres lunes de San Nicolás.

3. Nicolás, sacerdote y Obispo. Se afirma que Nicolás perdió a sus padres siendo aún muy joven y que, sintiendo vivamente la vocación sacerdotal, se acogió al amparo de un tío suyo, que lo precedió en la silla episcopal de Mira. Sobre la designación de san Nicolás para la silla episcopal de Mira se afirma que, no llegando a un acuerdo los electores, un anciano Obispo, sin duda por inspiración divina, propuso que se designara al primer sacerdote que entrase en el templo a la siguiente mañana. Este sacerdote fue Nicolás, que tenía costumbre de celebrar a primera hora. Pareció con esto que el dedo de Dios lo señalaba, y fue electo y consagrado Obispo de Mira, sede que ocupó hasta su muerte.

La ceremonia de la consagración se completa con un nuevo milagro que justifica la devoción a San Nicolás como abogado especial para casos de incendio. Quiere la tradición que, hallándose el nuevo Obispo vestido de pontifical, penetrase en el templo una infeliz mujer que llevaba en brazos a un niño muerto abrasado. Lo depositó sin decir palabra a los pies del Obispo, el cual oró brevemente, obteniendo del poder de Dios que el pobre niño volviese a la vida.

4. Persecución a los cristianos. En las persecuciones emprendidas por el Imperio Romano, el santo Obispo de Mira fue encarcelado por Licinio y sometido a tortura en la prisión, quedándole cicatrices gloriosas, que mostró después en Nicea y que besó Constantino en la recepción final a los Obispos concurrentes. Precisamente, en su viaje de ida al concilio se sitúa el más popular de sus milagros. En la mayoría de las estampas e imágenes aparece San Nicolás al lado de una especie de cubo, del cual salen tres niños en ademán de orar y dar las gracias. Esta imagen responde al siguiente acontecimiento:

Yendo San Nicolás camino de Nicea para asistir al concilio acompañado de Eudemo, Obispo de Pátara, y tres sacerdotes más, se detuvieron al caer de la tarde en un mesón donde determinaron pasar la noche. Al servirles la cena el ventero puso sobre la mesa una fuente llena de comida. San Nicolás pronunció la bendición y, en el mismo instante, se le reveló que aquel guisado no era otra cosa

que carne humana. El ventero era un asesino que, de vez en cuando, mataba a un huésped y ofrecía la carne después a otros. Las últimas víctimas habían sido tres adolescentes, que yacían ahora despedazados en una cuba. San Nicolás acusó al ventero de su horrendo crimen y, ante la negativa de éste, el santo conminó a todos a que lo acompañasen a la bodega o despensa, donde, puesto en oración frente a una cuba, salieron de ella los tres muchachos vivos, que dieron gracias a san Nicolás por su intercesión.

El Obispo Nicolás vivió santamente hasta los sesenta y cinco años de edad, muriendo el 6 de diciembre del 345. Enterrado en la Iglesia de Mira permaneció su cuerpo por espacio de setecientos cuarenta y dos años, hasta que, habiendo pasado la ciudad y todo aquel territorio a manos de los sarracenos, cundió en las poderosas ciudades italianas, donde la devoción al santo era muy viva, el propósito de realizar una expedición para el rescate de sus restos mortales. Los de la ciudad de Bari lograron tal propósito utilizando un barco que en apariencia iba a llevar trigo a Antioquía. Se apoderaron de la venerada reliquia y desembarcaron con ella en Bari el 9 de mayo de 1087. Allí reposan desde entonces los restos de san Nicolás, que por eso es llamado de Bari, y la ciudad es centro de peregrinaciones de devotos de todas partes. Es santo Patrono de Rusia.

35. CRISTO NUESTRO BIEN: SANTA MARAVILLAS DE JESÚS (11 DE DICIEMBRE)⁸⁴

«Padre nuestro... Como está V.R. aquí, no quiero hacer nada fuera de la obediencia. ¿Me daría licencia para pasar la noche en la capillita? Si me viene el sueño, que lo dudo, consentiré retirándome a la portería. Es que tengo mucho que tratar con el Señor o más bien que escuchar...».

(De una carta de M. Maravillas al P. Valentín de San José, fechada el 26 de septiembre de 1942).

En un artículo de José Pascual, que vio la luz en los días del tránsito de M. Maravillas al cielo, puede verse esta acreditación precisa:

«Se llamaba esta monja carmelita con un nombre cargado de sorpresa y eficacia: Maravillas. Se apellidaba con el mismo apellido con que quiso apellidarse su Santa Madre: de Jesús. Y cuentan los primeros biógrafos –ésos a los que todavía no ha condicionado la necesidad imperiosa de recomponer el testimonio– que la M.

⁸⁴ Publicado en AA. VV., *Dios vivo, muy amante y muy amado. Vida eucarística de la M. Maravillas de Jesús, carmelita descalza*, La Aldehuela-Cerro de los Ángeles 1993, pp. 37-51.

Maravillas de Jesús tenía tanto de celestial como de andariega; tanto de sentido trascendente y místico, como de razón y dinamismo en un tiempo en el que lo que se necesitan son obras»⁸⁵.

El Dr. Vega Díaz, que prestó –según testimonio propio– asistencia durante bastantes años (a requerimiento del profesor G. Marañón, que la quería y admiraba extraordinariamente)⁸⁶ nos ofrece, de hecho, suficientes datos de identidad para un carnet, mitad terreno, mitad celeste:

«Madre Maravillas de Jesús, hija, en la tierra, de los marqueses de Pidal; hija, en la Iglesia primero de Dios y después de Teresa de Ahumada; madre en la descalcez carmelitana, de cerca de un centenar de hijas ejemplares que supieron, a su lado, subir el escaño que pone al ser humano a la altura de eso que se llama cielo, ascenso que los médicos, en cuanto científicos o pensantes, todavía no hemos entendido bien o lo han entendido muy pocos; algo que tenemos el deber de comprender; quizá algo que hay que sentir más que comprender»⁸⁷.

Datos exactos y precisos algunos y otros que dejan entrever, que atisban un poco, mejor aún, que apuntan a «la rica interioridad de aquella alma privilegiada»⁸⁸. «Supera a nuestros conocimientos –comparto plenamente el testimonio de la M. Cristina de la Cruz de Arteaga– el intento de profundizar en esa Vida que fue foco de luz y de amor para tantas»⁸⁹. «Estas dos cosas, confiesa en una carta al P. Torres, amarle y hacerle amar están vehementísimamente, no sé decirlo, como clavadas en este pobre corazón»⁹⁰. En otro lugar de estas páginas se hace un intento nuevo para aproximarnos a una biografía suya, siempre rica y enriquecedora.

Nuestro propósito, que responde a un encargo indeclinable, es más modesto. Pretende únicamente ofrecer un florilegio o selección de pensamientos suyos sobre la Eucaristía. Pensamientos que retratan su vida eucarística.

«Un día –nos confiesa M. Maravillas "lámpara, viva y ardiente"⁹¹–, al ir a comulgar me pareció sentir como la mirada del Señor sobre mi alma con amor y compasión.

⁸⁵ JOSÉ PASCUAL, «Teresa de Jesús del siglo XX», en *Familia cristiana* (1975).

⁸⁶ F. VEGA, *La Madre Maravillas, el Milagro y la psicoterapia religiosa*, Madrid 1978, p. 1.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 3.

⁸⁸ B. JIMÉNEZ DUQUE, «Madre Maravillas», en *Rev. Manresa* (1975) 183, 7.

⁸⁹ SOR CRISTIAN DE LA CRUZ ARTEAGA, «En la muerte de la Madre Maravillas», en *Spes*, abril 1975.

⁹⁰ M. MARAVILLAS, *Carta 434*, t. 2, p. 731.

⁹¹ SOR CRISTINA, «En la muerte», *Ib.*

Yo también le miraba, y con eso me parece lo decía todo sin poder decir nada»⁹²

Si no pudo decir nada en aquel momento y su vida fue enriqueciéndose «con su total y serena entrega a la voluntad de Dios»⁹³, «con la fuerza de una caridad inextinguible que fue el secreto de su vida»⁹⁴, y con la «preciosa armonía entre su modo de pensar y su norma de actuar»⁹⁵ pregunto: ¿No debemos esperar que, quien fue el Carmelo «para silenciosamente, santificarse allí escondida»⁹⁶ nos explique lo de «qué naturalidad en lo sobrenatural?»⁹⁷. Pienso que sí, puesto que

«es el Carmelo como dice la Santa Madre, "un cielo si le puede haber en la tierra", y esto se comprende y aumenta de día en día, puesto que se tiene sólo a Dios... ¡Es tan sólido y tan verdadero! Y, claro, ya sabemos que acercándose más a Dios, cada día, es tener más cielo aunque aquí en la tierra sea en la cruz...»⁹⁸

Años fueron los suyos, sobre todo los últimos en que vivió escondida en el Carmelo de La Aldehuela, «de sufrimiento de entrega de paz del alma»⁹⁹, «el amor al Señor... es "dolor y cielo"... yo quisiera que ese divino amor creciese en mi corazón hasta consumirlo de veras, y por otro lado es tan pobre y miserable lo que de él puede brotar...»¹⁰⁰.

Santa Teresa de Jesús, fundadora, andariega y persuasiva como pocas mujeres, inculcó a sus hijas el amor ardiente a la Eucaristía:

«Nunca dejé fundación, asegura, por miedo del trabajo... considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento... Estar Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre, como está en el Santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos había de ser»¹⁰¹

Y es que había experimentado ella, como pocos, que «ya que los ojos del

⁹² M. MARAVILLAS, *Carta* 254, t. 1, p. 396.

⁹³ «Por las sendas de la Caridad». Prólogo de M. González Martín, Madrid 1984, p. 7.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 7.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 8.

⁹⁶ B. JIMÉNEZ DUQUE, «Madre Maravillas», *Rev. Manresa* (1975) 188, 2

⁹⁷ M. MARAVILLAS, *Carta* 913, t. 4, p. 1398.

⁹⁸ M. MARAVILLAS, *Carta* 6.247, t. 31, p. 11812.

⁹⁹ B. JIMÉNEZ DUQUE, «Madre Maravillas», p. 6.

¹⁰⁰ M. MARAVILLAS, *Carta* 365, t.2, p. 580.

¹⁰¹ S. TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, 18, 5. M. MARAVILLAS, *Carta* 362, t. 2.

cuerpo no se pueden deleitar en mirarle por estar tan encubierto, se descubra a los del alma. Y se le de a conocer «que es otro mantenimiento de contentos y regalos y que sustenta la vida»¹⁰². Que «de toda cuanta manera quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación»¹⁰³.

El P. Daniel de Pablo Maroto, que ha estudiado la *Vida eucarística de Santa Teresa en el siglo de las reformas*¹⁰⁴, llega a hacer estas precisiones:

- «Su cristología tiene matices y bases de rica exhuberancia religiosa y femenina. El Cristo de Teresa es el Cristo real, el histórico; no hace diferencias entre el Cristo histórico y el de la fe. Se enamora del Cristo de los Evangelios, a quien intuye predicando todavía el Evangelio. La Humanidad de Cristo viene a ser para ella el instrumento salvador que ofrece el Padre a todo creyente, de esa Humanidad brotan la Iglesia, los sacramentos, la gracia. Es el instrumento unido a la divinidad, como decía la escolástica medieval, sacramento primordial. La Santa ha intuido la verdad que los teólogos habían encontrado en la especulación del laboratorio.
- La Humanidad de Cristo no sólo es el canal de gracia que procede del cielo y llega hasta la tierra, sino la persona amiga con la que puede dialogar amorosamente muchas veces y a solas. Este es el núcleo de la oración teresiana...
- La Santa ve claro que, prescindiendo de Cristo como objeto de contemplación, puede disminuir su devoción a Jesús Sacramentado. Ese fue su temor, porque Cristo en el Sacramento está también como hombre. "Podría el demonio venir a hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento", escribe (6M, 7, 14). Pensando en Cristo como hombre puede encontrarse con él en el Santísimo Sacramento como "compañero" (V, 22, 6)...
- También recuerdo que los matices humanísticos de la espiritualidad teresiana –rigor con suavidad y prudencia, sensibilidad humana, virtudes y sociales– tiene su apoyo profundo en este encuentro con lo "humano" de Cristo con su Humanidad, superando el tradicional dualismo neoplatónico y maniqueo que ha infeccionado algunas corrientes espirituales de Occidente. "Es gran cosa –escribe la Santa– mientras vivimos y somos humanos, traerle humano" (V, 22, 9). "Divino y humano junto es siempre su compañía", dice refiriéndose al quehacer del buen espiritual (6M, 7, 9)»¹⁰⁵.

¹⁰² S. TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, 34, 5.

¹⁰³ *Ibidem*, 34, 2.

¹⁰⁴ D. DE PABLO MAROTO, *Vida eucarística de Santa Teresa en el siglo de las reformas*, Madrid 1990.

¹⁰⁵ *Ibidem*, 13-14, 14-15, 17.

No buena, sino buenísima, espiritual, ha sido la M. Maravillas, que bebió en tan rica fuente. Su experiencia personal, enraizada en estas mismas convicciones, le ha servido también a ella para inculcar en las monjas de sus nuevas fundaciones que «unas y otras tenemos que vivir sólo, sólo para Él»¹⁰⁶. «Sí Hermanas e Hijas mías démonos de veras a Quien nos compró con su sangre, a Quien es y será eternamente, nuestro único amor»¹⁰⁷.

He aquí una síntesis sencilla –pueden hacerse otras– de lo que, a mi juicio, fue para ella y quiso que fuera siempre para sus hijas el Señor Sacramentado en su monasterio.

1. Eje vertical de su vida

Ha de serlo, piensa ella, para todo cristiano. Cuánto más para las carmelitas descalzas, escondidas siempre. «¡Cuántas gracias tenemos que dar por vuestra vocación! Aquí escondidas, como en la casita de Nazaret...»¹⁰⁸.

A Jesús, esposo del alma, se ha consagrado de por vida la carmelita. Para Él vive y por Él se mueve. El es su Camino, su Verdad, su Vida. Vida que orienta sus pasos y que la eleva, al abajarse hasta nosotros y ocultarse en nuestra pequeñez. Cuando piensa en sí misma, piensa igualmente la carmelita en sus hermanos, a quienes quiere ayudar desde su anonadamiento, desde su pobreza, desde su pequeñez e insignificancia. Cuando menos parece y menos aparece ella, tanto más evidencia con su vida la grandeza de Dios y el amor misericordioso con que ha querido elegirla.

Cristo permanece oculto, silencioso, paciente, sacrificado en el Sagrario de su palomarcico. Y allí descubre ella el modelo perfecto de su vida recogida, humilde y sacrificada. Junto a Él y en Él, puede muy bien ser el corazón de la Iglesia, que «bombee la sangre nuevamente oxigenada» y que infunde nueva vida en el organismo, en todo el cuerpo místico. Este y no otro es el secreto de su vida. Desde lugar tan escondido, la carmelita gasta su vida, a imitación del Maestro, por todos los hermanos, especialmente por los sacerdotes.

«A mí, lo que me atrae –escribía recientemente una hija de la M. Maravillas– es pensar que el que está en el Sagrario es una persona viva, y que estoy delante de Alguien. Este Señor, allí presente, tiene un corazón vivo, que late en ansias redentoras, en deseos de entrega, de donación, de que los hombres tengan sus mismos sentimientos y su misma vida.

¹⁰⁶ M. MARAVILLAS, *Carta* 1.291, t. 6, p. 2170.

¹⁰⁷ M. MARAVILLAS, *Carta* 4.853, t. 26, p. 9988.

¹⁰⁸ La Aldehuela, 26-6-1961. Capítulo de Comunidad.

Toda nuestra vida, por tanto, gira alrededor del Sagrario y son muchas las horas que pasamos en compañía del Señor Sacramentado. Siempre que pasamos por el coro, hacemos genuflexión. Nuestra celda y nuestras horas en la misma se orientan hacia el Sagrario...

De ahí que, cuando la Carmelita se acerca al Señor, lo primero que descubre en Él es el amor que tiene hacia ella y que tiene a cada uno de sus hermanos, a todos los hombres. Y piensa que este amor de benevolencia y de correspondencia ha de traducirse, lógicamente, en una identificación personal cada vez más lograda. En el Sagrario se esconde mucho amor humilde; y humilde ha de ser la carmelita que ama..., hasta ser transparencia suya, "vida eucaristizada"».

2. Centro de su amor

Al caer en la cuenta de forma progresiva, totalizante y totalizadora, de que el Maestro quiso permanecer en el Sagrario por una locura de amor a los hombres, la Carmelita descubre que ésta es la forma de corresponder, amorosamente, a tal entrega. Ella no frecuenta las aulas de la universidad, ni pasa largas horas en su biblioteca siempre reducida y selecta; aprende, más bien, la ciencia de la santidad a los pies de su Señor o en la celda de su recogimiento silencioso. Allí permanece amando y reparando, uniendo su voz a la de Cristo, en la alabanza de amor al Padre, adorando y descubriendo dentro de sí a las Tres Personas de la Trinidad que en ella moran. Adoración personal y adoración en nombre y a favor de toda la Iglesia y de la humanidad entera.

El amor de Cristo Jesús, contemplado y vivido, ayuda a la carmelita si ofrecerse como víctima viva, como ofrenda permanente. La empuja a ser el amor prolongado en la vida, que da la vida por amor. De ahí que diariamente repita esta oblación en la Santa Misa, donde se siente sacerdote por el bautismo y víctima en la Eucaristía «Participando del sacrificio eucarístico –leemos en la Constitución *Lumen gentium*– fuente y cumbre de toda la vida cristiana (los fieles), ofrecen a Dios la víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella»¹⁰⁹. Allí renueva la carmelita con frecuencia su profesión como momento actualizado de una donación de por vida.

Así, reza el acto de consagración al Corazón de Jesús, compuesto en 1931 por la Madre Maravillas:

«¡Corazón amantísimo de Jesús! Humildes y confiadas nos presentamos hoy ante vuestra soberana presencia. Nada somos, y vos conocéis bien la ruindad de nuestros corazones; pero ante esta debilidad nuestra, más que nunca lo esperamos

¹⁰⁹ LG 11.

todo de Vuestra bondad y misericordia. Dios nuestro y único amor de nuestras almas. Os renovamos con todo nuestro corazón el ofrecimiento de todo nuestro ser, de nuestra vida, de nuestra sangre y ¡qué dichosas seríamos si los aceptaseis, unido todo a los méritos de Vuestra Pasión y muerte y a los dolores de la Santísima Virgen! Recibidlo por manos de esta Nuestra Madre Inmaculada... Os lo ofrecemos en satisfacción de nuestros propios pecados y de todos cuantos se cometen en nuestra pobre España... Libradla Señor de todos sus enemigos y reinad ya en esta tierra vuestra según Vuestra promesa»¹¹⁰.

Tan convencida está la Madre de la realidad que aquí se dibuja, que no resulta extraño encontrar en su correspondencia a otras Carmelitas afirmaciones como éstas, repletas de buen humor y alentadores siempre:

«Llevamos dos días que no se hace pan en el pueblo y de sus resultas la panadera nos ha regalado unos bollos, la veterinaria pan, la criada del señor cura un saquito de harina; en fin que nuestro Jesús se desborda con sus dos Carmelos por ser tan bueno Él... Hoy he hecho que canten la sentencia esa –no me acuerdo cómo es ahora– que habla de la Eucaristía y dice no sé cómo, del otro pan no te ocupes; o algo así, "que te lo dará tu esposo"»¹¹¹.

El esquema que utiliza el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Redemptor hominis*, nos ayuda a entender la idea tan exacta que orientó la vida eucarística de la M. Maravillas; siempre, pero de manera más decisiva en sus años de vida en el Carmelo.

«La Iglesia celebra incesantemente la Eucaristía, encontrando en ella la "fuente de la vida y de la santidad", el signo eficaz de la gracia y de la reconciliación con Dios, la prenda de la vida eterna...

En este sacramento se renueva continuamente, por voluntad de Cristo, el misterio del sacrificio, que él hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la cruz: sacrificio que el Padre aceptó, cambiando esta entrega total de su Hijo que se hizo "obediente hasta la muerte" (Flp 2, 8) con su entrega paternal; es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección, porque el Padre es el primer origen y dador de la vida nueva desde el principio...

La Eucaristía es el sacramento más perfecto de esta unión. Celebrando y al mismo tiempo participando en la Eucaristía, nosotros nos unimos a Cristo terrestre y celestial que intercede por nosotros al Padre, pero nos unimos siempre por medio

¹¹⁰ M. MARAVILLAS, *Billete* 778, t. 33, p. 12580.

¹¹¹ M. MARAVILLAS, *Carta* 1.286, t. 6, p. 2153

del acto redentor de su sacrificio, por medio del cual nos ha redimido de tal manera que hemos sido "comprados a precio" (1 Cor 6, 20).

La Eucaristía es el sacramento en que se expresa más cabalmente nuestro nuevo ser, en el que Cristo mismo incesantemente y siempre de manera nueva, "certifica" en el Espíritu Santo a nuestro espíritu (cf. 1 Jn 5, 5-11) que cada uno de nosotros, como partícipe del misterio de la Redención, tiene acceso a los frutos de la filial reconciliación con Dios, que El mismo había realizado y siempre realiza entre nosotros mediante el misterio de la Iglesia»¹¹².

Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión y Sacramento-presencia real es para la M. Maravillas y es para toda carmelita Jesús en la Eucaristía.

Eucaristía-Sacrificio

Lo es en el momento preciso de la celebración de la Santa Misa. Allí se actualiza sacramentalmente la única oblación de Cristo al Padre en la cruz, su entrega por todos y cada uno de nosotros, su reparación por los pecados de todos los hombres. El fue a la vez Sacerdote, Víctima y Altar. La vida de la M. Maravillas tuvo sentido y explicación por el «martirio del corazón» que la hizo humilde y pequeña de verdad. «Era humilde –asegura D. Marcelo González– y sólo la humildad permite verse pequeños a los verdaderamente grandes de espíritu y de corazón»¹¹³. Dicha humildad, predicada con el ejemplo, resultaba contagiosa para otras hermanas.

«Quiero que tú y esa otra religiosa –leemos en una relación escrita sobre la fundación del Cerro– os inmoléis continuamente por la gloria de mi Corazón»¹¹⁴

Todos sus años, pero sobre todo los últimos, de 1972 a 1974, fueron, asegura D. Baldomero, «años de sufrimiento, de entrega, de paz del alma»¹¹⁵.

Eucaristía-Comunión

Al hablar de la vida eucarística de la Madre Teresa de Jesús, un ilustre carmelita asegura:

«La comunión era para ella el premio de sus afanes de creyente, momento culminante de su vida cristiana. Ella tuvo la suerte de comulgar, durante los últimos

¹¹² JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor Hominis*, nn. 21, 80-82.

¹¹³ M. GONZÁLEZ, Prólogo a «Por las sendas...», p. 8.

¹¹⁴ Relación Fundación del convento del Cerro, 12-9-1923.

¹¹⁵ B. JIMÉNEZ DUQUE, «Madre Maravillas», *Rev. Manresa* (1975) 183, 6.

años de su vida, diariamente; pero siempre se contuvo dentro de los límites de la prudencia en un siglo en que algunas almas histéricas lo deseaban más por regocijo de la carne que por auténtica piedad religiosa. Teresa tuvo que intervenir con decisión en algunos conventos, haciéndose famoso el de Medina del Campo donde las monjas creían que se morían si no comulgaban diariamente. La Santa puso remedio a tanta piedad apasionada que corría el riesgo de acabar en tragedia y las condujo al buen camino con consejos y prudencia. Y las monjas no se murieron... .

La Santa también ha cuidado de enseñar el modo de comulgar con estilo, no abusando de timideces o escrúpulos, ni mucho menos con rutina o en pecado mortal. Todo lo ha previsto esta maestra del espíritu...»¹¹⁶.

Esta buena hija de tan buena Madre aprendió muy bien la lección. Ella que en la fiesta del 15 de octubre de 1929, «estando en esto no sé que sentí, fue un momento, me pareció que por qué no había de ser santa como ella lo fue, que el Señor lo quería...»¹¹⁷.

Llena su alma en ocasiones de «confusión y vergüenza»¹¹⁸, de «algo interior que ocupa el alma quitando la atención de todo... y otras en que vuelve a parecerme todo lo de la vida espiritual mentira, que siente agonía, tedio y amargura profundísima, desamparos de Dios y rebeldías contra él...»¹¹⁹. Claro que, también entonces, fortalecida por el alimentó que recibe en la Eucaristía y por la oración que se le pasa volando, llega a matizar:

«Yo quisiera que estos diversos sentimientos no fueran más que accidentes del camino, quisiera dejarles que atormentasen el alma como el Señor quiera, pero con unos o con otros ir siempre hacia El olvidándome de mí; quisiera... no sé lo que quisiera... empezar a corresponder al amor del Señor aunque no le sienta, creer y consagrarle este pobre y miserable corazón que es muy triste, pero aún no lo está de veras...»¹²⁰.

En esta misma carta al P. Torres, fechada el 15 de febrero de 1929, termina diciéndole que lo que de veras le preocupa es ser santa. Y para «realizar estos deseos me encuentro en una total pobreza, siento que no puedo nada, que no soy nada, que no sé nada»¹²¹.

¹¹⁶ D. DE PABLO MAROTO, *Vida eucarística...*, Madrid 1990, pp. 29-31.

¹¹⁷ M. MARAVILLAS, *Carta 174*, t. 1, p. 279.

¹¹⁸ M. MARAVILLAS, *Carta 106*, t. 1, p. 179.

¹¹⁹ *Ibidem*, 178.

¹²⁰ *Ibidem*, 178.

¹²¹ *Ibidem*, 179.

¿Cabe otra actitud mejor para el encuentro personal, para la donación total, para la comunión de personas?

«En la Sagrada Comunión me sucede algunas veces, y hoy ha sido una, en el momento de ir a recibirla, que no se sabe qué hacer... Además, padre, así sin cosa distinta a veces en el fondo, en silencio de todo, parece hace el Señor sentir o ver su amor, de un modo que deshace el alma. Hoy me parecía me daba a entender un poco, entendiendo que nada podía entender, la grandeza y la ternura de ese amor de locura y cómo tenía que corresponder de ese mismo modo, con este pobre y miserable amor mío»¹²².

Después de la Comunión la Carmelita logra escuchar los latidos del Corazón de Cristo, en un momento de intimidad única, que trata de prolongar a lo largo de todo el día. Se siente amada entrañablemente y comprende muy bien que su amor de correspondencia no está a la altura de lo que recibe. Si a la Madre Teresa le gustaba echarse a los pies de su Señor, después de la Comunión, abrazarse a ellos y llorar sobre ellos, M. Maravillas llama «habitual recuerdo de Dios», en el que hay que estar, a esa permanencia continuada de Dios en nosotros y de nosotros en Dios.

«La otra tarde al salir del Coro estando con ese habitual recuerdo de Dios, pero sin pensar nada en particular, sentí de improviso muy claramente como si el Señor imprimiese en mi alma, que ahora ya no quiere que me ocupe de nadie más que de El. No se, me vino esto, como con mucha fuerza y enseguida me acordé de lo de la Santa Madre "Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles". Me pareció que esto nada tenía que ver con las ocupaciones exteriores, pero que era otra cosa que ese constante recuerdo de Dios que se tiene sin esfuerzo ninguno...»¹²³.

Se siente entonces muy unida a sus Hermanas, que ha tenido idéntica dicha y allí nace el deseo vivo de ayudarlas.

Eucaristía-Presencia

Con frecuencia la M. Maravillas recuerda a sus hijas –porque lo vive– que el Señor permanece escondido y oculto en el Sagrario de la Capilla y en el Sagrario del alma, que vive en gracia. Escondido y oculto sí, pero misteriosamente presente:

¹²² M. MARAVILLAS, p. 447.

¹²³ M. MARAVILLAS, *Carta 324*, t. 2, p. 514.

«En este santo y bendito Carmelo, Jesús tiene un Sagrario en cada uno de los corazones de sus esposas, adornado con el oro purísimo de la caridad y esmaltado con las piedras preciosas de vuestras virtudes; pero en el de la Iglesia reposaba en vasos de meta»¹²⁴.

Esa presencia es la que facilita la oración, la que da sentido a nuestra existencia y la que aconseja dejar para el cielo la bienaventuranza y el gozo eterno. Ahora es el momento de merecer, sostenidos por quien puede hacerlo:

«Esta tarde en la oración yo no sé, sin ser nada particular, tenía una paz y un descanso grandes, estaba muy bien junto al Señor y se me hizo cortísima la hora. No he hecho la oración sobre nada, sólo estar allí con Él y sentir el alma como llena de un amor intenso pero callado y pacífico. Luego me ha parecido tan clara la verdad de mi miseria, de mi completa impotencia para todo bien, pero todo esto anegado en el mar sin fondo del amor y de la misericordia de mi Dios. Tan claro que todo es nada fuera de agrandar y servir al Señor... Pero yo no sé, gocé tanto en la oración y salí tan consolada de ella, que no me hago a estar así. Claro que si el Señor lo quiere por mi miseria será lo mejor, pero si Él se ha reservado toda una eternidad para hacernos gozar de Él, yo prefiero que sosteniéndome no me quite mi parte de poder sufrir estos cuantos días por su amor»¹²⁵.

«Ayer al comulgar como siempre, hecha un mármol de frialdad e indiferencia, no se lo que creo sentí, pues fue en oscuro, pero así como la grandeza, el poder, la bondad, el amor de Dios, algo de esto, tan dentro, tan unido a mí, fortaleciéndome y dándome como una paz y seguridad, que me parecía nada podía temer ni de dentro ni de fuera. Fue un momento, pero muy intenso, y me quedé no sé cómo, consolada hasta de estos horrores presentes que tan hondo llegan. Estaba la Majestad del Señor tan por encima de todo ello... No me sé explicar»¹²⁶.

Amor en respuesta al amor, entrega por amor y reparación por amor, son ocupaciones diarias de la carmelita descalza en su palomarcico.

«Hijas, leemos en el testamento de la Madre, procurar vivir como vivía el amor de nuestro Dios, con esa humildad y caridad que a Él tanto le complacía, olvidadas del todo de sí»¹²⁷.

¹²⁴ M. MARAVILLAS, *Carta* 5.201, t. 27, p. 10454.

¹²⁵ M. MARAVILLAS, *Carta* 324, t. 2, p. 514.

¹²⁶ M. MARAVILLAS, *Carta* 329, t. 2, p. 522.

¹²⁷ M. MARAVILLAS, *Carta* 4.915, t. 26, p. 1077.

Estar en su casa significa ser miembro de la familia y compartir con ella riquezas y preocupaciones, consuelos y alegrías:

«Al ir a comulgar anoche estando sin nada en todo el oficio, sentí de repente avivarse la fe y me pareció (no sé cómo) como si la Santísima Virgen me entregase en aquel momento al Niño; pero tan claro y tan fuerte fue esto, que instintivamente descruce las manos y como si realmente le tuviera en los brazos volví a mi sitio con trabajo. Allí no sé bien lo que fue, esta vez mucha dulzura y mucho amor... Y en ese amor me parecía quería quedarse conmigo siempre; no sé decirlo, como si también me pidiese mi pobre corazón como un lugar de refugio, de descanso en estos tiempos»¹²⁸.

¹²⁸ M. MARAVILLAS, *Carta 338*, t. 2, p. 535-536.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
RESEÑABIAGRÁFICA	9
TABLADEABREVIATURAS	13
I. AQUÍ ESTOY, SEÑOR, PARA HACER TU VOLUNTAD	
1. CUM IPSO. CON ÉL.....	15
2. VENGO A SER VUESTRO SERVIDOR.....	20
3. ADIOS EN EL SEÑOR.....	28
4. ¡ADIOS, PALENCIA, HASTA SIEMPRE!.....	31
5. CON ÉL. FE Y CONFIANZA EN JESUCRISTO.....	32
6. SERVIR Y SERVIR, CON AMOR Y POR AMOR.....	38
7. «DOY GRACIAS A DIOS CADA VEZ QUE OS RECUERDO».....	41
II. LLAMADOS POR EL SEÑOR	
1. LA PROPUESTA VOCACIONAL, TAREA PASTORAL PRIORITARIA.....	43
2. «POR CRISTO Y POR LOS DEMÁS».....	62
3. LAICOS, SED CONSCIENTES DE VUESTRA VOCACIÓN.....	65
III. EL DON DEL SACERDOCIO	
1. FIDELIDAD Y PACIENCIA EN TIEMPOS RECIOS.....	69
2. EL BEATO MANUEL GONZÁLEZ, MAESTRO DE VIDA SACERDOTAL.....	75
3. CON EL ADVIENTO, UN NUEVO AÑO.....	95
4. LLAMADOS A CELEBRAR, ENSEÑAR Y SERVIR.....	102
5. AMIGOS DE JESÚS, EL BUEN PASTOR.....	107
6. OCHO SACERDOTES NUEVOS: QUÉ BENDICIÓN DE DIOS.....	111
7. SACERDOTES SEGÚN EL CORAZÓN DE CRISTO.....	116
8. OS DARÉ SACERDOTES SEGÚN MI CORAZÓN.....	120
9. EL GRAN REGALO DEL SACERDOCIO.....	124
10. EL SACERDOCIO, TESTIMONIO DE FIDELIDAD Y AMOR.....	130
11. «TÚ ERES SACERDOTE ETERNO».....	131
12. CON ALEGRÍA PERMANENTE: SOMOS SERVIDORES.....	135

IV. EL MINISTERIO DEL DIÁCONO

1. CRISTO SE HA HECHO «DIÁCONO», SERVIDOR DE TODOS.....	139
2. DIÁCONOS PARA SERVIR.....	143
3. «RECIBE EL EVANGELIO DE CRISTO, DEL QUE ERES HERALDO».....	146
4. SED FIELES A CRISTO Y A SU IGLESIA.....	150
5. «ROGAD AL DUEÑO DE LA MIES».....	154
6. DIÁCONOS, ARRAIGADOS EN CRISTO.....	157

V. CAMINOS DE CONSAGRACIÓN

1. VIDA CONSAGRADA Y FAMILIA.....	161
2. DÓCILES SIEMPRE AL ESPÍRTU.....	165
3. CAMINOS DE CONSAGRACIÓN.....	167
4. EL ENCUENTRO CON DIOS ES LA FELICIDAD.....	170
5. «ME CASARÉ CONTIGO EN FIDELIDAD».....	174
6. UN SILENCIO ELOCUENTE.....	176
7. EL ESPÍRITU DE CRISTO CLAMA EN NOSOTROS: ¡ABBA! PADRE.....	179
8. ¡VENID ADORADORES! LA VIDA CONTEMPLATIVA, CENÁCULO EUCARÍSTICO.....	182

VI. LOS LAICOS, IGLESIA EN EL MUNDO

1. LOS LAICOS SOIS IGLESIA EN EL MUNDO.....	185
2. LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES LAICOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA.....	189
3. LA CORRESPONSABILIDAD DE LOS FIELES LAICOS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA.....	192
4. JÓVENES, ¿QUÉ BUSCÁIS?.....	196
5. DANDO VIDA, SEMBRANDO ESPERANZA.....	198
6. «SUS LLAGAS NOS HAN CURADO» (1 Pe 2,24).....	201
7. EL TRABAJO Y LA FAMILIA.....	204

VII. UNA PALABRA PARA NUESTRO TIEMPO

1. SOBRE LA PASTORAL DE LA SALUD. CIRINEO, TAMBIÉN DON JULIÁN.....	211
2. «CANTA A LA VIDA SIN CESAR».....	216
3. ANTE EL DRAMA DEL ABORTO.....	218
4. DEFENSA A ULTRANZA DE LA VIDA.....	220
5. LA VERDADERA DIGNIDAD DE LA MUERTE.....	223
6. HACIA LA VERDADERA HUMANIZACIÓN DE LA MUERTE.....	226
7. LIBERTAD DE CONCIENCIA ANTE LA VIDA.....	230

8.	ANTE EL PROCESO FINAL DE LA VIDA.....	233
9.	LA INVESTIGACIÓN CON CÉLULAS MADRE.....	236
10.	LA FAMILIA EMIGRANTE, INTEGRADA.....	238
11.	LA FAMILIA, ESPERANZA DE LA HUMANIDAD.....	240
12.	«REDIMIENDO EL TIEMPO, PORQUE LOS DÍAS SON MALOS» (Ef 5, 16).....	243
13.	EL EVANGELIO DEL TRABAJO.....	245
14.	«¿CÓMO PAGARÉ AL SEÑOR TODO EL BIEN QUE ME HA HECHO?» (Sal 115).....	252
15.	SOBRE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ALICANTE.....	261
16.	5 CAPILLAS DE ADORACIÓN PERPETUA.....	263
17.	DECÁLOGO DE LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA EN ORIHUELA-ALICANTE.....	265

VIII. CELEBRAR EL MISTERIO DE JESUCRISTO

1.	«HOY NOS HA NACIDO EL SALVADOR».....	271
2.	«UN NIÑO NOS HA NACIDO».....	273
3.	MOSTRAR A JESÚS, TAREA DE TODOS.....	275
4.	«ÉSTE ES MI HIJO, EL AMADO, MI PREDILECTO».....	277
5.	FIESTA DEL HIJO Y DE LA MADRE.....	279
6.	«SE REBAJÓ: POR ESO DIOS LO LEVANTÓ SOBRE TODO».....	282
7.	«HOSANNA AL HIJO DE DAVID».....	283
8.	«EL ESPÍRITU DEL SEÑOR ESTÁ SOBRE MÍ».....	284
9.	«HARÉ CON VOSOTROS UN PACTO PERPETUO».....	289
10.	«HACED ESTO EN MEMORIA MÍA».....	292
11.	«LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO».....	294
12.	«PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU».....	298
13.	«LA CRUZ SE LEVANTA EN EL CENTRO DEL MUNDO» (S. Efrén).....	300
14.	«TU CRUZ ADORAMOS, SEÑOR».....	303
15.	«NO TEMÁIS. JESUCRISTO HA RESUCITADO, COMO HABÍA DICHO»	305
16.	«NO ESTÁ AQUÍ, HA RESUCITADO».....	307
17.	«¡RESUCITÓ DE VERAS MI AMOR Y MI ESPERANZA!».....	310
18.	«SERÉIS MIS TESTIGOS... HASTA LOS CONFINES DEL MUNDO».....	312
19.	«VEN, ESPÍRITU DIVINO... DON EN TUS DONES ESPLÉNDIDO».....	314
20.	«EL ESPÍRITU NOS HACE GRITAR ABBA! (PADRE)».....	315
21.	«TENED UN MISMO SENTIR Y VIVID EN PAZ».....	317
22.	«HACED ESTO EN MEMORIA MÍA».....	319
23.	DIOS CON NOSOTROS.....	321
24.	«MIRARÁN AL QUE TRASPASARON».....	324

25. EDIFIQUEMOS LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR: EL REINO DEL CORAZÓN DE CRISTO.....	327
--	-----

IX. DE LA MANO DE SANTA MARÍA SIEMPRE

1. LA VIRGEN MADRE, EL DISCÍPULO AMADO Y TODOS NOSOTROS.....	331
2. ESTAR EN EL SEÑOR Y VIVIR PARA LOS HERMANOS.....	334
3. MIRADA DE DIOS, HUMILDAD DE MARÍA.....	337
4. «MARÍA, ESPIGA DE VIDA».....	339
5. EN EL CORAZÓN DE MARÍA NO HAY MÁS QUE MISERICORDIA.....	342
6. MARÍA, MADRE DE LAS FAMILIAS.....	345
7. MADRE DE LA PALABRA.....	349
8. «LLÉVANOS DE TU MANO HACIA TU HIJO AMADO».....	351
9. «MADRE DEL REDENTOR, SOCORRE A TU PUEBLO».....	354
10. MUJER FIEL AL PROYECTO DE DIOS.....	357
11. SANTA MARÍA AUXILIADORA.....	359
12. MARÍA, MADRE DE LA VIDA, AMPÁRANOS.....	361
13. «LLÉVANOS DE TU MANO HACIA TU HIJO AMADO».....	364
14. «VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS».....	366
15. BENDICE A NUESTRA CIUDAD Y A NUESTRAS FAMILIAS.....	369
16. ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA AL CIELO.....	372
17. MARÍA, ENSALZADA SOBRE EL CORO DE LOS ÁNGELES.....	375
18. MARÍA BRILLA COMO SEÑAL DE SALVACIÓN Y ESPERANZA.....	377
19. MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA.....	381
20. CONTEMPEMOS A CRISTO A TRAVÉS DE MARÍA.....	384
21. «LUZ HERMOSA, CLARO DÍA».....	386
22. NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.....	388
23. SANTA MARÍA REINA.....	390
24. «MARÍA, ESPERANZA Y CONSUELO DE LOS CRISTIANOS».....	393

X. EN COMUNIÓN CON LOS SANTOS

1. TRAS LAS HUELLAS DE DON MANUEL GONZÁLEZ (4 enero).....	391
2. D. MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA. OBISPO DE FALENCIA (1935-1940).....	401
3. «SEÑOR, ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?»: CONVERSIÓN DE SAN PABLO (25 de enero).....	422
4. FIESTA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO (28 de enero).....	424
5. «ELLA LO HA HECHO TODO»: SAN JUAN BOSCO (31 de enero).....	426
6. «SELLÓ SU COMPROMISO CON UN AMOR QUE PERMANECE»: SANTA ÁGUEDA (5 de febrero).....	429
7. «SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA»: CÁTEDRA DE SAN PEDRO (22 de febrero).....	431

8.	SAN JOSÉ, DEL SINDICATO DE LA MADERA (19 de marzo).....	433
9.	SANTA MARÍA JOSEFA DEL CORAZÓN DE JESÚS (20 de marzo).....	435
10.	SAN GREGORIO, EL HACEDOR DE PUENTES (9 de mayo).....	438
11.	SAN FELIPE NERI, EL SANTO DE LA ALEGRÍA (26 de mayo).....	439
12.	SANTA MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (15 de junio).....	441
13.	«SERÁS LLAMADO PROFETA DEL ALTÍSIMO»: SAN JUAN BAUTISTA (24 de junio).....	443
14.	SAN RAFAEL ARNÁIZ BARÓN (26 de junio).....	445
15.	«HE CORRIDO HASTA LA META, HE MANTENIDO LA FE»: SAN PABLO (29 de junio).....	448
16.	JUSTA Y RUFINA: LA SANTIDAD AL ALCANCE DE LA MANO (17 de julio).....	451
17.	SANTA MARÍA MAGDALENA, MUJER LIBRE (22 de julio).....	453
18.	«EL QUE QUIERA SER GRANDE, SEA VUESTRO SERVIDOR»: SANTIAGO APÓSTOL (25 de julio).....	456
19.	«DE LA MEMORIA AGRADECIDA AL COMPROMISO RENOVADO»: SAN PEDRO POVEDA (28 de julio).....	458
20.	FIDELIDAD DE CRISTO. FIDELIDAD DEL SACERDOTE: SAN JUAN MARÍA VIANNEY (4 de agosto).....	461
21.	«NO BASTA SENTIR EL AMOR, ES NECESARIO ACTUARLO»: SAN CAYETANO, CAMPEÓN DE LA MISERICORDIA (7 de agosto).....	466
22.	«YO... SÓLO PARA DIOS»: SANTA CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS (9 de agosto).....	468
23.	SAN ROQUE, PEREGRINO DE LA CARIDAD (16 de agosto).....	471
24.	SED FIELES A CRISTO Y COMPASIVAS CON LOS ANCIANOS: SANTA TERESA DE JESÚS JORNET E IBARS (26 de agosto).....	473
25.	ATERRIZAMOS CON BUEN PILOTO: SAN AGUSTÍN.....	476
26.	«¡QUÉ HERMOSOS SON LOS PIES DEL MENSAJERO!» SAN MIGUEL (29 de septiembre).....	480
27.	ÁNGELES PARA QUE TE GUARDEN EN TUS CAMINOS (2 de octubre).....	481
28.	«ANUNCIADORES DE LA PALABRA DEL SEÑOR»: SAN FRANCISCO DE ASÍS (4 de octubre).....	483
29.	TERESA DE JESÚS: UNA FÉMINA INQUIETA Y ANDARIEGA (15 de octubre).....	486
30.	SAN LUCAS, EL ESCRITOR DE LA MANSEDUMBRE DE CRISTO (18 de octubre).....	487
31.	JUAN PABLO II, VARÓN GLORIOSO (1920-2005) (22 octubre).....	489
32.	«LOS MÁRTIRES, FIELES TESTIGOS DE JESUCRISTO». MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA (6 de noviembre).....	493
33.	HOMILÍA EN EL Vº CENTENARIO DE SAN FRANCISCO JAVIER (3 de diciembre).....	496

34. SAN NICOLÁS DE BARI (6 de diciembre).....	498
35. CRISTO NUESTRO BIEN: SANTA MARAVILLAS DE JESÚS (11 de diciembre).....	500